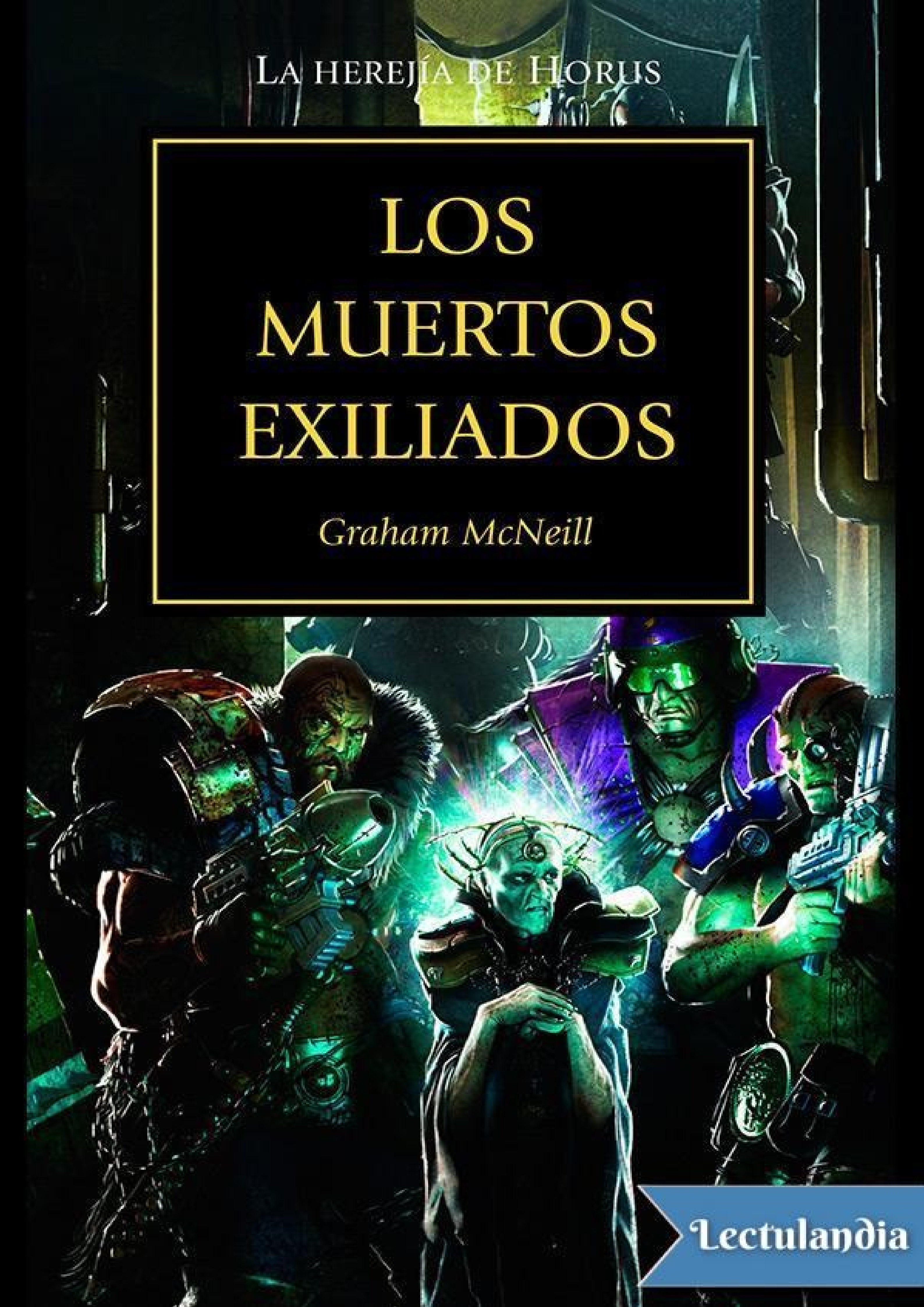

La herejía de Horus
LOS MUERTOS EXILIADOS
Graham McNeill
Lectulandia

La galaxia arde envuelta en llamas. Los primarcas leales al Emperador se preparan para enfrentarse al Señor de la Guerra Horus y a las legiones traidoras en la arena negra de Isstvan. Una época tan oscura sólo puede ser el anuncio de nuevos sucesos terribles que están por ocurrir. El astrópata Kai Zulane descubre sin querer un secreto capaz de alterar el rumbo de la guerra, y tiene que huir. Se lanza junto a una misteriosa banda de renegados al letal submundo de Terra, donde aquellos en los que antaño confiaba le dan caza como si fuera un criminal. Ante la traición, Kai debe decidir a quién jurará lealtad, y si enterrar o no para siempre algunas verdades.

Graham McNeill

Los muertos exiliados

Warhammer 40000. Herejía de Horus 17

ePUB r1.6
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *The Outcast Dead*
Graham McNeill, 2011
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

Para Amber,
nuestra pequeña muchacha.



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a las innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una era nueva de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas de fulgurante mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador en una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado el Glorioso, la

Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo para él. Es el señor de la guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se verán enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

La Ciudad de la Visión

NEMO ZHI-MENG	Señor del Coro del Adeptus Astra Telephatica
ANIQ SARASHINA	Señora de la Scholastica Psykana
EVANDER GREGORAS	Señor de los Criptoestesianos
KAI ZULANE	Astrópata asignado a la Casa Navegante Castana
ATHENA DIYOS	Astrópata de la Ciudad de la Visión
ABIR IBN KHALDUN	Astrópata de la Ciudad de la Visión

Los Muertos Exiliados

ATHARVA	Adepto Exemptus de los Mil Hijos
TAGORE	Sargento, 15.ª Compañía, Devoradores de Mundos
SUBHA	Sargento, 15.ª Compañía, Devoradores de Mundos
ASUBHA	Guerrero, 15.ª Compañía, Devoradores de Mundos
SEVERIAN	Guerrero, 25.ª Compañía, Lobos Lunares, «Lobo».
ARGENTOS KIRON	Guerrero, 28.ª Compañía, Hijos del Emperador

Los cazadores

YASU NAGASENA	Cazador vidente de las Naves Negras
KARTONO	Siervo de Yasu Nagasena
MAYOR GENERAL MAXIM GOLOVKO	Comandante de los Centinelas Negros
SATURNALIA	Guerrero de la Legio Custodes

Los Señores de Terra

ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales

La Ciudad de los Suplicantes

PALLADIS NOVANDIO	Sacerdote del Templo de la Aflicción
ROXANNE CASTANA	Suplicante del Templo de la Aflicción
BABU DHAKAL	Señor del clan de los Dhakal
GHOTA	Matón de Dhakal

De: Cirujano Bellan Tortega (BT), asistente neuropsíquico acreditado

Para: Patriarca Verduchina XXVII, Casa Castana, Navis Nobilitae

Periodo de observación: ciclos 15-18

Paciente: Zulane, Kai (KZ).

Resumen de evaluación: NO OPERATIVO / POTENCIALMENTE RECUPERABLE

Extracto del periodo 4423-4553: las notas completas del caso se encuentra al final de este documento.

COMIENZA TRANSCRIPCIÓN DEL EXTRACTO.

BT: ¿Puedes contarme lo que ocurrió a bordo de la *Argo*?

KZ: No.

BT: ¿No?

KZ: No.

BT: ¿Por qué no?

KZ: No quiero hacerlo.

BT: Con el debido respeto, no te encuentras en una situación como para ocultar cualquier cosa que sepas. El incidente en el que se vio involucrada la *Argo* supuso una pérdida financiera importante para la Casa Castana, por no mencionar la considerable pérdida de prestigio frente a la XIII Legión.

KZ: Eso lo tendrás que hablar con Nemo. Yo sólo fui cedido a los Castana. Me traen sin cuidado sus pérdidas.

BT: Pues deberían preocuparte. También deberías saber que mi evaluación será un elemento importante a la hora de decidir si puedes continuar en la Casa Castana, o no continuar a causa de este asunto.

KZ: Como ya te he dicho, no me importa.

BT: ¿De verdad quieres que te manden a la montaña hueca?

KZ: Por supuesto que no. Ninguna persona en su sano juicio querría.

BT: Entonces, yo de ti colaboraría.

KZ: No lo entiendes. No se trata de colaborar o no.

BT: Entonces acláramelo, Kai. ¿De qué se trata?

KZ: Se trata de oír la muerte de un millar de hombres y mujeres. Se trata de oír todos y cada uno de sus últimos pensamientos mientras sus cuerpos eran destrozados por «cosas». Se trata de oír el terror de las personas que están a punto de morir cada vez que cierro los ojos. Se trata de no pasar otra vez por esa pesadilla. [El sujeto se desmorona. Tres minutos de sollozos].

BT: ¿Has acabado?

KZ: De momento.

BT: Entonces, ¿te parece bien que hablemos sobre lo que ocurrió?

KZ: ¡No, por Terra! Quizá algún día, pero incluso si alguna vez lo hago, no será contigo.

BT: ¿Por qué no?

KZ: Porque no has venido para ayudarme.

BT: Es exactamente por eso por lo que he venido, Kai.

KZ: No, no lo es, y deja de llamarme Kai como si fuéramos amigos. Para lo único que has venido es para demostrarle a la XIII Legión que la Casa Castana es capaz de mantener el orden en sus propios asuntos. Soy una vergüenza para vuestro querido patriarca.

BT: No, formas parte de la familia. El patriarca Verduchina sólo quiere que te ayuden.

KZ: Pues entonces, déjame en paz. Lo ocurrido en la *Argo* no es algo que quiera recordar. Al menos todavía, y quizá nunca quiera hacerlo.

BT: Enfrentarse al pasado es el único modo de hacerle frente al futuro. Seguro que tienes claro que no es saludable pensar demasiado en ese tipo de recuerdos. Hay que purgarlos para que puedas volver a tus funciones habituales.

KZ: Das por sentado que quiero volver a mis funciones habituales.

BT: ¿Y no es así?

KZ: [Se produce una pausa de un minuto] No lo sé.

FINALIZA TRANSCRIPCIÓN DEL EXTRACTO.

Apéndice:

Mi señor, como demuestra de forma evidente este fragmento, Kai Zulane muestra los síntomas clásicos de negación, paranoia e incapacidad para hacer frente a la verdad de la terrible experiencia que ha sufrido. La conclusión a la que llego es que se considera responsable de los acontecimientos que condujeron a la pérdida de la *Argo*, aunque deben ser otros los que encuentren la verdad respecto a lo ocurrido, otras personas más cualificadas en el campo de las superposiciones multidimensionales. Sin embargo, no creo que ningún individuo sea capaz de sobrevivir a una experiencia tan traumática sin sufrir alguna clase de trastorno psíquico, aunque no se capta nada semejante en el aura etérea de Kai Zulane. Por tanto, yo aventurarla la opinión de que Kai Zulane no se encuentra más allá de una posibilidad de recuperación. El sujeto representa una inversión importante tanto de tiempo como de esfuerzo, y tanto para la Casa Castana como para el Adeptus Astra Telephatica, por lo que «recortar gastos» en esta etapa y enviarlo a la montaña hueca sería algo prematuro.

En resumen, mi recomendación sería que Kai Zulane volviera bajo la tutela del Adeptus Astra Telephatica para una rehabilitación inmediata. Eso reforzará nuestro compromiso con la XIII Legión y además le permitirá a Casa Castana traspasar la responsabilidad de un modo eficaz.

Como siempre, soy vuestro humilde servidor en todo lo que requiráis, y podré ofrecer cualquier aclaración, si fuese necesaria, respecto a la patología psíquica de Kai Zulane cuando lo estiméis conveniente.

Bellan Fortega
Asistente neurocirujano 343208543

Antonius, haz lo que dice este cirujano cargante y afectado. Manda de vuelta a Zulane a la Ciudad de la Visión. Que se convierta en su problema en vez de ser el nuestro.

V.

Los cazadores van a por ellos en la hora previa al amanecer.

Nagasena comprueba su rifle, aunque ya sabe que está completamente operativo. En un día como éste, necesita el consuelo que ofrece hacer bien las cosas y en el orden apropiado. Demasiados ciudadanos del recién establecido Imperio corrían de un lado para otro sin tomarse el tiempo necesario para asegurarse de que estaban adecuadamente preparados. La consigna de Nagasena es orden y verdad, ya que proporciona un centro del cual pueden fluir todos los demás elementos de la vida. Aprendió de las enseñanzas de un sabio que había nacido en aquella parte del mundo en una época ya olvidada.

Aquellas enseñanzas han sobrevivido sólo en una serie de textos dispersos compuestos por aforismos gnómicos y proverbios, cada uno de ellos pasados de un mentor a un estudiante a lo largo de miles de generaciones en una escritura secreta conocida tan sólo por unos pocos fieles escogidos. Nagasena ha pasado su vida siguiendo esas enseñanzas, y siente que lo han guiado bien. Ha vivido su vida con veracidad, y tiene muy pocas cosas de las que arrepentirse.

La caza de aquel día será una de ellas, o eso cree.

Se incorpora de la posición en la que se encontraba, con las piernas cruzadas, y se echa el rifle al hombro. Los hombres se incorporan a su alrededor, puestos en marcha por el repentino movimiento.

—¿Ha llegado el momento? —le pregunta Kartono mientras le entrega una larga espada de un solo filo ligeramente curvada en uno de sus lados.

Es un arma magnífica, enfundada en una vaina de madera laqueada, jade y madreperla. Un maestro artesano de la metalurgia creó aquella arma siguiendo las rigurosas especificaciones que le dio Nagasena, y sin embargo no es más afilada, ni más ligera que cualquiera de los millones de espadas que se fabrican en las armerías de Terra. Pero ha sido forjada con amor y con una atención en los detalles que ninguna máquina será capaz jamás de emular.

Nagasena bautizó al arma como Shoujiki cuando se la entregaron. Ése nombre significaba Sinceridad.

Inclina la cabeza en un gesto respetuoso hacia Kartono mientras Golovko se acerca con aspecto de matón oliendo a lubricante de armas, a sudor y a polvo de pulir metales. En una época antigua, los antepasados de Nagasena lo hubieran tildado de bárbaro. En esta época, es un individuo honorable. La armadura de Golovko es voluminosa, pesada, y está pensada para intimidar. Su cara tiene un aspecto muy parecido.

No saluda a nadie, y frunce los labios en un gesto de desagrado instintivo cuando ve a Kartono.

—Deberíamos haber atacado durante una de las guardias nocturnas —declara mientras Nagasena desliza la vaina por el interior del fajín negro que ciñe su cintura

—. Deberíamos haberlos tomado por sorpresa.

—La hora del ataque no habría supuesto ninguna diferencia —le responde Nagasena al mismo tiempo que se alisa el largo cabello negro y se echa sobre el hombro un largo mechón—. Los individuos a los que cazamos nunca descansan de verdad y jamás habrá un momento ventajoso para atacarlos. En cuanto cayera el primero, y lo más probable es que incluso antes, el resto estarían en alerta, y serían más peligrosos de lo que nos podemos imaginar.

—Tenemos tres mil soldados bajo nuestro mando —replica Golovko, como si los números fueran todo lo que importa en un momento como éste—. Tenemos centinelas negros, jenízaros atamanes, lanceros. Incluso los poderosos y altivos custodios han enviado una escuadra.

—Y puede que ni todo eso sea suficiente —responde Nagasena.

—¿Contra treinta? —insiste Golovko, pero Nagasena ya no le hace caso.

Se aparta del belicoso general y camina entre los grupos de soldados que se mantienen en silencio a la espera de sus órdenes. Están nerviosos, confundidos. Sobre todo, están horrorizados ante la idea de que se encuentran a punto de enfrentarse en combate a aquellos que luchan en su nombre, en mundos muy distantes de Terra.

Nagasena alza la mirada hacia el edificio que alberga a la Hueste Cruzada. Los habitantes del lugar lo llaman el Preceptorio, y se trata de una estructura triunfal con enormes leones dorados rampantes, columnas acanaladas y estatuas de guerreros, rematada por una cúpula de mármol negro azotada por los relámpagos. El frontispicio que se extiende sobre el pórtico está cubierto por un fresco que contiene imágenes heroicas, y la majestuosa avenida que lleva a la entrada está pavimentada con losas gigantescas que tienen tallados los nombres de los planetas que las Legiones Astartes han sometido para el Imperio.

En esas losas se tallan nuevos nombres todos los días, y Nagasena se pregunta cómo se sentirán esos guerreros al ver la retahíla de victorias de sus hermanos crecer sin cesar mientras ellos se quedan en Terra, cada vez más lejos de los sangrientos frentes de batalla de los límites del Imperio.

—¿Qué ordenáis, señor? —le pregunta Kartono.

Su acompañante está desarmado, pero no necesita arma alguna para resultar mortífero. Sus antiguos señores lo entrenaron hasta que llegó a un nivel tal de letalidad que puede prescindir de ellas. A mucha gente le disgusta Kartono por razones que no son capaces de expresar, pero hace tiempo que Nagasena se ha acostumbrado a su presencia. Mira hacia los soldados con la confianza de que están bien escondidos en el laberinto de avenidas doradas y columnatas procesionales que jalonan esta zona del Palacio Imperial como las joyas que rodean el cuello de la concubina favorita de un harén.

Tres mil hombres armados esperan que dé la señal de avance, y Nagasena sabe que al dar esa señal condenará a muerte a muchos de esos hombres. Quizá a todos. Ha disfrutado de muy pocas de sus cazas, pero ésta en concreto le incomoda especialmente. Preferiría estar en su villa de las montañas, donde las únicas preocupaciones que tiene son mezclar bien los colores que utiliza para pintar y ocuparse de su jardín. Sin embargo, lo que le gusta y lo que no le gusta no tiene importancia en estos asuntos.

Le han encomendado una misión, y está obligado por el sentido del deber a cumplirla, y aunque no le gusta la orden, la comprende.

—Ven conmigo, Kartono —dice Nagasena cuando comienza a recorrer la gran avenida.

Kartono lo sigue, sorprendido por este repentino movimiento de su señor. Nagasena oye los gritos de Golovko a través del microrreceptor que lleva en la oreja. Se lo saca y sus protestas se convierten en algo lejano y diminuto.

—Ahora sabrán con certeza que vamos a atacarlos —comenta Kartono, y Nagasena hace un gesto de asentimiento.

—Tu sola presencia ya habrá alertado a uno de ellos como mínimo —le responde —. ¿De verdad pensabas que tantos individuos armados podrían acercarse a un sitio como éste sin que sus ocupantes se dieran cuenta?

—Supongo que no —admite Kartono. Luego mira por encima del hombro—. El mayor general no va a estar nada contento. Nos va a buscar problemas por esto.

—Ésa será una cuestión que resolveremos otro día —responde Nagasena—. Me daré por satisfecho con que salgamos con vida de esto. Es muy probable que muramos esta misma mañana.

Kartono hace un gesto pesaroso con la cabeza.

—Hoy estás fatalista.

—Es posible —reconoce Nagasena mientras comienzan a subir los primeros peldaños del Preceptorio—. Me disgusta levantarme antes del amanecer. Me parece una falta de educación.

Kartono conoce muy bien sus estallidos de ánimo. Nagasena se ha cansado ya de la caza, pero esta misión se la ha encomendado una persona cuyas órdenes poseen la máxima autoridad. Negarse a cumplirla no era una opción. Nota el frío de la mañana a través de la túnica de seda, pero no permite que eso lo distraiga. Sabe que su armadura no hubiera supuesto apenas protección alguna frente a las armas de su presa, por lo que no hizo que Kartono le pusiera la protección de placas laqueadas de ceramita y de malla de adamantio.

Una figura sale a la luz en el pórtico que se abre por encima de ellos, y Nagasena nota que el ritmo cardíaco se le acelera levemente. Es un individuo alto, de hombros anchos, como cabe esperar de un guerrero que ha sido modificado genéticamente

para ser el culmen de la perfección física, pero posee una cierta cualidad grácil que no cabría esperar en alguien de su tamaño. Lleva el cabello más largo de lo habitual y recogido en una cola de caballo corta. Su rostro es ancho, con los rasgos planos y monótonos tan habituales entre los de su especie. Nagasena se siente aliviado al ver que tampoco lleva puesta la armadura, lo que indica que quizá no acude para combatir. La túnica con la que va vestido es de color carmesí con un ribete de tono marfil. Sobre el pecho luce un escarabajo de jade engastado en una montura de ámbar.

El individuo se queda contemplando cómo Kartono y él suben la escalera hasta llegar al final de los peldaños. Los mira con una cara de gesto indescifrable, sin expresión alguna en ella. No, eso no es del todo cierto. Se capta una cierta tristeza en él, visible tan sólo en la levísima curva descendente de la comisura de los labios y en la tensión que le rodea los ojos. Nagasena alcanza por fin el final de la escalera y queda de pie ante el individuo, que se alza por encima de él como uno de los oni de las antiguas leyendas. Se decía que también los oni vivían en las montañas, pero los viejos mitos hablaban de criaturas horrorosas que tenían cráneos con cuernos y unas bocas anchas llenas de tremendos colmillos.

No hay nada horrible en aquel guerrero. Es un espécimen perfecto.

—Oni-ni-kanabo —susurra Kartono.

Nagasena asiente ante lo apropiado de la expresión, pero no le contesta.

El guerrero también hace un gesto de asentimiento antes de hablar.

—¿Oni con un garrote de hierro?

—Significa invencible o imbatible en combate —le explica Nagasena al mismo tiempo que se esfuerza por ocultar la sorpresa que siente ante el hecho de que aquel guerrero conozca esa antigua lengua de la Vieja Tierra.

—Lo sé muy bien —le contesta el guerrero—. Otro significado es «fuerza sobre fuerza», en referencia a que el poder innato de una persona se ve reforzado por la manipulación de alguna clase de herramienta o poder externo. Muy apropiado, sin duda.

—¿Eres Atharva? —le pregunta Nagasena al comprender ahora cómo es posible que conozca ese lenguaje secreto.

—Soy el adeptus exemptus Atharva de la XV Legión —le confirma el guerrero.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Por supuesto. En realidad, esperaba que llegarais antes.

—Me hubiera sorprendido que no fuese así.

—¿Cuántos soldados traéis?

—Poco más de tres mil.

Atharva meditó unes instantes sobre aquella cifra.

—Mis hermanos se sentirán insultados al saber que traes tan pocos efectivos.

Deberías haber traído más para asegurarte.

—Hay otros que piensan que ese número es más que suficiente.

—Ya lo veremos —contesta Atharva, como si todo aquello no fuese más que un ejercicio intelectual sobre el que estuvieran trabajando y no un desperdicio de vidas imperiales, algo impensable y terrible.

—¿Lucharás contra nosotros, Atharva? Espero que no lo hagas —declara Nagasena.

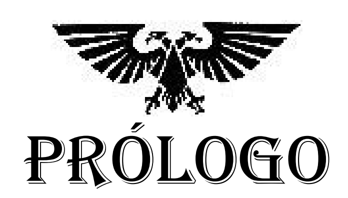
—Has traído a la mascota de tu clado con la esperanza de disuadirme —le contesta Atharva con un gesto seco dirigido a Kartono—. Pero ¿de verdad crees que puede impedirme que te mate?

—No, pero tenía la esperanza de que su presencia te hiciera considerar la situación.

—No voy a luchar contra ti, Yasu Nagasena —declara Atharva, y el dolor en su mirada es dolorosamente visible—. Sin embargo, Tagore y sus hermanos recorrerán la Senda Carmesí antes de permitir que los capturen.

Nagasena hace un gesto de asentimiento.

—Que así sea —responde.



PRÓLOGO

Abir Ibn Khaldun exhaló una bocanada que se enfrió en el aire y captó una miríada de pautas en el vaho arremolinado que se formó con su aliento. Eran demasiadas para examinarlas todas, pero de todas maneras fue algo entretenido. Una curva inversa auguraba un peligro, mientras que una densa hélice genética doble indicaba la presencia de los guerreros de las Legiones Astartes en el asunto, situado en un planeta cuya civilización había quedado arrasada hasta convertirse en simple arena negra debido a una guerra de proporciones cataclísmicas y al paso de incontables eones.

La sala mental estaba tranquila, con el aire de sabor metálico inmóvil y frío, pero se notaba la tensión.

Era algo comprensible, pero eso hacía que la ya de por sí difícil comunión fuese mucho más complicada.

La presencia del coro de miles de astrópatas que rodeaba a Ibn Khaldun era semejante al sonido de un océano lejano, o eso se imaginaba él. Jamás había oído el sonido de ninguna superficie de agua que fuera mayor que una de las enormes cisternas excavadas en el interior de las profundidades carentes de toda luz de las escarpaduras de los Urales y los Alpes, pero era un astrópata, así que toda su vida estaba envuelta en metáforas.

La presencia psíquica del coro estaba aletargada en esos momentos y creaba una inmensa reserva de energía que utilizaría para filtrar la visión que se avecinaba desde el confuso estado primitivo de las imágenes y formar un mensaje coherente que fuera fácilmente comprensible.

—¿Tienes ya una comunión? —le preguntó el señor del coro.

La voz sonó como si estuviera en un lugar increíblemente lejano, aunque en realidad estaba al lado de Ibn Khaldun.

—Dale tiempo, Nemo —dijo lady Sarashina con voz maternal y tranquilizadora —. Sabremos el momento en que se establece la conexión. Los astrópatas de los Manos de Hierro no son sutiles.

—Lo sé muy bien, Aniq —le contestó el señor del coro—. A la mayoría de ellos los he formado yo en persona.

—Entonces deberías saber muy bien que no hace falta meterle prisa.

—Yo lo sé muy bien, pero lord Dorn se muestra muy impaciente y ansia recibir noticias de la flota de Ferrus Manus. Y tiene una pistola.

—Ninguna pistola ha conseguido jamás acelerar proceso alguno —declaró Sarashina.

Ibn Khaldun sonrió en su fuero interno ante la suave reprimenda, aunque la mención del señor de los Puños Imperiales le recordó lo importante que era aquella comunión para el Imperio.

La traición de Horus Lupercal le había dado la vuelta por completo al orden natural del universo, y los emisarios procedentes del Palacio Imperial se mostraban ansiosos por obtener información fiable. Las flotas expedicionarias de las Legiones Astartes, con ejércitos de miles de millones de soldados mortales y con naves de combate capaces de destruir planetas enteros, estaban dispersas por toda la galaxia, y nadie sabía con certeza su localización exacta o a qué bando eran fieles. A Terra había llegado una declaración tras otra de planetas que proclamaban su adhesión al señor de la guerra, pero si eso era cierto o simplemente se trataba de mentiras de los rebeldes, ero algo que se desconocía.

Había un viejo aforismo que decía que, en una guerra, la primera baja era la verdad, y nunca era más cierto que en mitad de una guerra civil.

—¿No es peligroso conectarse a través de una distancia tan extrema? —preguntó Maxim Golovko. Ibn Khaldun notó la hostilidad innata de aquel individuo en el color carmesí brillante de su aura—. ¿No deberíamos desplegar Sentinels en el interior de la sala mental?

Golovko era asesino de psíquicos, carcelero y verdugo todo en uno. Su presencia en la Torre de los Susurros se debía a las nuevas normas que se habían decretado tras el Cónclave de Nikaea. Ibn Khaldun contuvo una punzada de resentimiento por aquella hipocresía. La amargura que podía provocarle no haría más que nublarle la percepción, y si había algo que exigía aquel momento, era claridad.

—No, Maxim —lo tranquilizó Sarashina—. Estoy segura de que tu presencia será más que suficiente.

Golovko gruñó por toda respuesta, incapaz de captar el velado insulto. Ibn Khaldun se aisló de la psique disruptiva de aquel individuo.

Poco a poco, Ibn Khaldun notó una desconexión creciente con todos los individuos que lo rodeaban, como si él mismo estuviera flotando en un tanque de gel amniótico semejante al de un princeps de las máquinas de guerra del Mechanicum. Comprendía muy bien la urgencia de aquella comunión, pero tuvo buen cuidado en pronunciar con exactitud sus mantras de incubación. Precipitarse al encuentro de una

conexión con un astrópata al que no conocía sería una insensatez más allá de lo descriptible, sobre todo cuando ambos estaban separados por casi una galaxia de distancia y uno de ellos se encontraba en mitad de la disformidad.

Camino de una batalla impensable entre guerreros que antaño habían combatido hombro con hombro como hermanos.

Ni siquiera aquellos con mayores poderes de presciencia del Vatic habrían augurado algo semejante.

El ritmo cardíaco de Ibn Khaldun se aceleró cuando sintió que otra mente entraba en la cámara sellada. Era un destello de luz demasiado intensa como para mirarlo de forma directa. Los demás lo sintieron en el mismo instante y todos volvieron la cabeza para encararse con el recién llegado. Se trataba de un individuo cuyo fuego interior se asemejaba al brillo cegador de una supernova capturado en el primer instante de la detonación. Cada una de sus extremidades estaba repleta de tracerías relucientes como el mercurio, la sangre era luz, con una carne creada a partir de energías incomprensibles y envuelta por capas de músculo, piel y hueso. Ibn Khaldun no fue capaz de ver el rostro de aquel individuo, ya que cada molécula de su cuerpo era igual que una galaxia en miniatura que estuviera llena de estrellas incandescentes.

Sólo un ser había sido creado con una belleza tan exquisita…

—¡Lord Dorn! —exclamó el señor del coro. La sorpresa hizo que elevara el tono de voz y la frase de saludo se convirtiera en una pregunta—. ¿Cómo habéis…?

—Ninguna de las puertas de Terra puede permanecer cerrada ante mí, señor del coro —le contestó Dorn.

Sus palabras salieron como chorros relucientes surgidos roña de una estrella volátil. Se quedaron en el aire bastante tiempo después de que las pronunciara, e Ibn Khaldun sintió cómo su poder se extendía hacia el exterior tras pasar por encima del coro, que estaba paralizado por el asombro.

—Estamos en un ritual aislado —protestó el señor del coro—. No deberíais estar aquí.

Dorn se dirigió al centro de la sala mental, e Ibn Khaldun comenzó a notar una sensación de hormigueo en la piel ante la cercanía de una psique tan poderosa e implacable. La superficie de la mayoría de las mentes corrientes estaba cubierta de pensamientos triviales, pero la mente de Rogal Dorn era una fortaleza inexpugnable, llena de aristas, que jamás revelaba sus secretos. Nadie sabía algo de Dorn si éste no se lo permitía conocer.

—Mis hermanos se acercan a Isstvan V —replicó Dorn—. Necesito estar aquí.

—Todavía no se ha establecido la comunión, lord Dorn —le explicó Sarashina. Era evidente que había comprendido lo inútil que sería intentar desalojar al primarca de la sala mental—. Sin embargo, si queréis quedaros, sólo podréis observar. No digáis nada una vez se establezca el vínculo.

—No necesito lecciones. Sé muy bien cómo funciona la comunión astropática —le replicó Dorn.

—Si de verdad fuera así, habríais respetado el sello de aislamiento que rodea a esta cámara —le contestó a su vez Sarashina.

Ibn Khaldun sintió el momentáneo destello de rabia tras las murallas ciclópeas de la fortaleza mental de Rogal Dorn. A aquel sentimiento le siguió casi de inmediato un brillo apagado de aceptación a regañadientes, aunque Ibn Khaldun pudo notarlo sólo porque Dorn permitió que los demás lo sintieran.

—Acepto vuestra opinión, lady Sarashina. Me mantendré en silencio. Tenéis mi palabra —le aseguró Dorn.

Ibn Khaldun alejó todos sus sentidos del primarca. Fue algo realmente difícil, ya que su presencia provocaba una fuerza de gravedad hacia él que atraía a todas las mentes que se encontraban cerca. Sin embargo, en vez de eso, lanzó su mente hacia el exterior, hacia el espacio resonante de la vasta cámara en la que se encontraba.

La estancia tenía la forma de un gran anfiteatro, y estaba emplazada en el corazón de la Torre de los Susurros. Aquella cámara la habían conformado los antiguos cognoscienti, que antes habían construido la Ciudad de la Visión, hacía ya muchos miles de años. Su conocimiento sin parangón de la arquitectura afín a los poderes psíquicos lo habían obtenido con un gran coste durante una era olvidada de devastadoras guerras psíquicas, pero ese arte constructivo se había perdido en un pasado lejano, y el conocimiento necesario para crear unas estructuras resonantes como aquéllas había desaparecido con ellos.

De entre todas las ennegrecidas salas mentales de la Ciudad de la Visión, la Torre de los Susurros era la que llegaba a mayor distancia en las profundidades del espacio que se extendía entre las estrellas, a pesar de las declaraciones jactanciosas que los grandes arquitectos del Emperador proclamaban sobre las torres ornamentadas que habían construido a su alrededor.

Un millar de astrópatas de rango elevado rodeaban a Ibn Khaldun. Estaban sentados sobre las múltiples filas de bancadas que se elevaban hacia el techo, como si se tratara del público de alguna clase de grotesco espectáculo de disección. Cada uno de los telépatas estaba sentado en un trono de seguridad con la forma adecuada para acoplarse a su cuerpo. Ibn Khaldun los veía como manchas de luz reluciente en su conciencia, y concentró la atención cuando un cambio sutil en la resonancia del coro tironeó levemente de su percepción.

La torre estaba atrayendo un mensaje.

Las piedras susurrantes engastadas en las paredes cubiertas de paneles de hierro brillaron con una luz invisible cuando permitieron el paso del mensaje y lo dirigieron hacia el centro de la sala mental.

—Está aquí —avisó Ibn Khaldun cuando la presencia del astrópata que enviaba el

mensaje se expandió hasta llenar toda la cámara igual que la ola de un maremoto.

El mensaje estaba completamente desenfocado. Era poco más que un grito lejano que se esforzaba por encontrar alguien que lo escuchara. Ibn Khaldun lo rodeó con la mente.

Al igual que dos desconocidos que se esforzaran por darse la mano en la oscuridad, los pensamientos de ambos se entremezclaron con cierta lentitud. Ibn Khaldun soltó una leve exclamación cuando notó la textura áspera de la mente de su interlocutor al raspar contra la superficie exterior de sus propios pensamientos. Aquel tipo de mensajes toscos y afilados, contundentes y beligerantes, eran típicos de los astrópatas que pasaban largos periodos de tiempo asignados a los Manos de Hierro. Los códigos de cifrado le destellaron en la mente en una compleja serie de colores y de números, una sinestesia necesaria para identificar a ambos astrópatas antes de que pudiera comenzar la comunión propiamente dicha.

—¿Ya lo tienes? —le preguntó el señor del coro.

Khaldun no le contestó. La tarea de captar los pensamientos de otra mente situada en un punto tan lejano exigía toda su capacidad de concentración. Las fluctuaciones de la disformidad, el murmullo de un millón de ecos que se solapaban y las corrientes aleatorias de energía etérea se esforzaban por romper la conexión, pero Khaldun consiguió mantenerla con firmeza.

Al igual que dos amantes que aprendieran poco a poco el ritmo y las apetencias de su pareja, la unión entre las mentes de los dos astrópatas se fue haciendo más fácil, aunque definir cualquier asunto de esa naturaleza como «fácil» era subestimar tremendamente la complejidad del proceso. Ibn Khaldun sintió la fría desolación del Immaterium que lo rodeaba y que se agitaba con fuerza como un mar azotado por una tormenta, y al igual que los océanos de la Vieja Tierra, albergaba criaturas de todas las formas y tamaños. Ibn Khaldun las sintió dar vueltas alrededor de la brillante luz de la comunión, al igual que lo harían unos depredadores prudentes que giraran alrededor de una posible presa.

—Tengo la comunión, pero no conseguiré mantenerla durante mucho tiempo —informó.

El perfil espectral de un lugar muy lejano comenzó a entremezclarse con la interpretación sensorial que Ibn Khaldun tenía de la sala mental, igual que sucedería con un pictógrafo defectuoso que emitiera dos imágenes distintas en la misma pantalla. Reconoció la imagen difusa de la cámara de un astro pata que iba a bordo de una nave estelar, una estancia que mostraba la falta de decoración y de comodidades propias de la X Legión. Unas cuantas figuras lo rodeaban, con un aspecto semejante a fantasmas sin rostro que hubieran acudido a observar. Eran unos gigantes de formas neblinosas y relucientes, de metal bruñido y auras de bordes duros, de líneas angulosas y con el sabor frío que tienen las máquinas.

Sí, sin duda, estaba a bordo de una de las naves de los Manos de Hierro.

Ibn Khaldun hizo caso omiso de aquellas presencias inesperadas y dejó que el mensaje fluyera hacia su interior. Entró formando un flujo de imágenes absurdas e ininteligibles, pero algo así era de esperar. La canción psíquica del coro aumentó de volumen en sintonía con sus esfuerzos por procesar las imágenes, y él sacó fuerzas del pozo de energías que le ofrecían. La voluntad y la fortaleza mental podían cohesionar mensajes sencillos enviados desde distancias planetarias, pero para algo enviado desde un punto tan lejano haría falta más poder del que un solo individuo podía albergar.

Khaldun era un individuo especial, un astrópata con unas habilidades en la cognición metafísica que era capaz de convertir unas imágenes sin sentido de un significado oscuro en un mensaje que hasta un novicio sería capaz de descifrar. A medida que el pensamiento urgente y en estado puro del astrópata de la expedición se derramaba en su paisaje mental, la energía que tomaba prestada del coro pulía los bordes más agudos y dejaba que la sustancia del mensaje tomara forma.

Ibn Khaldun interpretó y extrapoló las imágenes y los sonidos al mismo tiempo, formando una aleación de taquigrafía astropática con referencias alegóricas para extraer la verdad del mensaje. En ese proceso existía un elemento artístico, un hermoso ballet mental que en parte era intuición, en parte talento natural y en parte entrenamiento. Al igual que un rememorador de talento creativo jamás sería capaz de explicar cómo lograba la maestría en su arte, tampoco podía Ibn Khaldun expresar cómo conseguía sacar forma de lo informe, un significado del caos.

Las palabras le salieron de la boca a borbotones, transformadas a partir de los símbolos encriptados mediante los cuales habían sido enviadas.

—El mundo de la arena negra. Isstvan. El quinto planeta. La legión avanza a buena velocidad. El castigo de lord Dorn viaja con precisión, pero a pesar de ello, los hijos de Medusa atacarán antes incluso que los Cuervos o los Señores de Nocturne. Lord Manus exige ser el primero en derramar sangre y la cabeza del Fénix.

De su boca salieron más datos del mensaje, e Ibn Khaldun sintió que algunos de los astrópatas sentados en las bancadas del anfiteatro morían al agotarse por completo sus reservas de energía. Tal era la importancia del mensaje que se habían considerado aceptables ciertas pérdidas en el coro.

—El Gorgón de Medusa será el primer guerrero del Emperador en pisar Isstvan. Será la punta de la lanza que se clavará en el corazón de Horus Lupercal. Será nuestro vengador.

Ibn Khaldun se desplomó en su asiento cuando el mensaje se interrumpió de forma brusca. Comenzó a respirar de nuevo con normalidad y su mente empezó el tortuoso proceso de reordenarse a sí misma tras el vacío dejado por el final de la comunión. Tardaría varios días en recuperarse del todo de aquel proceso extenuante.

Como siempre, tuvo ganas de ponerse en pie y de abrir los ojos, pero las cinchas del arnés y el velo de piel suturada que le cubría cada una de las cuencas oculares vacías le impidieron hacer ninguna de las dos cosas.

—Ya se acabó —susurró, y sus palabras resonaron por toda la estancia, como si en vez de murmurarlas las hubiera gritado a pleno pulmón—. Ya no hay más.

Lady Sarashina lo tomó de la mano y le acarició la frente, que brillaba por el sudor que la cubría. Su conciencia ya se estaba apagando tras un esfuerzo mental tan agotador. Lord Dorn se inclinó sobre él. Un nimbo de luz centelleante rodeaba las curvas doradas de su armadura de combate, y la cercanía de un poder tan abrumador tuvo el mismo efecto que la descarga de un desfibrilador. Ibn Khaldun fue incapaz de dejarse caer en un trance recuperativo.

—Maldita sea esa impaciencia tuya, Ferrus. Vas a acabar conmigo —susurró Dorn, y el tono de su voz dejó entrever la tremenda carga que sobrellevaba—. ¡El plan exige que cumplas mis órdenes al pie de la letra! —El primarca de los Puños Imperiales se volvió hacia el señor del coro—. ¿Ya no hay más? ¿Estáis seguros de que el mensaje está completo?

—Si Abir Ibn Khaldun dice que ya no hay más, es que ya no hay más —declaró el señor del coro—. Los criptoestesianos se encargarán de filtrar el flujo en busca de cualquier significado residual o de subtextos ocultos, pero Ibn Khaldun es uno de nuestros mejores astrópatas.

Rogal Dorn se le acercó y casi se le echó encima.

—¿Uno de los mejores? ¿Por qué no se ha empleado al mejor telépata para un mensaje tan crucial?

El señor del coro cruzó la mirada con la de Sarashina, e Ibn Khaldun notó la sensación de incomodidad que los invadía cuando formaron en sus mentes la imagen de un astrópata que había abandonado mucho tiempo atrás la Torre de los Susurros, cuando fue trasladado al elevado rango de telépata asignado a una casa patricia de la Navis Nobilitae.

—Nuestro mejor astrópata no se encuentra entre nosotros ahora mismo —le informó el señor del coro.

—Ordené que se utilizaran todos los medios posibles para conseguir información fiable de la frontera —dijo Dorn al mismo tiempo que ponía la mano sobre la empuñadura de ónice y oro de su espada de pesada hoja—. ¿Es que nadie entiende lo que está en juego? Me veo obligado a librar una guerra que no puedo ver, a enfrentarme a un enemigo al que no puedo valorar, y el único modo que tengo de lograrlo es saber con absoluta exactitud lo que ocurre en el trayecto hasta Isstvan. Para salvar al Imperio necesito que se utilice a los mejores agentes y operativos. La verdad es lo único que importa. ¿Lo entendéis?

—Lo entendemos muy bien, lord Dorn —le contestó el señor del coro tras dudar

un momento.

—Nuestro mejor agente está regresando a nosotros en estos mismos momentos —añadió Sarashina—. Sin embargo, no se encuentra en condiciones de ayudarnos. Al menos, no todavía.

—¿Por qué no? —exigió saber Rogal Dorn.

Sarashina dejó escapar un suspiro.

—Porque debemos reconstruir su mente.



PRIMERA PARTE

SUEÑOS DE LA CÁMARA ROJA



UNO

TECHO DEL MUNDO
PEQUEÑA CHICA
REGRESO AL HOGAR

Los viajeros ascendieron a través de los bosques petrificados de Uttarakhand y de los páramos radiactivos desolados de Uttar Pradesh. Luego continuaron a lo largo del valle del Brahmaputra y se acercaron al techo del mundo con cada día que pasaba. Llegaron a las llanuras de Terai-Duar, colonizadas por los constructores de naves del Mechanicum, que habían levantado allí los diques de reparación. Siguieron ascendiendo hasta dejar atrás aquellas catedrales de hierro iluminadas por el resplandor del acetileno y llegar a Bhabhar, con su escasa atmósfera y donde la tierra estaba cortada por cañones perfectamente paralelos por donde antaño habían bajado el agua del deshielo desde los picos más altos hasta las llanuras inferiores.

Allí habían florecido inmensas extensiones de bosques subtropicales antes de que las antiguas guerras destruyeran casi todos los seres vivos de la superficie del planeta. Los océanos habían hervido, los continentes habían ardido, y la mayor parte de lo que hacía especial a aquella tierra se había perdido en esas guerras. Pero, a pesar de todo, el planeta había resistido. En aquel bosque en concreto había predominado un árbol llamado «sarja», la especie favorita del antiguo dios de un imperio desaparecido mucho tiempo atrás que había dominado aquellas tierras.

Uno de los pocos mitos que había sobrevivido de aquel imperio hablaba de la más grande de sus reinas, la más importante, que había dado a luz a un dios mortal mientras se agarraba a las ramas de un sarja en un poblado de los sákyans. Aquel dios había iniciado una nueva religión, pero ya no quedaba nada de sus enseñanzas, y ningún relato aclaraba si era un dios benevolente o iracundo.

Los viajeros no conocían nada de la historia de aquellas tierras, ya que Bhabhar no era ya más que una extensión desolada cubierta de campamentos que llenaban el

paisaje hasta donde alcanzaba la vista. Millones de trabajadores, de artesanos y de enormes migou se afanaban alrededor de las ciudades industriales de lona y de plastiacero prefabricado. Eran el músculo que impulsaba la maquinaria de construcción que rodeaba incluso los extremos más lejanos de aquella zona montañosa.

Siguieron subiendo más todavía, hasta la franja rocosa superior del Shiwalik, donde los viajeros descansaron durante la noche en la avenida Chitwan antes de retomar el camino y atravesar el Paso Mohán para llegar al Mahabharat Lekh, donde se alzaba la primera de las gigantescas puertas que resguardaban las cimas titánicas igual que un pórtico sepulcral que diera acceso a la guarida de un gigante dormido.

Era la puerta Primus. En épocas más pacíficas, la luz del sol hacía que la plata damasquinada y el lapislázuli del artesonado brillaran como el rocío matutino del primer día de la creación. El propio artesonado estaba recubierto de placas de adamantio. Todas las joyas y materiales preciosos de talla exquisita, que habían sido la primera visión del palacio del Emperador que tenían los viajeros, se encontraban resguardadas en una serie de criptas seguras. Unas grúas gigantescas y enormes montacargas salpicaban las almenas de los muros, y de las puntas destellantes de los sopletes caían cascadas de chispas.

Miles de suplicantes y de peregrinos se congregaban pacientemente delante de la puerta a la espera de su turno para atravesar aquella magnífica y enorme construcción. No todos llegarían hasta el corazón majestuoso del palacio. La subida sería demasiado ardua para muchos, el viaje demasiado largo, o las maravillas que contemplarían les resultarían imposibles de soportar. Una falange de soldados con placas pectorales relucientes de marfil y jade montaban guardia alrededor de los suplicantes. El ambiente estaba cargado de una extraña sensación atemorizadora. Una figura solitaria cubierta con una armadura dorada se movía entre la multitud. El color carmesí de la cola de caballo que remataba su casco puntiagudo destacaba como una mancha de sangre en mitad de la nieve.

La puerta Primus jamás antes había estado cerrada, y el hecho evidente de que ahora lo estuviera indicaba muy claramente que la galaxia había cambiado por completo. La humanidad tenía un nuevo enemigo, uno que tenía un rostro conocido y cuyos agentes incluso podían estar ya infiltrados entre ellos.

Los ciudadanos de Terra ya no podían caminar con libertad dentro de los dominios del señor de la humanidad.

Hasta aquel momento, el trayecto que los viajeros habían seguido en su ascensión a los picos apenas había sufrido los rigores de las nuevas medidas de seguridad que rodeaban al palacio del Emperador, casi del tamaño de un continente, pero se habían acercado demasiado a la llama brillante del corazón del Imperio como para pasar desapercibidos. Millones de trabajadores inmigrantes habían acudido al palacio, y

había que vigilar muchos rostros.

Al final, no les resultó muy difícil cruzar la puerta Primus. No sufrieron muchos inconvenientes para hacerlo porque disponían de documentos en los que se veía el sello de una de las principales casas navegantes, y el tono amatista de ese monograma recibió el respeto debido por parte de los castellanos de la puerta cuando les franquearon el paso. Cruzar la sombra interior de la puerta les llevó bastantes horas, y una vez se encontraron al otro lado, contemplaron la magnificencia del palacio propiamente dicho.

El conjunto de edificios había sido descrito como una corona de luz sobre el pináculo del mundo, una masa del tamaño de un continente de brillantez arquitectónica sin parangón, como la mayor obra de la humanidad. Sin embargo, ninguna de esas descripciones conseguía transmitir su inmensidad de calibre épico, el increíble peso del asombro que producía y la imposibilidad de su propia existencia colosal. Muchos de los suplicantes, que habían gastado los ahorros de toda su vida para ver el palacio, cruzaban aquella primera puerta y ya no ascendían más, anonadados hasta el aturdimiento simplemente con la visión de la menor de sus avenidas, paseos o torres. Era una obra monumental, construida no a la escala de los seres humanos, sino de los dioses.

Más allá de los anillos de embarque y de las llanuras de aterrizaje de la meseta de Brahmaputra se alzaban las cimas más altas: la Montaña Desnuda, la Gran Negra, la Diosa Turquesa y la que antaño había sido la más impresionante de todas, la Madre Sagrada. Ninguna de ellas había escapado de las máquinas del Mechanicum o de los arquitectos de guerra del Emperador. Les habían allanado las cúspides y habían perforado en profundidad sus cimientos rocosos para anclar las pilastras de sostén del inmenso palacio.

—Impresionante —comentó Bellan Tortega desde la parte trasera del aerodeslizador blindado.

Kai Zulane miró al cirujano psíquico con expresión hostil.

—Te odio —le dijo.

Las paredes interiores del aerodeslizador estaban cubiertas de paneles de madera traída de los bosques de hoja ancha de Yolaeu, mientras que las superficies metálicas estaban chapadas con platino repujado. Unas placas pictográficas engastadas mostraban una serie de serenos paisajes alienígenas en movimiento. Los asientos estaban tapizados con terciopelo grueso de color amatista con el emblema de la Casa Castana bordado en oro. La disposición sutil de las luces amortiguaba los ángulos más duros de aquel interior de aspecto cómodo. El bar, bien provisto de bebidas frías, hacía que incluso el viaje más largo se pudiera hacer con comodidad. Lo único que estropeaba el ambiente de lujo y elegancia era la presencia de los cuatro guardias

armados de la Casa Castana.

Iban equipados con armaduras de cuero cubiertas con placas de caparazón de un negro brillante, y llenaban el espacio interior del vehículo con sus voluminosos cuerpos modificados. La Casa Castana era una de las principales familias dentro de la Navis Nobilitae, y se podía permitir sin problemas el enorme coste que suponían los implantes potenciadores del Mechanicum que utilizaban en su personal de seguridad. Sus rostros estaban ocultos tras los visores de los cascos, también de color negro brillante. Cada uno de ellos tenía acoplado un amortiguador psíquico cristalino, lo mismo que el propio aerodeslizador, que los protegía de cualquier intrusión psíquica.

En teoría, aquellos individuos eran su escolta de protección, pero las escopetas de combate que empuñaban con fuerza en sus manos cubiertas con guanteletes de cuero no le dejaban duda alguna a Kai de que, en realidad, era poco más que su prisionero. Se recostó de nuevo contra el respaldo del amplio sillón y descubrió que era incapaz de disfrutar de la comodidad que antaño había dado por sentada. Tenía en las manos un vaso de amasec de color caoba. Hizo girar el licor en el interior de aquel cristal tallado que costaba más de lo que la mayoría de los ciudadanos lograba ganar en un año. Pensó durante unos momentos en tirar el vaso por la ventana, pero decidió que con aquel acto de rebeldía tan mezquino sólo lograría irritarse consigo mismo más tarde.

Además, el licor calmaba el mareo psíquico que lo afectaba desde que había regresado a Terra.

Bellan Tortega, que se encontraba sentado frente a Kai, miraba por la ventana con la boca abierta y expresión de deleite absoluto en la cara. Era la primera vez que el cirujano visitaba el palacio, y se notaba. Desde que habían cruzado la puerta Primus, casi veinte horas atrás, había ido mencionando los distintos hitos geográficos mientras se maravillaba del enorme número de personas que se encontraban dentro del perímetro del palacio. La ruta que siguieron les hizo sobrevolar la meseta de Brahmaputra, y Kai mantuvo una expresión fingida de aburrimiento durante todo el viaje. Sabía que era todo un honor contemplar la cuna de la humanidad de un modo tan cercano, pero estaba demasiado inmerso en su lamentable propia situación como para fijarse demasiado en el entorno que lo rodeaba.

—Creo que ese anfiteatro cubierto, el que está rodeado de andamios, es el Inbestiario —comentó Tortega—. Las estatuas de los primarcas del interior están cubiertas con sudarios de luto.

—¿Por qué? —preguntó Kai.

—¿Qué quieres decir?

—¿De qué sirve cubrir una estatua? No es que puedan ver, precisamente.

—Es algo simbólico, Kai —le explicó Tortega—. Representa el deseo del Emperador de proteger a sus hijos de la traición de sus hermanos.

—Si quieres saber mi opinión, representa una tremenda pérdida de tiempo. Tenía la impresión de que el Emperador estaría más preocupado por otras cosas que por un simbolismo sin utilidad alguna.

Tortega soltó un suspiro.

—¿Sabes cuál es tu problema principal, Kai?

—Sé muy bien cuáles son mis problemas, mi querido cirujano —le replicó Kai—. Tú te encargas de recordármelo todos los días.

—No eres capaz de apreciar toda la suerte que tienes —continuó Tortega, como si Kai no hubiera hablado.

Éste se contuvo para no contestarle con un comentario cáustico y tomó otro trago.

—El patriarca Verduchina habría estado en todo su derecho de expulsarte del Adeptus Astra Telephatica, y entonces, ¿qué habrías hecho? Los sabuesos psíquicos te habrían detectado en menos de un día.

Kai ya había intentado poner fin a aquellos sermones mientras se encontraba en las instalaciones médicas que la Casa Castana tenía en la rocosa isla de Kyprios. Sin embargo, el tiempo le había hecho darse cuenta de que, una vez que empezaba, no había forma de hacer callar a Tortega.

—¿Crees que te hubieras podido permitir esos implantes ópticos sin la ayuda de la Casa Castana? —siguió sermoneándolo Tortega—. Fíjate bien en lo que te digo: si avergüenzas a nuestra casa navegante, te los quitarán. Jovencito, tienes mucho por lo que estar agradecido, y ya va siendo hora de que te des cuenta, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde, y si no, fíjate hacia dónde nos dirigimos —le replicó Kai.

—Nos dirigimos hacia la cuna de nuestra especie, Kai, y cuando el Imperio quede unido una vez más después de esta guerra insensata, la gente acudirá en masa a este lugar —le respondió Tortega al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante y ponía una mano en la rodilla de Kai.

La sensación fue dolorosa, y Kai se sobresaltó ante el exceso de familiaridad que demostraba el cirujano con aquel gesto.

—No me toques —le espetó Kai—. ¿Es que no sabes nada sobre los telépatas? ¿De verdad quieres que me entere de todos esos secretillos sucios que ocultas?

Tortega apartó la mano de golpe, y Kai negó con la cabeza.

—Idiota. No tengo el talento de la psicometría, pero te has preocupado mucho, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ocultas el viejo Verduchina? ¿Te drogas? ¿Tienes relaciones ilícitas con tus pacientes? ¿Muestras una actitud sexual aberrante?

El rostro del cirujano enrojeció, y Kai se echó a reír.

—Tortega, no eres más que un hombrecillo penoso. ¿De verdad crees que Verduchina te valora? Para él no eres nada, poco más que un especialista del que

puede prescindir sin problemas. Eso si es que realmente sabe cómo te llamas.

—Eso es el Osario Hamazan —le contestó Tortega con voz altanera—. He visto pictografías del lugar, pero ninguna refleja la grandiosidad de su escala. Es necesario verlo de verdad para apreciar la armonía de sus proporciones. Y allí… Creo que ese portal con columnata, con esos remates dorados y las cúpulas con forma de copa de árboles con grandes hojas conducen a la Torre Astartes. Se dice que fue el último lugar donde el Emperador y los primarcas se reunieron antes de que partieran las flotas expedicionarias hacia los rincones más lejanos del Imperio. Las gloriosas arias de La veintena de héroes nos hablan de cada uno de los días que el Emperador pasó con sus hijos.

—Estoy seguro de que ahora mismo desearía haber pasado más días con ellos —comentó Kai antes de beberse de un trago lo que quedaba de amasec para luego poner la copa sobre el ancho reposabrazos de caoba pulida. Tuvo ganas de beberse otra, de beberse una botella entera, cualquier cosa con tal de mitigar el dolor.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Tortega.

—Que quizá si el Emperador hubiera pasado más de un día junto a Horus Lupercal no estaríamos metidos en este lío.

—Silencio —le ordenó Tortega—. No puedes decir algo así, no aquí, en este lugar.

—¿Quién me lo va a impedir?

Tortega negó con la cabeza.

—¿Qué placer encuentras en ser tan provocador?

Kai se encogió de hombros.

—Sólo me he limitado a señalar que si el Emperador hubiera pasado más tiempo con sus primarcas, quizá no se habrían vuelto contra él. No es que pensar eso sea precisamente una traición.

—¿Quién puede decir hoy día qué es una traición?

—Pues pregúntale a la Hueste Cruzada —le replicó Kai—. Seguro que ellos te lo pueden decir.

Tardaron otro día en llegar al final de su viaje. Tortega pasó todo ese tiempo enumerando las maravillas del palacio que probablemente jamás volvería a ver: la Galería Invernal, la Tumba de Upanizad, la Sala de los Suplicantes, el Observatorio de Cristal, el Preceptorio, ennegrecido por el fuego, la Larga Estancia y la Forja de Carne y Acero, donde se había firmado finalmente el histórico pacto entre el sacerdocio de Marte y Terra. El águila de doble cabeza que remataba el edificio estaba tallada en ouslita y pórfido. Tenía un aspecto ensangrentado bajo los rayos del sol poniente.

Kai sintió la presencia de la Ciudad de la Visión mucho antes de verla aparecer en

el horizonte. Era un lugar vacío y lúgubre en mitad de la bulliciosa actividad mental del palacio. Los amortiguadores psíquicos acoplados al aerodeslizador habían bloqueado prácticamente todos los pensamientos de los millones de trabajadores, operarios, escribas, técnicos, artesanos y soldados que abarrotaban el interior de las murallas del palacio, pero Kai había sentido el palpitar de trasfondo de una población tan numerosa.

Cuando se acercaron al cuartel general del Adeptus Astra Telephatica no sintió nada, ni un solo rastro de que alguien viviera en aquella parte aislada y apartada del palacio. Kai sabía que no estaba abandonada, ya que había pasado casi una década entre sus torres de aspecto desolador, donde aprendió a controlar sus poderes en beneficio del Imperio. Al recordar aquellos días sintió una nostalgia momentánea, pero la reprimió con amargura, ya que aquel viaje no era un feliz regreso al hogar.

Mientras que otras zonas del palacio eran una celebración de la Unidad, los constructores de la Ciudad de la Visión parecían haberse propuesto edificar algo que pesara en el alma al verlo. Más allá de los dominios de los astrópatas, la arquitectura del palacio estaba diseñada para glorificar los logros de la humanidad, y todas las estatuas tenían como objetivo recordar a una población agradecida todo lo que se había reconstruido tras las terribles guerras mundiales que habían azotado todo el planeta y que casi habían llevado a la humanidad a la extinción.

No se veía nada de eso en la Ciudad de la Visión, y Kai sólo sintió una desesperación angustiosa cuando el aerodeslizador pasó bajo el Arco de Obsidiana y atravesó las murallas exteriores. Tortega volvió la cabeza para contemplar el bosque de torres de hierro, de barracas sin luz y de avenidas silenciosas de su interior. Las calles del palacio que se extendían al otro lado del arco de color negro brillante estaban abarrotadas por una masa ingente de seres humanos, pero las vías de la Ciudad de la Visión sólo las recorrían fantasmas solitarios vestidos con túnicas verdes y con las capuchas echadas sobre el rostro.

—Supongo que debes de tener muchos recuerdos de este lugar —comentó Tortega.

Kai hizo un gesto de asentimiento antes de contestar.

—La verdad es que te odio mucho.

Era una insensatez salir a las calles a una hora tan tardía, pero a Roxanne no le quedaba más remedio que arriesgarse en mitad de la oscuridad. Aunque ya era noche cerrada, la Ciudad de los Suplicantes nunca estaba del todo a oscuras. Las hogueras encendidas iluminaban de forma intermitente las paredes de los edificios que la rodeaban. Además de los faroles que colgaban de los postes improvisados colocados en la calle.

El humo de los quemadores químicos se pegaba a las estructuras inclinadas

construidas con paneles prefabricados robados de los montones de desechos del Mechanicum o de los campos de construcción que se extendían delante de las murallas del palacio. De algunas de las cabañas de mayor tamaño sobresalían unas antenas que se elevaban hacia la neblina humeante que flotaba sobre aquella ciudad improvisada. Había estandartes empavesados de un extremo a otro de las casas para atenuar la imagen de miseria, pero era un esfuerzo fallido. La pared que tenía al lado en esos momentos estaba cubierta de folletos del Lectio Divinitatus, impresos de forma burda sobre antiguas hojas de propaganda.

Todos los instintos de Roxanne se habían opuesto a que saliera del templo, pero ver a los dos niños de Maya llorando de forma inconsolable la había convencido de que no tenía otra opción. La infección que devastaba sus pequeños cuerpos estaba muy avanzada, y sin medicinas estarían muertos a la mañana siguiente. Dos de los hijos de Maya ya se encontraban a los pies del Ángel Ausente mientras ella lloraba y gemía delante del rostro sin rasgos.

Palladis le había indicado cómo llegar a la Casa de la Serpiente, y Roxanne se esforzó por seguir las instrucciones al pie de la letra. Jamás se había alejado tanto del templo, y la experiencia le estaba resultando al mismo tiempo algo emocionante y aterrador. Para una muchacha que había crecido siendo prácticamente una prisionera de su propia familia, aquella sensación de peligro era liberadora y embriagadora.

Y del mismo modo que la ciudad nunca estaba completamente a oscuras, jamás estaba completamente en silencio.

El metal chocaba contra el metal, los niños lloraban, las madres chillaban, los predicadores dementes leían sus sagradas escrituras donde proclamaban dios al Emperador y los borrachos gritaban obscenidades a la noche. Roxanne había leído numerosos tomos de historia que había sacado de la biblioteca familiar, donde se hablaba de las ciudades de la Vieja Terra. Se las describía como pocilgas abarrotadas donde vivían millones de personas pegadas las unas a las otras en un estado de pobreza atroz.

Sus tutores, cuidadosamente elegidos y censurados, le habían asegurado que eso pertenecía al pasado, a una época anterior al advenimiento del Emperador. A los ojos de Roxanne, abiertos hacía tan poco al mundo, nada había cambiado mucho. Le parecía absurdo que una pobreza como aquélla existiera a la sombra de un palacio como aquél, el símbolo vivo de una nueva era de progreso e iluminación. El halo de color dorado que rodeaba al palacio iluminaba los edificios más altos de aquellos arquitectos de talla heroica con un resplandor centelleante, pero poca de aquella luz y de las maravillas que los ejércitos del Emperador llevaban a los rincones de la galaxia caía sobre la Ciudad de los Suplicantes.

Roxanne se preguntó si su familia habría enviado a alguien a buscarla, si en esos mismos instantes habría agentes de la casa de su padre buscando a su díscola hija por

las calles de la ciudad. Quizá, aunque lo más probable era que no fuese así. Todavía no se había apagado el clamor por el escándalo que había provocado su último viaje, y se imaginó que habría algunos en la jerarquía familiar que estarían más que encantados de que se perdiera entre la masa de gente anónima.

Se sacó todas aquellas ideas de la cabeza y se concentró en el camino que tenía que seguir.

Ya era bastante peligroso recorrer las calles de la ciudad a esas horas de la noche como para dejar que la mente divagara sobre las injusticias del mundo o de la vida a la que le había dado la espalda. Ésa era su vida en aquel momento, y era todo lo distinta que podía ser de la vida anterior que había conocido.

Iba vestida con una túnica de capucha de un tejido basto de color marrón semejante al del lodo, algo que Roxanne no se hubiera imaginado ni en sus sueños más alocados unos pocos meses antes. Gracias a esa indumentaria, pasaba desapercibida por completo en las calles. Las pocas personas con las que se cruzó procuraron esquivar su mirada y siguieron sus furtivos caminos a través de la ciudad. Roxanne mantuvo la capucha bien echada sobre el rostro para mantenerlo en las sombras, y caminó con el paso encorvado común entre los habitantes de la ciudad.

Cuanto menos llamara la atención, mejor.

La Casa de la Serpiente se encontraba en las profundidades del territorio de Dhakal, y tenía muy claro que no quería encontrarse con ninguno de los hombres de Babu antes de llegar allí. Con suerte, sólo la matarían con rapidez y le robarían todo lo que llevara. En el peor de los casos, la violarían sin prisas antes de arrojar su cuerpo desmembrado a las alcantarillas.

Roxanne había visto el cuerpo de una chica que se había tropezado con Ghota, el matón más temido de Babu, y le resultó imposible comprender cómo un ser humano podría cometer unos actos tan terribles. El padre de la chica la había llevado al templo y también les había entregado todo lo que poseía. Palladis había intentado impedir que el hombre se marchara, ya que sabía muy bien hacia dónde se dirigiría a continuación, pero la tristeza del padre era inconsolable. La noche siguiente encontraron su cuerpo descuartizado colgando de una serie de ganchos de hierro para carne situados en el límite del territorio de Dhakal.

Sí, era peligroso adentrarse en las calles de la Ciudad de los Suplicantes después de la puesta del sol, pero los niños de Maya necesitaban los contrabióticos, y Antioch era el único cirujano que disponía de medicinas que no habían sido apenas adulteradas con impurezas hasta el punto de resultar nocivas. Los precios del anciano eran prohibitivos, pero eso a Palladis no le importaba cuando estaba en juego la vida de unos niños.

De todas maneras, ¿qué precio se le podía poner a una vida si al templo nunca le faltaba el dinero?

Los desconsolados eran generosos con sus donaciones, como si temieran que cualquier sospecha de reticencia a la hora de dar dinero pudiera impedir de algún modo que sus parientes fallecidos encontraran la paz. La Verdad Imperial proclamaba que no había vida más allá de la existencia física, que la muerte era el final del viaje para cualquier persona. Sin embargo, Roxanne conocía la auténtica verdad. Había mirado en los dominios tenebrosos que se extendían más allá de las fronteras horriblemente permeables de la realidad y había visto cosas que la habían hecho cuestionarse todo lo que le habían enseñado.

Se sacó de la cabeza aquellos pensamientos tan peligrosos. Notó que se le aceleraban la respiración y el ritmo cardíaco. Una serie de recuerdos reprimidos amenazaron con salir a la superficie, unos horrores de cuerpos despellejados que ardían desde la médula de los huesos, con órganos húmedos que colgaban de torsos reventados y cráneos pulidos a lametones. Roxanne se esforzó por ahogar todos aquellos recuerdos intentando contraerse en algo sin importancia.

La pared que tenía al lado estaba cubierta de pintadas, y se concentró por completo en ellas al mismo tiempo que a su memoria llegaban los recuerdos del olor a sangre y del hedor a ozono de los escudos sobrecargados. Se trataba de un mural que mostraba a los enormes guerreros de las Legiones Astartes en un planeta recién conquistado. La imagen estaba pintada con colores llamativos y tenía un trazo firme y vigoroso, aunque carecía de cualquier mérito estético. Era evidente que el artista no conocía el verdadero tamaño de un guerrero astartes, ya que las figuras con armadura eran sólo un poco más grandes que los soldados humanos que las acompañaban.

Roxanne había sido testigo del tremendo poder de las Legiones Astartes, y sabía lo anormalmente gigantescos que eran sus guerreros, con unos cuerpos semejantes a los de los ogros, pero sorprendentemente flexibles y ágiles.

El mural había sufrido una serie de ataques y varias de las figuras estaban cubiertas de pintura blanca que habían arrojado sobre ellas y por soflamas que le aseguraban que el Emperador la protegía. El púrpura de los Hijos del Emperador y el azul de los Devoradores de Mundos prácticamente habían desaparecido, mientras que el blanco y el verde ocre de la Guardia de la Muerte todavía eran un poco visibles por debajo de los grandes brochazos con que habían intentado taparlos. Un lobo lunar aullaba detrás de una gran mancha de pintura, mientras que la cara de un guerrero de hierro había sido arrancada a golpes de la pared y yacía hecha pedazos en el suelo.

Roxanne comenzó a respirar con mayor lentitud y alargó una mano para tocar el mural, y dejó que la solidez tranquilizadora de la pared la llevara de vuelta a un punto de equilibrio. Cerró los ojos y apoyó la frente en los ladrillos de superficie áspera. Luego respiró con lentitud y se imaginó la extensión de todo un páramo desolado y desierto. La fetidez metálica de las entrañas derramadas se desvaneció, y el olor penetrante a carne quemada y a sudor rancio regresó con todo su hedor humano. El

aroma tóxico de las varitas de bac remataba aquella combinación de olores.

—En el desierto no hay vida —recitó recordando el mantra que sus tutores le habían enseñado hacía ya tantos años—. En el desierto estoy sola, y nada puede tocarme. Estoy intacta.

—Pues es mala suerte que no estés en un desierto, pequeñina —gruñó una voz a su espalda.

Roxanne se dio la vuelta aterrorizada. Todo lo que pensaba sobre el equilibrio y el desierto voló de su cabeza como hojas otoñales impulsadas por un vendaval. Vio a tres hombres, vestidos con monos de trabajo de tejido basto y abrigados con gruesas pieles, apoyados en la pared situada enfrente del mural. Los tres estaban fumando, y las nubes de humo azul flotaban sobre sus cabezas como una capa de contaminación. Era individuos morenos de piel arrugada, de aspecto brutal y torpe, pero Roxanne sabía muy bien que no debía considerarlos unos simples matones o unos borrachos.

—No quiero problemas —dijo Roxanne a la vez que les mostraba las palmas de las manos.

Los tres se echaron a reír, y uno de ellos, un individuo con ojos pequeños y un largo mostacho cuyas guías apuntaban hacia el suelo, dio varios pasos hacia ella y tiró al suelo lo que estaba fumando.

—Mala suerte, pequeñina, porque resulta que son los problemas los que te quieren a ti.

—Por favor… Si sois hombres de Babu Dhakal, deberíais marcharos. Sería mejor para todos que me dejarais tranquila. Hacedme caso.

—Si sabes que trabajamos para Babu, sabrás que no dejaremos que te vayas —le contestó el hombre al mismo tiempo que indicaba con un gesto a sus compañeros que avanzaran hasta ponerse a su lado.

Roxanne se fijó en las grandes pistolas que llevaban remetidas en la cintura de sus monos de trabajo y unas primitivas porras metálicas hechas a mano que llevaban sujetadas a los muslos. El tipo del mostacho sacó un arma reluciente del cinto, un largo cuchillo con la hoja curva. Se la llevó a los labios y pasó la lengua amarillenta por el borde afilado. La sangre le resbaló por la barbilla, y luego le sonrió, lo que dejó a la vista unos dientes enrojecidos.

—Eres de la iglesia de la muerte, ¿verdad? —le preguntó el individuo.

—Sí, pertenezco al Templo de la Aflicción —le confirmó Roxanne, procurando mantener la voz lo más tranquila posible—. Por eso deberíais dejarme tranquila.

—Ya es demasiado tarde para eso, pequeñina. Supongo que te diriges a casa de Antioch, lo que significa que llevas bastante dinero encima para poder permitirte pagar sus precios. Dámelo y nos portaremos bien. A lo mejor sólo te cortamos un poquito.

—No puedo hacerlo.

—Por supuesto que puedes. Sólo tienes que meter una mano en la túnica y dárnoslo. Hazme caso, todo te será más fácil si lo haces. Añil y Murat no son tan amables como yo, y ya están pensando en matarte.

—Si os doy el dinero estaréis matando a dos niños —le explicó Roxanne.

El sujeto se encogió de hombros.

—No serían los primeros, y no creo que sean los últimos.

El matón hizo un gesto y sus dos acompañantes se lanzaron a por ella. Roxanne se dio media vuelta y echó a correr hacia el extremo de la calle. Gritó pidiendo una ayuda que sabía que nadie le iba a prestar. Una mano la agarró por la túnica, pero consiguió zafarse. Luego un puño le dio de lleno en el hombro y se tambaleó hacia adelante. Tuvo que alargar la mano hacia la pared para recuperar el equilibrio y no caerse.

Una parte de la pared de adobe se desplomó y Roxanne gritó al caer de rodillas. Abrió los ojos y vio que estaba cara a cara con un bloque pequeño que mostraba el casco de un guerrero de armadura roja y blanca. Alguien le plantó un pie entre los hombros y la empujó con fuerza. Roxanne dio de lleno con la cara contra la tierra de la calle y la boca se le llenó de sangre cuando se mordió la mejilla por dentro. Unas manos ásperas le dieron la vuelta para ponerla boca arriba.

La capucha se le cayó, junto al pañuelo con el que se había recogido el cabello. Su atacante sonrió con una boca a la que le faltaban la mitad de los dientes.

—¡Bonita, bonita!

La luz de una lámpara cercana se reflejó en la porra metálica.

Otro par de manos le abrieron la túnica, y Roxanne comenzó a forcejear.

—¡Soltadme! —les gritó, pero los hombres de Babu Dhakal no le hicieron caso.

—Te lo advertí —le respondió el jefe de los matones en un tono de voz casi amistoso.

—No. ¡Yo te lo advertí! —le contestó Roxanne.

El matón que estaba manoteando para quitarle el cinturón comenzó a sacudirse en un ataque de espasmos, igual que si estuviera sufriendo una descarga eléctrica de alto voltaje. De la boca le salió un chorro de saliva espumeante salpicada de sangre, y los ojos se le derritieron en las cuencas oculares para convertirse en un vapor espeso, casi gelatinoso. El individuo comenzó a chillar y se apartó de inmediato de Roxanne mientras se arañaba el cráneo humeante y pataleaba como si lo estuviese atacando una horda de enemigos invisibles.

—¿Qué es lo que le has hecho? —rugió el segundo atacante mientras retrocedía de espaldas aterrorizado.

Roxanne se incorporó y escupió un diente roto. La rabia y el dolor que sentía eran demasiado intensos como para pensar en tener compasión. Miró fijamente al hombre aterrorizado e hizo una vez más lo que sus tutores le habían advertido siempre que no

hiciera.

El individuo aulló al mismo tiempo que de la nariz y de los oídos le salían chorros de sangre de un color rojo brillante. Perdió la vida en apenas un instante, y se desplomó contra la pared como si se hubiera desmayado a causa de una borrachera. Roxanne se puso en pie tambaleándose mientras el tercero de la banda se apartaba de ella con el pánico dibujado en el rostro.

—¡Eres una boksi! ¡Una bruja demoníaca! —gritó.

—Te dije que me dejarais en paz, pero no quisiste hacerme caso —le respondió Roxanne.

—¡Voy a matarte! —aulló el matón a la vez que llevaba una mano a la pistola.

Se desplomó hacia atrás antes de que tuviera tiempo siquiera de sacar el arma del cinto. La materia gris de su cerebro brotó licuada y borboteante por todos y cada uno de los orificios del cráneo. Finalmente, se derrumbó sobre un costado, y la cabeza se aplastó al estrellarse contra el suelo como si no fuera más que una vejiga de aire vacía.

Roxanne se apoyó en la pared que tenía detrás para mantener el equilibrio. Se había quedado sin aliento ante la violencia que había desatado. Recuperó con rapidez el pañuelo y se cubrió la cara con la capucha para que nadie le viera el rostro y se diera cuenta de lo que era.

Una vez más, la sangre y la muerte habían seguido sus pasos. Era lo que los antiguos marineros llamaban un «Jonás», alguien que daba mala suerte. Parecía que no importaba dónde fuera o se escondiera, el infortunio y la muerte la rodeaban. No había tenido intención de matar a aquellos hombres, pero el puro instinto de supervivencia se había apoderado de ella y no pudo hacer nada para impedirlo.

Vio los tatuajes de clan que cubrían el brazo del primer hombre al que había matado y la inundó una sensación helada al darse cuenta de lo que había hecho.

¡Eran hombres de Babu Dhakal!

Exigiría sangre a cambio de sus muertes, y Babu Dhakal no era un individuo dado a contenerse en sus venganzas. Cuando se produjeran las represalias, serían muchísimo peores que lo que había hecho ella.

—Por el Trono, ¿qué he hecho? —musitó.

Roxanne huyó hacia la noche.

El aerodeslizador sobrevoló la Ciudad de la Visión. Sus colores azul y amatista relucieron bajo las largas sombras que llenaban las grandes y lúgubres zonas edificadas. Había pocas estatuas en aquella zona del palacio, y aunque muchos de los edificios de piedra pálida y numerosas columnas tenían unas proporciones enormes, eran unas estructuras sombrías y monolíticas que se aplastaban contra la superficie de la montaña igual que unos agujeros negros arquitectónicos que absorbían toda la luz y

la calidez del día que se acababa.

Kai sabía que estaba pensando de un modo melodramático, un rasgo que despreciaba en los demás, pero no fue capaz de evitar caer en esa especie de autoindulgencia. Creía desde hacía tiempo que ya no tendría nada que ver con aquel lugar, pero allí estaba de nuevo, devuelto como un aspirante fracasado.

La montaña hueca se alzaba por encima de la ciudad y su sombra la cubría. Aunque se esforzaba por adoptar un aire de desinterés, simplemente con pensar en que lo encerraban allí le provocaba sacudidas de miedo que lo dejaban sin respiración. Se sacó de la cabeza cualquier pensamiento sobre aquel lugar terrible y se concentró en la avenida que se extendía ante ellos. Tortega se había apartado de la ventana, lo que demostraba que hasta un idiota como él era capaz de captar el ambiente de solemnidad que embargaba a toda la Ciudad de la Visión. Kai utilizó una mínima fracción de su poder psíquico para determinar en qué lugar se encontraba exactamente. Gracias a sus ojos biónicos, unos implantes oculares de precisión fabricados e instalados por los adeptos del Mechanicum asignados a la Casa Castana, no necesitaba apenas utilizar su visión mental. Tardó unos instantes en reajustar su percepción para pasar del sentido visual al psíquico.

Cerró los ojos y captó el peso de los edificios cercanos, el volumen etéreo de muchas de las altas torres de psíquicos. Tardó también un momento en orientarse, pero pocos segundos después ya le había dado forma a la arquitectura convertida en cintas de luz y en hebras relucientes de color. El aerodeslizador estaba sobrevolando en esos momentos la Galería de los Espejos, un edificio inmenso parecido a una catedral a través del cual pasaban los iniciados que habían superado las pruebas cuando se dirigían a las cavernas de aspecto impresionante que se extendían bajo la ciudad. Cuando ya estuvieran en las profundidades del palacio, se arrodillarían ante el Emperador y los increíblemente complicados trazados neurológicos de sus mentes serían reorganizados de manera que resistieran mejor los peligros de la disformidad. Sería un proceso extremadamente doloroso.

Kai recordó cómo a su grupo lo había escoltado una compañía de centinelas negros. Se había sentido nervioso, emocionado e inseguro respecto a lo que le esperaba. Supuso que los espejos colocados a lo largo del camino tenían como propósito que los aspirantes tuvieran la oportunidad de ver sus propios rostros antes de que los ojos se les quemaran en las cuencas oculares debido a una fuerza tan poderosa que era inimaginable. Kai no había sido capaz de decidir a lo largo de los años posteriores a su recorrido por aquel lugar si aquello era un acto misericordioso o cruel.

Se sacó de la cabeza aquel recuerdo. No quería rememorar un momento especial como aquél delante de unos individuos que confundirían la expresión de dolor de su rostro con una de temor ante lo que se avecinaba. En vez de eso, lanzó su mente hacia

adelante, a lo largo del plano liso de la avenida que llevaba hasta la torre más alta de la ciudad. La Torre de los Susurros se alzaba solitaria respecto a las demás, y era la única que brillaba con un resplandor entrelazado de luz plateada, aunque se trataba de una luz que brillaba más allá de la capacidad de los simples mortales para captarla.

Sin embargo, a pesar de todo ese brillo, su resplandor quedaba completamente eclipsado por la ardiente lanza luminosa que surgía de la montaña hueca. Ése brillo era de una magnitud completamente distinta, y Kai logró apartarla de su percepción sólo mediante un tremendo esfuerzo.

—¿Por qué no hay telépatas en las calles? —quiso saber Tortega—. Sólo veo servidores, mensajeros sherpas y unos cuantos siervos del Mechanicum.

Kai abrió los ojos y el paisaje urbano de luces y de colores se desvaneció en su mente, sustituido por la vulgar geometría de la piedra y los ángulos inamovibles. Aunque había aceptado de inmediato la oportunidad de recuperar su capacidad de visión física, en momentos como ése deseaba no haberlo hecho.

—Los estudiantes y los adeptos del Telephatica se mueven sobre todo a través de una red de túneles y vías excavadas en la roca, por debajo de la ciudad. Muy pocos suben a la superficie si pueden evitarlo.

—¿Por qué?

Kai se encogió de hombros.

—La sensación de la luz y el calor del sol en la piel no es más que un recordatorio de lo que han perdido.

—Por supuesto… Ya lo entiendo —dijo Tortega al mismo tiempo que asentía con lentitud, como si hubiese comprendido un complejo concepto de la psique humana en vez de algo que debería haberle resultado obvio.

—Los muros de la ciudad y la propia roca tienen engastadas líneas de cristales psicointerruptores, lo que hace que las profundidades también sean más tranquilas —le explicó Kai—. Viajar por la superficie supone una experiencia muy ruidosa para cualquier astrópata. No haces más que oír pensamientos incontrolados, cháchara aleatoria y emociones desatadas. Por supuesto, te enseñan a mantener todo eso fuera de la cabeza, pero siempre está presente, como un ruido de fondo. Lo que ocurre es que es más fácil viajar cuando no lo oyes.

—¿Ahora mismo estás oyendo algo?

—Sólo tu verborrea incesante —le contestó Kai.

Tortega dejó escapar un suspiro.

—Ésa hostilidad tuya no es más que un mecanismo de defensa, Kai. Déjalo.

—Déjame tú en paz —le replicó éste.

Kai apoyó la cabeza en el tejido blanco del reposacabezas y cerró los ojos. Su visión psíquica captó de inmediato el brillo titilante de la Torre de los Susurros y el de las mentes que los esperaban en la entrada.

Una brillaba con la calidez del reencuentro, mientras que la otra resplandecía cargada de una hostilidad que ni siquiera un casco con amortiguación psíquica era capaz de contener.

El aerodeslizador descendió con suavidad hasta posarse. Las compuertas semejantes a las alas de un murciélago se abrieron con el siseo de los sistemas neumáticos de alta presión. Tres de los individuos armados bajaron de inmediato, mientras que el cuarto le indicó a Kai y a Tortega con un breve movimiento de barrido del cañón de la escopeta que debían bajar también. Tortega se apresuró a obedecerlo, pero Kai se sirvió otra copa de amasec. Se tomó su tiempo e intentó retrasar todo lo posible lo que era inevitable.

—Sal ya —le ordenó el guardia.

—Una última copa. Créeme, ahí abajo no tienen nada tan bueno como esto ni de lejos —le respondió Kai.

Se bebió la copa de un solo trago, y se echó a toser cuando el licor le quemó la garganta.

—¿Ya has terminado? —le preguntó el visor sin expresión alguna que tenía delante.

—Sí, parece que se me ha terminado todo —le contestó Kai con sarcasmo.

El astrópata sacó la botella del bar de refrigeración y se la colocó debajo de un brazo mientras salía y abandonaba la agradable calidez del aerodeslizador.

El aire helado de la montaña lo golpeó con la fuerza de un puñetazo, y la primera inhalación le quemó la garganta aún más dolorosamente que el propio amasec. Había olvidado el frío tan tremendo que hacía allí, que lograba que dolieran hasta los huesos. Había olvidado muchas cosas de la Ciudad de la Visión, pero jamás olvidó la amabilidad de la mujer que salió del arco de entrada a la torre.

—Hola, Kai. Me alegro de volver a verte —le dijo Sarashina.

—Lady Sarashina. —Saludó él con una leve reverencia—. Espero que no me malinterpretéis, pero no puedo decir lo mismo.

—No, supongo que no —le contestó ella con una sonrisa triste, pero no carente de humor—. Jamás fuiste capaz de ocultar lo mucho que querías alejarte de este sitio.

—Y sin embargo, aquí estoy de nuevo.

El individuo que se encontraba al lado de Sarashina dio un paso adelante. Su comportamiento agresivo de matón encajaba perfectamente con el aura centelleante de beligerancia que lo rodeaba. Iba protegido por una armadura de color negro escarabajo y mantenía el rostro, de profundas arrugas y expresión inmisericorde, oculto bajo el casco de visor reflectante. Mostraba el poder que tenía igual que si se tratase de una mano cubierta por un guantelete de armadura.

Tomó el rollo de pergamino que le ofreció el jefe de los guardias del aerodeslizador y rompió el sello. Leyó el contenido y, una vez satisfecho, asintió.

—Transferencia realizada. Kai Zulane se encuentra ya bajo la custodia de los Centinelas Negros.

—¿Bajo custodia, capitán Golovko? —preguntó Kai.

De la torre salió un grupo de soldados protegidos con placas pectorales, fabricadas con obsidiana y cascos cónicos, una protección no muy diferente a las primeras armaduras de las Legiones Astartes. Cada uno de ellos iba armado con una larga lanza de hoja negra. Las cuchillas que remataban las largas astas tenían una superficie cristalina centelleante.

—Sí, Zulane. Y ahora soy el mayor general Golovko —le respondió el matón.

—Sí que has ascendido en este mundo. ¿Es que todos los oficiales superiores de tu organización murieron al mismo tiempo en un terrible accidente?

—Kai, no se comienza el proceso de curación con insultos —le advirtió Tortega.

—¡Ah, cállate ya, maldito imbécil! —le espetó Kai—. Por favor, márchate ya. Toma ese precioso aerodeslizador del patriarca y lárgate. No puedo soportar verte más.

—Sólo quiero ayudar —le contestó Tortega frunciendo los labios en un gesto lastimero.

—Pues lárgate. Así es como mejor me ayudarás.

Kai notó que una mano suave se le posaba en el brazo y una energía tranquilizadora se apoderó de él, algo que suavizó sus pensamientos agresivos y le proporcionó cierta serenidad, algo que no había sentido desde hacía meses.

—No se preocupe, cirujano Tortega —intervino dijo Aniq Sarashina—. Kai está en su hogar, y es uno de los nuestros. Ha hecho todo lo que ha podido, pero ha llegado el momento de que lo deje a nuestro cuidado.

Tortega asintió con un gesto brusco y se dio media vuelta. Se detuvo un momento, como si estuviera a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor y subió de nuevo al aerodeslizador. Los guardias de la Casa Castana lo siguieron y las compuertas se cerraron con un chasquido sólido.

El aerodeslizador giró sobre sí mismo y se alejó a toda velocidad, como si estuviera impaciente por marcharse de allí.

—Que mierdecilla más odioso —declaró Kai mientras el aerodeslizador desaparecía de la vista.



DOS

LOS CRIPTOESTESIANOS
EL TEMPLO DE LA AFLICCIÓN
REGRESO A CASA

En las profundidades de la Torre de los Susurros, una figura solitaria vestida con una túnica con capucha de color jade bordado se encontraba en el centro de una cámara abovedada en la que resonaba el eco del millar de voces de un coro que ya la había abandonado. A su alrededor se oían sonidos entrecortados y confusos, como si se tratase de una señal de comunicación distorsionada o de una transmisión enviada desde el otro extremo de la galaxia en épocas pretéritas.

En la cúspide de la cúpula había una matriz cristalina que palpitaba con un resplandor interior que bajaba en cascada desde sus múltiples facetas formando una catarata de luz centelleante. Evander Gregoras se quedó de pie en el centro de la neblina que se arremolinaba en el lugar, con los brazos abiertos igual que si fuera el director de una orquesta invisible. A su alrededor se formaban una serie de siluetas difusas, una cantidad innumerable de rostros, objetos y lugares. Surgían en la luz como fantasmas antes de desvanecerse de nuevo en la niebla. Cada una de esas apariciones era invocada y disipada con un simple gesto.

Las voces se alzaron y se apagaron. Eran fragmentos de palabras musitadas y de frases repetidas que serían ininteligibles para alguien que no estuviese formado en el arte de la criptoestesia. Gregoras filtró el flujo residual con la eficiencia de un cirujano, descartó aquello que no tenía importancia y memorizó los detalles que le llamaron la atención.

Gregoras no era un individuo popular, alguien a quien los demás buscaran para tener compañía. Aunque su apariencia era completamente normal, había contemplado el rostro secreto y horrible de la humanidad, y ese tipo de visiones le habían dejado el aspecto de un ser profundamente melancólico. Mientras que otros hablaban de amor,

de verdad y de una nueva era dorada, Gregoras veía ambición, engaño y los mismos melodramas cargantes en cada mensaje que pasaba por la Ciudad de la Visión.

Más que nunca en un momento como éste.

Debido a la traición del señor de la guerra y a la partida de la flota de aniquilación enviada por Dorn, los coros astrotelepáticos estaban funcionando más allá de sus capacidades habituales para satisfacer las exigencias que demandaba la lejana guerra que se libraba contra la rebelión. Horus Lupercal había encendido la chispa de la traición en una galaxia inestable, y sistemas estelares enteros se declaraban leales al señor de la guerra en una oleada interminable de deserciones desleales.

Al parecer, el sueño de una unidad galáctica se desvanecía poco a poco con cada día que pasaba.

El espacio estéreo estaba abarrotado de comunicados telepáticos, y el vacío bullía lleno de mensajes que chillaban pidiendo ayuda o simplemente bramaban el odio que sentían. Las cámaras de reflujo situadas bajo las torres de hierro de la ciudad estaban llenas del Residuo, los restos psíquicos procedentes de los miles de mensajes, y los cripoestesianos de Gregoras apenas eran capaces de mantener aquel ritmo brutal de comunicación. Debido a la traición, cada mensaje que llegaba a Terra debía ser cuidadosamente revisado, sin importar lo normal que pudiera parecer. El flujo residual era analizado de forma rigurosa y detallada en busca de cualquier señal de una posible encriptación que pudiera encubrir un mensaje para los agentes secretos del señor de la guerra.

Cada día llegaban cantidades ingentes de mensajes procedentes del palacio, y los astrópatas de la Ciudad de la Visión se estaban quemando mentalmente a una velocidad mucho mayor de la habitual. Los capitanes de las Naves Negras intentaron aumentar su radio de acción en busca de psíquicos emergentes para reemplazar a aquellos que acababan con la mente destruida, pero la guerra había dejado aislados algunos de los sistemas más prometedores.

Cada semana llegaban nuevos cargamentos de astrópatas, pero las necesidades del Imperio siempre superaban a las posibilidades de sustitución de los individuos.

Sin embargo, entre los recién llegados había un nuevo astrópata, un nuevo elemento que se había añadido a los efectivos de la torre, pero se trataba de alguien al que Gregoras consideraba un posible peligro.

Se había mostrado completamente contrario a que Kai Zulane regresara a la torre. Había insistido en que aquel individuo debía ser enviado a la montaña hueca, pero el señor del coro había hecho caso omiso de todas sus objeciones. Gregoras era consciente de la influencia de Sarashina en el regreso de Zulane, por lo que había decidido hablar con ella directamente. Lo hizo en el Arco de Obsidiana, cuando ella regresaba de otra reunión celebrada con los emisarios del Sigilita. Sarashina caminaba con paso cansado, pero a Gregoras no le importó nada el letargo que

mostraba.

—Así pues, tu pupilo regresa a nosotros, ¿no es así? —le espetó, sin molestarse por ocultar su enfado.

Sarashina se volvió hacia él, y Gregoras sintió la breve oleada de irritación que la invadió, pero que también contuvo de inmediato.

—Ahora no, Evander —le contestó Sarashina—. ¿Podemos por lo menos entrar en la torre antes de que comiences a reconvenirme?

—Esto no puede esperar.

Sarashina lanzó un suspiro.

—Kai Zulane. Sí, llegará dentro de una semana.

—Supongo que sabes que lo que ha hecho la Casa Castana es librarse de él mandándolo aquí para proteger su reputación ante la XIII Legión. Si no logras arreglarlo, la culpa será nuestra, no de ellos.

—No tendré que «arreglarlo», porque no está estropeado —le replicó Sarashina mientras caminaba con paso vivaz hacia la torre—. Todo el mundo experimenta el trauma y la pérdida en algún momento de su vida de servicio.

Gregoras meneó la cabeza en un gesto que evidenciaba su desacuerdo.

—No como lo hizo Zulane. A la chica y a él deberían haberles pegado un tiro en la nuca en cuanto los marines espaciales los encontraron. Verduchina lo sabe, lo mismo que el señor del coro, pero tú no estás de acuerdo. ¿Por qué?

—Kai es más fuerte que ningún otro telépata al que yo haya entrenado —le explicó Sarashina—. Es más resistente de lo que él mismo cree.

—Pero lo que vieron y oyeron…

—Fue más terrible de lo que tú o yo somos capaces de imaginarnos, pero sobrevivieron, y no voy a condenarlos por lograrlo. Estoy convencida de que sobrevivieron por alguna razón, y quiero saber cuál es.

—El Vatic no ha visto nada que dé validez a esa convicción —le replicó Gregoras—. Yo lo hubiera sabido.

—Ni siquiera tú eres capaz de descubrir todas las potencialidades, Evander.

—Cierto, pero soy capaz de ver más que tú. Lo suficiente como para saber que Kai Zulane no debería estar aquí.

—¿Qué es lo que sabes? —le preguntó Sarashina—. ¿Qué es lo que han encontrado esos pequeños carroñeros tuyos? ¿Algo que yo deba saber?

—Nada concreto —admitió Gregoras—. Sin embargo, existen corrientes oscuras en el eco de todas las transmisiones que filtramos del flujo residual, cosas ocultas sin forma o presencia. No las entiendo, ya que no aparecen en ninguno de los elementos de la Oneirocrítica.

—¿Has consultado el Alchema Mundi?

—Por supuesto, pero ni siquiera en los escritos de Yun he logrado encontrar una

correlación de imágenes que vaya más allá de los vulgares textos de los soñadores anteriores a la Unidad: demonios, dioses y criaturas semejantes.

—Deberías saber que no hay que dar crédito a los sueños de aquellos que creyeron en los seres divinos y los conjuros de los hechiceros. Me sorprendes, Evander.

Ninguno de los dos había vuelto a hablar de aquello, y aunque Gregoras había continuado mostrando sus objeciones al respecto, el señor del coro había permitido que Kai Zulane regresara a la Ciudad de la Visión. Gregoras había estado por una vez de acuerdo con Maxim Golovko, una situación que de por sí era demasiado ridícula como para expresarla con palabras.

Dejó a un lado cualquier pensamiento sobre Kai Zulane cuando una nueva oleada de emanaciones psíquicas invadió la cámara. Eran el residuo de los mensajes enviados tras la comunión de Abir Ibn Khaldun con la X Legión. La noticia de que Ferrus Manus avanzaba a toda velocidad por delante de la flota principal en busca de su propia venganza personal había provocado una oleada de mensajes enviados por Rogal Dorn, en los que urgía al primarca de los Manos de Hierro prudencia y un seguimiento estricto del orden de batalla que se había establecido. Sin embargo, lo que no se sabía era si Ferrus Manus haría caso de los mensajes. Gregoras movió las manos haciendo grandes barridos en el aire, y con una serie de leves golpes de la punta de los dedos comenzó el proceso del examen psíquico con la esperanza de ver otro atisbo fragmentario de la pauta que había sido su obsesión durante más de un siglo.

Gregoras se encontraba en el cruce principal de caminos de todo el Imperio, en el lugar donde las líneas de comunicación se cruzaban y entrecruzaban, desde donde se enviaban las flotas expedicionarias, se las hacía volver, o se las reagrupaba. El destino de decenas de miles de mundos se decidía entre los muros del palacio, y todo pasaba a través de la Ciudad de la Visión. La tarea de los criptoestesianos era filtrar la inmensa cantidad de restos psíquicos que quedaban al paso de todas esas comunicaciones, el Residuo, una tarea de la que pocos disfrutaban, pero que Gregoras había convertido en la misión de su vida.

Los telépatas de todas partes del Imperio llevaban casi doscientos años enviando sus mensajes a Terra, y todos y cada uno de ellos acababa pasando por su cámara. Hablaban de guerras, de ramas perdidas de la humanidad, de héroes y de perversos, de lealtad y de traición, y de otros millones de asuntos triviales que tenían lugar en el Imperio.

Había filtrado los residuos psíquicos de millones de astrópatas a lo largo de más de cien años, y había dejado al descubierto toda clase de vicios, de avaricia y de sediciones ocultos, en el reflujo de los mensajes transmitidos. Había visto lo peor de las personas, las entrelineas maliciosas, ridículas, mezquinas y sombrías que se

encontraban ocultas en un millar de sitios diferentes de entre todo lo que decían sin que ellos mismos ni siquiera se dieran cuenta.

Y Evander Gregoras había comenzado a discernir un patrón común entre los incontables mensajes mentales que llegaban a la Ciudad de la Visión. Había estudiado durante decenios cualquier flujo residual que tuviese el más mínimo indicio tentador de esa cohesión emergente. Aprendía más sobre su brillante complejidad con cada fragmento que descubría. Quizá sólo uno de cada cien mensajes contenía una referencia velada a ello, o uno de cada mil, o de cada diez mil. En cada una de esas ocasiones, la verdad del mensaje se encontraba oculta en el secreto o en la locura, enterrada en códigos subtextuales tan sutiles que pocos los reconocerían como un cifrado…, ni siquiera aquellos que enviaban los mensajes.

A través de las décadas le había quedado claro que existía un secreto en el Imperio que sólo conocían unos pocos dementes dispersos que ignoraban por completo la existencia de los demás locos, pero que lanzaban sus mensajes angustiados al vacío con la vana esperanza de que alguien prestara atención a sus advertencias.

Sólo allí, en la Torre de los Susurros, convergían todas esas partículas dispersas, igual que una canción que se esforzara por destacar en mitad de una cacofonía de voces.

Gregoras todavía no había descifrado del todo la verdad que ocultaba aquella canción, pero había llegado a una conclusión inevitable.

Sonaba con más fuerza cada día que pasaba.

El amanecer trajo consigo la luz, pero ninguna mejora respecto al frío. Las montañas que se alzaban sobre ellos resplandecían con un blanco cegador, aunque sobre los tejados de la Ciudad de los Suplicantes había poca nieve, en realidad. El hecho de que hubiera miles de personas apiñadas en un espacio tan reducido hacía que la temperatura ambiente fuese lo bastante elevada como para que la nieve no llegara a cuajar, pero no lo suficiente como para mantener a raya aquel tremendo frío. Roxanne se pegó un poco más la túnica al cuerpo y se estremeció mientras empujaba la puerta de acero del templo para abrirla. La hoja metálica chirrió, lo que le provocó una tremenda dentera, y luego se cerró con un fuerte estampido mientras ella se adentraba en el amplio espacio dedicado al lamento.

Al igual que la mayoría de los edificios de la Ciudad de los Suplicantes, el templo había sido construido con materiales variados sacados de los interminables ciclos de edificación, reparación y reconstrucción que rodeaban el palacio. Las paredes se habían levantado con restos de losas de mármol colocadas y cementadas por migous nómadas que habían sido expulsados de los gremios constructores por abuso habitual de drogas.

Habían tallado las piedras con multitud de formas: ángeles angustiados con los brazos alzados hacia el cielo, querubines llorosos que tocaban trompetas plateadas y grandes pájaros con alas doradas y la cabeza inclinada en gesto de pesar. Los mosaicos de los dolientes, creados con guijarros procedentes de Gypto, la contemplaban desde las ménsulas de ladrillo, mientras las máscaras mortuorias de niños fallecidos al nacer la miraban desde los frescos pintados a partir de cristales de colores triturados.

Una serie de largos tablones de las más diversas procedencias llenaban el templo y hacían las veces de bancos para sentarse. Muchos estaban ocupados por las familias gemebundas que rodeaban el cadáver de un ser amado. Algunas veces eran cuerpos decrépitos por la edad, pero en la mayoría de las ocasiones no era así. Roxanne mantuvo la cabeza agachada cuando la gente levantó la mirada al oír el sonido de la puerta al cerrarse. Allí la conocían, pero no tanto como para que se dirigieran a ella, que era justo lo que le convenía. Alguien como ella llamaría la atención, y era lo último que quería que pasara.

En el otro extremo del templo se alzaba la máxima gloria del edificio: una gran estatua de color oscuro a la que se conocía con el nombre del Ángel Ausente. Debido a algún defecto en la piedra nefrita procedente de Syrya, los albañiles habían rechazado aquel material y lo habían arrojado a los montones de desechos. Como la mayoría de las cosas que se desechaban en el palacio, el objeto había acabado en la Ciudad de los Suplicantes.

La habían tallado para darle la forma de un hombre arrodillado, un individuo musculoso de proporciones clásicas, pero estaba sin acabar: la cara no estaba tallada. Sin duda, el rostro con el que el escultor había pensado rematarla era el de algún héroe imperial. Ya llevaba más de un año en el templo, pero Palladis había decidido, por motivos que no había compartido con nadie, no proporcionarle un rostro a la estatua.

A pesar de ello, Roxanne nunca había podido evitar tener la sensación de que la estatua la miraba con unos ojos que sólo esperaban ser tallados.

Comparada con la ornamentación de las estancias en las que Roxanne había pasado su juventud, la decoración del templo era simple, algo burda, incluso. A pesar de ello, las estatuas poseían una gracilidad y una elegancia que superaban con mucho los de cualquier otra obra de arte que hubiera visto. Lo que hacía que todo aquello fuera más increíble todavía era que se trataba de la obra de un solo individuo.

Palladis Novandio estaba de pie al lado de Maya, que se encontraba de rodillas a los pies del Ángel Ausente. Tenía en brazos a un bebé que no se movía y lo pegaba a uno de sus pechos, como si esperase que comenzara de nuevo a mamar. Las lágrimas de Maya caían sobre los ojos del bebé y bajaban por sus mejillas, ya frías. Palladis levantó la mirada e hizo un breve gesto de asentimiento al ver a Roxanne, quien se

sentó a un lado de la nave central. Estaba a plena vista del corazón secular del Imperio, pero lo cierto era que se encontraba en un templo. Aquello la hizo sonreír, algo que muy pocas cosas habían conseguido desde que regresara a Terra envuelta en un aura de deshonra.

Un hombre de espalda encorvada la tocó en el brazo, y Roxanne se sobresaltó. No lo había oído acercarse. Se quedó de pie al lado de la joven, con el rostro demudado por el vacío de una pérdida.

—¿A quién has perdido? —le preguntó a Roxanne.

—A nadie. Bueno, a nadie recientemente. ¿Y tú?

—A mis hijos más pequeños —le respondió el hombre—. La que está a los pies de la estatua es mi mujer.

—¿Eres Estaben?

El hombre asintió.

—Siento mucho vuestra pérdida.

Estaben se encogió de hombros, como si el asunto ya no tuviera importancia.

—Quizá sea mejor así —y diciendo esto le entregó un manojo de papeles doblados antes de que Roxanne tuviera tiempo de preguntarle a qué se refería, y luego atravesó la nave central. Se acercó cojeando a Maya y tiró levemente de su hombro. Su esposa meneó la cabeza en un gesto negativo, pero su esposo se acercó a su oído y le susurró algo. Los lamentos de la mujer se hicieron más agudos mientras dejaba en el suelo a su hijo muerto.

Estaben la apartó de la estatua, y Roxanne inclinó la cabeza, aparentemente para respetar su pesar, aunque en realidad temía en su fuero interno que ese dolor e inmensa desgracia fueran contagiosos. Alzó la mirada a tiempo de ver que Palladis se sentaba delante de ella en otro banco. Roxanne le sonrió levemente.

—¿Has conseguido la medicina? —le preguntó sin más preámbulos.

Roxanne asintió.

—Sí, aunque me costó un poco sacar a Antioch del estupor que le había provocado haber consumido qash.

—A ese hombre le gusta probar su propia mercancía —comentó Palladis negando con la cabeza—. Qué estupidez.

—Toma —dijo Roxanne entregándole una bolsita de tela del tamaño de su puño —. Debería haber bastante para los dos niños.

Palladis tomó la medicina y se limitó a asentir. Tenía unas manos ásperas y callosas, con el borde de las uñas siempre negro por los largos años que había pasado trabajando la piedra con la escofina y el cincel. Era un individuo de edad madura, con un cabello que empezaba a ser gris y un rostro curtido y arrugado como la pared de un risco al haber pasado toda una vida al aire libre tallando estatuas, columnas y elementos decorativos en los frontones y los arcos abovedados.

—Maya te lo agradecerá mucho. Una vez acabe su duelo —añadió Palladis.

—Fuiste tú quien las pagó. Yo sólo fui a recogerlas.

—Pero corriste un gran riesgo al hacerlo —le indicó Palladis—. ¿Has tenido algún problema?

Roxanne bajó la cabeza. Sabía que tenía que contarle lo que había ocurrido, pero temía más la decepción de Palladis que sus posibles reproches.

—¿Roxanne? —insistió él al ver que no le contestaba.

—Me topé con algunos de los hombres de Babu Dhakal —contestó ella por fin.

—Entiendo. ¿Qué pasó?

—Me atacaron. Los maté.

Palladis dejó escapar un suspiro.

—¿Cómo?

—¿Tú cómo crees?

Palladis alzó una mano en un gesto conciliador.

—¿Te vio alguien?

—No lo sé. Probablemente sí. No quería matarlos. Al principio no. Pero vi que me iban a cortar la garganta en cuanto acabaran de…

—Lo sé, pero debes tener más cuidado. Babu es un individuo propenso a grandes ataques de rabia, y terminará descubriendo lo que le pasó a sus hombres. Vendrá aquí, de eso podemos estar seguros.

—Lo siento mucho. No quería causarte problemas. Tengo la impresión de que eso es lo único que hago en la vida.

Palladis entrelazó los dedos de sus grandes manos callosas y le sonrió cálidamente.

—Cada problema en su momento, Roxanne —le dijo—. Ya nos ocuparemos de lo que ocurra mañana. Hoy seguimos con vida, y tenemos medicinas para dar a dos niños la oportunidad de ver un nuevo amanecer. Si hay algo que vas a aprender aquí, es que la muerte nos rodea de un millar de formas, y que simplemente se mantiene a la espera de pillarnos desprevenidos. Tienes que concentrar todos tus esfuerzos en mantenerla a raya. Honra a la muerte en todas sus diferentes formas. Aplácala y no sufrirás sus atenciones durante cierto tiempo.

Le habló con la pasión de un fanático, pero sus ojos rebosaban amabilidad. Roxanne sabía muy poco de su pasado, aparte de que había sido maestro artesano bajo las órdenes del maestro de obras de guerra Vadok Singh. Era obvio que había sufrido alguna pérdida personal, pero jamás había hablado de lo que lo había impulsado a construir un templo a partir de las cenizas y de los escombros que se encontraban en la Ciudad de los Suplicantes.

Roxanne inclinó la cabeza. Sabía demasiado bien con qué facilidad la muerte podía alargar la mano y cambiar por completo el rumbo de una vida, incluso una a la

que no pareciera prestar atención.

—¿Qué es lo que te ha dado Estaben? —quiso saber Palladis.

Roxanne bajó la mirada a los papeles como si se diera cuenta por primera vez de que los tenía en la mano. Las hojas eran muy delgadas, y parecía que no era la primera vez que las reutilizaban para imprimir algo.

—Lo habitual —le dijo mientras pasaba las diferentes hojas, antes de ponerse a escoger frases al azar que leyó en voz alta—: «El Emperador de la Humanidad es la Luz y el Camino, y todos sus actos los hace en beneficio de la humanidad. El Emperador es Dios y Dios es el Emperador. Así se enseña en el Lectio Divinitatus, y por encima de todas las cosas, el Emperador protege…».

—Déjame ver eso —exigió Palladis con una brusquedad que jamás le había oído antes.

Ella alargó la mano para entregarle el panfleto, y él casi se lo arrebató.

—No, otra vez la tontería del Lectio Divinitatus —dijo con una mueca de desprecio antes de rasgar en dos el papel—. Un puñado de gente desesperada seducida y engañada por una luz brillante, y que todavía tienen que descubrir que no es oro todo lo que reluce.

—No hacen daño a nadie —comentó Roxanne al mismo tiempo que se encogía de hombros—. Incluso resulta, hasta cierto punto, un consuelo.

—¡Tonterías! —exclamó Palladis—. Es un autoengaño muy peligroso, y he oído decir que se han atrevido a propagar estas tonterías fuera de Terra. Es la peor clase de mentira, ya que da consuelo a la gente con la esperanza de una protección que no existe en realidad.

—Lo siento. Me lo acaba de dar. No se lo pedí.

Palladis mostró de inmediato un aspecto compungido.

—Sí, claro, por supuesto. Lo siento. Lo sé, pero es que no quiero que leas nada de esto. Sólo existe una verdad, y es que la muerte es el final definitivo. Es la peor clase de mentira porque, permíteme que te lo asegure, el Emperador no protege.

Kai le había oído decir a un sabio que nunca se puede regresar al hogar, y hasta ahora no había entendido lo que quería decir con eso. Nacido en el seno de una familia adinerada del interior de Mérica, había viajado mucho con su padre, un agente que se dedicaba a forjar acuerdos entre las grandes compañías terráneas y los grupos comerciales que habían sobrevivido al sometimiento de los planetas recién conquistados.

Kai había escalado cuando todavía era un joven las alturas de las cadenas montañosas del centro de la zona atalántica, había explorado las ruinas majestuosas de las ciudades de Kalagann, en Ursh, se había dejado iluminar por el brillo de los ríos de lava del Pan-Pacífico y había descendido hasta el cañón de las Marianas para

contemplar asombrado las enormes esculturas talladas en sus riscos por unos artistas geológicos en una era ya olvidada. Pasaba buena parte de cada año viajando por el planeta con su padre, de una negociación a otra.

Su vida había consistido en una aventura tras otra, y sin embargo, sin importar lo emocionante que hubiera sido el viaje, Kai siempre estaba impaciente por volver a ver el hogar familiar, situado en lo alto de unos riscos que antaño fueron un monumento tallado a unos reyes de la más remota antigüedad. Su madre siempre estaba allí para recibirlo con una sonrisa de bienvenida, aunque también un poco triste porque sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que su marido y su hijo volvieran a partir.

El hogar era algo más que un simple lugar físico, era un estado mental, e incluso después de que llegara a la mayoría de edad y los hombres de las Naves Negras acudieran a buscarlo, siempre ansió volver a casa para contemplar de nuevo esa triste sonrisa de bienvenida.

La Ciudad de la Visión se había convertido en su hogar, pero un hogar al que Kai jamás deseó regresar. El interior de la torre carecía de luz, y era un lugar frío de techos enormes, pero sus implantes biónicos compensaron la escasa iluminación y su entorno quedó recubierto de un brillo de color verde fosforescente.

No se trataba de que los constructores de la torre la hubieran diseñado para ser inhóspita; más bien se debía al uso que le habían dado y al carácter que tenían sus habitantes. Kai se imaginó que si dispusiera de los tapices de rebordes dorados y las brillantes luces que iluminaban todas las demás estructuras del palacio, la Torre de los Susurros podría ser tan impresionante como las demás.

La mampostería de las paredes estaba curvada hacia dentro y su superficie era lisa, interrumpida tan sólo por las marcas que los albañiles habían dejado en los bloques para que los que acababan de quedarse ciegos pudieran calcular dónde se encontraban. De vez en cuando distinguió el destello de las piedras susurrantes en la escasa luz, y se preguntó qué misterios estarían pasando de una a otra en aquella época tan turbulenta. Kai siguió a Sarashina a través de la estancia, cada vez más estrecha, hacia una pared curvada de color plateado y pulida con herramientas mecánicas. Tenía un aspecto absurdamente moderno entre todas aquellas piedras antiguas. Dos miembros de los Centinelas Negros montaban guardia delante de una puerta engastada en la pared plateada y que estaba sellada con un cierre psíquico. Se mantuvieron apartados mientras Golovko pasaba una vara de datos por delante de ellos. Kai contempló el conjunto de información reluciente que formaban los códigos de cifrado y que se reflejaban en los visores de los soldados. La información binaria quedó almacenada de forma automática antes de desvanecerse.

La puerta se abrió deslizándose hacia un lado y del interior surgió una bocanada de frío. Kai se estremeció cuando el aire cargado psíquicamente le rozó la piel de la

cara. En el interior de la cámara plateada había un elevador gravitatorio con la forma de la doble hélice genética que recorría la torre en toda su altura. Un nimbo de luz rodeaba el campo de gravedad, y los implantes de Kai captaron las diferentes longitudes de onda que subían y bajaban por la cascada centelleante.

Alrededor de las paredes exteriores de aquella cámara plateada, varias puertas selladas conducían a salas mentales con paredes de hierro, donde los coros de astrópatas destilaban los mensajes llegados desde todos los rincones de la galaxia, mientras que otras llevaban a bibliotecas de techos abovedados repletas de libros arcanos procedentes de todos los lugares de Terra.

—Bajamos al nivel de los novicios —dijo Sarashina mientras entraba en la curva situada más a la izquierda de la plataforma de doble hélice. El ascensor gravitatorio los envolvió en un abrazo suave y descendió con suavidad a lo largo de la torre. Kai titubeó unos instantes al borde de la luz. Sabía que una vez diera ese paso, ya no habría marcha atrás.

—Date prisa, Zulane —le dijo Golovko—. Tengo mejores cosas que hacer que servirte de niñera.

—Lo dudo mucho —le replicó Kai un momento antes de dar un paso hacia la luz.

Cualquier paso era bueno siempre que lo alejara de Golovko.

La luz lo rodeó y lo transportó a lo largo de la torre. Bajó por la espiral, sin dejar de dar vueltas mientras se dirigía a las entrañas de su antigua morada. Pasó al lado de numerosos salientes en los que podría haberse bajado, pero Sarashina había dicho que se dirigían al nivel de los novicios, y eso se encontraba en lo más profundo de la Torre de los Susurros.

Kai sintió por fin el tranquilizador contacto con el suelo firme bajo sus pies y salió de la luz. Sus ojos se ajustaron de inmediato al nuevo entorno, que estaba profundamente iluminado. No todos los que pasaban por aquellos corredores estaban ciegos, y los globos luminosos del techo colgaban de unos manojos de cables de bronce entrelazados. Aquel lugar había sido excavado directamente en la base rocosa de las montañas, y la superficie había sido recubierta con baldosas de cerámica de color verde botella. Tenía un aspecto similar al de unas instalaciones médicas. Unas cuantas puertas cerradas llevaban hasta las entrañas más recónditas de la torre. Algunas de ellas conducían a las bibliotecas de los novicios, donde los recién llegados a la torre aprendían taquigrafía astropática, los símbolos más comunes y los mantras básicos del nuncio. Otras puertas llevaban hasta las celdas, o a las estancias comunes para comer y realizar las abluciones. Unas pocas daban a unas cámaras de aislamiento selladas de forma hermética.

Mientras esperaba a Golovko y a sus centinelas, Kai se dedicó a contemplar con atención a su antigua mentora.

Aniq Sarashina había envejecido desde la última vez que la vio, y la luz intensa

de los lúmenes no la favorecía en absoluto. Sus cabellos, antiguamente rubios, habían perdido lustre y mostraban un color totalmente plateado. Las arrugas que surgían desde debajo de los hemisferios de plástico que le habían implantado en las cuencas oculares eran ahora más profundas y evidentes. Ya era anciana cuando Kai se marchó por última vez, pero en la actualidad tenía un aspecto completamente venerable.

—¿Tanto he cambiado? —le preguntó Sarashina, y Kai se sonrojó al ver que lo había sorprendido en la valoración que había hecho de su aspecto.

—Parecéis mayor —dijo al cabo de unos momentos.

—Es que soy mayor —le respondió Sarashina—. He viajado por la disformidad a lo largo de muchos años, y eso me ha dejado su marca.

Sarashina alargó una mano y le pasó la punta de los dedos por la piel arrugada. Su contacto fue suave y blando como el de una pluma.

—A ti te ha pasado lo mismo.

La maldición que todos los astrópatas sufrían era un envejecimiento prematuro. A Kai no le hacía falta que Sarashina le dijera que habían desaparecido las líneas suaves de sus pómulos y que se le había agrisado el cabello. Aunque todavía no había cumplido los cuarenta, ya tenía el aspecto de un hombre de cincuenta, por lo menos. El rostro que le devolvía la mirada, en aquellos días que era capaz de hacerle frente a su reflejo, era enjuto, con las mejillas y los ojos hundidos. Sólo los tratamientos rejuvenecedores más costosos eran capaces de reparar el daño que los constantes viajes por la disformidad provocaban en la mente humana, y ningún astrópata, ni siquiera uno de la Casa Castana, tenía un valor económico tan elevado como para merecer semejante concesión a la vanidad.

Kai se apartó del contacto físico con Sarashina.

—Jamás creí que volvería aquí —declaró para cambiar de tema.

—Pocos de nosotros lo hacemos —admitió Sarashina.

—¿Debería sentirme honrado de pertenecer a ese escaso grupo?

—Eso depende de cómo contemples tu regreso.

—Lo veo como un castigo. ¿Qué otro modo de verlo hay?

—De momento te dejaré que pienses en la respuesta a esa pregunta —le dijo Sarashina al ver que Golovko salía del ascensor gravitatorio.

Los dos guardias de los Centinelas Negros lo siguieron con rapidez, y una vez estuvieron reunidos todos, Sarashina abrió la puerta que tenía justamente a su izquierda. Kai frunció el entrecejo al darse cuenta de hacia dónde se dirigían.

—No soy un novicio —le dijo—. Ése camino lleva a las salas de instrucción preparadas para los iniciados al nuncio.

—Así es, Kai —admitió Sarashina—. ¿Dónde iba a empezar si no tu formación?

—¿A empezar? Llevo sirviendo al Telephatica desde hace más de diez años y conozco los ritos de incubación. No necesito que me traten como a un niño.

—Te trataremos como nos dé la puñetera gana —le replicó Golovko al mismo tiempo que lo empujaba hacia la puerta abierta—. No tienes voz ni voto en este asunto, y si por mí fuera, jamás habrías vuelto aquí. Eres un peligro. Lo siento con claridad en mi interior.

—Pues deberías tener cuidado con esos sentimientos, Golovko —le replicó Kai al mismo tiempo que se zafaba de su mano—. Algo como eso hará que los sabuesos psíquicos comiencen a olisquear a tu alrededor, y no creo que tengas lo que hay que tener para enfrentarte a ellos.

—Ya basta, los dos —intervino Sarashina—. Vuestro mezquino enfrentamiento es ridículo y provocará temblores en el éter.

Kai no dijo nada, porque sabía que tenía razón. Recordó la leve irritación que lo invadía cada vez que alguien ajeno a la torre permitía que sus emociones se apoderaran de él en las cercanías de una piedra susurrante. No volvió a protestar y siguió a Sarashina por el pasillo. Dejaron atrás las paredes recubiertas de baldosas de cerámica y el brillo de la sala de entrada hasta que se desvanecieron.

A lo largo del recorrido pasaron por delante de varias puertas reforzadas. Cada una de ellas estaba marcada con un nombre y un número. En el interior de esas celdas dormían los iniciados de la Scholastica Psykana. Quizá soñaban, quizá no. Era imposible saber con certeza lo que ocurría al otro lado de las puertas protegidas psíquicamente. La oscuridad no tardó en ser completa, pero Kai siguió viendo sin problema alguno.

—No estás utilizando tu visión ciega —comentó Sarashina inclinando un poco la cabeza.

A Kai le pareció detectar cierta decepción en su tono de voz.

—No, mis implantes me permiten ver sin problemas en la oscuridad.

—Lo sé muy bien, pero ¿para qué los necesitas?

—No me gustaba estar ciego. Físicamente ciego, quiero decir. Echaba de menos leer.

—Existen libros para aquellos que no tienen ojos.

—Lo sé, pero prefiero que las palabras vengan a mí —le respondió Kai—. La palabra escrita es más que levantarla simplemente de una página con la punta de los dedos. El lenguaje posee una belleza visual que la escritura táctil no tiene.

—Podríamos discutir sobre eso, pero ese tipo de debate es mejor tenerlo de noche con un buen libro delante y un par de tazas de cafeína bien caliente. ¿Es posible que quisieras que te implantaran un nuevo par de ojos para aferrarte a algún aspecto de tu vida anterior, a la vida que tenías antes de entrar en el Telephatica?

—No lo sé. Es posible. No veo qué importancia puede tener eso —le contestó Kai.

—Quizá sea un elemento crucial para entender por qué ya no dominas el nuncio y

te abres a los sueños de tus hermanos.

—Conozco muy bien el nuncio. Tardé menos de un año en dominarlo —replicó Kai a la defensiva.

—Entonces ¿por qué estás aquí? ¿Por qué la Casa Castana ha enviado a su principal astrópata de regreso a la Ciudad de la Visión?

Kai no le contestó, y Sarashina se detuvo al lado de la puerta abierta de una de las celdas.

—Kai, estoy aquí para ayudarte. Fuiste mi mejor estudiante, y si tú has fallado, entonces también yo he fallado.

—No. No se trata de eso… —replicó Kai—. Se trata de… de lo que ocurrió en la *Argo*.

Sarashina alzó una mano para interrumpirlo.

—No hables de ello mientras hay otros en la cama —le advirtió al mismo tiempo que le señalaba la hilera de celdas que se alineaban a lo largo del pasillo—. Duerme. Medita durante cierto tiempo si eso te ayuda. Ponte cómodo, y mañana por la mañana volveremos a hablar.

Kai asintió. Aunque las ideas no dejaban de perseguirse unas a otras dentro de su cabeza, el resto de su cuerpo ansiaba un poco de descanso. No importaba que la cama de un novicio no fuera precisamente cómoda. Estaría a gusto. Entró en la celda y captó el susurro fantasmal de una voz lejana en la oscuridad nada más cruzar el umbral. Una piedra susurrante destelló en cada lado de la entrada. Se preguntó en los sueños o en los recuerdos de quién habría irrumpido, aunque sólo hubiera sido de forma breve.

Los recuerdos eran algo muy común dentro de las paredes de la Torre de los Susurros, y la mayoría de ellos eran de la clase que no se quería tener. Nadie se dedicaba a pensar mucho en esos recuerdos si quería conservar la cordura.

Kai lo sabía mejor que nadie.

La puerta de la celda de Kai se cerró con un estampido sordo de madera contra piedra. No se oyó el chasquido de ninguna cerradura, de la que carecían las celdas de los novicios, pero notó la presencia de dos guardias de los Centinelas Negros en el exterior. Sarashina lo había recibido como si fuera un hijo pródigo, pero Golovko se iba a comportar de un modo muy distinto. Kai se imaginó las pesadillas que la presencia hostil de Golovko estaría provocando en los sueños de los verdaderos novicios.

Todavía no le habían llevado su baúl de viaje a la celda, y supuso que los Centinelas Negros estarían examinando sus pertenencias personales en busca de cualquier rastro de algo peligroso. No encontrarían nada. Kai no había querido llevarse nada de la *Argo*, y sus pertenencias no eran más que unas cuantas camisetas,

su bolsa con elementos de higiene, un traje hecho a medida en una de las casas de costura de la península de Nihon y, por supuesto, sus volúmenes con tapas de cuero de oneirocrítica.

Aquellos libros no tendrían importancia alguna para los guardias de los Centinelas Negros, pero los criptoestesianos los examinarían de forma exhaustiva para asegurarse de que no existía ningún simbolismo latente que pudiera ser causa de alarma.

No encontrarían nada peligroso, pero comprendía que tenían que revisarlo todo.

El interior de la celda estaba prácticamente vacío, y no quedaba ninguna señal que indicara quién había vivido allí antes de que él llegara. Era una medida sensata, ya que cualquier sensación latente del ocupante anterior podría influir en los sueños de Kai. Vio un camastro pegado a una de las paredes, con un pequeño armario a los pies. Enfrente había una pequeña mesa de escritorio y una silla. Sobre aquella habían dejado un cuaderno de tapas negras, al lado de un tintero y de una pluma.

La pared contra la que se encontraba el escritorio estaba cubierta de estanterías vacías que esperaban ser llenadas con la colección siempre creciente de oneirocrítica de un astrópata. Los estantes no eran demasiado largos, ya que un novicio tardaría bastante en crear una biblioteca extensa de registros de imágenes, símbolos y sueños.

Kai dejó sobre la mesa la botella de amasec que se había llevado del aerodeslizador de la Casa Castana y tomó el cuaderno. Hojeó con cierta pereza las gruesas páginas y captó el olor penetrante a papel nuevo. Todas y cada una de las páginas estaban en blanco, preparadas para recibir las anotaciones sobre las percepciones de sus sueños. Dejó con cuidado el cuaderno de nuevo sobre la mesa. Estaba vacío, pero el potencial de lo que podía llegar a llenar esas páginas era igual que sostener un arma cargada.

Dado su elevado nivel de experiencia, Kai debería haberse sentido ofendido ante el hecho de que le hubieran asignado una celda de novicio, pero no logró sentir ninguna ira. Tenía sentido, y descubrió que la ausencia de responsabilidad que eso implicaba era algo que le resultaba reconfortante. Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Luego respiró poco a poco, cada vez con mayor lentitud, mientras el sordo dolor de su afección psíquica le roía los huesos.

Aunque las preocupaciones le turbaban la mente, alcanzar el sueño no era algo que costara demasiado a la inmensa mayoría de los astrópatas. Obtener cualquier estado mental era posible con los mantras y las técnicas de incubación correctas.

Kai no tardó en dormirse, pero sus sueños no fueron apacibles.



TRES

EL MEJOR MOVIMIENTO

RUB' AL-JALI

ARZASHKUN

—Tu emperatriz está al descubierto —dijo el señor del coro con una sonrisa torcida.

—Lo sé muy bien —le contestó Sarashina mientras movía la pieza de coral, procedente del mundo oceánico de Laeran, hacia el otro lado del tablero—. ¿Crees que es la primera vez que juego al regicida?

Nemo Zhi-Meng sonrió y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, pero no quiero ganar porque no estés prestando atención.

—Das por hecho que vas a ganar.

—Suelo hacerlo.

—Hoy no lo harás —le contestó Sarashina mientras Zhi-Meng le arrebataba un castellano con su caballero y lo dejaba en la alfombra.

El tablero y las piezas habían sido un regalo personal del propio Fénix, y la decoración de cada una de las figuras era algo espectacular. Todas mostraban un nivel de acabado obsesivo, cada una de ellas con sus propios rasgos, como cabía esperar de la obra de un primarca que era el paradigma de la atención a los detalles. El tacto que ofrecían era extremadamente agradable, y tocarlas era un placer comparable a jugar con ellas.

—Creo que te equivocas —le replicó Zhi-Meng cuando Sarashina movió su divinitarca sobre el tablero.

—Pues deberías pensártelo mejor —le respondió a su vez Sarashina mientras se recostaba contra el montón de elegantes cojines que había esparcidos por el suelo del aposento del señor del coro—. ¿Todavía no lo ves?

Zhi-Meng se inclinó sobre el tablero y se echó a reír cuando se percató de la disposición de las piezas.

—¡Inconcebible! —exclamó a la vez que daba una palmada con sus delgadas manos de escultor.

En el dedo corazón de la mano izquierda llevaba un anillo de ónice que tenía grabada una serie de símbolos entrelazados que quizá provenían de un lenguaje desconocido, aunque más bien parecían un simple elemento decorativo. Zhi-Meng le había contado una vez que le compró el anillo a un individuo que proclamaba haber viajado al Cuarto Dominio, pero Sarashina sospechaba que se trataba de otra de las bromas maliciosas del señor del coro. Si todavía conservara los ojos, habría parpadeado al contar la anécdota. Sin embargo, los párpados de sus ojos de forma almendrada estaban cerrados y cosidos. Aquel detalle indicaba a cualquiera que fuera conocedor de este tipo de cuestiones que Zhi-Meng se había quedado ciego más de cien años atrás, cuando esas técnicas eran las habituales.

El señor del coro meneó la cabeza en un gesto de incredulidad y miró de nuevo el tablero, como si quisiese comprobar que de verdad lo habían derrotado.

—Me ha derrotado el cuchillo de un asesino escondido en una manga de terciopelo. Y yo que pensaba que había planeado suficientes jugadas con antelación como para ganar con facilidad.

—Un buen jugador de regicida piensa cinco movimientos por delante —le dijo Sarashina—. Pero un gran jugador de regicida…

—Sólo piensa un movimiento por delante, pero es el mejor movimiento posible —terminó la frase Zhi-Meng mientras se acariciaba las dos puntas que remataban su barba—. Si me vas a citar a Guilliman, al menos ten la bondad de dejarme ganar antes.

—Quizá la próxima vez —le contestó Sarashina al mismo tiempo que un servidor cegado entraba en los aposentos del señor del coro.

El servidor vestía una túnica blanca y carecía de pensamientos propios, por lo que su entrada fue semejante a una aparición fantasmal. Su presencia sólo era detectable como un borrón de luz turbia. Del cerebro del servidor se habían eliminado ciertos elementos con unas cizallas de remembranza, y sólo quedaban las funciones cognitivas más básicas.

—¿Sabes por qué insisto en que juguemos al regicida? —le preguntó Zhi-Meng.

—¿Para fanfarronear?

—Sí, en parte —admitió Zhi-Meng—. Pero hay algo más. El regicida nos ayuda a desarrollar la paciencia y la disciplina necesarias a la hora de elegir entre varias alternativas cuando una decisión impulsiva parece la mejor opción.

—Siempre enseñando, ¿verdad?

—La lección siempre es más fácil cuando el alumno no sabe que le están enseñando.

—¿Me estás impartiendo una lección?

—A nosotros dos —le contestó Zhi-Meng mientras el servidor depositaba a su lado una tetera de acero llena de tisana. El olor a miel caliente y dulce llenó las fosas nasales de Sarashina.

—Qué goloso eres.

—Es mi debilidad, lo confieso.

Zhi-Meng indicó al servidor con un simple gesto de la mano que se retirara y luego la alargó para servir dos pequeñas tazas del líquido tibio. Le ofreció una taza a Sarashina, quien sorbió con cuidado y disfrutó del sabor dulce.

—Me proporciona solaz —le comentó Zhi-Meng con una sonrisa—. Y en unos tiempos como éstos, debemos disfrutar del solaz allá donde podamos, ¿no te parece?

—Creí que para eso estaba el qash que quemamos en la pipa hookah.

—El solaz se puede conseguir de muchas maneras —le contestó Zhi-Meng.

El señor del coro se soltó el cinturón y la túnica que llevaba puesta se deslizó hacia el suelo. Tenía un cuerpo delgado y nervudo, pero Sarashina sabía que aquellas extremidades de aspecto frágil ocultaban una fuerza considerable. Su piel tenía la apariencia de un pergamino de color claro que hubiera sido tensado sobre una armazón, y cada centímetro de su superficie estaba cubierto de tatuajes que el mismo se había grabado utilizando una aguja que, según él proclamaba, había sacado de la espina dorsal de una bestia fosilizada que había encontrado en la roca de uno de los páramos radiactivos de Mérica. Sobre el lienzo en el que había convertido su piel se extendía todo un entramado de imágenes de protección: hombres con cabeza de halcón, serpientes que devoraban sus propias colas, cruces apotropaicas, ojos de aversión y gorgoneiones.

Que ese tipo de símbolos constituyeran una afrenta a la Verdad Imperial era algo que le importaba muy poco al señor del coro, ya que era el astrópata de más edad de toda la Ciudad de la Visión, y el conocimiento que poseía sobre los símbolos y los talismanes de protección frente a los peligros del immaterium era superior al de cualquier otro.

Se tendió en el suelo al lado de Sarashina y le acarició un brazo con suavidad. Ella le sonrió y luego se volvió para tumbarse boca abajo y dejarle que le masajeara la espalda. Zhi-Meng comenzó la tarea de relajarle las tensiones que le había provocado otro día arduo que había pasado transmitiendo mensajes cada vez más desesperados desde las salas mentales hasta el Conducto para que continuaran hacia los receptores de destino. El señor del coro había estudiado con los antiguos sabios que vivían en aquellas montañas antes de la llegada del Emperador y su visión grandiosa de un palacio que coronase el mundo, y el contacto de esas manos propagó una calidez reconfortante por todos los huesos viejos y cansados de su cuerpo.

—Te dejaría hacerlo toda la noche —le dijo Sarashina con una voz que casi era un ronroneo.

—Y yo estaría encantado de seguir, pero no es algo que podamos hacer —le contestó Zhi-Meng.

—Una pena.

—Háblame de los mensajes de hoy —le pidió el señor del coro.

—¿Por qué? Tú ya sabes todo lo que ha pasado por la torre.

—Cierto, pero me gusta oír lo que opinas de ellos —insistió Zhi-Meng mientras se esforzaba por relajar un nudo de tensión que se negaba renuentemente a desaparecer en la parte baja de la espalda.

—Hemos recibido muchos mensajes de planetas que exigen la presencia de flotas del ejército para mantenerse a salvo de posibles fuerzas rebeldes.

—¿Por qué no piden unidades de las Legiones Astartes?

—Creo que la gente teme de que si ha sido posible que cuatro legiones hayan tomado el camino de la traición, otras lo hagan también.

—Interesante —comentó el señor del coro. Le masajeó con una mano los músculos tensos de los hombros y del cuello mientras hablaba—. Sigue. Háblame de las legiones. ¿Qué noticias llegan a Terra de nuestros mejores guerreros?

—Sólo asuntos fragmentarios —admitió Sarashina—. Algunas mandan mensajes diarios a la espera de órdenes, otras están demasiado lejos como para comunicarse, y unas cuantas parecen estar actuando de forma autónoma.

—A ver, dime por qué el hecho de que los marines espaciales tomen sus propias decisiones constituye un precedente peligroso —le preguntó Zhi-Meng.

—¿Por qué me haces preguntas de las que ya conoces las respuestas?

—Para averiguar si tú sabes la respuesta, por supuesto.

—Muy bien, te permitiré el capricho, pero sólo porque me estás haciendo sentir humana de nuevo —le contestó Sarashina—. Una vez liberado, el poder que poseen las legiones sería difícil de volver a someter al dictado de Terra.

—¿Por qué?

—Creer que los marines espaciales son simplemente unos asesinos creados mediante la manipulación genética es subestimarlos de un modo terrible. Sus comandantes son individuos muy capacitados y con una gran ambición. Una vez estén libres para actuar según su propia voluntad, no se tomarán a bien ser sometidos a una autoridad ajena, sin importar cuál sea.

—Muy bien —dijo el señor del coro con un gesto de asentimiento.

—Pero no llegaremos a ese extremo —le aseguró Sarashina—. Horus Lupercal quedará aplastado en Isstvan. Ni siquiera él será capaz de enfrentarse y resistir al poder de siete legiones.

—Creo que tienes razón, Aniq. Siete legiones son un poder más allá de lo imaginable. ¿Cuánto tardará la flota que ha enviado lord Dorn en llegar a Isstvan V?

—No mucho —le contestó Sarashina, que sabía que los caprichos del viaje por la

disformidad hacían imposible cualquier predicción fiable del momento de la llegada.

—¿Hay algo que te preocupe respecto a la batalla que se avecina? Aparte de lo obvio, claro.

—El primarca de la VIII Legión —le confesó Sarashina.

—He oído de la Guardia del Cuervo que se ha reunido con sus guerreros.

—Exacto, pero lord Dorn ordenó de forma taxativa que no le enviáramos a Konrad Curze las órdenes de encuentro y reunión de la flota para la expedición contra Isstvan, sino sólo a los capítulos de los Amos de la Noche que se encuentran acuartelados dentro del sistema solar.

—¿Y esto ha provocado preocupación dentro de palacio? —dijo Zhi-Meng más para sí mismo que dirigiéndose a Sarashina—. ¿Qué un primarca se reúna con su legión?

—Y eso es quedarse corto —contestó Sarashina—. Nadie parece saber dónde se encuentra Curze desde que se produjo el sometimiento de Cheraut.

—Lord Dorn lo sabe, aunque no lo dirá. Me ordenó enviarle un mensaje a lord Vulkan y a lord Corax.

—¿Qué clase de mensaje?

—No lo sé —admitió Zhi-Meng—. Lo formaban elementos que desconocía por completo. Era alguna clase de canto de batalla que sólo conocen los propios hijos del Emperador. Sólo espero que les llegue a tiempo. Pero ya basta de asuntos en los que ya no podemos hacer nada. Háblame de Prospero. ¿Por qué crees que llevamos meses sin tener contacto con el planeta?

—Quizá Magnus todavía esté dolido por el modo en que se lo trató en Nikaea —apuntó Sarashina.

—Es bastante posible —contestó Zhi-Meng mostrándose de acuerdo—. Lo vi después de que el Emperador pronunciara su veredicto, y es una visión que jamás olvidaré. Su ira fue terrible, sin duda alguna, pero creo que fue peor el dolor que lo embargaba por la sensación de haber sido traicionado.

—Puedo asignar más coros a la tarea de ponerse en contacto con Prospero —se ofreció Sarashina.

Zhi-Meng hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Estoy seguro de que Magnus no tardará en ponerse en contacto. Por muy dolido que esté ante el veredicto, ama demasiado a su padre como para mantenerse alejado de él durante mucho tiempo. Ya está, he acabado.

Sarashina se puso boca arriba y luego se incorporó un poco para hacer girar los hombros y el cuello. Sonrió al notar las articulaciones y los músculos flexionarse y moverse con facilidad.

—Sea lo que sea lo que los sabios de las montañas te enseñaron, es poderoso.

Zhi-Meng entrelazó los dedos y los flexionó hacia fuera mientras sonreía.

—Yo te enseñé todo lo que me enseñaron, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien. Túmbate —le dijo.

Se sentó mientras Zhi-Meng se tumbaba en el lugar que ella había ocupado.

Sarashina se sentó a horcajadas sobre él y le recorrió la espalda tatuada con los dedos. Los hombres con cabeza de halcón y las serpientes devoradoras se estiraron y aumentaron de tamaño bajo los efectos del masaje.

—Háblame de Kai Zulane. Noto la fuerza de sus pesadillas a través de las piedras susurrantes.

—Hay muy pocos en la torre que no lo hayan hecho —comentó Sarashina.

—Tiene la mente dañada, Aniq, muy dañada. ¿Estás segura de que es merecedor del esfuerzo necesario para salvarlo de la montaña hueca? La gran baliza siempre necesita mentes nuevas. Ahora más que nunca.

Sarashina dejó de masajearlo.

—Estoy segura. Fue mi mejor estudiante.

—Antaño quizá lo fue —insistió Zhi-Meng—. Ahora no es más que un astrópata que no es capaz de enviar mensajes. Uno que ha elegido no enviar ni recibir.

—Lo sé. He asignado a mi mejor buscador para traerlo de regreso. Creo que te parecerá bien mi elección.

—¿Quién es?

—Athena Diyos. Posee una habilidad especial para reconstruir mentes dañadas —le contestó Sarashina.

—Athena Diyos —musitó Zhi-Meng con un ronroneo de satisfacción al notar cómo Sarashina le masajeaba los omóplatos con la palma de las manos—. Que el Trono se apiade de ella.

—Lady Sarashina me ha dicho que ya no eres capaz de utilizar el nuncio —le dijo Athena con un tono de voz que desprendía un desprecio feroz—. Es la más básica de las disciplinas telepáticas, sin la que ningún astrópata es capaz de cumplir sus funciones. No es que podamos llamarte astrópata entonces, ¿verdad?

—Supongo que no —contestó Kai mientras se esforzaba por no mirarla fijamente.

—¿Te pasa algo?

—Ah…, bueno, es que no eres lo que me esperaba.

—¿Qué es lo que te esperabas?

—Pues… esto no —contestó Kai, aunque sabía lo ridículo de su respuesta.

Decir que Athena Diyos no era lo que Kai se esperaba era quedarse tremendamente corto. Kai había pasado una noche llena de sueños pero sin descanso alguno, y al despertar le habían ordenado que acudiera a una las numerosas celdas de entrenamiento que había en el nivel de los novicios. El único mobiliario de la estancia era una silla, y estaba tan carente de significantes como era posible.

Athena Diyos lo estaba esperando allí, y Kai notó de inmediato la agudeza de su personalidad.

Tenía el cuerpo tendido sobre una silla flotante cuyo respaldo estaba modelado con la forma de su espalda retorcida y lo poco que quedaba de sus extremidades para adaptarse por completo a ella. Sus piernas estaban amputadas a mitad de muslo, y el brazo izquierdo era una masa arrugada de tejido cicatrizado. En vez de brazo derecho tenía un delgado implante manipulador que no dejaba de repiquetear contra el acero pulido de la silla. No le quedaba cabello en el cráneo, y la piel que lo cubría tenía el aspecto de unas viejas ruinas. Las cuencas oculares eran unos huecos cóncavos de piel artificial generada en cubas de crecimiento. Era la única parte de su cuerpo que había escapado a las heridas provocadas por el acontecimiento que la había confinado a aquella silla.

—Utiliza esos estrambóticos implantes oculares para grabar una imagen con un parpadeo —le ordenó Athena—. Así me podrás estudiar con detenimiento cuando hayamos acabado, pero ahora tenemos mucho trabajo por delante, ¿entendido?

—Por supuesto. Sí. Quiero decir, lo siento.

—No lo sientas. No quiero tu piedad —le replicó ella.

Hizo girar la silla en redondo y flotó hacia el otro extremo de la estancia. Kai aprovechó para utilizar un filtro médico de sus implantes ópticos y examinar el brazo que le quedaba. La degradación dérmica y la densidad del tejido cicatrizado le indicaron que había sufrido aquellas terribles heridas hacía pocos años. Las lecturas de la cristalización del tejido le mostraron que los daños que había sufrido se debían en parte al efecto de la exposición al vacío.

Athena había quedado lisiada a bordo de una nave estelar.

Por lo menos, eso era algo que tenían en común.

—Siéntate —le ordenó Athena dando la vuelta para encararse con la única silla de la estancia.

Kai se sentó, y la silla acolchada le rodeó el cuerpo. Los sensores de presión activaron una serie de almohadillas internas para adaptarse a su estructura ósea. Era la silla más cómoda en la que jamás se hubiera sentado.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Athena.

—No.

—Soy Athena Diyos, y soy una buscadora. Eso supone que voy a encontrar todas las piezas de tu capacidad que todavía funcionan y las voy a montar de nuevo. Si lo logro, volverás a ser útil.

—¿Y si no lo logras?

—Entonces te enviarán a la montaña hueca.

—Ah.

—¿Es eso lo que quieres? —le preguntó Athena, y su extremidad protésica dejó

de repiquetear contra el brazo de la silla.

—En este momento de mi vida, ya no me importa —le contestó Kai cruzándose de piernas mientras se pasaba una mano por la barba que había comenzado a salir.

La luz de la estancia era brillante hasta llegar a lo agresivo, lo que dejaba prácticamente todo sin sombra alguna y hacía que el ambiente fuera intimidadoramente clínico. La silla de Athena flotó hasta quedar cerca de él, y le llegó el olor al antiséptico y al ungüento calmante que le cubrían el brazo destrozado. Se fijó en el anillo dorado que llevaba en el dedo corazón, y acercó la visión con su implante para discernir con mayor claridad el grabado que tenía en el centro: un pájaro de plumas brillantes que surgía de un huevo en mitad de una hoguera llameante.

Ella se fijó a su vez en su mirada, pero no dijo nada.

—¿Sabes lo que ocurre en la montaña hueca? —le preguntó Athena.

—Por supuesto que no. Nadie habla de ello.

—¿Por qué crees que no lo hacen?

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Quizá por un estricto código de silencio?

—Es así porque nadie que entra en la montaña hueca sale de ella —le replicó Athena. Se inclinó hacia adelante, y Kai tuvo que contener el impulso de hundirse un poco más en su propia silla—. Yo he visto lo que les ocurre a los pobres desgraciados que entran allí. Me dan lástima. Poseen cierto poder, pero no el suficiente como para ser útiles de ningún otro modo. Es un sacrificio muy noble, pero decir sacrificio es un eufemismo para decir que vas a morir.

—¿Qué les ocurre exactamente?

—Lo primero que pasa es que se te agrieta la piel, igual que un papel arrojado al fuego, y se te desprende del cuerpo convertida en polvo. Luego los músculos se consumen hasta que desaparecen, y aunque notas cómo se te escapa la vida, eres incapaz de detener el proceso. Tu mente muere poco a poco: la memoria, la alegría, la felicidad, el dolor y el miedo. Todo se utiliza. La baliza no desperdicia absolutamente nada de ti. Todo lo que eras es absorbido de tu estructura corporal, y lo único que queda es un cascarón hueco, una costra vacía de piel seca y cenicienta y huesos convertidos en polvo. Además, es un proceso doloroso, con un sufrimiento agónico. Debías saber todo eso antes de desdeñar con tanta despreocupación la última oportunidad que tienes de seguir con vida que te estoy ofreciendo.

Kai notó en su piel el calor de su aliento, impregnado del asqueroso olor dulzón de las medicinas.

—No quiero eso —dijo al fin.

—Ya me lo imaginaba —le contestó Athena, y el implante manipulador dio un empujón para alejarla de Kai.

—Entonces, ¿vas a ayudarme?

—¿Cuánto tiempo hace de la última vez que entraste en un trance receptivo? —quiso saber Athena.

La pregunta pilló por sorpresa a Kai.

—No lo recuerdo.

—Si quiero conseguir que no entres en la montaña hueca voy a necesitar algo con lo que trabajar, Kai Zulane. Si me mientes una sola vez, o me ocultas algo o me haces pensar que estás impidiendo mi tarea o que pones en peligro a un solo ser vivo de esta ciudad, no dudaré en acabar contigo. ¿Me he explicado con claridad?

—Con total claridad —le contestó Kai, que se dio cuenta de que su vida estaba en manos de aquella mujer desfigurada—. Han pasado bastantes meses desde la última vez que entré en un trance receptivo.

—¿Por qué? Debe de resultarte doloroso —comentó Athena—. ¿Tienes una afección psíquica?

—Un poco —admitió Kai—. Me duelen las articulaciones y tengo siempre un ligero pequeño dolor de cabeza.

—Entonces, ¿por qué evitas el trance?

—Porque prefiero experimentar ese dolor a sentir de nuevo lo que pasó en la *Argo*.

—Así pues, no tiene nada que ver con una incapacidad real. Bueno, es un alivio. Al menos tengo algo con lo que trabajar.

La silla de Athena se deslizó de nuevo hacia él y la buscadora alargó una mano. La piel estaba tensa y cubierta de crestas de carne endurecida y descolorida. Brillaba un poco y mostraba un aspecto húmedo. Kai dudó un brevísimo momento antes de tomarla con su propia mano.

—Voy a entrar en un trance nuncio —le advirtió Athena—. Harás lo que yo te diga, pero quiero que seas tú quien forme el paisaje onírico. Sea cual sea el método que utilizas para dejar en blanco el lienzo antes de un mensaje, no lo cambies. Estaré a tu lado, pero lo único que vamos a hacer es formar el paisaje onírico. No vamos a enviar ni a recibir ningún mensaje. Quiero que lo entiendas bien antes de que entremos.

—Lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo —le respondió Kai.

—No tiene por qué gustarte. Sólo tienes que hacerlo.

Kai asintió y cerró los ojos. Respiró con más lentitud y completó todos los mantras preparatorios que expandirían su conciencia hasta llegar al paisaje onírico. Ésa parte era fácil. Cualquiera podía hacerlo, incluso alguien que careciera de poderes psíquicos, y lo único que sentiría sería un gran relajamiento. Era la siguiente parte la que iba a representar un problema, e intentó contener la aprensión que lo invadía.

—Me elevo hasta el paisaje onírico —dijo Athena, y su voz perdió el tono duro y

sonó casi agradable.

Una leve sensación de vértigo tiró de la mente de Kai cuando dejó que los mantras elevaran su conciencia por encima de su cuerpo. Le pareció oír un canto, un sonido semejante al de un coro en un escenario lejano. Los astrópatas de la torre estaban muy ocupados, pero era de esperar en una época tan turbulenta como aquélla. Un millón de voces sibilantes llenaban la torre, pero las piedras susurrantes las mantenían apartadas entre sí. Kai se sacó de la cabeza cualquier pensamiento sobre la rebelión que se había producido en la frontera del Imperio, y en vez de eso se imaginó que una luz relajante le rodeaba el cuerpo formando una cubierta protectora.

Ya estaba preparado.

Sintió la presencia de Athena cuando la conciencia de la buscadora fluyó al lado de la suya. En aquel estado mental no existía el arriba o abajo, pero las percepciones humanas no podían evitar intentar dar forma a un espacio que carecía por completo de ella. Cada astrópata entraba a su manera en un trance receptivo. Algunos se rodeaban de imágenes relativas al telépata cuyas proyecciones estaban intentando recibir, mientras que otros se concentraban en elementos simbólicos clave comunes a la mayoría de los que enviaban mensajes.

Kai no utilizaba ninguno de esos dos. Prefería crear su propio lienzo mental sobre el que imprimir la imagen del telépata que enviaba el mensaje. Era muy común que el mensaje quedara distorsionado por la arquitectura mental de la mente receptora, y ese tipo de malinterpretaciones eran la maldición de cualquier astrópata. Kai jamás se había equivocado al interpretar una visión recibida a lo largo de todos sus años de servicio, pero había oído, como todos los estudiantes de la Ciudad de la Visión, de casos horribles en que los astrópatas habían leído de forma errónea mensajes en los que se solicitaba ayuda de forma desesperada o que habían enviado flotas expedicionarias a destruir mundos cuyos habitantes eran fieles siervos del Trono.

Notó calor, y el sudor empezó a cosquillearle la piel.

Era un calor falso, pero lo suficientemente real en aquel sitio de sueños y de milagros.

Kai abrió los ojos y el desierto se extendió miles de kilómetros a su alrededor.

La arena blanca centelleaba bajo el efecto del calor. Era un inmenso espacio vacío en el que no había nada que rompiera la monotonía. Nada interrumpía aquel paisaje dolorosamente vacío a la vista. Daba la impresión de que toda vida hubiera quedado absolutamente borrada del mundo.

El paisaje onírico de Kai siempre había sido así desde que regresó a Terra.

Las drogas hipnopómpicas lo habían mantenido despierto en la lanzadera de salvamento, pero la mente humana no es capaz de evitar la necesidad de soñar. Al no recibir aquellos narcóticos privadores del sueño en las instalaciones médicas de la

Casa Castana en Kyprios, la primera noche que había pasado en Terra casi le había destrozado la psique antes de que su entrenamiento actuara por su cuenta y tomara el control de sus sueños. Aparte de la noche anterior, acudía a ese lugar en sus sueños y deambulaba por su maravilloso vacío hasta que se despertaba.

Ésa forma de dormir le dejaba relajado el cuerpo, pero no proporcionaba a su mente ninguna clase de desahogo.

—¿Éste es tu lienzo? —preguntó una voz a su espalda.

Kai se volvió y vio a Athena Diyos caminando hacia él. La larga túnica que llevaba puesta se ondulaba alrededor de su cuerpo bien formado. Sus largos cabellos, de color caoba con un leve tono dorado, le caían hasta los hombros.

—Pareces sorprendido —le dijo Athena.

—Supongo que lo estoy —admitió Kai, tan asombrado como cuando la vio por primera vez.

—No deberías estarlo. Después de todo, estamos en el reino de los sueños. Puedes moldear tu cuerpo para que tenga el aspecto que quieras.

—Pero tú no lo haces —replicó Kai, quien se dio cuenta del hábil intento de engaño—. Ésta eres tú de verdad.

Athena pasó al lado de Kai, y en vez del fuerte olor a medicinas que desprendía su piel, le llegó el aroma a canela y a almendras.

—Eres muy hermosa.

Ella miró hacia atrás por encima del hombro y le sonrió. Su rostro se iluminó.

—Eres muy amable. La mayoría de la gente dice que «era» muy hermosa.

—Te acabarás dando cuenta de que no soy como «la mayoría de la gente».

—Estoy segura de eso. Así pues, ¿éste es tu paisaje onírico?

—Sí. Estamos en el Rub’ al-Jali —dijo Kai.

—No sé lo que eso significa.

—Quiere decir «el lugar vacío» —le explicó él—. Era un desierto de la Vieja Tierra que creció y creció hasta que se unió a otro gran desierto y que acabó llenando el mar y creó el cuenco de polvo.

—Es el paisaje onírico de un soñador que no quiere soñar —le replicó Athena—. No es sano vivir en un nivel de cognición que le niegue a la mente subconsciente alguna clase de válvula de escape. No hay ni un solo símbolo, nada que le recuerde al soñador el mundo de vigilia y nada que revele el más mínimo detalle del propio soñador.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos? —inquirió Kai.

—Ahora exploraremos. Necesito captar el entorno de tu mente antes de ser capaz de ver las grietas.

—No hay mucho que explorar en el Rub’ al-Jali.

—Eso ya lo veremos. Dime por qué estás aquí.

—¿En este trance?

—No, en la Ciudad de la Visión. He leído tu expediente. Estabas asignado a la legión de los Ultramarines a bordo de la *Argo*, una fragata tripulada por ilotas que se dirigía hacia los astilleros de Júpiter para sufrir una serie de modificaciones estructurales antes de realizar la traslación a Calth. Dime por qué estás aquí y no de camino a Ultramar.

—No creo que debamos hablar de eso —le contestó Kai.

El horizonte más lejano se onduló como si algo enorme se acabara de mover justo debajo de la superficie. Se esforzó por ignorarlo, pero el desierto sin rasgos destacables de su sueño cambió para acomodar esa intrusión.

Athena siguió su mirada y vio la cascada de arena blanca procedente del risco que se alzaba sobre ellos.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Ya has leído mi expediente —le contestó Kai, esforzándose para que el miedo no se le notara en la voz—. Deberías saber qué es.

—Quiero que tú me lo digas.

—No.

Algo irrumpió a través de la superficie de la arena, algo brillante y metálico, de color azul cobalto y dorado. Era semejante al pellejo escamoso de una serpiente que saliera a la superficie del océano. Se movió con la elegancia de un cazador y la paciencia de un asesino antes de desvanecerse de nuevo bajo la superficie.

—Aquí estamos muy expuestos —declaró Athena con toda naturalidad.

—Lo sé muy bien —le espetó Kai.

—¿No crees que deberíamos buscar un lugar seguro?

—¿Dónde sugieres tú que vayamos? —dijo él—. Estamos en el desierto.

Notó cómo el corazón le martilleaba contra las costillas y las palmas de las manos le sudaban profusamente. Sintió la boca seca y que la vejiga se quería vaciar por su cuenta. Se protegió los ojos del sol abrasador con una mano y escudriñó el horizonte en busca de alguna señal del depredador subterráneo.

—No, no lo estamos. Estamos en tu mente, donde compartimos tu miedo, sea lo que sea lo que haya allí; es parte de ti, y el único que puede dejar hacernos daño eres tú. Vamos, Kai, ¿has olvidado los principios básicos de la defensa psíquica?

—No puedo impedir que venga.

—Por supuesto que puedes —le contestó Athena al mismo tiempo que lo tomaba de la mano—. Sólo tienes que crear aquello que antes te mantenía a salvo.

Kai captó por encima del hombro de Athena el destello de algo metálico que surgía de la arena, y toda idea de utilizar los recursos incluso más básicos de su formación salió huyendo de su mente. El miedo lo envolvió todo por completo. Oyó el sonido de los gritos. Era una hueste de voces aterrorizadas que parecía surgir de la

propia arena, como si se tratara de los chillidos de todo un ejército enterrado vivo.

—Puedes conseguirlo, Kai —insistió Athena, quien bajó la mirada hacia la arena —. Aférrate a mi voz.

Athena comenzó a recitar los ejercicios básicos del nuncio, y la cadencia tranquilizadora de su voz le produjo el efecto de un soporífero calmante.

—Éste es el sueño que creé para mí misma. Es un lugar de tranquilidad. Soy la señora de este dominio. Repítelo conmigo, Kai.

—Soy el señor de este dominio —dijo Kai al mismo tiempo que intentaba convencerse a sí mismo de lo que decía.

La sombra de la criatura que acechaba bajo la arena se extendió por la superficie. Era una oscuridad creciente que no se desvanecía. Se deslizaba en círculos por debajo de ellos y se asomaba a la superficie con movimientos amplios y lentos de su cuerpo metálico. Sabía que su presa era vulnerable, y no tenía prisa por apresurar la caza.

—¡Dilo como si te lo creyeras! —lo urgió Athena en voz baja—. Yo tampoco quiero llegar a ver esa cosa.

—¡Soy el señor de este dominio! —gritó Kai.

—Y ahora, crea un sitio en el que podamos estar a salvo —le ordenó.

Kai intentó despejarse la mente mientras la arena se movía bajo sus pies. Las voces aullantes ya sonaban más cercanas a la superficie. Debajo de ellos se movía un monstruo increíblemente inmenso, que se extendía a lo largo de varios kilómetros alrededor de los dos.

Kai sabía muy bien qué era, pero ese conocimiento sólo consiguió que estuviera más decidido todavía a evitarlo.

—Conozco un sitio seguro —dijo.

—Muéstramelo —le respondió Athena.

Lentamente, piedra a piedra, Kai se imaginó la construcción de una fortaleza luminosa en mitad de la fecundidad sin utilizar de su paisaje onírico. Todo un conjunto ficticio de baluartes, de torres abovedadas, de jardines relajantes y de avenidas bordeadas de árboles surgió de la arena a su alrededor y se alzó a mayor altura a cada momento que pasaba. Los arcos dorados, las balconadas llenas de elementos decorativos y los minaretes de jade, de madreperla y de electro surgían de los bloques constructores de la imaginación y el recuerdo.

Aquélla era una fortaleza del pasado, una de las maravillas del mundo que ya no existían.

Athena abrió los ojos de par en par al ver aquella fabulosa fortaleza, con las murallas cubiertas de escarcha y pulidas hasta el punto de parecer levantadas con arena vitrificada. El suelo se alzó a sus propios pies y se vieron elevados en el aire sobre una muralla gigantesca que los alejó varios cientos de metros del suelo ondulante.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Athena cuando acabaron su ascenso vertiginoso.

Un viento muy fuerte los azotó, y Kai la agarró con fuerza para impedir que el vendaval la lanzara fuera de las murallas.

—Estamos en la fortaleza de Urartu, en Arzashkun —le explicó Kai—. Antaño se alzaba en la cabecera de un gran río, del que se dice que tenía las fuentes de su origen en el jardín que fue la cuna de la humanidad.

—¿Todavía está en pie? —quiso saber Athena mientras más torres, murallas y puertas se formaban a partir de la arena centelleante del paisaje onírico.

—No, fue destruida. Un gran rey la arrasó hasta los cimientos hace ya muchos miles de años.

—Pero ¿sabes qué aspecto tenía?

Kai oyó el retumbar de algo enorme que se acercaba a la superficie de la arena, pero mantuvo la atención firmemente concentrada en la pregunta de Athena. Si dejaba que sus pensamientos salieran de las murallas de la fortaleza, se desplomarían. En vez de eso, concentró la mente en el pasado, en las paredes de cristal de una biblioteca increíble que se encontraba en el seno de los gigantescos bosques de una cordillera.

—Tuve la suerte, poco después de ocupar mi puesto en la XIII Legión, de que me permitieran acceder a la Biblioteca de Cristal de Prandium —le explicó Kai, concentrándose en el pasado para evitar aquel presente—. Deberías verla, Athena. Decenas de millones de libros, de pinturas, de sinfonías contenidas dentro de los cristales resonantes colocados a lo largo de las paredes del cañón. El encargado me mostró una de las obras de Guilliman, que estaba engastada en el risco simplemente como una más, como si no fuera nada extraordinario. Pero lo cierto era que se trataba de algo increíble, y tampoco era lo que yo me esperaba. No era una obra escrita llena de ilustraciones o con una caligrafía exquisita, tan sólo se trataba de una atención al detalle tan minuciosa que ningún escritor mortal podría igualar.

—¿Y esta fortaleza estaba en el libro?

—Sí, en una página en la que lord Guilliman contaba lo ocurrido durante su estancia en Terra, antes de que partieran las flotas expedicionarias de la cruzada para conquistar la galaxia. Vi un boceto de esta misma fortaleza, y era tan real que fui capaz de sentir la dureza de las piedras y el poder de sus murallas. En realidad era una nota a pie de página, una referencia velada a la época en la que su padre había viajado hasta allí y había estudiado su arquitectura. Yo he estado en esa tierra, y ya no queda nada de Azarshkun, ni siquiera el recuerdo, pero la habilidad de lord Guilliman había conseguido representarla de un modo tan claro como si el mismísimo Rogal Dorn le hubiera entregado los planos.

—Ojalá eso fuera verdad —dijo Athena, y Kai siguió la dirección de su mirada

más allá de las murallas.

La respiración se le aceleró y tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio cuando una cúpula de color rojo apareció en la arena, produciendo el mismo efecto que una gota de sangre en mitad de un vaso de leche. El corazón se le aceleró más todavía, y tragó saliva cuando notó un tremendo tirón en su memoria. La voz suplicante de un niño se entrometió en sus pensamientos y la mancha roja se expandió en progresión geométrica.

El cazador oscuro que acechaba bajo el suelo se abalanzó sobre la masa carmesí en expansión impelido por su ansia. Surgió a la superficie al otro lado de las murallas, un conjunto de ángulos agudos, cuchillas y ruido rojo. Era una nave fantasma procedente del océano más profundo. Surgió como un depredador al acecho y volvió a caer sobre la superficie de arena con un estruendo retumbante. Sus costados eran de hierro, de color azul, oro y bronce. Era un asesino de planetas, un monstruo capaz de desencadenar una destrucción inimaginable, y su fortaleza de luz no era rival para aquel terrible poder.

Llegó acompañado de una oleada de aullidos, diez mil voces que chillaban de terror y de dolor. Sabía cuál era su nombre, y quería que Kai se uniera las filas de los muertos cuyos huesos y sangre llenaban sus corredores y cámaras aullantes.

Kai salió despedido de su paisaje onírico con un grito aterrorizado cuando la fortaleza se vio arrasada bajo un terrible crescendo de rostros rugientes, cuchillas negras y colmillos desgarradores.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó como un resorte hasta quedar con el torso erguido sobre la silla. Las piedras susurrantes brillaban con un intenso color rojo mientras se esforzaban por disipar el residuo psíquico de su conexión y llevarlo hasta los sumideros de contención situados bajo la torre. Kai se llevó una mano a la cara y presionó con fuerza la palma contra la piel. Notó el tacto frío de la ceramita y el acero de sus implantes oculares. El asco, la culpabilidad, la pena y el terror lucharon entre sí por conseguir espacio en sus lóbulos frontales. Un sollozo estrangulado le surgió de la garganta, al rojo vivo de tanto gritar.

No derramó lágrimas, pero la angustia que lo invadió no fue por ello menos intensa.

El desierto había desaparecido, y las formas geométricas de la estancia de Athena se apresuraron a llenarle los sentidos con la realidad.

—¿Eso era la *Argo*? —le preguntó Athena.

Kai asintió. Se dio cuenta de que con la otra mano todavía sostenía la de Athena, y que tenía los nudillos blancos por la tensión. Vio unas pequeñas manchas rojas de sangre en los puntos donde sus uñas habían cortado la fina capa formada por la piel recién crecida. Se sintió arrepentido y apartó la mano de inmediato.

—Lo siento mucho. No quería…

Athena cerró los dedos engarfiados con un gesto de dolor.

—Lo sentí —le dijo, tomando la mano de Kai de nuevo—. Todo lo que tú sentiste mientras morían. Lo sentí todo.

Kai lloró sin lágrimas por las almas perdidas a bordo de la *Argo*.

Pero, sobre todo, lloró por sí mismo.



CUATRO
GHOTA
DIOSES ANTIGUOS
ROSTROS DE MUERTE

Trabajar con los muertos era una tarea que daba mucha sed. Palladis Novandio tomó un sorbo de agua sucia del barril de madera que había al lado de la puerta del crematorio. Los hombres que trabajaban metiendo los cuerpos en el incinerador eran unos individuos duros, habituados a aquellos recordatorios fríos y rígidos de su propia mortalidad. Trabajaban sin decir nada. Empujaban las carretas de muertos hasta el gigantesco horno excavado en la propia roca y luego los despojaban de sus ropas y de su dignidad antes de agarrarlos por los tobillos y las muñecas y balancearlos para arrojarlos a las llamas.

En la Ciudad de los Suplicantes no había escasez de muertos. Era una de las pocas materias que existía en abundancia.

Las pilas de ropas eran clasificadas y lavadas por las mujeres del templo antes de ser entregadas a aquellos que pasaban necesidades. Había días en los que parecía que la población de la ciudad nunca cambiaba. De repente, podías parar a alguien pensando que había resucitado milagrosamente, pero que simplemente llevaba el abrigo de un muerto al que conocías. Palladis sentía un leve consuelo al saber que los muertos todavía podían entregar algo a aquellos que dejaban atrás.

Bueno, la mayoría de ellos.

Se limpió los restos de ceniza procedentes del incinerador con una mezcla de agua y de su propio sudor. El sabor a ceniza y a grasa quemada se le había quedado pegado a la parte posterior de la garganta, pero jamás se le ocurrió abandonar aquella tarea. No existía una verdadera autoridad civil, por lo que los cadáveres eran una visión muy común en las calles de la Ciudad de los Suplicantes, tanto los de aquellos que se habían dado por vencidos como los de quienes habían estado en el lugar

equivocado en el momento equivocado. La muerte te podía llegar de muchas maneras, demasiadas como para contarlas todas.

Los millones de personas que acudían a Terra tomaban la ruta montañosa que llevaba al palacio, y sólo una mínima fracción de ellos llegaba hasta esa altura. Eso todavía dejaba a varios miles de personas delante de las puertas clamando a gritos que los dejaran entrar, suplicando a los guerreros sin rostro que hacían guardia a lo largo de las murallas que les permitieran cruzar al otro lado. Las calles de la Ciudad de los Suplicantes estaban abarrotadas de gente que buscaba un significado a su vida, respuestas a las preguntas que tenían, o de aquellos que simplemente acudían para contemplar el maravilloso espectáculo que constituían los dominios personales del Emperador.

Palladis recordó la época en la que la Ciudad de los Suplicantes mostraba cierto parecido con una comunidad civilizada, cuando era lo bastante pequeña como para mantener cierta semejanza al orden y a la estabilidad. Sin embargo, a medida que más y más personas lograban llegar hasta las murallas del palacio, aquella estructura ordenada había comenzado a perder su armonía. Los edificios que prácticamente aparecían de un día para otro y que ampliaban los límites de la propia ciudad a medida que se extendían montaña abajo comenzaron a ser cada vez más precarios, más numerosos y, en conjunto, más sórdidos.

Luego llegaron las bandas, al darse cuenta de la oportunidad que ofrecían las necesidades de los desesperados suplicantes, igual que buitres que sobrevolaran a alguien herido en mitad del desierto. Acudieron bandas de las montañas, bandas de las llanuras y bandas procedentes de los campos de batalla anteriores a la Unidad, todas atraídas a la ciudad en constante crecimiento al saber que allí encontrarían a gente vulnerable a la que se podía explotar. Comenzaron los asesinatos, todos muy violentos y pensados para extender el miedo igual que una plaga.

La banda de Babu Dhakal fue la peor de todas. Sus hombres eran más fuertes, más rápidos y más despiadados que todos los demás, y no había mutilación o acto degradante que no estuvieran dispuestos a cometer. Palladis había visto cómo a uno de los hombres de Dhakal lo apuñalaban en los ojos y luego dejaban que se desangrara en la puerta de una instalación médica. Los asesinos de aquel matón fueron despedazados a su vez y habían dejado los trozos clavados en unas largas lanzas para que los pájaros carroñeros los devoraran. Asesinatos por venganza, asesinatos por honor, asesinatos al azar. Nada de aquello tenía sentido, para cuando pasó lo peor, sólo Babu Dhakal había sobrevivido.

Nadie sabía de dónde procedía el temido caudillo de la banda, pero había muchos rumores al respecto. Algunos proclamaban que se trataba de un miembro de la Legio Custodes que jamás había regresado del juego de sangre que le habían ordenado llevar a cabo. Otros insistían en que era uno de los guerreros de trueno del Emperador

que había conseguido sobrevivir de algún modo al final de las guerras de Unidad. Eran muchos más los que se mostraban convencidos de que se trataba de un marine espacial cuyo cuerpo había rechazado los implantes de la última fase de su elevación a ser sobrehumano y que había logrado huir antes de que acabaran con él. Lo más probable era que se tratara de un cabrón despiadado que había demostrado ser más despiadado y más cabrón que todos los demás.

Sin embargo, su terrible reputación no había desalentado a los que ansiaban entrar de un modo desesperado en el palacio, y día a día, año tras año, la Ciudad de los Suplicantes aumentaba más y más de tamaño. Cada cierto tiempo, del palacio salían fuerzas armadas que barrían las calles de la ciudad y se llevaban a la escoria y a los maleantes demasiado estúpidos como para esconderse, pero con eso lo único que se conseguía era tranquilizar las conciencias de los señores nobles de Terra. A todos los efectos, la Ciudad de los Suplicantes era un lugar sin ley.

Los heraldos imperiales, escoltados por cientos de guardias armados, se atrevían a veces a adentrarse en la ciudad, llegando incluso a alcanzar el Arco de la Proclamación, y leían los nombres de aquellos a quienes la suerte por fin les había sonreído y habían recibido permiso para entrar en el palacio. Pocos de los que eran nombrados llegaban a cruzar el arco que llevaba hasta la Puerta del Suplicante. La mayoría yacían muertos en algún callejón sin nombre, o después de abandonar toda esperanza de poder entrar algún día, habían regresado al rincón del planeta que ellos llamaban hogar.

Palladis había sido uno de los afortunados, y había entrado con su familia en el Palacio Imperial cuando la Ciudad de los Suplicantes todavía era un lugar de orden y tranquilidad. Llegaron procedentes de las tierras meridionales de los romanii, donde había trabajado como tallador de piedras y operario del mármol en los palacios de las florecientes casas tecnocráticas que se alzaban a la orilla del cuenco de polvo. Sin embargo, a medida que las megaestructuras se alzaban cada vez más altas y el acero y el cristal sustituían la antigua importancia de la piedra, Palladis se vio obligado a buscar trabajo en otros sitios.

Había cruzado con su mujer y sus hijos recién nacidos un paisaje que todavía mostraba las cicatrices de una guerra mundial que había durado tanto tiempo que ninguno se acordaba ya de cuándo había empezado. Sólo en esos momentos comenzaba a mostrar la gloria potencial de la que habían hablado los heraldos del Emperador. Habían cruzado los picos de Serbis en busca de esa gloria. Luego habían seguido el Arco Cárpato antes de entrar en el hogar de los rus para luego seguir las caravanas comerciales que recorrían la antigua Ruta de la Seda a través de las llanuras de Nakhdejvan. Al llegar allí giraron hacia el este, atravesando Aryana y las tierras nuevamente fértiles de los indoi antes de que el terreno empezara a elevarse y las montañas que marcaban el final del mundo comenzaran a vislumbrarse.

Había sido un espectáculo impresionante, algo que le quedaría grabado para siempre en la memoria, pero que se había convertido en un recuerdo agridulce con el paso de los años.

Palladis dejó a un lado los recuerdos de los asesinatos y atravesó las placas de plastek que impedían que el polvo de ceniza saliera del crematorio. El aire estaba cargado de ella. No tendrían que esperar mucho tiempo antes de que fuese necesario vaciar el incinerador, ya que los restos de los muertos se estaban amontonando en el fondo de la caldera. Colgó de un clavo el mandil de goma y se quitó los gruesos guantes protectores. Lo siguiente fue el paño húmedo que le tapaba la boca y la nariz, seguido por las gafas cubiertas de ceniza.

Se detuvo un momento para pasarse las manos por el cabello enmarañado antes de atravesar la puerta que llevaba a la zona principal del templo. Como siempre, estaba abarrotado de gente que gemía y lloraba, y el suave sonido de los sollozos de los hombres y mujeres se elevaba hacia los ángeles estoicos tallados en los aleros. Palladis sintió que las suaves líneas del Ángel Ausente atraían su mirada, y colocó una mano sobre la fría y pulida superficie de mármol.

La nefrita oscura procedía de Syrya, y su superficie estaba tallada y pulida hasta un punto que sólo podía conseguir el amor de un artesano por su trabajo. Sin embargo, Vadok Singh la había rechazado y había ordenado que se tirara. Cerró los puños al pensar en el arquitecto de guerra del Emperador. Singh estaba tan obsesionado con su propio arte que desdeñaba todo aquello que no se ajustaba a sus rigurosísimas exigencias: materiales, herramientas, planes o personas.

Sobre todo, las personas.

Fijó la mirada en la cara lisa, sin rasgo alguno, y se preguntó una vez más que rostro se habría planeado para aquella superficie sin terminar. Ya no importaba. Jamás quedaría completada, por lo que la pregunta era irrelevante. Apartó la vista del rostro carente de expresión cuando oyó que alguien lo llamaba, y miró al otro lado de la estancia.

Roxanne se hallaba sentada al lado de Maya y los dos hijos que todavía seguían vivos. Ambos habían respondido bien a la medicina que Roxanne había conseguido en el tugurio de Antioch. El marido, Estaben, estaba sentado cerca de ellas, y Palladis notó una punzada de irritación. Le había prohibido que repartiera más panfletos del Lectio Divinitatus, porque sabía muy bien que no era inteligente llamar más la atención hacia un lugar al que la gente insistía en llamar «templo».

Roxanne lo saludó con la mano, y él le devolvió el gesto. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que la joven se convirtiera en un problema para todos ellos. Alguien como ella no lograría mantenerse escondida para siempre, ni siquiera en un lugar como la Ciudad de los Suplicantes. Nadie del lugar lo sabía, pero era una mujer excepcionalmente singular, y su familia acabaría por exigir que regresara con ellos.

Por la fuerza, si hacía falta.

Se dirigió hacia ella, y mientras lo hacía sonrió levemente en un gesto de comprensión a los dolientes y asintió para mostrar su apoyo a los que se encontraban con ellos. Roxanne levantó la vista cuando se le acercó y puso una mano en la cabeza del niño que Maya sostenía en brazos.

—Parece que la medicina ha funcionado. Creo que se pondrán bien del todo —comentó.

—Me alegra oírlo —respondió Palladis mientras le revolvía el cabello al chico que estaba de pie al lado de Maya.

—Se llama Arik —le dijo su madre al mismo tiempo que acariciaba a su hijo en la mejilla.

—Un buen nombre, un nombre fuerte —respondió Palladis mirando al muchacho—. ¿Sabes lo que significa?

El chico negó con la cabeza.

—Arik era uno de los portadores del relámpago del Emperador durante la primera época de la Unidad. Dicen que era más alto que la montaña hueca y que abrió el paso de Mohán con sus propios puños. Creo que con el tiempo crecerás y serás tan grande como él.

El chico sonrió y cerró la manita en un puño. Maya le puso una mano en el hombro a su hijo.

—Que el Emperador os ame. ¿Habéis sido bendecido con hijos?

Palladis suspiró profundamente, pero asintió.

—Dos niños.

—¿Están aquí? Me encantaría conocerlos y decirles el padre tan maravilloso que tienen.

—Estuvieron aquí. Murieron —le contestó Palladis.

—Oh, lo siento mucho. No lo sabía.

—¿Qué les pasó? —le preguntó Arik.

—¡Arik, no! —le recriminó Maya.

—No, tranquila, no pasa nada. Debería saber y comprender acerca de estas cosas.

Palladis le puso las manos en los hombros al chico y lo miró directamente a los ojos. Quería que entendiera la gravedad y la importancia de lo que le iba a contar.

—Antaño trabajé para un hombre muy poderoso que no quería que yo trabajara para nadie más —le explicó Palladis—. No me gustaban ese tipo de restricciones, así que acepté en secreto el encargo de otra persona, aunque sabía que si me descubrían pagaría un precio muy alto. Mi patrón se enteró de mi otro trabajo y envió a varios hombres a mi casa para expresar su descontento. Yo estaba trabajando en ese momento en una cantera de piedra caliza, pero mi mujer y mis dos hijos estaban en casa. Los hombres le cortaron el cuello a mi mujer y dispararon en el corazón a mis

niños. Cuando volví de la cantera, encontré sus cadáveres allí donde habían muerto.

El chico abrió los ojos de par en par, y Palladis supo que lo había atemorizado. Eso era bueno. El miedo lo mantendría vivo frente a algunas de las muchas maneras en que la muerte lo acechaba.

—Pobre hombre… —musitó Maya al mismo tiempo que apartaba a su hijo de su lado.

Palladis logró ignorar la comprensión temerosa de Maya y de su propia ira creciente desviando la mirada hacia Estaben, que estaba sentado un poco más allá. Su rostro no mostraba expresión alguna, estaba hundido y vacío, igual que si le hubieran arrancado la vida.

Palladis conocía muy bien esa cara. A veces creía que era la única que mostraba él mismo.

—¿Estaben? —lo llamó, pero el hombre no levantó la mirada.

Lo llamó de nuevo, y por fin el esposo de Maya lo miró.

—¿Qué?

—Tus hijos se están recuperando, Estaben. Deberías sentirte aliviado.

—¿Aliviado? —repitió Estaben a la vez que se encogía de hombros—. Vali y Chio ya están al lado del Emperador. En todo caso, son ellos los afortunados. Los demás tenemos que vivir todavía en este mundo, con todo este sufrimiento y dolor. Dime, sacerdote, ¿por qué debería sentirme aliviado?

Palladis notó que volvía a enfurecerse.

—Siento tu pérdida, pero todavía tienes dos hijos que te necesitan. Y no soy sacerdote.

—Lo eres —le replicó Estaben—. No lo ves, pero eres un sacerdote. Esto es un templo, y tú eres su sacerdote.

Palladis meneó la cabeza en un gesto negativo, pero antes de que pudiera refutar lo que el otro había dicho, el chasquido de la madera al partirse resonó por todo el edificio, a lo que siguió el retumbar de una puerta al separarse del marco y estrellarse contra el suelo. Por todos lados se oyeron gritos de alarma y la gente comenzó a apartarse de la entrada.

Siete hombres cruzaron el umbral pisoteando los restos de la puerta. Eran unos individuos grandes, unos individuos duros, unos individuos peligrosos.

Llevaban el cuerpo cubiertos de pieles, de cinchas de cuero y de placas de metal batidas para que tuvieran forma de armadura. Dos se cubrían la cabeza con cascos rematados por pinchos, y otro empuñaba un arma de gran tamaño con un cañón levemente acampanado en el extremo y una serie de tubos y alambre de color cobre que lo recorrían desde la boca hasta un cilindro chisporroteante que parecía estar lleno de diminutos relámpagos en miniatura. En los músculos de sus fornidos brazos se veían unos tatuajes que se retorcían con cada movimiento, aunque había uno que

todos ellos compartían: un rayo en zigzag sobre el ojo derecho.

—Son los hombres de Babu Dhakal —le advirtió Roxanne con un siseo, pero Palladis le indicó con un gesto que se callara.

Se adentró en el pasillo central con las manos en alto y por delante del resto del cuerpo.

—Por favor, estamos en un lugar de paz y recogimiento —les dijo.

—Ya no —le contestó un individuo de hombros anchos que entró detrás de aquella vanguardia.

Era un hombre más alto todavía que cualquiera de los otros siete, y hacía que éstos parecieran pequeños en comparación. Sobre el pecho llevaba dos bandoleras cruzadas llenas de cuchillos, y tres ganchos de metal para colgar carne tintineaban en su cinto al lado de una funda que contenía una pistola demasiado grande como para que ninguna persona normal la disparara sin perder el brazo por el retroceso. Llevaba ambos bíceps rodeados de alambre, lo que hacía que las venas le palpitaran bajo la piel como serpientes retorciéndose.

La piel del individuo era una completa exposición del arte de los tatuadores. Había centenares de representaciones de rayos, martillos y aves rapaces. Lo poco que quedaba visible de ella mostraba la palidez enfermiza propia de un cadáver. De la comisura de los labios le bajaba un hilillo de sangre.

Sin embargo, fueron los ojos del hombre los que le indicaron a Palladis quién había acudido para ejecutar el castigo. Las pupilas eran tan pequeñas que parecían poco más que dos puntos negros en mitad de sendos mares de hemorragias petequiales. Los ojos del individuo estaban literalmente rojos por la sangre.

—Ghota —murmuró Palladis.

Athena ascendió a lo largo de la espina central de la Torre de los Susurros impulsada por la doble hélice de partículas que desafiaban a la gravedad. Aquello hacía que la piel le picara de un modo incontrolable, y el tejido cicatrizado que remataba sus muslos amputados palpitaba de un modo doloroso en aquel flujo de energía. Nadie había llegado saber nunca por qué los constructores de la Torre de los Susurros pensaron que no sería necesario un elevador neumático, y ella nunca dejaba de maldecirlos cada vez que se veía obligada a desplazarse verticalmente a lo largo de su estructura.

Necesitaba ver urgentemente a lady Sarashina, por lo que ascendió a través de los diferentes niveles de la torre para llegar hasta el ala superior de la Oneirocrítica Alchema Mundi, la gran biblioteca de sueños de la Ciudad de la Visión. Tenía una gran pila de papeles y de registros de sueños en el regazo. Era un archivo volátil de la última incursión que había efectuado en el immaterium y que necesitaba una segunda interpretación. Nadie poseía un conocimiento mayor de los augurios del Vatic que

Aniq Sarashina, y si alguien era capaz de aclarar ciertos aspectos de su última visión, ésa era ella.

El flujo de partículas se detuvo por fin desvaneciéndose en el aire. Athena utilizó el brazo robótico para pulsar los botones de control de la silla. El artefacto avanzó de forma brusca cuando se apagó un campo impulsor y se activó otro distrito. Athena torció el gesto en una mueca de dolor cuando el tejido tenso como la piel de un tambor que le cubría las extremidades amputadas se dilató más todavía.

Athena cruzó la entrada arqueada de la biblioteca e hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo a los centinelas negros que montaban guardia al lado de las gruesas puertas blindadas. Notó cómo los espíritus mecánicos engastados en el marco de la puerta zumbaban al posar sus miradas implacables sobre ella para asegurarse de que no introducía nada prohibido en la biblioteca.

Unas estanterías gigantescas que se alzaban cientos de metros hacia el techo llenaban aquella sección del Oneirocrítica Alchera Mundi. Las hileras que surgían de un núcleo central las constituían textos interpretativos, diarios oníricos, registros de visiones y los numerosos libros que contenían las imágenes astropáticas más comunes. Todas y cada una de las visiones recibidas y enviadas en la Ciudad de la Visión estaban allí.

Era un registro completo de todas las comunicaciones que se producían entre Terra y el resto de la amplia galaxia.

Decenas y decenas de astrópatas encorvados caminaban en silencio entre las estanterías igual que si fueran fantasmas de color verde mientras buscaban la aclaración de alguna de las visiones que habían tenido, al mismo tiempo que los telépatas de mayor edad añadían nuevos símbolos a la siempre creciente biblioteca. Cada nuevo elemento añadido a la biblioteca era ratificado por Artemeidons Yun, el custodio de aquel repositorio de incalculable valor. Athena vio al corpulento y anciano telépata recorriendo las estanterías seguido por un grupo de globos luminosos flotantes y de ayudantes abrumados.

Athena rodeó la parte central hasta que sintió la presencia de Sarashina en la sección dedicada a la simbología elemental en las visiones. Flotó hacia ella, y su antigua tutora levantó la mirada cuando Athena se le acercó. Aunque los astrópatas carecían del sentido de la vista corriente, su visión ciega les permitía percibir el mundo que los rodeaba del mismo modo que los individuos con visión normal.

—Athena, ¿cómo estás? —la saludó Sarashina con una sonrisa llena de verdadera calidez.

—Dolorida y cansada —le contestó Athena—. ¿Es que un astrópata se puede sentir de otra manera?

Sarashina hizo un gesto de asentimiento para mostrar que estaba de acuerdo. Athena captó un breve destello de piedad, y se tragó la rabia que sintió al notar la

compasión de Sarashina.

—¿Has venido a hablarme sobre Kai Zulane? —le preguntó Sarashina sin hacer caso del brusco tono con que le había respondido.

—No, aunque bien sabe el Trono que está dañado.

—¿Más allá de cualquier posible arreglo?

—Es difícil saberlo con certeza. Alberga mucha aversión, y está afectado psíquicamente por ello, pero creo que puedo traerlo de vuelta.

—Entonces, si no has venido a hablarme de Kai, ¿de qué quieres hablar?

—Tuve un precepto relativo a la X Legión. Justo después de ver a Zulane —le explicó Athena.

Sarashina le indicó con un gesto la estantería que estaba más alejada del centro de la estancia. En la cara interior curvada de la torre había desplegadas numerosas mesas de lecturas y placas de datos. Notó la inquietud de Athena, por lo que escogió una mesa vacía lejos de los astrópatas que estaban estudiando los libros de escritura táctil y los manuscritos.

Athena siguió flotando a Sarashina y depositó los registros de sueños en la mesa.

—Éste precepto… ¿lo has archivado ya en el Conducto?

—Todavía no. Antes quería consultarlo.

—Muy bien, pero archívalo en cuanto lo hayamos hablado. ¿Conoces el objetivo de la expedición de la X Legión?

—Por supuesto, y eso es lo que más me asusta, porque no creo que sea un verdadero precepto.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no es una visión del futuro. Creo que está ocurriendo ahora mismo.

—Cuéntamelo todo. No te dejes ningún detalle —le ordenó Sarashina.

—Me encontraba en un desierto abrasado por el sol y vi que una estatua de obsidiana surgía de las arenas. Era una figura musculosa que llevaba puesta una placa pectoral de acero bruñido y que estaba encadenada a una roca. Los puños de la figura estaban envueltos en plata, y sobre uno de ellos se había posado un halcón de ojos de color ámbar, el plumaje de color verde océano y un pico ganchudo.

—Lo que representa la estatua es bastante obvio: Prometeo —afirmó Sarashina.

Athena asintió. Una visión del titán protagonista de un mito antiguo que representaba la creencia en la humanidad por encima incluso de los decretos divinos era una metáfora visual muy común utilizada por los astrópatas para representar a los primarcas. Los guanteletes plateados eran la confirmación de la identidad del primarca de la visión.

—Sí, es Ferrus Manus, el primarca de los Manos de Hierro —respondió Athena.

—¿Qué ocurría en la visión?

—Una sombra tapó el sol y alcé la mirada para ver una oscuridad que eclipsaba su brillo hasta que se convirtió en algo parecido a un mundo de arena negra y granulosa. Es un símbolo nuevo, pero lo he visto mucho últimamente.

—Isstvan V —dijo Sarashina.

Athena volvió a asentir.

—En cuanto el sol se volvió negro, la estatua de Prometeo tiró de las cadenas que lo tenían sujeto a la roca. El halcón alzó el vuelo cuando los eslabones metálicos quedaron despedazados y una lanza de fuego apareció en el puño del gigante. La estatua se lanzó hacia adelante y arrojó la lanza hacia el corazón del sol negro. La punta del arma se clavó en el mismo centro levantando una lluvia de chispas llameantes.

—Eso es un buen augurio para la flota de lord Dorn —comentó Sarashina.

—Todavía no he terminado —la interrumpió Athena, e inspiró profundamente antes de seguir—. Aunque la estatua había matado al sol negro con la lanza, vi que se había dejado atrás buena parte de su sustancia interior. Los trozos de obsidiana se habían quedado pegados a la roca, y supe que el gigante había atacado antes de tiempo, sin poder descargar todo el peso de su fuerza en el golpe. La estatua se hundió de nuevo en la arena y el halcón regresó a la roca. Se tragó los trozos de obsidiana y luego se elevó por los aires con un graznido de triunfo.

—¿Eso es todo? —le preguntó Sarashina.

—Eso es todo —asintió Athena mientras daba unos golpecitos con el brazo manipulador en los registros de sueños—. Comprobé mi oneirocrítica, y lo que he leído no es nada agradable.

Sarashina extendió las manos y se mostró de acuerdo mientras sus dedos pasaban delicadamente por encima de las palabras.

—Ferrus Manus siempre fue muy impetuoso. Avanza por delante de sus hermanos para lanzar un golpe mortífero definitivo contra los rebeldes mientras deja a buena parte de sus fuerzas detrás.

—Sí, pero es el halcón de ojos de ámbar lo que me preocupa.

—La imagen del halcón tiene una importancia primordial —le confirmó Sarashina—. La implicación más obvia es preocupante. Los elementos que Ferrus Manus deje atrás serán devorados. ¿Qué otra interpretación le das al halcón?

—Es un símbolo de la guerra y de la victoria en la mayoría de las culturas.

—Algo que en sí mismo no es inquietante. Así pues, ¿qué es lo que te preocupa?

—Esto —le contestó Athena al mismo tiempo que abría el más antiguo de sus ejemplares de oneirocrítica con el brazo manipulador para luego darle la vuelta.

Sarashina pasó los dedos con rapidez y facilidad por las páginas, y la expresión serena de su rostro se contrajo en un rictus de preocupación a medida que leía las palabras grabadas en ellas.

—Todo esto son creencias antiguas —comentó.

—Lo sé. Muchos de los dioses adorados por esas culturas extinguidas consideraban a los halcones un símbolo de su habilidad en combate, lo que confirma el simbolismo más obvio. Pero luego recordé un texto procedente de una escultura de mármol descubierta por el Conservatorio hace un año entre los escombros de la colmena que se derrumbó en Nordáfrika.

—Kairos —dijo Sarashina con un estremecimiento—. Sentí la caída. Seis millones de personas enterradas en la arena. Terrible.

Athena estaba a bordo de Lemurya, una de las grandes placas orbitales que giraban alrededor de Terra, cuando la colmena Kairos se hundió en el desierto. Sin embargo, también sintió la onda de choque etérea provocada por tantas muertes, igual que si fuera la ola provocada por un maremoto, aunque compuesta de dolor y de miedo.

—El derrumbe de la colmena dejó al descubierto una serie de complejos funerarios situados al oeste, y entre las tallas mortuorias había halcones. Se dice que los gypcios consideraban al halcón el símbolo perfecto de la victoria, aunque más en el terreno de un enfrentamiento entre dos fuerzas elementales opuestas, sobre todo de lo espiritual contra lo corrupto, más que una mera victoria física.

—¿Y cómo encaja todo eso en tu precepto? —quiso saber Sarashina.

—Permíteme que te lo explique —le contestó Athena, y empujó una hoja de papel hacia ella—. Éste es el texto de un rollo de pergamino que copié de un cilindro de datos que se recuperó de las ruinas de Neoalejandría. Sólo es una lista, un panteón de dioses antiguos, pero hay un nombre que destaca sobre todos los demás. Si ese nombre se une a los ojos de color ámbar y el color de las plumas del halcón…

—Horus —exclamó Sarashina cuando uno de sus dedos se detuvo a mitad de la página.

—¿Es posible que el halcón de ojos de color ámbar represente al señor de la guerra y sus rebeldes?

—Pasa esto ahora mismo al Conducto. ¡En seguida! —le ordenó Sarashina.

—Por favor —les imploró Palladis—. No le hagáis daño a esta gente. Ya han sufrido bastante.

Ghota dio un paso adelante y entró en el templo. Las pisadas de sus grandes botas con clavos remachados sonaron igual que disparos cuando aplastaron los cristales y la piedra bajo su peso. Paseó la mirada por la muchedumbre aterrorizada hasta que posó finalmente los ojos en Roxanne. Sonrió, y Palladis vio que sus dientes eran colmillos de acero, triangulares como los de un tiburón.

Ghota señaló a Roxanne.

—No me importan los demás. Sólo la quiero a ella —declaró.

La voz de Ghota era increíblemente profunda, como si saliese a rastras de un cañón pétreo situado en sus entrañas. Sonaba igual que dos rocas que se trituraran entre sí, pero de un modo monótono, y curiosamente, no producía eco alguno en las paredes de piedra del templo.

—Mira, sé que se ha derramado sangre, pero tus hombres atacaron a Roxanne. Tenía todo el derecho a defenderse —declaró Palladis.

Ghota inclinó la cabeza hacia un lado, como si nadie le hubiera discutido nunca empleando aquel argumento. Lo divirtió y se echó a reír, o al menos Palladis supuso que el rugido de una avalancha montañosa que surgió de la boca de Ghota eran risas.

—Entró en propiedad privada —gruñó Ghota—. Tenía que pagar el peaje, pero ella decidió que no le tocaba. Mis hombres se limitaron a aplicar la ley de Babu. Ella incumplió la ley, así que ahora tendrá que pagarlo. Es muy sencillo: o se viene conmigo, o mato a todos los demás.

Palladis tuvo que esforzarse para contener la creciente tensión que se apoderaba de él. Sólo haría falta que a una persona le diera un ataque de pánico para que el templo se convirtiera en un matadero. Maya abrazó a sus dos hijos y los protegió con su propio cuerpo, mientras que Estaben cerró los ojos y se puso a musitar algo inaudible con las manos unidas delante de él. Roxanne se quedó sentada con la cabeza inclinada, y Palladis sintió cómo el miedo de la joven lo impactaba como un golpe físico.

«Es tan fácil olvidar lo distinta que es…».

Dio un paso hacia Ghota, pero éste alzó una mano e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estás muy bien ahí —le advirtió el gigante—. Sin embargo, veo que dudas. Intentas averiguar si existe algún modo de salir de ésta hablando conmigo. No lo hay. También estás pensando si la chica boksi podría repetir lo que le hizo a los tres hombres que mató. Quizá podría matar a un par de los míos, pero no funcionará conmigo, y si lo intenta, me aseguraré de que tarde varias semanas en morir. Sé con tremenda exactitud lo frágil que es el cuerpo humano, y te prometo que sufrirá mucho. De un modo agónico. Me conoces, y sabes que no hablo por hablar.

—Sí, Ghota —admitió Palladis—. Te conozco, y puedes confiar en mí cuando te digo que me creo todas y cada una de las palabras que dices.

—Entonces, entrégamela y nos marcharemos.

Palladis soltó un suspiro.

—No puedo hacerlo.

—¿Sabes lo que es?

—Lo sé.

—Eres estúpido —le replicó Ghota.

El matón desenfundó la pesada pistola que llevaba al cinto con tanta rapidez que

Palladis no estuvo seguro de haberlo visto hasta que el estampido ensordecedor del disparo retumbó por todo el lugar. Todos se pusieron a gritar cuando vieron lo que el proyectil le había hecho a Estaben.

Lo había destruido. Lo había destruido literalmente.

El impacto convirtió en pulpa la parte superior de su cuerpo además de lanzarlo por el aire hasta que se estrelló contra el pecho del Ángel Ausente, donde terminó de destrozarse. De las manos en postura de plegaria de la estatua colgaban goteantes jirones de carne desgarrada, mientras que el rostro sin rasgos estaba cubierto de trozos de cráneo y de materia cerebral pegajosa.

Maya chilló y Roxanne se arrojó al suelo. Los gemebundos dolientes se apiñaron entre los bancos, convencidos de que no tardarían en reunirse con sus seres queridos ya difuntos. Los niños chillaron sin que las madres hicieran nada por impedirlo. Roxanne alzó la vista hacia Palladis y se llevó la mano al borde de la capucha, pero Palladis negó con la cabeza.

Ghota movió la muñeca y Palladis se vio de repente mirando el enorme cañón de aquella arma capaz de despedazarlo. De la boca del cañón salían unas volutas de humo, y a Palladis le llegó el hedor químico de un propelente de alta potencia. La escasa luz del interior del templo se reflejó en el águila estampada en el cañón del arma.

—Tú eres el siguiente. Vas a morir y me voy a llevar a la chica de todas maneras —lo amenazó Ghota.

Palladis sintió que su temperatura corporal bajaba de repente, como si alguien hubiera abierto una cámara frigorífica cerca de él y se hubiera escapado una tremenda bocanada de aire ártico inundando el lugar. Se le erizó el vello de los brazos al mismo tiempo que se estremecía, igual que si alguien ya estuviese caminando sobre su tumba. El sudor le perló la frente, y aunque todos sus demás sentidos le decían que en el interior del templo no hacía frío, el cuerpo le temblaba del mismo modo que lo había hecho las noches que había pasado en las llanuras abiertas de Nakhdjevan.

El rumor de la gente atemorizada se desvaneció quedando como trasfondo perdido, y Palladis oyó la respiración ahogada y gorgoteante de algo húmedo y podrido. El mundo que lo rodeaba perdió todo color, y hasta los coloridos tatuajes de Ghota le parecieron apagados y carentes de todo interés. El aire helado llenó el lugar. Fue una bocanada de aire frío exhalado por algo, una respiración que dio la impresión de arremolinarse alrededor de todos y cada uno de los seres vivos del lugar y rozarlos con una caricia paternal repugnante.

Palladis vio cómo uno de los matones de Ghota se puso rígido y se llevó las manos al pecho, como si un puño gigantesco se le hubiera metido entre las costillas y le hubiera aplastado el corazón. La piel del hombre se puso del mismo color que la nieve vieja y se desplomó contra uno de los bancos, donde se quedó jadeando en

busca de aire y el rostro contraído en una máscara de dolor y de pánico.

Otro de los matones se derrumbó igual que si lo hubieran golpeado con una alabarda, sin el dramatismo mostrado por su camarada. Su cara quedó desfigurada por una expresión de horror, pero el resto de su cuerpo no mostró cambio alguno. Ghota lanzó un gruñido y apuntó con la pistola a Roxanne, pero antes de que pudiera abrir fuego, otro de sus hombres lanzó un aullido de terror tan intenso, tan primario y tan escalofriante que hasta un monstruo inhumano como Ghota se sorprendió.

El mundo recuperó el color de repente, y Palladis saltó hacia un lado a la vez que la pistola de Ghota bramaba con un tronar ensordecedor. Palladis no vio a qué disparaba, sólo oyó un restallido chasqueante cuando impactó contra algo. Al otro extremo del templo sonaron más chillidos, unos gritos aterrorizados, angustiosos, frenéticos. Palladis se arrastró por el suelo entre los bancos. Sabía que estaba ocurriendo algo horrible, pero no tenía ni idea de qué era.

El aliento se le condensó en el aire y vio que en el respaldo del banco de madera que tenía al lado comenzaba a formarse escarcha. Se encogió de miedo cuando Ghota disparó de nuevo y comenzó a rugir con una furia terrorífica por su inmenso poder. El rugido atravesó por completo a Palladis y le penetró hasta la médula de los huesos, lo que lo dejó paralizado y con el estómago revuelto.

Ningún guerrero mortal era capaz de desencadenar esa rabia de combate.

Palladis se quedó pegado al suelo, inmovilizado por el terror, y se colocó las manos sobre la cabeza mientras intentaba ahogar el sonido de los gritos de pavor. Mantuvo la cara contra las losas de piedra del suelo del templo, donde aspiró una bocanada de aire helado con cada respiración. Los gritos parecían no acabarse nunca, sin pausa alguna. Eran chillidos de terror y de sufrimiento que tenían como contrapunto los rugidos furiosos lanzados en un cántico de batalla desconocido que sonaba igual que la rabia de un antiguo dios de la guerra.

Palladis se quedó completamente inmóvil hasta que sintió que le caía una gota de agua helada en la nuca. Alzó la mirada y vio que la escarcha del respaldo del banco había comenzado a derretirse. La sensación de frío se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. Notó una mano en hombro, y se le escapó un grito al mismo tiempo que comenzaba a manotear contra su atacante.

—¡Palladis, soy yo! —le dijo Roxanne—. Se acabó, se ha ido.

Palladis se esforzó por asimilar aquella información, pero le pareció algo demasiado increíble como para aceptarlo.

—¿Se ha ido? —dijo por fin al cabo de unos momentos—. ¿Cómo? Quiero decir, ¿por qué?

—No lo sé —le contestó Roxanne mientras se asomaba por encima del banco.

—¿Ha sido cosa tuya? —quiso saber Palladis mientras recuperaba un poco la compostura. Se irguió y también echó un rápido vistazo por encima del banco.

—No. Te juro que no he sido yo —le aseguró Roxanne—. Mira bien. Esto no es algo que yo pudiera haber hecho.

Roxanne no le había mentido. Ghota se había marchado dejando atrás el hedor empalagoso del miedo y una neblina provocada por el humo acre de los disparos.

En la entrada del templo había siete cuerpos caídos en el suelo, los de siete hombres duros y peligrosos. Todos ellos yacían inmóviles, con las extremidades retorcidas en ángulos antinaturales, como si un gigante de poca inteligencia los hubiera doblado por donde no debía hasta romperlos. Palladis ya había visto muchos cadáveres destrozados, y sabía que todos y cada uno de los huesos de esos cuerpos estaban aplastados.

—En nombre de Terra… ¿qué es lo que ha pasado aquí? —se preguntó Palladis mientras se dirigía al centro del templo—. ¿Qué es lo que ha matado a estos hombres?

—No tengo ni idea, pero no voy a negar que me siento muy agradecida sea quien sea, o lo que sea, que lo haya hecho.

—Sí, supongo que sí —le contestó Palladis.

Comenzaron a aparecer cabezas por encima de los bancos, y el miedo de los rostros se transformó en asombro cuando vieron a Palladis en el centro de los cuerpos destrozados. Palladis vio la estupefacción de sus caras y negó con la cabeza al mismo tiempo que levantaba las manos para indicar que no había tenido nada que ver con aquello.

—No he sido yo. No sé qué ha…

Las palabras murieron en su garganta cuando miró hacia atrás, a lo largo del pasillo central del templo, en dirección al Ángel Ausente. Las vísceras que habían salido del cuerpo reventado de Estaben colgaban de la estatua como si se tratara de unos grotescos elementos decorativos. Maya lloraba como un espectro aullante al contemplar su nueva y dolorosa pérdida.

Durante un breve instante le pareció que un halo de luz rodeaba todo el contorno de la estatua. Palladis notó la presencia todavía persistente de la muerte, y no se sintió sorprendido al ver un cráneo de ojos carmesíes y sonrisa cadavérica flotando en la superficie de mármol oscuro del rostro de la estatua. Se desvaneció con tanta rapidez que Palladis no tuvo la certeza de haber visto en realidad lo que creía haber visto.

—Así que por fin has venido a buscarme —musitó.

Roxanne llegó a su lado en aquel momento.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Nada —contestó él mientras le daba la espalda a la estatua.

—Quería darte las gracias —le dijo Roxanne.

—¿Por qué?

—Por no dejar que se me llevasen.

—Eres una de los nuestros. No podía permitirlo, lo mismo que no podía permitir que se llevaran a cualquier otro.

Vio en los ojos de Roxanne una mirada decepcionada, y se arrepintió de haber hablado sin pensar, pero ya era demasiado tarde para retirar sus palabras.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido aquí? —inquirió Roxanne.

—La muerte es lo que ha ocurrido aquí —le respondió Palladis mientras contenía el impulso de mirar por encima del hombro al Ángel Ausente. Alzó la voz para que el resto de la congregación pudiera oír sus palabras—. Unos hombres malvados vinieron para atacarnos, y pagaron el precio de su maldad. La muerte espera cualquier oportunidad para llevarnos en su abrazo oscuro, y caminar por la senda del mal es una forma de llamar su atención. Mirad bien y contemplad el precio que se debe pagar por seguir esa senda.

La gente del templo lo vitoreó y se abrazaron entre sí mientras sus palabras calaban en su interior. Habían salido de la sombra de la muerte y la luz que se extendía al otro lado jamás les había parecido tan brillante. Los colores del mundo eran insoportablemente luminosos, y el calor de la persona amada que tenían al lado nunca les había parecido más dolorosamente deseable. Todos lo miraron como la fuente de esa alegría recién encontrada, y él quiso decirles que no era el responsable de la muerte de esos hombres, que estaba sorprendido de que todos los miembros del templo siguieran con vida.

Sin embargo, una sola mirada a sus rostros extasiados le indicó claramente que nada que pudiera decirles cambiaría la fe inquebrantable que habían depositado en él.

Roxanne señaló con un gesto los cadáveres.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Lo mismo que con los demás. Los quemaremos —respondió Palladis.

—Ghota no va a pasar esto por alto —comentó Roxanne—. Será mejor que nos vayamos. Arrasará este sitio hasta los cimientos.

—No —le replicó Palladis antes de agacharse para coger el extraño rifle que había empuñado uno de los hombres de Ghota—. Esto es un templo de la muerte, y cuando ese cabrón regrese, va a encontrar exactamente lo que está buscando.



CINCO

VIEJAS HERIDAS
LO IMPENSABLE
EL PINTOR ATRIBULADO

Kai y Athena bajaron por la torre hasta descender a la altura de las instalaciones de los comedores, situadas cerca de la base de la misma torre. No habían hablado nada desde que interrumpieron su conexión más reciente al nuncio. Ambos estaban agotados por el esfuerzo de mantener un espacio onírico compartido. La evaluación de aquella mejora podía esperar hasta que tuvieran el solaz de unas cuantas bebidas y la barrera de una mesa entre ellos.

Los comedores de la torre tenían paredes de hierro y eran lugares de escasa iluminación y menos decoración, algo que le recordaba a Kai las zonas de servicio de una nave estelar. Se preguntó si quizá aquello era algo deliberado, dado que la mayoría de los astrópatas pasaban casi toda su vida encerrados en sitios semejantes. Había figuras dispersas a lo largo de la cámara de ecos resonantes, todas perdidas en sus propios pensamientos, recorriendo con los dedos un libro abierto o añadiendo nuevos símbolos interpretativos a sus propias oneirocríticas. Buscaron una mesa vacía y se quedaron sentados en silencio durante unos momentos.

—Entonces, ¿me estoy recuperando? —le preguntó Kai.

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta —respondió Athena—. Lograste enviar un mensaje a un astrópata que se encontraba en la Torre de las Voces, y eso casi te deja agotado.

—Pero al menos es una mejora, ¿no?

—Intentar conseguir un halago no te servirá de nada —le contestó Athena—. No pienso aceptar nada por debajo de la recuperación total de tus habilidades completas.

—Eres una mujer muy dura.

—Soy una mujer muy realista. Sé que puedo salvarte de que acabes en la montaña

hueca, pero necesito que tú también lo sepas. Tienes que ser capaz de enviar mensajes fuera del planeta, a naves espaciales que se encuentren a un sector galáctico distante, y necesitas que esos mensajes sean precisos. Para esto último dispondrás de un coro, pero sabes tan bien como yo que los mejores entre nosotros actuamos sin ayuda. ¿Estás preparado para eso? A mí me parece que no.

Kai se removió incómodo en la silla. Sabía muy bien que Athena tenía toda la razón.

—No me siento seguro si dejo que mi mente se aleje demasiado —dijo al cabo de un momento.

—Lo sé, pero no le servirás de nada al Adeptus Astra Telephatica si no lo haces.

—Es que… yo quiero, pero… no sabes…

Athena se inclinó hacia adelante en su silla, y la descarga electromagnética de las placas gravitatorias hizo que a Kai le rechinaran los dientes.

—¿Qué es lo que no sé? ¿Qué nos arriesgamos y que nos enfrentamos a horrores que ni siquiera el más heroico de los soldados del ejército o de los legionarios del Astartes será capaz de comprender? ¿Qué todos y cada uno de los días de nuestra vida podríamos acabar corrompidos por los mismos poderes que nos hacen ser útiles? ¿Qué actuamos dentro de un Imperio que se desmoronaría sin nosotros pero que, al mismo tiempo, nos teme casi tanto como a los enemigos que se encuentran en nuestras fronteras? Vaya si lo sé. Lo sé muy bien, Kai Zulane.

—No quería decir que…

—No me importa lo que quisieras decir —lo cortó Athena—. Mírame bien: soy un engendro contrahecho que cualquier médico merecedor de ese nombre dejaría morir en cuanto me viera. Pero soy útil, y por eso me mantienen con vida. —Athena dio unas palmadas con la mano abrasada en el metal de la silla—. No es que a esto se le pueda llamar realmente vida, pero todos tenemos una carga que soportar. Yo tengo la mía, y tú, la tuya. Yo me hago cargo de la mía. Ya va siendo hora de que tú hagas lo mismo con la tuya.

—Lo intento —contestó Kai.

—No, no lo intentas. Te escondes detrás de lo que te pasó. He leído el informe de lo que ocurrió a bordo de la *Argo*. Sé que aquello fue terrible, pero ¿de qué sirve que te dejes vaciar en la montaña hueca? Vales más que eso, Kai, y ya ha llegado el momento de que lo demuestres.

Kai se recostó contra el respaldo de la silla y se pasó una mano por la cabeza. Sonrió y colocó las dos manos sobre la mesa.

—¿Sabes que eso casi ha sonado como un elogio?

—Pues no pretendía serlo —le contestó ella, pero le devolvió la sonrisa.

La piel tensa de la mandíbula impidió que la comisura derecha de la boca se moviera, por lo que el gesto pareció más bien una mueca. Un servidor vestido con

una túnica les sirvió dos tazas de cafeína cargada con vitaminas. Kai tomó un sorbo y torció el gesto cuando el sabor amargo le llenó la boca.

—¡Por el Trono…! Me había olvidado de lo mala que es la cafeína aquí. No es tan fuerte como la que hacen en las naves del ejército, pero se le acerca bastante.

Athena asintió para mostrar que estaba de acuerdo y apartó la taza que tenía delante de ella.

—Ya no bebo cafeína —le dijo.

—¿Por qué no? —quiso saber Kai—. Aparte de porque este brebaje sabe igual que el agua de las sentinas y que con él se podrían reparar los daños de impactos de proyectiles en el casco de una nave espacial.

—Le tomé gusto a la buena cafeína en la Fénix. Sus intendentes y el personal de cocina eran los mejores, y cuando se prueba lo mejor, es difícil acostumbrarse a lo demás.

—¿La Fénix? Suena a nave de los Mil Hijos del Emperador.

—Lo era.

—¿Lo era?

—Resultó destruida durante la campaña contra los diasporex. Sufrió el impacto de una lanza de energía en la zona central del casco y se partió en dos.

—¡Por el Trono! ¿Estabas a bordo cuando sucedió?

Athena hizo un gesto de asentimiento.

—La sección de los motores se vio arrastrada casi de inmediato hacia el núcleo de la estrella Carolis. La proa tardó un poco más. Una explosión secundaria acabó con la zona del coro, y los chorros de descarga de los cilindros de plasma invadieron los compartimentos ventrales en cuestión de segundos. Mis guardianes me sacaron de la cámara del coro, pero no antes de que… No muchos logramos escapar.

—Lo siento mucho —le dijo Kai, quien comprendía en parte todo aquello—. Me alegro de que consiguieras salir.

—Yo no me alegré —le contestó Athena—. Al menos durante bastante tiempo. Todos los días tenía que convivir con un dolor que parecía el equivalente a toda una vida de sufrimiento, pero eso fue hasta que lady Sarashina y lord Zhi-Meng me enseñaron los rituales tántricos que lo hicieron soportable.

—¿Rituales tántricos?

—Ya sabes cómo trabaja Zhi-Meng —le respondió Athena con un tono neutro de voz.

Kai pensó en ello durante un momento.

—Quizá podrían enseñarme a mí.

—Lo dudo mucho. No tienes heridas tan graves como yo.

—¿No? Pues a mí me lo parece —le refutó Kai con amargura.

—Tu cuerpo sigue intacto —le señaló Athena.

—Tu mente sigue intacta —le replicó Kai.

Athena soltó un gorgoteo que era una carcajada.

—Entonces, entre los dos completamos un astrópata funcional.

Kai asintió. El silencio que se produjo a continuación entre los dos no fue incómodo, como si el hecho de compartir sus sufrimientos hubiera establecido un vínculo que hasta ese momento no había existido.

—Por lo que parece, los dos somos supervivientes —comentó Kai.

—¿Esto es sobrevivir? Entonces, que el Trono nos ayude… —le contestó Athena.

En el corazón de la red de torres que se extendía por el interior de la Ciudad de la Visión se encontraba el Conducto, el nexo de unión de todas las comunicaciones intergalácticas. Aquellas cámaras de altos techos que habían sido excavadas en la piedra caliza de las montañas por un ejército de servidores ciegos estaban llenas de infocitos vestidos de negro conectados a teclados de bronce y dispuestos en cientos de filas de forma escalonada. Cada vez que un mensaje telepático era recibido, interpretado y filtrado por los criptoestesianos, se procesaba y se transmitía a través del Conducto a su receptor previsto a través de medios más convencionales. Los tubos neumáticos bajaban desde los techos envueltos en sombras igual que lianas de plastek. Los tubos no dejaban de estremecerse y resoplar con el envío de cilindros de información desde y hacia los teclados repiqueteantes de los infocitos.

Los encargados de túnicas grises y máscaras de plata desprovistas de rasgos se deslizaban entre las filas de escribas anónimos sobre placas gravitatorias flotantes que a su paso removían los papeles mnemónicos descartados que cubrían el suelo. El olor a tinta de impresora, a desinfectante quirúrgico y a monotonía llenaba el aire junto a un olor de cable eléctrico recalentado.

Los miembros del Administratum que visitaban el Conducto lo consideraban un espectáculo terriblemente inhumano y monstruosamente deprimente. Trabajar como administrador ya era bastante malo de por sí. Eran cargos ocupados por hombres y mujeres completamente anónimos que eran tan sólo unas voces solitarias entre varios millones, pero al menos existía una ínfima posibilidad de que el talento hiciera ascender a alguno de ellos de la tarea de rellenar, sellar y archivar datos y documentos. La tarea repetitiva del Conducto no permitía ni siquiera esa escapatoria, y pocos administradores regresaban jamás allí. Preferían hacer caso omiso de la absoluta y dura necesidad de aquel departamento.

Vesca Ordin se deslizó por el Conducto sobre su placa gravitatoria. La información bajaba por el interior de su máscara de plata formando una cortina de datos mientras sus ojos pasaban de un infocito a otro. Cada vez que su mirada se posaba en uno de los puestos de control, un halo noosférico aparecía sobre el operador en cuestión y mostraba un grupo de símbolos que indicaban la naturaleza

del mensaje que se estaba retransmitiendo. Algunos eran transmisiones interplanetarias, otros eran cuadernos de bitácora de naves, comprobaciones rutinarias preestablecidas, pero la mayoría estaban relacionados con la rebelión de Horus Lupercal.

Vesca siempre se había enorgullecido a lo largo de los treinta años que llevaba de servicio en el Conducto de no haber juzgado jamás los mensajes que pasaban bajo su supervisión. El no era más que un medio insignificante, uno más entre los millares que el Emperador utilizaba para controlar el emergente Imperio. No era posible que un mensajero se involucrara de un modo inapropiado. Era una parte diminuta del gran esquema general de las cosas, un engranaje de tamaño infinitesimal que formaba parte de una maquina increíblemente inmensa. Siempre se había sentido satisfecho con la certeza de que el Emperador y sus lugartenientes tenían un plan para toda la galaxia que se estaba llevando a cabo con una precisión geométrica.

La traición del señor de la guerra había provocado que esa sensación de certidumbre se estremeciera desde sus cimientos.

Vesca vio el símbolo rojo brillante que indicaba un mensaje más urgente de lo habitual y movió los guanteletes hápticos para llevar una copia del mensaje a su visor. Era otra comunicación procedente de Marte, donde las fuerzas leales se esforzaban por establecer una cabeza de puente en el cuadrante Tharsis después de que la insurrección hubiera destruido por completo la infraestructura del planeta rojo.

La campaña de Marte no avanzaba bien. Los señores de los diferentes clados de asesinos se habían ocupado en persona de insertar numerosos agentes en un intento por decapitar a la cúpula dirigente de los rebeldes, pero para los asesinos había resultado prácticamente imposible traspasar los rigurosos filtros biológicos y sistemas verificadores que rodeaban a los círculos internos de los magi rebeldes del Mechanicum. El mensaje urgente era otro aviso de agente fallecido dirigido a uno de los templos de los clados. En esta ocasión, el Callidus.

Vesca suspiró y devolvió el mensaje al puesto de control. Le parecía poco apropiado que el Imperio recurriera a unos agentes encubiertos como aquéllos. ¿Acaso la amenaza del señor de la guerra era tan importante que requería el uso de unas tácticas tan deshonrosas? Las flotas de las siete legiones enviadas para aplastar a Horus Lupercal ya debían de estar enfrentándose en combate contra los rebeldes en Isstvan V, aunque la confirmación de la victoria todavía tenía que atravesar los distintos filtros de estaciones astrópaticas situadas entre Terra y el escondrijo del señor de la guerra.

Los anuncios diarios que se oían en los comunicadores hablaban de un golpe definitivo a gran escala que aplastaría por completo a los rebeldes, que era inevitable que la traición de Horus resultara aplastada.

Pero, entonces, ¿por qué utilizar a los asesinos?

¿Por qué aquella repentina oleada de mensajes urgentes enviados desde la Torre de los Susurros a las flotas que formaban la segunda oleada de ataque tras los Manos de Hierro, los Salamandras y la Guardia del Cuervo? Aquel tipo de asuntos no solían preocupar a Vesca, pero los comunicados asegurando que todo iba bien y que se oían por todo el Imperio sonaban algo estridentes, quizá demasiado desesperados para parecer sinceros.

Cada vez se enviaban más y más mensajes con encriptaciones del nivel más elevado desde Terra a las flotas expedicionarias para determinar cuáles eran sus localizaciones exactas y sus órdenes de actuación. Vesca era un miembro veterano del Conducto, y había comenzado a darse cuenta de que los señores del Imperio intentaban de un modo desesperado determinar los puntos de la galaxia donde se encontraban todas y cada una de las fuerzas militares y a quién le debían lealtad. ¿Acaso la traición del señor de la guerra se había extendido más allá de lo que nadie había llegado a sospechar?

Vesca se acercó flotando a una terminal cuando un icono de solicitud de confirmación se activó encima de uno de los infocitos. A pesar de que cada uno de aquellos operarios estaba conectado mediante cables a su propia terminal, el personal que se ocupaba del funcionamiento del Conducto no lo componían servidores lobotomizados. Todos eran capaces de desarrollar pensamientos independientes, aunque ese tipo de actuaciones no estaban bien vistas.

Una tarjeta noosférica apareció encima de la cabeza del infocito.

—Operario 38932, ¿cuál es el asunto de tu petición?

—Bueno… yo…

—Suéltalo ya de una vez, operario 38932 —le exigió Vesca—. Si se trata de algo importante, la claridad y la rapidez deben ser tus objetivos principales.

—Sí, señor, es que es tan… increíble.

—Claridad y rapidez, operario 38932 —le recordó Vesca.

El infocito levantó la vista para mirarlo, y Vesca se dio cuenta de que el hombre se estaba esforzando por encontrar las palabras adecuadas para transmitirle el asunto del mensaje. Le fallaba la capacidad del habla, y fuera lo que fuera lo que tenía que decirle, le resultaba imposible articularlo y darle forma verbal.

Vesca suspiró y tomó nota mentalmente de que debía asignarle al operario 38932 un mes de revisión de formación. Su disco gravitatorio descendió suavemente hacia el infocito, pero antes de que tuviera tiempo de reprender al operario 38932 por su falta en la disciplina de comunicación, en otra terminal de la misma fila apareció un nuevo icono de solicitud de confirmación. Luego se encendieron otros dos en otra fila, después otros tres, seguidos de una docena más.

Al cabo de pocos segundos, había más de un centenar encendidos por doquier.

—¿Qué está pasando? —musitó Vesca mientras se elevaba para observar a los

miles de infocitos que se encontraban bajo su autoridad.

Al igual que si se tratase de la representación visual de un contagio vírico, las luces blancas se extendieron por toda la cámara con una rapidez temible. Los infocitos miraron a sus respectivos supervisores, pero Vesca siguió sin tener ni idea de lo que estaba ocurriendo. Bajó de nuevo hacia la terminal del operario 38932 y arrancó la hoja de papel con dedos temblorosos.

Leyó las palabras allí impresas, con las letras negras y borrosas por la tinta arrastrada de la terminal. Aquello no tenía sentido. De alguna manera, las letras y las palabras se habían colocado de un modo erróneo en lo que sin duda se trataba de una interpretación equivocada.

—No, no, no —negó Vesca mientras meneaba la cabeza, aliviado al haber encontrado la razón de todo aquello—. Se trata de una visión mal interpretada. Eso es todo. Los coros se han equivocado al recibir el mensaje. Sí, es la única explicación razonable.

Le temblaban las manos. No importaba lo mucho que se esforzara en convencerse a sí mismo de que tan sólo se trataba de una visión mal interpretada: sabía que no lo era. Una visión incorrecta habría provocado dos o tres solicitudes de confirmación. Vesca Ordin notó una sensación de vacío en las entrañas, como si le hubieran sacado todo el aire de los pulmones, y se dio cuenta de que los infocitos no le estaban solicitando que verificase la autenticidad del mensaje.

En realidad, albergaban la esperanza de que les dijera que no era verdad.

El papel de datos se deslizó entre sus dedos, pero el recuerdo de lo que estaba impreso en él había quedado grabado para siempre en las neuronas de su memoria, donde cada frase mostraba un horror mayor que la anterior.

> Contraataque imperial masacrado en Isstvan V.
>
> Vulkan y Corax desaparecidos, Ferrus Manus muerto.
>
> Amos de la Noche, Guerreros de Hierro, Legión Alfa y Portadores de la Palabra fieles a Horus Lupercal.

En lo más alto de la ladera occidental de la montaña conocida como Cho Oyu se encuentra una elegante residencia de proporciones armoniosas que se extiende sobre una llanura cubierta de hierba. La luz del sol se refleja en sus paredes blancas y brilla sobre las tejas de arcilla roja del tejado. De su única chimenea sale una leve columna de humo, y una fila de palomas de cría domésticas se encuentra posada a lo largo de un alero del tejado. En la esquina nororiental de la residencia se alza una torre cuadrada y esbelta, con un aspecto parecido al que tendría una torre de guardia

solitaria en una gran muralla o un faro preparado para guiar a los navegantes hasta la seguridad del puerto.

Dentro de esa torre se encuentra Yasu Nagasena, de pie delante de una estructura de madera sobre la que ha colocado un rectángulo de seda blanca sujeto con clavos de plata. Cho Oyu es el nombre antiguo de la montaña, y son unas palabras de un lenguaje que fue asimilado milenios atrás en una lengua que a su vez acabó extinguida y olvidada. Los migou dicen que significa «Diosa turquesa», y aunque la poesía de ese nombre atrae a Nagasena, prefiere el sonido de las palabras muertas.

La torre da al Palacio Imperial y ofrece una vista espectacular de la montaña hueca hacia el este. Nagasena nunca contempla la montaña hueca. Es algo feo, algo necesario, pero nunca la pinta, ni siquiera cuando recrea los paisajes que se encuentran al este.

Nagasena moja la punta del pincel en el bote de tinta azul y luego lo aplica con suavidad dentro de las líneas de demarcación que ha establecido previamente para impedir que el color se extienda por todo el tejido. Pinta con el estilo libre mo-shui, y crea diversas profundidades del cielo en la seda antes asentir para sí mismo mientras ve fluir el color.

Está cansado. Lleva pintando desde el amanecer, pero quiere acabar la pintura hoy mismo. Siente que quizá jamás será capaz de acabarla si no lo hace aquel mismo día. Le duelen los huesos de estar de pie durante tanto tiempo. Nagasena es consciente de que ya ha visto demasiados inviernos como para permitirse un exceso como éste, pero sigue subiendo los setenta y dos escalones que llevan hasta la estancia superior de la torre, y lo hace todos los días.

—Bueno, ¿te vas a acercar o no? —pregunta Nagasena sin darse la vuelta—. Me estás distrayendo, ahí de pie.

—Os pido disculpas, mi señor —le contesta Kartono, que se aparta del umbral de la puerta para colocarse al lado del hombro derecho de Nagasena—. Y pensar que algunos criados dicen que estáis perdiendo el oído.

Nagasena suelta un bufido de diversión.

—Eso los mantiene alerta, y te asombraría saber de todo lo que se entera uno cuando la gente cree que no puedes oírlos.

Se quedan en silencio unos instantes. Kartono se da cuenta de forma intuitiva de que será Nagasena quien decida cuándo se debe iniciar de nuevo la conversación. Mantiene la vista apartada de la pintura, ya que sabe que Nagasena detesta a la gente que se dedica a contemplar obras inacabadas. Uno de sus proverbios favoritos es: «No se debería contemplar el arte hasta que estuviera completamente acabado».

En vez de eso, Kartono se dedica a mirar por encima del hombro y a través de las amplias aberturas de las paredes. Nagasena diseñó la cámara que remata la torre de un modo específico para poder pintar, y ante él se extiende el mundo en toda su

amplitud.

Los cerramientos de cada una de las paredes mantienen fuera el viento, y Nagasena sube allí a menudo, incluso cuando no quiere pintar, para disfrutar de las vistas que ofrece sobre el paisaje, sobre todo en los momentos que necesita un lugar de serenidad. En este momento, los cierres que dan al norte y al este se encuentran abiertos por completo, y el Palacio Imperial se extiende ante ellos en toda su gloria.

Los tejados de oro, las torres en espiral y los poderosos torreones rivalizan por el espacio disponible, y esa gigantesca ciudad palaciega se estremece llena de movimiento igual que un ser vivo. Los suplicantes, los sirvientes, los soldados y los escribas abarrotan sus inmensos distritos y los llena de vida y de sonidos. El humo se eleva desde las hogueras de la Ciudad de los Suplicantes, pero el aire está más limpio de lo que recuerda Nagasena. Capta los olores que son arrastrados por el viento hasta el palacio igual que si fueran viajeros procedentes de tierras lejanas.

—¿Qué es lo que ves? —le pregunta Nagasena señalándole la abertura.

—Veo el palacio —le contesta Kartono—. Es una vista magnífica. Robusta y saludable, llena de vida.

—¿Y más allá de la ciudad?

—Más montañas, y un mundo reconstruido. El cielo está despejado, como un arroyo primaveral, y alrededor de los picos del Dhaulagiri se agolpan las nubes como el aliento de unos gigantes.

—Describe la montaña —le ordena Nagasena.

—¿Por qué?

—Tú hazlo, por favor.

Kartono se encoge de hombros y se vuelve para mirar mejor a la montaña. Sus laderas altas y escarpadas relucen como la plata bajo la luz del sol.

—Brilla como un escudo pulido que surgiera en mitad del paisaje, y creo que llego a ver las cimas de Gangkhar Puensum detrás de ella.

—¿Puedes ver Gangkhar Puensum?

—Sí, eso creo. ¿Por qué?

—Es un mal augurio, mi querido amigo. Las leyendas de los migou dicen que cuando murió Pangu, el antepasado de su raza, su cabeza se transformó en Gangkhar Puensum, y que por eso es el emperador de todas las montañas. Los antiguos reyes de los migou trepaban por sus laderas para suplicar a los dioses y buscar la bendición de los cielos. Hasta ahora, nadie ha conseguido llegar a la cima, y los migou dicen que por eso siguen siendo como esclavos, en la práctica.

—¿Los reyes de los migou? Los migou no tienen reyes ni antepasados —comenta Kartono—. Son una raza creada genéticamente de criaturas para labores pesadas. No tienen un pasado en el que puedan existir reyes.

—Es posible que así sea —le responde Nagasena—. Yo lo sé, y tú lo sabes, pero

me pregunto si acaso los migou lo saben. ¿Es posible que se hayan inventado una historia ficticia y un pasado mitológico para justificar el lugar que ocupan en el mundo? ¿Quizá eso les hace más fácil soportar una vida de servidumbre si creen que se debe a la voluntad de los dioses?

—¿Es que ver la montaña es un mal presagio? —le pregunta Kartono.

—Eso dicen los migou.

—¿Y desde cuándo consultáis los posibles presagios? —inquiere Kartono—. Ése tipo de cosas son para los simplones y para los migou.

—Quizá, pero yo he pintado el paisaje en busca de guía espiritual.

—¿Pintar el paisaje? ¿Se trata de alguna clase de pronosticación iniciada por los rememoradores? —dice Kartono, y se echa reír—. Confieso que no había oído hablar de ella.

—No seas irrespetuoso, Kartono —lo riñe Nagasena—. No lo toleraré.

—Os pido disculpas, mi señor —le contesta Kartono, quien se muestra contrito de inmediato—. Sin embargo, considero que la idea de adivinar augurios mediante la pintura es algo… inusual en esta época.

—Eso es porque tú no pintas, Kartono —replica Nagasena—. Los antiguos artistas creían que una chispa de lo divino existía en el interior de todos y cada uno de ellos. Estaban convencidos de que a veces era posible discernir una pequeña parte de los planes que las divinidades tenían para los humanos si se tenía la capacidad necesaria para verlos. Se decía que Jin Nong, el gran artista de Zhou, pintó el mejor cuadro de toda la historia del mundo, y cuando lo contempló una vez acabado, vio la voluntad de los cielos y enloqueció, ya que los simples mortales no deben conocer asuntos como ésos. Quemó el cuadro, abandonó por completo la pintura y se convirtió en un eremita que se marchó a la montaña, donde vivió a solas con sus secretos. Aquellos que ansiaban un camino rápido y sencillo a la sabiduría lo buscaban y le suplicaban que les enseñara lo que sabía, pero Jin Nong rechazaba a semejantes necios. Finalmente, una banda de individuos sin escrúpulos lo capturaron y lo torturaron para intentar arrancarle los secretos divinos que conocía, pero Jin Nong se negó a contarles nada, y sus captores acabaron por arrojarlo desde un risco.

—No es un relato con final feliz —comenta Kartono—. Espero que no tengáis pensado seguir los pasos de Jin Nong.

—Tengo cierto talento para la pintura, Kartono, pero no tanto —le contesta Nagasena—. De todas maneras, el relato de lo ocurrido no termina ahí.

—¿No? ¿Qué ocurrió después?

—Cuando el alma de Jin Nong se separó de su cuerpo, los dioses intercedieron en su favor y le permitieron elegir qué tipo de existencia quería en su siguiente vida en la Tierra.

—¿Se reencarnó?

—Eso cuenta la leyenda —le contesta Nagasena.

—¿Y en qué decidió reencarnarse?

—Algunos dicen que volvió a la vida en el árbol de granada del jardín de Lu Shong, mientras que otros insisten que lo hizo en forma de nube. Sea como fuere, consiguió el favor de los cielos, algo de lo que uno debe sentirse orgulloso.

—Sí, supongo que así es —responde Kartono—. Entonces… ¿veis algo en vuestra pintura?

—Dímelo tú —le contesta Nagasena al mismo tiempo que se aparta del bastidor montado en el caballete.

Kartono se da la vuelta para contemplar la pintura, y Nagasena observa cómo sus ojos recorren los colores y las líneas allí plasmadas. Nagasena sabe que tiene un don como artista, y el paisaje que se extiende más allá de las aberturas de la torre está representado sobre la seda con una habilidad poco común.

No busca la aprobación de Kartono, sino la confirmación de algo que le había preocupado todo el día.

—Habla, y sé sincero —le ordena Nagasena cuando Kartono no dice nada tras unos instantes de observación.

Kartono hace un gesto de asentimiento antes de contestar.

—Los tejados de los edificios del palacio se amontonan como una reunión de conspiradores, y las montañas se alzan sobre toda la escena. Su presencia provoca una larga sombra fría sobre la tierra. Creía que las cimas brillaban como la plata, pero las habéis pintado de blanco, el color de luto. La capa de nubes flota muy baja y todas tienen el mismo aspecto sombrío que niños insatisfechos en mitad de un cielo oscuro. No me gusta este cuadro.

—¿Por qué no? —le pregunta Nagasena.

—Siento una amenaza en esta obra, igual que si algo maligno acechara en el entretejido de la seda.

Kartono aparta la mirada de la pintura y frunce el ceño cuando no ve nada de eso en el mundo que se extiende al otro lado de las aberturas de la torre. El sol brilla con luz dorada sobre las montañas y las nubes flotan perezosas por el inmenso y seductor cielo azul igual que si fueran juglares errantes.

—¿Habéis pintado esto hoy? —le pregunta Kartono.

—Así es —le confirma Nagasena.

—No veo lo que vos veis, mi señor.

—Ni yo esperaba que lo hicieras. Todos vemos con ojos diferentes, y el modo en el que percibimos el mundo que nos rodea queda afectado por el paisaje que conforma en el interior de nuestro corazón. Tú miras el mundo y ves el optimismo de una vida que ha transcurrido lejos de cazas y de ejecuciones, pero lo que yo veo…

—¿Qué? ¿Qué es lo que veis?

—Ah… Ya soy un hombre mayor, Kartono, y mi vista se apaga —le responde, de repente reacio a contestar—. ¿Qué puedo saber en realidad?

—Decidme lo que veis —le suplica Kartono.

Nagasena deja escapar un suspiro y contempla fijamente la pintura.

—Veo una época de oscuridad delante de nosotros. El mundo lo sabe y teme el derramamiento de sangre que se va a producir. Me temo que vamos a adentrarnos en la guarida de un dragón dormido, y que vamos a despertar el peligro más terrible imaginable.

Kartono menea la cabeza en un gesto de comprensión.

—Habláis de Horus Lupercal. ¿Qué tenemos nosotros que ver con el señor de la guerra rebelde? Su ejército ya habrá quedado hecho cenizas a estas alturas. Ferrus Manus y el resto de la fuerza de ataque enviada por lord Dorn deben de estar celebrando la victoria ahora mismo.

—Me temo que te equivocas, Kartono —lo contradice Nagasena—. Creo que el señor de la guerra es una amenaza mucho más terrible de lo que nadie ha llegado a imaginarse, y creo que lord Dorn ha subestimado enormemente hasta dónde han llegado los tentáculos de la traición.

Nagasena deja el pincel a un lado y se dispone a salir de la torre. Baja los setenta y dos escalones y entra en su jardín de rosas. Desearía pasar más tiempo allí, pero sabe que es imposible cumplir ese deseo. Kartono lo sigue, y ambos se mueven como fantasmas a lo largo de las cámaras de proporciones delicadas y decoración armoniosa que componen el edificio.

—¿Qué es lo que planeáis hacer? —le pregunta Kartono cuando Nagasena entra en sus aposentos privados.

Tres de las paredes están pintadas de blanco y adornadas con grandes tapices de seda y mapas antiguos de tierras ya desaparecidas. La cuarta pared está cubierta por grandes estanterías llenas de rollos de manuscritos y de enormes volúmenes de obras clásicas. En el centro de la estancia se encuentra una mesa baja de madera de nogal oscura, y sobre la superficie pulida se ven dispuestos de forma ordenada y elegante una serie de objetos de escritura.

—Me preparo —le responde Nagasena de un modo críptico.

Luego pasa las manos con una serie de movimientos complicados por la única parte de las paredes de la estancia que está libre.

—¿Preparaos para qué?

La pared que Nagasena tiene delante se desliza hacia un lado y deja a la vista un compartimento profundo lleno de armaduras y de armas colocadas en estanterías. Hay generadores de conversión, rifles telaraña, rifles de francotirador, espadas y cuchillos de energía, láseres digitales, pistolas de plasma, guanteletes de energía, escopetas de combate, lanzas de fuego, redes de fotones y granadas de estasis. Todos

ellos artefactos necesarios para la persecución y la captura.

—Para la caza —le responde Nagasena.

—¿A quién vamos a cazar? —le pregunta Kartono, y en su voz comienza a notarse la exasperación.

Nagasena sonríe, pero no hay alegría alguna en ese gesto, ya que sabe que con la respuesta a esa pregunta sólo logrará confundir todavía más a su amigo.

—Todavía no lo sé —contesta.



SEIS

VATICINADORES DE DESASTRES Y AGOREROS

ACEPTACIÓN

EL OJO ROJO

La noticia de la matanza que se había producido en Isstvan V se extendió con una increíble rapidez, como siempre ocurre con las malas noticias, como si aquellos que las conocieran disfrutaran de un modo indecoroso al hacerlo. El efecto que se produjo en la población del palacio fue a la vez inmediato y contradictorio. En los habitáculos de trabajadores de la meseta de Brahmaputra se produjeron unos violentos enfrentamientos entre los que se negaban a creer la traición del señor de la guerra y aquellos que lo tachaban de un ruin incumplidor de juramentos.

Los vaticinadores de desastres y los agoreros recorrían las calles aullando que el hermano se había vuelto contra el hermano mientras gemían y rechinaban los dientes llevados por su frenesí fervoroso. El pánico se contagió por todo el palacio igual que había hecho el famoso virus conocido como el «devorador de vida», y a su paso sólo quedaron las cenizas de las esperanzas y los restos de los sueños rotos. Los hombres lloraron abiertamente delante de sus mujeres y sus hijos, ya que su fe en la infalibilidad del Emperador había quedado destruida. Que Horus Lupercal hubiera traicionado a su padre ya era terrible más allá de lo imaginable, pero enterarse de que tantos hijos del Emperador lo hubieran seguido en el camino de la traición era más de lo que nadie podía soportar.

La gente de Terra comenzaba a ser consciente de una realidad muy diferente, una realidad a la que muchos habitantes del planeta eran incapaces de hacer frente. Tener un sueño tan valioso que su pérdida hacía insoportable la vida era esa realidad terrible que tomó forma el mismo día que llegó la noticia de la matanza de Isstvan V.

Cientos de ciudadanos inconsolables de Terra se arrojaron desde los riscos del palacio o se cortaron el cuello y las muñecas en los fríos confines de sus propios hogares. En las llanuras de Mérica, en Jonasburg, las siete mil personas de unas instalaciones de almacenamiento de armas biológicas se expusieron de forma voluntaria a una cepa especialmente mortífera del virus gangshi, recién creado, y perecieron bajo las llamas de los procesos automáticos de descontaminación, ya que prefirieron morir a vivir en un mundo en el que el Emperador podía ser traicionado.

Cuando la noticia llegó a la isla-prisión de Diemensland, los prisioneros proclamaron que eran fieles seguidores del señor de la guerra y mataron a todos los guardias. Los regimientos de los Osuritas Magiares se reagruparon en el corazón de las tierras de Meganesia, pero la batalla para retomar la isla llevó varias semanas y fue muy sangrienta.

La certeza firme y sólida de la invencibilidad del Imperio se desmoronaba por todo el planeta, pero lo peor todavía estaba por llegar. Cuando el sol alcanzó su cénit sobre la montaña hueca y las sombras se ocultaron, llegó la noticia de que uno de los hijos del Emperador había fallecido en las arenas de Isstvan V. Ferrus Manus, el amado primarca de los Manos de Hierro había muerto, asesinado, según se decían, por el arma de su hermano más amado.

Era algo imposible de creer, algo ridículo. Que un semidiós pudiera morir era algo absurdo, la idea enloquecida de un idiota demente. Sin embargo, a medida que pasaban las horas y se conocían los retazos de información que salían con cuentagotas de la Ciudad de la Visión, cada vez era más y más difícil negar la verdad: Ferrus Manus había muerto. La gente se arrancó los cabellos y se desgarró la piel en un homenaje sangriento al hijo muerto del Emperador. Se rumoreaba que estaba muerto, aunque nadie podía asegurar con total certeza si se trataba de un hecho contrastado o de una teoría enloquecida. Los datos demostrados y fehacientes se extendieron por toda la conciencia mundial acompañados de una marea de rumores salvajes y de detalles demenciales que crecían cada vez que se contaban de nuevo.

Algunos de esos rumores decían que la flota del señor de la guerra había roto el perímetro exterior del sistema solar, mientras que otros señalaban que sus naves de combate en realidad estaban a punto de situarse en la órbita de la propia Terra. En todos y cada uno de los continentes aparecieron falsos profetas que proclamaban credos de mentiras y desinformación hasta que los arbitradores imperiales o los guerreros de armadura dorada de la Legio Custodes los hacían callar para siempre. A medida que más y más mentiras se extendían por todo el planeta, los dirigentes imperiales comenzaron a sospechar que no todos eran el resultado del pánico y del poder de mutación propio de los rumores y de la lejanía con la verdad, sino un plan deliberado de los agentes del señor de la guerra para sembrar la confusión.

Los criptaestesianos transmitieron a la Legio Custodes los numerosos mensajes

enviados a Terra que contenían subtextos ocultos, encriptaciones escondidas y canales de comunicación sospechosos. Los custodios utilizaron esa información para efectuar numerosos arrestos, y todo ello provocó una nueva oleada de inquietud. La idea de que el enemigo estuviera entre ellos hizo que el hermano se enfrentara al hermano, que el vecino se convirtiera en un posible espía y que cualquier expresión que indicara la más mínima disensión se considerara una traición.

Ante aquel ambiente de miedo, la gente de Terra buscó cualquier cosa que le ofreciera consuelo. Para algunos fue el solaz de la compañía de los seres queridos, para otros, el olvido que prometían los narcóticos o el alcohol. Algunos se entregaron a la esperanza de que el Imperio tuviera la fuerza suficiente para resistir aquella tormenta terrible, y mantuvieron la fe en la sabiduría del Emperador y en el poder de los ejércitos que quedaban bajo su mando.

En otros, la fe en el Emperador era de un tipo radicalmente distinto, y las iglesias clandestinas del Lectio Divinitatus crecieron, y pasaron de ser reuniones de individuos que pensaban lo mismo a congregaciones de muchedumbres que se reunían en sótanos ocultos, en almacenes enormes y en lugares olvidados.

En las épocas turbulentas, la mente humana busca consuelo allá donde puede, y más que nunca en tiempos de guerra, y si había algo que tenían completamente claro los habitantes de Terra era que la traición del señor de la guerra ya no era una rebelión aislada.

Todo aquello se había transformado nada menos que en una guerra civil a escala galáctica.

Jamás había acudido tanta gente al templo, y era algo que resultaba irónico, ya que lo más probable era que no pasara mucho tiempo antes de que fuera arrasado por completo. Ghota no había regresado allí, pero Roxanne sabía que, en realidad, sólo era cuestión de eso, de tiempo. Se preguntó si podría haber hecho algo distinto, algo diferente con lo que hubiera sido capaz de evitar aquel destino precisamente inevitable. No. Se había limitado a defenderse, y si no hubiera utilizado sus increíbles poderes, habría sufrido una muerte dolorosa y degradante después de una agonía prolongada.

Roxanne había acudido al templo convencida de que se merecía un destino así, pero el tiempo y la distancia le habían proporcionado una perspectiva nueva sobre lo que había ocurrido a bordo de la *Argo*. No había sido culpa suya, a pesar de lo que su padre y sus hermanos no dejaban de decirle. La nave se había construido y botado al comienzo de la Gran Cruzada, y las exigencias de la guerra habían provocado siempre retrasos en las tareas de mantenimiento y reparación de los sistemas que debían realizarse cada cierto tiempo. El campo Geller lo componía una tecnología básicamente inestable, y también había sido sólo cuestión de tiempo que se produjera

un desastre.

Tragó saliva con dificultad cuando notó la oleada de bilis que le subió por la garganta provocada por el recuerdo de estar atrapada en su cúpula de cristal. Allí quedó protegida mientras se preguntaba qué habría sido del resto de la tripulación, aunque en realidad sabía muy bien lo que les había ocurrido.

Se frotó los ojos con la palma de las manos e inspiró profundamente.

—La calma es el camino que ve el ojo —se dijo a sí misma—. La tormenta se desvanece ante mí y las mareas del océano se alzan para recibirme en una concordia gloriosa.

—Hablar con uno mismo es una señal de locura —dijo una voz a su lado—. Eso era lo que mi papá siempre decía.

Roxanne bajó la mirada y vio el rostro pequeño y desconsolado del mayor de los hijos de Maya que habían sobrevivido.

—Arik… Tu padre era una persona inteligente. Creo que llevaba cierta razón en eso.

—¿Estás loca? —le preguntó el muchacho.

Roxanne pensó seriamente en la contestación que debía darle. No estaba completamente segura de conocer con certeza la respuesta.

—Creo que todos enloquecemos un poco algunas veces —le contestó al cabo de unos momentos, al mismo tiempo que se sentaba a su lado en el banco de madera—. Pero eso no es algo de lo que debamos preocuparnos.

—Creí que me volvería loco cuando mis hermanos murieron —le comentó Arik mientras miraba al Ángel Ausente, que se encontraba en el otro extremo del templo—. Siempre veía caras en esa estatua, pero mamá insistía en que me lo estaba inventando y que me estaba comportando como un estúpido.

Roxanne se atrevió a mirar a la estatua sin rostro, pero no quiso echarle más que un somero vistazo. Palladis le había contado lo que le había parecido ver después de que murieran todos los hombres de Ghota, y se preguntó qué clase de ente los había contemplado durante ese brevísimo instante. Roxanne sabía por la larga experiencia que poseía que existían innumerables «cosas» que se veían atraídas por las emociones más intensas, pero jamás había oído hablar de que se manifestaran en aquella dimensión material.

—No creo que debas mirarla de ese modo —le dijo Roxanne al mismo tiempo que le tiraba suavemente con los dedos de la pequeña barbilla para hacer que se volviera. El muchacho se resistió al principio, pero acabó girando la cara.

—Dicen que todos vamos a morir pronto —declaró Arik.

—¿Quién dice eso?

El chico le contestó con un encogimiento de hombros.

—¿Quién lo dice? —insistió Roxanne—. ¿Quién te ha dicho algo así?

—Presto atención y escucho cosas —le contestó Arik—. Hay demasiada gente metida aquí como para no oír lo que dicen.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Que Horus viene a matamos a todos, que sus flotas ya están de camino a Terra en estos mismos instantes y que nos van a asesinar a todos. Dicen que es lo que hizo con los Manos de Hierro. Está quemando todos los planetas del espacio, y la gente tiene miedo de que vaya a hacer lo mismo con nosotros.

El muchacho comenzó a llorar quedamente, y Roxanne le rodeó los hombros con un brazo. Luego lo apretó con fuerza contra ella mientras miraba a su alrededor en busca de Maya, pero no vio a la madre del chico por ningún lado. Había pasado un día y una noche chillando a los pies del Ángel Ausente, pero Palladis había conseguido por fin llevársela, justo cuando el gentío que acudía al templo aumentaba sin cesar.

La noticia de lo ocurrido se había extendido por toda la Ciudad de los Suplicantes a mayor velocidad que el nombre de cualquiera de los admitidos en los recintos interiores del palacio. Los curiosos, los desesperados y los necesitados habían acudido en tropel al templo, y Palladis los había rechazado al principio, pero esos esfuerzos no tardaron en ser completamente inútiles. Más de trescientas personas abarrotaban el lugar, muchos de ellos con una pérdida familiar verdadera, mientras que otros acudían porque querían sentir que formaban parte de algo más grande que ellos mismos.

Roxanne dejó que el chico llorara y se esforzó por encontrar algo que decirle que le diera esperanzas.

—El señor de la guerra está muy lejos de aquí ahora mismo. Tardaría mucho tiempo en llegar hasta Terra desde Isstvan V, y antes de que ocurra eso, las flotas del Emperador lo detendrán a una gran distancia de Terra.

Arik levantó la mirada con la cara enrojecida y cubierta de lágrimas y de mocos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —afirmó Roxanne—. Créeme, sé de lo que hablo. Yo solía trabajar en una nave estelar, así que conozco muy bien el tiempo que se tarda en viajar de un extremo a otro de la galaxia.

Arik le sonrió, y Roxanne se esforzó por no revelarle toda la verdad de un asunto como aquél. Si bien era cierto que el sistema Isstvan estaba increíblemente lejos de Terra, sabía que con las corrientes apropiadas y un rumbo adecuado, las fuerzas del señor de la guerra podrían alcanzar el corazón del Imperio en cuestión de pocos meses.

Roxanne se preguntó, y no por primera vez, qué estaba haciendo allí, rodeada de gente a la que no conocía prácticamente de nada. A pesar de sus defectos, todos los miembros de su familia se habían mantenido siempre unidos, incluso con aquellos a

quienes se consideraba que, fuera cierto o no, habían llevado la vergüenza al buen nombre de los Castana. Incluso a ella la habían acogido en el seno de la familia después de la pérdida de la *Argo*, aunque con el inmenso peso de la culpa impuesta sobre su persona.

La venganza inevitable de Babu Dhakal se cernía ominosa como una tormenta inminente visible en el horizonte, así que sabía que sería mucho más seguro para ella abandonar aquel lugar. Llevaba en un dedo un anillo de plata que era capaz de enviar una señal localizadora a la residencia principal de los Castana. Desde allí enviarían un esquife volador a recogerla a los pocos minutos de recibir la señal. Menos de una hora después podría estar en las estancias doradas de la inmensa casa señorial de la familia, en Galicia, con sus grandes bibliotecas, las galerías repletas de cuadros y su lujoso estilo de vida. Comenzó a darle vueltas al anillo en el dedo índice sin ni siquiera darse cuenta. El pulgar se quedó en el aire, sobre el diminuto botón de activación, mientras pensaba ya en las primeras claves del código.

Roxanne apartó el pulgar del anillo. Sabía que por muchos deseos que tuviera de huir, jamás abandonaría a aquella gente. No importaba que los matones de Babu Dhakal no le hubieran dejado otra elección: ella era el motivo por el que los compañeros de aquellos matones acudirían al templo para destruir y acabar con todos los que encontraran dentro. Era tan incapaz de abandonar a su suerte a toda esa gente como de lograr que su corazón dejara de latir.

Arik se llevó una mano a la cara y se limpió los ojos y la nariz con la manga. Tenía los ojos hinchados de haber llorado, pero había conseguido encontrar un poco de calma en su interior.

—¿Qué solías hacer en las naves estelares? —le preguntó.

Roxanne titubeó. Todavía no estaba preparada para compartir su verdadera identidad con esa gente que la rodeaba. Al igual que los astro telépatas ciegos de la Ciudad de la Visión, los navegantes eran absolutamente vitales para que el Imperio continuara existiendo, pero tan temidos como necesarios eran sus dones. Como ocurría con la mayoría de las cosas que no se comprendían, el miedo a sus capacidades hacía que fueran exiliados dentro del propio Imperio.

—Ayudaba a que el capitán se asegurara de que llegábamos allí donde se suponía que íbamos —le respondió Roxanne.

—Por eso llevas un pañuelo debajo de la capucha —dijo el muchacho.

—Sí, en cierto modo —le contestó ella adoptando un repentino tono cauteloso.

—Eres una de esos navegantes, ¿verdad?

Roxanne levantó la cabeza y miró a su alrededor para ver quién podía haber oído la pregunta del muchacho. Si alguien los estaba escuchando, no dio muestras de ello. Luego acercó la cabeza a Arik para contestarle en un susurro:

—Sí, lo soy, pero no se lo digas a nadie. La gente no comprende en realidad lo

que somos y cómo hacemos lo que hacemos. Eso les da miedo, y la gente atemorizada puede hacerles cosas terribles a aquellos a los que temen.

En la cara llorosa de Arik apareció una sonrisa.

—No tienes por qué preocuparte de eso.

—¿A qué te refieres?

—Todo el mundo sabe lo que eres. Lo han sabido desde que llegaste. Mi papá me lo dijo hace ya bastante tiempo. Antes incluso de que fueras a buscar esa medicina para mí.

Roxanne se quedó boquiabierta.

—¿La gente sabe lo que soy?

—Sí, se lo oí decir a varios hace semanas.

Se recostó contra el respaldo del banco y dejó que el peso del secreto se le despegara de los hombros. Le habían enseñado durante toda su vida que la gente común la temía y que la perseguiría con saña si tenían la ocasión. Las palabras de un simple muchacho y los actos de la gente que la rodeaba habían desmentido de un plumazo aquella idea, y la repentina sensación de alivio existencial que la llenó fue el equivalente a un elixir compuesto de luz pura que le hubieran vertido directamente en las venas.

Contempló los rostros sencillos, sin pretensiones, normales, que la rodeaban, y los vio como lo que eran, unas personas maravillosas, fuertes y decididas. La habían aceptado como una más de ellos por el simple hecho de estar allí, no por las relaciones familiares, por los acuerdos comerciales o por un contrato de servicio.

—¿Es cierto que tienes otro ojo debajo del pañuelo?

Roxanne hizo un gesto de asentimiento.

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—No, me temo que no puedes, Arik.

—¿Por qué no?

—Porque puede ser peligroso —le explicó Roxanne.

—He oído decir que puedes matar a gente con ese ojo.

Roxanne le revolvió el cabello con una mano.

—No deberías creer todo lo que se dice sobre los navegantes, Arik. Sí, la gente puede resultar herida si lo miran, y por eso lo mantengo tapado. No quiero hacerle daño a nadie.

—Ah, vaya —exclamó el muchacho, pero se olvidó casi de inmediato de esa decepción y siguió preguntando—: Pero el futuro sí que lo puedes ver, ¿no? Con tu ojo oculto, me refiero.

—Me temo que no. Nosotros sólo guiamos a las naves estelares. Es lo único que podemos hacer.

Arik se limitó a asentir, como si comprendiera a la perfección las complejidades y los matices propios de pertenecer a una casta que era al mismo tiempo rechazada e indispensable para el normal funcionamiento del Imperio. Se trataba de un grupo poderoso y acaudalado que jamás podría ocupar el lugar que por derecho le correspondía entre la población a la que servía.

A Roxanne se le ocurrió algo de repente.

—¿Palladis es consciente de que todo el mundo lo sabe?

—Que va. Se cree que es el único que lo sabe —le explicó Arik—. A mí me parece que la pérdida de sus dos hijos lo dejó un poco tocado. Ya no confía en nadie.

—Creo que tienes razón —le susurró Roxanne—. Arik, eres un chaval muy listo, ¿sabes?

—Eso es lo que mi madre me dice siempre —le respondió él con una sonrisa de orgullo.

Roxanne atrajo el niño hacia ella y le dio un beso en la frente.

—No tienes ni idea del regalo tan valioso que me acabas de hacer —le dijo.

Arik la miró con una expresión confundida en la cara, pero asintió con el gesto serio propio de un niño.

—Mira, voy a darte algo a cambio —añadió Roxanne al mismo tiempo que tiraba de uno de sus dedos.

Luego le colocó algo en la palma de la mano y le cerró los dedos antes de que nadie tuviera tiempo de ver qué le había dado.

—¿Qué es? —quiso saber Arik.

Roxanne le sonrió.

—Es un anillo mágico.

Las arenas blancas de Rub' al-Jali se alzaban y descendían formando un mar de dunas interminables que se extendía más allá de los muros de la fortaleza de Arzashkun. Kai deambulaba por las murallas vacías y las torres desiertas con una agradable falta de rumbo concreto en su caminar. Las arenas del otro lado de los muros estaban en silencio, sólo perturbadas por un siroco tibio que transportaba un olor agradable a carne asada, vino especiado y perfumes exóticos.

Pasó los dedos sobre las almenas doradas y plateadas, y dejó que la paz y el vacío del entorno que lo rodeaba lo calmaran. Nada se movía en las arenas. No había cazadores sombríos ni recuerdos enterrados que amenazaran con salir a la superficie, ya que Kai simplemente estaba soñando. Sus poderes metacognitivos estaban lo suficientemente desarrollados como para que se diera cuenta de que estaba soñando, lo que le permitía dar forma a su entorno hasta un nivel que se encontraba más allá del alcance de la mayoría de las personas que soñaban.

Aunque Arzashkun era su refugio frente a las peligrosas presencias del

immaterium, también era mucho más que eso. Se trataba de un lugar donde podía encontrar descanso y aislamiento. Nadie más podía acudir a aquel lugar, salvo que existiera una invitación expresa por su parte para compartir un paisaje onírico. Kai disfrutaba del silencio que llenaba todas y cada una de las estancias y las cúpulas abovedadas de la estructura profusamente adornada.

Bajó las escaleras que llevaban al patio central. Lo hizo con pasos ligeros, y el ánimo sombrío que lo había acompañado de forma constante desde el desastre de la *Argo* también se aligeró con cada paso que daba. El miedo seguía allí, acechante tras el umbral de su percepción, pero se negó a admitir su presencia. Recordar implicaba sentir, y sentir implicaba volver a experimentar lo mismo. Las diez mil muertes que le gritaban en el interior de la cabeza lo habían desequilibrado durante cierto tiempo, y no estaba seguro de haber recobrado la cordura por completo.

Sin embargo, eran las pocas ocasiones en las que se podía escapar a Arzashkun en las que se curaba en privado, en las que conseguía experimentar todo lo que la mente humana era capaz de conjurar sin temor a recuerdos terribles o a terrores receptivos. Kai abrió de un empujón las puertas que daban a la estancia principal e inspiró profundamente el intenso olor que desprendían las lámparas aromáticas y los brotes recientes. Un estanque circular centelleaba en el centro de la estancia. El interior estaba embaldosado con losas que formaban un diseño romboidal dorado y escarlata. Una fuente plateada representando a un héroe que empuñaba un tridente relucía bajo los rayos del sol que entraban a través de una cúpula acristalada.

La fronda de las hojas de palmera se mecía con suavidad debido a la brisa que entraba por la puerta abierta. El olor a hierbalimón y a humo de narguilé impregnaba el ambiente. El aire estaba cargado de los aromas procedentes de reinos distantes de un pasado muy lejano. La conexión con lo acontecido tanto tiempo atrás era un ancla poderosa para Kai en aquel plano de imaginación y de sueños. Si lo hubiera querido, Kai habría sido capaz de conjurar cualquier cosa que deseara su conciencia, pero aquello era todo lo que necesitaba. La paz, la soledad y el fin de los millares de voces que clamaban en busca de su atención.

Las columnas de mármol y de nefrita soportaban el peso del techo, y Kai serpenteó entre ellas para llegar a la ancha escalera que ascendía hasta el claustro superior. Los estandartes de batalla de color carmesí, esmeralda y dorado colgaban de los arcos de aspecto elegante. Eran el botín ganado en batallas que ya nadie recordaba. Resultaba extraño que algo tan terrible y tan vital para la existencia de miles de personas pudiera olvidarse con tanta facilidad. Los soldados que habían luchado en aquellas batallas no tenían ahora más valor que las arenas de aquel lugar vacío, pero sus vidas tuvieron importancia en el pasado. Daba igual que la marea de la historia los hubiera aplastado hasta convertirlos en poco más que una arenilla insignificante: antaño fueron importantes, antaño marcaron la diferencia.

Que esa diferencia sólo existiera ya en los sueños de Kai no disminuía el valor que tenían sus vidas. Kai los recordó, aunque sólo se tratase de un recuerdo prestado que había tomado de las escrituras de un primarca. Con el paso del tiempo, también a él lo olvidarían, pero esa idea no atemorizó a Kai, sino que le hizo sonreír. Que a uno lo olvidaran en una época como aquélla era una bendición. Que todos lo alabaran, que tantos dependieran de uno era una carga que nadie debería soportar jamás.

Kai se preguntó cómo gente como Maleador, como lord Dorn o como el señor del coro eran capaces de soportarlo.

Se detuvo a los pies de la ancha escalera. Cerró los ojos y dejó que el sonido gorgoteante de la fuente lo envolviera. Su visión ciega tembló y el viento le suspiró sobre la piel de la cara, y Kai inhaló los aromas de una tierra que ya había quedado mucho tiempo atrás relegada a los documentos históricos. El olfato era uno de los sentidos más intensos en los paisajes oníricos, y el embriagador aroma a alizanik, a habesh y a mahlab llevó a la mente de Kai a un zoco abierto al aire libre, con sus callejas polvorientas abarrotadas de cuerpos sudorosos que no dejaban de zarandearse unos a otros, desde los vendedores que no dejaban de parlotear hasta los clientes que regateaban los precios o los rateros de dedos ágiles que robaban las bolsas de dinero.

Kai notó el olor en el aire a humo de leña quemada, a las nubes de hachís que se arremolinaban y el fuerte tufo del vino papazkarasi al ser servido desde las jarras de arcilla a las tazas de peltre en los puestos de bebidas. La sensación era tan real que Kai tuvo que agarrarse a la balaustrada tallada para no caer de cuclillas ante la intensa nostalgia que lo invadió.

Las lágrimas se le acumularon en los ojos, y Kai se preguntó cómo era posible que conociera todos aquellos sonidos y olores. Aquello no era una fantasía conjurada desde las profundidades de su imaginación. Se trataba de recuerdos sensoriales que pertenecían a otra mente, no a la suya. Esas sensaciones se habían sacado de las profundidades de una memoria tan antigua que Kai se sintió abrumado de que una mente fuera capaz de albergar tanta historia.

Soltó un jadeó y abrió los ojos. El mundo se tambaleó bajo sus manos cuando su solidez se debilitó durante un momento. Comenzó a respirar de forma tensa y entrecortada, aunque sabía que en su paisaje onírico no estaba respirando de verdad. Su cuerpo se encontraba dormido sobre un camastro, pero existían ciertas leyes que se cumplían tanto en el mundo de los sueños como en el mundo real, aunque un término como ése casi no tenía sentido para alguien cuya existencia se vivía en una dimensión que se encontraba más allá de la comprensión de la mayoría de los mortales.

Captó un leve movimiento con el rabillo del ojo, y alzó la mirada hacia el claustro superior justo a tiempo de ver que una figura se apartaba y desaparecía. Se quedó aturdido durante unos momentos, incapaz de creerse lo que acababa de ver. ¿Acaso

había alguien más en su paisaje onírico? Kai había oído contar relatos descabellados sobre psíquicos tan poderosos que eran capaces de invadir los sueños de los durmientes y alterar sus paisajes oníricos, pero se decía que el último de esos cognoscientes había muerto hacía ya muchos miles de años.

—¡Espera! —gritó Kai al mismo tiempo que se daba media vuelta para subir los peldaños de dos en dos.

Cuando llegó al primer rellano ya estaba sin aliento, y giró noventa grados para acometer el último tramo de peldaños. El suelo de terrazo estaba decorado con un símbolo en espiral de lados cuadrados, un laberinto que sólo tenía una única entrada y salida. Kai cruzó el claustro a la carrera en dirección al punto donde había visto por última vez a aquella misteriosa figura.

Los cortinajes de seda sobresalían abombados de las arcadas, y de allí mismo procedía el retumbar de un tambor lejano que resonaba igual que el palpitar de otra época del mundo. Kai no vio a ningún músico, y sabía que ese sonido era tan imposible como la presencia de aquel intruso en sus sueños. Siguió corriendo por el claustro y dejó atrás aquel sonido de percusión antes de atravesar un umbral tapado con cortinajes que daba a una estancia llena de luz ornada con multitud de plantas. Los árboles crecían directamente del suelo, igual que si la naturaleza hubiera reclamado la propiedad de aquella fortaleza después de miles de años de abandono por parte de los seres humanos. Las enredaderas colgaban de las pilastras como tapices dorados, y las hileras de hojas se mecían en los huecos de las ventanas abiertas.

En el otro extremo de la estancia vio a una figura de estatura elevada con una larga túnica de color blanco y dorado que se dirigía hacia otra salida. Estaba demasiado lejos como para distinguir todos sus rasgos, pero sus ojos eran dos pozos de enorme tristeza y comprensión infinita por el terrible precio que los seres humanos tenían que pagar por sus sueños.

—¡Espera! ¿Quién eres? ¿Cómo puedes estar aquí? —le gritó Kai.

La figura no le contestó y cruzó a otra estancia. Kai recorrió a toda velocidad la sala y apartó las enredaderas y las hojas a manotazos mientras se dirigía hacia el hueco de la puerta por donde había salido aquella figura vestida de color blanco. El olor a especias, a plantas recién florecidas y a recuerdos antiguos era más intenso en ese lugar, y Kai lanzó un grito de triunfo cuando consiguió finalmente llegar a la salida. Del otro lado le llegó el olor a agua salada y a piedra caliente, y descubrió que se sentía extrañamente reticente a cruzar aquel umbral.

Reunió el poco valor que tenía y pasó al otro lado.

Se encontró de repente en un balcón que jamás había visto antes y que se alzaba en uno de los costados de la torre central de la fortaleza. El sol era un ojo ardiente de un color rojo abrasador, y ante él se extendía un lago tan inmenso que parecía más

conveniente llamarlo mar. Tenía una tonalidad azul maravillosa, y casi era doloroso mirarlo por su tremenda belleza. Los pájaros aleteaban sobre la superficie, y varios botes de pesca pequeños se balanceaban en el agua cerca de la orilla.

El balcón estaba vacío, lo que era algo imposible, ya que no existía modo alguno de que el intruso hubiera logrado escapar. Aparte de la entrada que tenía a la espalda, el único modo de salir era una caída de varios cientos de metros. Únicamente el creador de un paisaje onírico tenía la capacidad y el poder de alterar las leyes que gobernaban la lógica de un sueño, e incluso en ese caso, se trataba de algo peligroso. Así pues, Kai fue incapaz de comprender cómo era posible que el misterioso intruso hubiera conseguido escapar.

Kai se acercó a la balaustrada y puso las manos sobre la piedra caliente por el sol. Inspiró profundamente el aire limpio y fresco, libre de todos los contaminantes químicos que impregnaban cada aliento que se tomaba de la atmósfera de Terra.

—¿Dónde se encuentra este lugar? —preguntó Kai, ya que, de algún modo, sabía que el desconocido lo oiría.

Una mano lo aferró del hombro con un agarrón poderoso. El contacto fue electrizante, y Kai tuvo la sensación de que, si así lo quería, el propietario de aquella mano podía despedazarlo en trozos pequeños con un simple giro de la muñeca.

—En la Vieja Tierra —le dijo una voz al oído.

Era una voz suave, poética, pero que albergaba un núcleo de acero.

—¿Cómo es posible? —le preguntó Kai, cautivado por la voz del individuo.

—La mente humana resulta increíblemente compleja, incluso para alguien como yo, pero compartir mis recuerdos contigo no es ninguna hazaña.

—¿De verdad estás aquí? ¿No me estoy imaginando todo eso? —le preguntó Kai.

—¿De verdad me estás preguntando si realmente estoy aquí, en un sueño que tú mismo has creado? —le respondió el individuo con una breve risa irónica—. Menuda pregunta para los filósofos, ¿verdad? De todas maneras, ¿qué es la realidad? ¿Acaso esto es menos real que la vida que llevas en la Torre de los Susurros? ¿Es que la hoguera que te imaginas en un sueño no te calienta igual que una de madera ardiendo?

—No lo entiendo. ¿Por qué estás aquí?, conmigo, aquí, ahora.

—Quería verte, saber más sobre ti.

—¿Por qué? ¿Quién eres?

—Siempre esa obsesión con los nombres. He tenido muchos nombres a lo largo de incontables años, y cualquiera de ellos era tan bueno como cualquier otro antes de que tomara el siguiente.

—Entonces, ¿cómo te llamo?

—No me llames nada —le contestó el hombre, y la fuerza con que la mano lo agarraba del hombro creció de forma exponencial. El rostro de Kai se contrajo en una

muestra de dolor cuando el complejo conjunto de huesos que formaban la articulación se plegó sobre sí mismo—. Limítate a escuchar.

Kai hizo un gesto de asentimiento, y el dolor que le invadía el hombro disminuyó levemente. Los pájaros del lago descendieron para volar sobre los botes de pesca, y sus graznidos resonaron contra el agua como si procedieran de un punto muy lejano. Kai entrecerró los ojos. Mirar el intenso color azul del lago estaba haciendo que le dolieran los ojos, y sus implantes ópticos no podían ayudarlo en este sueño.

—Kai, en la galaxia existen unas fuerzas enormes y terribles, y los billones de billones de hilos con los que componen el tejido del futuro están más allá de la comprensión de incluso el mayor de los videntes eldars, pero uno de esos hilos en concreto se entrelaza con el mío. ¿Serás capaz de adivinar cuál es?

—¿El mío? —se arriesgó a decir Kai.

El individuo se echó a reír, y su risa fue tan contagiosa que Kai no pudo evitar sonreír también a pesar del dolor que le oprimía el hombro. Sin embargo, también sonaba carente de sinceridad, como si aquel hombre no hubiera reído desde hacía mucho tiempo y hubiese olvidado cómo debía sonar en realidad.

—¿Tú, Kai Zulane? No, tú no estás destinado a ser recordado por los narradores de sagas de las épocas venideras —le dijo el hombre. Kai sintió que el individuo miraba directamente al ojo carmesí reluciente que era el sol—. No, hablo de otro, de alguien que tiene la capacidad de deshacer todo lo que he logrado, de cortar mi hilo vital, pero cuyo rostro se mantiene oculto a mi vista.

—Entonces, ¿por qué hablas conmigo? —quiso saber Kai, y cambió a un tono de voz más respetuoso—. Si sois quien yo creo que sois, debe de existir un millón de cosas más importantes de las que tendréis que encargaros antes que ocuparos de mí.

—Muy cierto —admitió el individuo—. Pero si estoy aquí, hablando contigo, es porque serás testigo de mi fin. Siento que estás siendo atraído por el hilo invisible que conduce a mi muerte. Y si tú puedes verlo, yo puedo saberlo.

—¿Y podréis detenerlo? —le preguntó Kai mientras el sol rojo descendía hacia el horizonte.

—Eso está por ver.

Nadie había tocado el tablero de regicida. No había tiempo para juegos, y todos ellos lo sabían.

Nemo Zhi-Meng paseaba arriba y abajo de su aposento con una expresión en el rostro que le arrugaba más las facciones, ya cubiertas de surcos y rugosidades. No había dormido desde que el Conducto había transmitido la noticia del desastre de Isstvan V, y el esfuerzo comenzaba a hacerse visible en su físico.

—Siéntate, Nemo. Me cansa sólo mirarte —le dijo Sarashina.

—¡Y ponte algo de ropa! —añadió Evander Gregoras.

—No puedo —les contestó—. Pienso mucho mejor cuando me muevo, y estar desnudo me ayuda. Las energías fluyen mucho mejor por mi cuerpo.

—Sabes que eso es una tontería —le replicó Sarashina.

Zhi-Meng levantó la cabeza bruscamente e hizo un movimiento displicente con la mano para desestimar sus objeciones.

—Sabes tan bien como cualquiera de nosotros que todo lo que te funciona sólo lo hace porque tú haces que funcione.

Sarashina estaba recostada en un sillón que se adaptaba a su cuerpo. Intentaba que su textura masajeante le aliviara la terrible rigidez que le agarrotaba los músculos del cuello y de los hombros, pero era inútil. Los días de comunión telepática constante con los astrópatas repartidos por todo el Imperio los habían llevado a todos al borde de su resistencia. Los coros actuaban más allá de los límites de seguridad, y cientos de miembros se habían quemado con la misma rapidez que las bengalas lanzadas sobre un campo de batalla nocturno.

Más de una docena habían sufrido una serie de intrusiones catastróficas que habían hecho necesaria la intervención de los Centinelas Negros de Golovko. Por suerte, aquellos incidentes habían sido contenidos, y en esos momentos las celdas de aquellos pobres desgraciados estaban siendo desinfectadas con el fuego antes de quedar selladas con cierres psíquicos.

—¿Y el Vatic no vio señal alguna de esto? —preguntó Zhi-Meng—. ¿Tenemos la certeza absoluta?

—Nada quedó registrado en el Conducto aparte de la visión onírica de Athena Diyos —declaró Gregoras al mismo tiempo que revisaba la infinidad de datos filtrados que guardaba en la placa de datos—. Ni siquiera los residuos o los símbolos que se interpretaron mal.

—¿Estás completamente seguro, Evander? —insistió Zhi-Meng—. Los del palacio quieren la cabeza de alguien por este asunto, y nosotros somos los siguientes en la fila que lleva al tajo del verdugo.

—Estoy seguro, señor del coro —le contestó Gregoras con un tono de voz que evidenciaba la irritación que sentía ante la idea de que a su personal se le hubiera pasado algo por alto—. Si hubiera existido algo que descubrir, los criptoestesianos lo habrían visto.

Zhi-Meng hizo un gesto de asentimiento y siguió caminando completamente desnudo.

—¡Maldita sea! ¿Por qué Athena no envió su visión directamente al Conducto? ¿Por qué perdió el tiempo acudiendo a ti, Aniq?

—Ésta vez voy a hacer caso omiso del insulto que conlleva esa pregunta, Nemo, pero no vuelvas a hablarme de esa manera.

—Lo siento, pero ya sabes lo que quería decir.

Sarashina se alisó la túnica antes de hablar.

—No habría supuesto ninguna diferencia, y lo sabes muy bien. Para cuando Athena consiguió interpretar su visión, ya era demasiado tarde. Los traidores va habían atacado. No hubiéramos tenido forma alguna de advertir a Ferrus Manus o a los demás.

—También lo sé muy bien, pero es algo que me irrita sobremanera —le replicó Zhi-Meng. El señor del coro se detuvo un momento para inhalar una bocanada de un narguilé que humeaba levemente. El aire se cargó de una neblina aromática que olía a montañas desérticas—. Lord Dorn está más que dispuesto a derribar el Arco de Obsidiana y a sacarme de aquí agarrado por el cuello por culpa de todo esto. Quiere saber por qué no nos dimos cuenta de lo que iba a ocurrir. ¿Qué se supone que le voy a contestar?

—Dile que las corrientes del immaterium siempre son cambiantes, y que pensar que se las puede utilizar para predecir el futuro simplemente con unas pocas suposiciones sería como disparar una flecha en un día ventoso e intentar adivinar sobre qué grano de arena va a caer.

—Eso ya se lo dije —le contestó Zhi-Meng—. No se mostró impresionado en absoluto. Cree que hemos fallado, y, en cierto modo, me siento inclinado a estar de acuerdo con él.

—¿Le dijiste que no somos videntes? —le preguntó Gregoras—. ¿Qué si fuéramos capaces de predecir el futuro estaríamos encerrados en la cripta con la Hueste Cruzada y el resto de los traidores que los custodios han apresado?

—Por supuesto, pero lord Dorn es un individuo muy directo y brusco, y exige respuestas —insistió Zhi-Meng—. Todos sabemos que es posible ver futuros potenciales, que son ecos de acontecimientos que todavía se tienen que producir, pero lo que más me sorprende es que ni uno solo de los astrópatas de esta ciudad captase ni siquiera un atisbo de lo que iba a ocurrir. Ni uno solo de los miembros de tu Vatic se olió nada de todo esto, Aniq. ¡Ni uno solo!

—Aparte de Athena Divos —apuntó Gregoras.

—Aparte de Athena Diyos —repitió Zhi-Meng—. ¿Cómo es posible algo así?

—No lo sé —admitió Sarashina.

—Pues descúbrelo —le ordenó Zhi-Meng.

—Quizá se trata del patrón —apuntó Gregoras.

—¡Tú y tu patrón! —gritó Zhi-Meng a la vez que alzaba los brazos en el aire para luego posar las manos sobre el cráneo con un fuerte chasquido—. No existe ese patrón, Evander, te lo estás inventando. He visto las mismas cosas que tú, y no he detectado ninguna clase de patrón.

—Con el debido respeto, señor del coro, tú no vives entre los restos de sueños, como yo hago, y no ves lo que yo veo. He estudiado ese patrón a lo largo de siglos, y

lleva muchos años aumentando hasta haberse convertido en algo terrible. Todas las voces hablan de un gran ojo rojo que se abalanza sobre Terra, una fuerza con una capacidad destructiva tan inmensa que cambiará para siempre el rumbo de la historia.

Zhi-Meng se detuvo y dejó de pasear.

—¿Eso es lo que te dice tu preciado patrón? No necesito la Oneirocrítica de Yun para saber qué significa. Hasta un novicio sabría que ese ojo rojo representa a Horus Lupercal. Evander, si eso es todo lo que te dicen todos esos años que has pasado buscando un patrón que no existe, me temo que has estado perdiendo el tiempo.

—El ojo no representa a Horus —le contestó Gregoras.

—Entonces, ¿a quién representa? —quiso saber Sarashina.

—Creo que se trata de Magnus el Rojo. Creo que el Rey Carmesí viene a Terra —le explicó el criptaestesiano.

—¡No seas ridículo, Evander! —exclamó Zhi-Meng—. Magnus todavía está en Prospero, donde sigue dolorido por la herida en el orgullo que sufrió en Nikaea.

—¿Tenemos la certeza de que es así? —inquirió Gregoras.



SIETE
COGNOSCIENTES
LA CUEVA
LA PUERTA SE ROMPE

Incluso dentro de un lugar tan carente de luz y lleno de silencio como era la Torre de los Susurros, el cubil de los criptaestesianos era un sitio deprimente y opresivo. Kai y Athena cruzaron con rapidez los túneles excavados con maquinaria de fusión, aunque se detenían de vez en cuando para pasar los dedos por la superficie de la pared y comprobar lo que decían las marcas grabadas que servían de guía. Los astrópatas no tardaban mucho tiempo en aprender a orientarse por los pasillos de la torre, pero ninguno visitaba sin tener un buen motivo los niveles profundos donde los criptaestesianos realizaban sus tareas habituales.

—Esto es muy mala idea —declaró Kai mientras sentía cómo de las piedras susurrantes fluían los residuos psíquicos procedentes de las visiones astropáticas que luego caían en los sumideros de contención.

—Lo sé, pero la idea la tuviste tú —le recordó Athena. El sonido que emitía su silla transportadora parecía desproporcionadamente elevado en mitad de aquellos pasillos angulosos—. De hecho, recuerdo con claridad que te dije varias veces que era muy mala idea. Uno no va en busca de los criptaestesianos. Ya se encargan ellos de encontrarte.

En aquel lugar, a varios centenares de metros por debajo de la superficie, la temperatura era muy baja, y la respiración de Kai se condensaba nada más salir de la nariz y la boca. El pasillo apenas iluminado se extendía por delante de ellos a lo largo de cientos de metros. Las puertas, sin indicativo ni signo alguno, se confundían con las paredes, y tan sólo alguna señal en las paredes indicaba lo lejos que habían llegado.

—Puedes volverte cuando quieras —le dijo Kai.

—¿Y perderme cómo Evander Gregoras se te zampa de un bocado? Ni lo sueñes.

—Creí que Sarashina te había dicho que me ayudaras.

—Eso hizo, y ahora mismo lo que estoy haciendo es ayudarte al asegurarme de que sales de aquí con el cerebro todavía dentro del cráneo.

—Estás siendo demasiado dramática.

—Ya me lo dirás cuando Gregoras te haya conectado a sus máquinas. Entonces veremos si es que soy demasiado dramática.

Kai sabía que Athena tenía razón. Era una insensatez buscar a los criptaestesianos. Las torres de los astrópatas estaban repletas de los rumores siniestros que se contaban sobre sus poderes. Se decía que eran capaces de sacar los secretos más profundos de los rincones más oscuros de la mente de cualquier persona. Otros decían que podían obligar mentalmente a cualquiera a cometer el acto que ellos quisieran. Unos cuantos insistían en que incluso tenían el poder de leerle la mente a los muertos.

Esos rumores no eran más que eso, rumores, pero lo cierto era que Kai no tenía ni idea de cómo trabajaban aquellos individuos, los más secretos de todos los astrotelépatas. Se sospechaba que se encargaban en parte de la seguridad de la Ciudad de la Visión, donde revisaban los mensajes que llegaban a las torres en busca de cualquier corrupción provocada por la disformidad. Kai estaba convencido de que mientras los Centinelas Negros se ocupaban de la protección física de la ciudad, los criptaestesianos se dedicaban a las defensas psíquicas.

Alargó una mano para pasar los dedos por la pared y notó las marcas concretas que le indicaron que se encontraba en el nivel correcto y a pocos metros del lugar al que quería llegar.

—Hemos llegado —dijo, y se detuvo delante de una puerta de acero pulido completamente lisa.

—No tienes por qué hacerlo —insistió ella—. Ya te lo he dicho. Sólo fue un sueño. Sabes muy bien que en un sueño puede pasar cualquier cosa, sobre todo en los sueños de un telépata. No tienen por qué significar nada.

Kai movió la cabeza en un gesto negativo.

—Athena, por favor. Perteneces al Vatic. Sabes muy bien que no es así.

—Tienes razón. Sé muy bien que no es así, pero también sé que esa puerta que vas a abrir es muy peligrosa, y es una puerta que no se podrá cerrar con facilidad. Permitir que un criptaestesiano examine la arquitectura interior de tu mente implica que quedará alterada para siempre, que dejarás bajo su escrutinio las partes más oscuras y secretas de tu psique. Una vez que un criptaestesiano entra en tu cabeza, nada queda oculto a su mirada.

—No tengo nada que esconder —declaró Kai.

—Todos tenemos algo que esconder —le replicó Athena—. Algo que no

queremos que el resto del mundo sepa. Hazme caso, sé de lo que hablo. He visto a los astrópatas a los que los criptaestesianos han examinado, y todos, absolutamente todos, han acabado en la montaña hueca.

—Bueno, si al final voy a acabar allí, esto no empeorará mi situación.

Athena alargó su brazo retorcido y lo agarró del codo.

—Por supuesto que puede hacerlo. Lady Sarashina me ordenó que te trajera de vuelta, pero no podré hacerlo si un criptaestesiano te deja la mente reducida a una masa fracturada. Kai, por favor, piénsate muy bien lo que estás haciendo.

—Ya lo he hecho —le contestó él un momento antes de llamar a la puerta de acero con los nudillos.

El ruido resonó por todo el pasillo como una serie de ecos burlones. Kai contuvo el aliento mientras esperaba que se abriera la puerta. Al cabo de unos instantes, se deslizó hacia un lado ocultándose dentro de la pared, y Kai se vio cara a cara con Evander Gregoras.

Al ver el rostro enjuto y anguloso del criptaestesiano, comprendió el motivo por el que tan pocas personas buscaban su compañía. Aunque sus rasgos no mostraban ninguna característica notable que se pudiera recordar, hasta el punto de ser una cara insulsa y absolutamente olvidable, en su mirada había una agudeza calculadora fuera de lo habitual que provocó en Kai la sensación de ser un espécimen colocado sobre una mesa de disección.

—Las piedras susurrantes rebosan con vuestra cháchara incesante, y necesito descansar. ¿Por qué me molestáis? —les espetó Gregoras.

Kai se sintió desconcertado en un primer momento, y tuvo que esforzarse por recuperar la voz. Detrás de Gregoras vio una habitación que contrastaba enormemente con aquel individuo de rostro anodino, pero el criptaestesiano se interpuso con rapidez entre Kai y lo que podía ver en el interior.

—Kai Zulane, soy una persona muy ocupada, lo mismo que todos nosotros en esta época tan turbulenta. Dame una buena razón para no mandarte de vuelta a tu nivel con una severa reprimenda.

—Quiero saberlo todo sobre los cognoscientes —le contestó Kai.

La mirada desdeñosa claramente visible en los ojos del criptaestesiano se convirtió en una expresión de interés cauteloso.

—¿Los cognoscientes? ¿Por qué? Desaparecieron hace ya mucho tiempo.

Kai inspiró profundamente y miró a Athena. Era muy consciente de que iba a cruzar un umbral muy peligroso. Echó a un lado la parte de la túnica que le cubría el hombro y dejó a la vista un moratón de color púrpura y amarillo que tenía la forma de la mano de un individuo de gran tamaño.

—Creo que he conocido a uno —dijo Kai.

El interior del aposento del criptaestesiano era parecido al de un novicio cualquiera: unas paredes de piedra fría y de hierro, un camastro incómodo, unas cuantas piedras susurrantes engastadas en sus monturas de cobre, pero ahí se acababa todo el parecido. La estancia era de un tamaño mucho mayor y estaba repleta de una estantería tras otra. Sin embargo, mientras que las de cualquier novicio estarían vacías, a la espera de una biblioteca onírica producto del tiempo y de la experiencia, las de Gregoras estaban abarrotadas por una colección impresionante de volúmenes.

Había libros con tapas de cuero, agujas de datos y pergaminos enrollados que se disputaban el poco espacio existente en unas estanterías también llenas de hojas de papel, mapas estelares y listas escritas a mano. En el suelo se veían decenas de oneirocríticas, y cada centímetro libre de pared estaba cubierto por un patrón de espirales dibujadas con tiza, de ángulos y trazos que a Kai le resultaban terriblemente familiares y completamente desconocidos a la vez.

Evander Gregoras era una persona a la que Kai ya conocía antes de marcharse de la Ciudad de la Visión, pero no era alguien a quien jamás hubiera tenido que ver.

En esos momentos, deseaba que todavía fuese ése el caso.

—Quita esos libros de ahí si quieres sentarte en algún sitio —le indicó Gregoras mientras él se dedicaba a rebuscar entre las pilas de papeles amontonados de forma caótica que tenía esparcidos sobre la mesa de madera oscura llena de marcas y rozaduras—. Usted no, señorita Diyos. Usted no hace falta que se preocupe.

Kai se preguntó si la intención de Gregoras era ser cruel, pero decidió que probablemente sólo se trataba de una muestra de su objetividad. Movió una pila de pergaminos que había sobre la cama para poder sentarse. Levantó la cabeza para observar con detenimiento la escritura de la pared, y se dio cuenta de que era la misma que llenaba los pergaminos. A primera vista, los dibujos se asemejaban a mapas estelares o a alguna especie de cartografía celestial, o quizá se trataba del árbol genealógico más complicado jamás bosquejado, pero ninguno de los símbolos y de las líneas que se entrecruzaban tenían sentido en ninguna de aquellas interpretaciones.

—No te esfuerces por comprenderlo, Zulane —le dijo Gregoras mientras tomaba un libro de la mesa. Quitó la capa de polvo que cubría la tapa—. Yo llevo intentándolo desde hace casi dos siglos y apenas he conseguido entender una fracción de todo el conjunto.

—¿Qué es? —le preguntó Athena al mismo tiempo que se deslizaba hasta colocarse a su lado. Su implante manipulador repiqueteaba un ritmo monocorde sobre el reposabrazos plateado.

—Por favor, señorita Diyos, deje de hacer eso. Es muy molesto —le pidió Gregoras antes de seguir con la explicación sin perder concentración—. Yo lo llamo «el patrón», y en cuanto a lo que es…

Gregoras apartó la silla que estaba pegada a la mesa y la arrastró hasta colocarse delante de él con el libro en el regazo. Contempló los símbolos y las líneas de la pared como alguien que ve por primera vez el paisaje de las Kozarsky.

—Creo que se trata de una visión fragmentada de un apocalipsis que se avecina. Es una perspectiva del futuro de la humanidad, un vislumbre que se produjo hace eones y se fragmentó en billones de trozos sin relación alguna entre ellos, que llevan girando en el interior de la conciencia de la raza humana desde hace cientos de miles de años. Intento recomponer las piezas.

Mostraba la certeza inquebrantable del fanático en la voz, y Kai se preguntó cuánta parte de lo que había oído decir sobre los criptaestesianos no se debería a aquel individuo en concreto.

—Bueno, ¿y cuándo se va a producir ese apocalipsis? Espero que tarde un poco todavía —comentó Kai.

—Se está produciendo ahora mismo —le contestó Gregoras.

Kai casi se echó a reír, pero se lo pensó mejor cuando vio la expresión de seriedad en el rostro de Gregoras.

—Está bromeando, ¿verdad?

—Yo nunca bromeo —le replicó el criptaestesiano, y Kai le creyó.

—¿Se trata de Horus? —inquirió Athena.

—Posiblemente, o de uno de sus hermanos, pero existen multitud de interpretaciones posibles, por lo que no puedo saberlo con seguridad. Siguen existiendo demasiadas variables, y buena parte de lo que logro discernir tiene… una veracidad cuestionable en el mejor de los casos. Y ahora dime el motivo por el que interrumpís mi ciclo de descanso.

—Los cognoscientes… ¿Qué puede contarnos de ellos? —quiso saber Athena.

Gregoras se recostó en la silla y negó con la cabeza.

—Al último de los cognoscientes lo mataron hace miles de años. ¿Para qué queréis saber nada de esa disciplina ya extinguida?

Kai titubeó antes de contestar. Aunque Gregoras no había pronunciado ninguna clase de amenaza directa, de él emanaba la intimidación burocrática propia de su distanciamiento formal. Era el tipo de persona que firmaría un centenar de sentencias de muerte al mismo tiempo que pedía una taza de cafeína. Mostraba una frialdad autoritaria e inamovible que le advirtió a Kai de que no bajara la guardia ni dijera ninguna estupidez.

—Ya se lo dije. He conocido a uno —le contestó Kai.

Gregoras se echó a reír con una carcajada seca antes de responder.

—Eso es imposible —afirmó.

—¿Acaso esto le parece algo imposible? —replicó Kai al mismo tiempo que apartaba por segunda vez la tela que le cubría el hombro para dejarlo de nuevo al

descubierto.

El moratón con forma de mano humana quedó a la vista otra vez. El criptaestesiano dejó a un lado el libro y examinó la marca visible sobre la piel de Kai. Era una coloración que contrastaba con la palidez de la propia piel.

Gregoras colocó la mano sobre la marca y vio que encajaba perfectamente en el interior de sus límites. Luego tomó la mano de Kai y se la colocó sobre el hombro. Era mucho más pequeña que el moratón.

—Un hombre grande con una mano grande —declaró Gregoras—. ¿Seguro que no has hecho cabrear a uno de los Centinelas Negros de Golovko y te han llevado a la fuerza a tu celda? Dime la verdad, porque si me mientes, lo descubriré.

—Le juro que no tenía este moratón en el hombro cuando me acosté —insistió Kai—. Lo descubrí cuando empecé a vestirme esta mañana. No puedo explicar por qué me apareció.

—Si no es por la presencia de una raza de psíquicos cuyos poderes se extinguieron hace miles de años, o más —apuntó con sarcasmo Gregoras—. Es todo un salto de secuencia lógica.

—Bueno, entonces, ¿cómo lo explica usted? —lo interpeló Athena.

—Yo no tengo por qué explicar nada —le contestó Gregoras al tiempo que entrelazaba sus delicados dedos sobre el regazo—. Sois vosotros los que habéis venido a verme. Lo cierto es que podría entrar en tu mente y buscar cualquier rastro que quede de una presencia psíquica ajena, pero no es un proceso precisamente delicado, y tampoco es indoloro. ¿Estás seguro de estar preparado para una intrusión tan dolorosa en tu mente?

—Necesito saber con certeza si solamente estaba soñando o si fue real.

—Por supuesto que estabas soñando —le replicó Gregoras, como si eso lo explicara todo—. Tuviste un sueño, Zulane, sólo eso. Como si no fuera ya bastante malo que regresaras a nosotros con la mente rota, ahora vienes a contarme que has perdido la capacidad de distinguir la diferencia entre sueño y fantasía.

—Fue algo más que un sueño —insistió Kai.

—Cualquier novicio diría lo mismo.

—Kai no es ningún novicio —replicó Athena.

—¿De verdad que no? —le espetó Gregoras, volviéndose hacia ella—. Sin embargo, lo cierto es que lo han alojado en el mismo nivel que ellos, y según tengo entendido, ni siquiera es capaz ya de emplear el nuncio. Tampoco es capaz de enviar o de recibir comuniones astrotelepáticas. Sólo sirve para que lo envíen a la montaña hueca. ¿Me equivoco en alguna de estas afirmaciones?

—Lo cierto es que sí —le contestó Athena—. A Kai le queda mucho camino por recorrer antes de estar completamente recuperado del incidente que se produjo a bordo de la *Argo*, pero cada día que pasa recobra más y más capacidades. No tardaré

mucho en conseguir que regrese a las salas mentales. Puede estar seguro de que lo haré.

Kai sintió cómo una oleada de gratitud le recorría todo el cuerpo cuando oyó a Athena defenderlo de esa manera. Se conocían desde hacía muy poco tiempo, y aunque su primer encuentro no había sido precisamente un éxito arrollador, el sufrimiento que habían compartido había logrado establecer una cierta afinidad entre ellos. Gregoras captó el afán protector de Athena y sonrió levemente con sus finos labios antes de recostarse contra el respaldo de la silla. El criptaestesiano inspiró brevemente y se quitó una diminuta pelusa de la túnica antes de abrir el libro que tenía en el regazo.

—Un cognosciente es, sin duda, un tipo de psíquico muy poderoso, uno que además posee un modus operandi muy característico —les explicó Gregoras—. A cualquiera de ellos le resultaría muy difícil utilizar sus poderes sin que al menos uno de los agentes de la Ciudad de la Visión se percatase de sus actos.

—Entonces, ¿sigue sin creerme? —le preguntó Kai.

—Digamos que mantengo un razonable nivel de escepticismo —le contestó Gregoras—. Sin embargo, voy a hacer caso de esa falsa ilusión tuya de momento y te voy a hablar de los cognoscientes.

A mitad de camino del otro extremo de la galaxia, dos individuos se encontraban reunidos en el interior de una cueva centelleante, situada muy por debajo del mundo paradisiaco que ellos consideraban su hogar. Las paredes de la caverna resonaban con armonías insonoras e insólitas, la música de un planeta cargado con el zumbido de trasfondo de los poderes psíquicos latentes que borboteaban bajo la superficie de la conciencia del planeta.

Uno de los individuos era gigantesco, una figura enorme vestida con una túnica de color blanco de cuyo cinto colgaban un gran libro de tapas de cuero, un incensario de pequeño tamaño y varias tiras de pergamino. Se llamaba Ahzek Ahriman, y entre las simples personas mortales era un semidiós, un personaje con un intelecto y un poder tan impresionantes que pocas de las mejores mentes de Terra eran capaces de igualarlo en un enfrentamiento de ingenio y conocimientos. La expresión de su rostro era abatida mientras miraba a la otra figura, que se encontraba sentada con las piernas cruzadas en el suelo rocoso en el centro exacto de la cueva.

Aunque Ahriman era un gigante, la figura que permanecía sentada era todavía mayor. También llevaba puesta una túnica blanca y era un individuo extraño, con una piel del color del bronce bruñido y una melena de cabello carmesí que se asemejaba a la de un león enfurecido.

En aquel mundo, en aquel momento, sólo había alguien capaz de atraer la luz y el poder de la cueva hacia sí mismo.

Magnus el Rojo. El Rey Carmesí, el primarca de los Mil Hijos y el Señor de Prospero.

Nadie que hubiera conocido en persona al primarca habría descrito de forma idéntica su rostro, ni le hubiese atribuido los mismos colores a sus ojos o captado la misma impresión de su estado de ánimo y carácter. Magnus era tan inconstante como el viento o las olas del océano, y ninguno de sus rasgos propios permanecía invariable. La luz procedente de los cristales centelleantes llevados hasta allí por cientos de siervos y colocados en las paredes de la cueva se reflejaba y era absorbida por la piel del primarca.

Un leve resplandor unía a Magnus con un extraño artefacto que colgaba del techo de la caverna. Tenía la forma de un telescopio gigantesco, y toda su superficie estaba cubierta de símbolos que eran completamente desconocidos fuera de aquel planeta. El gigantesco cristal de color verde que se encontraba en el centro estaba rodeado por un anillo de platino del que a su vez surgía una hilera circular de aspas plateadas.

Magnus había estado meditando durante dos días, y había permanecido inmóvil muchos más bajo el artefacto de bronce mientras su acólito leía pasajes del libro en un recitado interminable de formulas, encantamientos y algoritmos numéricos.

Si alguno de los polimatemáticos de Terra hubiera estado presente allí, habría llorado ante la compleja belleza y la sencillez lírica de todas aquellas ecuaciones. Magnus las había diseñado y creado a lo largo de decenios de estudios e investigación, y eran únicas, hasta el punto que sólo los Mil Hijos las conocían. Las páginas del libro que Ahriman tenía en las manos albergaban toda una vida de conocimiento irremplazable, y su incalculable valor estaba más allá de lo que cualquier mortal podría llegar a imaginarse jamás.

El bibliotecario jefe de los Mil Hijos no había titubeado en ningún momento de la lectura. Había pronunciado todas y cada una de aquellas sílabas complejas con una perfección que habría hecho sentirse orgulloso a cualquier capitán de los Hijos del Emperador. Observaba a Magnus con el mismo amor que un hijo sentiría por su padre, y aunque tenía fe en la sabiduría y la inteligencia del primarca, era incapaz de ocultar la inquietud que le provocaba lo que estaban realizando en aquellos momentos.

Magnus no se había movido desde hacía cuatro días, mientras su cuerpo etéreo cruzaba las extensiones olvidadas y desconocidas del immaterium en su camino hacia un encuentro fatídico.

Magnus llevaba en su corazón una advertencia para salvar el Imperio de su padre, pero sus actos llevaban las semillas de la destrucción de eso que quería salvar.

Gregoras abrió el libro y le dio la vuelta para que pudieran verlo de frente. Kai observó una ilustración de color que se extendía a través de las dos páginas abiertas y

que describía un campo de batalla. Sin embargo, no se trataba de un enfrentamiento armado corriente. Era un conflicto entre guerreros de la Vieja Tierra, una lucha que se libraba bajo un cielo rugiente de color ominoso sacudido por los relámpagos y cubierto de rostros grotescos que asomaban entre las nubes. Un sol de aspecto burlón iluminaba la escena con un resplandor infernal, y los rostros de los combatientes estaban retorcidos no en una expresión de odio, sino en otra de terror y angustia.

—«Sargón de Akkad a las puertas de Uruk» —dijo Kai leyendo en voz alta el pie de la ilustración—. No recuerdo haber oído hablar de esta batalla.

—No es de extrañar, aunque supongo que sí habrás oído hablar de las guerras psíquicas —le contestó Gregoras.

Kai hizo un gesto de asentimiento, y lo mismo hizo Athena.

—Por supuesto que habéis oído hablar de ellas. Seríais unos psíquicos muy ignorantes si no fuera así. Sin embargo, en honor a la verdad, hay que decir que se sabe muy poco con toda certeza de dichas guerras. Tan sólo existen fragmentos entresacados de archivos que sobrevivieron a las purgas que se produjeron tras ellas. Creemos que se iniciaron, como todas las guerras, provocadas por la ambición y la codicia, pero no tardó en ser evidente que los reyes guerreros que se enfrentaban de un modo tan encarnizado estaban obedeciendo la voluntad de unos individuos enloquecidos por el poder que se mantenían ocultos en la sombra.

—¿Los cognoscientes? —apuntó Kai.

Gregoras asintió.

—La mutación que da lugar a los psíquicos es muy poco común. Sólo aproximadamente un bebé de cada millón nace con un poder latente. De esos niños, quizá una décima parte posee un poder que merezca la pena formar y entrenar. El código genético de los cognoscientes es dos grados de magnitud más escaso todavía. Quiero que entiendas muy bien lo que eso significa, porque no se trata de una simple frase hiperbólica. Los cognoscientes son muchísimo más escasos que cualquier psíquico corriente, por lo que el hecho de que aparecieran tantos al mismo tiempo en la Vieja Tierra se trató de un acontecimiento tan singular que fue necesario dar un nombre propio a esa época. Sin embargo, esa época no aparece en ninguna clase de registro, ya que existen eras que es mejor olvidar.

Kai ya había oído una versión expurgada de los primeros años de las guerras psíquicas, pero se trataba de un conocimiento muy somero en el mejor de los casos. Ése periodo de la historia de los psíquicos no recibía mucha atención en la enseñanza que se daba en la Ciudad de la Visión. Nadie quería recordar una era en la que los poderes psíquicos casi destruyeron el mundo, y los que menos querían recordarlo eran los propios psíquicos.

—Finalmente, se hizo evidente que los grandes Estados del mundo no eran más que peones sometidos al control de individuos de un poder enorme que hacían que las

naciones se enfrentaran simplemente por el puro placer salvaje que sentían al hacerlo. Ningún telépata normal podría haber logrado algo así, sólo alguien con el poder único de un cognosciente.

—¿Por qué iba nadie a querer hacer algo así?

Gregoras se encogió de hombros, pero le contestó:

—Zulane, ya conoces la atracción que ejercen los poderes psíquicos. A pesar de los peligros que suponen, todos los astrópatas acaban disfrutando al utilizar sus poderes. Una vez tu mente entra en contacto con el immaterium, ansia esa fuente de poder ilimitado como ninguna otra cosa en el mundo. ¿Recuerdas la primera vez que utilizaste tus poderes?

—Sí. Fue embriagador —le confirmó Kai.

—¿Señorita Diyos?

—Mi mente fue capaz de viajar por el cielo, y tuve la sensación de que formaba parte del tejido del propio universo —declaró Athena.

—Así es. Sin embargo, no importa cuántas veces se logre entrar en comunión después. No hay nada como la primera vez —afirmó Gregoras—. Cada una de las comuniones que realizamos es peligrosa, pero a pesar de ello, seguimos lanzando nuestras mentes hacia una dimensión llena de peligros terribles con tal de sentir de nuevo esa oleada de poder que nos invade.

—Pero nunca se consigue —comentó Kai.

—No. Y si dejas de intentarlo…

—Enfermas psíquicamente —intervino Athena para acabar la frase—. Tu mente ansia lo que tuvo antaño. Yo lo sentí cuando me trajeron de vuelta de la Fénix. No pude utilizar mis poderes durante semanas. No quiero pasar por eso otra vez en toda mi vida.

—Los cognoscientes eran capaces de mantener esa primera sensación —les explicó Gregoras—. Cada vez que entraban en contacto con la disformidad, era igual que la primera vez. Se convirtieron en unos adictos a sus poderes, y se dice que llegaron a ser prácticamente inmunes a los peligros de la disformidad. Ninguna criatura inmaterial podía tocarlos, y sin límites en su poder o en sus ambiciones, los cognoscientes se obsesionaron con la idea de dominar a los seres humanos inferiores a ellos, ya que creyeron que ellos solos eran capaces de controlar el destino de nuestra especie. Lo cierto es que tenían el poder necesario para lograrlo.

—He oído rumores de lo que eran capaces de hacer, pero todo me parece demasiado exagerado. Precisamente son el tipo de poderes que la gente común proclama que nosotros tenemos.

—Sea lo que sea lo que hayas oído, lo más probable es que sea cierto —le confirmó Gregoras—. Eran muy pocas las cosas que un cognosciente no fuera capaz de hacer. Después de todo, si eras capaz de controlar la mente de las personas,

prácticamente podías hacerlo todo.

—¿Podían meterse en tu mente y… cambiar cosas? —quiso saber Kai.

—Podían meterse en tu mente y hacer lo que quisieran, absolutamente cualquier cosa —afirmó Gregoras—. Por ejemplo: yo no puedo obligarte a estrangular a la señorita Diyos, lo mismo que no puedo obligarte a rebanarte la garganta con un cuchillo afilado. Tampoco podría, o eso sospecho, convencerte de la belleza disonante de la Antisinfonía de Dada, sin importar lo mucho que lo intentara. La mayoría de las personas poseen un sentido innato de la autoconservación y una comprensión de lo que está bien y lo que está mal, una serie de ideas demasiado arraigadas como para que se puedan superar. Sin embargo, cualquier cognosciente era capaz de convertirte en su marioneta con el mismo esfuerzo que le costaba respirar. Podía obligarte a realizar los actos más horribles y hacerte reír mientras los cometías. También era capaz de borrarte los recuerdos, implantarte unos nuevos y hacerte ver lo que él quería que vieras, sentir lo que él quería que sintieras. Nada de los elementos de tu mente que constituyen tu ser y te hacen ser quien eres estaba fuera de su alcance.

Kai notó que se le erizaba el vello de los brazos ante la sola idea de semejante ataque psíquico invasivo.

—No me sorprende que nos teman —comentó.

—Siempre se ha temido a los que son como nosotros, incluso antes de que se libraran las guerras psíquicas —le aclaró Gregoras—. Los seres humanos siempre han temido aquello que no comprendían, y se esfuerzan por someterlo. La época posterior a las guerras psíquicas fue la excusa perfecta para hacerlo, y así estamos ahora, encerrados en una sombría ciudad de hierro en mitad de la mayor fortaleza que jamás verá este mundo.

—¿Cómo acabaron las guerras? —quiso saber Athena.

—La leyenda cuenta que apareció un gran guerrero de ojos dorados, la única persona que tenía la fuerza de voluntad suficiente como para resistirse a la influencia de los cognoscientes. Reunió y reagrupó a los ejércitos de los pocos reinos que quedaban en pie y entrenó a un grupo de guerreros que destacaban entre los demás, que eran más fuertes, más rápidos y más resistentes que cualquiera de los miembros de las bandas de combatientes de antaño. Asaltaron y tomaron una por una las ciudadelas fortificadas de los cognoscientes a bordo de sus grandes naves plateadas. Ni siquiera el cognosciente más poderoso fue capaz de dominar al guerrero de ojos dorados, y cada vez que mataba a uno de aquellos demonios psíquicos, los ejércitos esclavizados quedaban liberados de su yugo y se unían gustosos a las fuerzas del gran guerrero. Tardaron treinta años en lograrlo, pero finalmente sus ejércitos acabaron con el último cognosciente y los habitantes del planeta quedaron liberados.

—¿Qué fue del guerrero? —inquirió Kai.

—Nadie lo sabe con certeza. Una leyenda dice que murió en el combate contra el último cognosciente, mientras que otra cuenta que intentó hacerse con el poder y que sus propios soldados lo mataron.

Gregoras se calló un momento y torció una de las comisuras de los labios. Ése gesto le indicó a Kai que estaba sonriendo, pero también le resultó inquietante, ya que le recordó la mueca fúnebre de un cadáver.

—Algunos incluso dicen que ese guerrero vive todavía entre nosotros y que espera el día que regrese el poder de los cognoscientes.

—Pero usted no cree que sea así —le dijo Athena.

—No, por supuesto que no. Imaginarse que ese ser todavía existe es material propio de los cuentos para niños y las insensatas sagas de los poetas. No. Ése guerrero, si de verdad existió tal y como lo cuenta la leyenda, hace mucho tiempo que no es más que un montón de cenizas y huesos.

—Es una pena. Al Imperio le vendría bien alguien como él ahora mismo —comentó Kai.

—Muy cierto —asintió Gregoras mostrándose de acuerdo—. Ahora que ya sabes la naturaleza del poder de los cognoscientes, dime el asunto principal de ese presunto encuentro que tuviste con uno de ellos.

Kai le contó a Gregoras todas y cada una de las etapas del sueño: «el lugar vacío», la fortaleza abandonada y los extraños olores y sonidos procedentes de una tierra lejana pero que parecían surgir del propio aire. Le habló del doloroso color azul del lago y del ojo rojo y reluciente del sol que machacaba las arenas desérticas igual que un martillo llameante. Por último, Kai finalizó el relato con la figura fantasmal que atravesaba las estancias vacías de Arzashkun con tremenda familiaridad.

Gregoras se quedó sentado delante de él mientras le contaba el encuentro con esa figura, su presencia invisible y la manera en que lo había agarrado del hombro con aquella tremenda fuerza.

El criptaestesiano se pasó la lengua por los labios, y Kai tuvo que esforzarse para contener una mueca de asco. El gesto había sido idéntico al de un lagarto relamiéndose, pero en la actitud de Gregoras se captaba una tensión que no había existido cuando llegaron a su aposento. Aunque resultara difícil de creer, Kai tuvo la sensación de que el criptaestesiano estaba preocupado.

—Háblame otra vez del sol —le ordenó Gregoras—. Habla, y hazlo con claridad. Qué aspecto tenía, cómo te hizo sentir. Qué imágenes utilizaste para describirlo. La metáfora y la impresión. Háblame de ellas, y no añadas nada, ni lo retoques. Exactamente tal y como lo viste.

Kai retrocedió mentalmente hasta el momento anterior al de la aparición de la figura con túnica.

—Recuerdo el calor asfixiante del desierto, el sabor a sal del aire y el horizonte

que rielaba. El sol era rojo, de un rojo vivido, y daba la impresión de que estaba observando el mundo, igual que si fuera un ojo inmenso.

—El ojo rojo… —susurró Gregoras—. Por el Trono, ya casi ha llegado.

—¿Quién? ¿Quién ya casi ha llegado? —le preguntó Athena.

—El Rey Carmesí —contestó Gregoras mientras miraba más allá de Kai, hacia el patrón increíblemente complejo que estaba esbozado a su espalda—. ¡Sarashina! ¡No! Está ocurriendo ahora. ¡Está ocurriendo ahora mismo!

Muy por debajo de la superficie de la roca natal de la especie que en ese momento se pavoneaba por la galaxia como si fuera su ama y señora existía una cámara subterránea palpitante por la actividad que contenía. Tenía varios cientos de metros de altura y muchos más de anchura, y el aire zumbaba a causa de la tremenda cantidad de maquinaria que albergaba, además de apestar con el olor a ozono abrasador. Antaño había sido la mazmorra imperial, pero hacía ya mucho tiempo que se había convertido en otra cosa.

Por todo el lugar había repartidas unas máquinas enormes de una potencia y una complejidad increíbles, grandes células de energía y objetos de fabricación única que desafiarían la capacidad de comprensión incluso del adepto más dotado del Mechanicum.

Tenía el aspecto de ser el laboratorio del científico más brillante que el mundo jamás hubiera conocido. Parecía poseer un potencial que todavía no se había desarrollado por completo, estar a punto de producir grandes cosas y de crear sueños que se verían convertidos en realidad. Unas inmensas puertas doradas, semejantes a las de la entrada de una fortaleza imponente, se alzaban en uno de los extremos de la estancia. La superficie de aquellas puertas mecánicas estaba cubierta de figuras talladas: gemelos entrelazados, centauros de aspecto temible, un león rampante, la balanza de la Justicia y muchas, muchas más.

Miles de tecnoadeptos, de servidores y de lógicos cruzaban la estancia a través de una miríada de pasillos, en una imagen semejante a las células sanguíneas que cruzaran un organismo vivo al servicio de su corazón, donde un enorme trono dorado se alzaba diez metros por encima del suelo. Era un artefacto voluminoso y de aspecto mecánico, del que surgía un bosque de cables serpenteantes que lo mantenían conectado al inmenso portal sellado que se encontraba en el extremo opuesto de la cámara.

Sólo un ser sabía lo que existía al otro lado, un ser de intelecto gigantesco cuyos poderes de imaginación e invención no tenían rival. Se encontraba sentado en ese enorme trono, vestido con una reluciente armadura dorada, y centraba toda la fuerza de su mente en la supervisión de la siguiente etapa de aquella maravillosa creación suya.

Era el Emperador, y aunque muchos de los presentes de la cámara lo conocían desde hacía varias vidas, nadie podía llamarlo de otro modo. Ningún otro título, ningún otro nombre, podría hacer justicia a un individuo tan próximo a un numen.

Rodeado por sus pretorianos de mayor rango y asistido por sus asesores más allegados, el Emperador estaba sentado, esperando.

Cuando comenzaron los problemas, lo hicieron con rapidez.

El portal dorado brilló con una luz interior propia, igual que si un calor increíble procedente del otro lado estuviese atravesando el metal. Las enormes torreras artilladas construidas a lo largo del perímetro de la caverna giraron para apuntar hacia allí y los cañones se aprestaron a disparar. Las descargas relampagueantes centellearon de una máquina a otra cuando los delicados e irremplazables circuitos se sobrecargaron y estallaron. Los adeptos se apartaron a la carrera del lugar donde se estaba produciendo la intrusión, ya que aunque no sabían mucho sobre lo que había al otro lado, conocían lo suficiente como para huir de inmediato.

Varias descargas de energía surgieron de las puertas fundidas y despedazaron a aquellos que todavía se encontraban demasiado cerca de ellas. Los intrincados símbolos tallados en la roca de la caverna explotaron en una serie de detonaciones aullantes. Todas las fuentes de iluminación de la cámara estallaron convertidas en surtidores de chispas, y varios siglos de trabajo quedaron reducidos a la nada en un instante.

Apenas sonó la alarma, los guerreros de la Legio Custodes se pusieron en guardia, pero ni siquiera el exhaustivo entrenamiento que habían recibido los había preparado para lo que ocurrió a continuación.

Una forma comenzó a atravesar el portal. Era algo inmenso, rojo y llameante debido a la fuerza ardiente de su viaje. Emergió en la caverna rodeado por un fuego psíquico que se desvaneció para dejar a la vista un ser compuesto de luces de múltiples ángulos y de la misma sustancia que las estrellas. Su brillo era cegador, y nadie fue capaz de mirar a sus abrasadores ojos sin sentir la insignificancia de su propia mortalidad.

Nadie había visto jamás una aparición de aspecto tan terrible. Se trataba del verdadero corazón de un ser tan poderoso que sólo podía latir en el interior de un cuerpo fruto de una ingeniería extraordinaria.

El Emperador reconoció a aquel ángel extático, y se le rompió el corazón al verlo.

—Magnus —le dijo.

—Padre —le contestó el primarca.

Sus mentes entraron en contacto, y en ese momento inmóvil de conexión, la galaxia cambió para siempre.



OCHO

APÁRTATE LO MÍNIMO
EL VELO QUEDA ROTO
SUEÑOS DE LA CÁMARA ROJA

El día había empezado mal para Aniq Sarashina. Se despertó al amanecer con los residuos todavía latentes de un sueño que no era capaz de recordar y que le provocaban un dolor nauseabundo e incesante en el estómago. Se parecía a la sensación que se sufría a bordo de una nave estelar que se encontraba a punto de efectuar una traslación, pero ésta era mucho más persistente. También le preocupaba el hecho de ser incapaz de recordar el sueño. La señora del Vatic debería tener un recuerdo claro de todas sus visiones, ya que, ¿quién sabía qué claves del futuro se albergaban en ellas?

El resto de la mañana la pasó envuelta en una cierta ofuscación, con su visión ciega algo embotada, como si hubiera bebido mucho o hubiera ingerido narcóticos desinhibidores de la mente con Nemo. Habían pasado muchos días desde que no tomaba nada más fuerte que la cafeína, por lo que era más injusto todavía sentirse tan mal. Por primera vez desde que se unió a las filas del Adeptus Astra Telephatica, Aniq Sarashina se vio obstaculizada por la falta de ojos.

Notó sobre ella una opresiva sensación de claustrofobia mientras pasaba la mañana asimilando el contenido de la última comunicación urgente y secreta que había llegado a la Ciudad de la Visión. Tras la Matanza del Desembarco, como muchos comenzaban a llamarla, las fuerzas imperiales se encontraban tambaleantes, todavía sorprendidas y confundidas mientras las expediciones de los Astartes y de los grupos de ejército se esforzaban por reorganizar sus líneas de batalla y distinguir quién era aliado y quién enemigo.

No se sabía prácticamente nada de las fuerzas que habían sido traicionadas en Isstvan V.

No se había recibido ningún mensaje de la Guardia del Cuervo, lo que reforzaba los rumores insensatos de los adivinos del Er, quienes decían que el primarca Corax y su legión habían quedado completamente destruidos. Se creía que unas cuantas unidades de los Salamandras habían conseguido escapar de Isstvan V, aunque completamente desorganizadas. Sin embargo, los informes recibidos a ese respecto eran de tercera mano, y eso, en el mejor de los casos. Se desconocía el destino que había sufrido el primarca Vulkan, aunque muchos temían que también hubiera muerto.

Los Manos de Hierro habían desaparecido prácticamente por completo. Sus capítulos devastados habían quedado dispersos tras la huida que se había producido a continuación de la muerte de su primarca. A pesar de la magnitud de la traición del señor de la guerra, a Sarashina le seguía costando trabajo aceptar la idea de que un primarca podía morir. Por muy espantoso que hubiera sido enterarse de la traición de Horus Lupercal, los acontecimientos posteriores no habían hecho más que amontonar una imposibilidad tras otra, por lo que ya nada estaba más allá de su capacidad de creer.

Los emisarios que Rogal Dorn enviaba a la Torre de los Susurros exigían respuestas, pero el señor del coro apenas disponía de información que ofrecerles. Las flotas traidoras habían cortado todas las rutas de escape que salían del quinto planeta, y aquel sistema estelar se encontraba a todos los efectos tan a oscuras como el lado oculto de una luna. Nada entraba o salía del sistema Isstvan, ni información ni, por supuesto, guerreros leales.

La derrota en Isstvan había tenido otra consecuencia todavía peor: decenas y decenas de planetas y sistemas estelares cobardes de todo el Imperio se habían declarado abiertamente a favor del señor de la guerra. Una sensación de traición y de incomprensión había paralizado la capacidad de respuesta del Imperio ante semejante acto de felonía inigualable en un momento en que lo que se necesitaba más que nunca era una serie de actos decisivos.

Fue entonces cuando llegó un rayo de esperanza, un mensaje procedente desde el mismo límite del sistema Isstvan.

Era una comunicación fragmentada e inconexa, pero que mostraba todos los códigos sinestésicos de la XVIII Legión.

Los Salamandras.

Sarashina se apresuró a dirigirse hacia la sala mental de mayor tamaño de la Torre de los Susurros.

Abir Ibn Khaldun ya estaba en su puesto, rodeado por el Coro Primus. Sólo la luz difusa de los lúmenes apenas encendidos iluminaba la estancia. Las paredes cubiertas de placas de hierro y completamente sordas al ruido de estática psíquica que

albergaban.

Los dos mil astrópatas del Coro Primus estaban reclinados en sus arneses amoldables. Cada uno de ellos se esforzaba por destilar un mensaje lanzado desde el mismo límite del sistema Isstvan. Abir Ibn Khaldun se encontraba sentado en el centro de la estancia, donde se esforzaba por encontrar significado en los confusos conceptos alegóricos y símbolos desconcertantes que le estaban enviando.

Sarashina vinculó brevemente su mente con la de Ibn Khaldun, pero no logró encontrar sentido alguno a las imágenes que vio en su interior: un dragón de montaña que bebía de un lago dorado, una orquídea que emergía de una fisura que se abría en mitad de una llanura de obsidiana que se extendía miles de kilómetros en todas direcciones, una espada llameante colgando inmóvil sobre un mundo carente por completo de vida o de accidentes geográficos, unos gemelos unidos por una sola alma que tiraban en direcciones diferentes.

¿Qué podía significar todo aquello?

El Coro Primus lo formaban los psíquicos de segunda fila más poderosos de toda la Torre de los Susurros, y habitualmente eran capaces de destilar sin mucha dificultad la interpretación de un mensaje enviado desde el otro extremo de la galaxia. Sin embargo, lo que le estaban enviando a Ibn Khaldun no tenía ningún sentido.

Una voz educada e intensamente lírica le sonó en la cabeza.

Debo confesaros que me siento perdido, lady Sarashina.

Lo mismo que yo, Abir —le contestó ella—. Da la impresión de que el astrópata haya enloquecido.

Es posible que ése sea el caso. Quién sabe por lo que habrá tenido que pasar para conseguir enviar el mensaje.

A Sarashina se le ocurrió una idea.

¿Es posible que alguien haya interceptado el mensaje mientras se encontraba de camino hacia nosotros?

Quizá, pero ese tipo de interferencias son muy obvias en la mayoría de los casos. Éste mensaje no muestra ninguna distorsión. Creo que sea lo que sea que está distorsionando el mensaje se encuentra aquí, en Terra, pero no tengo ni idea de qué puede ser.

Sigue intentándolo. Lord Dorn espera algún avance de la situación.

Sarashina interrumpió la comunicación con Ibn Khaldun. El telépata necesitaría hasta la más mínima parte de su capacidad de concentración para encontrar un sentido al mensaje. La sinestesia había confirmado que se trataba de un mensaje que tenía como origen uno de los astrópatas asignados a la legión de los Salamandras, pero aparte de esa identificación, nada de lo que contenía tenía sentido.

Dejó escapar un suspiro cuando comenzó a sentir en los senos nasales el inicio de

un dolor de cabeza palpitante. Las jaquecas no eran infrecuentes en los astrópatas, sobre todo ante una comunión especialmente exigente. Sin embargo, ya sentía que iba a ser uno realmente intenso. Llevaba todo el día notando una leve irritación en el fondo de la mente, un zumbido chirriante y persistente, semejante al de un insecto desesperado que se encontrara atrapado en el interior de un tarro de cristal.

No era la única que sentía algo así. Todos los habitantes de la torre estaban nerviosos, y no eran sólo los agotados astrópatas. Hasta los miembros de los Centinelas Negros se mostraban agitados, como si la presión latente de los psíquicos agotados estuviese logrando de algún modo atravesar los escudos de sus cascos y les estuviese fomentando la agresividad. La sensación general era la misma que el ambiente previo a una batalla, donde la tensión se elevaba hasta niveles insoportables antes de que se efectuase el primer disparo y comenzara la matanza.

A pesar de la buena noticia que suponía el contacto con una de las legiones leales, Sarashina no fue capaz de quitarse de encima la idea de que aquella comunicación era portadora de algo tan terrible que se encontraba más allá de su capacidad de comprensión. Sabía muy bien que se estaba comportando de un modo melodramático. Después de todo, un acontecimiento de semejante magnitud lo habría visto alguien del Vatic. La predicción del futuro era una disciplina imperfecta, pero ¿era posible que algo tan terrible como lo que se temía le hubiera pasado por alto a sus augures?

No lo sabía, y eso era lo que más miedo le daba.

Sarashina notó algo húmedo sobre el labio superior. Se tocó la piel y las puntas de los dedos quedaron cubiertas de algo pegajoso. La sangre le salía de la nariz de manera fluida y continua, y se le escapó un leve gemido cuando notó que le impregnaba a los labios.

—No… —musitó cuando el dolor que había aumentado sin cesar en el interior de su cabeza estalló para convertirse en una punzada de agonía al rojo blanco que le atravesó los lóbulos frontales del cerebro.

La visión ciega de Sarashina se distorsionó igual que un pictógrafo se llenaba de estática al encontrarse demasiado cerca de un magneto potente, y trastabilló al perder por completo el equilibrio. El mundo se volcó con fuerza de un lado a otro, y Sarashina se desplomó en el suelo de mosaico cuando una oleada de energía psíquica de proporciones cataclísmicas invadió la sala mental.

La hecatombe provocada por la llegada del Rey Carmesí y la rotura de los poderosos sellos protectores que rodeaban el portal dorado situado en las profundidades del palacio se extendió por todas las montañas igual que la onda expansiva de una explosión atómica. Un tsunami de energía psíquica surgió rugiente de las entrañas del palacio convertido en un torrente iracundo que llegó a tocar todas y cada una de las mentes de la superficie del planeta.

Las torres doradas del palacio se estremecieron bajo aquella fuerza, y multitud de estatuas irremplazables y de valor incalculable se desplomaron desde sus pedestales cuando la onda expansiva sacudió incluso las propias bases rocosas de las montañas. La locura, el miedo y el pánico que flotaban sobre el palacio resurgieron rugientes como la oleada de una plaga oculta hasta ese momento.

Las hordas de lunáticos armados con garrotes y trozos de ladrillo asediaron los palacios de grandes columnas o se enfrentaron a otras turbas sin ninguna razón, sin que nadie pudiera dar una explicación lógica a todo aquello. La sangre fluyó a raudales por el mármol que pavimentaba las avenidas y paseos dorados. La locura recorrió acechante las galerías iluminadas y la demencia reinó a lo largo y ancho del techo del mundo.

Sin embargo, con la misma rapidez con la que se produjo, la locura de sus actos resultó evidente a los miembros de las turbas, y se apresuraron a retirarse y a desaparecer con expresión culpable a curarse las heridas o para aislarse ante posibles ataques de venganza. Pocos minutos después de producirse el comienzo de la onda expansiva psíquica, ésta ya había pasado por encima de las cimas del palacio para extenderse por toda la superficie del planeta, igual que el avance imparable de una plaga.

Los que se encontraban en la otra cara del mundo sufrieron pesadillas como no se habían tenido desde los peores tiempos de la Vieja Noche. La memoria genética de aquellos horribles tiempos de locura resurgieron en la mente de todos aquellos que estaban durmiendo a lo largo y ancho del planeta y provocó la aparición de sueños en los que aparecían ciudades encharcadas de sangre, exterminaciones a escala planetaria y la esclavitud de la propia especie humana.

Hubo ciudades enteras de Terra que se despertaron chillando, y millones de personas se quitaron la vida con sus propias manos cuando sus mentes resultaron destrozadas por la fuerza de aquel asalto psíquico. Otros se despertaron con las mentes alteradas de un modo tan básico y fundamental que se convirtieron en personas completamente nuevas. Padres, esposas e hijos se olvidaron de quién eran los unos y los otros cuando los recorridos mentales de sus cerebros quedaron borrados, o fueron reorientados de un modo que abocó a familias enteras a la desaparición.

Las manifestaciones físicas de esos sueños y pesadillas fluyeron en aquellos lugares donde la barrera que separaba la disformidad y el plano material era muy delgada. Lobos de pelaje negro con luces ardientes en vez de ojos descendieron de las montañas para arrasar comunidades enteras, y no se encontró arma alguna que fuera capaz de matarlos. Absolutamente toda la población de algunas ciudades y pueblos desapareció por completo cuando los catastróficos derramamientos de energía de disformidad los envolvieron y no dejaron a su paso más que un entorno inquietante

de edificios intactos pero vacíos.

La población entera de Terra sufrió debido al orgullo desmedido de Magnus, pero en ningún sitio se padeció más la onda expansiva psíquica de su recuerdo que en la Ciudad de la Visión.

Sarashina cerró la mente a cualquier uso de su don y alzó todas sus defensas psíquicas cuando una cantidad colosal de energía psíquica sin control alguno y en estado puro llenó la estancia del mismo modo que ocurriría con un reactor de plasma momentos antes de que el sistema de refrigeración se sobrecargase. Notó cómo la oleada rugiente de poder psíquico saltaba por encima de las montañas procedente del horrible e inmenso flujo de energía de la disformidad que surgió del mismo corazón del palacio.

Incluso desconectada de sus poderes principales, Sarashina notó cómo la abrasadora oleada de energía psíquica atrapada en la sala mental encontraba un modo de salir a través de las mentes de los astrópatas del Coro Primus. Quinientos de ellos murieron de forma inmediata cuando sus cerebros quedaron reducidos a cenizas ennegrecidas por la colosal descarga de energía mental.

Los demás miembros del Coro Primus chillaron al unísono cuando todos y cada uno de ellos sufrió la agonía de una muerte psíquica lenta y abrasadora. Los astrópatas fueron muy conscientes de que sus cerebros se estaban quemando en el interior de sus cráneos, y aullaron como animales heridos a medida que sus funciones mentales superiores quedaban abrasadas, hasta que finalmente sus funciones autónomas enloquecieron y los hicieron entrar en una serie de ataques espasmódicos que les rompieron las piernas, les partieron las espinas dorsales y les reventaron la cabeza, de modo que se provocaron a sí mismos la muerte.

Las defensas mentales que poseía Sarashina se encontraban entre las más poderosas de toda la Ciudad de la Visión, pero hasta ella tuvo que esforzarse al máximo para contener aquel ataque de procedencia desconocida. Las diferentes capas protectoras actuaron como un dique sometido al embate de las olas provocadas por un huracán. Un dolor agónico se apoderó de sus entrañas, y Sarashina lanzó un aullido.

Cuando la pared permeable que existía entre ambas realidades quedaba desgarrada por los impulsores de disformidad de una nave, cualquier psíquico situado a diez años luz de ella notaba una cierta incomodidad.

Aquello era igual que estar encadenada al propio núcleo de un impulsor de disformidad.

El dolor era intensísimo, el dolor propio de una traslación, pero no había razón alguna para sentirlo.

Daba la sensación de que la propia Terra estaba a punto de sumergirse en el caos inmaterial de la disformidad. La idea era absolutamente ridícula, pero se le quedó

clavada igual que una astilla en la carne blanda. En el mismo momento que pensó aquello, Sarashina sintió una oleada de dolor atroz invadirle las entrañas. Lanzó un grito y se llevó las manos al vientre cuando un chorro de bilis caliente y de la cena apresurada que había tomado la noche anterior, ya parcialmente digerida, le saltó de la boca en una erupción de vómito ácido.

El torbellino de energía psíquica rugió a su alrededor mientras destrozaba las mentes y los cuerpos de los miembros del Coro Primus con su furia incesante y primigenia. Las luces vitales de los astrópatas fueron apagadas una por una con la misma facilidad que una persona apagaría las velas de una sala de velatorio.

Pero el coro no murió sin lucha, ni en silencio.

Sarashina se esforzó por aislar su mente de los gritos de agonía que aullaban los astrópatas moribundos que la rodeaban, pero algo así era imposible ante semejante chillido de muerte lanzado al unísono. Aquel grito lo componían los recuerdos al desaparecer, las vidas que se desvanecían sin estar completas y el terror de saber que todo lo que uno era estaba quedando destruido de un modo lento y dolorosísimo. El horror de notar cómo se disolvía el cerebro, a sabiendas de que no había nada que se pudiera hacer para impedirlo. Todas y cada una de las defensas que se levantaban eran inútiles, cada mantra aprendido para hacer frente a semejante ataque era fútil.

Sarashina sintió todo aquello, cada emoción, cada sensación de horror, cada brizna de pérdida y de desesperación. Fluyó por su cuerpo y empapó cada una de las células de su organismo con una inenarrable sensación de angustia. Sin embargo, a pesar de estar muriéndose, los astrópatas cumplieron con su último deber. El brillo arrasador y asesino de aquella descarga de energía psíquica impulsó sus poderes hasta que alcanzaron un nivel inimaginable durante un brevísimo instante, lo que los convirtió durante un momento en los astrópatas más poderosos de toda la historia de la galaxia.

Al igual que los dementes y los profetas, que los muertos y los moribundos, bebieron más profundamente del pozo de sabiduría infinita que contenía la disformidad. Tuvieron acceso a todos los acontecimientos que habían ocurrido, y a aquellos que todavía tenían que suceder. Lo que cierto adepto radical de Marte había intentado lograr con la tecnología, ellos lo consiguieron utilizando el mismo poder que los estaba matando.

Era algo embriagador y entumecedor, algo sobrecogedor y mortífero.

El mensaje enviado por los Salamandras quedó hecho añicos y su canción sacrificó a Abir Ibn Khaldun con el trueno de una descarga psíquica. Un poder inmenso e incomprensible quedó destilado con el último aliento del Coro Primus y tomó la forma de una singularidad de energía psíquica que resonó con el último grito de Ibn Khaldun. La luz de un millar de soles relució en el corazón de la cámara.

Unos colores imposibles, una luz imposible de soñar procedente del comienzo del

universo y el conocimiento de todo lo que existía flotaba en el centro de la estancia de un modo muy parecido al que lo haría el palpitar helado de una estrella de neutrones. Incluso aquellos que carecían del don del astrópata habrían visto su belleza centelleante si hubieran conseguido de algún modo sobrevivir a la descarga de la oleada inicial de energía inmaterial.

Los últimos supervivientes del coro chillaron cuando de sus cráneos surgieron erupciones de luz. Unas monstruosidades aullantes y aberraciones de pesadilla salieron impulsadas por esa luz y abrasaron el aire al abrirse paso hasta el universo material a través de aquellos huéspedes vivos. La mayoría de tales engendros informes se marchitaron al surgir al ambiente hostil que suponía para ellos el plano físico, pero otros devoraron los restos titilantes de sus congéneres moribundos y se hicieron más fuertes. Se adentraron en la cámara formando tiras sucias de luz contaminada mientras Sarashina se levantaba del suelo limpiándose la barbilla de los goterones de bilis y de vómito.

Las sirenas de alarma resonaban por toda la Ciudad de la Visión, y le llegó el eco del estampido de varios disparos cerca de allí. Era evidente que aquella sala mental no era la única estancia de la Torre de los Susurros que estaba sufriendo brechas en el tejido de la realidad.

Las criaturas de la disformidad descendieron desde las zonas superiores de la sala mental y rodearon la esfera de luz imposible donde momentos antes se encontraba sentado Abir Ibn Khaldun. Se quedaron allí, igual que unos viajeros cansados que se agruparan alrededor de la hoguera de un campamento. Ninguno de aquellos entes suponía una amenaza para Sarashina, ya que eran demasiado insustanciales y débiles como para que pudieran atacarla. Sin embargo, su presencia no tardaría en hacer entrar a los Centinelas Negros. La astrópata oyó cómo los guardias ya habían comenzado a abrir a golpes los cierres de la sala mental sellada, pero no prestó atención alguna a aquel sonido y se concentró por completo en la luz brillante y centelleante del centro de la cámara.

Giraba sobre sí misma como si fuera una bola rellena de joyas líquidas de color azul, blanco, verde, rojo y cualquier otro color imaginable. Era algo inconsistente e insustancial, con un aspecto tan denso como el de un agujero negro y al mismo tiempo tan leve como una neblina. Sarashina oyó el canto de sirena de su magnífico poder y se sintió atraída del mismo modo que los carroñeros se ven atraídos por la carne podrida. La imagen la inquietó, ya que no era suya, sino que procedía de las profundidades de aquella energía solidificada.

Sarashina había tenido la suerte de no padecer nunca el dolor de la afección psíquica, pero al verse ante aquel increíble poder, su mente sufrió como la de un novicio al que le hubieran quitado su don. Todo su ser ansiaba aquello, y Sarashina supo con cada paso que daba que no sería capaz de resistirse a aquel poder increíble.

Flotaba en el aire delante de ella, y las criaturas de la disformidad le dejaron paso separándose igual que los cortinajes de una obra del Theatrica Imperialis. Sarashina sintió el ansia insensata que los embargaba, el deseo voraz de vaciarla de toda su esencia. Un simple pensamiento los hizo retroceder como perros apaleados. Una explosión rugiente resonó a su espalda, pero Sarashina era totalmente ajena a todo lo que no fuera la maravillosa luz que tenía delante.

Aquella entrada a una dimensión de posibilidades infinitas prometía tanto…

Verdad, conocimiento, poder.

El aspecto de sus poderes dominado por el Vatic vio el potencial que ofrecía conocer el transcurso del futuro con perfecta claridad. Con ese conocimiento sería capaz de advertir a los ejércitos del Emperador y se convertiría en una pieza clave y fundamental en el aplastamiento de la rebelión de Horus. En menos de un latido podría conocer el futuro de todas las cosas.

Un simple contacto sería lo único que iba a necesitar.

A pesar de ello, dudó. Sabía tanto a un nivel consciente como primigenio que no se podía confiar en nada que tuviera que ver con la disformidad. El dolor por la afección psíquica se le acentuó en el estómago, y las tiras impuras de vida procedente de la disformidad revolotearon a su alrededor formando estelas de luz fantasmal. A pesar de todas las advertencias que le estaban gritando sus funciones cerebrales superiores, tenía que tocar aquel poder, sentir durante un instante fugaz el calor del núcleo de la creación.

Sarashina alargó una mano de dedos temblorosos y tocó la energía pura de la disformidad.

Y chilló cuando vio la cámara roja en todo su infinito horror.



NUEVE

CENTINELAS
A DONDE NO IRÍAS
SATURNALIA

Evander Gregoras arrastró a Kai a través del caos que se había apoderado de la Torre de los Susurros. Kai estaba casi paralizado por un terror asfixiante, y avanzó a trompicones a través de una neblina roja de horror debido a que el recuerdo de lo que había visto, olido y oído a bordo de la *Argo* volvió con una claridad maligna. Hacía mucho tiempo ya que habían dejado a Athena atrás, y habían atravesado pasillos de techo bajo y túneles estrechos que parecían pensados para enanos desnutridos. El criptaestesiano conocía muy bien el entramado interno de la torre y evitó los pasillos más concurridos y las salas mentales mientras la onda de choque psíquica seguía resonando y rugiendo en el interior de la ciudad de los astrópatas.

Kai no tenía ni idea de lo que había ocurrido, pero hasta la última partícula de su instinto de supervivencia le suplicaba que encontrara un lugar donde ponerse a salvo. Los gritos seguían llenando el aire, ya que las piedras susurrantes los llevaban de un lado a otro del interior de la torre igual que si fueran unos secretos horripilantes. Las campanas de alarma no dejaban de sonar, y al estampido de los disparos le siguieron con rapidez los bramidos iracundos de los Centinelas Negros.

—¡Por el Trono! —lo apremió Gregoras—. ¡Date prisa, Zulane!

—No puedo. No puedo hacer esto otra vez —le respondió Kai entre sollozos.

Gregoras se detuvo y le propinó una bofetada con el revés de la mano en plena cara. El golpe sonó duro y seco, semejante al de la madera al partirse. Kai retrocedió ante la fuerza de la bofetada, y la sangre y las mucosidades se le entremezclaron sobre el labio superior mientras se desplomaba en el suelo como un esclavo azotado.

—Ponte en pie —le espetó Gregoras.

—¿Para qué? —le respondió Kai con un susurro—. Vamos a morir todos. Los

demonios ya llegan y nos van a matar a todos. No conseguiré sobrevivir una segunda vez.

Gregoras tiró de él para ponerlo en pie. Su rostro, que antes había mostrado una expresión anodina y sin pasión alguna, se había convertido en una máscara de furia.

—¡Te he dicho que te pongas en pie! Esto es el patrón. Ponte en pie y ayúdame, o te entrego en persona a Maxim Golovko. Me reiré mientras contemplo cómo te mete una bala en el cerebro.

Kai se limpió la nariz ensangrentada con la manga de la túnica, aunque sólo comprendía una mínima parte de lo que le estaba diciendo Gregoras.

—¿Para qué me necesita? —quiso saber.

—No lo sé —admitió Gregoras—. Ojalá no fuera así, pero esto es lo que llevo buscando toda la vida. Tú has visto un breve atisbo, y tú me ayudarás a comprenderlo. ¿Lo has entendido?

—No, en absoluto.

Gregoras se encogió de hombros.

—No importa. Vienes conmigo de todas maneras.

Agarró a Kai del cuello de la túnica y lo arrastró a lo largo de un corredor de paredes de hierro que parecía encontrarse entre una de las salas mentales y una sección del Oneirocrítica Alchera Mundi. De las piedras susurrantes fluían pensamientos de violaciones y asesinatos, de torturas y humillaciones. Kai tuvo que esforzarse por mantenerlos fuera de su cabeza. Habían sido pensamientos como aquellos los que habían convertido a los miembros de la tripulación de la *Argo* en monstruos aberrantes, en caníbales y en violadores de muertos.

Kai sólo había sobrevivido gracias a su aislamiento en la cámara astropática, a la que nadie salvo el capitán y el segundo de a bordo podían acceder. Habían sido los primeros en morir cuando los escudos protectores se habían derrumbado, y aunque los demonios arañaron el exterior de su cámara, ninguno había sido capaz de entrar.

Sin embargo, aunque los monstruos y la tripulación enloquecida no fueron capaces de sacarlo de su santuario, él, a su vez, no pudo aislar la mente de los horrores que devoraban todo lo que tenían de humano sus compañeros de nave. Oyó todos y cada uno de los gritos de sus orgías asesinas y sintió los apetitos repugnantes de las criaturas que surgían de aquellas matanzas sangrientas.

A bordo de la *Argo* disponía de un lugar en el que refugiarse. Allí, en la torre, estaba terriblemente expuesto.

¿Cómo iba a lograr sobrevivir a algo así?

Siguió a Gregoras a ciegas, arrastrado en pos de él, sin saber hacia dónde se dirigían o qué era lo que le había ocurrido a la torre. ¿La estarían atacando? ¿Acaso las fuerzas de Horus Lupercal ya habían alcanzado Terra y habían comenzado la invasión mediante la inutilización del Adeptus Astra Telephatica?

—En nombre del Emperador, ¿qué está ocurriendo? —preguntó.

Gregoras no le contestó, y vio que estaba medio agachado deslizando los dedos sobre las marcas de la pared que tenía al lado.

—¿Sabemos al menos dónde estamos?

—Por supuesto que lo sé —le replicó Gregoras—. Nos encontramos en los canales de residuos situados bajo el Zothasticron.

—¿El qué?

—Debajo de los canales de drenaje de los residuos psíquicos —le dijo el criptaestesiano mientras pasaba los dedos por la pared de enfrente—. Las piedras susurrantes reúnen el exceso de energía producido en las comuniones y los llevan hasta los sumideros de contención situados en la parte inferior de las torres. ¿Cómo crees que disipamos la energía psíquica?

—No sabía que teníamos que hacerlo —le contestó Kai.

—Entonces es que eres más tonto todavía de lo que pareces.

A pesar de que Gregoras le resultaba muy desagradable, Kai no estaba dispuesto a abandonar el único anclaje de seguridad que tenía en mitad de aquel torbellino de horrores desencadenados. Hasta ese momento no había visto más que a los guardias de los Centinelas Negros corriendo por doquier, pero las imágenes parpadeantes de cuerpos hinchados, de cadáveres cubiertos de moscas y de rostros despellejados que se le cruzaban por el rombencéfalo le indicaron que la Torre de los Susurros se había convertido en un lugar lleno de horrores que podía competir con lo sucedido a bordo de la *Argo*.

Les llegó por el pasillo el eco de unos disparos, a los que siguió una explosión y los estampidos apagados de varios lanzagranadas. Kai oyó gritos. Los sonidos le llegaron amplificados por la acústica propia de un túnel tan estrecho, aunque no tenía la certeza de si los estaba oyendo de verdad o los llevaban hasta su mente las piedras susurrantes.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kai.

—Magnus está aquí —le respondió Gregoras.

—¿Magnus el primarca?

—Por supuesto que es Magnus el primarca. ¿Quién si no iba a ser capaz de desencadenar semejante descarga brutal de fuerza psíquica?

—¿Cómo puede estar en Terra? Se encontraba a mitad de camino del otro extremo de la galaxia.

—No sé cómo ha sido posible, pero Magnus el Rojo está aquí, y su llegada ha desencadenado un poder como jamás te habrías podido imaginar.

—Entonces, ¿nos está atacando?

Gregoras inspiró profundamente mientras pensaba detenidamente en la pregunta.

—No me parece que sea eso lo que está ocurriendo. No creo que Magnus nos

haya traicionado, al menos de un modo intencionado. Sin embargo, ha actuado movido por una arrogancia tan increíble que no habrá perdón alguno para este acto. Al Emperador no le quedará más remedio que dar ejemplo con él.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sabes muy bien lo que significa.

—No lo sé. Dígamelo —insistió Kai.

—Significa que el Emperador soltará de nuevo a los Lobos.

Kai se estremeció aun sin tener muy claro a qué se refería Gregoras, pero supo por puro instinto que no sería conveniente preguntar nada más al respecto.

—En su aposento pronunció el nombre de lady Sarashina. ¿Está en peligro?

—En el peor peligro de todos —le confirmó el criptaestesiano, quien finalmente encontró la marca que buscaba en la pared—. La disformidad le va a proporcionar exactamente lo que ella quiere. Maldita sea…, debería haberlo visto venir. La doncella y el Gran Ojo. La verdad y el futuro, todo entrelazado. La zorra plateada que anuncia la verdad final. Ahora todo tiene sentido.

Gregoras había comenzado a balbucear de forma incoherente, y las frases que pronunciaba al azar, obtenidas en el transcurso de su investigación demencial, surgían de sus labios igual que los desvaríos de un perturbado. Ninguna de ellas tenía sentido, pero lo cierto era que nada de aquello tenía sentido tampoco. ¿Quién mejor que un loco para dar sentido a toda aquella locura?

—No entiendo nada de lo que está diciendo, pero si lady Sarashina se encuentra en peligro, deberíamos acudir en su ayuda.

Gregoras hizo un gesto de asentimiento.

—Si ya no es demasiado tarde para ella.

Gregoras y Kai salieron de los conductos de canalización de residuos por una de las cámaras centrales de la base de la torre. Los lúmenes de alarma brillaban con luces amarillas intermitentes, y había una pila de cadáveres apiñados como troncos de leña cortada en la entrada de una de las bibliotecas. Kai tuvo un acceso de arcadas ante el hedor de la sangre y el regusto actínico de los disparos de armas láser que impregnaban el aire. Las ráfagas de luz intensa acribillaban el interior de la biblioteca, procedentes de las filas ordenadas de las escuadras de los Centinelas Negros.

Otro grupo de guardias se afanaba alrededor de la puerta que daba al interior de la sala mental del Coro Primus. Estaban conectando los detonadores de las cargas de fusión mientras Maxim Golovko paseaba arriba y abajo detrás de los equipos de demolición como si fuera un depredador enjaulado. Era el único miembro de los Centinelas Negros que no llevaba puesto el casco, lo que suponía un insulto claro a los psíquicos de la Torre de los Susurros.

El gesto decía: «No os tengo miedo ni necesito protegerme de vosotros».

Un puñado de guardias de los Centinelas Negros se volvió hacia ellos cuando surgieron del canal, y todos los apuntaron con sus armas en una muestra de rapidez y precisión.

—¡Alto! ¡Protocolo criptaestesiano! —les gritó Gregoras.

Los guardias dejaron de apuntarlos, y Golovko atravesó las filas de los Centinelas Negros mientras éstos seguían acribillando el interior de la biblioteca. El mayor general tenía el rostro lívido, pero Kai notó que estaba disfrutando enormemente de su tarea de exterminación.

—Debería haber sabido que acabaríais atraídos al meollo de todo este problema —les dijo.

—¿Sarashina está ahí dentro? —le preguntó Gregoras sin hacer caso del comentario del comandante de los Centinelas Negros y pasando a su lado sin detenerse.

—Con el Coro Primus —le replicó Golovko—. ¿Se sabe qué está pasando?

—Sospecho lo que ha ocurrido, pero no es el momento de ponerse a discutirlo. Tenemos que abrir esta puerta ahora mismo.

Una explosión lanzó al exterior de la biblioteca una nube asfixiante de polvo, astillas y papel pulverizado, y el rugido aullante de algo antinatural resonó por todas las paredes. Las piedras susurrantes explotaron con estallidos de cristal roto, y Kai sintió que una oleada de rabia asesina le recorría todo el cuerpo. Dejó los dientes al descubierto en una mueca de furia y cerró los puños con fuerza. Sin embargo, esa emoción se desvaneció en cuanto Gregoras lo tocó en el hombro. Kai notó como la rabia salía de su mente y el velo rojo que se había apoderado de su visión se esfumaba.

Gregoras le había puesto una mano en el hombro y tenía la otra colocada sobre una piedra susurrante que había sobrevivido a aquella descarga psíquica.

—¡Piensa! ¡Mantén tus defensas! —le gritó Gregoras.

Kai asintió, avergonzado de haber permitido que sus murallas mentales se debilitaran tanto debido al miedo que sentía ante lo que estaba ocurriendo.

—Lanzad unas cuantas granadas antipsíquicas ahí dentro —ordenó Golovko con cierta brusquedad, pero con voz seca y firme—. No quiero que eso vuelva a ocurrir.

A Kai jamás le había caído bien Golovko, pero aquel individuo acababa de soportar un ataque psíquico sin pestañear. La única señal visible del esfuerzo que había tenido que soportar para hacerle frente era la vena palpitante en una de sus sienes, que vibraba como un conducto hidráulico. Golovko se dio cuenta de cómo lo miraba y sacudió la cabeza en un gesto de desprecio.

—Hace falta mucho más que eso para acabar con este soldado.

Kai no le contestó y se concentró en mantener sus propias defensas contra el

poder que salía en oleadas de la biblioteca. Vio a través de la humareda y de los cuerpos destrozados que se amontonaban en la entrada un torbellino de luz y de carne, una monstruosidad incoherente creada a partir de huéspedes todavía vivos y de carne arrancada a la que daban forma y movilidad una serie de energías inmateriales. Apartó la mirada cuando aquel ente sintió su escrutinio y varios zarcillos de luz se dirigieron hacia la puerta.

—No lo mires —le advirtió Gregoras con un siseo—. Tú, de entre todos los demás, deberías saberlo mejor que nadie.

Otra andanada de disparos acribilló a la forma en construcción de la criatura de la biblioteca, a la que le siguió el estampido sordo de las granadas de anulación psíquica. De inmediato, el aire adquirió una textura espesa y granulosa, y la estática rugiente provocada por la criatura del engendro de la disformidad disminuyó hasta alcanzar unos niveles soportables.

—Yeltsa, entra ahí y saca a esa cosa de mi torre —ordenó Golovko antes de volverse hacia la sala mental del Coro Primus—. ¿Cómo van esas cargas perforantes?

—Listas, señor —le contestó el técnico de demoliciones antes de apartarse de la puerta cubierta de explosivos y de entregarle el detonador a Golovko.

Gregoras y Kai se pegaron contra la pared, mientras que Golovko se quedó delante de la puerta y empuñó un voluminoso lanzagranadas que llevaba a la espalda.

—Recuerda que quien está ahí dentro es Aniq Sarashina —le advirtió Gregoras.

—No sabemos lo que hay ahí dentro —le replicó Golovko—. Pero si es hostil, lo mataré.

—Si la matas, tendrás que responder de ello ante el señor del coro.

Golovko se encogió de hombros y luego apretó el botón de activación de la caja con el detonador.

Kai había esperado una explosión rugiente y tenía los oídos tapados, pero las cargas de fusión simplemente comenzaron a brillar con un intensísimo resplandor de color blanco azulado, y el único sonido que se oyó fue el siseo del metal sobrecalentado y licuado en cuestión de segundos. Los chorros de metal fundido bajaron goteantes por la superficie tallada de la puerta a medida que las cargas derretían los cierres.

Golovko dejó caer el detonador y amartilló el dispensador de munición del lanzagranadas.

Propinó una patada a la puerta para abrirla del todo, y una horda de voces gemebundas salió en tropel de la estancia tras romperse el aislamiento de la entrada. Los chillidos de bebés que todavía no habían nacido y de cadáveres que llevaban fríos en el suelo desde hacía milenios surgieron de forma explosiva de la sala mental. Aquel coro de muertos y de aquellos que todavía debían morir se fusionó hasta formar un imponente aullido de miedo y remordimiento. Golovko se mantuvo firme

ante aquel ciclón de muertos, impertérrito, sin que le importaran lo más mínimo los tormentos que habían sufrido o las vidas que todavía no habían vivido.

Kai sintió el torrente de energía psíquica desencadenada y torció el gesto en una mueca de dolor cuando asaltó sus defensas mentales. Padeció el horror de todas y cada una de las muertes que se habían producido en el interior de la sala mental, y un reguero de lágrimas de impotencia le bajó por las mejillas al sufrir los últimos momentos agónicos de los astrópatas del coro. De la sala mental surgió una luz pálida, semejante a la de una baliza que brillara bajo la superficie, con un resplandor tembloroso y lleno de incertidumbre. La silueta de Golovko formó una sombra alargada, y durante una fracción de segundo Kai hubiera jurado que el rostro del general era una máscara de sangre, como si alguna clase de parásito de pesadilla hubiera estallado en su interior.

—¿Vais a venir entonces, o no? —les preguntó Golovko, y la impresión de la existencia de aquella horrible herida desapareció—. Quizá necesite vuestra ayuda.

Gregoras se apartó de la pared, y Kai se dio cuenta de la indecisión que lo invadía.

—Voy con ustedes. Si Sarashina está en apuros, quiero ayudar —dijo.

Gregoras hizo un gesto de asentimiento y entraron en pos de Golovko. Una docena de centinelas negros los siguieron, y todos juntos se adentraron en aquella luz temblorosa e incierta. En la sala mental hacía frío, igual que si se encontrasen en la tundra helada. El suelo crujía bajo sus pasos por el hielo recién formado. Entre los paneles de madera de las bancadas inferiores se extendían telarañas de escarcha, y de las mochilas dorsales de los centinelas negros surgían vaharadas de condensación.

Kai se mantuvo pegado a Gregoras, ya que en su fuero interno, a un nivel muy básico, sabía que el criptaestesiano lo estaba ayudando a reforzar sus defensas mentales. El poder que estaba actuando en el interior de la torre era tan enorme que Kai estaba convencido de que él solo no hubiera sido capaz de resistirlo, no sin la ayuda de Gregoras.

Era difícil determinar con exactitud lo que estaba ocurriendo en el interior de la sala mental. La luz que relucía en el centro era tan brillante que apagaba todo lo demás. Kai tuvo la certeza de la existencia de una silueta negra, una mancha oscura de extremidades humanas que tocaba un sol que quemaba con una cegadora luz de color zafiro.

—¡Lady Aniq! —gritó.

Las palabras le salieron de la boca transformadas en una serie de volutas de humo colorido que se echaron a reír llenas de alegría al tomar forma y vida antes de disolverse en aquel fértil aire. Gregoras le lanzó una mirada de advertencia con la que lo avisó claramente de que no volviera a decir nada. Kai cerró la boca antes de volver a hacer otra estupidez.

Los centinelas negros se desplegaron con los rifles preparados y las granadas activadas. Golovko avanzó a la cabeza del grupo, empuñando su voluminosa arma hacia adelante. No dijo nada, pero su actitud indicó que ya había pasado por aquello con anterioridad, aunque Kai fue incapaz de imaginarse dónde había sido. Había oído hablar de criaturas engendradas en la disformidad que se apoderaban de los astrópatas y los utilizaban como un medio de llegar hasta el universo material, pero ¿toda una sala mental?

Varias tiras de luz revoloteaban en el techo de la cámara igual que una bandada de pájaros, y Kai se obligó a sí mismo a apartar la mirada de ellas. Cuando sus ojos se ajustaron a aquel tremendo brillo, se llevo una mano a la frente y levantó la vista hacia las bancadas que rodeaban el centro de la cámara.

Los astrópatas del Coro Primus yacían rígidos en la postura en la que habían muerto, con los ojos iluminados por un fuego sobrenatural que surgía de sus cuencas oculares inútiles como un humo fosforescente. Tenían las bocas abiertas mostrando una sonrisa de calavera, y la misma luz muerta ardía entre sus labios quemados, como si estuviesen aullando luz.

Los centinelas negros rodearon la esfera de luz. Kai vio que su superficie estaba cubierta de pautas que se retorcían entre sí, de chorros brillantes como el sol y franjas vacías en espiral. Brillaba como un sol en miniatura, pero uno que era la antítesis de la estrella de Terra. Aquél era un sol muerto que absorbía vida de todos los cuerpos que lo rodeaban.

Aniq Sarashina se encontraba delante de él, con una mano tendida hacia su brillo y envuelta en el fuego de su energía antinatural. Las líneas de plasma de baja intensidad formado por la energía en estado puro se le enroscaban alrededor de los brazos, y la piel se le había vuelto translúcida. Las venas, los huesos y los músculos eran visibles a simple vista, y la misma luz que brillaba en los ojos de los astrópatas del Coro Primus ardía en los suyos.

Kai deseó ser capaz de llorar. La tristeza que lo invadió fue demasiado intensa. Lady Sarashina se moría, hasta el más estúpido se daría cuenta de ello, y no había nada que nadie pudiera hacer para evitarlo. Quiso salvarla, lo mismo que ella lo había salvado de una vida desperdiciada, pero no pudo hacer nada aparte de contemplar cómo la luz de la disformidad la abrasaba desde su propio interior.

Varios fantasmas de energía rodeaban su cuerpo con una neblina ectoplásmica. Se trataba de unas criaturas que casi no se encontraban sumergidas en el plano material y que por ello apenas eran visibles. Eran poco más que destellos de conciencia, apenas capaces de mantener su presencia en el plano físico, y sin embargo, flotaban de un modo protector alrededor de Sarashina, como si ella fuese un botín que no estuviesen dispuestos a dejar escapar.

—Gregoras, ¿esas cosas… son muy peligrosas? —le preguntó Golovko.

—No son nada. Los deseos más básicos e impuros a los que se les ha dado forma. No pueden hacernos daño —le aseguró Gregoras.

—¿De verdad? A mí todo esto me parece una auténtica intrusión para algo que es tan poco peligroso. Puede que no sean tan inofensivas.

—No son más que criaturas parasitarias y oportunistas. Cruzaron cuando la barrera se derrumbó.

—¿Qué hay de esa bola de luz? ¿Debería preocuparme por algo así?

—Cuando se trata con la disformidad, uno siempre debería estar preocupado.

—De acuerdo. ¿Cómo la destruyo?

—Tú no puedes. Yo sí —le replicó Gregoras.

El criptaestesiano se acercó a la esfera de luz con las manos extendidas por delante de él, y Kai notó el incremento de una poderosa energía psíquica. Gregoras ya era de por sí un psíquico muy poderoso, con una capacidad que Kai jamás lograría entender o poseer, pero la llegada del Rey Carmesí a Terra había incrementado todos sus poderes.

—Mi mente es intocable. Es una habitación sellada —dijo—. Nadie puede entrar sin mi permiso. No tenéis poder alguno sobre mí.

Las criaturas de luz se apartaron de él al reconocer a una entidad que era más poderosa que ellas y a la que jamás podrían derrotar. El sol ardiente burbujeó lleno de rabia muda y su brillo disminuyó, pero siguió siendo increíblemente poderoso.

—Éste no es un terreno que conozcáis —continuó diciendo Gregoras, e infundió poder y voluntad a cada una de las sílabas que pronunciaba—. Éste mundo no es el vuestro y no pertenecéis a este plano. Marchaos y no contaminéis más este lugar.

Las criaturas sisearon sin emitir sonido alguno, pero se apartaron un poco más. No estaban completamente acobardadas, ya que disponían de una fuente de energía de la que podían sacar sustento. La esfera de energía giró con mayor rapidez todavía, como si su propósito allí no estuviera cumplido, y el aire de la sala mental se vio sacudido por un chillido agudo. Kai se llevó de inmediato las manos a los oídos, e incluso Golovko hizo un gesto de dolor ante el penetrante sonido.

El comandante de armadura negra de los Centinelas apuntó el grueso cañón del lanzagranadas.

—¡No! ¡Por favor! —gritó Kai.

Al oír su voz, Sarashina se volvió hacia él, y Kai sintió cómo todo el dolor de la astrópata se le desplomaba encima. Sarashina sabía que se moría, pero había conseguido mantenerse con vida para ese preciso momento. Kai cayó de rodillas cuando vio el peso de la culpa y del remordimiento que la astrópata albergaba en su interior. Vio la angustia que se había instalado en su vida, pero más allá de eso también vio la decisión férrea de no fracasar, como si el destino de la galaxia dependiera de lo que ella debía hacer.

—No te muevas —le advirtió Golovko.

Sarashina ni siquiera hizo caso de su presencia y dio otro paso hacia Kai.

Éste estaba sudando a pesar del frío al imaginarse la clase de poder siniestro que en esos momentos estaría ardiendo dentro de Sarashina. Gregoras le gritó que retrocediera, pero Kai se había quedado inmovilizado bajo la mirada ardiente de la astrópata. Sarashina mantenía clavados los ojos en los suyos, y Kai ya no tenía el control sobre su propio cuerpo.

Gregoras comenzó a entonar las palabras del destierro. Eran unas palabras que sólo se enseñaban a los miembros de rango más elevado del Adeptus Astra Telephatica, ya que conocerlas era conocer el poder de las criaturas de la disformidad, y ese conocimiento no debía enseñarse a la ligera.

Kai sintió que Sarashina comenzaba a perder el asidero que la sujetaba a la propia vida cuando Gregoras puso toda su voluntad en detenerla. Golovko agarró a Kai del hombro para tirar de él y apartarlo, pero un tremendo chasquido de energía lanzó de espaldas al comandante. Una leve nubecilla de humo surgió del punto donde Golovko lo había tocado, pero Kai no sufrió daño alguno por la descarga de energía. Recordó vagamente que era el mismo sitio donde le había puesto la mano el desconocido de su sueño, el cognosciente.

—¡Apártate de él! —le gritó Gregoras a Sarashina al mismo tiempo que volcaba toda su fuerza de voluntad en las palabras de destierro.

—No estoy aquí para hacerle daño, Evander —le contestó Sarashina.

La respuesta le llegó como si la mujer que le hablaba se alejara más y más a cada instante que pasaba.

—Entonces, ¿para qué estás aquí?

—Para darle un advertencia.

—¿Una advertencia de qué?

—Una advertencia que debe pasarle a otro.

Gregoras se acercó con gesto cauto a Sarashina, como si no estuviera seguro de si debía seguir con las palabras de destierro o dejar de pronunciarlas con la esperanza de aprender algo de ella.

—¿Se trata del patrón? Dime, Aniq, ¿se trata del patrón?

—Sí, Evander, se trata de eso —le confirmó Sarashina—. Pero es algo mucho mayor de lo que jamás llegaste a imaginarte. O de lo que llegarás a imaginarte nunca. Ni siquiera el Emperador lo sabe todo.

—Por favor, dímelo —le suplicó Gregoras—. ¿Qué es? ¿Qué es lo que has visto?

—Nada que quisieras saber en toda tu vida —le contestó Sarashina antes de volverse de nuevo hacia Kai—. Algo que nadie debiera saber, y eso es algo que lamento profundamente.

—¿Qué lo lamenta? ¿Qué es lo que lamenta? —le preguntó Kai.

Sarashina se lanzó hacia adelante, rápida como un rayo, y agarró la cabeza de Kai con las dos manos. La luz que le brillaba en los ojos centelleó y Kai gritó cuando una horda de imágenes ardientes, aullantes, violentas, sangrientas y afiladas lo atravesaron y le llenaron el cerebro hasta más allá de su límite de capacidad. Chilló mientras su mente se esforzaba por procesar aquel inmenso caudal de información. Un billón de billones de imágenes, de acontecimientos, de recuerdos y de percepciones destellaron a través de su conciencia, todas las entradas sensoriales de una vida que abarcaba miles de años. Ningún cerebro mortal era capaz de albergar semejante depósito de conocimientos. Semejante fuente de experiencias sólo podría contenerla una mente que existiese fuera del plano material, una mente que no estuviera constreñida por las limitaciones físicas de la carne y de la sangre.

En mitad del caos de su mente sobrecargada, la voz de Sarashina atravesó el crescendo de pensamientos nuevos como si fuera una cuchilla de diamante.

Ésta advertencia debe verla una persona, y sólo esa persona. Sabrás quién es cuando la veas. Otros intentarán saber lo que te he dado, pero jamás debes decirle a nadie lo que acabas de saber. Te abrirán para enterarse de lo que te he comunicado, pero no lo encontrarán. Lo esconderé en el único sitio al que no quieres ir.

Los ojos artificiales de Kai giraron en las cuencas oculares, y de allí salieron regueros de lágrimas de sangre. El mundo desapareció convertido en un único punto de luz brillante.

Oyó el estampido resonante de una pistola de gran calibre, y la salpicadura de algo tibio le roció la cara.

Una luz se apagó en el mundo, y el torrente de vida que fluía hacia Kai se vio interrumpido de repente, igual que si alguien hubiera arrancado el cable de alimentación de datos de una máquina lógica del Mechanicum. En mitad del diluvio de un millar de imágenes a cada instante, una sola de esas imágenes se expandió con una claridad cristalina.

Era un rostro, anciano y sabio, implacable y decidido.

Era un hombre que era mucho más que un simple hombre: un guerrero, un poeta, un diplomático, un asesino, un consejero, un verdugo, un místico, un pacificador, un padre y un portador de la guerra.

Era todo eso y un millar de cosas más.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención a Kai fueron sus ojos.

Tenían el color miel más hermoso que jamás hubiera visto.

Se asemejaban a dos monedas del oro más puro.

Kai abrió los ojos y lo primero que vio fue la bóveda de hierro desnudo del techo de la sala mental. La luz acuosa de la estrella muerta se había desvanecido, y la iluminación intensa de las luces de arco llenaba el lugar con una claridad implacable.

Quiso incorporarse para quedarse sentado, pero descubrió que tenía las extremidades atadas. La cabeza le dolía de un modo horrible. Unas punzadas de sufrimiento agónico le azotaban el cerebro de forma repetida, y gimió cuando sintió que lo que debía de ser la migraña más impresionante de toda la historia se instalaba en la parte delantera de su cráneo.

Un centelleo de colores enfermizos y mareantes le pasó por delante de los ojos. El estómago se le revolvió y tuvo que esforzarse para impedir que una oleada de bilis le estallara en la garganta. Aquello no era una simple afección psíquica. Aquello era una sobrecarga. Utilizar sólo una mínima parte del poder de un astrópata era doloroso, pero utilizar demasiado también era algo igualmente debilitador.

—¿Qué…? —empezó a decir, pero fue lo único que pudo articular antes de que una figura apareciera ante él, aunque boca abajo.

—Has despertado —le dijo Gregoras.

—Eso creo. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué es lo que recuerdas? —le preguntó Gregoras mientras se movía para quedar en la posición vertical correcta a los ojos de Kai.

—No mucho. Me siento fatal. ¿Por qué no puedo moverme?

Gregoras le hizo un gesto con la barbilla y desplazó la mirada a lo largo del cuerpo de Kai. Éste siguió la dirección de sus ojos y vio que estaba inmovilizado por los tobillos y las muñecas con unos grilletes de plata reluciente. El metal tenía grabada con ácido una serie de dibujos intrincados. Kai hizo que los implantes ópticos enfocaran las lentes para poder verlos mejor.

—¿Sellos de contención? ¿Por qué estoy encadenado con argollas cubiertas de sellos de contención psíquica?

Gregoras soltó un suspiro.

—¿De verdad que no te acuerdas en absoluto de nada de lo que ocurrió cuando Sarashina te tocó?

Kai hizo un gesto negativo con la cabeza, y Gregoras levantó la mirada hacia algo que se encontraba fuera de la línea de visión del propio Kai.

—Lo primero que ocurrió fue que Golovko le disparó a Sarashina en la cabeza —le explicó Gregoras—. Tampoco es que me cayera bien, pero no se merecía morir así. Abatida como si fuera una simple criminal.

—¿Ha muerto?

—¿Es que no has oído lo que te acabo de decir? Un centinela negro le disparó en plena cabeza. Zulane, nadie sobrevive a eso.

—Sigo sin conocer la respuesta a mi pregunta —le replicó Kai, al que el tremendo dolor de cabeza había reducido su ya de por sí escasa paciencia—. ¿Por qué estoy encadenado?

—Por simple seguridad. Por la tuya y la mía.

—No lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Sospecho que nunca lograrás entenderlo.

—¿Y eso qué quiere decir? —exigió saber Kai.

—Significa que no me equivocaba al pensar que ibas a acabar siendo un problema.

Unas manos grandes agarraron a Kai por la espalda y lo pusieron en pie. Sintió que sus extremidades eran de goma, como si le hubieran quitado todas las fuerzas, y se tambaleó cuando sus piernas intentaron sostener el peso del cuerpo. La mano que lo mantenía en pie impidió sin esfuerzo alguno que se cayera. Le dolían todos los músculos, y tenía la sensación de que una carga eléctrica de baja intensidad le recorría toda la piel.

Su propia sombra quedó delante de él formando una larga mancha oscura. Había otras dos sombras, una a cada lado, pero éstas eran mucho más anchas y altas. Eran las sombras de unos gigantes. Kai se volvió para saber qué clase de ogros lo escoltaban, y se quedó sin respiración al ver las dos figuras que lo habían levantado del suelo como si no pesara nada en absoluto.

Sus armaduras eran de un oro impoluto, de grandes placas y cota de malla finamente trabajada, con unas faldillas formadas por láminas de cuero y acero bruñido. Llevaban abrochadas a los hombros mediante unos cierres con forma de rayo unas largas capas de color rojo intenso. Los dos tenían puestos los cascos cónicos, aunque sólo uno de ellos estaba rematado por una crin de pelo rojo. El otro estaba decorado con unas alas plateadas fijadas a las placas que cubrían la mandíbula.

Ambos iban armados con unas largas lanzas de astil de color marfil, cada una de ellas rematada por una hoja afilada de la misma longitud que el brazo de Kai. Debajo del comienzo del filo había acoplada un arma de proyectiles de proporciones monstruosas. Las placas de las armaduras no mostraban una superficie lisa, sino que estaban cubiertas de palabras grabadas de un modo muy decorativo. Las líneas se enroscaban alrededor de las grebas, de los bordes de las placas pectorales, debajo de las hombreras y alrededor de las gorgueras.

—La Legio Custodes… —musitó Kai.

Había oído decir que los custodios se ganaban sus nombres a través de sus vidas prolongadas mediante la ciencia, y si eso era cierto, aquellos dos guerreros eran evidentemente dos miembros muy veteranos de su orden. Se mantenían inmóviles igual que las estatuas doradas que protegían la entrada de las grandes pirámides subterráneas de los estratos subdesérticos de Sudáfrika, pero Kai supuso que eran capaces de moverse con más rapidez de la que, viéndolos, se podía imaginar.

—Kai Zulane —dijo uno de los gigantes dorados, el que tenía las alas plateadas en el yelmo.

—Sí —le contestó Kai, sorprendentemente tranquilo ante la presencia de un

guerrero tan letal.

—Soy Saturnalia Princeps Carthagina Invictus Cronus Ishayu Kholam. Y estás sometido por la ley imperial a mi custodia. Si intentas escapar o emplear cualquiera de las posibles facetas de tus capacidades astropáticas, serás eliminado de forma instantánea y sin recurso posible a cualquier instancia superior. ¿Hay algo que no hayas entendido de lo que he dicho?

—Perdón… ¿qué?

El gigante se inclinó hacia él, y a Kai le pareció que las lentes rojas del casco se entrecerraban. Saturnalia inclinó la cabeza hacia un lado, y Kai intentó imaginarse lo que estaría pensando el custodio. Éste miró a Gregoras.

—¿Ha quedado reducido a un estado de imbecilidad? —le preguntó el custodio.

—No. Creo que simplemente está confuso —le contestó Gregoras.

Aquello pareció sorprender al custodio.

—He sido bastante claro.

—A pesar de eso. ¿Me permitís? —intercedió Gregoras.

Saturnalia hizo un gesto de asentimiento y se irguió.

—No entiendo lo que está ocurriendo. ¿Adonde me llevan? No he hecho nada malo —declaró Kai.

—Sarashina te tocó. Una telépata muy poderosa que, si no estaba poseída, al menos actuaba como conducto de unas inteligencias de primer orden de la disformidad que estaban utilizando sus poderes del Vatic. Fuera lo que fuera lo que pasara a través de ella, se encuentra ahora mismo en tu interior, y vamos a descubrir qué es.

—¿Vamos? ¿Quiénes son «vamos»?

Fue Saturnalia quien le contestó aquella pregunta.

—Los neurolocutores de la Legio Custodes —le replicó el custodio—. Te vamos a llevar a los calabozos del Palacio Imperial, y unos individuos con la habilidad para conseguir información a toda costa te sacarán lo que sea que tengas metido en la cabeza.

—¡Un momento! —exclamó Kai, y se volvió hacia Gregoras—. ¡No puedes dejar que me lleven allí! ¡No he hecho nada malo!

Sus gritos cayeron en oídos sordos, y el criptaestesiano se limitó a contemplar cómo los custodios colocaban una corona de bronce sobre las sienes de Kai.

—¡No! ¿Qué es eso? —preguntó a gritos.

La pregunta quedó contestada un segundo más tarde. Oyó un leve zumbido y su sistema nervioso se desconectó por completo, lo que lo dejó inerte en las manos de los custodios.

—¡No! ¡Os lo suplico! —sollozó Kai—. No sé nada. Sarashina no me transmitió nada. Lo juro. ¡Estáis perdiendo el tiempo! ¡Por favor! ¡Os equivocáis!

—La Legio Custodes no se equivoca —le replicó Saturnalia.

—¡Gregoras! ¡Por favor, ayúdame! —chilló Kai—. ¡Te lo suplico!

El criptaestesiano no le contestó, y Kai siguió chillando mientras lo sacaban a rastras de la sala mental en dirección a una camilla de acero y a un grupo de interrogadores equipados con escalpelos, tornos trepanadores y sondas neuropsíquicas invasivas.



SEGUNDA PARTE
LA CIUDAD VELADA

¿Eres capaz de imaginarte lo que significa ser ciego?

Totalmente ciego, no la simple pérdida del sentido de la vista o la temporal oscuridad de la noche, sino una total ausencia de sensaciones. Esto es lo que ellos creían que me habían hecho al romper mi vinculación con el Gran Océano, pero este concepto implica una literalidad de pensamiento que demuestra la ignorancia sobre la verdadera naturaleza de la disformidad.

Está por doquier a mi alrededor, no importa lo que mis captores crean, pero me satisface hacerles creer que me han hecho daño con sus collares amortiguadores y sus paredes impregnadas de cristales psicoaislantes. Siento la cataclísmica llegada de mi padre genético en las profundidades del palacio, y todavía percibo el caos que resuena por todo el globo tras su paso. Toqué la mente del Rey Carmesí y vi una parte de lo que lo condujo a tomar tan desesperadas medidas.

Aunque yo pertenezco a los Athanaeans, las visiones de futuro de los Corvidae y la vanidad de los Pavoni no me son facetas desconocida. Como no lo son las artes viscerales de los Raptora o de los Pyrae, aunque me irrita ejercer unos poderes tan vulgares. Un adepto exemptus de los Mil Hijos es un maestro de muchas cosas y un enemigo mucho más temible de lo que ninguno de estos individuos comprende.

Pero es bueno mantener a tus enemigos ignorantes de tu verdadero poder.

Toda guerra es un engaño, por lo que los que ganan las guerras son los que logran esconder mejor sus golpes.

Soy capaz de escuchar los pensamientos de mis hermanos enjaulados, la rabia controlada de Ashuba y la febril cólera de su gemelo. La adusta melancolía de Gythua es entretenida en pequeñas dosis, como lo son las petulantes diatribas que compone Argentus Kiron. Nadie importante las

escuchará, pero su deseo de perfeccionar su rabia no conoce límites.

Todos ellos están furiosos por la injusticia a la que hemos sido sometidos, pero ninguno comprende que no podía ser de otra forma. Tagore todavía piensa en la insultantemente pequeña fuerza enviada para capturamos, pero su rabia está demasiado difusa: contra nuestros captores por venir a por nosotros en primer lugar, contra los individuos que mataron a sus compañeros de armas, contra su legión por abandonarlo.

Pero en su mayor parte está dirigida hacia mí por no haberles advertido.

¿Cómo puedo ni siquiera tratar de explicarles mi razonamiento cuando ni yo mismo lo entiendo?

No fueron las palabras del cazador de psíquicos las que me persuadieron de mantenerme al margen. Sus palabras carecían de sentido tanto como los ecos mentales aleatorios de los restos de la disformidad. Realmente fue el sueño el que detuvo mi mano, el sueño de la gélida tumba iluminada de azul la que hizo que me detuviera.

En mi sueño caminaba por sus congeladas catacumbas y pude ver que el suelo estaba cubierto de fragmentos de huesos cristalinos. Millones de ellos cubrían las baldosas, surgiendo de los destruidos sepulcros en una marea infinita. Vi cada fragmento individual, cada uno reflejando y portando un recuerdo grabado en su vitrificada superficie.

Un gran ojo rojo reflejado en fragmentos de hueso.

Conozco ese ojo. Lo conozco bien, y me está hablando de un terrible crimen, aunque todavía no entiendo lo que está diciendo.

Es un lugar inhóspito, esta tumba por la que vago en la lóbrega luz de antorchas congeladas en el tiempo, sus llamas inmóviles y sin vida. Los muertos están a mi alrededor, puedo sentir cómo me miran. El peso de sus acusaciones es como una maldición, para utilizar un peyorativo de los antiguos.

Aunque ésta es una ciudad de muerte, es espantosamente bella. Las estatuas enormes de segadores encapuchados y de ángeles rencorosos adornan las grandes avenidas de los muertos, con sus expresiones más terribles congeladas en sus rostros.

Algo pasa raudo en los límites de mi visión, algo vívidamente colorido en este panorama de lo morboso. Pasa rápidamente entre las gigantescas estatuas monolíticas una criatura carroñera que es imposible que esté aquí.

Reconozco su afilado hocico y su pelaje de color óxido, los rebordes negros de sus orejas y pies.

Canis Lupus, una especie extinta desde hace miles de años, pero que ahí está.

No soy un biologis, pero de alguna forma sé que esta criatura no morirá aquí. El lobo sigue mi camino a través de la tormenta de huesos, acercándose más a cada instante que pasa, a pesar de que agito los brazas y lanzo terribles gritos de amenaza contra él. Viendo que el lobo no va a ser disuadido de su acercamiento, hago caso omiso de su presencia y me concentro en el lugar adonde me van a llevar mis pasos.

Hacia una monstruosa estatua, una que no estaba allí hace un momento, pero que brota del paisaje como un gigantesco misil surgiendo de un silo. Es la estatua alada de un ángel sin cara, construido en una extraña piedra de color negro crepuscular. Polvo de huesos cae de sus amplios hombros, formando unas avalanchas lo suficientemente grandes como para enterrar rápidamente una de las colmenas terrícolas. Como cualquier iniciado en la palabra de Magnus, comprendo la simbología de las poderosa fuerzas elementales, y conozco perfectamente la era de gran agitación que presagian.

Noto alguna cosa en el interior de esta estatua, algo maligno que me observa a través de su pulida cara sin rasgos.

Al igual que yo soy consciente de su presencia, ella es consciente de la mía.

El cielo por encima de la estatua recién emergida brilla con apagadas columnas de metal y oro. Una nave espacial permanece inmóvil por encima de la ciudad mausoleo. Su prístino color azul ha sido arrancado a fuego, y tan sólo los perlíferos restos de la insignia de su señor permanecen para indicar que esa nave perteneció a la XIII Legión. El nombre de la nave está grabado en su casco con letras de centenares de metros de alto, su retorcida escritura martillada sobre el casco de adamantio en los astilleros de Calth.

La Argo.

Conozco esa nave. Es una nave fantasma, destruida desde su interior por pesadillas de horror sublime. Piel de escamas rojas, oleosas lenguas negras y ojos que reflejan hasta el último pensamiento vil que alguna vez hayas tenido. Todo el mundo en esa nave está muerto, y sus muertes pesan con fuerza en la consciencia de uno que se encuentra aún más cerca.

El cree que es su culpa. Eso lo sé con una certeza que es tan inquebrantable como absurda. ¿Qué puede haber hecho él para condenar esa increíble nave a tan violenta muerte?

Pero la certeza es una locura en un lugar como éste, un lugar en que la verdad y las mentiras pueden cruzar las vastas distancias del espacio en un instante. Estoy tratando con lo intangible, lo alegórico y lo fantasmal, pero aun así afirmo su certeza. No se me escapa la ironía de todo ello.

Sólo entonces me doy cuenta de que no estoy solo, que hay otros conmigo.

Los reconozco y veo que todos ellos están muertos. Fantasmas. Lamentan su muerte y tratan de contarme cómo murieron, pero sus palabras no tienen sentido y no puedo entenderlos. Cada uno de ellos es, por propia voluntad\ un marginado y un muerto. Cada uno de ellos ha muerto por razones que sólo ellos conocen, sean éstas el honor, el orgullo, la vanidad o la sed de conocimientos.

Nobles razones todas ellas.

Escucho sus condenadas letanías y les canto con energía hacia el brillante faro de luz que alcanza hasta los confines más remotos de la galaxia.

Aquel de quien el Ojo ha hablado se encuentra aquí.



DIEZ

PRETORIANOS
EXCAVACIONES PSÍQUICAS
LA SANGRE PROTEGE A LOS SUYOS

La Legio Custodes mantiene su prisión bajo el pico conocido como Rakaposhi, aquella en la que los individuos considerados hostiles al Emperador fueron aislados del mundo superior. Excavada en la roca de la montaña, sus muros de piedra caliza estaban cubiertos de placas de adamando, resistentes a prácticamente todas las formas de armamento, y sordas a las súplicas de inocencia que resonaban en sus celdas.

En una antigua lengua muerta se la había conocido como Khangba Marwu, un nombre demasiado literal que daba una idea de su antigüedad. Tan sólo los custodios más veteranos utilizaban ese nombre. Para aquellos condenados a sus celdas y que no volverían a ver la luz del día, tenía un nombre mucho más prosaico: ellos la denominan simplemente como la Cripta.

Khangba Marwu siempre formó parte de la montaña, o al menos eso les parece a los que saben de su existencia. Siempre había sido un lugar de confinamiento, un lugar remoto para encerrar a los más violentos, a los más peligrosos y a los más despreciables males que el mundo hubiera conocido. Nadie sabía cuándo habían comenzado a excavarse sus celdas y corredores en la propia roca de la montaña, pues sus orígenes se encontraban mucho más allá de los límites de la memoria y de los documentos que perduraron.

Las historias de los terribles criminales encarcelados en sus oscuras entrañas se remontaban a miles de años atrás, aunque sus nombres ya habían perdido todo su sentido y sus crímenes habían sido, hace ya largo tiempo, olvidados. Pero había una gran cantidad de villanos arrancados de la memoria de los vivos que habían oscurecido sus estériles corredores y habían muerto enloquecidos en el interior de sus impertérritos muros.

Los lugartenientes del tirano del Pan-Pacífico acabaron allí, como lo fue el Etnarca de los Yermos del Cáucaso, el autodenominado Primer Emperador y el ser conocido simplemente como el Segador, un monstruo que las leyendas decían que era un ángel enviado a purificar la humanidad del mundo. Uillean el Rojo, el tiránico príncipe de Albyon, bebedor de sangre, también fue llevado allí para su ejecución después de que fuera derrotado en la batalla del Amanecer Azul. Los degenerados seguidores de Uillean conquistaron una cuarta parte del globo, pero fueron finalmente detenidos por un ejército de poderosos guerreros reunidos por un señor de la guerra de Nordáfrika conocido como Kibuka, del que se decía que invocaba a los rayos de las tormentas y proporcionaba a sus guerreros una fuerza sobrehumana. Con el paso del tiempo, el propio Kibuka fue enviado cargado de cadenas a Khangba Marwu, aunque no se recordaba ninguna historia que contara quién acabó con su reinado.

Un rumor persistente señalaba que el Emperador en persona había diseñado una celda especial para Narthan Durme, pero que se quedó sin usar tras la muerte del tirano durante la batalla final para derrocar a su régimen inhumano. Unas murmuraciones calumniosas afirmaban que fue la insistencia de Constantin Valdor lo que causó la ejecución de Durme entre las ruinas de su imperio, pues consideraba que era demasiado peligroso dejar con vida a un psicópata medio demente, medio genio.

El cardenal Tang también tenía que haber sido trasladado a esa prisión especializada, pero al igual que Durme, no llegó a ver el interior de su celda. Los presos que habían sufrido las peores torturas imaginables en sus sanguinarias persecuciones irrumpieron en su tanque de aislamiento y descuartizaron su cuerpo con las manos desnudas antes de poder arreglar su traslado desde Nusa Kambagan.

A lo largo de toda su dilatada historia, tan sólo un individuo había logrado escapar de Khangba Marwu, un enano llamado Zamora, del que se decía que había llegado a alcanzar el rango de mayor en la orden precursora de la Legio Custodes, un hecho que hacía que las anécdotas de su huida fueran aún más ridículas.

Khangba Marwu no había tenido escasez de internos desde el inicio de la Gran Cruzada; dementes y predicadores del apocalipsis que deliraban y despotricaban sobre la locura del Emperador, o avariciosos oportunistas que trataban de explotar esa nueva era dorada para su propio beneficio. Ninguno de estos prisioneros podía hacer gala de un pedigrí tan infame como Tang, Durme o Uillean, pero todo eso cambiaría una vez quedara derrotada la rebelión.

El bloque de celdas más inexpugnable de Khangba Marwu todavía está siendo preparado para contener al individuo más peligroso de la galaxia.

Pero ¿cómo cualquier instalación en Terra podía esperar mantener prisionero a Horus Lupercal?

El bloque Primus Alfa-Uno-Cero jamás estaba a oscuras. Las fases diurnas del

planeta no eran determinantes para el funcionamiento de la Cripta o las necesidades de los internos. La oscuridad era una ayuda para la huida y, por tanto, estaba prohibida. Uttam Luna Hesh Udar se detuvo frente al último punto de control de seguridad situado antes de las celdas, y dejó que los sensores biométricos de paredes, suelo y techo verificaran su identidad.

Los analizadores del aire examinaron su respiración, los sensores de masa corporal registraron su peso y los detectores de radiación midieron el ritmo de descomposición de los isótopos en su sangre y huesos. Más de un centenar de valores y marcadores genéticos se compararon con los archivos en tiempo real para asegurarse de que ningún intruso fuera capaz de penetrar la red de seguridad de Khangba Marwu sin ser detectado.

Uttam llevaba la armadura dorada propia de los custodios. Las placas de las mejillas de su casco integral estaban replegadas hacia el interior de su estructura laminar. Sus rasgos eran impasibles y no mostraban expresión alguna, el resultado del patógeno bacteriológico piel-verde que había dejado el cuadrante superior derecho de su cara incapaz de responder a los estímulos musculares. Su metabolismo potenciado había purgado fácilmente la toxina, pero los efectos colaterales de la herida habían reducido sus tiempos de respuesta automática a un nivel inferior a los mínimos exigidos para el servicio en primera línea.

Siendo un hombre orgulloso, Uttam se había tomado muy mal su alejamiento de las líneas de batalla de la Legio Custodes, pero se había adaptado y tomado su nueva función como carcelero en la Cripta con la misma determinación que lo había llevado muy cerca de una infiltración total en uno de los juegos de sangre, hasta el más reciente intento de Amon Tauromachian Leng.

Uttam había estudiado la ruta del joven custodio hasta el palacio sin encontrar fallo alguno en ninguna de sus decisiones hasta el último momento, cuando había decidido dejar de lado cualquier precaución y lanzarse al ataque como un simple asesino. Uttam habría atraído a su víctima como si fuera un insecto debatiéndose en una telaraña.

Mucho mejor dejar que la víctima haga el trabajo y separarlo sutilmente de sus protectores.

Uttam observó la placa en blanco situada encima de la entrada blindada para dejar que los identificadores retinales examinaran sus ojos. Ésa parte siempre era más larga de lo habitual, pues su ojo dañado hacía que las máquinas tuvieran que trabajar mucho más intensamente para establecer su identidad. A esa profundidad en la Cripta, tales medidas eran prácticamente innecesarias, pero el protocolo era el protocolo, y Uttam jamás ignoraba voluntariamente el protocolo.

Ésa idea hizo que Uttam se volviera a observar la procesión de soldados veteranos que lo seguían. Elegidos entre los regimientos más profesionales establecidos en

Terra, estaban armados con una extraña colección de armas que iba desde los lanzadores de redes, redes de plasma, capacitadores isolíticos y aplastamasas hasta los más convencionales rifles de fusión y rifles infernales.

Sobresaliendo más de una cabeza por encima del más alto de los soldados, Uttam apenas podía contener su desdén a medida que pasaban los controles de identificación. Le sentaba mal que esos hombres no fueran custodios, pues el nivel de peligrosidad de los prisioneros encerrados en el bloque Primus Alfa-Uno-Cero era demasiado letal como para que esos veteranos pudieran enfrentarse a esa clase de amenazas, independientemente de las armas que utilizaran. Una considerable parte de la fuerza operacional de la Legio había sido enviada a una misión en Prospero junto a los Lobos Espaciales. El propósito de la misión no había sido establecido, pero tan sólo podía haber una razón para alejar tantos pretorianos del lado del Emperador en unos momentos como éstos.

Dos soldados con armadura de placas carmesí y dorados visores de espejo conducían una caja metálica con forma de ataúd sobredimensionado que flotaba sobre campos gravitatorios. Un dispensador nutricional estándar modificado por el personal del Adeptus Mechanicum de la Cripta para proporcionar las provisiones especiales a esos prisioneros. Uttam consideraba incomprensible que a esos hombres se les hubiera permitido seguir con vida. Eran los individuos más peligrosos que había en Terra, y no podía desprenderse ningún bien de que siguieran existiendo.

Los detectores confirmaron la identidad del último de los soldados, y las puertas blindadas se desplazaron hacia arriba con un silbido neumático y un chorro de aire frío que anunciaba el vasto espacio que se abría al otro lado. Más allá de la puerta, los muros forrados de hierro del complejo carcelario daban paso a la roca tallada al pie de la montaña. Un olor a tierra fría y a roca que anteriormente había descansado bajo el más profundo océano surgió del interior. Brillantes globos lumínicos proporcionaban una iluminación que no permitía la existencia de sombras.

A treinta metros hacia el interior, un par de torretas accionadas por servidores se giraron y apuntaron hacia ellos, chirriando y chasqueando en el proceso de establecer la asignación de objetivos. Unos cañones automáticos de gran calibre gimieron por la velocidad rotacional de sus cañones mientras Uttam entraba en la zona de tiro.

—Uttam Luna Hesh Udar —dijo, pronunciando cada sílaba con una modulación precisa.

Los ojos artificiales de los servidores cambiaron de rojo a verde, y Uttam indicó a los soldados que pasaran a medida que los guerreros de la retaguardia se acercaban.

Sumant Giri Phalguni Tirtha era un custodio veterano cuyo nombre se decía que incluía al menos setenta y seis recompensas concedidas. Su armadura estaba pulida y decorada con palabras de aprobación además de los honores recibidos. Uttam no sabía cómo Tirtha había llegado a Khangba Marwu. No presentaba ninguna herida

aparente y se encontraba en impecables condiciones físicas, pero los rumores decían que una vez cuestionó una orden de Constantin Valdor.

El señor de la Legio Custodes era un hombre severo e inflexible, y aunque Uttam jamás había tenido el honor de verlo, dudaba que Valdor fuera tan mezquino como para apartar a alguien de su lado por una ofensa tan nimia. La Legio Custodes valoraba los guerreros que pensaban, hombres tenazmente determinados que fuesen capaces de cuestionar algo una y otra vez hasta que se les ofreciera una respuesta convincente.

—¿Hay algún problema Uttam? —le preguntó Tirtha—. ¿Por qué te detienes?

—Por nada en particular —dijo Uttam, avergonzado por su lapsus especulativo.

—Entonces será mejor que sigamos nuestro camino —dijo Tirtha—. No me gusta estar aquí, el aire apesta a ellos.

Uttam asintió. El aire realmente olía diferente. La fisiología única de los prisioneros los hacía distintos al resto de los mortales, incluso a los custodios, en muchas formas evidentes, pero también a muchos niveles menos evidentes. Fueran cuales fueran los crímenes cometidos por un hombre, todavía formaba claramente parte de la raza humana. Esos prisioneros olían sutilmente diferente… casi como alienígenas, y eso lo irritaba casi tanto como su traición.

Casi.

—Datos biométricos confirmados —dijo Uttam, y la puerta de seguridad se cerró tras Tirtha. Mientras, las barras de inusitado grosor encajaron en sus posiciones—. Bloque Primus Alfa-Uno-Cero ya está sellado y seguro.

—Confirmado —dijo Tirtha avanzando hacia el frente de la columna.

Uttam ocupó entonces la posición de retaguardia y avanzó a pasos cortos mientras Tirtha los conducía por el amplio corredor. Aunque habían sido seleccionados entre los más valientes y profesionales regimientos con base en Terra, no pasaba desapercibido el nerviosismo de los soldados mientras pasaban entre las torretas. Aunque se habían puesto en marcha rigurosas medidas de seguridad por orden de Uttam, esos cañones podían abrir fuego en un instante, y los ojos artificiales en verde de los servidores no prometían seguridad alguna para los que se vieran atrapados en la zona de tiro.

Uttam siguió a Tirtha y a los soldados hacia una amplia arcada cubierta con emisores de malla láser, a través de la cual se percibía el retumbar de generadores colosales y el olor actínico de unos poderosos campos de energía. Uttam pasó por debajo de la arcada, emergiendo a una vasta caverna de un kilómetro de anchura en su punto más estrecho, con resplandecientes muros y un techo mareantemente elevado. La caverna no tenía suelo, simplemente un pozo sin fondo que ocupaba toda su anchura. Uttam sabía que ese término era una hipérbole de la peor calidad, pero era adecuada a todos los efectos e intenciones.

Estaba de pie en una amplia plataforma construida en el borde de la caverna, a la sombra de un estrecho puente de acero entramado que se elevaba como el cuerpo de una grulla gigantesca. Tirtha estaba junto a la consola de control, y Uttam observó cómo maniobraba el puente hacia una isla de roca que flotaba en el centro de la caverna, suspendida en un brumoso cojín de energía invisible.

Unas máquinas gigantescas como motores espaciales estaban acopladas alrededor de la circunferencia de los muros de la caverna, y Uttam sintió cómo los pelos de la nuca se le erizaban en el aire cargado de electrostática. En un instante, esos generadores podían apagarse para dejar caer la isla hacia las profundidades del mundo. Con unos prisioneros tan peligrosos, no podía dejarse nada al azar.

El puente hizo contacto con la isla flotante, y una hueste de módulos de defensa automatizados instalados en los muros de la caverna giraron sus largos cañones para apuntar a la isla. Había treinta celdas aisladas en la roca flotante, pero tan sólo doce internos.

Con el puente en posición, Uttam avanzó hacia allí, con los soldados y Tirtha siguiéndolo a poca distancia. El puente resonó con las pisadas de sus botas blindadas, y él mantuvo la mirada firmemente fijada hacia adelante. Retiró su lanza guardiana de la vaina de rápido acceso que llevaba a la espalda y flexionó los músculos de su hombro para que estuvieran bien tonificados y a punto.

—¿Esperas algún problema? —le preguntó Tirtha por el comunicador del casco.

—No —replicó Uttam—. Pero siempre me siento mejor delante de esos cabrones si tengo un arma en la mano.

—Sé a lo que te refieres —dijo Tirtha—. Casi espero que uno de ellos intente algo, lo que sea.

—Ni siquiera bromees sobre eso —le advirtió Uttam mientras llegaba al otro extremo del puente.

La primera celda era un bloque cuadrado de tres capas de permacemento con ceramita entrelazada que no daba ninguna pista acerca de la naturaleza del recluso de su interior. Mostraba una falta absoluta de distintivos a excepción de una designación alfanumérica troquelada a un lado y una puerta transparente del vidrio blindado que generalmente podía encontrarse en los ventanales de las naves espaciales. Se trataba de un bloque del que nadie podría entrar o salir sin una orden de la Legio Custodes.

Uttam se aproximó a la puerta sintiendo el familiar nudo en el estómago por la tensión, el flujo de endorfinas y las drogas de combate que precedían a un enfrentamiento armado. La sensación era bienvenida, aunque no esperaba ninguna lucha en ese lugar.

Había una sola figura sentada con las piernas cruzadas en el centro de la celda, y su cuerpo musculoso apenas estaba contenido por el amarillo brillante de su mono de cuerpo entero de prisionero. El cabello largo, oscuro como el petróleo, se derramaba

sobre una cara ancha con rasgos genéticamente modificados que deberían ser feos, pero de alguna forma se combinaban formando un conjunto agradable.

Aunque el prisionero era más letal de lo que las palabras podían describir, tenía una apariencia cautivadora. Uttam sabía que no debía subestimar a Atharva simplemente porque procediera de una legión de eruditos. Mientras otros gritaban o escupían a sus carceleros, Atharva parecía aceptar su encarcelamiento sin rencor.

Atharva abrió los ojos, uno de brillante color zafiro y el otro ámbar pálido.

—Uttam Luna Hesh Udar —dijo el guerrero—. Estás interrumpiendo mi ascenso a las Enumeraciones.

—Es tu hora de comer —le contestó Uttam mientras el dispensador de nutrientes era encajado en el cristal transparente de la puerta. Un saco de celulosa con provisiones cayó al interior de la celda, y Atharva lo miró caer con una mezcla de desgana y resignación.

—Otro día, otro banquete —dijo el guerrero de los Mil Hijos.

—Podrías dar gracias de que te alimentemos —dijo Uttam—. Yo te dejaría morir de hambre.

—En ese caso tú serías el villano de la obra —dijo Atharva—. Y como pretoriano del Emperador eso jamás puede suceder, ¿no es verdad?

—No pronuncies su nombre, no eres nadie para hablar de él, traidor.

—Dime, Uttam, ¿a quién había traicionado cuando fui traído aquí? —le preguntó Atharva, abandonando su posición sentada para ponerse en pie con un suave movimiento—. Cuando Yasu Nagasena condujo sus tres mil al interior del Preceptorio, ¿a quién, exactamente, había traicionado? A nadie, y sin embargo aquí estoy, encerrado con guerreros cuyas legiones son adecuadamente tachadas de romper juramentos.

—Cuando un grupo tiene un brote de plaga entre sus filas, ¿tan sólo retiras a los enfermos o también pones en cuarentena al grupo entero? —le preguntó a su vez Uttam.

—Déjame que le dé la vuelta a tu ejemplo —le replicó Atharva—. Si una persona desarrolla un tumor, ¿lo destruyes selectivamente con un tratamiento o simplemente matas al individuo?

—El tumor muere de cualquiera de las dos formas.

—Entonces debemos estar agradecidos de que no seas médico, pretoriano Uttam Luna Hesh Udar —declaró Atharva.

Todos ellos volvían a él en la oscuridad; cada cara, cada grito y cada ultimo y terrorífico aliento. Kai yacía en un duro banco de piedra que también hacía de cama, acurrucado en posición fetal, meciéndose hacia adelante y hacia atrás mientras trataba de olvidar los dolorosos recuerdos que lo obligaban a revivir. Una aeronave lo había transportado desde la Torre de los Susurros a lo más alto de las montañas, a través de

bancos de nubes iluminados por las estrellas y picos de mareante altura bañados por la luz de la luna.

Ésa había sido la ascensión. A continuación había venido el descenso a las profundidades sin luz de una montaña que parecía más oscura, más amenazante de lo que cualquier montaña tiene el derecho de ser. Como si cargara con el peso de la angustia soportada por aquellos que eran retenidos en sus profundidades.

Fue llevado hacia lo más hondo por corredores, atravesando resonantes pasillos, transportado por rugientes elevadores y compartimentos neumáticos que lo conducían a más y más profundidad hacia las desconocidas entrañas de la hosca montaña, hasta que finalmente fue depositado en una celda desnuda, cortada directamente en la roca, en la que tan sólo se tenían en cuenta las necesidades más básicas para el ser humano. Un oxidado conducto en una esquina de la habitación goteaba un agua salobre, y un pozo circular en la esquina opuesta parecía servir de receptáculo de las deyecciones corporales.

Las paredes estaban pintadas de un tenue gris azulado, brillante y difícil de mirar directamente. Los anteriores ocupantes habían grabado su presencia en los muros con las uñas y cualquier otra cosa capaz de hacer mella en la pintura. Eran dibujos primitivos, primigenios, y Kai no fue capaz de contabilizar cuántos de ellos había: una colección aleatoria de rayos y de hombres con largas lanzas en su mayoría. Los grabados eran poco más que desesperadas súplicas de ser recordados por hombres largo tiempo olvidados y, presumiblemente, muertos hacía ya mucho tiempo.

Kai deseó dejar su propia huella, pero no disponía de nada con lo que marcar las paredes pintadas.

Sus captores lo habían dejado sufrir angustiado durante un indeterminado periodo de tiempo, permitiendo que se imaginase los horrores que le infligirían cuando comenzaran la tarea que tenían encomendada. Kai no era un hombre valiente, y había gritado que les diría todo lo que quisieran simplemente con que le explicaran qué era lo que querían saber.

Aunque su mente estaba galopando en docenas de direcciones distintas, Kai se obligó a dormir, sabiendo que fuera lo que fuera lo que lo esperaba, sería más llevadero si podía descansar. Soñó, pero no con Rub’ al-Jali, ni con la gran fortaleza de Arzashkun, sino con un frío vacío poblado por las voces de los muertos. Vio una chica rubia con un pañuelo azul que había conocido a bordo de la *Argo*. Sabía cuál era su nombre, en cierta forma habían sido amigos, pero su memoria era fragmentaria, y estaba demasiado saturada con las parloteantes voces de los muertos.

Invadían su yo onírico, suplicándole saber por qué él se había salvado y en cambio ellos habían tenido que morir. Por qué los monstruos de las profundidades habían venido a por ellos con sus espadas de bronce y sus garras quitinosas que desgarraban la carne hasta los huesos y dejaban grandes heridas que jamás sanaban.

Kai no tenía nada que decirles, pero aun así le exigían una respuesta.

¿Por qué, en una nave de inocentes, había sido él uno de los dos únicos supervivientes?

¿Qué le confería a él el derecho de vivir mientras ellos eran condenados al tormento eterno?

Kai lloró en sueños, reviviendo una y otra vez el horror de sus muertes.

Tan sólo una voz estaba libre de acusaciones, una suave y culta voz que hablaba sin palabras, pero que lo tranquilizaba ante los recuerdos de dolor con visiones de un mundo paradisíaco de altas montañas, verdes llanuras y bellas ciudades de centelleantes pirámides construidas con vidrios cristalinos.

Cuando despertó, fue para descubrir dos personas de pie en su celda, un hombre y una mujer, ligeramente atractivos y vestidos con limpias túnicas blancas que tenían el aspecto de batas de laboratorio y equipo de peligro biológico todo en uno. El hombre tenía el tipo de belleza fruto de la cirugía plástica, mientras que la mujer había concentrado toda la atención en los ojos. Eran unas órbitas de color esmeralda pálido, los ojos más cautivadores que Kai jamás hubiera visto.

—Estás despierto —dijo el hombre.

«Era innecesario decirlo», pensó Kai.

—Es hora de que averigüemos lo que sabes —añadió la mujer.

Kai se frotó la cara, notando la piel flácida en sus mejillas y la barba de un día.

—Ya se lo dije. No sé nada —dijo Kai—. Si lo supiera, les juro que se lo diría. Apenas recuerdo nada de lo que sucedió en la sala mental.

—Evidentemente, no esperábamos que tuvieras ningún recuerdo consciente de la información implantada en ti por Aniq Sarashina —dijo la mujer con una expresión plástica e inmutable—. Pero está en ti, de eso estamos seguros.

—Nuestro trabajo es recuperar esta información —le dijo el hombre.

—Bien. Conéctenme a su rueda de tortura psíquica y acabemos con esto de una vez por todas —pidió Kai.

—Me temo que no será tan sencillo —le informó el hombre.

—O tan indoloro —añadió la mujer.

—¿Quiénes son ustedes? —les pregunto Kai—. No forman parte de la Ciudad de la Visión, así que ¿para quién trabajan?

—Mi nombre es adepta Hiriko —dijo la mujer—, y éste es el adepto Scharff. Somos neurolocutores, psicobarrenos si lo prefieres.

—Como una perforadora —añadió Scharff—. Mi misión es ayudar a la adepta Hiriko a penetrar en tu psique y extraer cualquier información que haya sido ocultada en tu mente.

—¿Lo dicen en serio?

—Muy en serio —afirmó Scharff—. Estamos aquí en nombre de la Legio

Custodes. Nuestras órdenes proceden de las autoridades de mayor rango, cosa que nos da carta blanca para conseguir nuestro objetivo por los medios que sean necesarios.

—Me temo que es probable que no sobrevivas al proceso —apuntó Hiriko—. Pero si lo haces, lo más seguro es que quedes en un permanente estado vegetativo.

—¡Esto es de locos! —gritó Kai, alejándose de aquellos monstruos.

—Si piensas en ello con serenidad, verás que realmente es la única opción que nos queda —dijo Scharff.

—Ya suponíamos que no estarías dispuesto a ayudarnos —añadió Hiriko—. Que decepcionante.

Kai no podía hablar. La protección que impedía que se mordiera la lengua le llenaba la boca de un sabor antiséptico a goma. Un tubo de oxígeno le bajaba por la garganta, y una pieza de cuero tachonada de agujas y electrodos le envolvía la cabeza como si fuera el casco de un piloto. Una gran cantidad de vías intravenosas goteaban sus líquidos en las venas y los capilares bajo el cráneo, mientras que unos apliques oculares le mantenían abiertos los ojos. Varios finos hilos conductores le habían sido introducidos en la base de cada orbe ocular, y unos cables de bronce los conectaban con un equipo de grabación de imágenes.

La sala de interrogatorios era horriblemente espartana, una simple caja de metal sin ventanas, ni espejos, ni nada que le confiriera una cierta personalidad. Los módulos portátiles de equipos de monitorización rodeaban a Kai, que estaba tendido sobre una camilla de acero, y cada uno de esos aparatos informaba de uno de los distintos biorritmos internos.

Un equipo que zumbaba y parecía la cola de un escorpión estaba sujeto al suelo metálico por detrás de él. La parte superior era curvada y estaba repleta de instrumentos colgantes que parecían diseñados para aterrorizar tanto como para desempeñar una determinada función. Hiriko y Scharff estaban ocupados controlando las drogas que recorrían su flujo sanguíneo, mientras que la figura con armadura dorada de Saturnalia permanecía en pie en el extremo más alejado de la sala. Sostenía su lanza guardiana de forma desenfadada en una mano.

—¿Están preparados para empezar? —les preguntó el custodio.

—Casi —replicó Hiriko—. Éste procedimiento es muy delicado, y no conviene apresurarse.

—La información que buscáis ha sido muy bien escondida, custodio —añadió Scharff—. Tenemos que profundizar mucho en su psique, y un viaje así requiere una preparación sin fallos.

—Nos arriesgamos a destruir su mente si no ponemos la atención y el cuidado necesarios.

El custodio dio un paso hacia los psicobarrenos. Sus dedos apretaban con fuerza la lanza guardiana.

—La señora de la Scholastica Psykana habló del Emperador, y cualquier cosa que concierna al Emperador es asunto mío —insistió Saturnalia—. No perdáis el tiempo hablándome de preparativos y de semántica. Encontrad lo que se ha implantado en su mente, y encontradlo ahora. Destruir su mente es un precio que no me importa pagar.

Kai deseó desahogar toda su rabia en él, pero su boca no fue capaz de encontrar las palabras. Quería gritar que era un ser humano, un astrópata de cierto valor para el Imperio. Pero sabía que, en el caso de que pudiera llegar a hacerse escuchar, a ellos no les importaría. Saturnalia, por fidelidad a su deber hacia el Emperador, que se imponía sobre cualquier otra consideración; y Hiriko y Scharff porque simplemente estaban haciendo su trabajo.

Trató de luchar, pero las sujeciones y las drogas lo mantenían totalmente inmóvil.

Hiriko se sentó a su lado sobre un taburete con ruedas y consultó la placa de datos que colgaba a un lado de la camilla.

—Excelente —dijo—. Estás haciendo magníficos progresos Kai. Deberíamos estar a punto dentro de poco.

El adepto Scharff se sentó el otro lado de la camilla y Kai vio como se insertaba un conector en forma de tomillo en la parte posterior de la cabeza, donde apenas podía ver el brillo de los implantes cognitivos implantados. Tomó el otro extremo del cable y lo conectó a una caja negra sin rasgos característicos que estaba sujeta a la camilla. Sonrió a Kai mientras desenrollaba un fino cable que surgía de la caja para luego unirlo a uno de los conectores de la pieza de cuero que Kai tenía en la cabeza. Sus ojos perdieron el enfoque por unos instantes, y Kai sintió una punzante presión en los lóbulos frontales del cerebro.

—¿Estás en el umbra? —le preguntó Hiriko.

—Sí —le respondió Scharff con voz distante—. Listos para tu inserción.

—Bien —asintió Hiriko, y se conectó de forma similar a la caja negra. Ella también conectó el extremo de un cable a la capucha que cubría el cráneo de Kai. Y, una vez más, éste sintió la presión de una presencia invasiva en el interior de su mente.

—Ahora —dijo Hiriko—. Empecemos.

La adepta activó un conmutador en el lateral de la caja y la mente de Kai se llenó de luz.

La luz se intensificó hasta alcanzar un brillo insoportable, como la superficie de una estrella observada tan de cerca que pudiera quemarte los ojos. Kai gritó, y la luz disminuyó hasta hacerse soportable. Se encontró a sí mismo de pie en medio del desierto, sin nada a su alrededor en centenares de kilómetros a la redonda. Un cálido

viento acariciaba la parte superior de las dunas que lo rodeaban, y la contundencia del sol abrasador era un bienvenido descanso tras el estéril entorno bajo la montaña.

Ése era su lugar seguro, era el «lugar vacío».

Fuera lo que fuera lo que le habían hecho, no había funcionado.

Kai sabía que eso no era real, sabía que era un ensueño liberador artificialmente conjurado, y al darse cuenta de ello comprendió que no debería estar allí. Eso era lo que ellos querían. Ellos querían que estuviera allí, donde sus pensamientos más íntimos se mostraban al desnudo y sus secretos más profundos podían ser revelados.

Aunque había profesado el deseo de decirles a Hiriko y Scharff lo que querían saber, un insuperable imperativo que crecía en su mente lo prevenía en contra de no presentar resistencia. Su vida dependía de mantener en secreto lo que le habían confiado. Tan sólo el hombre con los ojos dorados podía escuchar lo que él sabía, y tan sólo manteniéndolo a salvo de Hiriko y Scharff sería eso posible.

En cuanto pensó en ellos, sintió su presencia en su mente. No podía verlos, pero sabía que estaban allí. Acechando, esperando a que los condujera a lo que querían saber.

Una figura apareció en la arena junto a él, una mujer encapuchada con un largo cabello gris plateado y ojos cálidos y amables. Él la conocía, pero no del modo en que la veía ahora, no con ojos de carne y hueso. Estos eran verde esmeralda, centelleantes y llenos de vida. Parecía perverso haber intercambiado voluntariamente unos ojos tan bellos sólo para conseguir protección ante las criaturas de la disformidad.

—Aniq —dijo—. Estás muerta.

—Tú deberías saber mejor que nadie que no es verdad, Kai —le respondió Sarashina—. Nadie está realmente muerto mientras alguien lo siga recordando. Como el gran poeta dijo, «eso que se imagina, nunca debe ser perdido».

—Sarashina me dijo eso, pero tú no eres Sarashina.

—¿No? ¿Entonces quién se supone que soy? —dijo la mujer, transformando sus rasgos en apenas un instante para convertirse en los de su madre. Sus ojos seguían siendo verde esmeralda, pero donde antes había calidez, ahora tan sólo había una dolorosa tristeza.

Kai apartó la mirada de esos ojos, recordando la mirada de pesar cada vez que él y su padre partían hacia otra aventura en el otro extremo del planeta. Luchó por no dejarse llevar por los sentimientos, pero era difícil frente a la mujer que lo había criado y lo había ayudado a convertirse en el hombre que era.

Excepto que «eso» no era ella.

Su madre estaba muerta, igual que lo estaba Sarashina.

—Tú eres la adepta Hiriko, ¿verdad?

—Evidentemente —dijo su madre.

—Entonces muéstrate como se supone que eres —le espetó Kai—. No te ocultes tras estos disfraces.

—No estaba ocultándome —dijo Hiriko asumiendo la forma con que le era familiar a Kai—. Simplemente estaba tratando de tranquilizarte. Éste proceso será mucho más sencillo si no luchas contra nosotros. Sé que no sabes lo que Sarashina te contó, pero tengo que encontrarlo.

—No sé dónde está.

—Creo que lo sabes.

—No lo sé.

Hiriko suspiró y lo cogió por el brazo, conduciéndolo por la suave pendiente de una duna de arena.

—¿Sabes cuántos interrogatorios psíquicos he realizado? No, es evidente que no, pero han sido muchos, y los sujetos que se nos resisten siempre son los que acaban cerebralmente muertos. ¿Tú quieres que te ocurra algo así?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es ésa?

Ella se encogió de hombros y prosiguió como si él no hubiera dicho nada.

—La mente humana es una máquina terriblemente compleja, un repositorio de billones de recuerdos, entradas y salidas de datos y funcionalidades automáticas. Es difícil penetrar en ella sin causar daños irreparables.

—Pues no penetres en ella —le espetó Kai.

—Desearía que eso fuera posible, de verdad —dijo Hiriko con una sonrisa—. Me gustas, pero voy a desgarrar la carne de tu mente con mis manos desnudas si tengo que hacerlo. Todo el mundo revela sus secretos al final. Siempre. Sólo es cuestión de cuánto daño están preparados para sufrir antes de ceder.

Llegaron a la parte superior de la duna de arena, y Kai se vio mirando hacia abajo, a la fortaleza de Arzashkun. Sus torres más altas rielaban a causa del calor, y Kai se protegió los ojos ante el brillo del sol reflejado en sus dorados minaretes.

—Impresionante —dijo Hiriko—. Pero no me mantendrá alejada. No pienses ni por un minuto que podrá.

Kai se detuvo y se volvió, escudriñando las arenas en busca de algún indicio de que no estaban solos. Con el rabillo del ojo le pareció ver una sombra moviéndose bajo la arena en una duna lejana.

—¿Dónde está Scharff? —le preguntó—. ¿No se nos unirá?

—Está aquí, pero soy yo quien dirige esta perforación.

La intuición surgió en la mente de Kai como un amanecer, y una lenta sonrisa se reflejó en su cara.

—Está aquí para sacarte si la cosa se pone demasiado peligrosa, ¿verdad?

Un destello de irritación en sus ojos esmeralda confirmó su suposición.

—No sabes si vas a poder lograrlo, ¿verdad? —insistió Kai.

La presión de Hiriko sobre su brazo aumentó.

—Créeme, puedo hacerlo. La única pregunta es lo duro que quieres que sea. Puedo demoler esa fortaleza en un abrir y cerrar de ojos, destruir cada piedra y ladrillo ficticio. La machacaré hasta tal punto que serás incapaz de distinguir lo que quede de ella del resto de arena del desierto.

Extendió la mano, y la torre más alta de la fortaleza empezó a desvanecerse. Lo que apenas unos instantes antes parecía sólido empezó a disolverse convirtiéndose en humo y vapor. Ella chasqueó los dedos y otra torre empezó a desmoronarse. Hiriko buscó su mirada mientras deshacía en un instante lo que a él le había costado años perfeccionar, pero los ojos de Kai estaban centrados en algo muy lejano, algo construido con recuerdos turbios y horror. El depredador con el olor a sangre grabado en el hocico atravesó la arena hacia ellos.

Kai sintió una punzada de presión detrás de los ojos, y Hiriko se volvió a tiempo de ver la forma oscura surgir de la superficie de arena. Venía con una oleada de sangre, un río subterráneo lanzado violentamente a través de la superficie del desierto. El río rugió. Rugió y gritó y llenó el mundo con miles de estertores de muerte y aullidos agónicos. Como un efluvio de petróleo carmesí cubrió el desierto, llenando las depresiones entre las dunas con pozos de apestosos fluidos de muerte, cubriendo sus pendientes como una furiosa marea.

—¿Eso lo has provocado tú? —quiso saber Hiriko.

—No —le aseguró Kai.

—Detenlo —ordenó Hiriko—. Ahora.

—No puedo.

—Claro que puedes, ésta es tu mente. Se doblega a tu voluntad.

Kai se encogió de hombros mientras el creciente lago de sangre aceitosa crecía rápidamente, su superficie rota por el movimiento de miles de manos y caras intentando salir a la superficie. Hasta aquel momento Kai siempre había temido a ese monstruo enterrado, sus rabias y sus culpas, pero en ese preciso instante su aparición fue un bendito descanso. La rezumante marea subió por la colina desafiando las leyes de la hidrodinámica, y unas formas gelatinosas atravesaron finalmente la superficie de su fétida materia. Altas y delgadas, con esqueléticas extremidades de escamas rojas y aliento volcánico, cobraron existencia con agudos aullidos chirriantes. Sus distendidos cráneos mostraban formas brillantes y cornudas, con las fauces perfiladas de afilados colmillos.

Criaturas soñadas, sin duda, pero no por ello menos peligrosas en ese lugar de ensueño.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Hiriko.

—Ya te lo he dicho, no soy yo —insistió Kai—. Es la *Argo*.

La marea de monstruos de piel negra como la noche avanzó hacia ellos, y Hiriko

observó el firmamento.

—Sácame de aquí —dijo ella—. Ahora.

La adepta desapareció, y la masa que se movía y avanzaba como una cortina de oscuridad infinita que hubiera cobrado vida se derramó por la cima de la duna, engullendo a Kai y hundiéndolo en un abismo del que él no podía escapar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Saturnalia.

Hiriko estaba tendida en el suelo de la sala de interrogatorios, con los ojos desorbitados y la sangre manando a chorros por la nariz. Scharff le levantó la cabeza y le administró una inyección de un fluido claro a través de una cánula en el antebrazo.

—Te he hecho una pregunta —insistió Saturnalia.

—¡Cállese! —le espetó Scharff—. Acabo de extraerla de una peligrosa ensoñación sin ninguna de las descompresiones preceptivas. Su mente ha entrado en shock, y si no logro devolverla a la normalidad la perderemos irremediablemente.

Saturnalia se irritó al ser tratado como un subordinado, pero se tragó la rabia. Las consecuencias de hablar de forma inapropiada a un guerrero de la Legio Custodes podían esperar.

—¿Qué puedo hacer? —quiso saber.

—Nada —le contestó Scharff—. Ahora todo depende de ella.

Scharff le siguió hablando a Hiriko con un tono quedo y tranquilizador, dándole golpecitos en la mejilla y sosteniéndole la mano. Finalmente, los ojos de la adepta se abrieron del todo y recuperaron una claridad que Saturnalia pensaba que jamás volverían a tener.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba —dijo Hiriko.



ONCE

EROSIÓN DEL YO
UNA PUERTA ABIERTA
AELIANA

El tiempo se volvió intrascendente para Kai. En sus mundos de ensueño pasaron días, semanas y meses, un paso del tiempo que no guardaba relación alguna con el del mundo consciente. Recordaba salas con baldosas de cerámica, pasadizos rocosos y los muros azul glaciar de su celda, pero decir cuáles de estas experiencias eran reales estaba más allá de sus capacidades. La enfermedad psíquica lo había abandonado, arrastrada por los ejercicios diarios de su habilidad para entrar en un estado receptivo del nuncio.

Lo alimentaban y lo aseaban, ya que había perdido el control de sus funciones corporales en el momento de separarse de sus rutinarios ciclos de existencia. Tanto tiempo pasaba en los planos de los sentidos situados más allá de los accesibles a los mortales bendecidos con la ausencia de poderes psíquicos, que Kai era cada vez más incapaz de distinguir lo que era real de lo que era imaginario.

Pensó que había visto a su madre, de pie junto a la puerta de su celda, con una mirada nostálgica. Sus ojos verdes lo atrajeron, pero en cuanto abrió la boca para decirle algo, una figura negra se cernió sobre ella por detrás y le rebanó el cuello con una cuchilla. Un océano de sangre manó de su desgarrado cuello. Un millar de voces gritaron en la oscuridad.

En otra ocasión, mientras vagaba por una llanura desolada de cenizas grises, a Kai le pareció ver una figura con armadura roja y marfil. La figura lo estaba llamando en una lengua que Kai no conocía, pero se desvanecía y reaparecía al compás de un viento que se levantaba y luego se calmaba. Kai quiso correr hacia el guerrero, pensando que representaba algún tipo de salvación, pero cada vez que se dirigía hacia él, el guerrero se retiraba como si todavía no estuviera preparado para hacerle frente.

Una y otra vez los neurolocutores penetraban en la mente de Kai. A veces era Scharff, a veces Hiriko, pero cada vez eran expulsados por la aceitosa cosa negra y los aullantes espectros de la *Argo*. En los pocos instantes de lucidez que Kai reconocía, escupía su odio y admiración hacia Aniq Sarashina. Ocultar su mensaje en sus recuerdos de la nave condenada había sido un golpe maestro. Por muchos progresos que Kai hubiera realizado, sabía que todavía no era capaz de enfrentarse a los horrores desatados en la nave fantasma.

Podía sentir la creciente frustración de sus captores, y se deleitaba en ella.

Éstos abandonaron rápidamente los ataques directos a su psique y lo intentaron de una forma más sutil, con una aproximación menos invasiva. Mientras Scharff trataba de razonar con él, Hiriko usaba la seducción. Sueños placenteros, sueños de poder y un millar de deseos gratificantes fueron desfilando ante Kai tomando diversas formas. Algunas imitaban la realidad, otras eran fantasiosas, pero ninguna logró alcanzar los enterrados secretos contenidos en los siniestros horrores de la *Argo*.

—No podemos extraerlo —admitió Hiriko tras una sesión particularmente desagradable.

La cara de Kai brillaba por el sudor, su cuerpo ya no era más que una cáscara de piel apergaminada colocada sobre una colección de huesos, músculos atrofiados y carne hundida.

Un gigante se cernió sobre Kai, y sus implantes oculares chirriaron mientras lo enfocaban. Las amplias mejillas de Saturnalia y su afilada mandíbula lo miraron con el desprecio escrito en todos sus rasgos.

—¿Por qué no?

—Está profundamente enterrada en un recuerdo al que no puede enfrentarse —explicó Scharff.

—¿La *Argo*?

—Exacto —le confirmó Hiriko—. Sarashina, o quien sea que está actuando a través de ella, sabía lo que estaba haciendo. Es realmente agraviante.

—Así pues, si vosotros no podéis extraerlo, ¿quién puede? —les preguntó Saturnalia, y Kai percibió los deseos del hombre de simplemente matarlo y dejar correr el asunto.

—Tan sólo una persona tiene la llave para abrir la información que queréis —dijo Hiriko.

—¿Quién?

Hiriko colocó una mano sobre el hombro de Kai.

—El propio Kai.

Kai se echó a reír, pero el protector de goma en su boca lo convirtió en un sollozo gorgoteante.

La crudeza de sus métodos era lo que más lo enfurecía. Al igual que si fueran cirujanos tratando de hacer una cirugía cerebral con una sierra de leñador y el cincel de un picapedrero, lo golpearon en las delicadas estructuras etéreas de la arquitectura mental sin ninguna esperanza o posibilidad de éxito. Atharva sintió cada golpe brutal de los psicotaladradores, sus torpes intentos para extraer la información que buscaban, y las infantiles lisonjas con las que esperaban seducir la mente del cautivo. Como un guantelete con pinchos clavado en una madera, los aullantes berreos de sus toscos métodos le dolieron a todos los niveles.

Como el auténtico artesano que era, el trabajo de aquellos aficionados lo ofendía, y aunque no podía estar en absoluto seguro de que pudiera sacar algo enterrado tan profundamente en la mente del cautivo, él habría tenido más posibilidades que los dos carniceros que lo estaban intentando.

Se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la celda, dejando que su mente vagara por el laberinto de pasadizos de Khangba Marwu, probando los límites de su confinamiento con gran facilidad. Lo divertía dejar que sus carceleros pensaran que estaba confinado en su celda, volviéndose lentamente loco por el aislamiento, como sus hermanos. Habían pasado meses desde que Yasu Nagasena había venido a por ellos, y en ese tiempo los guerreros cautivos de la Hueste Cruzada no habían visto a nadie excepto a los dos custodios y su increíblemente inadecuada compañía de soldados mortales.

Atharva había tocado todas y cada una de las mentes en su prisión subterránea; algunas ligeramente, otras menos. Una mente era como una delicada cerradura, los contenedores de cada psique requerían la presión adecuada antes de revelar todos sus secretos. El truco consistía en reconocer los puntos adecuados donde aplicar esa presión, los recuerdos, deseos o promesas exactos que permitían abrir una mente como los pétalos de una flor.

Para un adepto del culto Athanaean, era una habilidad menor el hacer aflorar a la superficie los recuerdos de una mente. Lo que era un reto mayor era profundizar en las capas de la consciencia mortal, sumergirse más allá de la aleatoria superficie, sobrepasar los deseos y motivaciones, ir más allá de los vicios secretos y las pequeñas depravaciones; buscando en las alcantarillas de cada individuo era donde podía encontrarse la verdad, un lugar sin luz en el que la bestia desnuda de la existencia acechaba y cada pensamiento quedaba expuesto.

Alcanzar ese lugar sin ser detectado era un talento que pocos poseían, pero que Atharva había perfeccionado en sus muchos años como buscador de la verdad. Desde que el Rey Carmesí había rescatado a la legión de su destrucción, los buscadores de la verdad habían sido los primeros en servir en sus filas, escudriñando las mentes durmientes de aquellos que se habían salvado del horror del «cambio de carne» en busca de cualquier signo latente de debilidad.

Atharva conocía a sus carceleros mortales mejor que ellos mismos. Conocía sus miedos, sus deseos, sus secretos de culpabilidad y sus ambiciones. Lo sabía todo de ellos, y le divertía saber lo simples que eran sus mentes. ¿Cómo un ser viviente que se consideraba autoconsciente podía funcionar con unas facultades cognitivas tan básicas?

Ah, pero los custodios…

Sus mentes eran realmente bellas, combinaciones de ingeniería psíquica y perfección genética artísticamente creadas. Como las más complejas máquinas imaginables, ellos eran como trampas de acero preparadas para atrapar a los intrusos incautos. Como un cogitador protegido ante las infiltraciones por un habilidoso infocito, sus mentes eran totalmente capaces de defenderse ellas solas de un ataque, y Atharva ni siquiera había tratado de echar más que una leve mirada a los límites exteriores de sus brillantes consciencias.

Pero a pesar de que los custodios eran realmente fascinantes, los pensamientos de Atharva se veían constantemente atraídos hacia la mente que los psicotaladradores estaban atacando. A primera vista, nada permitía distinguir a esa persona de los centenares encarcelados allí, excepto por su leve habilidad psíquica y la cristalina cicatriz dejada por el proceso de la Atadura de Almas.

Comprendía el egoísmo del hombre, la notoria vanidad alimentada por los años pasados en la legión de Guilliman. Comprensible, pero no propia de su alma. El era mejor de lo que pensaba, pero iba a necesitarse un gran esfuerzo para arrancárselo en un proceso que ya había empezado pero que seguramente no llegaría a su conclusión antes de su muerte.

Kai Zulane era el nombre del individuo, el hombre al que el Ojo le había hablado, pero ése era un nombre desconocido para Atharva. Incluso con todos los recuerdos del hombre al descubierto, había muy poco que indicara el interés que alguien pudiera llegar a tener por él. Y aun así había algo enterrado en su interior, algo que ni siquiera Atharva era capaz de ver, algo envuelto en un horror negro de pura rabia y culpa etéreas que era imposible de eliminar sin las herramientas adecuadas.

La fuerza era inútil, el horror era mucho más fuerte que cualquier amenaza de violencia. Del mismo modo, no se podía recurrir al razonamiento externo o a promesas de recompensas. Era una prueba que tan sólo podía concluirse desde el interior, pero ¿qué tesoros podían ocultarse en el interior de una prisión tan fuertemente protegida?

A Atharva le encantaban los misterios, y ése era uno que exigía ser revelado. Su cerebro de erudito tenía que descubrir ese secreto. El Rey Carmesí había realizado un mal aconsejado paso al dirigirse a Terra, pero su llegada había mostrado a Atharva lo que debía hacerse. Kai Zulane era vital para el futuro de una forma que nadie podía entender, pero si había alguien que podía llegar a tener una oportunidad de abrir su

mente, ése era un místico de los Mil Hijos.

Atharva abrió los ojos cuando un grupo de guardias pasaron por delante de la puerta de cristal de su celda. Todos menos uno trataron de evitar mirar en su dirección, y Atharva dedicó un ápice de su consciencia a la mente de aquel hombre.

Se llamaba Natraj, y Atharva sonrió ante lo apropiado del nombre. Natraj era un soldado de los Señores de las Tormentas Uralianos, un regimiento de desembarco de élite que había servido al Imperio desde los primeros días de las Guerras de Unificación junto a los clanes genéticos del sur. Su mujer estaba criando a sus cinco hijos en una hidrogranja colectivizada en las laderas del monte Arkad, y sus hermanos estaban todos muertos. Natraj era un hombre honesto, un buen hombre, pero un hombre que ya no quería seguir sirviendo en los ejércitos del Imperio.

Su devoción hacia sus camaradas y los juramentos realizados ante el Arca de las Alas de su regimiento lo comprometían en su papel de soldado y carcelero, pero Natraj tenía cerca de cuarenta años, y tan sólo deseaba regresar a casa con su familia y ver a sus hijos convertirse en hombres.

Un deseo muy simple. Un deseo comprensible.

Una puerta abierta para un athanaean.

Kai yacía en el suelo de su celda. El sudor le cubría la piel y el corazón le latía como si hubiera subido a la carrera la totalidad de la Torre de los Susurros. Le dolía todo el cuerpo, tenía la sensación de que las suturas que mantenían sus ojos unidos a la piel estuvieran rompiéndose. El bilioso gusto de vómito le llenaba la boca y sus ropas hedían a orina e incontrolables movimientos intestinales.

Le dolía cada centímetro de su anatomía, y unos microtemblores en los músculos le impedían descansar. Una luz intensa inundaba la celda y una dura estática surgía de un altavoz invisible. Kai quería incorporarse, encararse a sus interrogadores con dignidad y coraje, pero no le quedaba ni un ápice de energía.

Su mano arañaba el suelo, y el fantasma de una sonrisa se marcó en su cara cuando finalmente dejó una marca propia en la superficie de la celda. Su reseca lengua resiguió los agrietados labios y con un parpadeo apartó el legañoso e infectado tejido que se le estaba acumulando en la comisura de los ojos.

Kai no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado yaciendo en un charco de su propia materia rechazada. En realidad había dejado de importarle. Observó los dibujos que su aliento dibujaba en el vómito, como ondulaciones de la superficie de un gran lago sofocado bajo el brillo de un sol rojo.

Entonces se produjo un cambio. Un breve movimiento de aire. Una puerta abriéndose.

Kai trató de volverse, pero ya no era capaz de mover sus extremidades. Vio un par de botas fabricadas con materiales caros, al alcance tan sólo de los ricos e influyentes

de Terra. Oyó la voz de una mujer, apagada e indistinguible, y unas manos lo sostuvieron por debajo, agarrándolo y poniéndole en pie. Kai se estremeció ante su contacto, con su cuerpo convertido en un mar de dolor que huía del contacto humano. Arrastrado por el suelo de la celda, fue depositado en el extremo del catre. Dos figuras con una voluminosa armadura negra, con tiras de lo que parecía cuero y placas de ceramita se alejaron un paso de él, y la mujer más exquisita que Kai jamás hubiera visto apareció ante sus ojos.

Kai entrecerró los párpados ante el brillo de las luces de la celda. Su visitante era desconocida para él, una mujer de indudable origen noble y con cirugía cosmética sutilmente aplicada. Sus ojos eran de un color verde intenso, y la estructura quirúrgicamente modificada de sus rasgos encajaba perfectamente en sus prominentes pómulos. Su cabello rubio formaba una pequeña y delicada melena cortada asimétricamente y sujeta con unas cuentas amatista.

Un mono negro cubría su ágil cuerpo, y una pieza de tejido púrpura brillante la envolvía como un tornado congelado. Iba vestida para una de las grandes salas de baile de Mérica, no para una celda bajo una montaña olvidada, y Kai se preguntó qué podría querer de él una mujer como aquélla.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó ella.

Kai se pasó la lengua por los labios con la poca humedad que le quedaba en la boca.

—No —dijo con una voz apenas audible. El polvoriento ruido de un cadáver del desierto.

—¿Y por qué deberías saberlo? Me muevo en círculos mucho más allá de tu limitado discernimiento —dijo la mujer, eligiendo cuidadosamente un camino entre la materia en el suelo de la celda y arrodillándose junto a él.

Su vestido se movió con ella, deslizándose alrededor de su figura como una serpiente y asegurándose de que no tocaba nunca el suelo. Vio que él se daba cuenta y le sonrió.

—Nanotejido programado para permanecer en una posición y distancia determinadas de mi cuerpo en todo momento.

—Caro.

—Monstruosamente —asintió ella.

—¿Qué queréis?

La mujer chasqueó los dedos.

—Dadle a este hombre algo de beber, apenas puedo oírlo.

Uno de los protectores de la dama se arrodilló junto a Kai y le ofreció un tubo de plástico que extrajo de la hombrera de su armadura. Una gota de humedad colgaba del extremo del tubo, y Kai chupó agradecido el frío líquido del sistema de reciclaje del soldado. Que el agua hubiera sido extraída del sudor del hombre y de sus

excrementos no le importó un ápice. Kai notó cómo el líquido fluía por su cuerpo y sus extremidades revitalizándolo como una dosis de estimulantes.

Instantáneamente, sus pensamientos se agudizaron y las náuseas que lo habían afectado desaparecieron.

—Esto está mejor —dijo la mujer—. Ahora no tendré que acercarme tanto para oír lo que estás diciendo.

—Eso no era agua —le respondió Kai señalando al soldado mientras éste volvía a guardar el tubo de plástico en su hombrera.

—No, no lo era, pero ahora te sientes mejor, ¿verdad?

—Mucho mejor —asintió Kai.

La mujer inclinó la cabeza a un lado y recorrió su cara con los ojos. Eran unos ojos magníficos, magníficos y probablemente modificados genéticamente en el útero. Los ojos artificiales de Kai vieron la tenue silueta de un electro tatuaje justo bajo la tercera capa dermal, e inconscientemente hizo que los implantes la mostraran con mayor claridad. Trazada con una cursiva familiar formaba una C mayúscula, y Kai gruñó al tocarse la parte inferior de la muñeca, donde se había aplicado un electro tatuaje idéntico.

—Sois de la Casa Castana —dijo él.

—Yo soy la Casa Castana —le confirmó la mujer—. Soy Aeliana Septmia Verduchina Castana.

—La hija del patriarca —dijo Kai.

—Exactamente —volvió a confirmar Aeliana mientras levantaba su flequillo para mostrar un parche enjoyado en el centro de la frente que ocultaba su tercer ojo—. Y tú eres un problema para mi, Kai Zulane.

—Jamás lo he pretendido, domina —dijo Kai apartando la mirada y utilizando la forma protocolaria de dirigirse a ella. Mirar al ojo de un navegante significaba la muerte, y él se había más que ganado ese destino a los ojos de la familia Castana del Navis Nobilite.

—No estoy aquí para matarte —le aseguró Aeliana—. Aunque el Trono sabe que eso nos ahorraría un montón de problemas. Estoy aquí para darte una segunda oportunidad. Estoy aquí para darte la posibilidad de compensarnos por la pérdida de la *Argo* y la casi fatal pérdida de prestigio que mi padre ha tenido que sufrir en el Cónclave de Navegantes.

—¿Por qué haríais una cosa así?

—Porque no me gusta desperdiciar nada —le contestó Aeliana—. A pesar de todos los problemas que nos has causado, eres un astrópata hábil y me gustaría recuperar el significativo desembolso que mi padre realizó para asegurar tus servicios para nuestra casa.

—¿Podéis conseguir mi liberación de este lugar? —preguntó Kai.

Aeliana sonrió y meneó la cabeza como si le divirtieran las ingenuas preguntas de un niño.

—Soy Navis Nobilite —dijo ella—. Yo hablo y el mundo escucha.

—¿Incluso la Legio Custodes?

—Incluso los pretorianos —afirmó Aeliana—. Bajo la garantía de que jamás te permitiré regresar a Terra. Un pequeño precio a pagar para ver el fin de todo este… inconveniente. ¿Puedo suponer que estás de acuerdo?

Kai asintió. No volver a ver nunca más el planeta de su nacimiento era un precio ridículo.

—¿Y podéis sacarme de aquí? —insistió.

—Puedo, pero primero debes hacer algo por mí.

—¿Qué? Lo que sea, domina —dijo Kai, inclinándose para tomar las manos de Aeliana.

Su piel era suave, y aun así tenía una consistencia que indicaba la presencia de implantes táctiles subdérmicos. Los ojos de Aeliana lo taladraron, y una vez más se vio golpeado por el verde claro de su iris perfectamente circular.

—Necesito que me mires y que comprendas que la Casa Castana no te hace responsable de lo que sucedió a bordo del *Argo*. Era una nave vieja que había superado ampliamente la fecha de su remodelación de mantenimiento. Las aspas de sus generadores de campo Geller habían quedado dañadas al pasar por el cinturón de asteroides que envuelve Konot, y sólo era cuestión de tiempo que fallaran. Nada de eso tiene nada que ver contigo.

—Estaba transmitiendo justo antes de que fallaran —dijo Kai, tan débilmente que ni siquiera estaba seguro de haberlo dicho en voz alta.

—¿Qué?

—Estaba en el trance nuncio —dijo Kai—. Estaba enviando un mensaje a Terra cuando los escudos fallaron. Yo fui el camino por el que entraron esos… monstruos… esas cosas que viven en la disformidad. Los escudos podían estar dañados y a punto de fallar, pero yo fui el martillo que finalmente los rompió. Toda la tripulación fue masacrada por mi culpa.

Aeliana cogió sus manos con fuerza y lo miró fijamente a los ojos.

—No fue culpa tuya —insistió ella—. Las criaturas de la disformidad son peligrosas, sí, pero no tienes que culparte por lo que sucedió. He visto el informe del naufragio en los restos que emergieron de la disformidad, y es un milagro que la *Argo* pudiera siquiera regresar al espacio real. Tú y Roxanne fuisteis los que la trajisteis de regreso a casa.

—Roxanne… —musitó Kai—. Sí, ése era su nombre… Lo recuerdo. Nos conocíamos. ¿Qué ha sido de ella?

—Ella está bien —dijo Aeliana, pero Kai captó la vacilación en su voz—. Tras

una breve convalecencia regresó a sus deberes. Como puedes hacer tú, pero debes decir a los custodios lo que Sarashina te contó. No hay razón alguna para no hacerlo, y tienes mi palabra como señora de la Casa Castana de que ningún daño recaerá sobre ti, sean cuales sean las palabras que me digas.

Kai inclinó la cabeza hacia atrás y miró a la brillante luz que iluminaba su celda. No podía ver la fuente de donde procedía, pero las paredes brillaban con la luz que se reflejaba en ellas. El seco ruido de estática aumentó, y en ese momento reconoció de qué se trataba: un viento del desierto soplando a través de los valles y depresiones de un mar de dunas, reesculpiendo el paisaje con cada soplo.

—Muy bien —dijo—. Casi me has pillado.

La presión de Aeliana se incrementó, y la perfección de su estructura ósea osciló una infinitésima fracción de segundo. Pero con el conocimiento de su falsedad, el resto de la ficción se desmoronó cada vez con mayor velocidad, y los muros de su celda se derrumbaron como los toscos decorados de un teatro de barrio.

En su lugar, el dolorosamente vacío Rub’ al-Jali se extendía hasta el fin del mundo. Los soldados acorazados se desmoronaron como esculturas de arena azotadas por el viento, y Kai se vio a sí mismo sentado sobre un afloramiento rocoso desde el que se dominaba la fortaleza de Arzashkun.

—¿Qué error he cometido? —le preguntó la adepta Hiriko, con el disfraz de Aeliana desvaneciéndose con rapidez.

—Para empezar, los ojos —le explicó Kai—. Jamás podrás cambiar tus ojos, y aunque cada vez lo olvido, jamás podrás ocultarlos.

—¿Eso es todo?

—Bueno, no —admitió Kai—. Has cometido otro error.

—Ah. ¿Cuál?

—Aeliana Castana es una cabrona de cuidado —afirmó Kai—. Ella jamás sería tan comprensiva con alguien que le ha costado tanto a su casa.

Hiriko se encogió de hombros.

—Ya me lo habían dicho, pero me la jugué a que tú jamás la hubieras conocido.

—Nunca lo he hecho, pero las noticias vuelan.

Hiriko todavía le sostenía las manos, y se inclinó hacia él. Su piel olía a jabón de hierbas barato, y la pura cotidianidad de ese aroma hizo que le vinieran ganas de llorar a Kai. Si tan sólo pudiera hacerlo…

—Que te creyeras o no el paisaje onírico es irrelevante —le dijo Hiriko—. Las palabras que pronuncié con sus labios no son por ello menos ciertas. No debes culparte por lo que le sucedió al *Argo*. Tan sólo aceptando eso podrás ser capaz de liberar lo que guardas en tu interior.

—Tal vez no quiero liberarlo. Tal vez considero que merezco este castigo simplemente por haber sobrevivido. ¿No has pensado en esa posibilidad?

—¿Por qué querrías hacer algo tan autodestructivo? —quiso saber Hiriko—. El sondeo te está matando día a día. Eso ya debes saberlo.

Kai hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—Aniq Sarashina me hizo prometer que diría lo que sé a una persona, y sólo a esa persona.

—¿A quién?

—No lo sé —admitió Kai cogiendo un puñado de arena y dejando que se escapara entre sus dedos abiertos.

El viento recogió los granos al caer, enviándolos por encima de las dunas para que se perdieran en la infinidad del desierto. Kai se imaginó a sí mismo como uno de esos granos, transportado por el cálido siroco para perderse más allá de cualquier esperanza de ser encontrado.

—Eso no tiene ningún sentido —comentó Hiriko.

—No tiene que tenerlo. Pero una promesa es una promesa.

—¿Quieres morir aquí?

Kai consideró detenidamente la cuestión, preguntándose si la muerte era lo que realmente quería. Una liberación de sus pesadillas y de la culpa constante por haber sobrevivido sería bien recibida, pero era demasiado cobarde para dejar que la muerte lo reclamara con tanta facilidad. ¿O era la fuerza que lo mantenía luchando por su vida y la posibilidad de dar un sentido a su supervivencia?

—No —dijo Kai finalmente cuando la respuesta llegó a él—. No quiero morir aquí.

—Contarme lo que Sarashina te dijo es la única forma que tienes de poder sobrevivir —le prometió Hiriko.

—Estás equivocada —replicó él sin saber cómo podía estar tan seguro de ello—. Voy a conseguir transmitir lo que me han dicho.

Hiriko negó con la cabeza.

—Saturnalia te matará primero.

El sangrado de residuos fue tempestuoso, pero ¿qué más podía haberse esperado tras un estallido psíquico tan potente como la llegada del Rey Carmesí? Magnus en persona se había manifestado en Terra desde más de media galaxia de distancia, y Evander Gregoras no podía ni empezar a imaginarse la cantidad de energía que tenía que haber gastado para ello.

«¿Cómo lo ha hecho?», se preguntó.

Magnus era un primarca, cierto, pero incluso una criatura casi divina, con un impensable dominio de las artes psíquicas, sin duda tenía sus límites. Ninguna

disciplina psíquica de la que Gregoras tuviera conocimiento podía transportar el cuerpo físico de un individuo a través de una distancia tan grande, así que ¿cómo lo había hecho? Las leyendas decían que los cognoscientes podían abrir caminos a través del espacio y del tiempo, pero hasta los relatos más exagerados hablaban tan sólo de viajes de un extremo a otro del planeta. Para viajar entre mundos se necesitaría la mente más poderosa que la galaxia hubiera visto jamás…

Gregoras le había contado a Zulane que los cognoscientes habían desaparecido, pero ¿era posible que el Emperador hubiera creado otro con el aspecto de Magnus? ¿Era ésa la figura con la que Zulane se había encontrado en su sueño?

«¡Pero viajar de Prospero a Terra!».

Una hazaña así hablaba de hechicería muy poderosa, y era un mal presagio para el Imperio si Magnus había abierto esa puerta prohibida. Como le había contado a Kai, tan sólo podía existir un castigo para un desafío tan descarado al decreto del Emperador.

La eliminación de los residuos psíquicos rugió y bulló como una supertormenta atmosférica, sin dejar de bramar con las destiladas pesadillas y visiones de miles de astrotelépatas traumatizados. Habían muerto centenares por la onda de choque psíquica que todavía resonaba en el éter del planeta, y cientos más jamás recuperarían el control total de sus habilidades. En cualquier otro momento eso habría sido una calamidad, pero en medio de una guerra civil a escala galáctica, no podía considerarse menos que catastrófico. La Ciudad de la Visión estaba, a efectos prácticos, ciega, una ironía que no se le escapaba a Gregoras, pero que lord Dorn encontraba mucho menos que divertida.

Aliviar las pesadillas de una ciudad entera no era tarea fácil, y los criptaestesianos estaban sufriendo nuevamente lo que sus compañeros habían sufrido. Las piedras susurrantes estaban rojas de sangre incorpórea, saturadas de las lóbregas visiones y los peores miedos de aquellos que se habían salvado de la sobrecarga psíquica. La cascada de luz procedente del enrejado del domo de cristal estaba sangrando sus horrores hacia Gregoras, y no importaba lo que se hubiera preparado con rituales de aislamiento y mantras de protección, seguía llorando con cada nuevo terror que tomaba forma en la niebla de los restos psíquicos.

Vio seres amados desgarrados, pesadillas de cosas que se arrastraban. Sueños de abandono, pesadillas de dolor y temores al rechazo. Vio traumas infantiles, revivió dolores y terrores imaginarios que no tenían marco de referencia. Todo eso y mucho más rezumaba de las piedras susurrantes como el pus de una herida. Tan sólo expulsando hasta el último fragmento de trauma podría la Ciudad de la Visión ser capaz de volver a funcionar, y tan sólo los criptaestesianos tenían la capacidad de conseguirlo.

Nemo Zhi-Meng le había encargado personalmente a Gregoras purgar la ciudad

del poder que se había manifestado en el interior del Coro Primus.

—Haz que las pesadillas desaparezcan —habían sido sus sencillas instrucciones.

Sencillas de decir, pero difíciles de obedecer.

El poder en el interior de Aniq Sarashina que había destruido el Coro Primus era tan vasto que algunas de sus partes se habían abierto paso al interior de la psique colectiva de la Torre de los Susurros. Fragmentos infinitesimalmente pequeños de su determinación se habían alojado en las mentes de todos los que habían escuchado su aullante canto de sirena, y estos fragmentos habían sido absorbidos por las piedras susurrantes.

Y a partir de ellas, habían penetrado en el mundo sombrío de los criptaestesianos.

Para una mente no sincronizada con el patrón secreto que formaba la galaxia, esos fragmentos no habrían tenido significado alguno, tan sólo un ininteligible flujo de imágenes aleatorias, metáforas absurdas y alegorías varias.

Pero Gregoras las conocía mejor, y en cada horripilante imagen que obtenía del sangrado de residuos podía ver tenues referencias al patrón, como si los dementes y profetas repartidos por la galaxia hubieran volcado toda su palabrería y sus sueños en un poderoso grito. El patrón estaba allí, justo delante de sus narices, y la clave para desentrañar el misterio que había estudiado a lo largo de toda su vida adulta estaba oculta en la mente de Kai Zulane.

Sarashina había dicho que se trataba de un aviso, pero ¿un aviso de quién? ¿Y qué tipo de aviso no es preferible gritarlo desde los tejados más altos en vez de ocultarlo en la mente de un telépata desquiciado?

La verdad del asunto estaba allí mismo, en las pesadillas de los astrópatas de la torre, y Gregoras iba a encontrarlo. Los neurolocutores de la Legio Custodes no estaban teniendo éxito tratando de sacar el legado de Sarashina de la mente de Zulane, pero el secreto de lo que le había sucedido a la Torre de los Susurros estaba allí, en los residuos psíquicos, de eso estaba seguro.

Lo único que necesitaba era tiempo para encontrarlo.



DOCE

EL ENEMIGO INTERIOR
LA COMPAÑÍA DE LA VANIDAD
UNA PROMESA CUMPLIDA

Aunque su armadura lo aislaba del tremendo frío del interior de las montañas, Uttam Luna Hesh Udar sintió como un escalofrío insidioso le calaba todos los huesos mientras observaba cómo los soldados mortales movían el dispensador de nutrientes a lo largo del puente que conducía hacia la isla flotante situada en el corazón de Khangba Marwu. Una fina cortina de lluvia caía desde los oscuros huecos del techo de la caverna, y las gotas de humedad se condensaban en la cuchilla de su lanza guardiana. Las gotitas silbaban cuando el campo de energía las vaporizaba de forma instantánea, y el sonido era semejante al de unas serpientes que flotaran en el aire.

Su energía se agotaría con mayor rapidez, y cuando había enemigos a su alrededor, los segundos que tardaría en recargarse podrían costarle la vida. Sumant Giri Phalguni Tirtha estaba a su lado, y su lanza guardiana también emitía el mismo ruido silbante en el aire húmedo. Miró hacia arriba, y varias gotitas rodaron por las placas doradas de su casco como si fuesen lágrimas.

—Lluvia bajo las montañas —comentó—. Nunca había visto nada por el estilo.

—Hace frío en el mundo de arriba —le contestó Uttam—. ¿Qué importa la lluvia?

—La montaña llora —añadió Tirtha.

—¿Qué?

Tirtha se encogió de hombros, como si lo avergonzara continuar.

—Vamos, dilo ya —le ordenó Uttam—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—He leído la historia de Khangba Marwu —respondió Tirtha—. Se dice que la montaña lloró el día que escapó Zamora.

—Nadie va a escapar hoy —le replicó Uttam—. No en nuestro turno de guardia.

—Como tú digas —contestó Tirtha con un gesto de asentimiento, y aunque su cara estaba oculta tras la visera del casco, Uttam sintió que persistía la inquietud en su lenguaje corporal.

—Vamos, no dejemos que una coincidencia de precipitaciones subterráneas aparte a los guerreros de la Legio Custodes de sus obligaciones.

—Por supuesto —respondió Tirtha mientras los soldados introducían el dispensador de nutrientes en la isla celda.

El voluminoso contenedor se deslizó un poco cuando su campo repulsor interactuó con una emanación de ondas extraviadas procedentes de los poderosos generadores que mantenían la isla celda a flote. Un soldado vestido con el tabardo gris de los Señores de la Tormenta Uralianos maldijo cuando los campos en intersección lo golpearon y perdió asidero.

—Mira lo que haces, maldita sea —dijo con brusquedad, dirigiendo su ira hacia el exterior.

—Agárralo bien y no se te soltará —le respondió el hombre que tenía enfrente, un sargento veterano de los Exploradores Gitanen, una unidad de élite de aerodeslizadores con base en los cráteres aéreos de Baikonur.

—Yo llevo la mitad de tu peso —le replicó el primero que había hablado.

Se llamaba Natraj, y Uttam lo había considerado hasta ese momento uno de los miembros más sólidos y fiables del personal bajo su mando.

—Silencio —les ordenó Uttam—. No se puede hablar estando de servicio.

—Os pido disculpas, custodio —le contestó Natraj—. No volverá a suceder.

—Todos somos uno —añadió el explorador, pero Uttam sospechaba que cualquier hostilidad que existiera entre ellos comenzaría de nuevo en cuanto estuvieran más allá de los confines de la montaña.

—Cuando hayamos terminado aquí, regresaréis a la superficie y recogeréis vuestras órdenes de destitución. No me sirven de nada unos soldados que no saben acatar las instrucciones que se les dan —les dijo Uttam.

—¿Mi señor custodio? —preguntó, asombrado, Natraj.

—Mi señor, por favor…

—Cerrad la boca, los dos —les ordenó Uttam—. No voy a tolerar la desobediencia. No sois capaces de entender por lo que estáis aquí, lo peligrosos que son los prisioneros que vigiláis. Los oficiales al mando serán informados de esta falta de disciplina.

Ambos hombres lo miraron, y las glándulas estimulantes de Uttam se expandieron al producir una serie de compuestos químicos en respuesta a sus reflejos de combate, que reconocieron de forma instintiva la ira y la amenaza de un posible acto violento. Su puño se cerró con fuerza alrededor de la lanza, pero la ira desapareció tan repentinamente como había aparecido y se desvaneció sin dejar

rastro, apagada como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

—Seguidme —les dijo Uttam.

Se dio media vuelta y guió a los soldados entre las celdas. Los restos de los estimulantes de combate todavía le corrían por las venas, y Uttam examinó los espacios entre las celdas en busca de posibles enemigos. Los únicos que quedaban en la isla estaban encerrados, pero el breve enfrentamiento entre los mortales lo preocupaba. El nunca había creído en los presagios, pero aquel desencuentro unido a la llovizna lo había puesto muy nervioso, alerta para el combate y reaccionando de forma instintiva.

No era un buen estado de ánimo en el que encontrarse cuando la precaución y minuciosidad eran la clave de la situación.

—¿Cuál será el primero? —preguntó Tirtha.

—Tagore —respondió Uttam señalando en dirección a un pabellón a su derecha.

Uttam despreciaba a Tagore. Había matado a trescientos cincuenta y nueve hombres antes de que lo sometieran, y eso lo hacía ser casi tan peligroso como un custodio. Los soldados arrastraron el dispensador de nutrientes hacia la parte posterior mientras Uttam se colocaba frente a la puerta.

El guerrero que había en el interior paseaba a lo largo y ancho de la celda como un depredador enjaulado. La tensión le anudaba los músculos y le hacía mantener la mandíbula apretada como si fuera un lobo rabioso. El cuerpo del prisionero era impresionante. Se trataba de un gigante vestido solamente con un taparrabos andrajoso. Aquel atuendo había sido una vez el mono ceñido de una sola pieza habitual en los prisioneros, pero éste lo había desgarrado hasta convertirlo en harapos.

Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices sobre unos músculos abultados y huesos más densos gracias a las modificaciones genéticas, mientras que su piel era un lienzo de tatuajes entrelazados. Había hachas y espadas mezcladas con calaveras y dientes afilados que se tragaban mundos enteros.

La parte posterior de la cabeza del individuo era una imagen de pesadilla, llena de placas de metal incrustadas en ranuras irregulares abiertas en el mismo hueso del cráneo. El guerrero tenía un aspecto enloquecido que ni siquiera un poderoso autocontrol podía enmascarar.

—Aléjate de la puerta, traidor —le ordenó Uttam.

El guerrero gruñó enseñándole los dientes y se estremeció al oír la palabra «traidor», pero cumplió la orden. Pegó la espalda a la pared más alejada, pero sus músculos estaban tensos ante la expectativa de la violencia. Tagore era un devorador de mundos, y Uttam nunca lo había visto en otra actitud que no fuera la de atacar. Los demás guerreros de su legión eran iguales, y Uttam se preguntó cómo podían soportar estar preparados para la violencia en todo momento. Algunos consideraban que los

Devoradores de Mundos eran unos asesinos sin disciplina, simples psicópatas que tenían permiso tácito para actuar como unos carniceros despiadados, pero Uttam sabía la verdad. Después de todo, ¿qué clase de disciplina debían tener para ser capaces de mantener semejante nivel de agresividad tan cerca de la superficie y tenerlo dominado como si lo llevasen sujeto de una correa?

Los Devoradores de Mundos eran más peligrosos de lo que la gente creía.

Tagore lo miró con una sonrisa salvaje, pero no dijo nada.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó bruscamente Uttam.

Tagore hizo un gesto de asentimiento.

—Algún día te mataré. Te sacaré la espina dorsal por el pecho.

—¿Una amenaza vacía? Esperaba algo más de ti —le replicó Uttam.

—Eres más tonto de lo que pareces si piensas que lanzo amenazas vacías —le contestó a su vez Tagore.

—Y sin embargo eres tú quien está encerrado en una prisión.

—¿Esto? —dijo Tagore mientras el dispensador de nutrientes dejaba caer un par de bolsas con paquetes de alimentos en el interior de la celda—. Esto no me va a mantener encerrado durante mucho tiempo.

Uttam sonrió, divertido muy a su pesar por la actitud de Tagore.

—¿De verdad te lo crees, o es solamente esa abominación que tienes clavada en el cráneo lo que te hace pensar así?

—Soy un devorador de mundos —le gruñó Tagore con un tono de voz lleno de orgullo—. No trato con abstracciones teóricas, trato con la realidad más absoluta. Y sé que voy a matarte.

Uttam se dio cuenta de la inutilidad de seguir discutiendo y meneó la cabeza en un gesto de negación antes de adentrarse en el complejo de la prisión. Los otros presos lo miraron con frialdad o con una hostilidad venenosa, pero, como siempre, fue Atharva quien más inquietó a Uttam.

El brujo estaba de pie en el centro de su celda, con las manos extendidas a lo largo del cuerpo y la barbilla ligeramente levantada, como si estuviera esperando algo. Tenía los ojos cerrados y sus labios se movían como suplicando en silencio. La lluvia caía más fuerte en ese punto y goteaba desde los rectilíneos bordes de permacemento del pabellón de celdas. Uttam entrecerró los ojos cuando el escalofrío que sintió al entrar en la cámara aumentó todavía más. Sus instintos de combate, ya a punto gracias a la ayuda de los estimulantes químicos, se agudizaron cuando sintió el peligro.

La lanza giró en sus manos cuando los ojos de Atharva se abrieron, y Uttam se quedó boquiabierto al ver que ya no eran de color ámbar y azul, sino del blanco brillante del sol de invierno.

—¡Retirada! —ordenó al mismo tiempo que se apartaba de la puerta de la celda

—. ¡Evacuad inmediatamente!

—Es demasiado tarde para eso —dijo Atharva.

Una ráfaga de aire hipercaliente resonó como el chasquido de un látigo y Uttam giró sobre sus talones. Natraj, de los Señores de la Tormenta Uralianos, tenía apoyada la culata de su rifle de plasma contra el hombro, y por las rejillas de ventilación del cañón salían los gases de la combustión.

El custodio Sumant Giri Phalguni Tirtha cayó de rodillas con un agujero humeante en el centro del estómago.

—La montaña llora —dijo antes de desplomarse de bruces en el suelo.

La sala de interrogatorios estaba helada, como siempre, pero Kai notó una atmósfera tensa que nada tenía que ver con el continuo fracaso de Scharff y Hiriko por conseguir la información que Sarashina había colocado en su interior. Aunque la fragilidad física de Kai hacía que fueran innecesarias las ataduras, lo habían inmovilizado como medida de seguridad a la silla amoldable situada en el centro de la habitación. La adepta Hiriko estaba sentada delante de él, y Kai observó unas manchas oscuras bajo sus ojos que no estaban allí la última vez que se encontraron en el mundo de la vigilia. El interrogatorio la estaba consumiendo a ella tanto como lo estaba consumiendo a él.

—Por favor, ¿tenemos que hacer esto de nuevo? No puedo darte lo que quieres.

—Te creo, Kai, de verdad —le aseguró Hiriko—. Sin embargo, si la Legio Custodes no puede sacarte los secretos que tienes dentro de la cabeza, se conformarán con matarte. Son una organización implacable. Y si no quieres darme de forma voluntaria lo que quiero, entonces no tendré más remedio que arrancártelo.

—¿Qué significa eso?

Hiriko lo atravesó con una mirada en parte melancólica y en parte de exasperación.

—Significa exactamente lo que piensas que significa, Kai. No vas a sobrevivir a esto.

—Por favor —gimió Kai—. No quiero morir. No quiero morir de esta forma.

—Eso ya no importa —le respondió Hiriko—. Otros han decidido que debes morir, pero, por si te sirve de consuelo, quiero que sepas que pronto estarás inconsciente y que no sentirás nada.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió antes de que Kai pudiera responder. Era el adepto Scharff, quien parecía no haber descansado bien desde hacía semanas. El hombre le dirigió una débil sonrisa a Kai e Hiriko lo miró con preocupación.

—Llegas tarde —le dijo—. Nunca llegas tarde.

—He dormido muy mal. Soñé con una figura equipada con una armadura de color

rojo y marfil —dijo Scharff, y algo sobre aquella descripción despertó un recuerdo vago en la mente de Kai—. Me estaba llamando.

—¿Qué decía? —quiso saber Hiriko.

—No lo sé, no logré oír nada de lo que decía.

—Quizá se trate de restos de umbra —apuntó Hiriko—. ¿Debería estar preocupada?

Scharff negó con la cabeza.

—No, creo que es algo que procede del trauma psíquico provocado por la llegada del primarca Magnus. Los colores rojo y marfil de la armadura de la figura sugieren una conexión con los Mil Hijos, después de todo.

Hiriko hizo un gesto de asentimiento.

—Parece probable.

Scharff se sentó al lado de Kai y revisó las numerosas vías intravenosas, cánulas y agujas cargadas de sustancias químicas que perforaban su piel pálida. Kai no podía mover la cabeza para ver lo que estaba haciendo, pero su visión periférica era casi tan clara como su visión binocular. Los ojos de Scharff estaban ligeramente desenfocados, como los de una persona a la que se hubiera despertado bruscamente de un sueño profundo. No logró ver las manos del hombre, pero Kai oyó un suave silbido cuando uno de los dispensadores de medicamentos introdujo otra sustancia extraña en su torrente sanguíneo.

Esperaba caer inconsciente, por lo que Kai se sintió ligeramente sorprendido al notar un hormigueo en la punta de las extremidades. Miró de reojo a Hiriko, pero sus preciosos ojos verdes estaban concentrados en revisar las líneas de un texto que se deslizaba a lo largo de la pantalla de una placa de datos. Kai miró a Scharff girando la cabeza, ya que cualquiera que fuera el producto químico con el que Scharff estaba alimentando su cuerpo, empezaba a contrarrestar los relajantes musculares y la anestesia que lo mantenían inmovilizado.

Kai se mordió los labios mientras recuperaba el control de su cuerpo. Sus extremidades volvían a hacer lo que les ordenaba, pero era algo más que eso. Era un rejuvenecimiento, un estímulo que estaba devolviendo la vitalidad a su cuerpo. Quiso preguntarle a Scharff qué era lo que estaba haciendo, pero el instinto de peligro lo previno y le indicó que debía mantener la boca cerrada. Hiriko no tardaría mucho tiempo en darse cuenta de sus acciones, ya que los monitores que controlaban los signos vitales de Kai registraban un incremento en la actividad mental y una elevación de la frecuencia cardíaca.

Hiriko miró las lecturas biológicas con la suave piel del entrecejo fruncida. Sus ojos pasaron de una lectura a otra. Se dio cuenta de un solo vistazo de que Kai se recuperaba de su estado de inactividad.

—¿Scharff? ¿Has visto esto? —le preguntó al mismo tiempo que dejaba a un lado

la placa de datos y se ponía en pie. Al ver que su compañero no respondía, se volvió hacia él. En la expresión de su rostro se mezclaron la sorpresa y la irritación—. ¿Scharff? ¿Qué estás haciendo? Necesitamos que Kai esté inconsciente para este procedimiento.

—No —dijo Scharff.

—¿No? —le replicó Hiriko—. ¿Te has vuelto loco? Deja de hacer lo que quiera que estés haciendo.

—No puedo dejar de hacerlo, adepta Hiriko —le contestó Scharff con una voz que sugería que deseaba mucho poder hacerlo.

Los dedos de Scharff bailaron sobre el teclado de la caja negra que había sido el origen de muchas de las pesadillas que Kai había sufrido en los últimos días. Hiriko rodeó la silla y agarró a Scharff por el brazo. Kai la vio darse cuenta de lo que él ya había comprendido.

—Adepto Scharff —dijo bruscamente Hiriko—. Aléjate del prisionero inmediatamente. Creo que tu mente se ha visto afectada por un elemento externo.

Scharff negó con la cabeza, y las venas de las sienes le palpitaron como un corazón al borde de un infarto.

—El sujeto debe estar consciente y con movilidad si va a abandonar la instalación.

—No se va a marchar, Scharff —insistió Hiriko.

Kai sintió cómo las ataduras de metal que le impedían liberarse de la silla se abrían con un silbido neumático mientras el estruendo de sirenas de alarma sonaba por todo Khangba Marwu.

—Ah, sí, sí que lo va a hacer —le respondió Scharff con una voz que no era la suya.

Natraj ya estaba muerto antes de que Tirtha cayera al suelo. La lanza guardiana de Uttam disparó un proyectil del arma que llevaba acoplada debajo de la cuchilla y el cuerpo del hombre se despedazó convertido en una lluvia de sangre vaporizada y metralla ósea. Dos de los soldados más cercanos cayeron derribados por la fuerza de la explosión, pero Uttam ya se había puesto en movimiento cuando las sirenas de alarma y las señales de aviso resonaron de forma estruendosa en la caverna. Natraj había sido poseído, y la lealtad de sus compañeros también estaba en duda. Por eso todos tendrían que morir.

Uttam se echó a un lado para esquivar el disparo de un rifle infernal y clavó la lanza en la placa pectoral de un soldado provisto de una armadura de combate de color carmesí. La sangre le salpicó la visera dorada del casco cuando lo rajó desde la cadera hasta la clavícula. Un rifle rugió a su izquierda, pero el proyectil rebotó en la hombrera de Uttam. Éste se agachó y giró sobre sí mismo impulsando su lanza en un

barrido bajo que cortó las rodillas a cuatro de sus atacantes. Una ardiente explosión de plasma lo cegó por un momento, y él se dejó caer adoptando una posición defensiva. Hizo un nuevo barrido con la lanza a su alrededor en un arco borroso de plata y adamantio.

Los disparos rebotaban en la hoja, pero ninguno lograba atravesar sus defensas. Recuperó la visión un momento después, y Uttam se pegó la lanza al cuerpo. Saltó hacia adelante, rodó sobre sí mismo para ponerse de nuevo en pie, y otro disparo alcanzó a un guerrero con armadura de espejo negro y lo hizo salir volando por el aire. Los restos triturados se estrellaron contra la pared del bloque más cercano.

Del protocolo de amenazas escogió los peligros en función de su urgencia.

Un señor de la tormenta uraliano con un rifle infernal: amenaza mínima.

Dos comisarios vitruvianos, uno con un rompedor de iones y el otro con un lanzador de granadas: amenaza moderada.

Tres dragones carmesíes con lanzador de redes, carabina de plasma y aplastamasas: amenaza inmediata.

Disparaban sin dejar de moverse, y eran mejores como atacantes de lo que habían sido como carceleros, pero ni siquiera seis mortales con un entrenamiento excelente y armamento avanzado eran rival para un guerrero de la Legio Custodes. Uttam blandió su arma y mató al dragón armado con el aplastamasas separándole la cabeza del cuerpo con un corte limpio que cauterizó la herida casi al mismo tiempo de infligirla. La carabina de plasma disparó de nuevo. Uttam esquivó el disparo con un golpe de su cuchilla y envió el rayo incandescente al pecho del comisario que tenía el lanzador de granadas. Éste cayó con un grito ahogado que se transformó en un aullido penetrante cuando el aire en sus pulmones entró en ignición.

El disparo de un rifle infernal impactó en un lado de su casco, y Uttam se volvió para enfrentarse al tirador, pero los dos dragones supervivientes ocultaron su objetivo mientras disparaba a su vez, pero Uttam ya estaba entre ellos. Su cuchilla le separó el brazo del cuerpo al primer guerrero, y el ataque de retorno del asta de su lanza hizo pedazos las costillas del pecho de su oponente.

Una niebla caliente de un pegajoso líquido parecido a una mucosidad rodeó a Uttam, y notó la rápida solidificación del gel de la red endureciéndose alrededor de su armadura. Todo aquel que no hubiera sido bendecido con el don de unos reflejos sobrenaturalmente veloces de alguien modificado genéticamente como él habría quedado completamente atrapado por el secado ultrarrápido de la red, pero Uttam salió de su alcance antes de que lo peor del gel hubiera actuado. El brazo que empuñaba la lanza estaba inmovilizado por los hilos pegajosos de esa sustancia, pero el izquierdo todavía estaba libre y era letal.

Un puñetazo brutal se estrelló en mitad de la cara del oponente que le había disparado la red y con un codazo rompió el cuello del que empuñaba la carabina de

plasma, quien lo apuntaba de nuevo con el arma dispuesta para disparar una segunda descarga. Eso dejó únicamente al señor de la tormenta de uniforme gris, y Uttam echó a correr en la dirección en la que había huido el hombre mientras se sacudía del brazo las últimas hebras del gel inmovilizador.

—Ahora te toca morir a ti —dijo Uttam, doblando la esquina del bloque.

La conmoción y el horror se apoderaron de él cuando vio al señor de la tormenta uraliano de pie delante de una celda abierta con el valioso anillo ensangrentado de Sumant Giri Phalguni Tirtha apoyado en el panel de control. Una impresionante figura compuesta de ira y tejido cicatrizado estaba junto a la puerta abierta, con los sobredimensionados músculos tensos y retorciéndose bajo su piel.

—Voy a matarte —anunció Tagore de los Devoradores de Mundos—. Te voy sacar la espina dorsal por el pecho.

Sentado con las piernas cruzadas, Atharva contemplaba el baile de sus títeres con una sonrisa de satisfacción. Un pensamiento le trajo el recuerdo del señor de la tormenta uraliano corriendo hacia su celda mientras Tagore y el custodio se enfrentaban entre sí. El tiempo era fundamental. No podía permitir que el devorador de mundos matara al custodio, ni que esa fuga acabara antes de que hubiera empezado.

Su otro esclavo aún estaba despertando a Kai Zulane, aunque tenía dificultades para mantener el control sobre Scharff. El hombre había sido entrenado en la resistencia a la intrusión mental, un entrenamiento básico comparado con el que tenían que soportar los adeptos de los Mil Hijos, pero él tenía dotes naturales que aseguraban una voluntad escurridiza. Sus intentos de romper el control de Atharva eran graciosamente ingenuos, pero tenía la ayuda de su compañera, y ella era una pequeña cabrona astuta.

Las gotas de sudor corrían por la cara de Atharva como si fuesen lágrimas. Aunque no era algo complicado ejercer control sobre los mortales, mantenerlos psíquicamente dominados a través del hormigón y sin ser capaz de ver a sus esclavos suponía un gran esfuerzo.

Una figura apareció en la puerta de su celda, un hombre vestido con un tabardo gris con un rayo dibujado y una vulgar representación de un ave depredadora lanzada al ataque. La cara del soldado estaba pálida, y lloró mientras su mano temblaba con el esfuerzo de intentar resistirse al control de Atharva.

—No trates de luchar contra ello, Tejas —le dijo Atharva—. No tienes la fuerza necesaria para hacerlo.

Tejas Doznya había servido en los Señores de la Tormenta Uralianos durante seis años y le habían negado un ascenso tres veces. Demasiado imprudente, le dijeron sus superiores, los cuales, en un regimiento que era famoso por saltar desde aeronaves en perfecto estado sin nada más que un endeble paracaídas de gravedad para evitar los

resultados que la fuerza de atracción de masas ejercía sobre sus cuerpos, ya era decir mucho. Aquella asignación a la Legio Custodes tenía la intención de atemperar su imprudencia con la disciplina de los pretorianos del Emperador, pero su resentimiento por haber sido marginado no había hecho más que aumentar hasta que prácticamente suplicó que cualquiera lo usara como influencia para abrir su mente al control ajeno.

Con un grito de impotencia, Tejas colocó el valioso anillo del custodio contra la placa de bloqueo y la puerta se deslizó al interior de los muros de la celda. Arrancado de la mano de un hombre muerto, las propiedades del anillo hablaban de la arrogancia de la Legio Custodes, que nunca habían considerado la posibilidad de que uno de sus preciosos anillos cayera en manos enemigas.

Atharva se puso de pie con un movimiento fluido, desenroscándose como una serpiente lista para atacar a su víctima. Salió de la celda jadeando mientras notaba el poder del Gran Océano creciendo a su alrededor. El collar de amortiguación que llevaba alrededor del cuello se agrietó y se rompió como si hubiese sido retorcido por unas manos invisibles. Sus restos cayeron al suelo, y Atharva se echó a reír mientras sentía las corrientes y las mareas del Gran Océano apresurándose a llenar su cuerpo.

—Tejas, el anillo por favor —le pidió Atharva, extendiendo una mano.

El aterrorizado Tejas dejó caer el anillo en la palma de la mano de Atharva, y éste se lo llevó a los labios, como si fuera a besarlo. Usó la lengua para limpiarle la sangre, y el rico sabor de los genes de la esencia del custodio le inundó los sentidos, una ambrosía de la superioridad genética.

—Oh, sin duda esto es una maravilla, Tejas —comentó Atharva—. ¿Qué secretos podrían ser descifrados de su estudio? ¿Qué maravillas y milagros podría hacer un maestro como Hathor Maat con la paleta de un genio?

Tejas no respondió y Atharva le devolvió el anillo ya limpio. Colocó su enorme mano sobre el hombro de su esclavo poniendo las imágenes de cinco guerreros en el primer plano de su mente. Cinco. Todo lo que quedaba de doce. ¡Qué pérdida!

—Tejas, quiero que liberes a estos hombres, y sólo a estos hombres —le ordenó Atharva.

El hombre asintió con la mente batallando con la necesidad de acatar las órdenes de Atharva y el horror de lo que estaba haciendo. Aunque cada fibra de su fuerza de voluntad estaba tratando de rechazar el control de su dueño, él era una hoja arrastrada por la fuerza de un huracán. Atharva lo vio correr hacia las otras celdas, y dejó que su mente flotara en las alturas de nivel medio de las Enumeraciones, que sería la mejor forma de aumentar sus habilidades en manipulación biológica. Los órganos de los sentidos de la parte posterior de su garganta luchaban por analizar el contenido de la sangre del custodio, aunque no era probable que pudieran descifrar algo tan exquisitamente construido. Sin embargo, sería suficiente con lo que lograran comprender.

Aunque las habilidades de Atharva como pavoni no eran iguales que las de Hathor Maat, había llegado a dominar lo suficiente de las inútiles artes de su compañero como para hacer lo que fuera necesario para salir de este lugar de reclusión.

Siempre y cuando Tagore no matara a Uttam Luna Hesh Udar demasiado pronto.

Puños y codos, rodillas y pies. Luchaban en un torbellino de golpes atronadores, de patadas capaces de romper huesos y golpes titánicos. Dos guerreros, diseñados para ser el pináculo de los luchadores, se lanzaban el uno contra el otro con furia, ambos con implantes neurocorticales y con la mejor manipulación genética a ambos lados de la lealtad.

Tagore luchaba con los dientes al descubierto y los ojos le estallaban repletos de locura. Luchaba sin prestar atención y sin moderación, sin importarle dañar o matar. Uttam Luna Hesh Udar luchaba con precisión, elegancia y con los golpes precisos para matar procedentes de las forjas de combate de la Legio Custodes.

Dos guerreros de comportamiento extremo totalmente opuesto, dos guerreros preparados para hacer frente a la muerte de dos formas completamente distintas.

Uttam llevaba puesta una armadura, Tagore tenia la piel desnuda y sangraba.

La lanza guardiana del custodio yacía rota entre ellos, con el mango astillado en la mano de Tagore. La hoja chispeaba y escupía columnas de vapor con la humedad que goteaba del techo de la caverna. Tagore giró alrededor de Uttam y lo golpeó con el talón en la parte posterior de la rodilla. Uttam cayó con un gruñido y bloqueó el siguiente rodillazo dirigido a su cara con los guanteletes. Uttam giró ambas manos e hizo que Tagore cayera volteándolo sobre sus pies. Se levantó, y una de sus botas retumbó contra el suelo cuando intentó aplastarle la cabeza al devorador de mundos.

Tagore rodó, se incorporó y propino un puñetazo a un lado del muslo a su oponente. La placa de la armadura se agrietó y el impacto paralizador lo hizo caer sobre una rodilla. Un derechazo le rompió el casco y un gancho lo tiró de espaldas. Tagore giró en el suelo con las piernas en el aire y se arrojó sobre el custodio caído. Uttam recibió su salto volador con un contundente puñetazo bajo que lanzó a Tagore de nuevo al suelo como un Stormbird derribado. El devorador de mundos rodó hacia un lado para esquivar el previsible golpe de codo con el que Uttam intentaría triturarle la cabeza, y se puso de pie a tiempo de recibir la carga de custodio.

Se agarraron el uno al otro como luchadores callejeros. Se propinaron puñetazos cortos a los riñones, se bloquearon y desbloquearon las piernas mientras cada uno de ellos buscaba una forma de agarrar a su oponente para reducirlo del todo. Las placas de hierro atornilladas a la cabeza de Tagore escupían gruesas chispas rojas mientras bombeaba estimulantes químicos y reforzadores de la ira en su corriente sanguínea e impulsos eléctricos a los centros de la cólera de su cerebro. Su furia había ido

aumentando hasta formar una masa crítica desde el primer momento de su encarcelamiento, y ésa fue justamente la lucha que necesitaba para liberarla.

La primera ventaja la consiguió Uttam. Cada golpe que Tagore propinaba chocaba contra una placa forjada manualmente por un artesano, hecha a mano en las armerías entre los picos de Anatolia, mientras que los golpes de Uttam impactaban contra carne sin proteger. La pura fuerza de la onda de choque de un golpe le rompió el escudo óseo del pecho a Tagore, y éste gruñó cuando un tremendo gancho le impactó de lleno en el vientre. Fue apenas un breve estremecimiento; sin embargo, fue una bajada de la guardia.

Uttam giró y le dio un codazo en la mandíbula. Sangre y dientes salieron volando de la boca del devorador de mundos. Uttam se dispuso a asestarle el golpe definitivo, pero el dolor era un estímulo más para un asesino como Tagore. El devorador de mundos escupió otro diente y agarró el puño de Uttam con la palma desgarrada de una mano. Detuvo el otro puño a medio golpe y estrelló la frente contra la cara de Uttam. La nariz del custodio se rompió y los dos pómulos quedaron destrozados. La sangre lo cegó por un instante antes de que pudiera sacudir la cabeza para limpiarse los ojos, pero un instante fue todo lo que necesitó Tagore.

Su puño ensangrentado golpeó el pecho de Uttam impulsado por la rabia y la traición.

La ceramita se destrozó, el adamando se dobló y los huesos se rompieron.

Tagore lanzó un gritó atávico en señal de triunfo mientras su fuerza, el ímpetu y la furia impulsaron el puño hacia lo más profundo del pecho del custodio. La sangre y la carne se separaron ante su mano perforadora hasta que sus dedos se cerraron alrededor de un hueso duro como el hierro.

Los ojos del custodio estaban abiertos de par en par por el dolor agónico. Su cuerpo se esforzaba por vivir incluso mientras Tagore le arrancaba la vida. Tagore le escupió sangre a la cara, sonriendo con la mueca enloquecida de una calavera.

—¿Todavía piensas que lanzo amenazas vacías, custodio? —le gruñó.

Uttam trató de responder, pero sólo consiguió articular un horrible sonido gorgoteante procedente de su ensangrentada cavidad torácica. Tagore notó los huesos aplastados, triturados bajo su poder implacable. Fuerte y resistente, sí, pero no tan fuerte ni tan resistente como un sargento de los devoradores de mundos.

Una figura apareció a su espalda, alta y oliendo a hielo y frío metal.

—Maldito seas, Tagore, lo necesito vivo —dijo una voz que sólo podía pertenecer a Atharva de los Mil Hijos—. Todavía puede sobrevivir a esto, Tagore. No lo mates.

—Sólo Angron y sus capitanes pueden decirme lo que tengo que hacer —siseó Tagore—. Uno de los cabrones de Magnus no puede decírmelo.

Con un crujido horrible que parecía no tener fin, Tagore giró el puño y sacó el brazo del pecho de Uttam. Estaba teñido de color carmesí hasta más allá del codo, y

los extremos de unos huesos arrancados sobresalían a ambos lados del puño. La sangre, las mucosidades y el fluido de la espina dorsal goteaban de los extremos de los huesos rotos, y en los últimos segundos de vida que le quedaban a Uttam, éste se dio cuenta de que estaba viendo un trozo de su propia espina dorsal.

—¡Te sacaré la espina dorsal por el pecho! —gritó Tagore arrojando los restos de los huesos de Uttam al suelo—. Y cuando digo que voy a matar, mato.

El custodio cayó hacia un lado mientras su cuerpo todavía luchaba contra la inevitable muerte. Pero ni siquiera su formidable resistencia forjada en un cuerpo tan magnífico podría sobrevivir a unas heridas tan graves, y la vida de Uttam Luna Hesh Udar acabó en un brillante charco de su propia sangre a los pies de un guerrero para el que cada oponente derrotado era una medalla de honor.

—Por el Ojo, Tagore —dijo bruscamente Atharva, cayendo sobre una rodilla al lado del custodio asesinado—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Matar a un enemigo muy poderoso digno de ser recordado —dijo el devorador de mundos.

Atharva rechazó con un gesto las palabras de Tagore.

—Eso es irrelevante —le replicó al mismo tiempo que miraba el techo y los muros de la caverna, donde casi un centenar de torretas esperaban, listas para eliminar toda forma de vida de aquella isla flotante. Ambos guerreros sabían que no podrían sobrevivir a semejante potencia de fuego.

—¡La Senda Carmesí antes que los grilletes de hierro! —gritó Tagore, levantando los brazos para encontrarse de frente con la muerte.

Atharva se rió en la cara de un código de honor tan innecesariamente autodestructivo, sabiendo que sólo había una forma de poder sobrevivir durante los siguientes segundos.

—Te pido disculpas por esta profanación, Uttam Luna Hesh Udar, pero mi necesidad es más grande que la tuya —dijo Atharva, y arrancó la cabeza del custodio de sus hombros.



TRECE
LA HUESTE CRUZADA
LIBERTAD
SI QUIERES VIVIR

Con el poder del Gran Océano a su disposición, había poco que estuviera más allá del alcance de un adepto exemptus de los Mil Hijos, pero incluso Phosis T'kar se habría visto en un apuro para crear un escudo cinético capaz de soportar el fuego de tantas armas. Atharva podría protegerse con ese escudo, pero el resto de los guerreros de la Hueste Cruzada probablemente acabarían muertos, y él los necesitaba con vida, al menos por el momento.

Liberado de los limitados confines de su celda, el poder de Atharva fluyó de nuevo por todo su cuerpo. Quería disfrutar de ese momento, para deleitarse con el retorno de la escala completa de sus habilidades y la claridad de pensamiento que serían su inspiración, pero ahora el tiempo era su enemigo y el Ojo tenía una tarea para él.

La sangre del custodio Uttam brotaba del muñón destrozado en que había quedado convertido su cuello, extendiéndose por la mano de Atharva y corriendo por su brazo. La punta aplastada de una vértebra sobresalía de la herida y la materia gris de su interior quedaría fuera de todo posible uso en pocos momentos.

Pero unos pocos momentos era menos tiempo de lo que él tenía a su disposición.

Los cañones de los muros de la caverna abrieron fuego y una cascada de disparos láser y proyectiles sólidos ahogaron el ruido de las alarmas. Miles de proyectiles bombardearon la isla flotante en una tormenta de fuego. Atharva se adentró en la celda que recientemente había acogido a Tagore, pero el sargento de los Devoradores de Mundos se aplastó contra los muros exteriores, demasiado estúpido o demasiado orgulloso como para refugiarse en el interior de sus confines.

—¿Puedes parar esto? —gritó Tagore, y su voz casi se perdió en el rugido de los

disparos.

El acre humo propulsor y las nubes de humo de hormigón pulverizado llenaban el aire cuando los proyectiles sólidos machacaron las celdas y las destrozaron del mismo modo que las cepas virales necróticas atacan a las células sanas.

—Eso es lo que vamos a comprobar —gritó en respuesta.

Empujó su propia consciencia a la cabeza del custodio, dirigiendo el poder vital de la disformidad hacia los miles de vasos sanguíneos moribundos en un esfuerzo por mantener a raya la muerte cerebral.

Una especie de suspiro surgió de la cabeza cuando la boca se abrió en un grito silencioso. Atharva sintió el crujir de la actividad neuronal en las espasmódicas y palpitantes sinapsis, y conectó su mente con el cerebro moribundo. Lo incitó a volver a la vida con la energía inmaterial dejando que el poder del Gran Océano reanimara las células que estaban al borde de la desintegración. Atharva sintió el punzante terror de Uttam en el borde de su percepción, y se preguntó por un momento qué clase de conciencia debía estar experimentando el custodio muerto.

Cuanto más volvía a la vida el cerebro de Uttam, más fuerte se hacía su terror enloquecedor, pero Atharva lo mantenía a raya por el momento. Con su arquitectura mental acorde con los ritmos de los pavoni en la sexta Enumeración, Atharva dejó que la familiaridad recién descubierta de su cuerpo con la sangre de la Legio Custodes lo reestructurara, alterando su biometría para que se aproximara lo más posible a la de su antiguo carcelero. Aunque el cuerpo de Atharva no cambió por fuera, su interior tomó el disfraz de Uttam Luna Hesh Udar a nivel celular. Un engaño muy burdo, concebido a toda prisa, que no engañaría a ningún analizador de genes durante mucho tiempo, pero tal vez el suficiente.

Atharva se enteró de mucho de lo que sabía el custodio: la disposición de Khangba Marwu, sus protocolos de seguridad, su lista de fuerzas y, lo más importante, sus entradas y salidas. Sin embargo, en la situación en la que se encontraba, los códigos de desactivación de las armas de la caverna estaban a la cabeza de la lista de la información que tenía que arrancar del cerebro del custodio muerto.

Inspiró profundamente, se protegió tras el más simple de los escudos cinéticos y luego salió de la celda. Una tormenta de proyectiles cayó sobre él con la potencia suficiente como para acabar con toda una compañía de soldados del Ejército Imperial en un instante, pero el escudo resistió. Tuvo la impresión de que todas y cada una de las armas de los muros de la caverna estaban dirigidas hacia él. Atharva supo que no le quedaba mucho tiempo para hacer lo que quería.

—¡Todas las armas desacopladas y desactivadas! —gritó con una voz que era una imitación tan perfecta de la de Uttam Luna Hesh Udar que ningún comunicador podría nunca haber puesto en duda la autenticidad de quien lo decía—. Autorización

Omega Omicron Nueve Tres Primus.

La ensordecedora avalancha de fuego cesó en un instante cuando cada arma se replegó en el interior de un hueco blindado y desapareció. El humo y el polvo flotaron en las corrientes de aire creadas por el calor repentino y por el paso de miles de proyectiles. Las atronadoras alarmas parecían casi mudas en comparación.

Atharva desactivó su escudo cinético y dejó escapar un suspiro de alivio mientras unas siluetas aparecían entre las asfixiantes nubes de polvo. Cinco de ellas, musculadas artificialmente por una ciencia inimaginablemente compleja y de un tamaño mucho mayor que el humano, se movían con un paso que claramente procedía del patrón del homo sapiens. Los gemelos fueron los primeros en aparecer de entre el polvo, Subha y Asubha, el carnicero y el asesino. Devoradores de mundos y asesinos, ninguno de ellos mostraba los implantes de pesadilla de Tagore, pero al igual que su hermano sargento, sus cuerpos estaban inclinados en una tensa postura de ataque.

Gythua los seguía, un guerrero de la legión de Mortarion, cuyo volumen y solidez había hecho que los demás miembros de la Hueste Cruzada le dieran el sobrenombre de Goliat, un antiguo gigante mitológico. Argén tus Kiron, el alto espadachín de anchos hombros, trotaba a su lado. La pareja compartía una extraña amistad, ya que, ¿quién hubiera pensado que los guerreros de los Hijos del Emperador y de la Guardia de la Muerte podrían encontrar muchos puntos en común?

Finalmente llegó Severian, llamado el Lobo por sus compañeros por el secreto y solitario camino que recorría. Atharva casi no lo conocía, pero como guerrero de la legión de Horus Lupercal, tenía una posición única entre los guerreros de la Hueste Cruzada.

«¿Hueste Cruzada…? Ése nombre parece por sí solo una broma…».

Los tres devoradores de mundos se saludaron con los puños cerrados y muestras primordiales de su fuerza, aunque Atharva percibió la sutil danza de superioridad en sus rituales muestras de destreza. El macho alfa y los subordinados se distinguían claramente por la inclinación de sus cabezas y la desnudez de sus cuellos. Eso casi hizo sonreír a Atharva, pero a Tagore no le habría gustado que se hiciera tal análisis de estos guerreros.

Tagore realizó un barrido con la lanza guardiana del primer custodio muerto y, tras comprobar el filo de la cuchilla, emitió un gruñido de satisfacción. Rompió el mango justo por debajo del filo, haciendo que pareciera más un cuchillo de hoja larga, mientras que Subha cogía la hoja de la lanza que Tagore había roto en su batalla con Uttam.

—¿Cómo es que somos libres? —preguntó Kiron tras tomar una carabina de plasma caída en el suelo. Parecía absurdamente pequeña en sus manos, pero tras arrancar la guarda del gatillo, el arma se volvió útil—. ¿Esto es cosa tuya, Atharva?

Ni Gythua ni Asubha se dignaron coger un arma mortal, pero Severian sacó una espada de la vaina del hombro de un soldado muerto que llevaba una armadura de color carmesí. En las manos del hombre muerto debió de haber sido una espada monstruosa, un cortador de hombres a dos manos, pero en las del lobo lunar era poco más que un gladio.

—En efecto, es cosa mía —le confirmó Atharva, quien ya se dirigía corriendo hacia el puente por el que podían salir de la isla—. Pero las explicaciones pueden esperar hasta que hayamos abandonado esta montaña.

Tagore corrió a su lado, mirando cautelosamente las silenciosas armas.

—¿Cómo hiciste eso? —le preguntó.

Sus palabras todavía arrastraban las secuelas de las drogas de combate y el estrés de su batalla con el custodio. Atharva hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—Sería demasiado largo de explicar.

El devorador de mundos lo agarró del brazo con una poderosa presa.

—No soy estúpido, Atharva. Dímelo.

Atharva se preguntó por un momento cómo podría explicarle las complejidades de la ingeniería biotécnica a un guerrero de los Devoradores de Mundos. Sería tan inútil como tratar de explicar las deficiencias de Pandorus Zheng respecto a los logros de Ahzek Ahriman a una ameba.

Sostuvo la cabeza cortada.

—Fui capaz de sacar los códigos de desactivación del cerebro del custodio antes de que dejara de funcionar.

Tagore miró la cabeza del hombre al que había matado con lúgubre fascinación.

—Te parecías a él, hablando —le comentó.

«No es tan bárbaro entonces…».

—Soy un buen imitador —dijo Atharva, usando una vez más un destello de su poder para alterar la densidad y la longitud de sus cuerdas vocales para replicar a las del custodio Uttam.

El puente retumbó con el sonido de las fuertes pisadas de los marines espaciales mientras cruzaban hacia una prominente roca en el borde del abismo sin fondo. Los guerreros se pararon cuando cruzaban el puente, reconociendo la importancia del momento. Estaban fuera de sus celdas, pero todavía quedaban batallas que librar si realmente querían considerarse libres.

Atharva sintió los ojos de Kiron sobre él.

—¿Está esa cabeza aún viva? —preguntó el guerrero de los Hijos del Emperador con una mueca de disgusto.

El color artificial del pelo del guerrero lo había convertido en albino mientras fueron honrados como representantes de las legiones vencedoras, pero privado de sus colorantes mientras estuvo prisionero, las oscuras raíces habían comenzado a asomar

en sus sienes.

—En cierto modo —respondió Atharva—. Puedo usarlo para desactivar las armas de fuego, pero tendremos que darnos prisa antes de que las conexiones de sinapsis se deterioren más allá del punto en que las pueda utilizar.

—Has deshonrado a un enemigo caído —le recriminó Subha pegándose a su cara.

Atharva lanzó una exasperada mirada a Tagore, y aunque el sargento de los Devorado res de Mundos estaba claramente de acuerdo con Subha en cuanto a la violación del cuerpo de un enemigo caído, hizo un gesto de asentimiento para demostrar que lo comprendía. Tagore golpeó un puño contra su pecho, un viejo saludo de la Unificación que parecía estar más acorde con su estatus de prisioneros que el Aquila.

—Somos devoradores de mundos, Subha —dijo Tagore—. Estuviste en la gran ruptura de las cadenas. Juramos que no seríamos esclavos, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —asintió Subha con un gruñido salvaje y los puños apretados.

—Todos lo recordamos —añadió su hermano gemelo—. La Senda Carmesí antes que los grilletes de hierro.

—Sabias palabras —dijo Tagore, señalando más allá del arco de piedra situado delante de ellos—. Palabras para vivir. Palabras con significado.

—Las palabras de Angron —añadió Subha, como si eso resolviese el asunto, pero Atharva no se perdió la incómoda mirada compartida por Asubha y Tagore.

—Más allá de ese arco se encuentra la libertad, pero esa libertad tiene que ser ganada con sangre —declaró Tagore, blandiendo la hoja de la lanza—. Enseñaremos a nuestros enemigos lo que significa ponerle cadenas a un devorador de mundos.

—Estamos perdiendo el tiempo —declaró Severian—. Deberíamos irnos ya.

—Es la cosa más sensata que alguien ha dicho —gruñó Gythua—. A lo mejor todos vamos a morir intentando salir de este lugar, pero al menos lo haremos de pie y frente a nuestros enemigos.

—¿Morir? —intervino Kiron—. ¿Qué fuerza podría tumbar a Goliat? Tú eres demasiado grande y duro para morir, amigo mío.

—Todos podemos morir, Kiron —le contestó Gythua—. Incluso yo.

Kai saltó de la silla cuando las sirenas de las alarmas resonaron a lo lejos. No hacía falta ser un psíquico para saber que algo terrible estaba sucediendo, algo que nunca había sucedido en la cárcel de los custodios. La inexplicable conducta de Scharff y las alarmas sólo podían significar una cosa: alguien estaba escapando de las montañas, y aunque no sabía quién ni cómo, Kai era consciente de que él estaba, de alguna forma, incluido en esa huida de la prisión.

Arrancó la cánula y los goteros de su cuerpo, gritando de dolor cuando las agujas le desgarraron la piel. La sangre le corrió por el brazo y los tubos de plástico

transparente escupieron fluidos de colores a las baldosas del suelo de la sala de interrogatorios. El olor químico que despedían era penetrante, y Kai recordó que había sido sometido a sus efectos.

Kai se alejó de la adepta Hiriko y colocó la silla entre ellos. Todavía sentía un leve hormigueo en las extremidades, y tenía una claridad de pensamiento que sólo podía proceder de los estimulantes que Scharff le había suministrado. Su cuerpo estaba terriblemente debilitado debido a los abusos psíquicos que Hiriko había cometido con él, y Kai no tenía ni idea de cuánto tiempo tardaría en ser capaz de volver a funcionar antes de que este nuevo estado de claridad psíquica y mental comenzara a desvanecerse.

—Vuelve a la silla —le ordenó Hiriko, y Kai sonrió.

—¿En serio? ¿Quieres que vuelva a la silla para someterme a un procedimiento que va a matarme?

—Más vidas que la tuya están en juego —le replicó Hiriko, clavando sus ojos verdes en él—. Vidas más importantes que la tuya.

—Ni por asomo —dijo Kai.

—La vida del Emperador —le respondió Hiriko.

Eso hizo que Kai se detuviera un momento, ya que seguía siendo un leal servidor del Imperio.

—No puedes pedirme que haga ese sacrificio —dijo Kai con voz suplicante.

—¿Por qué no? —quiso saber Hiriko mientras rodeaba la silla—. Ya renunciaste a tus ojos. Escucha, Kai, todo el mundo hace sacrificios por el Emperador: los soldados del Ejército Imperial, los guerreros de las Legiones Astartes, todos los astrotelépatas que murieron en la Torre de los Susurros. ¿Por qué deberías ser tú diferente? Todos estos sacrificios quieren decir algo y tú puedes hacer que los tuyos quieran decir algo también, algo infinitamente más grande de lo que puedas imaginar. Serías un héroe.

Kai negó con la cabeza mientras una ola de vértigo se apoderaba de él.

—No soy un héroe. No puedo hacer algo sabiendo que va a matarme. No tengo valor.

—Por supuesto que puedes —insistió Hiriko—. ¿Crees que los héroes no tienen miedo? Por supuesto que lo tienen. Por eso es por lo que son héroes. Se enfrentan a sus miedos y los superan. Hacen lo correcto aunque eso signifique el fin de sus vidas.

El hormigueo de los labios de Kai comenzó a desaparecer, y una helada insensibilidad lo reemplazó. Miró a Scharff, pero el hombre simplemente estaba allí de pie, con la mirada muerta de un maniquí. No recibiría ayuda alguna por esa parte.

Hiriko cogió una larga aguja hipodérmica de punta afilada de la bandeja de plata pegada a la silla y la clavó en una botella llena de un líquido claro. Pasó una cantidad de fluido al cuerpo del inyector y le dio unos golpecitos para eliminar cualquier

burbuja de aire que hubiera podido quedar en la aguja.

—Muy bien, Kai —dijo Hiriko mientras una gota de líquido colgaba de la afilada punta de la aguja—. Si tú solo no puedes ser un héroe, entonces yo te convertiré en uno.

Se metieron en uno de los pasillos que se alejaban de la isla. Los brillantes lúmenes desvanecían las sombras mientras Atharva bajaba por el pasadizo excavado en la roca. Subha y Ashuba flanqueaban a su sargento, mientras Kiron y Gythua corrían de lado a lado, con Severian en la retaguardia de la improvisada formación. Delante de ellos, dos torreras manipuladas por servidores giraron para apuntarlos con sus armas. Los servomotores zumbaron y los cargadores automáticos metieron con un golpe seco los proyectiles en las recámaras.

Los visores de puntería de color rojo se clavaron en Atharva como los ojos de un demonio.

—Atharva —lo avisó Tagore.

—Los he visto —respondió, sosteniendo la cabeza sin cuerpo delante de él para permitir que los cogitadores de puntería escanearan sus contornos y la actividad eléctrica. Alimentó a las células moribundas del interior del cerebro para mantenerlas con vida como un médico que luchara por salvar a un paciente que sabe que no sobrevivirá a sus heridas.

—Uttam Luna Hesh Udar —dijo Atharva, usando una vez más sus artes de pavoni para imitar la voz del custodio muerto.

—No funciona —dijo Kiron pegándose contra la pared del pasadizo mientras los cañones continuaban apuntalándolos.

—Funciona —replicó Atharva con los dientes apretados.

Los custodios contaban con avanzados lectores biométricos en su armamento automático, pero afortunadamente ninguno podía diferenciar entre un cuerpo caliente y uno mantenido con vida de forma psíquica. Atharva notó cómo la máquina escaneaba la cabeza de nuevo, antes de recordar, aunque se trataba de un recuerdo que no era suyo, que la toxina de los pielesverdes que había sacado a Uttam de la línea de frente hacía más difícil su lectura para los sensores.

—Uttam Luna Hesh Udar —repitió con confianza, y esta vez las armas aceptaron que uno de sus señores estaba delante de ellas.

Los cañones dejaron de apuntar y los ojos de los servidores cambiaron de color rojo a verde.

—Acabad con ellos —ordenó Atharva.

Los tres devoradores de mundos salieron corriendo como perros de caza liberados de sus cadenas.

Ashuba corrió hacia el arma de la izquierda y saltó sobre los peldaños de la

escalera de mantenimiento que tenía atornillada a un lado. Su mano salió disparada, con los dedos rígidos, y la cabeza del servidor quedó separada de su cuello tan limpiamente como si hubiera sido cortada con una espada de energía.

Su gemelo y Tagore saltaron sobre la torreta de la derecha, y sus espadas despedazaron el cuerpo del servidor en una sucesión de rápidos y fuertes golpes. Tras unos pocos instantes no quedó nada remotamente humano de la criatura cibernética, tan sólo unos trozos desparramados de carne que caían de la torreta chocando con un sonido húmedo contra el suelo. A pesar de la matanza, no hubo furia en el ataque, y cada golpe fue preciso y controlado para no malgastar esfuerzos.

—Vamos —dijo Tagore, dejándose caer al suelo.

Atharva pasó al lado de las torretas, impresionado a pesar de sí mismo por la precisión y la velocidad del ataque de los devoradores de mundos. Kiron, Gythua y Severian seguían sus pasos, y Atharva notó la admiración que sentían por la velocidad de sus compañeros.

Al final del pasaje, una pesada puerta blindada cerraba el paso. Su impenetrable revestimiento pintado de negro y dorado y marcado con códigos numéricos le indicó a Atharva dónde se encontraban exactamente dentro del complejo de la prisión. Gythua se preparó delante de la puerta y cerró los ojos. ¿Acaso estaba pensando romper la puerta él solo…?

—Dos metros de grosor —declaró Gythua. Los músculos de sus hombros y sus bíceps flexionados se hincharon por el esfuerzo—. Si tuviera una palanca y tiempo podría abrirla.

—No tienes ni una cosa ni otra —señaló Kiron, apuntando a la puerta con su carabina de plasma.

—Eso ni siquiera arañaría la pintura —apuntó Gythua con mirada desdeñosa.

—Ni siquiera la unión de la fuerza de los siete sería capaz de derribarla —afirmó Asubha—. Atharva, ¿queda algo de vida en esa cabeza que traes ahí? ¿Podría abrir esta puerta?

—Será mejor que sea así, o esto va a ser un intento de fuga muy corto —comentó Subha.

Atharva hizo caso omiso de los dos y elevó la cabeza hasta la placa negra del mecanismo de apertura montado sobre la puerta. Tenía la mano pegajosa por la sangre, y sentía el peso de la muerte que arrastraba hacia las profundidades del olvido las sinapsis todavía activas de la conciencia del custodio.

—Debo pedirte un último favor, custodio Uttam —murmuró Atharva mientras sostenía la cabeza cortada hacia la placa.

Inspiró rápidamente y de forma continuada mientras el poder del Gran Océano se derramaba en el cerebro moribundo del custodio asesinado. Esas energías eran una fuerza desatada, pero lo que estaba muerto estaba muerto, y no había vuelta de ese

abismo negro. Todo lo que Atharva podía esperar era que Uttam Luna Hesh Udar no hubiera caído demasiado deprisa en su abrazo. Cada molécula de su habilidad perfeccionaba su engaño; sus genes se pusieron la máscara de otro y su densidad muscular se alteró para parecerse a la masa corporal del custodio.

La placa dejó escapar un chasquido mientras el cerebro mecánico que había detrás estudiaba el ser vivo que tenía enfrente.

—No funciona —oyó que decía Kiron—. ¿Por qué nos liberas si no tenías un plan para llevarnos más allá de la primera maldita puerta? Creía que vosotros, los de los Mil Hijos, erais más inteligentes.

—Cállate —siseó Severian.

—Diré lo que me plazca, Lobo —le replicó Kiron con una feroz mirada envenenada.

—Ya es suficiente —terció Asubha—. Dadle la oportunidad de actuar antes de admitir el fracaso.

El silbido y el ruido sordo del desbloqueo de las cerraduras respondieron antes de que Kiron tuviera tiempo de contestar a las palabras de Asubha. Atharva se apoyó contra la pared del pasadizo mientras la puerta se abría lentamente sobre sus bisagras engrasadas. El Gran Océano era una herramienta poderosa para alcanzar objetivos imposibles, pero también era un amo exigente. Tan pronto como la puerta se abrió lo suficiente como para pasar, Severian atravesó rápidamente el hueco.

Tagore se agachó para mirar a Atharva a los ojos.

—¿Puedes continuar? —le preguntó.

Atharva asintió y respiró profundamente mientras se erguía.

—Puedo continuar.

—Bien. No quiero que te mueras aquí cuando el cielo abierto está tan cerca.

—¿Te quedarías aquí y morirías conmigo? —le preguntó Atharva.

Tagore era un asesino, pero al menos era un asesino leal, como un fiel perro de guerra que podía luchar y morir al lado de su amo.

Tagore lo miró con extrañeza, como si la pregunta no fuera digna de él.

—No me gustas, Atharva, y todavía tenemos cuentas pendientes, pero tú eres un hermano de las Legiones Astartes. Luchamos y morimos como uno solo.

Atharva dudaba de que el resto del grupo sintiera eso con tanta fuerza, pero se guardó ese pensamiento para sí mismo.

—Además —añadió Tagore, señalando a la cabeza cortada que llevaba Atharva —, tú eres el único que conoce el camino para salir.

—Hablando de eso —anunció Atharva—. Necesitamos hacer un desvío antes de llegar a la superficie.

—¿Un desvío? ¿De qué estás hablando?

Atharva dejó caer la cabeza del custodio Uttam y se secó el sudor helado de la

frente.

—Hay otro prisionero al que tenemos que liberar antes de abandonar este lugar.

—Vienen más soldados —lo avisó Tagore—. No tenemos tiempo para misiones tontas.

—¡Ésta no es una misión tonta! —le gritó Atharva—. Liberaremos a ese prisionero o nos rendiremos ahora.

—¿Quién es ese prisionero? ¿Qué es él para nosotros? —quiso saber Tagore.

—Alguien más importante de lo que posiblemente puedas imaginar —le aclaró Atharva—. Alguien sobre quien recae el destino de todos nosotros.

Kai fue incapaz de apartar la vista de la gota en la punta de la aguja. No podía ver la etiqueta del frasco del que había sacado el líquido porque estaba del revés, pero no tenía duda alguna de que se trataba de un potente sedante. La aguja hipodérmica contenía suficiente para ponerlo fuera de combate en un momento o tal vez incluso para matarlo.

—Adepto Scharff, o quienquiera que seas, ¿vas a dejarla que haga esto? —casi gritó Kai.

Scharff se estremeció al oír pronunciar su nombre, pero no se movió ni dio muestras de reconocer las palabras de Kai. Cualquier oportunidad que hubiera tenido Scharff de ayudarlo se había esfumado, pero al menos tampoco había mostrado intención de ayudar a su antigua colega.

—Aquí la adepta Hiriko. Necesito ayuda inmediata —dijo ella hablando a un intercomunicador que llevaba en el cuello—. Celda de interrogatorios cuatro siete primus cero.

Hiriko le sonrió.

—Dentro de unos momentos llegará un escuadrón o más de soldados, tal vez incluso un custodio, por lo que bien podrías rendirte ahora.

—Aprovecharé mi oportunidad —dijo Kai lanzándose hacia la puerta.

Pulsó el mecanismo de apertura, pero la puerta permaneció firmemente cerrada. Había sido una vana esperanza imaginar que la puerta no estaría cerrada, pero era todo lo que tenía.

Se volvió justo cuando Hiriko se abalanzaba sobre él con la aguja en ristre por delante de ella. Kai alzó las manos para defenderse, y más por suerte que por habilidad logró agarrar sus antebrazos con la aguja a menos de un palmo de que le perforara la palpitante vena del cuello. Aunque bajita y delgada, Hiriko era más fuerte de lo que parecía, y la aguja avanzó hacia su piel. Sea lo que fuere lo que Scharff le había dado para contrarrestar las drogas soporíferas que lo mantenían sedado estaba claramente desapareciendo.

Kai se encontró mirando fijamente a los brillantes ojos verdes de Hiriko, y tuvo

un breve momento para pensar que si iba a morir allí, al menos sería mientras contemplaba algo bonito.

Sintió como la aguja presionaba la superficie de su piel, pero antes de que pudiera clavarla, el adepto Scharff rodeó con sus manos los hombros de Hiriko. La empujó y la lanzó contra la silla que había retenido a Kai como prisionero durante muchas sesiones de pesadilla de interrogatorio psíquico.

—¡Scharff! —gritó Hiriko—. ¡Sea lo que sea lo que está dentro de ti, lucha contra ello!

Su contrincante no prestó atención a sus palabras, y Kai se deslizó por la pared contigua a la puerta mientras Scharff le daba un puñetazo en plena cara a su antigua compañera. Hiriko se tambaleó a causa del golpe y cayó contra la silla. Scharff saltó sobre ella y le rodeó el cuello con las manos para estrangularla, aunque su rostro se tornó púrpura por el esfuerzo de resistirse a la fuerza que lo impulsaba al asesinato.

Kai sabía que debía unirse a esa lucha, pero sus miembros estaban llenos de agua helada y plomo.

Las manos de Scharff estaban acabando con la vida de Hiriko, y la moderación que había mostrado hacia su compañero interlocutor neurológico quedó en el olvido cuando comprendió que la fuerza que controlaba a Scharff era demasiado fuerte para enfrentarse a ella.

Kai vio el destello de las luces del techo en la aguja, y observó como describía un pequeño arco que se clavaba en el ojo del adepto Scharff. El hombre gritó de dolor y arqueó la espalda. Scharff se apartó tanto como pudo de Hiriko, como si la distancia con la fuente de su dolor pudiera disminuirlo. Unos fluidos viscosos resbalaron por la mejilla de Scharff, y cayó de espaldas mientras los productos químicos inundaban su cerebro.

Los extraños impulsos eléctricos hicieron que todos sus músculos sufrieran espasmos. La saliva le caía de la boca formando espumarajos y un horrible gorgoteo húmedo brotó de sus pulmones con una espuma manchada de bilis. Scharff golpeó con los talones y escarbó en el suelo con las manos, hasta arrancarse las uñas, que dejaron un rastro de sangre en las baldosas.

Hiriko se desplomó y el cuerpo de Scharff tembló con lo que le quedaba de vida. A Kai se le revolvió el estómago ante esa visión. Había visto morir a los astrópatas del Coro Primus, había sentido la sangre de Sarashina sobre su propia cara, y había oído los gritos de la tripulación de la *Argo*, pero ver a un hombre morir tan dolorosamente justo delante de él era algo verdaderamente horrible.

La sala de interrogatorios quedó en silencio salvo por el suave repiqueteo del equipo de biomonitorización, la respiración dificultosa de Hiriko y el gorgoteo de saliva de la boca abierta de Scharff.

Kai dejó escapar un aterrado suspiro, sabiendo que sólo tenía unos preciosos

momentos para aprovechar la oportunidad que Scharff le había dado. Antes de que pudiera hacer algo más que reconocer ese hecho, un atronador impacto resonó en la puerta de la sala de interrogatorios. Rápidamente le siguió otro, e Hiriko sonrió mientras se deslizaba hacia un lado.

—Vienen a por ti —dijo ella con un ronquido áspero.

Otro impacto sacudió la puerta, y esta vez se dobló hacia adentro. Las cerraduras que la mantenían cerrada habían quedado destrozadas por la fuerza de los golpes. Un nuevo impacto arrancó la puerta de su marco, y cayó sobre las baldosas con un gran estruendo. Una impresionante figura con un ajustado mono amarillo se metió por la puerta, y Kai retrocedió ante la visión de este último horror.

Un pelo largo y negro enmarcaba una gruesa cara de rasgos aplanados que, sin embargo, resultaba atractiva, y Kai sintió un olor penetrante que provenía de la piel del guerrero mientras tendía una mano hacia él.

—Kai Zulane. Soy Atharva de los Mil Hijos —se presentó el gigante—. Ven conmigo.

CATORCE
LUCHAR Y MARCHAR

Las palabras del gigante tardaron un momento en asentarse en su mente, y ni siquiera entonces Kai logró entender su significado. No había duda alguna de que se trataba de un guerrero de las Legiones Astartes: su corpulencia y amenaza implícita eran innegables, pero había algo más que eso. Kai veía el mundo a través de ojos artificiales, y cada barrido, cada curva y cada ángulo de la cara del gigante parecía, de alguna forma, más sólida que ninguna otra alma viviente que él hubiera visto.

—Tú eres de las Legiones Astartes —dijo Kai con voz pastosa, y sus palabras quedaron en poco más que un susurro.

—Ya te lo he dicho —declaró el gigante agarrando a Kai del hombro y poniéndolo de pie como si no pesara nada. Atharva era enorme, tan alto como Saturnalia, pero más ancho y más fornido.

—¿Por qué? —dijo Kai.

—Tengo poco tiempo para contestar preguntas, y aún menos paciencia para unas tan ambiguas —le respondió Atharva—. Nuestra huida no ha pasado desapercibida, y más guerreros de los que podemos vencer deben de estar viniendo hacia aquí, así que debemos darnos prisa.

Kai tropezó con la destrozada puerta de la sala de interrogatorios. Miró por encima de su hombro la figura tendida de la adepta Hiriko, preguntándose si estaría viva o muerta. A pesar de todas las torturas a las que lo había sometido, Kai esperaba que siguiera con vida.

Seis figuras llenaban el vestíbulo más allá de la sala en la que había pasado una cantidad desconocida de tiempo, seis guerreros de enorme envergadura y de un origen característico que fue evidente de forma inmediata, aunque no lucieran tatuajes ni marcas de la legión en sus musculosos bíceps, ni en sus hombros tan parecidos a la cima de una montaña, ni en sus antebrazos más largos que los muslos de Kai. Inmediatamente supo quién lo había rescatado de su celda.

—Tú eres de la Hueste Cruzada —afirmó.

—Lo que queda de ella —dijo el guerrero con el cabello que era una sucia mezcla de pálidas raíces negras y blancas—. No nos estás viendo en nuestro mejor momento.

—Ése nombre ya no significa nada para nosotros —dijo otro con el pecho desnudo, músculos en tensión y tatuajes hechos de forma burda de armas y dientes—. Estamos muertos para el Imperio.

—Estamos exiliados —dijo con un gruñido el guerrero que estaba a su lado, y Kai observó un parecido entre ellos dos que iba más allá de las mejoras genéticas que

compartían.

—Los Muertos Exiliados —concluyó Atharva con una sonrisa torcida—. Si supierais lo que eso significaba en una época muy antigua, apreciaríais la ironía que supone.

—Los Muertos Exiliados —repitió el guerrero de rostro sombrío que era un gigante entre gigantes—. Un nombre deshonroso para unos guerreros, pero más adecuado que el último que tuvimos que soportar.

—¿Qué está sucediendo aquí? No entiendo lo que está pasando —dijo Kai.

—¿Qué es lo que hay que entender? —dijo una bestia con media cabeza cubierta de placas de hierro forjado y conectada con cables de cobre—. Estamos luchando por ser libres. Vas a venir con nosotros.

—¿Por qué?

—De nuevo esas preguntas imprecisas —insistió Atharva negando con la cabeza —. Tagore, Asubha y Subha son devoradores de mundos, Kiron es de los Hijos del Emperador, Severian es un lobo lunar, y esa bestia descomunal de cráneo afeitado es Gythua, un verdadero hijo de Mortarion. Estábamos encarcelados, al igual que lo estabas tú. Y tal y como dice Tagore, luchamos por ser libres, una condición que podríamos alcanzar con más facilidad si guardaras tus preguntas para un poco más tarde. ¿Lo entiendes?

Kai asintió con la cabeza, y Atharva señaló hacia el pasillo que se encontraba detrás del guerrero al que había llamado Kiron. Severian corrió sigilosamente a lo largo de toda su longitud, con mayor rapidez y más silenciosamente de lo que nadie de su enorme corpulencia debería poder moverse.

Atharva se volvió hacia uno de los devoradores de mundos.

—Subha, manténlo a salvo.

—No soy tu perrito faldero, hechicero —le replicó con brusquedad el guerrero.

—Y sin embargo lo harás —declaró Atharva con tono firme y exigente.

Kai sintió una breve llamarada de energía psíquica, pero no dijo nada cuando Subha asintió con la cabeza y se apoderó de él. Los dedos del guerrero envolvieron fácilmente la parte superior del brazo de Kai, quien hizo una mueca de dolor por la fuerza con que lo agarró.

Atharva le dedicó una sonrisa, en parte de complicidad, en parte de secreto compartido, y salió detrás de Severian. El resto del grupo descendió detrás de ellos, moviéndose con una precisión que hacía patente las décadas de entrenamiento.

Había visto en muchas ocasiones a los guerreros de las Legiones Astartes subir a las naves de la XIII Legión, pero mientras que los Reyes de Batalla de Macragge eran un dechado de todo lo que significaba ser noble, esos guerreros se parecían más a los corsarios o a los mercenarios.

«O traidores», pensó Kai, recordando por qué cayeron prisioneros en primer

lugar.

Se encontraba en compañía de traidores, así que, ¿en qué lo convenía eso?

El paso que llevaban era brutal, y Kai no iba tanto caminando detrás de los marines espaciales como siendo arrastrado por uno de ellos. Los túneles de roca, los pasillos de antiséptica esterilidad y pasadizos desnudos de piedra pasaron delante de él como una nube borrosa antes de que perdiera todo el sentido de la orientación.

—Enemigos —advirtió una voz delante de ellos.

Poco más que un susurro, y sin embargo sonaba como si la persona que hablaba estuviese justo frente a él. Kai vio a Severian en un cruce, haciendo un movimiento de corte con su mano a lo largo del pasillo que discurría en ángulo recto con su ruta.

—Tagore —dijo Atharva.

—Estoy en ello. Asubha, bajo y rápido.

—Yo primero —les dijo Kiron.

Se asomó a la esquina con un rifle que se veía absurdamente pequeño en sus manos. Disparó dos devastadoras descargas, antes de protegerse de nuevo tras la esquina.

—Adelante —dijo.

Tagore enseñó los dientes y dobló la esquina con Asubha a su lado. Kai oyó el golpeteo de las pisadas y un rugido salvaje que por su ferocidad parecía inhumano. La mano que sujetaba su brazo aumentó la presión, haciendo que Kai dejara escapar un gruñido sordo de dolor.

—Mi brazo. Me estás haciendo daño —advirtió.

Subha lo miró, como si lo ofendiera que le hubiera hablado.

—Mis hermanos están matando, y yo aquí, de niñera de un mortal —le replicó con un bufido.

Sin embargo, aflojó un poco la presión sobre el brazo de Kai. Los gritos de dolor y pánico resonaron entre los muros, haciendo que Kai se sobresaltara.

—El camino está despejado —declaró Atharva doblando la esquina y haciendo un gesto a los demás para que lo siguieran.

Kai se vio arrastrado de nuevo por los marines espaciales, y la carnicería con la que se encontraron al final del pasillo era tan terrorífica que empezó a vomitar hasta que se le quedó la garganta en carne viva.

Una gran cantidad de cuerpos desmembrados, era imposible saber exactamente cuántos, yacían tirados en otro cruce de pasillos. Los miembros rotos, los cráneos hundidos y los torsos despedazados estaban esparcidos como si se tratara de los restos de un matadero, y unos salvajes arcos de sangre manchaban los muros de color escarlata.

Que aquellos marines espaciales eran asesinos era algo que Kai había

comprendido hacía ya tiempo, pero ver la realidad de su poder desatado fue algo impactante y aleccionador.

Kai no había hecho nada malo, pero esos guerreros de las legiones habían traicionado al Emperador. Sólo por estar hablando con ellos podía ser considerado poco menos que un traidor. Sin embargo, ellos lo habían salvado de la muerte, y estaban matando a todos esos hombres por razones que ni siquiera podía empezar a comprender. Aunque la escena de aquella carnicería lo había puesto enfermo, Kai tenía el suficiente sentido común para saber que cualquier oportunidad de vivir era mejor que la muerte a la que con seguridad se iba a tener que enfrentar si se quedaba allí.

Sólo dos cuerpos habían escapado de la atención de los dos carniceros que habían acabado con más de una docena de hombres en unos cuantos segundos. Esos dos soldados estaban armados con armas de energía de gran calibre, y ambos habían perdido las cabezas. Sus cuellos no eran más que muñones cauterizados.

—Buenos disparos —comentó Atharva mientras Kiron se aproximaba al pasaje.

—Soy un tirador de primera clase —dijo éste tocándose el hombro—. Sólo Vespasian logró vencerme alguna vez en los torneos.

—¿Torneos? —se mofó Tagore—. ¿Por qué perder el tiempo jugando cuando hay guerras que ganar?

—Para perfeccionar las habilidades, Tagore —le replicó Kiron, como si se hubiera sentido ofendido—. Una habilidad perfeccionada supera siempre a la cruel violencia.

Tagore apretó el puño alrededor del asta rota de su lanza.

—Otro día te enseñaré el error que supone pensar así.

—¿Esto qué es, a ver quién mea más lejos? ¿Ahora? ¿Estáis locos? —exclamó Gythua.

Tagore sonrió y le dio una palmada a Kiron en el hombro con fuerza suficiente para sacar una mueca de desagrado del guerrero de los Hijos del Emperador.

—En otra ocasión —dijo Tagore.

Kai dejó escapar un suspiro contenido, sintiendo la horrible tensión que se había acumulado en ese enfrentamiento fugaz.

Su habilidad como guerreros es lo que daba sentido a cada uno de los marines espaciales, y cuestionar esa habilidad era el peor de los insultos. En una hermandad de iguales, tal postura sería considerada una rivalidad amistosa, pero entre guerreros que no tenían otro vínculo que el que se habían visto obligados a aceptar, podía ser mortífera.

—¿Y ahora hacia dónde vamos? —quiso saber Tagore—. La red debe de estar cerrándose.

—Por aquí —indicó Severian, tomando un pasadizo que conducía hacia arriba.

—Conocías la mente del custodio —dijo Tagore—. ¿Está el Lobo en lo cierto?

—Lo está —le confirmó Atharva—. La conciencia perceptiva de Severian le está siendo de mucha ayuda.

Se pusieron en marcha de nuevo, y cada vez que los marines espaciales encontraban resistencia, acababan con ella con una eficiencia que habría resultado cruel si no se hubiera conseguido con una precisión tan fría. Sólo los tres devoradores de mundos parecían disfrutar con la violencia, pero incluso disfrutaban más con la exhibición de su destreza en la lucha que con el propio placer de matar.

Continuaron hacia adelante y hacia arriba, algunas veces luchando con sus enemigos, otras, esquivándolos. Severian y Atharva conocían la prisión perfectamente, aunque Kai no podía imaginar de dónde habían sacado esa información.

—¿Dónde están los guerreros de la Legio Custodes? —quiso saber Kai durante una pausa entre aquellas luchas desesperadas y derramamiento de sangre.

Ninguno de los marines espaciales tuvo una respuesta para él, aunque probablemente todos se habían preguntado lo mismo.

—No están aquí —comentó Gythua—. Eso es todo lo que importa.

—Se dirigen hacia Prospero —les informó Atharva—. Si es que no están allí ya.

—¿Prospero? —repitió Kiron—. ¿Para qué?

—Para matar a mi primarca —afirmó Atharva, y Kai notó el tono de resignación de su voz.

Ni siquiera Tagore contestó a eso, y Kai sintió el impacto de una afirmación tan osada. Definitivamente había poco amor entre esos guerreros, pero oír una acusación tan terrible en voz alta les recordó lo que habían perdido por haber sido confinados en aquel lugar.

—¿Es posible una cosa así? —preguntó Kai.

Atharva lo miró como si hubiera dicho algo profundamente estúpido.

—Lamentablemente, es muy posible —respondió—. Todos nosotros estamos forjados con la materia prima de las estrellas y del Gran Océano, pero incluso las estrellas pueden morir y los océanos se pueden secar.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Asubha.

—Lo sé porque el primarca Magnus lo sabe —le contestó Atharva.

Nadie dijo nada más al respecto, y continuaron su brutal y sangriento ascenso hacia la superficie del mundo. Donde les tendían emboscadas, Severian atacaba desde las sombras. Allá donde los atacaban por sorpresa, Tagore y Asubha contraatacaban con una increíble ferocidad. Allá donde los hombres equipados con armas de fuego acribillaban los pasillos, Kiron los mataba con disparos certeros que les hacían hervir el cerebro en el interior del cráneo antes de que éstos explotaran como globos rellenos de sangre y materia cerebral.

Cuando las barreras se levantaban para impedir su paso, Gythua avanzaba bajo la lluvia de disparos para derribarlos a golpes, haciendo caso omiso al fuego de sus enemigos como si no tuviera más importancia que la que tiene la picadura de un insecto. La sangre seca bañaba el pecho del guerrero de la Guardia de la Muerte, y tenía un cráter carbonizado del tamaño del puño de Kai en un lado. Las puertas blindadas no representaban obstáculo alguno para ellos, ya que Atharva tenía en su poder un anillo de oro, como el que llevaba Saturnalia, que era capaz de abrir todas las puertas cerradas que encontraban a su paso.

Cuando la última de aquellas compuertas se abrió, Kai se vio envuelto por la más hermosa iluminación que jamás había visto, una luz que creyó haber olvidado, la luz del sol de Terra. Los implantes de Kai reconocieron los efectos de filtrado de un campo de integridad en la luz del sol, y se dio cuenta de que se encontraban en un hangar de carga situado en la ladera de una montaña. Una fila de transbordadores con adornos dorados y de naves de desembarco se alineaban en uno de los muros de la caverna, y unas cuantas naves de aspecto más burdo silbaban y dejaban salir gases presurizados mientras que los servidores y los cargadores limpiaban las bodegas y los compartimentos de almacenamiento.

—Vamos —dijo Severian, mirando hacia atrás al camino por el que habían venido —. Ellos saben dónde estamos en este momento, y las unidades aéreas pronto estarán en el aire.

Medio llevado, medio arrastrado por Subha, Kai y los demás corrieron hacia el hangar. Una multitud de caras de sorpresa se volvió hacia ellos, personal de tierra, tecnosacerdotes y sirvientes. Ninguno de ellos se atrevió a impedir el paso a los intrusos, ya que estaba claro que aquellos demonios ensangrentados eran auténticos carniceros.

Gythua encabezaba la marcha, una masa cojeante de músculos ensangrentados y tejido cicatrizado. Emitió un gruñido mezcla de ira y dolor, y dejó un rastro de gotas pegajosas tras de sí. Kiron corría a su lado, dispuesto a ayudar a su amigo si éste lo necesitaba, pero manteniendo las manos apartadas por temor a que el orgulloso Gythua se sintiese ofendido. Severian lo siguió y Tagore fue con él. Asubha corrió hasta la nave más cercana, una de corte elegante que había aterrizado no hacía mucho a juzgar por el aire caliente que rielaba alrededor de su motor.

—¿Puedes hacerla volar, hermano? —gritó Subha.

—¿Ésta cosa? Con los ojos cerrados —contestó su gemelo.

Un tecnosacerdote vestido con una túnica carmesí y una serie de lentes oculares rotativas conectadas a un disco radial trató de intervenir, pero Subha lo derribó con un golpe despreocupado de la lanza. Incluso con las dos mitades del marciano en el suelo, la parte superior del cuerpo continuó tratando de hablarle al devorador de mundos, en medio de un estallido estático de pánico binario que surgió de los

implantes de su hombro.

Las alarmas sonaban como enloquecidas, y una compuerta blindada comenzó a retumbar mientras cerraba el amplio rectángulo del espacio abierto que podía verse a través del campo de integridad. Las luces de aviso giratorias dibujaban sombras irregulares, y un brillo infernal de color anaranjado resplandecía a través del hangar mientras todo el personal de tierra que podía huir salía corriendo.

—Subamos —gritó Kiron—. ¡Deprisa! ¡Los cañones de defensa de proximidad se están activando!

Subha prescindió de cualquier pretensión de cortesía y agarró a Kai como si fuera un niño revoltoso. El devorador de mundos salió corriendo hacia la escotilla mientras el resto del grupo de los Muertos Exiliados subía a bordo.

—¡Atharva! —gritó Subha—. ¡Cógelo!

Kai lanzó un chillido mientras volaba por el aire, pero Atharva lo cogió sin dificultad y lo sentó en un asiento de la tripulación atornillado al fuselaje. Kai se sintió como si cada uno de los huesos de su cuerpo hubiera sido apaleado, y se contuvo para no insultar soezmente a Atharva mientras éste lo presionaba contra el asiento.

—No te muevas —le advirtió el marine espacial—. No será un viaje agradable.

Subha se lanzó a bordo mientras Asubha aceleraba los motores de la nave con un leve chirrido de inyección de energía. La lanzadera saltó en el aire y dio una vuelta mientras la compuerta de la tripulación se cerraba con un silbido neumático de presión.

—¡Vamos! —le gritó Kiron—. Sácanos de aquí, devorador de mundos.

La lanzadera saltó hacia adelante como un potro desbocado, y de no ser por la mano de Atharva, que lo sujetó, Kai habría sido arrojado a través de todo el compartimento. La nave se tambaleó y se oyeron golpes en el casco de la aeronave.

—¿Nos están disparando? —gritó por encima de los estridentes motores y el sonido de los impactos.

Atharva asintió, agarrándose con la mano que tenía libre al techo del compartimento para la tripulación de la lanzadera. Gythua se dejó caer contra el mamparo mientras Kiron se agarraba a un puntal que se encontraba junto a él. Subha estaba boca abajo en el suelo de metal, y Tagore se aferraba a la mampara de la entrada de la cabina del copiloto mientras Severian permanecía de pie en el centro del compartimento como si fuera sólo un despegue de rutina.

Kai gritó mientras la lanzadera tomaba velocidad y Asubha empujaba con fuerza el acelerador. El borde exterior del ala izquierda de la lanzadera golpeó levemente el dintel de la puerta blindada de cierre, lo que lanzó a la aeronave a una serie de giros salvajes. La fuerza centrífuga presionó a Kai contra su asiento, perdiendo todo sentido de conciencia espacial mientras la lanzadera era catapultada hacia el cielo

abierto.

La parte de arriba estaba abajo y la parte de abajo estaba arriba. Kai había perdido toda noción de si caían o subían mientras las paredes y el suelo giraban alocadamente. El cielo y las montañas giraban desalentadoramente a través de las portillas de cristal endurecido. Kai cerró los ojos. En cualquier momento se estrellarían contra las rocas desintegrándose en un millón de fragmentos, y sus restos quedarían esparcidos a lo largo de cientos de kilómetros cuadrados de la ladera de la montaña.

Las luces de advertencia destellaban y las alarmas de la cabina del piloto resonaban por todo el fuselaje. Kai oyó a Asubha gritando insultos a los controles y al cogitador de aviónica.

—Lo siento, lo siento…, —musitó Kai con los dientes apretados, repitiendo las palabras una y otra vez mientras se tambaleaba en el aire como un pájaro moribundo hasta que sintió la presión de la mano tranquilizadora de Atharva.

—¿A quién le estás pidiendo perdón? —le preguntó el marine espacial.

Kai abrió los ojos mientras sus tambaleantes sentidos le decían que volaban de nuevo de forma nivelada. La esperanza y el asombro se disputaron el espacio central de su mente mientras veía las altas agujas de oro y los flancos agrestes de la montaña pasando rápidamente a través de las ventanillas.

—A los muertos —respondió Kai sin pensar.

—Los muertos no necesitan que nadie les pida perdón —declaró Atharva—. Son los vivos los que necesitan el perdón.

Aunque las palabras fueron pronunciadas a la ligera, Kai pudo sentir la amargura que se escondía detrás de ellas. Atharva tenía el porte de un erudito atrapado en el cuerpo de un guerrero, pero no había ninguna duda del potencial de violencia que había crecido en el interior de su pecho.

—¡Buen trabajo, Asubha! —gritó Tagore.

—No hemos terminado todavía —dijo Asubha—. Varias naves de combate se acercan a nuestra posición. Por la velocidad a la que avanzan diría que son Firelances.

—¿A qué distancia se encuentran? —preguntó Atharva a gritos.

—A unos ciento ochenta kilómetros y acercándose.

—Haz un vuelo rasante y mantén el rumbo —le ordenó Atharva.

—Eso no nos ocultará —le advirtió Asubha.

—Lo sé, pero tengo artimañas que no puedes entender —le replicó Atharva cerrando los ojos.

El jefe de escuadrilla Ptelos Requer aceleró el posquemador e hizo que el Luz Oriental se recuperara del ascenso casi en vertical que había iniciado desde su

despegue de la base de Srinagar.

El rugido del motor de la Firelance era semejante al de una bestia gigante, y la fuerza de aceleración producía la misma sensación que ser pateado en la espalda por uno de los campesinos migou que trabajaban en los campos situados delante de los muros del palacio.

Tobias Moshar volaba en el Arca de Prometeo, justo al lado de su ala derecha, y Osirin Falk pilotaba el Sombra Crepuscular a su izquierda. Eran tres pilotos que contaban entre ellos con más de doscientas naves enemigas derribadas. La mayoría de sus vuelos de combate se habían realizado más de dos siglos atrás, pero los pilotos recordaban y revivían sus recuerdos cognitivos de aquellos vuelos decenas de veces.

Requer era un piloto nato, un hombre que se enfadaba cuando no era capaz de elevar hasta el cielo un avión de guerra, un hombre que consideraba una vida vivida en el suelo como una pérdida de posibilidades. La mayoría de las salidas que realizaba durante esa época no eran más que detenciones rutinarias de corsarios que llevaban contrabando a las montañas a bordo de aeronaves autopropulsadas anteriores al comienzo de las Guerras de Unificación.

Éste vuelo prometía ser diferente.

Una alerta roja llegó desde las instancias superiores, y Requer había sido el primero en llegar a la línea de vuelo, donde realizó las comprobaciones previas al despegue en el menor tiempo posible antes de hacerle señas al personal de tierra para que se apartara y apretar el botón de activación del chorro impulsor para elevarse en el aire. Las indicaciones de la sala de operaciones aéreas lo habían dirigido hacia el objetivo, y tras haber comprobado las lecturas de la placa que tenía delante, Requer sintió su alegría inicial desvanecerse cuando comprobó que el objetivo se movía muy lentamente.

—¿Tiene el contacto, Antorcha? —dijo la voz de la sala de operaciones.

—Lo tengo —respondió Requer—. Confirmando dos-siete-nueve, ciento sesenta y siete kilómetros, altitud mil metros.

—Así es, Antorcha —le confirmó la sala de operaciones—. Sus órdenes son acercarse y destruir el objetivo. Necesitamos la confirmación visual de la destrucción.

—Entendido, Operaciones —dijo Requer—. ¿Cuál es la naturaleza del objetivo?

—Según tenemos entendido, el objetivo es una lanzadera de acompañamiento Cargo 9.

—¿Una lanzadera de acompañamiento? —se extrañó Requer.

—Eso es lo que aparece en el informe —le confirmó Operaciones—. Su destrucción ha sido autorizada con el prefijo de máxima autoridad.

—Creo que podré apañármelas con una lanzadera.

—Entendido —dijo el jefe de operaciones—. Buena caza.

Requer cerró la conexión y abrió la comunicación con sus compañeros pilotos.

—¿Lo habéis oído todos? —preguntó.

—Alguien está decidido a derribar esa lanzadera —comentó Moshar.

—¿Quién crees que viaja a bordo? —quiso saber Falk.

Requer trazó un vector inverso hacia la lanzadera y dejó escapar un silbido de sorpresa.

—Parece que viene de Khangba Marwu, así que supongo que a bordo deben de ir algunos fugitivos —informó Requer—. Probablemente no sean unos angelitos, así que hagamos esto bien. Estamos llegando al punto de inicio de ataque, así que subamos hasta Ángeles menos dos mil a mi señal.

Moshar y Falk confirmaron con un chasquido en el comunicador que habían recibido la orden, y Requer centró su atención en la cuenta atrás que se desarrollaba en el marcador de distancias. Cuando ésta llegó a cero, tiró de la palanca y metió a la Fi relance en un ascenso casi vertical. La velocidad de persecución pondría al objetivo dentro del alcance de los misiles en menos de dos minutos, pero Requer no estaba dispuesto a atacar hasta que no tuviera a la vista la lanzadera.

Las montañas pasaban rápidamente a su derecha, una mancha de roca helada que se movía demasiado deprisa como para poder observar algún detalle. A pesar de la novedad que ofrecía el hecho de que fueran unos fugitivos escapados de Khangba Marwu, aquella misión parecía que iba a ser tan rutinaria como cualquier otra. Después de todo, un Cargo 9 no era rival ni siquiera para una sola Firelance, así que tres ya era exagerado. Las estructuras del palacio se veían borrosas, convertidas en un tapiz de rayas doradas, plateadas y mármol blanco. Requer había volado a lo largo, ancho y alrededor del palacio cientos de veces o más, y cada vez que lo hacía encontraba una nueva maravilla con la que deleitarse. Sin embargo, en aquel momento no tenía ojos para contemplar su esplendor, ya que se trataba de una misión de combate y toda su atención estaba centrada en su objetivo.

El marcador de alcance se deslizaba hacia el centro de su pantalla, y Requer miró hacia abajo cuando captó un destello plateado contra la negra roca de las montañas. La lanzadera iba dando bandazos a derecha e izquierda, pegándose a la ladera de la montaña con la falsa esperanza de que tales maniobras la mantendrían a salvo del ataque de la Firelance. El piloto era bastante hábil, y entraba y salía de las formaciones rocosas naturales a gran velocidad para evitar que su perseguidor lograra centrarlo con los misiles, pero le haría falta algo más para evadir a Ptelos Requer.

Comprobó el radio de alcance por última vez. La dirección era la correcta, y el retorno de los detectores era sólido. Estiró el cuello, girándolo a derecha e izquierda para asegurarse de que no había nada más en el aire con ellos. Lo último que necesitaba era un disparo accidental sobre alguna nave civil demasiado cercana a la zona de peligro.

Una vez confirmado que la nave que se encontraba bajo él era el Cargo 9 que

tenía orden de derribar, Ptelos Requer activó los sistemas de armas y casi inmediatamente su casco se llenó con el zumbido de la búsqueda de un objetivo por parte de los misiles.

Empujó la palanca hacia adelante haciendo que el Luz Oriental iniciara un ataque en picado superficial.

—Objetivo centrado —avisó Requer dando un tirón al gatillo de su columna de control.

Kai observó a Atharva mientras sentía cómo una acumulación de energía psíquica llenaba el aire con un frío actínico y el sabor bilioso del metal. El nuncio no era nada comparado con esto, y ni siquiera el Vatic ni el Er empleaban habilidades de esa magnitud. Atharva era un psíquico de combate, un guerrero místico que usaba sus poderes para la destrucción y la violencia, y Kai había probado algo como aquello sólo en una ocasión, en la sala mental del Coro Primus.

Sin pensarlo, Kai se abrió un poco a este poder, sintiéndose arrastrado por las habilidades de Atharva, viendo la ladera de la montaña pasar rápidamente como si fueran un pájaro volando a una velocidad imposible. Vio la majestuosidad del palacio que se encontraba debajo de ellos, diez mil torres y cúpulas, una multitud de extensas columnatas y mansiones palaciegas que albergaban a miles de millones de leales sirvientes del Administratum.

Kai era como un cometa, una estrella fugaz de pensamiento. Incandescente, corrió por el cielo hasta que vio tres motas con alas de murciélago que se arqueaban sobre las montañas hacia ellos. Las siluetas se hicieron más grandes hasta que Kai vio las aeronaves de combate claramente, las Firelances de las que les había hablado Asubha: unas elegantes máquinas de guerra que podían virar y girar por el aire como si fueran bailarines.

La esencia combinada de ambos penetró en la mente del piloto, y los pensamientos de Kai se llenaron inmediatamente de trayectorias, vectores de aproximación y valores de deflexión. Todo aquello no significaba nada para él, pero la presencia dominante de Atharva lo absorbió en un segundo.

Kai miró a través de los ojos del piloto, y vio el verde fantasmal de una pantalla proyectora y sintió la presión de su traje de vuelo presurizado. Notó la pesadez de su casco y la alegría de matar a un enemigo. El gorjeo de su oído le decía que las baterías de misiles que colgaban bajo las alas tenían un objetivo marcado, y que su pulgar estaba colocado sobre el gatillo de disparo.

Antes de que el piloto pudiera disparar, un impulso conflictivo inundó su mente.

Ptelos Requer sintió la repentina convicción de que la aeronave que estaba a punto de

derribar no era del todo enemiga, sino que era una nave imperial. Retiró el pulgar del gatillo y colocó de nuevo los dispositivos de seguridad de sus misiles.

Parpadeó lleno de confusión, y detuvo su vuelo de ataque en picado para sobrevolar el objetivo. Su respiración era dificultosa y su traje de vuelo silbaba como si intentara compensar su elevado ritmo cardíaco y el aumento de la presión sanguínea.

—¿Requer? ¿Qué sucede? —le preguntó Moshar—. ¿Has tenido un fallo de armamento?

Trató de contestar, pero no fue capaz de recordar lo que había sucedido, sólo que tenía un impulso irresistible de no disparar. Una niebla gris se apoderó de su mente, haciéndole imposible pensar con claridad. Unas imágenes parpadeantes de cosas que no comprendía pasaron rápidamente por su cerebro, dolorosas y molestas.

—¿Ptelos? —le llamó Falk—. Háblame. ¿Qué sucede?

Requer sacudió la cabeza para tratar de aclarar aquella cacofonía de pensamientos de su cabeza. Golpeó un lado de su casco en un intento de despejarse, pero las imágenes continuaban llegando.

—Estoy bien —lo tranquilizó, pero la niebla de confusión presionaba aún más sus pensamientos—. He tenido un fallo en el control de disparo. Vuelvo para realizar otra pasada. Mantened las posiciones.

Hizo virar su Firelance y mantuvo una amplia curva que finalmente lo colocó detrás del Cargo 9 una vez más. El Arca de Prometeo y el Sombra Crepuscular seguían a la lanzadera, y sus calientes motores azulados ardían como pulsares brillantes en el cielo del atardecer. Su luz era tan intensa que tuvo problemas para fijar la vista, y abrió la boca mientras el riego sanguíneo de su cabeza disminuía.

Requer comprobó de nuevo la pantalla de detección y dejó escapar un suspiro cuando dos iconos amenazantes entraron en su radio de acción, unas aeronaves que se encontraban delante de él. ¡Estaba justo encima del enemigo y ellos no lo habían visto! Sus hombres de ala habían desaparecido, derribados con toda probabilidad, y él tenía la posibilidad de acabar con las aeronaves enemigas que los habían derribado.

Con calma y metódica precisión Requer asignó como objetivos los tres contactos que tenía delante, los dos nuevos y el Cargo 9, y una vez más armó sus misiles.

—¡Requer! ¿Qué estás haciendo? —le gritó una voz confusa que le sonaba familiar pero completamente ajena a él. Un truco del enemigo, sin duda alguna.

—Tengo fijado un buen objetivo —respondió mientras el pitido intermitente de la adquisición de un objetivo sonaba en su casco.

—¡Ptelos, tus sistemas de armas están fallando de nuevo! —gritó Moshar mientras viraba para alejarse.

—¡Requer, no dispares! —le gritó otra voz que le resultó completamente desconocida.

Tres misiles saltaron de los rieles en una nube de humo y salieron disparados en busca de su objetivo. El primero dibujó una trayectoria perfecta y voló justo hacia el motor del Arca de Prometeo. La cabeza explosiva estalló en lo más profundo de las entrañas de la Firelance, que se convirtió en una bola de fuego giratoria de llamas anaranjadas. Los restos del fuselaje envuelto en fuego salieron disparados hacia la montaña, dejando estelas de humo negro y las abrasadoras llamas brillantes de la explosión de las municiones.

El segundo piloto enemigo encendió los posquemadores, pero contra unos misiles lanzados a una distancia tan corta no tenía ninguna posibilidad de escapar. Cada giro y viraje fue seguido y contrarrestado por la cabeza buscadora del misil hasta que la aeronave ya no pudo acelerar más. El piloto cortó los posquemadores y tiró de los frenos aéreos en un intento de provocar que el proyectil pasara de largo, pero el misil ya estaba demasiado cerca y su detector de proximidad hizo que estallara a menos de diez metros de sus grandes tomas de aire.

Las llamas y los miles de afiladas piezas giratorias de metralla fueron aspiradas por el motor de la aeronave, destrozándolo con una atronadora y resonante explosión que partió la aeronave en dos. La vista de una nave enemiga destruida normalmente hubiera inyectado una descarga de adrenalina en el cuerpo de Requer, pero él no sintió nada mientras contemplaba los restos en llamas de su víctima cayendo en picado.

Requer liberó un poco su palanca de control mientras buscaba en su radio de acción el tercer contacto. ¿Lo habrían derribado ya sus misiles? No podía verlo, pero estaba cerca de su segunda víctima cuando ésta había sido derribada. Requer sabía que debía hacer una comprobación visual para determinar dónde se encontraba el tercer objetivo, pero lo único que pudo hacer fue mantener los ojos enfocados en el paisaje de su alrededor. La idea de que una nave enemiga pudiera estar apuntándolo no le preocupaba mucho, y una sonrisa ausente se dibujó en su cara. La niebla gris que inundaba su mente lo aliviaba y mantenía alejado cualquier pensamiento acerca de la aeronave que acababa de derribar.

Ésa sonrisa contenida no abandonó la cara de Ptelos Requer cuando estrelló su Firelance contra la ladera de la montaña.

El fuego y el humo inundaban el compartimento de la tripulación y Kai no dejaba de tener arcadas. Su conciencia regresó a su cuerpo con una violenta sacudida. Sintió de repente que le pesaban los músculos, y dejó escapar un frío suspiro mientras miraba a los ojos de Atharva. Unas motas de color blanco nieve le bailaban en las pupilas, pero se desvanecieron como un sueño a medida que se restauraban sus colores naturales.

El humo salía de una gran brecha en el fuselaje de la aeronave, y Kai vio el trozo irregular del ala de la lanzadera colgando de una colección de gruesos cables y

pesados soportes. La lanzadera se estremecía y se tambaleaba como un pájaro moribundo, y caía a gran velocidad hacia un suelo que la esperaba implacable. Kai notó que aquello le arrancaba el aliento de la garganta y sintió cómo el frío de las montañas lo golpeaba igual que un golpe físico. Unos vientos rugientes atravesaban el compartimento de la tripulación, avivaban las llamas y ponían todo su ímpetu en echar a los ocupantes del interior de la nave.

Kiron y Gythua se aferraban a unos pilares rotos, y Severian se pegaba contra un costado de la aeronave. Tagore y Subha se apoyaban en el interior del fuselaje, mientras que Atharva permanecía de pie delante de ellos. El guerrero de los Mil Hijos se aferraba a los bastidores de almacenamiento situados sobre él y cubrió con su cuerpo a Kai para evitar que el viento arrastrara al humano.

—¡No puedo mantenerla en el aire! —gritó Asubha desde la cabina del piloto—. ¡Nos caemos!

—¿Cómo lo hiciste? —gritó Kai en medio del aullido ensordecedor del viento.

Atharva no hizo caso de la pregunta.

—No vuelvas a hacerlo. Podrías haber dejado varadas nuestras conciencias allí mismo, en el cráneo del piloto, cuando se estrelló contra la montaña. Hiciste que ese piloto derribara sus propias naves.

Atharva hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, todo lo que hice fue mostrarle algo que se acercaba más a sus parámetros de un objetivo enemigo y dejé que él tomara la decisión. No alteré en absoluto sus procesos esenciales de pensamiento. Soy poderoso, pero no tanto.

Kai recordó lo que Evander Gregoras le había contado de los cognoscientes, pero se dio cuenta de que las habilidades de Atharva sólo habían dirigido el proceso de pensamiento del piloto, pero no lo habían alterado.

Una sutil pero importante diferencia.

En aquellos momentos todo eso parecía irrelevante, ya que la tierra se precipitaba a su encuentro con terrible inevitabilidad. Las torres que parecían diminutas y lejanas desde el aire estaban ya horriblemente cerca, y Kai vio un entramado de estructuras destartaladas pasando a gran velocidad por debajo de ellos, lo suficientemente cerca como para que fuera posible distinguir los edificios y las calles mientras Asubha luchaba por controlar el descenso.

La lanzadera hizo un último esfuerzo por zafarse de las garras de la gravedad, pero aquélla era una guerra que nunca podría ganar. Con un ala perdida y un tremendo boquete en un lado, la lanzadera se estrelló contra el suelo con un atronador impacto de metal fragmentado que parecía que no iba a detenerse jamás.



QUINCE

LA REUNIÓN DE CAZADORES
SUPLICANTES RETICENTES
EL SEÑOR DEL CLAN

Yasu Nagasena es bien conocido, y nadie impide su paso cuando cruza bajo el Arco de Obsidiana de camino hacia la torre que se encuentra en el centro de la ciudad. Hacía ya mucho tiempo que no pisaba estas calles vacías y contemplaba con admiración las magníficas construcciones que nadie más allá de sus muros sabía ni siquiera que existen. Los arquitectos de palacio, tal vez sabiendo que los habitantes de la Ciudad de la Visión rara vez se aventuraban más allá de los muros de su prisión, no repararon en gastos y emplearon todas las sutilezas de su arte para levantar una ciudad tan bonita y armoniosa como aislada.

—Me pregunto quién le dio el nombre a este lugar —reflexiona Nagasena mientras contempla los capiteles dorados y el adornado frontón del Osario Esmeralda.

Los huesos de los astrotelépatas de Terra se encuentran enterrados en su interior, junto con los de aquellos que no sobrevivieron a los rituales finales para hacerlos plenamente capaces para el servicio. Es un lugar de tristeza revestido de una alegre arquitectura.

—¿El Osario? —le pregunta Kartono.

—No, la Ciudad de la Visión.

—Alguien con un sentido del humor perverso.

—Tal vez —contesta Nagasena—. O tal vez alguien que apreciaba el verdadero valor de lo que hacen aquí estas pobres y ciegas almas.

Kartono se encoge de hombros, indiferente ante ese detalle e incómodo por estar aquí. Nagasena no lo culpa. Para su siervo, este lugar está maldito. Kartono es odiado por la mayoría de la gente por razones que nunca ha llegado a expresar

completamente, pero en este lugar, aquellos que se lo encuentran le muestran su odio y saben exactamente cuál es el motivo.

Kartono los deja realmente ciegos.

Las calles están desiertas. Todo el mundo en la Ciudad de la Visión sabe que están aquí, ya que sienten el vacío en la charla constante que atesta el aire con voces invisibles. Ellos son un silencio en una ciudad de voces, y no pasan desapercibidos.

Nagasena los ve primero, pero es Kartono quien les pone nombre.

—Centinelas Negros —dice al ver al escuadrón armado que marcha hacia ellos con los rifles colgados de los hombros—. Los hombres de Golovko.

—Dirigidos por el propio Golovko en persona —añade Nagasena al distinguir la voluminosa forma de Maxim Golovko a la cabeza del destacamento—. Tenemos el honor de contar con su presencia.

—De honores como éste podría prescindir.

—Maxim tiene sus técnicas —comenta Nagasena—. Algunos tipos de caza requieren sigilo, otros requieren que los cazadores hagan salir a sus presas a la luz con… medios menos sutiles para eliminarlas.

Kartono asiente con la cabeza, y espera detrás de Nagasena mientras Golovko ordena a sus hombres detenerse al unísono delante de ellos con un fuerte pisotón de sus pesadas botas. Son unos soldados formidables, bien entrenados, disciplinados y sin piedad, son unos instrumentos contundentes comparados con la aguja de precisión que es Nagasena.

—Maxim —lo saluda Nagasena, con una reverencia lo suficientemente profunda como para indicar respeto pero con la despreocupación necesaria para transmitir su superioridad. Es un pequeño gesto, pero a Kartono lo divierte, y Maxim nunca se dará cuenta de su significado.

—Nagasena —lo saluda a su vez Golovko—. ¿Por qué estás aquí?

—Estoy aquí por la caza.

—¿Has recibido acaso una invitación?

Nagasena hace un gesto negativo con la cabeza.

—No, pero me necesitáis, ¿verdad?

—Podemos atrapar a esos traidores sin tu ayuda —declara Golovko—. Estoy reuniendo un equipo en este momento, y para cuando acabe el día todo esto habrá acabado.

Nagasena mira hacia arriba para observar como un banco de nubes cubre el sol.

—Enséñame ese equipo —le dice.

Hay tres miembros de renombre en el equipo, y Nagasena los estudia a todos con detenimiento.

Saturnalia es de la Legio Custodes, y su ira sólo es comparable con su deshonra.

El astrópata, Kai Zulane, y los guerreros de la Hueste Cruzada escaparon de su prisión, y un error tan grave sólo puede ser borrado con su inmediata captura. Está enfadado, pero parece tranquilo. Nagasena sabe que puede contar con un custodio para que cumpla sus órdenes, y Saturnalia es el único que tiene una oportunidad de sobrevivir contra los guerreros que buscan si éstos deciden dar media vuelta y luchar.

La adepto Hiriko no se siente cómoda, y Nagasena sabe por qué. Tiene el cuello magullado y los ojos salpicados de rojos puntitos de sangre provocados por su antiguo colega cuando intentó estrangularla. Aunque finge indiferencia, Nagasena nota que su muerte la ha afectado más de lo que ella misma admitirá. Ella no es cazadora y sólo tiene una habilidad que puede ser usada en la caza. Hiriko es una extractora psíquica, y cree que puede obtener los secretos que hacen que Kai Zulane sea tan valioso.

Athena Divos es una astrópata inválida cuya presencia en una caza como ésta Nagasena no hubiera tolerado normalmente. Su cuerpo está roto, y su silla autosostenible lo único que haría sería retrasarlos, pero ella ha estado dentro de la mente de Kai Zulane y esto le proporciona una visión única. Puede conducirlos hasta él cuando se encuentre cerca, y aunque es una participante un tanto reacia en esta cacería, sabe que no tiene mucho que decir al respecto.

Están reunidos en los aposentos del señor del coro, y Nemo Zhi-Meng se pasea por sus suntuosas salas con nerviosismo, con la túnica blanca revoloteando a su alrededor como las alas de un pájaro aterrado.

—Hay que traerlo de vuelta, Yasu —dice, deteniéndose en su paseo frente a Nagasena.

Lleva el pelo blanco suelto y la barba descuidada. Los últimos días se han cobrado un alto precio en él, y el esfuerzo de mantener unida una red de comunicaciones intergalácticas es visible en cada gesto tenso y en cada palabra.

—Lo haré, Nemo —le promete Nagasena con una reverencia de profundo respeto —. Ahora dime por qué ese hombre es tan importante. ¿Por qué siete marines espaciales pusieron en peligro su propia huida para llevárselo con ellos? No tenían necesidad alguna de hacer tal cosa.

Zhi-Meng duda antes de responder, y Nagasena trata de no buscar explicaciones a esa pausa.

—Antes de la pérdida de la *Argo*, Kai Zulane era uno de nuestros mejores agentes —le explica el señor del coro—. Tiene los códigos de sinestesia de nuestros niveles más altos de comunicación. Si enviara esa información a los traidores al servicio de Horus Lupercal, toda nuestra red se vería comprometida.

—El registro de Zulai indica que es inutilizable como astrópata —argumenta Nagasena, que se ha dado cuenta de que la explicación del señor del coro es una mentira.

Sus dedos se enroscan alrededor de la empuñadura de Shoujiki. La espada es su piedra de toque de la sinceridad, y aunque Nagasena no siempre necesita saber por qué está cazando, no le gusta hacerlo por las razones equivocadas.

—Lo era —aclara Zhi-Meng—. Pero la señora Divos estaba trabajando para restaurar sus habilidades.

Nagasena se vuelve hacia Athena Diyos y se arrodilla delante de ella, barriendo con sus vestiduras el suelo detrás de él. Ella no puede verlo con sus propios ojos, pero él sabe que puede sentir su presencia.

—¿Y has tenido mucho éxito? ¿Puede Kai Zulane enviar algo fuera de este mundo?

Athena Diyos se toma su tiempo antes de contestar, pero Nagasena cree que es sincera.

—No, todavía no. Se está recuperando, pero creo que aún está demasiado asustado como para lanzar su mente hacia la disformidad.

—Eso puede que no importe si está acompañado por Atharva —declara Saturnalia—. La brujería puede ser capaz de arrancar los códigos de su mente.

—¿Es capaz de hacer eso? —inquiere Nagasena dándose la vuelta hacia Nemo Zhi-Meng.

—Se sabe muy poco de las habilidades que poseen los guerreros de Magnus —admite Zhi-Meng—. Sin embargo, yo no descartaría tal posibilidad.

—Entonces debemos detener a Kai Zulane rápidamente —declara Nagasena.

—¿No se puede simplemente cambiar los códigos? —pregunta Kartono.

—¿Tienes idea de lo que eso supone? —interviene bruscamente Zhi-Meng—. Desarrollar nuevas cifras para una red a escala galáctica requiere décadas de preparación, e intentar llevar a cabo esa tarea en medio de una rebelión podría ser una locura. No, debemos encontrar a Kai Zulane antes de que los marines espaciales traidores le saquen la información.

—Si no lo han hecho ya —dice Saturnalia.

—De todos los lugares que tenían para estrellarse, tenía que ser la maldita Ciudad de los Suplicantes —comenta Golovko—. No hay mapas, ni plano, y mil lugares en los que podrían tomar tierra.

—A un astrópata y a siete marines espaciales les resultará difícil pasar inadvertidos, incluso en un laberinto como la Ciudad de los Suplicantes —señala Nagasena.

—Debemos llegar hasta el lugar del impacto, y seguir la pista desde allí —indica Golovko.

—Estoy de acuerdo, pero para que la caza sea un éxito, primero debemos entender a nuestras presas —le responde Nagasena—. Vamos a cazar a un astrópata y a siete marines espaciales. Lo que quiero saber es: ¿por qué son sólo siete? ¿Por qué

no liberaron a todo el mundo antes de huir?

—¿Acaso eso importa? —pregunta Saturnalia—. Siete traidores en libertad en Terra ya son siete de más.

—Todo es importante —afirma Nagasena—. Sólo los guerreros de las legiones que se han puesto del lado de Horus Lupercal fueron liberados. Creo que Atharva es el líder de esos guerreros, y sabía lo suficiente como para reconocer a aquellos guerreros encarcelados que podrían seguirlo. Entonces la pregunta es: ¿por qué un guerrero de los Mil Hijos tramó tal fuga? Su legión todavía permanece leal al trono, ¿no?

Saturnalia da un paso hacia adelante y agarra su lanza con las dos manos.

—No.

—¿Te importaría explicármelo con más detalle? —inquiere Nagasena.

—El Emperador ha dictado sentencia en contra de los Mil Hijos y su primarca —lo informa Saturnalia—. En estos mismos momentos, mis camaradas custodios se acercan a Prospero en compañía de Russ y sus guerreros. El primarca Magnus será traído a Terra encadenado.

—¿Por qué? —pregunta Nagasena.

—Por haber incumplido los edictos de Nikaea y emplear brujerías prohibidas por el mismísimo Emperador —dice Saturnalia—. Hasta Valdor ha desenvainado su espada.

—Entonces Magnus tendrá suerte si consigue salir con vida de Prospero —comenta Nagasena, y ve a Saturnalia preguntarse si aquello es un insulto al jefe de los Custodios.

—Estamos perdiendo el tiempo —clama Golovko—. Puedo llenar la Ciudad de los Suplicantes de Centinelas Negros en treinta minutos. Vamos a arrasar ese agujero de mierda, un puñetero ladrillo tras otro, hasta que los encontremos.

Nagasena niega con la cabeza, irritado por la falta de sutileza de Golovko.

—Elige a treinta de tus mejores hombres, Maxim —le ordena—. Más nos estorbarían.

—¿Treinta? Ya viste lo mal que nos dejaron la primera vez que fuimos a por ellos.

—Ésta vez será diferente —afirma Nagasena.

—¿Y por qué lo es?

—Ésta vez a ellos les importa si mueren o viven —dice él.

Una hora antes, Kai se había despertado sometido a un dolor agonizante en el interior de un ataúd de acero en llamas. Sentía el cuerpo destrozado y tuvo que luchar por tomar aliento, como si algo pesado presionara su pecho. Tosió mientras el humo acre flotaba en una suave brisa, y oyó el crujido del metal retorcido y el chispear de los cables rotos en el crepitar de las llamas.

Volvió la cabeza para contemplar lo que lo rodeaba, e incluso ese pequeño movimiento le resultó doloroso.

El interior de la lanzadera había resultado aplastado por el impacto, y el fuselaje era un tubo ovalado atravesado por vigas rotas de metal y tuberías perforadas colgando que escupían gases sibilantes o babeaban fluido hidráulico. Atharva yacía junto a él, y Kai se dio cuenta de que era su brazo lo que tenía sobre el pecho y lo inmovilizaba en el suelo.

La luz se filtraba en el interior de la cabina llena de humo, el pesado fuselaje estaba desgarrado a lo largo de toda la lanzadera, y Kai se sintió sorprendido de haber podido sobrevivir a un impacto tan brutal.

Frente a él, una figura de sucio pelo blanco logró salir de entre los escombros y sacudió la cabeza.

—¿Esto es lo que los Devoradores de Mundos llamáis un aterrizaje? —dijo Argentus Kiron.

Una silueta negra situada en la parte delantera de la nave emergió de entre un montón de paneles rotos y bobinas de cableado.

—Todo aquel aterrizaje del que sales caminando es bueno —declaró Asubha con una amplia sonrisa. Miró a Kai como si hubiera disfrutado estrellando la lanzadera.

—¿Y cuenta si sólo te puedes arrastrar? —preguntó Subha, empujándose con las rodillas y escupiendo un puñado de dientes.

—Estás vivo —dijo Tagore, recogiendo con los dedos la sangre de unos cuantos cortes profundos que tenía en el pecho y haciendo unos trazos sobre los hombros y la cara como si fuera pintura de guerra tribal. Kai intentó apartar el brazo de Atharva de encima de su pecho, pero todavía estaba demasiado débil y el brazo del guerrero era demasiado pesado. Los ojos fríos de Severian aparecieron por encima de él, observándolo como un cazador podría estudiar a un animal caído en una trampa.

—Estoy atrapado —dijo Kai, y Severian levantó el brazo de Atharva de su pecho.

Se marchó antes de que Kai pudiera darle las gracias. El movimiento devolvió la consciencia a Atharva e hizo que rodara sobre uno de sus lados gimiendo de dolor. La sangre se le estaba coagulando sobre la cara y las manos, y extrajo un afilado metal del tamaño de un puñal de su costado.

Un repentino grito de alarma hizo que Kai se sobresaltara y se golpeara la cabeza en la parte curvada del techo de la lanzadera. Vio a Kiron de rodillas en el borde de un agujero abierto en un lado de la lanzadera, presumiblemente causado por el impacto de un misil o por la propia violencia del choque. Pasó por encima de los restos de metal arrugado de la lanzadera y vio a Gythua sentado en un charco de sangre con trozos de chatarra sobresaliendo del centro de su estómago y de su pecho.

—Parecía que Goliat tenía razón —dijo Subha—. El también puede morir.

—¡No digas eso! —gritó Kiron con una mirada cargada de furia.

Severian se arrodilló junto al guerrero de la Guardia de la Muerte y examinó el caos sangriento de sus heridas.

—Está herido de muerte —declaró—. Debemos dejarlo aquí.

—Tiene razón —dijo Gythua con una mueca de dolor.

—No voy a abandonarte —le contestó Kiron.

—Me refería a lo de que estoy herido de muerte —dijo Gythua—. Me estoy muriendo, pero ni se os ocurra dejarme aquí a merced de los cazadores.

—No vamos a dejar nadie atrás a merced de los cazadores —le confirmó Tagore.

Kai se sintió sorprendido al oír algo parecido a un sentimiento proveniente del devorador de mundos. Por todo lo que había escuchado, Kai suponía que los guerreros de Angron eran unos asesinos despiadados, sin compasión ni piedad. Era difícil creer que un guerrero que parecía tan fiero y cruel pudiera tener algún tipo de compasión con él, pero el tono de decisión en la voz de Tagore no dejaba lugar a dudas.

Severian observó lo mismo que él e hizo un leve movimiento de hombros para mostrar su aprobación.

—Entonces necesitamos sacarle esos pinchos de metal —dijo.

—Vamos a quitárselos —asintió Tagore mientras indicaba con un gesto a Asubha y a su hermano que se acercaran. Kai se dio la vuelta mientras liberaban a Gythua.

—Hacedlo rápidamente, devoradores de mundos —les dijo el guerrero de la Guardia de la Muerte.

—No te preocupes por nosotros —le respondió Subha—. Sólo preocúpate por ti mismo.

Kai se tapó los oídos con las manos, pero aun así pudo oír el terrible chirrido del metal en el hueso, la escalofriante succión de la carne perforada. Los devoradores de mundos soltaron un bufido por el esfuerzo de liberar a Gythua, pero éste no dejó escapar más que un simple gruñido de dolor cuando quedó libre de los restos de chatarra.

Kai sintió una presión en el brazo, y se dejó guiar a través de los escombros. Gythua dejaba escapar unos suspiros estremecedores mientras su cuerpo trataba de luchar contra lo inevitable, y Kai lanzó un involuntario grito de terror cuando vio el monstruosamente sangriento destrozo en el cuerpo de Gythua.

—No sé de qué te preocupas —le soltó Gythua, poniéndose en pie con la ayuda de Kiron—. Soy yo quien tiene un agujero en mitad del cuerpo.

—Lo siento —dijo Kai, apartándose de los restos de la lanzadera estrellada.

Parpadeó con sus implantes oculares, y sonrió con el simple placer de notar la luz del sol sobre su piel. La lanzadera había aterrizado en un amplio espacio entre una serie de estructuras abandonadas que alguna vez debieron de ser almacenes. El suelo era de tierra compacta y roca desnuda, y los edificios que se encontraban cerca

parecían los espectadores curiosos de la escena de un accidente.

No había dos iguales, y todos habían sido construidos con planchas de metal corrugado y piedra de forma tosca. Incluso con el olor del hierro chamuscado y el combustible quemado, Kai fue capaz de captar el deprimente hedor de los desechos humanos, sudor y carne podrida. ¿Cuánta distancia habían recorrido desde que salieron? Éste lugar probablemente no formaba parte del palacio del Emperador.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras Atharva se reunía con ellos.

—Supongo que en la Ciudad de los Suplicantes.

—Es horrible —dijo Kai—. ¿Todavía vive gente aquí?

Atharva asintió con la cabeza.

—Una gran cantidad de personas.

—Un buen lugar para esconderse —dijo Severian, moviéndose hacia el borde del terreno en el que se habían estrellado.

—¿Escondernos? No tengo planeado esconderme de nadie —declaró Tagore.

—¿No? Entonces ¿cuál es tu plan?

—Nos dirigiremos hacia las instalaciones portuarias más cercanas y capturaremos a otro piloto, uno capaz de entrar en órbita sin que le den un tiro en el culo.

—¿Y después qué? —insistió Severian.

Tagore se encogió de hombros.

—Tenemos un astrópata. Haremos que envíe un mensaje a nuestros hermanos.

—Haces que parezca muy simple —le contestó Severian con una sonrisa irónica—. Por un momento me había preocupado lo difícil que sería escapar de Terra.

—Soy un devorador de mundos —le advirtió Tagore con un tono de voz amenazante—. No confundas lo simple con lo estúpido.

Severian hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se volvió mientras Subha y Asubha ayudaban a Gythua a poder salir de la lanzadera. Kiron apareció de entre los escombros con la parte superior del cuerpo desnuda, a merced de los elementos, y a Kai le recordó a las estatuas de mármol de físicos perfectos que flanqueaban los escalones del Circo Athletica en la isla de Aegina. Donde los otros marines espaciales eran corpulentos hasta el punto de resultar grotescos, Kiron era de proporciones bastante más parecidas a las de un mortal, aunque su cuerpo estuviera moldeado de forma idealizada. El tejido desgarrado de su mono ceñido tapaba el agujero en el estómago de Gythua, y Kai vio que la tela amarilla estaba manchada de rojo.

El guerrero de la Guardia de la Muerte tenía los brazos apoyados alrededor de los hombros de los gemelos, y salió al exterior con un gesto estoico.

—Así que ésta es la Ciudad de los Suplicantes —gruñó—. No creo que haya muchas posibilidades de encontrar al apotecario de alguna legión por aquí, ¿verdad?

Incendiaron la lanzadera accidentada con tres descargas de la carabina de plasma de

Kiron y se adentraron en las tortuosas calles de la ciudad. Severian iba delante, intentando poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y el lugar del accidente, teniendo en cuenta que Gythua les limitaba la velocidad. Se mantuvieron en las sombras, y cuanto más se adentraban en la ciudad, más sorprendía a Kai la época en la que parecían estar viviendo.

Las calles eran oscuras, frías y llenas de sombras, los edificios entre los que caminaban eran antiguos y en ruinas, las fachadas de piedra estaban desmoronadas y sucias, y mantenidas con las mínimas reparaciones necesarias. Los entramados de cables veteaban las superficies verticales y los tejados de los edificios, una red de energía ilícita que parecía tan frágil como las telarañas de seda.

Entre los cables, el cielo se veía reducido a un trazo de pincel fino de color azul profundo.

Todos los signos de tecnología avanzada empezaron a desaparecer, y en el aire se hicieron más nítidos los olores a especias, a perfumes y a sudor, sin que el olor rancio y metálico típico del Imperio les hiciera perder fuerza. Los sonidos también cambiaron: resonaban las voces de niños recitando versos sin sentido, la intimidante voz de un hombre que sonaba como si estuviera predicando, el zumbido y el rechinar de una piedra sobre otra de los afiladores de cuchillos y de un centenar de vendedores ambulantes.

Llegaron hasta las calles más viejas, tan estrechas que los marines espaciales tuvieron problemas para caminar de frente. Los toldos irregulares y los balcones se sobreponían en el pasaje, de tal forma que a Kai le resultaba muy difícil poder ver más allá de unos metros en cualquier dirección. Su mapa mental giró, volteó y se volvió del revés. Todo a su alrededor se veía tan diferente… pero el conjunto comenzó a desdibujarse hasta que no tuvo ni idea de en qué dirección avanzaban.

Las pocas personas que se cruzaban con ellos miraban con asombro a los gigantes, se pegaban a las paredes de los destartalados edificios o daban la vuelta y echaban a correr temiendo por sus vidas. Los niños vestidos con brillantes togas y caras tatuadas los miraban boquiabiertos, mientras que las mujeres con chales naranja salían huyendo. Una variedad de tonos de piel se congregaba allí, de lo exótico a lo mundano, y Kai vio estilos de vestir de cada rincón del globo: turbantes, holgados pantalones de seda, ajustados vestidos que no dejaban nada a la imaginación, ropas para trabajadores y prendas que parecían hechas para cualquier palacio real. Kai se preguntó qué pensaría aquella gente al ver a los guerreros en medio de ellos, aquellas impresionantes figuras de fuerza heroica que ahora se paseaban por sus barrios.

¿Les temían tanto como los temía él?

Kai seguía a Severian, y al poco dejó de darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Había sido psicológicamente mutilado y químicamente sometido por sus captores, y ambas cosas habían debilitado su cuerpo hasta la casi destrucción. Kai

sentía su cuerpo como una enorme herida, y colocaba un pie frente al otro de un modo casi mecánico, demasiado exhausto como para importarle adonde iban o lo que iban a hacer cuando llegaran allí.

Tagore esperaba poder mandar un mensaje astropático a sus hermanos de fuera de ese mundo, pero se iba a llevar una decepción si pensaba que Kai podría ser ese mensajero. De acuerdo con la última prueba a la que Athena lo había sometido, Kai apenas podía arreglárselas para llegar a recibir a un astrópata a una torre de distancia. ¿Qué oportunidad tenía de alcanzar a uno en un mundo lejano? El devorador de mundos no parecía la clase de guerrero que se tomaría bien una decepción, y Kai sintió un temor adormecido que se apoderaba de él con sólo pensar en su ira cuando descubriera sus limitaciones telepáticas.

¿Cómo había sufrido su vida un giro tan extraño?

Kai se había sentido honrado de servir a la XIII Legión, feliz de ser parte de tan vasta empresa como era la conquista de una galaxia, y contento de saber que no había un astrópata mejor al servicio del Adeptus Astra Telephatica. En aquellos momentos, era un hombre perseguido, despojado de sus habilidades y que viajaba en compañía de unos guerreros a los que el Imperio consideraba unos traidores.

Recordó cuando había comenzado todo esto, el momento en que su vida se había convertido en una mierda.

—La *Argo* —dijo en voz alta.

—Una nave ilota de los Ultramarines —dijo Atharva—. Fue botada en los astilleros de Calth hace ciento cincuenta y seis años.

—¿Qué? —exclamó Kai sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—La *Argo* —repitió Atharva—. Serviste en esa nave durante once años.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas sobre ti, Kai Zulane —dijo Atharva, tocándose con el índice un lado de la cabeza.

—¿Has leído mi mente?

—No —negó Atharva—. Mi primarca me habló mucho de ti.

Kai miró a la cara a Atharva esperando algún gesto de burla, pero era difícil leer sus rasgos con exactitud. Aunque Kai y Atharva compartían la misma fisonomía básica, los rasgos del marine espacial eran sutilmente diferentes a los de los mortales.

—¿De verdad? ¿El Rey Carmesí te habló de mí?

—Lo hizo —admitió Atharva—. ¿De qué otra forma hubiera sabido yo que debía ir a por ti? ¿De qué otra forma hubiera podido saber que ibas a bordo de la *Argo* cuando sufrió un fallo crítico en su campo Geller, lo que permitió que una horda de criaturas de la disformidad arrasase la nave y matara a toda la tripulación, dejándoos a ti y a Roxanne Larysa Joyanni Castana como únicos supervivientes?

Kai empezó a sentir que se le revolvía el estómago al mencionarle la masacre que

tuvo lugar a bordo de la *Argo*, y extendió una mano para apoyarse en el muro de un edificio cercano. El aparato digestivo le dio un vuelco, y aunque no podía recordar la última vez que había comido algo sólido, sintió que estaba a punto de expulsar todo lo que tenía en su interior.

—Por favor —le suplicó jadeando—. Por favor no hables de la *Argo*.

Atharva lo ayudó a enderezarse.

—Confía en mí, Kai, conozco los peligros del Gran Océano mejor que la mayoría, y créeme cuando digo que la pérdida de esa nave no fue culpa tuya.

—Tú no puedes saberlo —replicó Kai.

—Desde luego que puedo saberlo —le aseguró Atharva—. Mi cuerpo etéreo ha volado más allá de las mareas inmateriales y se ha sumergido en los sueños más secretos de las criaturas de disformidad. Conozco su potencial ilimitado y he luchado contra las criaturas que habitan en los lugares más oscuros. Ellas son más peligrosas de lo que puedes llegar a comprender, pero pensar que tú solo podrías haber condenado a una nave entera es de risa. Te das demasiada importancia.

—¿Se supone que eso me va a hacer sentir mejor?

Atharva frunció el ceño.

—Era la simple constatación de un hecho. Si te hace sentir mejor o no me es indiferente.

Kai se agachó hasta quedar en cuclillas antes de pasarse la mano por la frente. Tenía la piel grasienta a causa del sudor y la molesta sensación de su estómago continuaba agobiándolo. Sufrió una arcada y expulsó un grueso chorro de saliva ácida que escupió en el suelo.

—Por favor —gimió—. Necesito parar. No puedo continuar así.

—No, no puedes —le confirmó Atharva—. Descansa aquí un momento.

Kai inspiró profundamente y trató de acabar con el malestar de su estómago. Después de unos cuantos minutos comenzó a sentirse mejor y miró hacia arriba. Severian y Tagore estaban discutiendo, pero no podía oír lo que decían. Asubha sostenía a Gythua, cuya tez cenicienta parecía la de un cadáver. La sangre le manchaba los muslos, y hasta Kai se dio cuenta de que ya estaba viviendo un tiempo prestado. Kiron seguía vigilando los tejados con su rifle mientras Subha examinaba las heridas del guerrero moribundo.

De todas las legiones posibles, Kai supuso que la de los Devoradores de Mundos debía conocer mejor que nadie la mayoría de las lesiones propias del campo de batalla, ya que aquellos que conocían bien la mecánica de separar los cuerpos deberían también entender bastante sobre cómo volverlos a juntar de nuevo.

—Se va a morir, ¿verdad? —preguntó Kai.

Atharva asintió con la cabeza.

—Sí, así es.

El humo y el olor a carne asada llenaban el almacén y se acumulaban formando una capa bajo el tejado que se retorcía entre las vigas de hierro formando una niebla brumosa. Las paredes estaban cubiertas con largas tiras de ropa y con paneles de láminas de metal. Un gran fuego de brasas incandescentes ardía en el interior de una zanja en el centro del espacio, y los espetones de carne de aspecto más que cuestionable giraban mientras el pellejo se agrietaba y dejaba escapar gotas de grasa.

El almacén estaba lleno de hombres duros, sentados en toscos bancos de madera mientras limpiaban sus armas y hablaban en voz baja. Todos ellos tenían un aspecto brutal y enormes hombros, aumentados por el crecimiento artificial de los músculos y un riguroso sistema de lucha y pruebas de fuerza que no habrían estado fuera de lugar en las salas de entrenamiento de las Legiones Astartes. Ellos hacían que los esclavos que los servían pareciesen muy pequeños, aunque ninguno de los miserables individuos ligados al clan de Dhakal era particularmente diminuto.

La mayoría de estos hombres llevaban pistolas de gran calibre, y unas largas espadas colgaban de sus cinturones. Los de mayor tamaño llevaban armas anticuadas: hachas provistas de cuchillas, bracamartes de largas empuñaduras, y flagelos de cadenas. Como aquellos guerreros que una vez habían vagado por los páramos de la Vieja Tierra, había un anacronismo en esta edad dorada de avances científicos y progresos, ya que allí, en el corazón de la Ciudad de los Suplicantes, gobernaban con el puño de hierro de la fuerza.

Los bastidores para las armas se alineaban junto a un muro, y los escudos con forma de cometa fabricados a partir de láminas de hierro batidas rodeaban un pozo poco profundo que se encontraba en un extremo de la sala. Tenía la apariencia de un ruedo, y la tierra estaba teñida de un profundo marrón oscuro de la sangre de cientos de hombres y mujeres asustados que habían sido arrojados a la muerte para diversión de aquellos hombres duros y de su amo.

Pero ese foso de lucha no era el único indicio de que los ocupantes del almacén eran más sanguinarios de lo que se pudiera imaginar. Una docena de largas cadenas unidas a los mecanismos de un molinete de hierro negro colgaban del techo, y sobre cada una de ellas había un cadáver ennegrecido, ensartado en un gancho destinado a que los proveedores de carne colgasen sus reses muertas. Los cadáveres apestaban a putrefacción, pero a nadie de la sala parecía importarle. Con el tiempo serían arrojados a los perros salvajes de la ciudad para que los devoraran, pero siempre habría carne fresca para ocupar un gancho vacio.

El jefe estaba sentado en la otra esquina, sobre un vasto trono de hierro forjado, aunque ninguno de los ocupantes de la sala se atrevía a mirarlo.

Mirar al jefe del clan sin permiso era castigado con la muerte, y todo el mundo lo sabía.

Una tenue luz entró en el almacén cuando una de las puertas del centro de uno de los muros retumbó al abrirse. Los hombres apenas miraron hacia allí, ya que sabían que nadie estaría tan loco como para entrar en ese lugar con intenciones violentas. Ni siquiera los arbitradores de las leyes del Emperador entrarían en un lugar como ése.

Unas cuantas cabezas asintieron en señal de saludo mientras hacía acto de presencia la gigantesca figura de Ghota, quien arrastraba a un hombre lloroso vestido con unas bastas ropas de trabajo. Ghota lo tenía agarrado del cuello con su grueso puño, y aunque se trataba de un trabajador corpulento, el jefe de los matones del señor del clan lo llevaba tan fácilmente como un hombre puede levantar a un niño caprichoso.

Ghota llevaba puesta una pesada capa de piel de oso y un mono acolchado desabrochado a la altura de su musculoso vientre. Las cuchillas de las bandoleras que cruzaban su pecho destellaban con el rojo resplandor de las brasas. Su carne brillaba con la luz rojiza que casi, aunque no completamente, daba un tono más natural a su pálida tez.

Los tatuajes que tenía grabados en la piel se hincharon y se retorcieron cuando se acercó al trono de hierro y escupió una bola de flema cartilaginosa en el suelo. Los hombres evitaban su mirada, ya que Ghota era un hombre con unos estados de ánimo impredecibles, de mal genio y carácter psicótico. Sus ojos, rojos como la sangre, eran imposibles de leer, y hablar con Ghota era bailar con la misma muerte.

Se detuvo delante del trono y se golpeó el pecho con el puño envuelto en alambre de espino.

—¿Qué me traes, Ghota? —dijo la figura que se encontraba sentada en el trono con voz húmeda a causa de la supuración de los tumores cancerosos. Ni un atisbo de luz procedente de la zanja de fuego alumbraba a la figura, como si creyera que algunas cosas era mejor dejarlas en las sombras.

Ghota arrojó al trabajador al suelo frente al trono de hierro.

—Éste hombre habla de que unos guerreros se están aproximando, mi subedar —declaró.

—¿Unos guerreros? ¿De verdad? Me pregunto si la gente de palacio se habrá vuelto más atrevida…

—Estos no son unos guerreros normales —añadió Ghota, asestando una fuerte patada con su bota en el estómago del trabajador.

El hombre dio un tremendo grito de dolor y salió rodando hacia un lado, tosiendo sangre y cerrando con fuerza los ojos. La patada de Ghota le había roto algo por dentro, y aunque el hombre duro no lo matara con sus propias manos o lo echara al foso solamente para disfrutar de un momento de diversión, el individuo estaría muerto al amanecer.

—Habla, desgraciado —ordenó el jefe del lugar inclinándose hacia adelante para

que una ligera insinuación de luz se reflejara en el cráneo parcialmente rapado e hiciera destellar los seis clavos de oro insertados en su frente amenazadora—. Háblame de esos guerreros.

El hombre sollozó y se puso de pie apoyándose en un codo. Casi no podía respirar y hablaba en un jadeo sibilante.

—Los vi por las explanadas vacías del este —le informó—. Cayeron del cielo y se estrellaron. Parecía ser un Cargo 9.

—Se estrellaron ¿y aun así salieron ilesos?

El trabajador asintió con la cabeza.

—Uno de ellos sangraba mucho y lo llevaban entre los demás. Era un hombre grande, el hombre más grande que jamás he visto.

—¿Más grande que mi Ghota aquí presente? —preguntó la figura que estaba sentada en el trono.

—Sí, más grande que él, todos ellos eran más grandes que él. Como los marines espaciales de la Puerta de los Suplicantes.

—Curioso. ¿Y cuántos de esos gigantes había allí?

El hombre tosió una bola de brillante sangre arterial y meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Seis, siete, no estoy muy seguro, pero también llevaban a un tipo flacucho con ellos. No se parecía mucho a los demás, pero uno de los hombres grandes tenía especial cuidado con él.

—¿Dónde están esos hombres ahora?

—No lo sé, podrían estar ya en cualquier parte.

—Ghota…

Ghota se inclinó y levantó al hombre hasta que sus pies quedaron colgando justo por encima del suelo. Tenía el brazo totalmente extendido, pero no daba señales de que este alarde de fuerza le supusiera el más mínimo esfuerzo. Con la mano que le quedaba libre, Ghota sacó una enorme pistola de la funda, un arma que llevaba un águila grabada en el cañón recortado.

—Te creo. Después de todo, ¿por qué ibas a mentir si sabes que vas a morir de todas formas?

—¡La última vez que los vi se dirigían hacia el Patio del Cuervo, lo juro!

—¿Al Patio del Cuervo? Me pregunto qué los habrá llevado a tomar esa dirección.

—¡No lo sé! ¡Por favor! —sollozó el trabajador—. Tal vez quieran llevar al herido a Antioch.

—¿Estás loco? —rió la voz húmeda—. ¿Qué podría saber él de la milagrosa anatomía de las orgullosas Legiones Astartes?

—Alguien lo suficientemente desesperado para estrellarse aquí podría querer

correr ese riesgo —apuntó Ghota.

—Sin duda deben de estarlo —agregó la figura del trono—. Y me pregunto qué trae a unos guerreros como ésos a mi ciudad.

La figura se puso de pie y bajó de su trono. El trabajador gimió de miedo sólo con ver al hombre, un gigante deforme, con un físico tan descomunal que le daba un aspecto todavía más poderoso que el de Ghota. Sus músculos parecían grandes montañas que se aferraban a su cuerpo, apenas contenidas por unas cuantas placas de hierro forjado y ceramita apretadas contra su figura en una imitación de las armaduras de combate que solían llevar las Legiones Astartes.

Babu Dhakal se acercó al trabajador sollozante y se inclinó hacia él hasta que sus caras quedaron a unos pocos centímetros de distancia: una, era una cara común y corriente desgastada por toda una vida de trabajo; la otra, la pálida cara de un cadáver con la piel seca y deshidratada agujereada por numerosos tubos de goteo y atravesada por suturas de metal que mantenían en su lugar la carne cancerosa. Una estrecha franja de pelo cortado a cepillo partía desde la frente cubierta de tachuelas del señor del clan y se ensanchaba a medida que le cruzaba el cráneo hasta llegar a la nuca. Unos tatuajes de relámpagos en zigzag bajaban hasta los hombros formando un arco dentado y desigual.

Al igual que Ghota, sus ojos eran una pesadilla de hemorragias petequiales, rojos por la ruptura de los vasos sanguíneos y carentes por completo de toda compasión humana y voluntad de comprensión. Eran los ojos de un asesino, los ojos de un guerrero que ha luchado de un lado a otro del mundo y matado a cualquier hombre que se cruzara en su camino. Ejércitos enteros se acobardaban con una sola mirada de ese hombre, las ciudades habían abierto sus puertas para él y grandes héroes habían caído humillados ante su poder.

Llevaba una espada tan alta como un hombre normal atada a la espalda. La fue sacando lentamente y con mucho cuidado, como si fuese un cirujano preparándose para operar a un paciente.

O como un verdugo poniendo a punto un instrumento de tortura.

Babu Dhakal hizo un gesto con la cabeza y Ghota soltó al hombre.

La espada realizó un barrido convertida en una imagen borrosa de acero, y un chorro carmesí salpicó el suelo del almacén. Silbó y burbujeó al aterrizar sobre las brasas, llenando el aire con el olor de la sangre quemada. El trabajador había muerto antes de que pudiera sentir el impacto de la cuchilla, que lo cortó con una línea perfecta desde la coronilla hasta la entrepierna, como si fuera un trozo de carne de vaca. Las dos mitades del hombre cayeron al suelo, y Babu Dhakal limpió la hoja en la capa de piel de oso de Ghota.

—Colgadlos —dijo, señalando los dos trozos de carne sin vida desparramados por el suelo mientras envainaba su espada. Babu Dhakal volvió a su trono y cogió

una enorme arma de un gancho que había soldado a un lado del trono.

El arma brillaba con todo el amor y cuidado que se había prodigado en ella. Se trataba de un rifle de asalto terminado a mano y fabricado en una de las primeras industrias productoras de esa clase de armas. Llevaba un águila tallada en el cañón, y aunque era mucho más grande que la pistola que llevaba Ghota, ambas pertenecían claramente a la misma clase de armas de fuego.

Era un bólter, pero ningún guerrero de las Legiones Astartes había tenido nunca un arma tan brutal, ya que se trataba de un diseño arcaico que se remontaba a la unión entre la Tierra y Marte.

—Ghota —dijo Babu Dhakal sin disimular su ansia—. Encuentra a esos guerreros y tráemelos.

—Eso está hecho —dijo Ghota golpeándose con un puño en el pecho.

—Y Ghota…

—¿Sí, mi subedar?

—Los quiero vivos. La semilla genética no me sirve de nada en cadáveres.



DIECISÉIS

UN RETUMBAR DIFERENTE
MECLARIVIDENCIA
CEGUERA

Severian los condujo a través de la estructura en ruinas de lo que una vez había sido un bloque de viviendas construido caprichosamente, pero que se había derrumbado después de que añadieran demasiados pisos a una estructura inestable y pobremente construida. Atharva sintió la ira que aún persistía de aquellos que habían muerto allí, los ecos psíquicos que todavía no habían sido dispersados y reabsorbidos por el Gran Océano.

La tristeza habitaba en ese lugar, incluso aquellos que no poseían sensibilidad alguna respecto al modo en el que actuaba el éter se habían mantenido al margen. En una ciudad de millones de personas, Severian se las apañó para encontrar un rincón solitario en el que refugiarse y recuperar el aliento. El lobo lunar afirmó que habían llegado hasta allí sin ser vistos, aunque a Atharva se le hacía difícil imaginar que su paso hubiera pasado completamente inadvertido.

Grandes goteras caían desde los pisos agrietados que había sobre ellos, un amasijo zigzagueante de chapa y madera que lo hacía parecer terriblemente inseguro, pero del que Gythua había dicho que no tenía riesgo de derrumbe inminente. El guerrero de la Guardia de la Muerte estaba sentado con la espalda apoyada contra un muro, y Kiron se encontraba a su lado hablándole en voz baja, mientras los gemelos devoradores de mundos examinaban las dos armas que habían cogido a los custodios muertos. Las cajas de las células de energía estaban abiertas y parecía que estaban tratando de volver a ponerlas en funcionamiento.

Severian se arrodilló delante de una gran abertura del desvencijado muro, comprobando los accesos a su refugio por si había alguna señal de unos perseguidores que, probablemente, debían de estar ya acercándose a ellos. Kai yacía a

su lado, en la parte más seca de la estructura, y su pecho subía y bajaba con el suave ritmo del sueño. El mortal estaba exhausto, con la mente y el cuerpo al límite del colapso total, pero Atharva sabía que podía continuar. El poder que había tocado su mente no iba a dejarlo desfallecer, y Atharva tenía que saber cuál era. Como todos en su legión, detestaba la ignorancia, considerándola como un fallo del esfuerzo y la determinación. Fuese lo que fuese lo que Kai tenía dentro de su mente era lo suficientemente importante como para que la Legio Custodes lo sometiera a una serie de interrogatorios psíquicos, y eso lo convertía en un desafío personal, ya que únicamente él podía extraer ese poder.

Atharva cerró los ojos y dejó que su cuerpo etéreo se distanciara de su carne, sintiendo la levedad del ser que llegaba cuando uno se liberaba de las ataduras de la cárcel corporal. No podría mantener el cuerpo apartado de la mente durante mucho tiempo, ya que sus cazadores probablemente tendrían sabuesos psíquicos, y un cuerpo etéreo sería como un faro brillante para ellos.

El ruido mental de la Ciudad de los Suplicantes se apoderó de Atharva, una neblina de fondo compuesta por los pensamientos de un millón de personas. Banal e irrelevante, filtró sus esperanzas de ser algún día admitidos dentro de los muros de palacio, sus miedos a las bandas, su desesperación e insensibilidad. Aquí y allí sintió el inconfundible toque de un psíquico latente, un individuo con talento y con el potencial para convenir sus habilidades en algo maravilloso.

Le apenaba pensar que ninguno de esos superdotados podría tener una oportunidad en Terra. De haber nacido en Prospero, sus habilidades habrían sido cultivadas y desarrolladas. El gran trabajo que comenzó el Rey Carmesí antes de la traición de Nikaea había ofrecido a la ignorante humanidad una oportunidad para liberar todo el potencial de sus brillantes mentes, pero Atharva sabía que aquel frágil momento en que los sueños se escapan había sido destrozado y nunca más podría ser recuperado.

Sin embargo, aunque los sueños de la ciudad se desvanecían poco a poco, Atharva sentía otra presencia escondida dentro de sus profundidades, algo poderoso y ajeno a él. Su cuerpo etéreo podía sentir su proximidad y luchó contra el impulso de volar por el éter hacia él. En algún lugar cercano, algo había encontrado un camino a través del velo que separaba este mundo del Gran Océano, un pasaje que había pasado inadvertido para los habitantes del mundo material.

Y en el mismo momento en que Atharva se dio cuenta de esta inteligencia, también ella se dio cuenta de la presencia de Atharva y se volvió a meter en cualquiera que fuera el caparazón que en esos momentos albergaba su forma. Todavía podía sentirlo; algo tan poderoso que no podía ocultar por completo su presencia; era como una herida en la carne del mundo que nunca se curaría por completo.

Atharva lo rechazó por el momento y centró sus pensamientos en Kai Zulane.

Dejó que su cuerpo luminoso vagara por las partes superiores de la mente del astrópata, investigando a través del revoltijo que formaban sus pensamientos de vigilia y el pánico y el miedo de las últimas semanas. Las salvajes cicatrices dejadas por los neurolocutores lo hacían enfurecer, y Kai se removió en sus sueños cuando esa ira se deslizó en sus pensamientos.

Atharva vio imágenes fugaces de un vasto desierto y de una imponente fortaleza que reconoció como una desaparecida mucho tiempo atrás, la fortaleza de Urartu de Arzashkun. Un aburrido pero muy descriptivo texto del primarca Guilliman lo describía a la perfección, y una copia de ese trabajo se encontraba en la biblioteca Corvidae de Tizca. ¿Por qué estaría Kai Zulane soñando con ese lugar? Era cierto que había servido con la XIII Legión, y era poco probable que hubiera visto el trabajo original en algún lugar de Ultramar, pero ¿por qué tendría la necesidad de soñar con ese sitio?

Al adentrarse más profundamente en el sueño, Atharva sintió el aroma del zoco, la fragancia del humo del narguilé y el sabor a especias de una cultura muerta. El no tenía ningún marco de referencia para esas sensaciones, pero fue capaz de sentir la importancia que tenían en cualquiera que fuera el secreto que Kai guardaba en su mente.

¿Qué pretendía hacer con ese mortal el Ojo? ¿Qué podría ser tan importante para haber sido colocado dentro de un recipiente tan frágil en vez de en el interior de alguien más digno de su protección?

Atharva sonrió al sentir una pizca de celos en sus pensamientos.

Presionó fuertemente contra el borde de los sueños de Kai, utilizando habilidades que iban más allá de la imaginación de los simplones que habían tratado de abrir su mente. Vio con claridad el desierto y el enorme vacío que representaba. Reconoció el significado de la gran fortaleza y de la sombra que la merodeaba con la paciencia de un depredador. Ése era el refugio de Kai, pero sería totalmente insuficiente para mantener alejado a un buscador de la verdad con las habilidades de Atharva, quien finalmente rompería sus defensas.

Con un simple pensamiento, Atharva estuvo delante de las poderosas puertas de Arzashkun y admiró la brillante blancura de las cuantiosas torres de la fortaleza y de los tejados dorados. Algunas partes de su silueta se habían perdido, y pudo imaginar a los neurolocutores desmontando su estructura en un esfuerzo por intimidar a su prisionero.

—Sólo lograsteis que se adentrara todavía más en lo más profundo de su ser —dijo Atharva.

Extendió la mano hacia las grandes puertas y deseó que se abrieran. Cuando vio que no sucedía nada, repitió el gesto. Las puertas permanecieron inquebrantablemente cerradas para él, y Atharva sintió una sensación profética de

advertencia mientras de la arena de su alrededor comenzaban a manar negros riachuelos en una amenaza rezumante. Los gritos de los moribundos lo envolvieron y se echaron sobre él, unas manos con garras de brillante materia negra tiraron de su cuerpo sutil, arrancando fragmentos de luz de su forma inmaterial que dejarían negras repercusiones en su cuerpo físico.

Atharva se levantó de la empalagosa ciénaga de horror y miedo, irritado por haberse dejado sorprender por tales emociones básicas. Su cuerpo flotó muy por encima de Arzashkun, pero el negro cieno se elevó como enredaderas trepando por un edificio invisible hacia él. Atharva tenía la fuerte sensación de que la propia culpabilidad de Kai estaba protegiendo el secreto en su interior, y sonrió con admiración por quienquiera que fuere que lo había colocado allí.

—Muy astuto —admitió—. Las defensas sólo pueden ser abiertas desde el interior.

Atharva abrió los ojos y comenzó a gemir mientras permitía que su cuerpo etéreo regresara a su carne en el mundo material. La calidad de la luz de su escondite había cambiado, el sol se acercaba por el oeste hacia el horizonte mientras la noche caía sobre las montañas.

—¿Adonde fuiste? —le preguntó Tagore, y Atharva se sobresaltó cuando se dio cuenta de que el devorador de mundos estaba justo a su lado.

—A ninguna parte —respondió Atharva.

Tagore sonrió.

—Para ser alguien supuestamente muy inteligente, eres un mentiroso malísimo.

Atharva tuvo que admitirlo.

—Sólo soy un alumno, Tagore. Yo trato con los hechos, y los hechos son siempre verdad. Las mentiras son para mentes inferiores que no son capaces de enfrentarse a la verdad.

—Eres un guerrero, Atharva —le replicó Tagore—. En primer lugar, eso es para lo que fuiste creado. No olvides la verdad de ese hecho.

—He luchado en muchas guerras, Tagore. Pero siempre resulta ser una tarea tan brutal que no te enseña nada que no sea cómo destruir. Lo único que le puede pasar al conocimiento en una guerra es que se pierda, y esa pérdida me resulta detestable.

Tagore pensó por un momento en esta cuestión y señaló con el pulgar hacia donde se encontraba Kai.

—Así que lo liberamos y sigue con vida. ¿Me vas a decir por qué es tan importante, y por qué arriesgamos nuestras vidas por él?

—Todavía no estoy seguro —admitió Atharva—. He intentado adentrarme en su mente para encontrar aquello que la Legio Custodes estaba buscando, pero está profundamente escondido.

—Algo que tiene que ver con el Emperador —apuntó Tagore—. Ésa es la única razón para que se involucrasen los custodios.

—Puede que tengas razón —reconoció Atharva.

Había estado esperando este momento. No había ninguna duda del vibrante acorde de ira interior del sargento de los Devoradores de Mundos, y a pesar de toda la falta de sutileza de Tagore, iba a ser capaz de detectar cualquier mentira rápidamente.

—Es difícil de explicar —comenzó Atharva, alzando una mano para aplacar la ira de Tagore—, y no digo esto para evitar darte una respuesta. Mi legión tiene a muchos de sus guerreros dedicados a las artes de la adivinación, escudriñando las corrientes del Gran Océano, la disformidad, como la llaman algunos, buscando los hilos que enlazan el pasado, presente y futuro. Todo aquello que una vez fue y lo que será puede ser leído en sus profundidades, pero clasificar aquello que será de lo que puede ser requiere décadas de estudio, e incluso entonces es un arte impreciso.

Atharva sonrió, preguntándose qué diría de eso el bibliotecario jefe Ahriman.

—¿Tú eres uno de esos adivinos? —le preguntó Kiron alejándose de la silueta reclinada del inconsciente Gythua—. ¿Puedes ver el futuro?

—Yo soy un adepto exemptus, un miembro de alto rango de mi comunidad, y he sido entrenado en todas las artes de mi legión, pero no estoy lo suficientemente cualificado como para predecir el futuro con un elevado grado de certeza.

—Pero tú viste algo aquel día, ¿verdad? —quiso saber Asubha. La hoja afilada que tenía en la mano comenzó a restallar cargada de energía—. Algo que te hizo mantenerte a un lado cuando deberías habernos advertido de la aproximación de nuestros atacantes.

—Lo hice —admitió Atharva—. Vi la galaxia volcada y moviéndose al compás de un redoble diferente. Nos vi a nosotros mismos como guardianes de un secreto que podría alterar el resultado de esta rebelión de Horus Lupercal.

—Ya basta de acertijos —intervino bruscamente Subha—. Habla claramente de lo que viste.

—Sólo puedo hablar de las posibilidades, ya que es todo lo que tengo —dijo Atharva—. Por razones que ni nosotros mismos podríamos entender, Horus se ha vuelto contra su padre junto con tres de sus hermanos. Lord Angron, lord Fulgrim y lord Mortarion se han unido a Horus en la rebelión, pero no creo que ellos fueran los únicos.

—¿Por qué no? —preguntó Tagore.

—Porque Horus no es tonto, y no lo arriesgaría todo en una sola jugada en las arenas de un mundo muerto. No, Isstvan V es sólo el comienzo del plan de Lupercal, y todavía quedan jugadores a los que ponerles cara.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con él? —preguntó Kiron señalando con el pulgar hacia Kai.

—Creo que Kai Zulane conoce el resultado del gran plan de Horus —dijo Atharva.

Hizo una pequeña pausa para que pudieran asimilar las consecuencias de todo eso, y que cada uno de los hombres pudiera llegar a la misma inevitable pregunta. Al final fue Asubha quien le puso voz.

—Entonces, ¿qué sucede? ¿Ha vencido Horus al Emperador?

—No lo sé —respondió Atharva—. Pero, de cualquier forma, Kai Zulane es ahora mismo el hombre más importante de la galaxia. Su vida es más valiosa que la de todos nosotros, y por eso hice que lo liberáramos de la prisión.

—Pero has dicho que la información está bloqueada en su interior —dijo Tagore —. ¿Cómo vas a sacarla?

Atharva soltó un suspiro.

—No estoy seguro de poder hacerlo —admitió—. La información está escondida en lo más profundo de su culpabilidad, y ésta es una emoción tan poderosa que es capaz de resistir a cualquier interrogatorio.

—Entonces, ¿de qué nos sirve? —quiso saber Subha—. Deberíamos matarlo y deshacernos de él. Todo lo que hará es retrasarnos y conseguir que nos maten.

—Subha tiene razón en todo lo que dice —señaló Kiron—. Si el futuro está predestinado, ¿qué importa si el astrópata está vivo o muerto? El resultado será el mismo.

—No creo en la predestinación —replicó Atharva—. Mediante la adquisición de conocimientos sobre el futuro heredamos la posibilidad de cambiarlo, y no permitiré que el futuro me sobrepase y saber que he tenido la oportunidad de cambiarlo.

—Eso suena a arrogancia —intervino Severian, dándose la vuelta desde el puesto de vigilancia que ocupaba junto a la entrada.

Atharva asintió con la cabeza.

—¿Te parece arrogante? ¿Es arrogante querer cambiar el curso de una guerra que se cobrará cientos de miles, sino millones, de vidas? Imagina el poder de un ejército que marche hacia la guerra sabiendo con absoluta certeza que no puede perder. Ahora imagina al mismo ejército descubriendo que, independientemente de lo que ellos hagan, no tienen ninguna posibilidad de ganar. El conocimiento es el poder; el Mechanicum lo sabe y mi legión también lo sabe. Quienquiera que obtenga la verdad que esconde este astrópata en su cabeza, será el vencedor de esta guerra.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con él? —insistió Kiron.

—Nos lo llevaremos a Isstvan V —dijo Subha—. ¿No es obvio? Nuestro lugar está con nuestras legiones, y si el Ángel Rojo ha unido su suerte a la de Horus, entonces es evidente que tiene una buena razón.

Tagore asintió con la cabeza en señal de acuerdo, y Atharva comprobó que Kiron también creía que la idea tenía sentido. Asubha permaneció impasible y Severian no

levantó la vista. Atharva respiró profundamente, sabiendo que lo que estaba a punto de decir era peligroso.

—Pero por la misma razón, si el Emperador los ha llamado traidores, ¿no habrá tenido una buena razón? Tal vez tus legiones no son merecedoras de tu lealtad.

Tagore se puso en pie con el arma en la mano.

—Los guerreros de la Legio Custodes me llaman traidor, ¿y ahora tú también? Debería matar hasta el lugar donde te sientas.

—¿El Fénix un traidor? —exclamó Kiron, apuntando con su carabina de plasma a la cabeza de Atharva—. Te agradecería que eligieras tus palabras con más cuidado, hechicero.

Atharva sabía que no podía echarse atrás, pero tampoco podía reafirmarse en los hechos sin rodeos frente a tal respuesta emocional.

—¿Cómo puede uno de vosotros decir con seguridad lo que le ha sucedido a cada una de nuestras legiones? ¿Cuándo fue la última vez que uno de nosotros pasó algo de tiempo junto a nuestros hermanos de batalla? ¿Cincuenta años? ¿Un siglo? ¿Quién puede decir con seguridad en qué se ha convertido su legión en todo este tiempo? Hace más de setenta años que no veo al Rey Carmesí, y tú, Tagore, hace por lo menos un siglo que no te arrodillas ante Angron.

»Estuvimos encerrados en la prisión más profunda de la Tierra simplemente por las insignias que llevamos en nuestras armaduras, no por la verdad de nuestros corazones, así que ¿quién puede decir dónde está nuestra lealtad ahora? Nuestra primera lealtad es para el Imperio, ¿no es así?

—Un señor que me encadena no merece mi lealtad —dijo Tagore.

—Tal vez no, pero ¿qué me dices de nuestros hermanos legionarios? ¿Qué puede romper esos lazos de hermandad que forjamos en la guerra? ¿Es nuestra lealtad sólo para ellos, ahora? ¿O es para esta incipiente banda de hermanos que formamos en estos momentos? Piensa en ello, se nos ha dado una oportunidad única, la oportunidad de decidir por nosotros mismos el señor a quien jurar nuestra lealtad.

—Un discurso muy bonito —dijo Tagore al mismo tiempo que se daba una palmadita en un lado de su cabeza—. Pero yo sé dónde está mi lealtad, está con el primarca cuyas palabras y escrituras he seguido en los fuegos de la batalla y que me concedió el don de la ira ligada al acero.

—No esperaba menos de ti, Tagore, luchaste al lado de Angron desde los últimos días de la Guerra de los Perros, desde Desh’ea, pero ¿y vosotros? —preguntó Atharva, señalando con la cabeza a Asubha y a su gemelo—. Ninguno de vosotros dos ha sido modificado todavía como Tagore. ¿Qué decís?

—Yo estoy de acuerdo con Tagore —dijo Subha, una respuesta que Atharva ya se esperaba.

—¿Y tú?

El gemelo de Subha respondió a la mirada fija de Atharva con otra mirada. Su rostro mostraba una expresión pensativa, comedida, y a Atharva le gustó la idea de que se tomara un tiempo para examinar el asunto adecuadamente.

—Creo que no tenemos suficientes datos para tomar una decisión tan importante como ésta —declaró por fin.

—Ésa es una respuesta propia de cobardes —le espetó Tagore con brusquedad.

Atharva vio la ira subyacente en la expresión de la cara de Asubha. Tagore era su sargento y merecía su respeto, pero estaban muy lejos de la constricción que suponía encontrarse encuadrados en su legión, y no era buena idea usar tales palabras entre guerreros tan violentos.

—Confundes la prudencia con la cobardía, Tagore —replicó Asubha—. Es posible que Horus Lupercal y nuestros primarcas tengan una causa justa para la rebelión, pero Atharva dice la verdad cuando afirma que ninguno de nosotros ha sabido nada más de nuestras legiones en todo este tiempo. Tal vez han sucumbido ante los celos mezquinos o han permitido que la ambición los ciegue ante sus juramentos de lealtad, ¿quién puede saberlo?

—La lealtad es todo lo que necesito —dijo Subha, alejándose de su hermano—. Encontraré una forma de reunirme con mi legión y volver a luchar al lado de mi primarca.

—Has hablado como un verdadero devorador de mundos —le dijo Tagore a Subha al mismo tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Todos debemos reunimos con nuestras legiones. Si quieres quedarte en Terra, Atharva, eso es asunto tuyo, pero yo encontraré una forma de volver junto a mi primarca. Tengo mi fuerza y a mis hermanos de batalla para proteger mis flancos. Encontraré una forma de abandonar Terra. Puede ser que recorra la Senda Carmesí antes de que llegue a Isstvan V, pero es un camino por el que tengo la intención de viajar.

—¿Y luego qué? —le preguntó Atharva—. ¿Qué pasa si te las arreglas para llegar al lado de Angron sólo para descubrir que es un traidor que no merece tu lealtad?

—Entonces empuñaré mi espada y moriré intentando matarlo.

—¿Lo estáis oyendo? —les pregunta Saturnalia—. Me deja asombrado la locura de todo esto.

—Lo oigo —le confirma Nagasena—. Y la tristeza de la situación casi me parte el corazón.

Saturnalia lo mira, incapaz de descifrar la expresión de su cara, y Nagasena sabe que el custodio está tratando de decidir si está bromeando o siendo desleal.

—Elige tus palabras cuidadosamente, cazador —le advierte el enorme custodio —. No vaya a ser que te encuentres arrastrado a Khangba Marwu al lado de esos traidores cuando los llevemos de regreso allí.

—Me has malinterpretado, amigo Saturnalia —le replica Nagasena—. Voy a buscar a esos hombres hasta los confines de Terra. Sin piedad y sin descanso, pero escuchar su miedo y confusión es saber que, por una simple casualidad genética, podrían haber luchado a nuestro lado. Están perdidos y no saben qué hacer.

—No sé lo que estabas escuchando —dice Golovko, mirando la placa de datos que lleva Kartono—, pero yo les he oído decir que iban a tratar de salir de este mundo para reunirse con sus legiones. Tenemos que detenerlos.

—Estoy de acuerdo —responde Nagasena con un gesto de asentimiento mientras mira fijamente la parpadeante imagen granulada de la placa de datos.

La señal les llega débil y distorsionada por todo el metal y las antenas ilegales que se agrupan como una maleza de alambre en los tejados de los edificios cercanos, pero es lo suficientemente clara como para dar a los cazadores una primera visión de su presa.

Detrás de Nagasena, los restos calcinados del Cargo 9 arden en el brillo púrpura del anochecer, rodeado por varios centinelas negros con las armas preparadas y las culatas pegadas al hombro. Está cayendo la noche, y la Ciudad de los Suplicantes es un lugar peligroso en la oscuridad, pero ellos no tienen más elección que seguir adelante. Gran parte de la lanzadera ya ha sido arrasada por los saqueadores, que incluso le han cortado las alas con sopletes de acetileno. Las costillas de metal de su estructura interna ya han sido desmontadas para ser usadas como columnas o vigas de apoyo.

Algunos saqueadores se enfrentaron a ellos al pensar que eran rivales compitiendo por el botín, pero ahora están muertos, abatidos por los centinelas negros mientras se aproximaban al lugar del impacto, doscientos metros atrás de donde se encuentran ahora mismo. Saturnalia y Golovko desperdiciaron un tiempo muy valioso buscando entre los restos, pero Nagasena ya sabía que no encontrarían nada.

Severian se había asegurado de ello, y Nagasena sabe que él será el más difícil de atrapar de todos los renegados. Es un lobo, un solitario que no dudará en abandonar a sus compañeros cuando sienta el aliento de los cazadores en la nuca. La adepta Hiriko está de pie junto al fuselaje aplastado. Recorre con la palma de la mano el metal tibio tratando de detectar alguna huella psíquica latente de sus objetivos. Se trata de una tarea imposible. Demasiadas personas han viajado en esta nave, y otras muchas lo han tocado desde que se estrelló para que quede alguna huella fiable, pero deben explorar cada camino y tener en cuenta cualquier elemento. Saturnalia está impaciente por comenzar la búsqueda de nuevo, pero Nagasena sabe que su presa no va a ir a ninguna parte en un futuro inmediato, y hay mucho que aprender simplemente observándolos durante un tiempo. Mientras los marines espaciales discuten su futuro, sin darse cuenta de que cada uno de sus movimientos está siendo vigilado gracias a la cooperación forzada de la Casa Castana y a la habilidad técnica

de Kartono, revelarán gradualmente sus fuerzas y sus debilidades, haciendo inevitable el resultado de la cacería. Ésta es la forma en la que Nagasena se ha entrenado para cazar, la forma en la que ha trabajado durante muchos años, y ningún tipo de presión por parte de Saturnalia o de Golovko podrá cambiarlo.

Saturnalia se vuelve hacia Kartono de forma brusca e irritada.

—¿Puedes identificar su posición localizando el origen de la señal?

Kartono mira a Nagasena y asiente lentamente antes de responder.

—No con total precisión, pero tal vez dentro de un radio de unos cuantos cientos de metros.

Saturnalia se dirige entonces a Athena Diyos.

—Y si tú estás así de cerca, ¿puedes establecer una ubicación más precisa?

Athena Diyos no quiere estar aquí, pero sabe que no tiene elección. Por lo que Nagasena sabe de ella, se trata de una tutora implacable, pero también una amiga incondicional de aquellos que se ganan su confianza. No es difícil darse cuenta de por qué debe de sentirse protectora respecto a Kai Zulane.

—Creo que sí —contesta al cabo.

—Entonces tenemos que ponernos en movimiento —dice el custodio.

Nagasena se pone frente a Saturnalia y le bloquea el paso.

—Ten en cuenta, custodio, que ésta es mi cacería, y yo marco el ritmo. Subestimas a esos hombres, y te pones en peligro al hacerlo. En cualquier situación son más peligrosos de lo que nadie pueda llegar a creer. Acorrálalos y lucharán como los antiguos Guerreros del Trueno.

—Sólo son siete, y dudo que el guerrero de la Guardia de la Muerte llegue a ver la salida del sol —se burla Golovko—. El Trono sabrá qué esperas ganar con la demora.

—Gano la comprensión de la verdad —dice Nagasena, apoyando su mano derecha en la piedra del pomo de su espada—. Y eso es lo más importante.

—¿La verdad? —inquiere Saturnalia—. ¿Qué verdad crees que puedes aprender de unos traidores?

Nagasena duda antes de responder, pero no le va a mentir a Saturnalia, ya que una mentira lo deshonraría.

—Espero aprender si debo atrapar a esos hombres —le contesta.

Kai se despenó de un terrible sueño en el que su cabeza estaba siendo recubierta con una arcilla que se endurecía con cada respiración. Era la misma sensación que estar siendo tapiado en una cueva sofocante del mismo tamaño de su cuerpo, donde cada respiración era más corta y más forzada que la anterior. Cuando la conciencia de su entorno regresó a Kai, el cansancio que sentía lo abrumó como si no hubiese descansado nada en absoluto.

Le dolían los ojos y se frotó la piel alrededor de ellos. Sentía como si su cráneo vibrara desde el interior, y las abrazaderas de interrogación con las que le habían ensanchado las órbitas de los globos oculares para permitir la introducción del equipo de grabación ocular le habían causado heridas en las mejillas y la frente. Se rascó los ojos, sintiendo un profundo picor debajo de su piel al que no podía acceder.

Kai sintió los ojos de los Muertos Exiliados sobre él y respiró profundamente mientras miraba el cielo más allá de la entrada de su escondite. Ya se había vuelto de un color púrpura amarillento, como un hematoma intensamente pálido.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó, sintiendo la tensión de los guerreros que se encontraban delante de él—. ¿Tenemos problemas?

Severian soltó una carcajada y los devoradores de mundos sonrieron de oreja a oreja.

—Nos consideran traidores y nuestros enemigos nos están buscando —dijo Tagore—. Es justo decir que vamos a tener problemas durante algún tiempo.

—No es eso lo que quise decir —le respondió Kai.

—Estamos decidiendo qué debemos hacer contigo —le informó Atharva, y Kai sintió un temblor de miedo ante la naturalidad con que pronunció aquellas palabras.

—Ah —exclamó mientras se rascaba de nuevo la piel de la parte inferior de los ojos—. ¿Habéis tomado una decisión?

—Aún no —admitió Atharva—. Algunos de nosotros quieren escapar de Terra y llevarte hasta Horus Lupercal, mientras que otros sólo quieren matarte.

—¿Matarme? ¿Por qué? —jadeó Kai.

—Representas un peligro muy real, Kai —dijo Kiron, poniéndole una mano sobre el hombro.

Kai sintió el poder de matar en ese apretón. La mano del marine espacial era tan enorme que le cubría todo el hombro, desde la clavícula hasta el omóplato. Simplemente con el más mínimo aumento de la presión, Kiron podría romperle cada uno de esos huesos sin ni siquiera pensar en ello.

—Peligro, ¿qué peligro?

—Sospecho que la información que llevas es un conocimiento del futuro —dijo Atharva—. Y la verdad es el arma más poderosa de cualquier guerra.

—Pero yo no sé nada —protestó Kai—. ¡Ya se lo dije a ellos!

—Lo sabes —insistió Kiron, presionando lo suficiente como para hacer que Kai torciera la boca en una mueca de dolor—. Simplemente no sabes que lo sabes. El ejército que lleva la verdad por bandera no puede fracasar. Imagina una guerra perfecta, librada por guerreros que saben que no pueden perder. Ésa es la promesa que llevas contigo, y por poseer ese conocimiento, hombres grandes y buenos harán cualquier cosa por llevarte como su bandera.

—Lucharemos por abandonar este mundo, y tú nos ayudarás —dijo Tagore.

—¿Abandonar Terra? —exclamó Kai, mostrando sus dientes y frotándose las sienes con las palmas de las manos—. ¡Por el Trono!, tengo la sensación de que me arden los ojos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Subha.

Asubha se arrodilló al lado de Kai y le sujetó la cabeza con las manos. El devorador de mundos se la giró y apartó un poco la piel negra de la coyuntura de sus prótesis. Una lágrima de sangre rodó por la mejilla de Kai.

—¡Por la sangre de Angron! —exclamó Asubha—. ¡Callaos todos, nos están viendo y escuchando!

Kai forcejeó entre las manos del devorador de mundos, pero éste era absolutamente implacable. Era tan incapaz de mover la cabeza como de mover el hombro. Asubha miró directamente a los ojos de Kai, y si hubiera sido capaz de moverse, se habría estremecido al ver el veneno que había en ellos.

—Muy astuto —dijo Asubha, apoyando la punta de los dedos en las mejillas de Kai—. Pero eso se acaba aquí.

—¿De qué estás hablando? —gimió Kai.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Atharva.

—Ocultar nuestro recorrido —dijo Asubha, hundiendo sus dedos en la carne del cráneo de Kai y arrancándole los ojos en un chorro de sangre y de cables.



DIECISIETE

LA MUERTE SE ACERCA
UNA TRAMPA RESBALADIZA
ANTIOCH

Kai llevaba una máscara de sangre, aceite y líquidos refrigerantes sobre el rostro. Subha lo sujetaba mientras se sumergían en las profundidades de la ciudad, moviéndose tan rápido como las heridas de Gythua les permitían. Tagore y Kiron sostenían al marine espacial herido, y ninguna de sus súplicas para que lo dejaran morir haría que lo abandonaran. Kai había dejado de gritar. El dolor era horrible, y no daba muestras de querer disminuir. No pensaba que eso fuera una buena señal.

Los cables le colgaban por las mejillas, y aunque había sido hundido bruscamente en el mundo en el que vivían la mayoría de los astrópatas diariamente, le estaba resultando muy duro adaptarse después de un trauma tan violento. Sin embargo, para haber sido un acto aparentemente tan absurdo y brutal, la extracción de los ojos de Kai fue tan precisa como si la hubiera realizado un auténtico especialista en implantes.

Unas líneas borrosas de luz pasaron centelleando mientras Kai se esforzaba por acomodarse al hecho de carecer de su modo de percepción primario. Estaba viajando a través de un mundo de sonidos y olores, de gusto y tacto. Era capaz de sentir claramente cada una de las rugosas piedras que había bajo sus pies, y la brisa fresca de la noche acariciándole la piel. El aroma de la carne asada y el precioso olor a humo de leña que se perdía a través de los callejones cubiertos; pero el penetrante olor a humanidad amontonada era tan intenso que cubría a todos los demás.

—¿Por qué me hizo eso? —siseó Kai entre sollozos estrangulados y exclamaciones de dolor mientras Severian hacía que se detuvieran en el cruce de tres calles.

—¿Qué? —preguntó Subha—. ¿Quién?

—Tu hermano gemelo ¿Por qué me arrancó los ojos?

Veía a Subha como una mancha borrosa de color rojo y dorado, una desordenada mezcla de bordes afilados y confusión. Su aura se ondulaba con un casi paralizante sentido del aislamiento. Subha echaba de menos la hermandad de su legión, y aquella carencia lo estaba matando por dentro.

—Eras un espía —dijo el guerrero.

—¿Qué? ¡No! No lo era. No lo entiendo.

—Tus ojos —le explicó Subha—. La gente que nos está buscando usaban tus ojos para espiarnos. Eran capaces de oír y ver todo lo que sucedía en aquel ruinoso lugar.

Respiró profundamente y forzó al dolor a bajar hasta un nivel más soportable.

—¿Cómo pudieron hacer eso? —quiso saber.

Subha se encogió de hombros.

—No lo sé. Asubha es el listo, no yo. Lo iban a enviar a Marte para recibir entrenamiento como tecnomarine antes de que nos destinaran a Terra.

—¿Fue el Adeptus Astra Telephatica quien te proporcionó esos implantes? —le preguntó Atharva al mismo tiempo que le agarraba la cabeza y miraba fijamente a las cavernas de las cuencas de sus ojos.

Kai quiso cerrar los ojos, pero no tenía párpados con los que cerrarlos, y no podía alejarse de la dorada luminosidad de la silueta de Atharva. Allá donde el resto del mundo estaba sutilmente desenfocado, el guerrero de los Mil Hijos era una brillante y cristalina silueta de luz resplandeciente y maravillosa. Tan real era Atharva que provocó unas náuseas turbulentas en el estómago de Kai.

—No —dijo Kai—. Los implantes me los colocó la Casa Castana.

—¿La casa navegante?

—Sí —le confirmó Kai con un gesto de asentimiento, y de inmediato se arrepintió de haber movido la cabeza así, ante el ataque de náuseas que le provocó.

Se agarró al brazo de Subha, sintiendo los colores y la luz del mundo que giraban a su alrededor como un brillante remolino arco iris. Las piernas le cedieron y vomitó unos pequeños chorros relucientes de bilis.

Subha lo colocó en el suelo y lo dejó que vomitara hasta que ya no le quedara nada que expulsar. Kai se sentía tan débil como un recién nacido, la fuerza que lo había sostenido hasta ese momento se le escapaba con cada arcada. Atharva se arrodilló a su lado.

—Nuestros cazadores son muy astutos —comentó—. La Casa Castana debe de haberles dado las especificaciones de tus implantes y han conseguido la frecuencia de la alimentación de datos de tus conductos oculares. Sólo el Ojo sabe lo que habrán visto y oído, pero debemos asumir que están cerca.

Kai se dejó caer al suelo y se apoyó contra una pared rugosa de ladrillos de adobe irregulares. Tenía una textura áspera, pero descansar simplemente un momento fue

para él la más sublime de las sensaciones. Apoyó la cabeza en los ladrillos, sintiendo el pulso de la vida detrás del muro. Aquél era un lugar en el que vivir, un hogar donde la gente vivía, amaba y soñaba. Kai se acordó de su casa del acantilado, encaramada en la roca pulida, en la que una vez fue la cima de un antiguo rey. Echaba de menos la sonrisa triste de su madre y el cálido abrazo de encontrarse en su hogar.

—Quiero irme a casa —dijo mientras una bienvenida paz se apoderaba de él—. Echo de menos mi hogar… era un hogar agradable. Te habría gustado, Athena. Tenía los suelos de mármol de color perla ahumada y techos abovedados pintados con réplicas del trabajo de Isandula Verona.

—¿De qué está hablando? —preguntó una voz ronca que estaba seguro de conocer—. ¿Quién es esa Athena con la que está hablando?

Una mano áspera y callosa de toda una vida de duro trabajo tocó su frente. Era una mano grande, demasiado grande para ser la mano de un humano.

—Su cuerpo se está rindiendo —dijo otra voz—. Estaba prácticamente muerto cuando lo rescatamos, y la colisión y la cirugía de Asubha casi han rematado ese trabajo. Necesita atención médica.

—¿Qué sabemos nosotros sobre los cuerpos humanos? —preguntó una voz argentina con un petulante acento en las vocales—. Ninguno de nosotros es apotecario.

—Debe de haber uno en esta ciudad, varios probablemente.

—¿Y sabes dónde encontrar uno?

—No, pero alguien de aquí lo sabrá.

—¿Alguien que pueda curar también a Gythua?

—No seas tonto —dijo en un tono áspero la contundente voz de un ángel rojo encadenado—. Gythua está ya en la Senda Carmesí, y nadie en esta ciudad hará cambiar su destino.

Kai oía las voces, pero parecía que pertenecieran a fantasmas centelleantes que lo rodeaban como si fueran ángeles de leyenda. Recordó los cuentos tallados en los pilares de una sala sumergida descubierta por agentes del Conservatorio en los lechos de los fiordos de Scandia. Hablaban de doncellas guerreras que llevaban las almas de los muertos a un heroico más allá de batallas y fiestas.

Sonrió ante la idea de que doncellas guerreras pudieran venir a por él. ¿Qué había hecho para merecer tal reunión de gente? Una cálida humedad mojaba sus mejillas y llegó hasta una de las figuras, un gigante de oro envuelto en un halo de luz brillante.

—Te vi… —dijo—. En Arzashkun. Estabas en mi sueño…

—¿Yo?

—Sí, quiero decir, creo que eras tú —asintió Kai, su voz se fue convirtiendo en un susurro a medida que los golpes que había sufrido su cuerpo ya debilitado se cobraban su precio—. Recuerdo que pensé que debías de tener mil cosas más

importantes que hacer que hablar conmigo.

—¿Tú hablaste conmigo? —preguntó la figura dorada. Su silueta se le aproximaba cada vez más.

Kai asintió con la cabeza.

—Dijiste que querías saber tu futuro, y que yo era la clave para poder comprenderlo…

—Lo eres —dijo la voz, sin disimular su interés—. Y puedes decírmelo cuando estés preparado.

—Lo haré —le prometió Kai, que sintió como si su cuerpo se estuviera volviendo más ligero por segundos.

Se preguntó si eso era lo que estos seres habían estado esperando. Tal vez sería más fácil de llevar si se despojaba de su carne mortal. Pero había una cosa que quería saber antes de que ellos se lo llevaran.

—¿Por qué los Muertos Exiliados? —preguntó—. ¿Por qué dijeron que era un nombre apropiado…?

Kai notó la alegría del gigante dorado y se alegró de saber que había contribuido a complacerlo.

—Cuando esto era un mundo de dioses, los hombres creían que si rezaban con el fervor suficiente y vivían sus vidas de acuerdo con la leyes dictadas por unos profetas locos, disfrutarían de una maravillosa vida después de la muerte. Debían ser enterrados en terreno considerado sagrado, y a la hora señalada debían levantarse y tomar su lugar en esta dimensión milagrosa. Pero a aquellos a los que esos profetas consideraban marginados no se les otorgó tal generosidad, ni tampoco a los cuerpos de los no deseados. Los olvidados y los invisibles eran hundidos en los espacios liminales del mundo. Sin marcadores. Sin lápidas. Cal viva y una fosa poco profunda. Olvidados y exiliados. Ellos eran los Muertos Exiliados, y eso es lo que nosotros somos.

—Ya veo… —dijo Kai, feliz de haber podido aprender aquel último hecho.

Otra silueta apareció al lado del ángel dorado. Su aura era como una sombra, sólo medio visible y escurridiza. Para los agonizantes sentidos de Kai era algo hermoso, más parecido a algo animal que a un hombre.

—¿Puede continuar? —preguntó esta silueta de forma lobuna.

—No —respondió Kai—. Creo que estoy acabado.

Una humedad fresca rodó por sus mejillas, y un dedo se la quitó suavemente.

—¿Estoy llorando? —inquirió Kai.

—No —le respondió el guerrero solitario—. Estás agonizando.

Los cazadores se despliegan a través del bloque de viviendas en ruinas, buscando cualquier signo que les pueda indicar hacia dónde pueden haberse dirigido los

fugitivos. Golovko camina como un oso enfadado, maldiciendo al devorador de mundos por haberse dado cuenta de que los estaban espiando, mientras sus centinelas negros se dedican a darle la vuelta a los restos destrozados de los muebles y a los bultos irregulares de tela empapada.

Saturnalia se arrodilla al lado de una zona húmeda de hormigón agrietado y la toca con suavidad con los dedos. Su armadura dorada brilla con la humedad y el penacho de crin roja de su casco cuelga por encima de su hombro.

—Estuvieron aquí, maldita sea —gruñe Golovko—. Acabamos de perderlos. Alguien debe de haberlos visto, así que necesitamos salir ahí fuera y cortar algunas cabezas hasta que alguien empiece a hablar.

Saturnalia y Nagasena se miran fijamente y, sin mediar palabra alguna, se dicen todo lo que necesitan decir sobre el arrebato de Golovko. Caen cascadas de agua a través de las losas agrietadas, y el sonido es tan suave como Nagasena cuando se mueve al acecho de una presa. Tiene las piernas ligeramente dobladas, la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando el crujido revelador de una rama rota o el susurro de las hojas.

Nagasena mira hacia la entrada rota del bloque, deslizándose para sentarse con la espalda apoyada en la pared. Se inclina hacia un lado y apoya la cabeza en el suelo, sintiendo el persistente rastro de la calidez de un cuerpo humano.

—Estamos en una maldita cacería y tú estás ahí, acostado —lo increpa bruscamente Golovko—. Acaban de salir de aquí. Tenemos que ir a buscarlos.

Nagasena no le hace caso, y el comandante de los Centinelas Negros se dirige hacia él.

—¿Me estás escuchando? —le espeta Golovko.

Kartono se coloca entre ellos y Golovko arruga la cara en una mueca de disgusto.

—Aléjate de mí, chiflado —lo insulta.

—Vuelve a decirle eso y dejaré que te dé la reprimenda que te mereces por tu rudeza —le advierte Nagasena.

—Me gustaría ver cómo lo intenta.

—Ulis Kartono fue entrenado por los maestros del clado Culexus —le dice Saturnalia, como si estuviera hablándole a un niño—. Estarías muerto antes de que pudieras tocar tu rifle, Maxim Golovko.

Golovko escupe un chorro de saliva, pero se aleja, poco dispuesto a aceptar el desafío implícito lanzado por Saturnalia.

El custodio se arrodilla al lado de Nagasena y sigue la dirección de su mirada.

—¿Kai Zulane estuvo aquí? —pregunta.

—Sí —le confirma Nagasena.

Saturnalia asiente con la cabeza.

—Encontré sangre en la entrada. Sangre mortal, todavía tibia.

—Es de Zulane —dice Nagasena, penetrando bajo una pila de bloques de hormigón que habían caído del techo hacía un tiempo indeterminado.

Sus dedos se encuentran con fragmentos triturados de piedra y polvo, pero entonces siente el frío tacto del metal y el liso cristal y saca los restos todavía húmedos de un par de implantes oculares.

Saturnalia sonríe mientras Nagasena los sostiene. De los finos cables gotean bioaceites y fluidos ópticos.

—¿Cómo lo sabías?

—Asubha le arrancó los ojos a Zulane aquí, y es zurdo —comenta Nagasena—. Me pareció lógico que los tirara en esta dirección.

—Así que tienes sus ojos —pregunta Saturnalia—. ¿Y eso nos ayudará a encontrarlo?

Nagasena utiliza sus ropas para limpiar los implantes del polvo gris.

—Posiblemente. Es una migaja de pan que ni tú ni yo somos capaces de seguir, pero tal vez otros sí puedan.

—¿Los telépatas?

—Así es —asiente Nagasena, mientras Saturnalia hace señas a Athena Diyos y a la adepta Hiriko para que entren en el bloque de viviendas en ruinas.

Ambas mujeres están aterradas y no querrían estar en este lugar: ni en la cacería ni en la Ciudad de los Suplicantes. Se trata de un ambiente que les resulta totalmente ajeno, y Nagasena se pregunta si las tendrá que obligar a que cooperen.

Athena Diyos mira hacia el techo hundido, que parece que está a punto de derrumbarse, mientras la adepta Hiriko mira fijamente hacia adelante, moviéndose como una autómata. La muerte de su compañero interlocutor cae sobre sus hombros como un peso de plomo, pero en esta cacería no hay tiempo para la compasión. Nagasena le da los implantes arrancados a Hiriko y ésta tuerce la boca en una mueca de asco.

—¿Son los de Kai? —pregunta Athena Diyos.

—Sí, lo son —le confirma Nagasena.

Hiriko los coloca en el brazo manipulador de Athena como si se tratase de serpientes venenosas. La astrópata se acerca los implantes a la cara, estudiándolos atentamente.

—¿Y qué esperas que hagamos con ellos?

—Esperaba que fueras capaz de usarlos para localizar a Kai Zulane —dice Nagasena—. Por lo que he podido leer en tu expediente, creo que tu especialidad no son las artes del metron, pero supongo que tendrás algún talento en ese sentido.

—Alguna vez lo tuve —responde Athena—. Pero desde la destrucción del Fénix no he sido capaz de leer las cosas como solía hacerlo. Sería mejor conseguir uno de los metron de la Ciudad.

Nagasena no puede asegurar si ella está mintiendo, ya que el tejido de la cicatriz de su cara contorsiona sus facciones de manera inusual, ocultando los gestos habituales de un mentiroso, aunque cree que no le está diciendo toda la verdad.

—Será mejor que intentes leer esos implantes o las consecuencias serán terribles.

—Si has leído mi expediente sabrás que mi perfil psicológico dice que no respondo bien a las amenazas.

—No me refería a ti —le replica Nagasena—. Estaba hablando del Imperio.

—Estás siendo muy melodramático —le contesta Athena, pero Nagasena detecta una grieta en su resistencia.

Se arrodilla al lado de la silla plateada en la que está sentada y coloca su mano sobre la de ella. Su piel no tiene el tacto de la piel normal, sino la desagradable textura de la piel sin vello cultivada artificialmente.

—¿Crees que estamos persiguiendo a Kai Zulane? No. Estamos persiguiendo a siete de los hombres más peligrosos que te puedas imaginar. Hombres que han matado a cientos de leales soldados del Imperio. Kai es su prisionero, y ellos intentan llevarlo ante Horus Lupercal. ¿Lo entiendes ahora? Sea lo que fuere lo que Kai sabe, el señor de la guerra lo sabrá. Ninguno de nosotros sabe lo que lady Sarashina colocó dentro de la mente de Kai, pero ¿de verdad quieres correr el riesgo de que caiga en manos de nuestro peor enemigo?

—¿Todo eso es verdad?

Nagasena se pone en pie y desenvaina su espada con un movimiento suave. La hoja brilla bajo la penumbra del edificio en ruinas, el filo es un arco de plata pulida, con la empuñadura tallada en negro y oro cubierta por una larga tira enrollada de cuero blando y alambre de cobre. Los ojos de Athena e Hiriko se abren de par en par al contemplar el arma, pero Nagasena no la ha desenvainado con intenciones violentas.

—Ésta es Shoujiki —les explica—. El maestro Nagamitsu la forjó para mí hace muchos años, y su nombre significa «sinceridad» en una lengua muerta de un pasado remoto. Antes de que esta espada llegara a mis manos, yo era un necio y un fanfarrón, un hombre de escasos principios morales y temperamento malvado. Pero cuando el maestro Nagamitsu me entregó esta espada, su verdad se convirtió en parte de mí, y desde entonces nunca he mentido ni deshonrado su nombre. Y no lo voy a hacer ahora, señora Diyos.

Comprueba el efecto de sus palabras mientras ella asiente lentamente con la cabeza y pasa los ojos de su brazo implantado a su otra mano.

—Hiriko. Necesitaré tu ayuda.

—Por supuesto —dice la neurolocutora—. ¿Qué necesitas que haga?

—Coloca tus manos en mis sienes y centra tu mente en todo lo que aprendiste de Kai, en cada sueño que compartisteis, en cada palabra que hablasteis. En todo.

Hiriko asiente y hace lo que Athena le pide, permanece de pie a su lado y coloca una mano a cada lado de su cabeza. Athena tiene colocados los dedos muy de cerca de los ojos arrancados de Kai y hace rodar diestramente las esferas vidriosas en la palma de su mano como si fuera un mago. Unas gotas casi secas de sangre le manchan la piel, y Nagasena se pregunta si eso la ayudará a adivinar la ubicación de Zulane.

—¿Cuánto tiempo nos llevará esto? —pregunta Saturnalia.

—Lo que sea necesario —le replica Athena—. ¿O tal vez preferirías intentarlo tú?

Saturnalia no le responde y Athena hunde la cabeza en su pecho mientras entra en un trance nuncio. Su respiración se hace más profunda, y Nagasena se aleja de ella, sintiendo un súbito escalofrío mientras su mente se sumerge en reinos invisibles que él no puede ni siquiera empezar a comprender.

Mientras los hombres de Golovko patean las puertas de los alrededores y acribillan a preguntas a cualquier habitante que encuentran, Nagasena echa un vistazo alrededor de aquel mísero refugio, y no siente más que resentimiento por el destino que ha llevado a esos hombres a ser condenados como traidores.

Nagasena envaina su espada mientras se aproxima Saturnalia. Aunque comparten un mismo objetivo, nunca es aconsejable empuñar una espada desenvainada delante de un custodio.

—¿Cómo pudo saber el devorador de mundos que lo estaban espiando?

Nagasena mueve la cabeza en un gesto negativo.

—No lo sé, pero al fin y al cabo es irrelevante. Esos individuos son marines espaciales, y me estoy dando cuenta de que los hemos subestimado.

—¿En qué sentido?

—Fueron creados para ser los guerreros definitivos, y es fácil suponer que no son más que unos asesinos creados genéticamente cuyo único propósito es matar y destruir. Pero son mucho más que eso. Sus mentes han sido mejoradas más allá de la comprensión de los mortales y sus cerebros funcionan de un modo que yo nunca seré capaz de reproducir exactamente.

—¿Estás diciendo que no los puedes atrapar? —inquiere Saturnalia.

Nagasena deja escapar una pequeña sonrisa.

—No, nada de eso. A pesar de todas sus mejoras genéticas y su superioridad física, en el fondo siguen siendo hombres.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Cuál es el factor más importante que los retrasa en su huida? —pregunta Nagasena.

—Llevan a un hombre herido —contesta Saturnalia—. El guerrero de la Guardia de la Muerte no sobrevivirá mucho tiempo. Deberían haberlo dejado en el lugar del accidente. Arriesgarlo todo por llevarlo con ellos es algo ilógico.

—¿Abandonarías a un custodio herido? —pregunta Nagasena.

—No —admite Saturnalia.

—Ellos todavía están unidos por sus juramentos de hermandad —dice Nagasena con tristeza—. Están actuando con honor. No es el comportamiento que cabría esperarse de unos traidores.

—¿Qué estás diciendo?

—Y te equivocas —añade Nagasena, sin hacer caso a la pregunta de Saturnalia, al mismo tiempo que señala el rastro de salpicaduras de sangre en el suelo—. Llevan a dos hombres heridos.

Atharva aporreó con un puño la puerta de metal pintada y esperó la respuesta. El edificio era un cobertizo irregular construido en un extremo de una plaza parcialmente protegida por toldos de lona hechos jirones. Una serie de estrechas calles conducían hasta allí, y había colocados unos cuervos de hierro en muchos de los edificios de los alrededores, desde donde miraban impasibles hacia la plaza como mudos observadores. Aunque se mantenían fuera de la vista, Atharva sabía que al menos un centenar de pares de ojos les observaban.

—¡Dale una patada a esa maldita puerta de una vez! —gritó Tagore, y Atharva vio el latido de sus venas en un lado de su cabeza.

Los implantes neurales injertados en su cráneo burbujeaban con el aire frío, y Atharva se preguntó qué daño estaba causando en el delicado mecanismo de su cerebro.

—Necesitamos que ese cirujano nos ayude —dijo Atharva—. ¿Crees que querrá ayudarnos si derribamos su puerta?

—Tú dijiste algo así como que me importaba un bledo —le contestó Tagore.

El devorador de mundos colocó un pie en el centro del postigo y lo derribó de una sola patada. La puerta se desplomó en el interior de una habitación débilmente alumbrada por un farol de baja combustión de petróleo crudo y grasa animal. Flotaba en el aire un intenso olor a productos químicos, a hierbas puestas a secar y a carne podrida.

Asubha y Kiron arrastraron a Gythua al interior y lo colocaron sobre una ancha cama que crujió por el peso del guerrero. Subha llevaba a Kai sobre un hombro; el cuerpo del astrópata estaba flácido y parecía que ya había muerto. Su aura era gris y lánguida, pero no era imposible salvar a Kai, y brillaría con fuerza de nuevo.

—Ponlo aquí —dijo Atharva, señalando un banco de madera apoyado contra la pared.

Subha colocó suavemente a Kai sobre el banco y Atharva se tomó un momento para examinar su entorno con más detenimiento.

La habitación había empequeñecido con su presencia, aunque por lo que Atharva

había podido ver de la Ciudad de los Suplicantes, sospechaba que podía considerarse de gran tamaño respecto al resto de habitáculos.

De los muros colgaban paquetes de hierbas secas, trozos descompuestos de carne en salazón y hojas de papel rizado que describían estructuras químicas y referencias anatómicas. Había una serie de mesas hundidas bajo el peso de unos grandes libros y bandejas de equipo quirúrgico, armarios con puertas de cristal agrietado que contenían cientos de botellas sin marcar de líquidos, polvos y comprimidos triturados. Un banco de biomonitores permanecía apagado en una esquina al lado de un generador petroquímico, aunque Atharva dudaba de que alguno de ellos funcionara aún.

—¿Estás seguro de que éste es el lugar? —preguntó Tagore—. A mí me parece sólo otra casa de mierda. ¿De verdad crees que aquí vive un cirujano?

—Todas las señales apuntan hacia este lugar —le contestó Atharva alzando una polvorienta copia de El Libro de los diagnósticos de una mesa cercana.

Vio también otros trabajos de Hipócrates, colocados sin seguir ninguna clase de orden que él fuera capaz de discernir, entre los escritos de Galen de Pergamon, de Abscantus y de Menodotus. Se trataba de textos antiguos, de un precio más allá de lo imaginable, aunque lamentablemente anticuados.

—¿Qué señales? —preguntó Kiron, limpiándose una mancha de resina del hombro—. ¿Cómo puede la gente vivir así?

—La gente vive como puede —le replicó Atharva—. Y las señales estaban ahí para cualquiera con ojos para verlas. Ésta es una Casa de la Serpiente.

—¿Una qué? —inquirió Subha.

—Un lugar de sanación —le explicó Atharva, señalando un mural que había en la puerta que había pateado Tagore.

La puerta estaba rota en dos piezas, pero aún era posible distinguir la imagen de un hombre con barbas vestido con una larga toga que llevaba un bastón con una serpiente enroscada a lo largo de toda su extensión.

—¿Quién se supone que es? —preguntó Kiron.

—Es Esculapio —le informó una voz anciana desde las sombras—. Una antigua deidad de los griekos. O al menos lo era hasta que ese amigo vuestro tan feo lo atravesó con su puñetero pie.

Una abultada silueta rodó sobre una cama que no habían visto antes en la parte de atrás de la habitación, y Atharva distinguió el olor del sucio cuerpo del hombre y del sudor de entre el cóctel de sustancias químicas que había en el aire. Tagore llegó donde estaba el hombre en un instante, levantándolo por el cuello y aplastándolo contra la pared. Una furia asesina encendía sus ojos mientras su puño retrocedía para golpear.

—¡No lo mates, Tagore! —le gritó Atharva.

El puño de Tagore se estrelló contra la pared, rompiéndola y haciendo caer al suelo una nube de polvo de ladrillo y trozos de argamasa.

—¿Quién eres tú? —preguntó él.

—Estáis en mi casa —respondió el hombre—. Yo soy el cirujano, ¿quién crees que soy?

—Tagore, suéltalo —se disculpó Atharva—. Lo necesitamos.

De mala gana, Tagore bajó al hombre y lo empujó hacia Atharva.

—Lo siento, doctor —dijo Atharva—. No queremos hacerle ningún daño.

—¿Estás seguro de que él lo sabe? —dijo el hombre mirando al devorador de mundos y frotándose el cuello—. Por las pelotas del Emperador, ¿quién eres?

El médico, que sólo llevaba puesto un fino pijama, era una visión impresionante. Por su olor y la mirada de sus ojos, era un borracho y un adicto a los narcóticos, pero las señales los habían conducido hasta este lugar, y probablemente no había otro profesional de las artes de la sanación lo bastante cerca como para ser de alguna utilidad.

—Yo soy Atharva, y necesitamos tu ayuda. ¿Cuál es tu nombre, amigo?

—Yo soy Antioch, y no soy tu amigo —le espetó el cirujano—. Es demasiado tarde para este tipo de cosas. Por tanto, ¿qué estáis haciendo aquí, derribando mi puerta e insultando mi hogar? Estoy demasiado borracho y en mal estado como para poder hacer algo por vosotros ahora mismo.

—Es un asunto de vida o muerte —dijo Atharva.

—Eso es lo que dicen todos —le replicó Antioch.

—Se refiere a la tuya —intervino Tagore, sacudiendo a Antioch por los hombros.

—¿Estás amenazándome? —exclamó Antioch—. Ésa es buena. Es sin duda la forma apropiada de conseguir mi ayuda.

Atharva cogió al cirujano por el hombro y lo llevó hasta el banco y la cama donde estaban Gythua y Kai.

—¿Qué les pasa? —preguntó Antioch, sin apenas mirarlos.

—Creía que eras tú el cirujano —bufó Kiron—. ¿No nos lo puedes decir?

Antioch suspiró.

—Escucha, dile a Babu Dhakal que si quiere seguir inyectando a sus hombres hormonas del crecimiento y jugando con sus códigos genéticos que no cuente conmigo para que lo ayude a volver a ponerlos en pie. Ya ha ido demasiado lejos.

—¿Babu Dhakal? No sé quién es —le contestó Atharva.

Antioch resopló y lo miró con interés, como si lo viera claramente por primera vez. Miró por debajo de sus espesas cejas y a través de los ojos legañosos, estudiando con atención a Atharva y a los guerreros que había a su alrededor.

—¿No sois guerreros de Babu?

—No —respondió Atharva—. No lo somos.

Antioch se acercó y estiró la cabeza. La realidad de la situación en la que se encontraba penetró por fin, a través del aire viciado, en cualquier bruma narcótica que le envolviera el cerebro. Se frotó los ojos con la manga manchada de la camisa y parpadeó furiosamente, como si se estuviera sacando granitos de arena de los ojos.

—Vosotros sois de las Legiones Astartes…, —inspiró profundamente y miró uno por uno a los guerreros.

—Lo somos —le confirmó Atharva llevándolo hacia donde se encontraba Kai—. Y él necesita tu ayuda.

—Ayuda primero a Gythua —dijo Kiron.

—¡No! —exclamó Atharva—. Gythua puede esperar, Kai no.

—Gythua es un legionario —protestó Kiron—. ¿Pondrías a un mortal por encima de él?

—Lo pondría sobre todos vosotros —le contestó Atharva antes de volverse hacia Antioch—. Ahora, cúralo.

Antioch asintió con la cabeza, y Atharva casi sintió pena por el hombre, despertado de un estupor para encontrarse a unos gigantes enfadados exigiéndole que salvara dos vidas que colgaban de los hilos más delgados.

Para su asombro, el cirujano se recuperó bien, respiró profundamente y cogió una bandeja con instrumentos quirúrgicos que probablemente albergaba más bacterias que el laboratorio de genes biológicos de la mesa de enfrente. Se inclinó y comenzó a examinar las sangrientas cuencas oculares de Kai.

—Cicatrices de implantes. Tomas de entrada arrancadas y moretones alrededor de la cavidad ocular —dijo Antioch, limpiando la sangre pegajosa de las mejillas de Kai con un puño de su pijama.

Cogió un paquete sellado de un armario lleno de botellas y rompió el revestimiento estéril para sacar su contenido. Sin levantar la mirada y con un cuidado y una precisión que Atharva nunca hubiera esperado, comenzó a aplicar gel antiséptico en el interior de los globos oculares de Kai antes de cubrirlos con una gasa que olía a una mezcla de solución fisiológica y petróleo.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Antioch—. No fue una intervención quirúrgica, pero es limpio.

—Yo le arranqué los ojos —declaró Asubha.

Antioch lo miró, como tratando de entender si Asubha estaba bromeando. Luego negó con la cabeza y suspiró.

—No voy a preguntar por qué. Tengo la sensación de que no me va a gustar la respuesta.

—La gente que nos persigue lo estaban usando para espiarnos —dijo Subha.

Antioch se detuvo y se mordió el labio.

—¿Y quién persigue a siete guerreros de las Legiones Astartes? —Alzó una mano

antes de que Subha pudiera contestar—. Es una pregunta retórica. Por cierto, estoy convencido de que no me gustaría la respuesta. Ahora quedaos callados si queréis que este hombre viva.

Antioch abrió un equipo de sutura y comenzó a cerrar los globos oculares de Kai con puntadas hábiles de aguja. Trabajó de forma rápida y metódica en cada ojo. El sudor le corría por la frente como pequeños riachuelos, y Atharva se dio cuenta del esfuerzo que le suponía al cirujano mantener la compostura y la mano firme. Cuando acabó de dar los puntos de sutura, Antioch envolvió la cabeza de Kai con un vendaje que, milagrosamente, parecía estar libre de manchas.

—¿Cómo es que un hombre con tus habilidades vive en un lugar como éste? —preguntó Atharva mientras Antioch fijaba las vendas y se ponía de pie con un gemido de alivio.

—No es asunto tuyo —fue la cortante respuesta—. Bueno, ¿me vais a decir qué le pasa o voy a tener que adivinarlo?

—Fue drogado e interrogado psíquicamente repetidas veces por expertos neurolocutores.

—Por supuesto —suspiró Antioch, limpiándose las manos en el pecho—. Y supongo que al ayudaros con estos hombres me convierto en cómplice de lo que sea en lo que estéis involucrados, ¿no es así?

—Tal vez —dijo Atharva—. Eso depende. Salva sus vidas y nos iremos. Nadie sabrá nunca que estuvimos aquí.

Antioch dejó escapar una risa amarga.

—La mitad de la ciudad ya debe de saber que estáis aquí, y la otra mitad lo sabrá por la mañana. ¿Piensas que siete guerreros como vosotros se pueden mover en una ciudad como ésta sin llamar la atención? A pesar de vuestra sobrehumana condición, no sois tan hábiles.

—Tiene razón —afirmó Tagore—. No debemos entretenernos aquí.

—No nos vamos a ir antes de que cure a Gythua —dijo Kiron.

—¡No he dicho eso! —le gritó Tagore, enfadado—. No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

Antioch hizo caso omiso del altercado y hurgó en el interior de sus armarios para preparar una poción híbrida de productos químicos que sacó de una serie de botellas sin marcar. Llenó una aguja hipodérmica con el resultado final y la clavó en la carne flácida del brazo de Kai.

Antes de oprimir el émbolo del inyector, el nervioso cirujano miró a Atharva.

—Eres un hijo de puta, ¿lo sabes? —dijo Antioch.

Atharva se rió entre dientes.

—He luchado junto a los Vlka Fenryka —le respondió—. Tendrás que hacerlo mucho mejor si estás tratando de ofenderme.

—Lo tendré en cuenta —dijo Antioch antes de inyectar la poción.

Kai tomo una bocanada de aire y su espalda se arqueó con un sonoro crujido. Los músculos sufrieron ataques de espasmos y un chorro de fluidos repugnantes le salió de la boca. Kai se movía al compás del baile del ahorcado en el banco. Sus talones golpeaban de forma repetida la madera mientras su cuerpo se vaciaba por cada orificio.

—Si yo fuera tú lo pondría de lado —dijo Antioch, alejándose del convulso astrópata—. Hay alguna ropa limpia en la parte de atrás que puede coger una vez que acabe de cagar y vomitar. La va a necesitar.

Tagore agarró a Antioch.

—El astrópata vivirá, ¿verdad?

La cara de Antioch se contorsionó de dolor por el agarrón del devorador de mundos.

—Los purgantes químicos limpiarán su organismo, sí, pero está tan exhausto y deteriorado que es un milagro que siga aún con vida.

—Suficiente —dijo Tagore empujando a Antioch hacia el guerrero de la Guardia de la Muerte—. Ahora haz lo mismo por nuestro hermano.

Gythua apenas podía respirar, su cuerpo había suspendido la mayoría de las funciones superficiales para usar sus energías en su restauración. Atharva había visto a los marines espaciales sobrevivir a heridas más horribles que ésas, pero sin las instalaciones de un apotecario a mano, sospechaba que Gythua estaba herido más allá de toda posible recuperación.

Antioch se inclinó sobre Gythua y, usando los mismos instrumentos con los que había examinado las heridas de Kai, hizo una completa inspección de los sangrientos agujeros y los profundos desgarros de la pálida piel del marine espacial. Su expresión confirmó las peores sospechas de Atharva.

—Éste hombre debería estar muerto —dijo Antioch por fin—. Para los principiantes, esta herida de aquí parece que ha roto su corazón, y creo que sus pulmones se han colapsado. Y ni siquiera reconozco el órgano al que ha dañado esta otra herida. Le han disparado con armas de energía y hay suficientes balas en su interior como para equipar a toda una escuadra de soldados del ejército.

—¿Estás diciendo que no puedes salvarlo? —preguntó Kiron.

—Estoy diciendo que ni siquiera puedo empezar a adivinar su anatomía por debajo de lo que queda de su piel —dijo Antioch—. Está más allá de mi ayuda. Más allá de la ayuda de nadie, me atrevería a asegurar, pero creo que todos lo sabíais.

—Maldito seas —le espetó Kiron aplastando al cirujano contra la pared de su casa—. Tienes que hacer algo. ¿Te das cuenta de quién es? Éste es Gythua, de la XIV Legión. El fue el primer portador de la linterna, ¡uno de los siete originales! Éste hombre salvó mi vida cuando expulsamos a los anillados desde las cordilleras

ecuatoriales de Iapetus. Era él quien portaba el estandarte del Emperador y lo clavó en el oscuro corazón del Cassini Regio en la caída de Saturno. ¿Lo entiendes?

Atharva y Asubha separaron los dedos de Kiron del cuello del cirujano antes de que su ira y su dolor sobrepasaran a su capacidad de raciocinio.

—Kiron, déjalo —dijo Atharva—. Matarlo no ayudará a Gythua.

—¡Tiene que salvarlo!

—Nada puede salvar a Gythua —dijo Asubha—. Ha recorrido la Senda Carmesí.

Kiron se alejó de Antioch, con los puños cerrados y una rabia perfecta hirviendo detrás de sus ojos grises. Miraba con odio al acobardado cirujano, pero cuando la necesidad de romper algo amenazó con convertir su ira en asesinato, Severian dio un grito de advertencia desde su posición de vigilancia en la puerta.

—Guardad vuestra ira, hermanos —avisó—. Un objetivo más adecuado para ella se dirige hacia aquí.

—¿Nuestros cazadores? —preguntó Tagore—. ¿Quiénes son, los Puños Imperiales o la Legio Custodes?

El lobo lunar negó con la cabeza.

—No sé quiénes son —contestó Severian, mirando más allá de la plaza—. Pero están armados, y sin duda no son guerreros imperiales.

DIECIOCHO

EL IMPERIO OSCURO

LA BATALLA DEL PATIO DEL CUERVO

Todo estaba allí, todos los ecos de la verdad trazados una y otra vez, toda la luz perdida y las palabras confusas de un millón de hombres locos bullían en las piedras susurrantes, girando alrededor de la torre como electricidad enjaulada que debía pronto tocar tierra o quemar al estúpido que había convocado su existencia.

Evander Gregoras se balanceaba a punto de desplomarse por agotamiento, con el cuerpo destrozado y la carne ya casi carente de vida y de fuerzas. No había comido ni bebido desde hacía días. La obsesión por descubrir la verdad de lo que había ocurrido en esa torre lo conducía a ese espacio límite entre la devoción y la locura. El valor de toda una vida en textos manuscritos llenaba el aire, una explosión estática en una biblioteca en lo alto de la energía etérea que envolvía la habitación.

Sus libros, sus rollos de papel y cada nota que alguna vez había colocado en el patrón estaban allí. Las letras brillaban como si estuvieran escritas en relieve con dorada caligrafía luminosa. Las paredes de la habitación rezumaban luz hacia el inmóvil bosque de páginas, y las palabras se elevaban en el aire separándose de la página antes de disiparse en el éter.

A medida que cada una de ellas se desvanecía, Gregoras incluía su significado y lo asimilaba en su comprensión del vertido de residuos psíquicos. Sabía que su obra más importante estaba muriendo a su alrededor, pero era un pequeño sacrificio que pagar para descifrar su significado.

El entramado que se extendía sobre él vibraba lleno de luz, pero era una luz que ni iluminaba ni calentaba la piel. Era una entrada a las pesadillas de una ciudad de telépatas, almacenada, explotada y diseccionada como un anatomista haría con una forma de vida desconocida hasta el momento. Lo peor de las pesadillas ya había sido filtrado, purgado por el trabajo metódico y diligente de sus criptaestesianos, pero el centro de la misma… Ah, el corazón de la pesadilla… Lo había mantenido allí, envuelto en tan compleja alegoría, en unas metáforas tangenciales y en un simbolismo oscuro que sólo una persona tan versada en el patrón como él sabría de lo que se trataba.

Eso era lo que sabía Kai Zulane, ése era el gran secreto que tenía en su interior y que sólo él podía comprender. Eso era lo que Sarashina había considerado que era tan importante que no se podía confiar a nadie más. Nada de ese poder podía traspasar la Torre de los Susurros sin dejar una herida, y si uno sabía cómo y dónde mirar, se podía encontrar la fuente de ese impacto.

Como un cirujano forense reconstruyendo el arma de un crimen a partir de los daños causados a su víctima, así estaba también Evander Gregoras, reuniendo los billones de fragmentos de información que habían sido escondidos en el interior de la mente del mayor fracaso de la torre.

Sus piezas se estaban uniendo, pero con demasiada lentitud…

Ya había visto pistas tentadoras… Las formas de las palabras, las expresiones que no significaban nada para él, pero que estaban impregnadas con la promesa de siniestra oscuridad en un futuro lejano…

«Una época de guerra en un milenio sin luz…».

«El Gran Devorador…».

«La Apostasía…».

«La Sangre de los Mártires…».

«La Bestia se levanta…».

«Mareas de Sangre…».

«Tiempos de Fin…».

Por encima de todo, oía el doloroso sonido de los pies marchando, de ejércitos que se dirigían a la guerra en un desfile interminable de masacres y caos que sólo podía acabar con la extinción de todas las cosas. Estos ejércitos nunca se rendirían, nunca perdonarían, y sólo depondrían sus armas cuando la muerte los reclamara al final de la propia guerra.

¿Estaría Kai previendo el final del Imperio? ¿Había visto él la victoria definitiva de Horus Lupercal? Gregoras no lo creía así, ya que esas palabras e imágenes eran antiguas, polvorientas, y sufrían con el peso de una historia que sólo podía haber sido adquirido tras el paso de milenios. Se trataba de visiones poco más que fugaces, y sin embargo dejaron a Gregoras en un estado de terrible pavor, como un hombre atrapado en su propia pesadilla y de la que sabe que nunca podrá despertar.

«Una vez aprendida la verdad, no se puede desaprender». Ése había sido el aforismo preferido de sus enseñanzas, pero, ah, como desearía que fuera así…

Cada pieza era un horror de guerra y destrucción, de estancamiento y muerte. Mientras sus notas se disolvían a su alrededor, introducían nuevos datos en su cabeza en un imparable e inevitable torrente. Cada vez llegaban con más rapidez, y cada pieza desbloqueada del rompecabezas se añadía a otra, a una imagen de mayor tamaño, hasta que comenzó a aparecer todo lo que había llegado a la Tierra como consecuencia de la temeraria intrusión de Magnus.

Surgió desde los patrones de la luz como un coloso negro, un destino y una pesadilla todo en uno. Su mente trató de comprender la extensión completa de lo que estaba viendo, pero era demasiado grande, demasiado monumental y demasiado aterrador para ser contenido alguna vez en un frágil cerebro mortal.

Gregoras dio un grito cuando vio un oscuro mundo lleno de insectos vestidos de

negro y gris, trabajando sin cesar jamás en oscuras colmenas y nidos subterráneos de sufrimiento y miseria. Era un mundo en el que nada cambiaba, nada crecía y nada de valor era creado. Y aun así, era un mundo donde tal horror no era visto como la pesadilla que realmente era, sino como una victoria, como una existencia que celebrar y considerar magnífica. Gregoras no podía imaginar cómo los insectos podían soportar vivir unas vidas tan terribles, sin conocer nunca la gloria que podría ser suya, sin entender nunca que el horror de sus vidas diarias era insoportable. Los insectos no sólo vivían en ese estancamiento, sino que luchaban activamente por conservarlo. Incansables ejércitos salían de aquel mundo para hacer retroceder a la fuerza a invasores e intrusos, pero en vez de reforjar sus destinos de nuevo en los mundos que ellos quisieran, voluntariamente recreaban el infernal mundo sin luz del que venían.

Él conocía ese mundo, al igual que sabía que esos insectos no eran insectos en absoluto.

El patrón llenaba la habitación, vertiendo la acumulación geométrica de todo lo que había pasado a través de las piedras susurrantes y de las mentes de los muertos y moribundos. Gregoras no fue capaz de soportar todo aquello y cayó de rodillas mientras el último de sus libros quedaba reducido a cenizas en el fuego de la verdad que consumía e inundaba su mente.

—¡Llévatelo! —gritó—. ¡Por favor, llévatelo! No quiero esto, nunca quise ver esto…

Gregoras cayó hacia adelante sobre las manos y las rodillas mientras el sueño de la cámara roja y sus ángeles caídos llenaba su mente con toda aquella espantosa verdad. Vio todo lo que Sarashina había visto, el choque de las espadas, la ofrenda y el sacrificio, el honor y el mal. Lo vio todo en un abrir y cerrar de ojos que se prolongó toda una eternidad.

Y sobre todo eso un gigante sentado sobre un monstruoso trono de oro, una máquina de pesadilla construida por dementes y sádicos. La carne del gigante estaba mustia y muerta hacía ya mucho tiempo, era poco más que un cadáver viviente de hueso con metástasis que sufría una interminable agonía. Una luz invisible manaba del gigante, y la tormenta que rugía detrás de sus ojos era el dolor más puro del mundo, porque había sido aceptado voluntariamente y sin queja alguna.

—Oh, no… —susurró Gregoras, mientras el ultimo hilo de su cordura comenzaba a desmoronarse—. Vos no, por favor, vos no…

El gigante clavó su mirada en él, y Evander Gregoras gritó mientras entendía finalmente cómo había ocurrido aquella pesadilla.

Atharva corrió hacia la entrada del cobertizo de Antioch y buscó en la oscuridad alguna señal de los recién llegados. No resultó difícil encontrarlos, ya que no hacían ningún esfuerzo por ocultar su acercamiento. Uno de cada tres hombres llevaba una

antorcha encendida, y las llamas se reflejaban en los cuervos de hierro que miraban fijamente el desarrollo de aquel drama con una indiferencia escultórica.

Atharva contó treinta individuos, unos hombres altos cubiertos con armaduras fabricadas con placas de hierro forjado adaptadas a sus cuerpos con una forma que a primera vista le resultó familiar aunque sutilmente diferente. A Atharva le llevó un momento reconocer las siluetas que había delante de él. A juzgar por sus armaduras se trataba de una representación casi perfecta de una forma de armadura de combate que hacía tiempo que ya no se fabricaba, un modelo que no había sido usado en ninguna batalla desde hacia cientos de años y que ya únicamente se podía encontrar en los libros de historia revisionistas y en los polvorientos anexos de la Galería de la Unificación. Llevaban unas armas que Atharva había reconocido como de una clase que una vez tuvo la oportunidad de tocar en aquella misma galería, armas a las que la edad no había menguado su poder letal.

La ira se apoderó de Atharva, ya que el aspecto de esa chusma era un atropello a la honra de las legiones, cuya apariencia era imitada de un modo abiertamente burdo por aquellos rudimentarios pertrechos de combate.

Que no pertenecían a las Legiones Astartes era evidente a primera vista, pero ¿quiénes eran?

—¡En nombre de todo lo que es perfecto! ¿Quiénes son? —preguntó Kiron junto a su hombro.

—No lo sé —dijo Atharva—. Pero pienso averiguarlo.

Cerró los ojos y dejó que su mente flotara a la deriva más allá de los confines de aquel miserable refugio. Sintió la evidente presencia de las mentes de los hombres, reconociendo el toque de la manipulación biológica en sus psiques modificadas y en sus códigos genéticos retorcidos. Ellos eran anormales, abominaciones elaboradas por genetistas sin sentido de la belleza ni del funcionamiento natural de un cuerpo. Los pavoni retorcían los códigos base de las estructuras física, pero incluso ellos estaban obligados por los esquemas fundamentales de la vida.

Estos hombres habían sido deformados siguiendo un molde, cuya funcionalidad no serían capaces de mantener sus cuerpos. Todos ellos, hasta el último, estaban agonizando, pero no se daban cuenta de ello. Sus mentes eran una tosca mezcolanza de violencia, miedo y psicosis incipiente. En cualquier mundo civilizado habrían sido encerrados durante el resto de sus vidas, o entregados al Mechanicum para convertirlos en sirvientes de la clase más básica.

Sin embargo, en medio de estos hombres había una figura diferente, un hombre cuya carne también había sido modificada más allá de las normas humanas, pero cuyo cuerpo no mostraba ninguno de los signos de la crueldad empleada en mejorar a los otros. El físico de este hombre era el trabajo de un genio, del mismo modo que la imprenta había sido la obra de un genio si se comparaba con los manuscritos escritos

a mano. Y al igual que la imprenta de la antigüedad había sido sustituida por avances tecnológicos más eficientes, así también la biología de este hombre…

Atharva tocó su mente brevemente y retrocedió ante los dentados y afilados bordes que encontró en su estructura. Como la roca volcánica formada por el calor y la presión de las fuerzas más profundas de la tierra, era vítrea y llena de cicatrices, construida con un único propósito: conquistar un mundo.

Las cicatrices vitrificadas de la mente de aquel individuo le resultaron familiares, y a Atharva sólo le llevó un momento recordar dónde había visto una ingeniería psicocognitiva tan primitiva.

Dentro de la mente de Kai Zulane.

Se retiró al sentir la agresiva hostilidad de las defensas mentales inconscientes del hombre, formadas por unas puntas agresivas y despiadadas que actuaron de un modo parecido a un perro guardián que vigilara una verja. No habría modo alguno de dominar a aquel individuo con las artes de los athanaeans. Atharva abrió los ojos y miró a la voluminosa y rudamente armada forma del hombre con una nueva sensación de asombro y admiración.

—Destruirte sería igual que enloquecer y disparar un lanzallamas dentro de una biblioteca repleta de libros de incalculable valor.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Tagore con un gruñido.

—Estos no son hombres corrientes —lo avisó Atharva—. No los subestimemos.

Tagore negó con la cabeza.

—Morirán como hombres corrientes —afirmó—. ¿Treinta guerreros? Los mataré yo solo y continuaremos con nuestro camino.

Atharva intentó contener a Tagore agarrándolo por los hombros, y trató de no acobardarse cuando el devorador de mundos le hizo un feroz gesto mostrándole unos dientes amenazantes. Los implantes de la parte posterior de su cráneo zumbaron al activarse, y Atharva vio el peligro inherente en el uso habitual de esos implantes. Tagore era tan prisionero de sus cantos de sirena violentos como Angron siempre lo había sido, según se decía, de la cultura esclavista que lo había entrenado en las artes del asesinato. Se preguntó si Angron apreciaría la ironía de esclavizar a sus propios hombres.

—¡Antioch! —gritó el hombre de mente vitrificada—. Los hombres que están ahí dentro contigo, que salgan. Babu Dhakal los necesita.

—¡Mierda! ¡Maldito hijo de puta! —siseó Antioch—. Es Ghota. ¡Qué el Trono me ayude! Estamos muertos.

Atharva se dio la vuelta para enfrentarse el acobardado cirujano.

—¿Quién es? ¿Y quién es ese Babu Dhakal?

—¿Lo dices en serio? —dijo Antioch, arrastrándose a cuatro patas para ponerse debajo de la mesa de mayor tamaño de su casucha—. ¡Babu Dhakal es garantía de

problemas, como si vosotros no hubierais traído ya bastantes a la puerta de mi casa!

—¿Y Ghota?

—El perro de presa de Babu Dhakal —le explicó Antioch, tratando de poner todos los muebles que podía entre él y la puerta abierta—. No te metas con Ghota si sabes lo que te conviene. Quien lo hace termina colgado de ganchos y hecho pedacitos.

Ashuba sacó al hombre de su escondite.

—¿Quién es Dhakal? ¿Un gobernador local? ¿La autoridad de este lugar?

Antioch se ahogó de la risa.

—Por supuesto, se podría decir que es la autoridad de este lugar. Es el jefe de una banda, uno de los últimos que quedan tras la guerra del Águila de Sangre. Controla todos los territorios desde el Patio del Cuervo hasta el Arco de los Suplicantes, y al sur hasta la laguna de Dhakal. Y si sabes lo que te conviene, será mejor que hagas lo que ha dicho Ghota.

—¡Me estoy cansando de esperar, Antioch! —gritó Ghota, con un áspero tono de crueldad en su voz.

Tagore y Subha flanqueaban la puerta, y Severian miraba a través de un hueco del deformado muro de ladrillos. Atharva se acercó hacia donde estaba tendido Kai en una postura curvada y doliente, con el cuerpo convertido en un maloliente caos de vómito y materia fecal. Agradeció que al menos estuviera inconsciente, aunque se estremecía con pequeños temblores mientras su cuerpo se purgaba.

Atharva oyó el ruido metálico de las armas preparándose para disparar y se abalanzó sobre Kai para protegerlo con su cuerpo mientras treinta rifles de gran calibre abrían fuego.

Una tremenda andanada de proyectiles acribilló la clínica de Antioch, haciendo estragos en los ladrillos de adobe y en las láminas de metal como un cortador láser en la carne. Las maderas quedaron hechas astillas, los ladrillos convertidos en polvo, y el aire se llenó de balas que rebotaban, de fragmentos de vidrio y de humo. El ruido fue ensordecedor, atronador, con el propósito de intimidar más que de hacer daño.

En una época pasada, y contra otra clase de objetivos, hubiera funcionado.

Atharva levantó la vista cuando el fuego cesó, y su visión mejorada distinguió fácilmente las siluetas de sus compañeros. Ninguno de ellos había sido alcanzado por algo más que no fuera una astilla de vidrio o un fragmento de bala.

Severian le sonrió.

—¿Cuál es tu plan, hijo de Magnus?

Por más que odiara recurrir a la violencia, Atharva sabía que no había tiempo para las sutilezas ni para palabras inteligentes. Sólo un plan de acción los ayudaría a salir de este encuentro.

—Matarlos a todos —le respondió.

Tagore también sonrió.

—La primera cosa sensata que has dicho en todo el día.

Los devoradores de mundos cargaron a través del polvo y del humo de los disparos, corriendo con una velocidad que parecía imposible en unas figuras tan enormes. Atharva los vio correr con la morbosa fascinación que un hombre debería sentir al ver una especie alienígena destruyendo a otra.

Tagore fue el primero en atacar. Su puño atravesó limpiamente la coraza de un guerrero con dos trenzas dobles de pelo negro y una barba bifurcada. Mientras el hombre todavía estaba cayendo, Tagore le arrancó de sus manos sin vida el arma y se volvió hacia el enemigo que estaba a su lado. Las armaduras que llevaban los hombres de Ghota se parecían a la armadura del trueno, pero este parecido no se extendía a sus cualidades de protección. El ruido sordo del retroceso del arma y las enormes llamaradas que salieron de la boca del cañón oscurecieron la visión de Atharva durante unos breves segundos, pero en cuanto se apagó vio a tres hombres cortados prácticamente por la mitad debido a la descarga a quemarropa de Tagore.

Subha y Asubha cargaron por los flancos. Las cuchillas de energía arrancadas de las lanzas de los custodios muertos parpadeaban con una luz azulada. La carga de Subha fue un mazazo de pura fuerza y lanzó por los aires a varios hombres como la detonación de una granada. Aunque la espada que llevaba era más parecida a una cuchilla de los pielesverdes, Asubha la blandía con la precisión de un diseccionador de muertos. Dos hombres cayeron abatidos sin cabeza, un tercero y un cuarto con las entrañas esparcidas por la plaza formando unas rizadas cuerdas de carne húmeda. Un quinto perdió ambos brazos y se derrumbó profiriendo un tremendo grito de dolor.

Atharva salió de entre los restos acribillados a balazos de la clínica de Antioch con Kai bajo un brazo. Mantuvo un escudo cinético alrededor del cuerpo del astrópata mientras veía a sus hermanos de la Hueste Cruzada destrozar a los hombres de Ghota. Argentus Kiron soltó varias ráfagas implacables de plasma desde una posición a cubierto de la fachada en ruinas, e incineró una cabeza para luego ponerse a cubierto del fuego de respuesta que lanzaron en su dirección.

A pesar de todo el daño inicial causado por los Muertos Exiliados, aquellos individuos no eran mortales normales que pudieran ser intimidados por tan horrorosa carnicería. Habían sido diseñados por medios desconocidos para hacer caso omiso al miedo y a la compasión, y para defenderse con una brutalidad instintiva. Tagore recibió un disparo en un costado y gritó de dolor mientras un chorro de brillante sangre brotaba de la herida.

El devorador de mundos lanzó un grito.

—¡En nombre de Angron!

El sargento le propinó un puñetazo en la cara a quien le había disparado, y luego

giró sobre sí mismo para desatar una lluvia de proyectiles contra sus desperdigados enemigos. Dos de los hombres fueron derribados por los impactos. Un grupo de guerreros armados con pistolas y largos cuchillos destripadores rodearon a Asubha apuñalando y cortando con una furia enloquecida. Atharva vio un profundo corte en la carne del bíceps de Asubha, pero el devorador de mundos se movió hacia un lado antes de que el golpe le cortara los tendones del hombro.

Se dio la vuelta y seccionó en dos a su atacante, lanzándose hacia adelante como una serpiente dispuesta a morder mientras apuñalaba y tajaba con su cuchilla de carnicero. Tagore apareció a su lado y disparó a dos hombres por la espalda antes de que pudieran volverse para enfrentarse con él. El sargento de los Devoradores de Mundos sonrió, deleitándose con aquella danza asesina que lo asolaba todo a su alrededor, y no vio el golpe que lo hizo caer de rodillas.

Ghota se alzó por encima de Tagore, con un pesado martillo girando alrededor de su cabeza como si no pesara nada. Otro contundente martillazo golpeó a Tagore en un costado y lo lanzó por los aires mientras todavía trataba de levantarse. Subha se arrojó contra Ghota, pero éste le propinó un codazo que también lo mandó por los aires.

—¡Kiron! —gritó Atharva, desplazándose hacia uno de los estrechos callejones que conducía a este pequeño campo de batalla—. ¡Mata a ése!

Una brillante lanza de plasma salió disparada desde las ruinas, pero o Ghota había oído el grito de Atharva o algún sentido sobrenatural lo había advertido del peligro inminente, y se echó hacia un lado para esquivar el disparo que lo hubiera matado. El guerrero de la legión de Fulgrim saltó desde las ruinas y corrió hacia Ghota, indignado porque aquel insolente le había estropeado su registro inmaculado de disparos en la cabeza.

Asubha atacó con su espada chisporroteante, pero Ghota se volvió hacia un lado y lanzó un terrorífico gancho de izquierda a la mandíbula de su atacante. Asubha se tambaleó con la cara desencajada por una máscara de sorpresa más que de dolor. Un nuevo puñetazo se estrelló contra la cara de Asubha, seguido de otro, y el guerrero se tambaleó mientras Ghota blandía su martillo en un arco que acabaría en un golpe de gracia.

Atharva dejó caer su escudo cinético el tiempo suficiente como para elevar su mente hasta las Enumeraciones inferiores, donde podría utilizar las habilidades básicas de los pyrae. Usando su fuerza mental, Atharva arrojó un rayo abrasador de fuego chasqueante contra Ghota. Alcanzó al descomunal guerrero antes de que éste pudiera impactar con su golpe mortífero a Asubha, y la capa que llevaba sobre los hombros estalló en llamas.

Ghota gritó de dolor y arrancó el resplandeciente manto de su armadura mientras una fluida silueta aparecía a un lado de los atacantes. La fantasmagórica forma de

Severian se deslizaba entre las sombras como un lobo al acecho. El mataba sin previo aviso, dejando cuerpos sin vida a su paso y moviéndose antes incluso de que sus víctimas fueran conscientes del peligro que corrían.

Kiron arrojó a un lado su carabina de plasma descargada y tomó del suelo la espada que se le había caído a Subha. El filo ya no crepitaba cargado de energía, pero eso a Kiron no le importó. Su pelo blanco sucio se agitaba en el aire mientras atacaba como un espadachín que se había visto obligado a luchar con una espada desequilibrada.

—¡Puede que te parezcas a nosotros, pero sólo eres una copia patética! —gritó Kiron.

Ghota sonrió.

—¿Es eso lo que piensas?

Un duelo entre una espada y un martillo de mango largo era una lucha desigual, pero aquellos dos individuos no eran combatientes normales. Mientras Severian mataba sigilosamente y los devoradores de mundos se reagrupaban en mitad de un furioso tiroteo a quemarropa, Kiron se desplazaba entre los rápidos golpes del martillo de Ghota. Su habilidad era prodigiosa, su juego de piernas perfecto y lanzaba sus ataques sin dar ninguna pista sobre su objetivo. Atharva lo vio prepararse para lanzar un golpe decapitados.

Era una batalla de contrastes: una habilidad controlada con precisión y una disciplina perfecta contra la violencia primitiva y el ansia de matar. Al final sólo podría haber un ganador. Kiron se agachó bajo un barrido asesino del martillo y clavó la espada en el estrecho hueco entre la coraza de Ghota y la hombrera. La cuchilla se hundió profundamente en la carne de su oponente, pero éste apenas dejó escapar un gruñido mientras la hoja se abría camino en su cuerpo. Ghota cargó con un hombro contra Kiron y luego lo agarró del cuello para golpear con la frente en los exquisitos rasgos faciales de su oponente.

La nariz y las mejillas de Kiron se partieron, y su hermoso rostro quedó transformado en una horrible máscara de huesos rotos y sangre derramada. Atharva se detuvo en su huida, aturdido al ver que Kiron había resultado herido. Aunque los disparos y los gritos aún llenaban la plaza, el ritmo de la batalla parecía haber disminuido para que los combatientes de ambos bandos pudieran ver la caída de un guerrero tan perfecto.

El martillo de Ghota trazó una curva letal y golpeó a Kiron en uno de los hombros, destruyendo los músculos y la carne para luego bajar hasta el pecho en una maraña de costillas rotas. Atharva oyó el crujido de los huesos y sintió un espasmo de dolor cuando la agonía de Kiron estalló en el éter.

Kiron escupió un torrente de sangre, pero miró desafiante a su asesino.

El martillo de Ghota giró de nuevo para aplastar el cráneo de Kiron.

Un puño enorme atrapó el mango de la gigantesca arma cuando bajaba. Era una mano pálida y cadavérica cubierta de sangre y con el poder de toda la fuerza innata en los guerreros de la mortífera legión de Mortarion.

Gythua descargó un derechazo en plena mandíbula de Ghota. El golpe lo impactó con la fuerza de un martillo pilón e hizo tambalearse al guerrero de Babu Dhakal.

—Ése al que has matado es mi amigo —dijo el guerrero con un tremendo rugido.

Atharva sabía que el guardia de la muerte no debería estar vivo. Ya debería estar muerto, convertido en un cadáver desangrado enfriándose en el banco de Antioch. Ni siquiera debería haber sobrevivido al accidente, pero allí estaba, implacable hasta el fin. Ghota sacudió la cabeza y escupió sangre para luego estudiar a su oponente. Sonrió levemente con una boca en la que faltaban dientes.

—Estás muerto —le dijo Ghota.

—Es muy posible —le replicó Gythua—. Pero si te acercas de nuevo a mi amigo, tu sangre caerá junto a la mía sobre este mismo suelo.

—Te mataré antes de que puedas levantar un puño —le prometió Ghota.

—Entonces hazlo, idiota —le gritó Gythua—. Ya me estás aburriendo.

Gythua hablaba como un valiente, pero Atharva sabía que no podría enfrentarse a Ghota. La determinación y el honor era lo que mantenía a Gythua en pie, pero eso no sería suficiente contra un oponente tan temible.

El sonido de los disparos fue disminuyendo, y Atharva vio que mientras Kiron y Ghota luchaban, Severian y los devoradores de mundos habían acabado la batalla. El suelo estaba cubierto de cuerpos, algunos abiertos en canal, otros decapitados y otros totalmente descuartizados. Las probabilidades de ganar la batalla se habían vuelto a su favor. Atharva lo comprendió al observar los ensangrentados ojos rojos de Ghota.

El guerrero alzó su martillo y escupió en el suelo antes de alejarse de la masacre. Nadie alzó un arma contra él, aunque Tagore tenía la de una de sus víctimas cruzada sobre su pecho ensangrentado. Subha y su gemelo miraron a Ghota con una mezcla de cauto respeto y furia, mientras Severian cogió un rifle que encontró tirado en el suelo y buscó nuevas amenazas posibles.

Con Ghota fuera de la vista, Gythua cayó de rodillas al lado de Kiron, y la cabeza le cayó sobre el pecho mientras la vida lo abandonaba. Atharva corrió a su lado, y dejó a Kai en el suelo a tiempo de coger al guerrero de la Guardia de la Muerte cuando su indomable fuerza finalmente se agotó. Sostuvo al guerrero moribundo y le limpió la sangre de su pálido y fantasmal rostro.

A su lado, Kiron tosía con la boca llena de espuma sangrienta y luchaba por hablar a pesar del dolor que envolvía su cuerpo destrozado. Los devoradores de mundos se reunieron a su alrededor. Los ensangrentados ángeles de la muerte llegaron para presenciar los momentos finales de su hermano caído. Hasta Antioch había salido de entre los restos de su casa para ver algo que la mayoría de los

mortales no verían en todo el tiempo que duraran sus increíblemente breves vidas: la muerte de un marine espacial.

—No pensaste… que tendrías… una muerte gloriosa… toda para… ti, ¿verdad? —susurró Kiron casi sin aliento.

—No puedo decir… que estuviera intentando… morir en absoluto —contestó Gythua—. Maldito estúpido… ¿por qué te lanzaste contra un cabrón tan grande?

Kiron asintió.

—Me hizo fallar, y yo… nunca… fallo…

—No voy a decírselo a nadie —contestó Gythua, y el último hálito de vida que le quedaba se apagó.

Kiron asintió de nuevo y puso una mano en el hombro de Gythua dejando escapar una ruidosa tos que silenció su respiración. Atharva vio cómo su aura se volvía gris y bajó la cabeza.

—Han muerto —dijo.

—Murieron bien —observó Tagore, con una mano presionando el costado donde le habían disparado.

Asubha se arrodilló al lado de los dos guerreros muertos y les cerró los ojos.

—Sus sendas carmesíes han llegado a su fin —dijo Subha.

Tagore miró a Atharva y apuntó con su arma a Kai.

—¿Todavía crees que todo esto merece la pena por el astrópata?

—Más que nunca —afirmó Atharva asintiendo con la cabeza mientras Severian aparecía entre las sombras con un arma colgada del hombro.

—Es bastante buena —comentó Tagore alzando su arma como si la viera por primera vez.

Severian hizo girar el arma en la mano.

—¿Sabes qué armas son éstas, para quién fueron fabricadas?

—Sí —contestó Atharva—. Lo sé.

—Había oído decir que estaban muertos —comentó Tagore—. Creí que todos habían muerto en la última batalla de la Unificación.

—Eso es lo que la historia nos dice, pero aparentemente Terra tiene sus propios secretos —le contestó Atharva, mirando la delgada espiral de humo que salía de la siseante mancha del suelo donde Ghota había escupido.

—La historia puede esperar —dijo Severian—. Nuestros cazadores no, y esto los conducirá hasta nosotros como polillas a una llama.

—¿Y qué pasa con Gythua y Kiron? —preguntó Subha—. No podemos dejarlos aquí de esta forma.

Atharva se volvió hacia Antioch.

—¿Tienes alguna sugerencia, cirujano?

—Yo no puedo quedármelos —dijo él negando con la cabeza—. Ya tengo

suficientes problemas.

—No, pero como cirujano de un lugar como éste, debes conocer los lugares a los que se pueden llevar los cuerpos muertos.

Antioch levantó la mirada, y cualquiera que fuera la respuesta cáustica que se estaba formando en sus labios permaneció en su interior cuando vio la seriedad mortífera de los ojos de Atharva.

—Lo mejor que podéis hacer es llevarlos al Templo de la Aflicción. Allí hay un incinerador si no queréis esperar a que los cuerpos sean recogidos al amanecer.

—¿El Templo de la Aflicción? —preguntó Atharva—. ¿Qué es eso?

Antioch se encogió de hombros.

—Es un lugar al que la gente que no quiere que sus muertos se pudran lleva sus cuerpos. Dicen que lo dirige un sacerdote, quién iba a creerlo. He oído que se trata de un hombre que perdió el juicio y cree que la muerte es algo que puedes apaciguar con oraciones.

—¿Y cómo podemos encontrar ese lugar?

—Está a unos cuantos kilómetros al este. Lo han construido a los pies de la escarpadura que se ve desde aquí, por encima de esos tejados. No tiene pérdida, hay docenas de estatuas talladas en sus muros. Dejad a vuestros amigos a los pies del Ángel Ausente y ellos se ocuparán de todo adecuadamente.

Los sentidos físicos de Atharva despertaron con las palabras de Antioch, y los recuerdos de sus recurrentes visiones regresaron con toda la claridad de un hermoso sueño.

«Un mausoleo encantado, un lobo acechando y la imponente estatua de un ángel sin rostro…».



DIECINUEVE

EMPERADOR ENEMIGO
CAE LA NOCHE
EJECUCIÓN

Kai sintió el calor en la cara y una fresca brisa que le acariciaba la piel con fragancias de los brillantes océanos, de las altas hierbas y de las exóticas especias diseñadas para encender los sentidos. Quiso abrir los ojos, pero alguna clase de persistente ansiedad lo obligaba a mantenerlos cerrados por miedo a que aquel precioso momento de paz pudiera serle arrebatado.

Sabía que estaba soñando, y darse cuenta de ello no le importó excesivamente. La vida que había dejado en el mundo de la vigilia era una vida de dolor y miedo, emociones con las que no se tenía que enfrentar en su estado actual. Kai desplegó sus sentidos para poder disfrutar del suave suspiro del agua en una playa, del susurro del viento en las copas de los árboles y de esa sensación de vacío que sólo se puede sentir en los desiertos más grandes.

—¿Vas a moverte, Kai? —le preguntó una voz que venía justo de delante de él. Reconoció de inmediato a la persona que le estaba hablando: la figura dorada que había estado persiguiendo por los claustros de mármol de Arzashkun. Confuso, abrió los ojos, sorprendido, por alguna razón, de haber podido hacerlo.

El individuo estaba sentado en un taburete de madera delante de un pulido tablero de regicida en las orillas de un lago más allá de los muros de Arzashkun. La partida ya estaba comenzada, y las piezas de plata esperaban colocadas delante de Kai, las de ónice se habían dispuesto delante de una figura alta vestida con una larga túnica de color negro intenso. Su oponente tenía la cara cubierta, pero en el interior de la más profunda oscuridad brillaban dos ojos dorados. Unas palabras bordadas con fino hilo negro estaban pegadas en cada costura y pliegue de la profundamente negra toga, pero Kai no fue capaz de leerlas, y dejó de intentarlo cuando la figura le habló de

nuevo.

—Has recorrido un largo camino desde la última vez que hablamos.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Kai.

—Para jugar a un juego.

—El juego ya ha comenzado —señaló Kai.

—Lo sé. Pocos de nosotros tenemos el privilegio de estar presentes en el comienzo de los acontecimientos que dan forma a nuestras vidas. Uno debe mirar al tablero donde está representado y hacer de ella lo que pueda. Por ejemplo, ¿qué ves de mi posición?

—No soy muy experto en el regicida —admitió Kai, mientras su oponente se echaba atrás la capucha para dejar ver una cara que brillaba en la bruma de la luz del sol que se movía a través de las ondulantes hojas de este oasis. Era una cara amable, paternal, aunque tenía la esencia de algo indefinible, o tal vez indefinido, detrás de esa máscara.

—Pero ¿conoces el juego?

Kai asintió con la cabeza.

—El señor del coro nos hacía jugar —dijo él—. Trata sobre algo así como hacernos apreciar el valor de invertir el tiempo necesario para tomar una decisión.

—Nemo Zhi-Meng es un hombre sabio.

—¿Lo conoces?

—Por supuesto, pero mira al juego —insistió su oponente—. Dime qué es lo que ves.

Kai examinó el tablero, y observó que una serie de piezas estaban encapuchadas, lo que hacía imposible averiguar su lealtad. Por lo que pudo comprender de las complejidades del juego, parecía que sólo podía haber un resultado.

—Creo que vas perdiendo —dijo Kai.

—Eso es lo que parece —señaló la figura, quitando la capucha de una de las piezas. Sin embargo, las apariencias pueden ser engañosas: la pieza descubierta era un guerrero, uno de los nueve que quedaban de ónice, que estaba representado como un antiguo soldado con su reluciente armadura de combate.

—Uno de los tuyos —dijo Kai.

—Entonces, haz tu movimiento.

Kai vio que la pieza descubierta había sido colocada hacia adelante como parte de una apertura agresiva, pero sus compañeros la habían dejado sin apoyo. Kai movió su divinitarca desde un recuadro cercano y tomó la pieza, colocándola en un lado del tablero.

—¿Eso significaba que ibas a sacrificar a tu guerrero? —quiso saber Kai.

—Un buen sacrificio es un movimiento que no es necesariamente prudente, pero que deja a tu oponente aturdido y confuso —dijo la figura.

—Me habían dicho que siempre es mejor sacrificar las piezas de tu oponente.

—En la mayoría de los casos estaría de acuerdo, pero un sacrificio real implica un cambio radical en la naturaleza de un juego, que no sería efectivo sin la previsión y la voluntad de asumir grandes riesgos.

Y tras decir esto, la figura movió su fortaleza a través del tablero y derribó el divinitarca de Kai. La pieza en la mano de su oponente brillaba bajo la luz del sol, parecía que se tornaba de negra a plateada y de nuevo en negra.

—El sacrificio de un guerrero es llevado a cabo la mayoría de las veces con el propósito de atraer a tu oponente —dijo la figura con una sonrisa triste—. Contra los jugadores más duros puede llegar a ser muy útil, y una de las ventajas de usar una táctica tan arriesgada es que la mayoría de los rivales no saben cómo defenderse contra esto.

—¿Y qué pasa si estás jugando con alguien que sí sabe cómo defenderse? —preguntó Kai—. ¿Qué pasa si estás jugando con alguien tan inteligente como tú?

El oponente de Kai asintió con la cabeza y se cruzó de brazos.

—Si permites que la timidez guíe tu juego nunca alcanzarás la victoria, Kai. Todo lo que te encontrarás serán nuevos fantasmas a los que temer. Con demasiada frecuencia permites que el temor de lo que tu oponente ni siquiera ha considerado te aleje de la grandeza. Ésa es la verdad del regicida.

Kai miró al tablero, disfrutando de este momento de calma dentro de la dolo rosa pesadilla en que se había convertido su vida. Se trataba de una ficción temporal que no se hacía menos real en este punto, y Kai no tenía intención de correr a abrazar la locura de su vida de vigilia.

—¿Tengo que volver? —preguntó él, moviendo su templario hacia adelante.

—¿A la Ciudad de los Suplicantes?

—Sí.

—Eso depende de ti, Kai —dijo la figura, volviendo a colocar en su lugar a su emperador—. No puedo decirte qué senda debes elegir, aunque sé la que desearía que escogieras.

—Creo que la advertencia que tengo es para ti —dijo Kai.

—Así es —señaló la figura—. Pero aún no puedes decírmelo.

—Quiero decírtelo —insistió Kai—. Si eres quien supongo que eres, ¿no puedes simplemente, no sé, sacarlo de mi mente?

—Si pudiera hacerlo, ¿no crees que ya lo hubiera hecho?

—Supongo que sí.

—He visto muchas grandes cosas, Kai, pero algunos secretos permanecen escondidos incluso para mí —dijo la figura, señalando hacia un puñado de piezas encapuchadas que Kai habría asegurado que no estaban ahí hacía un momento—. He visto este momento muchas veces y repetido nuestras palabras una y mil veces, pero

el universo tiene secretos que se niega a revelar hasta que llega la hora señalada.

—¿Incluso para ti?

—Incluso para mí —dijo la figura con un guiño irónico.

Kai respiró profundamente y se frotó los ojos. La piel de alrededor estaba irritada y reseca.

—El señor del coro siempre decía que el regicida siempre trataba sobre la verdad —comentó Kai mientras se turnaban para mover sus piezas a través del tablero.

—Tenía razón —asintió la figura, moviendo a su emperador otro recuadro más adelante—. Ninguna fantasía, por enriquecedora que sea; ninguna técnica, por magistral que sea; ninguna comprensión de la psicología de tu oponente, por profunda que sea, puede hacer del regicida una obra de arte si no conduce a la verdad.

A pesar de que Kai había reconocido su falta de habilidad en el regicida, el juego no parecía estar desequilibrado a favor de ninguno de los jugadores, aunque a él le quedaban más piezas. Después de los movimientos de apertura y las incidencias de la mitad del juego, estaba claro que el final estaba ya cerca. Ambos jugadores habían perdido una gran cantidad de piezas, pero los señores del tablero estaban llegando a sus propias casas.

—Ya llegamos —dijo Kai moviendo a su emperatriz hasta una posición más fuerte para poder atrapar el emperador de su oponente.

Al principio del juego, el emperador de Kai había recorrido el tablero con una arrogante confianza, mientras que el de su oponente se mantenía firmemente a la defensiva, pero ahora el maestro de ónice se acercaba ya a la línea de batalla.

Las piezas competían por conseguir una buena posición, y Kai tenía la sensación de que había sido atraído a ese ataque, pero no veía la forma en que su oponente podría ganar sin realizar el sacrificio final. Al final, hizo un movimiento seguro, convencido de que tenía al emperador de ónice encajonado entre sus piezas cardinales.

Sólo cuando la figura que tenía delante movió audazmente a su emperador se dio cuenta de su error.

—Regicidio —dijo su oponente, y Kai vio con creciente admiración y conmoción cómo había sido hábilmente manipulado para dejar al descubierto su cuello ante la cuchilla del verdugo.

—No puedo creérmelo. Ganaste con tu propio emperador. Pensaba que eso casi nunca ocurría.

Su oponente se encogió de hombros.

—Al principio y durante el transcurso del juego, el emperador es a menudo una pieza molesta que debe ser defendida a toda costa, pero al final del juego se convierte en un jugador importante y agresivo.

—Ha sido una partida sangrienta —señaló Kai—. Perdiste a la mayoría de tus

piezas más poderosas para derrotar a mi emperador.

—Ésta es a menudo la forma en la que juegan dos jugadores con habilidades parecidas —dijo la figura.

—¿Jugamos otra vez? —preguntó Kai, recogiendo las piezas que había perdido durante el juego.

La figura se acercó y lo agarró por la muñeca. El apretón fue firme, inflexible, y Kai sintió una fuerza que, de haber querido, podía haber roto sus huesos en un instante.

—No, éste es un juego al que sólo se puede jugar una vez.

—Entonces ¿por qué está el tablero preparado para jugar de nuevo? —preguntó Kai, al comprobar que todas las piezas habían vuelto a sus posiciones iniciales sin que él las hubiera tocado.

—Porque hay otro oponente al que debo enfrentarme, uno que conoce cada táctica, cada argucia y cada final de juego. Y sé que es así porque yo mismo le enseñé.

—¿Puedes vencerlo? —preguntó Kai con una creciente sensación de malestar mientras la figura avanzaba hacia las afueras del oasis.

—No lo sé —admitió la figura—. Aún no puedo ver el final de nuestro encuentro.

La figura vestida con la toga miró hacia el tablero, y Kai vio que las piezas se habían movido de nuevo, en un movimiento complicado que desafiaba cualquier interpretación. Miró hacia arriba y vio claramente a su oponente por primera vez, con la carga de toda una civilización entera sobre sus hombros.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Kai.

—Puedes regresar, Kai. Puedes volver al mundo de la vigilia y traerme el aviso que Sarashina te dio.

—Tengo miedo de volver —confesó Kai—. Creo que podría morir si lo hago.

—Me temo que así será —señaló la figura.

Kai sintió un frío golpe en el centro del estómago, y el miedo que lo había consumido desde lo ocurrido en la *Argo* regresó con una repugnante sacudida. El cielo se oscureció, y Kai oyó el murmullo de unas voces discutiendo a lo lejos.

—¿Me estás pidiendo que me sacrifique por ti?

—Ningún sacrificio es demasiado grande para derrotar al enemigo del Emperador —dijo la figura.

Una fría niebla se acumulaba alrededor de los muchos bancos que contenían material de laboratorio, y el zumbido de los generadores se podía oír más allá de las aisladas paredes de la habitación de techo bajo. Los bancos de equipamientos, que no se verían fuera de lugar en las salas de un genetista marciano, zumbaban con el giro de las centrifugadoras y el tintineo de los viales de materias primas. Las incubadoras

contenían zigotos gestantes, y los contenedores de líquido rico en nutrientes fomentaban el crecimiento de enzimas y proteínas complejas.

Que un laboratorio tan bien equipado existiera en Terra no era sorprendente, pero encontrarlo en el corazón de la Ciudad de los Suplicantes era poco más que un milagro. Era como encontrar una nave espacial en pleno funcionamiento en las ruinas de la prehistoria de la Tierra.

Babu Dhakal manejaba un cilindro de incubación plateado en el que una mezcla de elementos burbujeaba llena de vida. La superficie de la armadura del señor del clan se había empañado a causa de la condensación, y la carne muerta de su cara estaba cubierta de escarcha. El ya no sentía el frío, como tampoco sentía el calor ni el placer. Una a una, las alegrías que convertían una existencia como ésa en un regalo estaban muriendo.

De la misma manera que él también se estaba muriendo.

El antiguo maestro de Dhakal lo había entrenado para ser más rápido, más fuerte y más poderoso que cualquiera de los feroces bárbaros guerreros criados genéticamente que proclamaban su fidelidad sobre la roca natal de la humanidad. Era un soldado pensado para que sacara a su mundo de la anarquía en la que había caído. Aquéllos habían sido días dorados, cuando la bandera del águila y el rayo caminaba delante de los imparables ejércitos de los Guerreros del Trueno.

Al final las batallas duraron semanas, con muertos contados por millones y duelos de titánicos señores de la guerra que rompían montañas y dividían continentes. Aquellas victorias eran ahora consideradas como una espeluznante exageración, y los historiadores modernos se negaban a creer que tales enfrentamientos armados pudieran haberse llevado a cabo. No comprendía por qué sus despreciables pellejos no eran azotados por esa torpe ceguera, pero en lo más hondo de su corazón sabía que esa deprimente nueva era no podría mantener tales leyendas sin burlarse del sturm und drang de aquellos embriagadores y sangrientos días.

Dhakal recordaba cómo derribó la Torre Azurita con sus propias manos, y se preguntaba qué dirían los miserables rememoradores que documentaban aquel imperio de baratijas brillantes de las historias que él podría contarles.

La máquina que tenía delante emitió un repiqueteo y Babu Dhakal dejó a un lado los sueños de sus días de gloria para ponerse manos a la obra. El tubo de acero plateado dejaba salir gases refrigerantes y un tubo acanalado gorgoteaba mientras drenaba fluidos con nutrientes. La parte superior del cilindro siseó al abrirse, dejando ver un cojín de gasa sobre el que había un brillante órgano en carne viva. Una red de capilares artificiales alimentaba de sangre el órgano hiperoxigenado, pero varias manchas negras necróticas veteaban el órgano como a un pulmón enfermo.

—Otro no —susurró Babu Dhakal, cerrando con fuerza las manos—. Estoy tratando de corregir lo que no se puede corregir.

Cerró el cilindro de incubación con suavidad, respirando profundamente para calmar la furia que crecía en su pecho. Se suponía que ya estaba acostumbrado a esos fallos, pero él no era un hombre a quien le resultara fácil de aceptar tales fracasos. ¿Hubiera podido luchar cinco batallas contra legiones de machacadores si hubiera sido de esa clase de hombre? ¿Podría haber derribado el Martillo de Halo del Zar de Hierro si hubiera sido un hombre que aceptara los fallos?

Agarró el borde del banco con sus grandes manos y dobló el metal con su furiosa decepción. Dhakal hubiera querido barrer todos los materiales de los bancos y descargar su imponente furia sobre el laboratorio que lo había desafiado durante tanto tiempo, y sólo con el mayor de los esfuerzos consiguió contenerse. Como cualquier otra persona en su situación, el control sobre sus impulsos era cada vez más débil y él estaba a punto de convertirse en alguien no mucho mejor que el bárbaro que la gente pensaba que era. Sí, había matado hombres desde el amargo día de la Unificación; sí, había sometido toda una ciudad bajo su dominio, pero ¿acaso no había hecho todo esto con un propósito más importante en la mente?

Una luz roja intermitente acompañó al ruido de descompresión del obturador situado detrás de él. Sólo otra persona estaba autorizada para entrar en este lugar de maravillas olvidadas y milagros, y Babu Dhakal se volvió mientras Ghota entraba con una expresión de abatimiento en el rostro. Incluso sus ojos, tan enrojecidos por la sangre, eran un reflejo del fracaso.

—Regresas derrotado —dijo Babu Dhakal, una palabra con sabor a ceniza y ajena a su lengua.

—Sí, mi subedar —admitió Ghota, cayendo de rodillas y alzando la cabeza para dejar a la vista las gruesas venas del cuello—. Mi vida es vuestra para que le pongáis fin. Mi sangre es vuestra para que la derraméis.

Babu Dhakal bajó de la plataforma sobre la que había estado trabajando y sacó una larga daga con una hoja dentada de una vaina que llevaba en el muslo. Apoyó el filo asesino sobre la palpitante arteria del cuello de Ghota, y jugó con la idea de apretarlo contra la carne sólo para sentir la cálida humedad de la sangre del hombre.

—Tiempo atrás te habría cortado la cabeza sin pensarlo.

—Y yo lo hubiera aceptado con agrado.

Babu Dhakal envainó el cuchillo.

—Estamos en una nueva era, Ghota, y quedamos pocos de nosotros vivos para continuar las viejas tradiciones —dijo—. Por ahora, necesito que tu corazón permanezca dentro de tu pecho.

Ghota se puso en pie y golpeó su puño contra el pecho, un saludo que ya no se usaba pero que aún guardaba un gran significado para los guerreros nacidos en un tiempo olvidado.

—Subedar —dijo Ghota—. Ordenadme lo que queráis.

—¿Y los hombres que llevaste contigo?

—Todos están muertos.

—No importa —contestó Babu Dhakal—. Ellos no eran más que experimentos fallidos. Cuéntame cosas de esos marines espaciales. ¿Cómo son?

Ghota hizo un gesto de burla y enderezó los hombros, aunque no tenía derecho a hacerlo.

—Ellos no son iguales que nosotros, pero son guerreros en condiciones de portar el águila.

—Y así es como deben ser —declaró Babu Dhakal—. Los han colocado sobre nuestros hombros para alcanzar la grandeza. Sin nosotros, no existirían.

—No son ni la pálida sombra de lo que éramos nosotros —afirmó Ghota.

—No, ellos son el siguiente eslabón en la cadena de los super-guerreros, nosotros somos las pálidas sombras de lo que ellos son. Sí, somos más fuertes y duros que ellos, pero nunca se pretendió que nuestro legado genético perdurara. La Vieja Noche puede estar acabada, pero para nosotros una nueva noche está llegando. No fuimos construidos para vivir más allá de la Unificación, ¿lo sabías?

—No, mi subedar.

—Nuestros genes siempre fueron defectuosos, pero no puedo saber si fue algo deliberado o simplemente ignorancia. Me gustaría que fuera lo segundo, pero sospecho que debió de ser lo primero. El señor de este mundo es descuidado con sus creaciones, y me pregunto si sus primarcas sabrán que cuando hayan cumplido con la tarea para la que fueron creados serán desechados a favor de los mortales en cuyo nombre luchan. Como los ángeles de la antigüedad, me temo que todavía no tienen ni idea de tal rechazo.

Ghota no dijo nada. La referencia al texto antiguo lo había desorientado.

—¿Con cuántos guerreros te enfrentaste? —preguntó Babu Dhakal.

—Siete, pero dos de ellos están ya muertos, mi subedar —respondió Ghota—. Sólo quedan cinco.

—¿Mataste a esos dos tú sólo?

—A uno de ellos, el otro estaba ya moribundo.

—Entonces debemos encontrarlos, Ghota —dijo Babu Dhakal, alzando un dispositivo de metal de un banco y colocándolo en la parte superior de su guantelete. Una serie de ruidosas agujas, cuchillas y herramientas quirúrgicas salieron de los soportes con un silbido de aire crioenfriado provocando una sonrisa en Babu Dhakal.

—Estamos muriendo un poco cada día, pero con su material genético todavía puedo encontrar una forma de invertir la lenta decadencia de nuestros cuerpos. ¿Sabes lo que esto significa?

—Lo sé, mi subedar —dijo Ghota.

Babu Dhakal asintió con la cabeza.

—¿Dónde están esos cinco guerreros ahora?

—En el este. Tengo hombres vigilándolos. Nos avisarán.

—Bien —dijo Babu Dhakal—. Haremos esto nosotros mismos, mi jamadar. Tú y yo. Vamos a arrancar las sangrantes glándulas progenoides de su carne viva y tendremos lo que el Emperador nos ha negado.

—Vida —declaró Ghota, saboreando la sensación de aquella palabra.

Los reflejos de la luz de la luna en la plaza la inundan de color, pero ninguna luz del cielo de la noche puede apagar el rojo vivo de la sangre salpicada sobre la desordenada mezcla de adoquines, losas de piedra y tierra desnuda. Nagasena examina las líneas de los tejados buscando alguna amenaza que todavía persista, aunque no espera encontrar nada por allí. Al menos, no de sus presas. Los cuervos de hierro forjado adornan los aleros y las crestas de los edificios, y ve montones de restos que se apilan en los bordes de la plaza.

«Restos de un día de mercado», piensa.

Tirados junto a los restos hay un montón de cuerpos muertos; al menos veinticinco, o tal vez más. Cada uno de ellos ha sido asesinado sin piedad, acribillado o destripado con pistolas, espadas o con las propias manos.

—Así es como matan los marines espaciales —dice, y Saturnalia hace un gesto con la cabeza indicando que está de acuerdo.

Hiriko y Athena miran boquiabiertas y horrorizadas los daños causados por aquellos hombres, sorprendidas por la forma en que un cuerpo humano puede ser tan monstruosamente separado en pedazos. Ninguna de las dos está acostumbrada a la violencia física, y ver las capacidades viscerales puras de las Legiones Astartes las ha impactado en lo más profundo de sus corazones.

—Es muy duro ver todo esto, ¿verdad? —pregunta Nagasena con amabilidad.

La adepta Hiriko levanta la mirada, con la cara pálida y los labios resecos. Asiente con la cabeza.

—Sé qué son los marines espaciales, pero comprobar con mis propios ojos lo meticulosamente que pueden desmembrar el cuerpo de otro hombre es…

—Terrible —continúa Athena Diyos—. Pero es para lo que fueron creados.

—Para eso y para mucho más —remacha Nagasena.

Hiriko lo mira con perplejidad, pero no dice nada.

Athena Diyos los ha conducido hasta esta plaza siguiendo el débil e intangible hilo de la agonía de Kai Zulane, y aunque a ella le resulta duro ayudar a sus cazadores, su lealtad hacia el Imperio es lo primero y más importante. Athena confía en el voto de honestidad de Nagasena, aunque a él le está resultando difícil justificarse a sí mismo esta caza.

Ya sabe que la explicación del señor del coro del motivo por el que Kai Zulane

debe ser capturado es mentira, pero esto no le supone ningún consuelo. Especialmente teniendo en cuenta lo que Nagasena oyó que Atharva decía a sus compañeros de huida a través del canal óptico. Saturnalia y Golovko rechazan las palabras de los traidores, pero Nagasena sabe que sólo porque un hombre sea tachado de traidor eso no lo convierte en un mentiroso.

Si Kai Zulane conoce la verdad, ¿tiene Nagasena algún derecho de ocultarla?

Reconstruyó su vida sobre la base de que la verdad sería la roca sobre la que todas las cosas se sustentarían, y prometió sobre las cenizas de sus viejas costumbres no esconder nunca la verdad ni permitir que otros la oculten. Nagasena se pregunta cómo acabará todo esto al final de la cacería…

—Los cuerpos todavía están calientes —dice Saturnalia—. Estamos cerca.

—¿Quiénes crees que son? —pregunta Athena, haciendo muecas de disgusto mientras Kartono pasa por delante de ella asegurándose de que no la toca.

El servidor de Nagasena saca un brazo desmembrado del húmedo montón de carne desgarrada y limpia la sangre de un bíceps que todavía se contrae con la actividad eléctrica residual. El tatuaje de unos rayos cruzados se ha añadido a una representación artística de la cabeza de un toro. Nagasena sabe que los animales bovinos fueron una vez sagrados para la gente que vivía en esta región, pero sus conocimientos sobre el significado de los símbolos acaban ahí.

—Ésta es una marca del clan de Babu Dhakal —asegura Kartono.

—¿Se supone que significa algo para nosotros? —pregunta bruscamente Hiriko.

Su hostilidad no tiene nada que ver con algo que haya hecho Kartono, simplemente es su propia naturaleza. Durante mucho tiempo ha estado acostumbrada al odio irracional de los telépatas, y deja que su ira la inunde.

—Es un criminal —le explica Kartono—. El jefe de una banda que gobierna la mayor parte de la Ciudad de los Suplicantes. Putas, comida, drogas, armas, lo que sea; ninguno de ellos puede moverse sin que Babu lo diga.

—¿Cómo acabaron estos hombres siendo víctimas de nuestras presas? —se pregunta Nagasena.

—¿A quién le importa? —inquiere Maxim Golovko—. Son unos traidores al Imperio, y si quieren matar a algunos de los hombres de ese señor del crimen, mejor que mejor.

—Mira a estos hombres, Maxim —lo insta Nagasena—. No son hombres normales.

—Son hombres muertos —replica Golovko, como si fuera el fin del asunto.

Saturnalia agarra a Golovko por el brazo y se pega a él. Ser comandante de los Centinelas Negros es una posición de gran respeto, pero incluso él debe inclinarse ante el poder de la Legio Custodes. El custodio hace que Golovko parezca pequeño, y su armadura de oro añade peso a su autoridad.

—Escucha lo que Yasu Nagasena tiene que decir —le sugiere Saturnalia.

Golovko asiente con la cabeza y se encoge de hombros.

—¿Qué hay de especial en ellos? —pregunta.

—Mira su tamaño —insiste Saturnalia.

—Son grandes, ¿y qué?

—Sé que es difícil estar seguro, pero calculo que la mayoría de estos hombres eran tan altos como los hombres a los que perseguimos —dice Nagasena, imaginando esos cuerpos desmembrados convertidos de nuevo en una forma humana—. Y ese tatuaje de un rayo cruzado fue una vez el símbolo de los Guerreros del Trueno, quienes lucharon al lado del Emperador en las primeras guerras de Unificación.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Athena Diyos—. ¿Qué éstos formaron parte de aquellos guerreros?

Nagasena hace un gesto de negación con la cabeza.

—No, ellos hace mucho tiempo que murieron, pero creo que alguien ha reproducido exactamente al menos parte del proceso necesario para transformar a un hombre mortal en esa clase de guerrero.

—Imposible —declara Saturnalia—. Tal tecnología es únicamente dominio del Emperador.

—Evidentemente no —replica Nagasena—. Y la pregunta que nos tenemos que hacer ahora es cómo estos hombres acabaron atacando a nuestra presa. No creo que sea una simple casualidad; creo que los estaban buscando. Y eso significa que quienquiera que sea que haya creado a estos hombres es claramente consciente de la naturaleza de los hombres a los que buscamos. —Bajó la mirada hacia los cuerpos—. Aunque no de su capacidad de combate —añadió.

—En otras palabras, no estamos solos en nuestra búsqueda —dice Saturnalia, alcanzando la conclusión lógica del pensamiento de Nagasena.

Golovko menea la cabeza con impaciencia.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo —dice antes de conducir a los centinelas negros al interior de la plaza.

Los guardias se mueven como los soldados profesionales que son, y Nagasena los sigue, sabiendo inmediatamente adonde deben ir mientras sus ojos se posan sobre los restos humeantes de la estructura de un cobertizo que ha sido despedazado por armas de fuego de calibre pesado.

—Eso son daños producidos por disparos de bólter —comenta Saturnalia al mismo tiempo que alza su lanza y cuadra los hombros.

Nagasena asiente con la cabeza a la vez que se descuelga del hombro el rifle largo. Quita el seguro del arma mientras avanza hacia la estructura en ruinas. Ve una gran cantidad de señales de batalla esparcidos por el suelo, espadas rotas, tela desgarrada, casquillos de latón lo bastante grandes como para haber sido expulsados

de la recámara de un bólter, lo que indica que son mucho más antiguos que los modelos de hoy en día.

Las salpicaduras de sangre y las pisadas muestran signos de una feroz batalla, pero los saqueadores han dejado este lugar limpio y han borrado las pistas o claves para seguir la ruta de su presa. Se mueve al borde de las ruinas, detectando un fragante olor que reconoce como qash quemado. Durante un breve momento, Nagasena recuerda estar perdido en una neblina de qash, tumbado en una de las casas del dragón de seda de Nihon con una pistola en una mano y el impulso de girarla hacia sí mismo.

Sacude la cabeza y aparta ese pensamiento de la mente antes de levantar el rifle cuando ve a un hombre delgado sentado en un taburete alto, la única pieza del mobiliario que ha escapado a la frenética descarga de proyectiles que le ha destrozado la casa. Está fumando una pipa de cánula delgada en medio de un mar de cristales rotos y madera astillada.

El humo fluye desde la cazoleta de la pipa, tentador y aromático, rebosante de placeres prohibidos.

—Tú eres el cirujano —dice Nagasena.

—Soy Antioch —responde el hombre, con maneras distraídas y voz pastosa—. Estoy fumando. ¿Te gustaría acompañarme?

—No —declina Nagasena.

—Vamos —sonríe Antioch—. Veo la forma en que miras la pipa. Eres un amante de la resina.

—Quizá de vez en cuando —admite Nagasena.

—Siempre —se ríe disimuladamente Antioch mientras Saturnalia y Golovko se abren camino entre los escombros.

—Estuvieron aquí, ¿verdad? —le pregunta Nagasena.

—¿Quién?

Golovko le da un revés al hombre que lo hace caer del taburete sobre los destrozados restos de un armario. El cristal le agujerea la piel, pero a Antioch parece no importarle. Escupe sangre y no protesta cuando Golovko lo pone en pie tirando de su sucio pijama.

—Los marines espaciales traidores —gruñe Golovko—. Estuvieron aquí, sabemos que estuvieron aquí.

—Entonces ¿por qué me lo pregunta? —replica Antioch.

Golovko golpea al hombre de nuevo.

—Ya es suficiente —le dice Nagasena—. Está fumando resina de migou, no le importará ni sentirá si lo golpeas.

Golovko no parece muy convencido, pero deja al hombre tranquilo por el momento. Saturnalia levanta una mesa volcada, pegajosa de sangre. Se inclina para

olfatear la superficie de la mesa y asiente con la cabeza.

—Sangre de marine espacial —confirma.

—Acudieron a ti buscando ayuda —dice Nagasena.

—¿Qué hiciste por ellos?

Antioch se encoge de hombros y se inclina para recoger la pipa que se le había caído. Golpea suavemente la cazoleta, que brilla con un color naranja cálido y acogedor. Toma una calada y exhala una serie de perfectos anillos de humo.

—Sí, estuvieron aquí, pero ¿qué sé yo de su anatomía? No pude hacer nada por el hombre grande. Se estaba muriendo incluso antes de que yo lo tocara.

—¿Uno de ellos está muerto? —inquiere Saturnalia—. ¿Quién?

Antioch asiente en medio de su ensoñación.

—Creo que lo llamaban Gythua.

—El guerrero de la Guardia de la Muerte. Bien —dice Golovko con un gesto de asentimiento.

—¿Y Kai Zulane? —le pregunta Saturnalia—. También iba un astrópata con ellos.

—¿Eso es lo que era? —contesta Antioch—. El muchacho no tenía ojos, eso está claro. No pensé que fuera un astrópata. Creía que todos vivían en la Ciudad de la Visión.

—Éste no —dice Nagasena—. Estaba gravemente herido. ¿Está vivo aún?

Antioch sonríe y se encoge de hombros, como si el asunto ya no fuera de su incumbencia.

—Y yo que sé. Le limpié los ojos y se los vendé con gasas estériles. Fue todo lo que pude hacer por él.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que se está muriendo —dice bruscamente Antioch—. Demasiados traumas, demasiado dolor. Lo había visto antes en el ejército. Algunos hombres simplemente se daban por vencidos cuando ya no podían soportar más dolor.

—Pero ¿está aún vivo? —insiste Nagasena.

—La última vez que lo vi, lo estaba.

—¿Qué sucedió aquí? —quiere saber Saturnalia—. ¿Por qué estos hombres de fuera vinieron hasta aquí?

—¿Los hombres de Babu? No lo sé, pero querían que salieran y se rindieran.

Nagasena asiente con la cabeza. Su sospecha de que los hombres de Babu Dhakal sabían que los marines espaciales estaban aquí y que sabían lo que eran se ha confirmado ya. En un lugar como éste resultaría difícil mantener cualquier secreto, pero ¿cómo puede un hombre como ése buscar activamente involucrarse en un combate con marines espaciales? Probablemente un hombre como él sabe lo mortíferos que pueden resultar estos guerreros. ¿Por qué arriesgarse a un

enfrentamiento? A menos que tuvieran algo que necesitaran lo suficiente como para arriesgar la vida de tantos hombres.

—Pero no se rindieron —dice Antioch, estremeciéndose con el recuerdo, incluso a través de la felicidad que produce una niebla de narcóticos—. Nunca había visto algo así en toda mi vida, y espero no volver a verlo jamás. Los vi destrozar a los hombres de Babu como si éstos fueran retrasados. Seis hombres contra treinta y los mataron como si nada. Sólo Ghota salió con vida.

—¿Ghota? ¿Es uno de los hombres de Babu Dhakal?

—Sí —le confirma Antioch—. Es un hijo de puta muy grande, casi tan grande como los hombres a los que estáis persiguiendo. Y si no te importa que te lo diga, no creo que queráis encontrarlos. Aun cuando sólo queden cinco vivos, creo que no tenéis suficientes hombres para acabar con ellos.

—¿Cinco? —pregunta Nagasena.

—Ghota mató al que tenía el pelo blanco —le explica Antioch.

Nagasena intercambia una mirada inquieta con Saturnalia. La pregunta que no se puede formular cuelga entre ellos como un secreto culpable. ¿Qué clase de mortal podría matar a un marine espacial?

—¿Dónde están ahora? —le pregunta Golovko—. ¿Adonde fueron después de que ayudaras a los traidores fugados?

—Ah, os he sido de ayuda, pero no creo que quiera deciros nada más —replica Antioch—. No me parece bien.

—Somos sirvientes del Imperio —declara Saturnalia, quien se alza sobre el frágil cirujano, que lo mira como un niño desafiando a su padre.

—Puede ser, pero al menos ellos fueron sinceros y honestos —le replica Antioch.

Nagasena se coloca entre Antioch y Golovko antes de que el hombre lo golpee. Llama a la adepta Hiriko.

—¿Puedes encontrar lo que necesitas en su mente?

Hiriko camina con cautela sobre los escombros hacia Antioch. El hombre la mira con expresión precavida, pero no dice nada cuando ella le coloca las manos en la cabeza, una a cada lado.

—¿Qué está haciendo? —inquiere Antioch.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —le asegura Nagasena.

El cirujano no está muy tranquilo y la mira con desconfiaza, con un tic nervioso en el ojo.

—¿De qué va esto? —insiste.

—Soy una neurolocutora —dice Hiriko, para explicarlo de alguna forma—. Ahora quédate quieto o esto te dolerá.

Antioch se pone tenso a la espera del dolor mientras Hiriko cierra los ojos.

¿Cómo puede ser la mente de un hombre bajo el estupor del qash? ¿Será posible

sacar algo útil de él, o su mente será como una fortaleza con las puertas abiertas?

Hiriko no se mueve durante casi un minuto, luego deja salir una largo suspiro mientras sus manos resbalan por la cabeza de Antioch. Tiene la mirada vidriosa y Nagasena se pregunta si los efectos del qash se habrán traspasado a su mente.

—¡Ah! —exclama ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Has sacado algo? —pregunta Nagasena.

Hiriko asiente con la cabeza, purgando todavía los efectos secundarios de profundizar en la mente de Antioch. Ahora el hombre está aterrado, y Nagasena observa que Hiriko lo ha librado de la confusión mental causada por el qash. Forzado a afrontar la realidad sin la reconfortante cortina de la resina detrás de la que esconderse, el mundo es un lugar aterrador.

—Se dirigen a un lugar llamado el Templo de la Aflicción —informa Hiriko.

—¿Sabes dónde está ese lugar? —le pregunta Golovko.

Hiriko mira a Antioch a los ojos.

—Sí, se encuentra al este de aquí, y ahora ya conozco el camino.

—Entonces ya no necesitamos más a este traidor —dice Golovko con un gruñido.

Y antes de que Nagasena pueda impedirlo, el centinela negro empuña la pistola y dispara a la cabeza de Antioch.



VEINTE

COLORES Y MATICES
EL FINAL DE TODO LO BUENO
EQUIPO DE ELIMINACIÓN

Cuando Kai despertó, sintió una sorprendente falta de dolor y una casi abrumadora sensación de alivio. Alzó la cabeza, y notó unos duros bordes de metal hundiéndose en su estómago. El mundo que contemplaba a su alrededor brillaba con contornos de luz y sombra, emanaciones físicas y espacio muerto. Todo eso dibujaba un retrato claro de los edificios y las calles, una representación del mundo tan clara y viva como la que pudiera percibir cualquier persona con ojos.

—Para —dijo con voz ronca y seca—. Para, por favor. Bájame.

El gigante sobre el que iba se detuvo y unas manos rugosas lo dejaron cuidadosamente en el suelo. Un gigante vestido con placas de metal pulido estaba de pie delante de él, un guerrero de enormes proporciones al que hacían parecer incluso más grande las placas de chapa de acero crudo atadas a su enorme cuerpo y las afinadas líneas de las pistolas metidas en su cinturón. Una tenue neblina dorada lo envolvía, como espirales de humo atrapadas en los timones de cola de una nave.

La imagen despertó el recuerdo del espacio de su sueño, pero su sustancia se esfumó justo antes de alcanzarla, aunque estaba seguro de que algo de vital importancia había ocurrido allí. Tenía un vago recuerdo de un tablero de regicida y de un oponente encapuchado, pero aún no había podido comprender su significado.

—¿Atharva? —preguntó Kai, mientras encajaba la fría realidad de esta palabra.

—Sí —dijo el gigante—. Me tenías preocupado. No creí que sobrevivieras.

—No estoy seguro de haberlo hecho —gimió Kai mientras se ponía en pie con las piernas temblorosas, sorprendido de poder sostenerse sobre ellas después de un viaje tan pesado—. Me siento como si uno de vosotros me hubiera dado un puñetazo en la cara.

—No estás muy equivocado —admitió Atharva, mirando a la forma fuertemente armada de Asubha. Los Muertos Exiliados habían cambiado desde la última vez que Kai los había visto. Llevaban puestas unas armaduras que tenían una placa pectoral de hierro fundido, hombreras curvas y yelmos arcaicos, y parecían los guerreros bárbaros de la época anterior a la Unificación, los sanguinarios miembros de las tribus que gobernaron la Vieja Tierra antes de la llegada del Emperador. Subha incluso llevaba un escudo de madera.

Kai siempre había sabido que sus compañeros de huida eran guerreros, pero verlos vestidos para la guerra era un duro recordatorio de que solamente eran sus protectores porque eso era algo que estaba en consonancia con sus propósitos. En caso de que eso cambiara, él ya no les sería útil.

—¿Dónde conseguisteis las armas y las armaduras? —preguntó él, mirando la extraña colección de pistolas y espadas que llevaban, suficientes para equipar a un grupo tres veces más numeroso.

—De unos idiotas que se nos cruzaron en el camino. Pero ya están todos muertos.

Unas siluetas luminosas rodeaban a cada guerrero y le recortaban el perfil, que contrastaba contra el negro del hierro, el gris del acero y el ladrillo rojo del trasfondo. Reconocía a cada uno de ellos por sus colores y tonos: Tagore, Subha y Asubha de rojo intenso, púrpura y un plata asesino; Atharva, de color oro, marfil y carmesí, y Severian envuelto en una gris neblina. Kai vio a Argentus Kiron y a Gythua apoyados contra unas rocas caídas, los últimos rastros de sus auras se disipaban en el aire frío como el calor de un cadáver.

—Perdimos a Gythua y a Kiron —dijo Subha con gran dolor—. Los acompañaba un cabrón muy grande que sabía cómo luchar.

—Y nosotros lo vencimos como a un perro apaleado —añadió Tagore.

—Pero volverá —dijo Asubha—. Alguien como él no se rendirá.

—Entonces, en la próxima ocasión lo mataremos de una vez por todas —gruñó Tagore enseñando los dientes.

Kai vio que el aura que le rodeaba el cráneo brillaba con el resplandor del hierro frío, como la correa del dueño de un perro de presa que tirara con fuerza. Los músculos de Tagore se tensaron y se hincharon previendo violencia, pero el devorador de mundos exhaló con fuerza y se volvió antes de perder el control.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kai, agudizando sus sentidos.

—Todavía estamos en la Ciudad de los Suplicantes —le informó Atharva—. Pero estamos casi en su borde oriental.

Kai asintió lentamente con la cabeza. Por el sonido de trasfondo formado de pensamientos y de vida ya sabía que aún estaban en la Ciudad de los Suplicantes. El dolor de cabeza que sentía era intenso pero soportable, y se sintió curiosamente liberado al haber prescindido de los caros implantes oculares. Hacía mucho tiempo

que no usaba sus habilidades psíquicas para navegar y entender el mundo de su alrededor.

Las montañas que se elevaban por encima de Kai parecían tan enormes como si no fueran a acabar nunca. Aunque los picos eran de roca inanimada, acumulaban la riqueza de emociones y la experiencia de aquellos que habían trepado por sus abruptas laderas en las dolorosas épocas desde que surgieron del fondo de un antiguo lecho marino. Una permanente neblina rodeaba las montañas, dividida por el ardiente torrente de energía psíquica que manaba desde la montaña hueca hasta los confines de la galaxia. Ahora que el temor de ser enviado al interior de sus peores pesadillas había desaparecido, Kai encontraba su presencia curiosamente tranquilizadora, como la voz apagada de un viejo amigo de confianza.

En lo más profundo de la ciudad el aire estaba compuesto por una sofocante mezcla de sudor, grasas hirviendo, carne podrida, especias y perfumes, pero en esa zona el aire era puro, y los vientos que bajaban de las cordilleras eran refrescantes en vez de escalofriantes.

Tagore alzó el cuerpo de Gythua y se lo colocó sobre un hombro, mientras que Subha cogió el cuerpo de Kiron con algo más de respeto por su hermano muerto. Severian se volvió y se encaminó hacia una abertura en la roca que conducía a una enorme escarpadura que ascendía casi verticalmente hasta coronar la cima.

—Vamos —dijo Atharva—. Ya falta poco.

—¿Qué es eso? —preguntó Kai.

—El Templo de la Aflicción —le comunicó Atharva.

El Templo de la Aflicción resultó ser algo mucho menos siniestro de lo que su propio nombre sugería. Construido sobre lo que parecían mil pedazos desiguales de mármol jaspeado, era una construcción extraordinaria que se elevaba por encima de sus vecinos más cercanos. Situada hacia el final de un estrecho cañón, su fachada estaba adornada con una gran cantidad de hermosas estatuas que representaban a ángeles llorando, madres con sus hijos recién nacidos en brazos y esqueléticos mensajeros de la muerte.

Los segadores acechaban ocultos en nichos, mientras los dolientes lloraban sobre el granito pulido alrededor de los ataúdes de los héroes caídos, y los porteadores de féretros llevaban a los muertos a su lugar de descanso final. Cualquiera de los gremios constructores rivales hubiera despreciado su caótica belleza con una simple mirada, pero poseía una grandeza y un aire acogedor que las grandes construcciones de palacio sólo podían soñar.

El camino que conducía hacia el templo estaba adornado con ofrendas, muñecos infantiles, pictografías de hombres y mujeres sonrientes, coronas de flores de seda y trozos de papel que contenían elogios poéticos y despedidas sinceras. Había cientos

de personas arrodilladas en actitud de súplica, reunidas en grupos que lloraban alrededor de barriles con hogueras encendidas en su interior y colocados a lo largo del amplio camino que llevaba hacia unas pesadas puertas de hierro que daban paso al interior. Los faroles de petróleo que colgaban de las paredes exteriores del templo proyectaban sombras parpadeantes que hacían que pareciera que las estatuas se movían.

—¿Qué lugar es éste? —inquirió Subha.

—Un lugar de recuerdo y despedida —le explicó Kai.

Sintió una tremenda oleada de emoción cuando su ceguera se encontró con la colección de auras en conflicto que giraban alrededor, dentro y a través del edificio. Una enorme tristeza lo invadió mientras el peso del dolor que llenaba la calle amenazaba con aplastarlo.

—Tantas pérdidas… La tristeza y el dolor… Es demasiado… no creo que pueda soportarlo.

—Sé fuerte, Kai —lo animó Atharva—. La pena y la culpa son emociones muy intensas. Lo sabes demasiado bien. Has mantenido a las tuyas a raya durante mucho tiempo para que esto represente ahora un problema para ti.

—No, hay algo más —susurró Kai—. Hay algo allí dentro que es más poderoso que cualquier culpa que yo haya conocido jamás.

Atharva se le acercó de forma que sólo Kai pudiera oír lo que iba a decirle.

—No digas nada de esto —le advirtió—. Nuestras vidas dependen de ello.

Sin más explicación, Atharva siguió a Severian hacia el cañón, y Kai sintió sobre ellos las miradas hostiles de los dolientes. La ira que sentían sólo se podía igualar a su miedo, y aunque pareciera que cada uno de ellos quería lanzarles algún objeto o gritarles un insulto, ninguna se atrevió a moverse ni a abrir la boca. Se sentía identificado con su ira, pero sin duda eso era del todo imposible.

—Quienesquiera que fueran esos hombres a los que matasteis, creo que eran muy conocidos por aquí —comentó.

—Posiblemente estés en lo cierto —dijo Atharva mientras las puertas del Templo de la Aflicción se abrían con un chirrido de los rodamientos oxidados.

Del edificio salió un hombre alto con el pelo de color gris y una tez que indicaba una existencia vivida en el exterior. Su aura estaba tan ahogada por la culpa que Kai entró en un sorprendente estado de asombro al ver a alguien que cargaba con un lastre más pesado aún que el suyo.

Kai comenzó a darse cuenta de los cientos de personas que se apiñaban a su alrededor. Antes habían tenido miedo de ellos, pero esas personas sacaban fuerza de aquel hombre y su ira iba creciendo por momentos. Los Muertos Exiliados eran poderosos, pero ¿podrían matar a tanta gente sin ser aplastados antes por ellos? ¿Podrían detener a la multitud antes de que los mataran?

—Marchaos —les dijo el hombre—. ¿Acaso no aprendisteis nada la última vez que estuvisteis aquí?

—Estamos aquí por los muertos —dijo Asubha—. Nos dijeron que éste era el lugar donde traer a los guerreros muertos.

—No sois bienvenidos a este templo —dijo el hombre—. Si estáis buscando a los hombres que dejasteis aquí, le podéis decir a Babu que fueron echados al fuego, como todos los demás.

El siguiente en hablar fue Tagore:

—Quítate de en medio o morirás.

Kai sintió las palpitantes ondas de agresividad que rodeaban al sargento de los Devoradores de Mundos. Su ira era como la de un perro salvaje mantenido a raya por el más fino de los hilos, y el dispositivo de su cerebro iba haciendo ese hilo más delgado con cada latido de ira de su corazón mecánico.

Atharva dio un paso hacia adelante y colocó una mano sobre el hombro de Tagore. La luz dorada de Atharva se infiltraba a través del rojo asesino que rodeaba al devorador de mundos, y su postura tensa y agresiva se apaciguó un poco.

—No estamos aquí para matar a nadie —dijo Atharva, subiendo el tono de su voz para que todos los que estaban reunidos en el cañón pudieran oírlo. La cadencia y el tono de su voz transmitían un efecto calmante que atenuaba la ira que se desprendía de la gente allí reunida—. Y nosotros no somos los hombres de Dhakal. Les quitamos estas armas y estas armaduras a Ghota y a su gente cuando nos atacaron sin que los hubiéramos provocado.

—¿Ghota está muerto?

—No —dijo Atharva—. Salió huyendo como el cobarde que es.

Kai sintió la sutil manipulación psíquica que Atharva estaba usando, asombrado por el poder del guerrero de los Mil Hijos. Como la mayoría de la gente, Kai había oído los rumores relacionados con la legión de Magnus, pero verlo ejercer esas habilidades con tanta facilidad era sorprendente.

El hombre de pelo gris echó un vistazo más de cerca al guerrero de los Muertos Exiliados, y sus ojos se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de quienes eran ellos en realidad.

—Los Ángeles de la Muerte —dijo el hombre—. Habéis llegado al fin.

Las lúgubres salas de los criptaestesianos eran desagradables en el mejor de los casos, y los sentidos del señor del coro vibraban como un diapasón mal golpeado. No le gustaba bajar hasta allí, pero Evander Gregoras había hecho caso omiso de todas y cada una de sus citaciones y quedaba mucho trabajo por hacer, de modo que tendría que olvidarse del estudio de su querido patrón.

Un trío de guardias de los Centinelas Negros lo acompañaba desde la intrusión

psíquica de Magnus, aunque no podía decidir si Golovko se los había asignado para protegerlo o para matarlo en caso de otro ataque. Probablemente para ambas cosas, decidió.

Dejó atrás los negros muros de piedra desnuda, sintiendo que lo estaban presionando contra ellos con cada paso que se adentraba en la guarida de los criptaestesianos. Le dolía la cabeza como consecuencia de una comunión particularmente difícil, un mensaje confuso que parecía proceder de un astrópata de la XIX Legión pero que no tenía códigos sinestésicos que verificaran su autenticidad. El mensaje hablaba de la muerte del primarca Corax. Nemo quería creer desesperadamente que era falso, una pieza de desinformación deliberada diseñada para desmoralizar a las tropas leales del Emperador. Aunque el mensaje traía el anillo de la verdad, él había decidido no pasarlo a través del Conducto por miedo al daño que podía causar.

Ésa no era la única comunicación portadora de malas noticias. Habían llegado rumores desde la Franja Oriental sobre una cobarde emboscada que había sufrido la XIII Legión alrededor de Calth, y que dos veintenas de astrópatas se habían vuelto locos intentando contactar con las sanguinarias legiones de los Ángeles Sangrientos. ¿Qué monstruoso destino había caído sobre los vástagos de Baal, y por qué ninguna comunicación podía penetrar en el Racimo Signus sin que los sueños de locura y asesinato afligieran a los que lo intentaban?

Los astrópatas de la Ciudad de la Visión no podían hacer frente a las demandas de información que les exigían desde el palacio. Habían llegado al punto de ruptura, y el señor del coro necesitaba que los criptaestesianos de Evander Gregoras ocuparan su lugar en los coros si querían poner a salvo a toda la red. La revisión de los restos psíquicos o la caza de las verdades ocultas en el ruido de fondo del universo tendrían que esperar.

Finalmente llegaron a la puerta correcta, y el señor del coro golpeó con sus delgados nudillos en la madera, con cuidado de no dañar su anillo del Cuarto Dominio. Esperó, pero nadie le contestó. Frunció el ceño. Sentía la presencia de la mente de Gregoras más allá de la puerta, y oía el sonido del papel al ser rasgado.

—¡Evander! —gritó, aunque odiaba elevar el tono de voz—. Abre la puerta, tengo que hablar contigo.

Los sonidos procedentes del interior de los aposentos del criptaestesiano cesaron durante un momento y un instante más tarde comenzaron de nuevo, más vigorosamente que antes.

—Necesito a tus criptaestesianos, Evander —dijo Nemo—. Los necesito para facilitar el flujo de comunicaciones atrasadas. No tenemos suficientes telépatas, y sin la ayuda de las Naves Negras no tenemos reemplazos. ¡Evander!

Era evidente que Gregoras no tenía intención de contestar, y el señor del coro le

hizo un gesto con la cabeza al sargento de los Centinelas Negros.

—Ábrela —le ordenó, irritado por el hecho de que el señor de la Ciudad de la Visión no pudiera abrir cualquier puerta de su ciudad sin el permiso de los Centinelas Negros.

Ninguna puerta estaba prohibida para la guardia de la ciudad, y el sargento agitó una vara de datos frente al panel de bloqueo. La puerta se abrió y Nemo entró en las habitaciones de Gregoras. Le causó una gran impresión ver todo el desorden que había allí dentro.

La naturaleza del trabajo de los criptaestesianos los convertía en seres tristes e introspectivos, pero dados a excéntricas peculiaridades de comportamiento.

Gregoras era un cabrón malhumorado, pero era el mejor que había para filtrar el residuo psíquico, y por eso Nemo le había tolerado su obsesión con el patrón. Había visto el trabajo que Gregoras había llevado a cabo, pero donde los criptaestesianos veían orden y sentido, Nemo sólo veía caos y casualidad. La búsqueda del patrón había inundado la habitación. Cada centímetro cuadrado de pared había estado cubierto de guiones ininteligibles, cada estante doblado por el peso de los libros, con cogitadores de datos, con recopiladores de estadísticas, con mapas, planos y dispositivos que había creado con el único propósito de traducir el latido del corazón del universo.

Todo eso había desaparecido.

Evander estaba sentado en una silla de respaldo alto en el centro de la habitación con un libro sobre el regazo. Tenía una mano sobre la cubierta, como si tratara de evitar que las páginas salieran volando al abrirse. La otra mano le colgaba a un costado, y en ella sostenía una pluma que goteaba tinta en el suelo. El señor del coro dio un paso vacilante hacia el interior de la habitación, sintiendo la presión de una abrumadora presencia psíquica que no tenía nada que ver con Gregoras ni con sus propios poderes.

—Evander —susurró Nemo—. Tus ojos…

Las mejillas del criptaestesiano estaban surcadas por unas lágrimas imposibles, y las tracerías de luz que recorrían el interior de su cuerpo relucían en sus ojos con el brillo propio de los tejidos orgánicos.

Evander Gregoras ya no estaba ciego.

El criptaestesiano no le respondió. Tenía los ojos cerrados con fuerza y la cara desencajada por el esfuerzo de mantener a raya algún tipo de miedo. Todo su cuerpo estaba en tensión, y los tendones se le marcaban contra la suave piel del cuello. La mano le temblaba sobre la cubierta del libro, una oneirocrítica con tapas de cuero negro.

—Evander, ¿qué ha sucedido aquí? —le preguntó.

—Lo vi todo —dijo Gregoras dejando caer la pluma y colocando ambas manos

sobre la portada del libro—. ¡Necesitaba que yo lo viera y me devolvió los ojos! ¡Por el Trono, me devolvió los ojos para que pudiera verlo!

—¿Para que vieras qué? —quiso saber el señor del coro—. No tiene ningún sentido lo que estás diciendo.

—Es desesperante, Nemo —dijo Gregoras, moviendo la cabeza como si estuviera intentando liberar algún recuerdo horrible—. No puedes pararlo, ninguno de nosotros puede. Ni tú, ni yo, ¡nadie!

—¿De qué estás hablando? —insistió Nemo.

El señor del coro dio otro paso adelante y se puso en cuclillas frente a Gregoras. Una pizca de iluminación espectral, como la luz de las estrellas reflejada sobre la superficie de un río, bailaba bajo sus párpados fuertemente cerrados.

—Todo es en vano, Nemo —insistió Gregoras, con el pecho agitado por los sollozos—. Todo lo que hicimos no ha servido para nada. Todo se estanca. Nada vive realmente, sólo es una muerte lenta que se prolonga durante miles de años. Todo por lo que nos esforzamos, todo lo que nos prometieron… todo era una mentira.

Los nudillos de sus dedos estaban blancos por el esfuerzo de intentar mantener la cubierta de la oneirocrítica cerrada. Apartó una mano el tiempo suficiente como para meterla en el interior de la túnica y sacar una pistola de cañón corto de pequeño calibre.

El señor del coro se puso en pie y se alejó de Gregoras al mismo tiempo que los centinelas negros alzaban sus rifles y lo apuntaban.

—¡Baja el arma! —bramó el sargento—. Baja el arma o te dispararemos hasta que estés muerto.

Gregoras se rió, y el dolor y el alma enferma perdida en aquel sonido le rompió el corazón al señor del coro. ¿Qué podía ser tan terrible como para hacer que de un hombre salieran sonidos tan quejumbrosos?

—Evander —le dijo Nemo—. Sea lo que sea lo que haya sucedido aquí, lo podemos resolver. Podemos manejar cualquier cosa. ¿Recuerdas nuestra época a bordo de las Naves Negras? ¿Recuerdas aquel chico del cuarenta-tres nueve? Mató a casi todos los que viajaban en esa nave, pero logramos contenerlo. Lo contuvimos a él y podemos parar esto, sea lo que sea.

—¿Pararlo? —dijo Gregoras—. ¿Es que no lo entiendes? Ya ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido?

—El final de todo lo bueno —dijo Gregoras antes de colocarse el cañón de la pistola en la boca.

—¡No! —gritó Nemo, pero nada pudo evitar que el criptaestesiano apretara el gatillo.

La cabeza se bamboleó y una leve voluta de humo le surgió de la boca cuando la mandíbula inferior cayó flácida, y se quedó abierta. Un chorro de sangre le cayó de la

nariz sobre la cubierta de la oneirocrítica. Al morir, los ojos de Gregoras se abrieron, y el señor del coro pudo ver por fin que eran del color del ámbar engastado en oro rosa.

El libro se deslizó sobre las rodillas del cadáver y cayó al suelo. El señor del coro respiró profundamente mientras sentía que la presencia maligna que había ocupado el espacio entre mundos empezaba a disiparse. Se quedó mirando fijamente al cuerpo del que una vez fuera su amigo, tratando de imaginar qué podría haber llevado a un hombre tan racional al suicidio.

Su visión ciega se vio atraída hacia el libro caído. Las gotas de sangre de la cubierta brillaban con las ultimas energías vitales del hombre muerto, y el señor del coro sintió una inmensa tristeza al ver que la destellante luz de la vida se desvanecía en la nada.

—¿Qué es lo que viste, Evander? —dijo, sabiendo que sólo había una forma de saberlo a ciencia cierta, y se preguntó si tendría la fuerza suficiente para mirar.

Nemo Zhi-Meng tomó del suelo la última oneirocrítica de Gregoras y comenzó a leer.

Kai seguía a los Muertos Exiliados mientras entraban en el Templo de la Aflicción, sintiendo el peso del dolor y la culpa que impregnaban el aire como un humo invisible. Como la fachada exterior, el interior del edificio también había sido embellecido con estatuas funerarias que representan el duelo en todas sus variadas formas: dolientes que se lamentaban, vigilias en el lecho de muerte, estridentes velatorios y dignas despedidas. Las antorchas que colgaban de candelabros de hierro llenaban el templo de un brillo cálido, y el borde circular de lo que una vez había sido el engranaje dentado de una de las enormes máquinas de guerra del Mechanicum había acabado sirviendo de soporte colgante para cientos de velas de sebo.

Los grupos de dolientes se reunían en sombrías aglomeraciones en bancos de madera, los afortunados a los que les había llegado el turno de llevar a sus muertos al interior. La gente levantó la vista y los miró cuando entraron, algunos con asombro, mientras que otros que estaban demasiado sumidos en su dolor sólo les dedicaron una mirada superficial. Un hombre y una mujer lloraban al lado de un cuerpo que yacía a los pies de la estatua pulida de un ángel sin rostro arrodillado.

Una tenue neblina negra se aferraba a los recovecos y curvas de las alas del ángel, y aunque carecía de rasgos en la cara, Kai sintió algo tras esa superficie inacabada, como un rostro vislumbrado a medias entre las sombras.

—¿Qué es eso? —preguntó, sabiendo que Atharva lo estaba mirando y entendería lo que le estaba diciendo.

—Sospecho que no es una cosa, sino muchas —respondió Atharva—. El Gran Océano es un reflejo de este mundo, y como decían los alquimistas de la antigüedad:

como es arriba, así es abajo. No puedes desahogar tanto dolor en un lugar sin atraer la atención de algo de más allá del velo.

—Sea lo que sea parece que es peligroso —comentó Kai—. Y… hambriento.

—Un término adecuado —asintió Atharva—. Y tienes razón al pensar que es peligroso.

Kai sintió que el miedo lo invadía.

—¡Por el Trono, debemos decirle a esta gente que salga de aquí!

Atharva se echó a reír y negó con la cabeza.

—No hace falta, Kai. Su poder no es tan grande como para que pueda escapar de la prisión de piedra en la que reside actualmente.

—¿Te gustan mis estatuas? —preguntó el guardián del Templo de la Aflicción, que tras cerrar las puertas se dirigía hacia ellos.

—Son espectaculares —comentó Kai—. ¿Dónde las conseguiste?

—No las conseguí en ninguna parte, las tallé yo con mis propias manos —respondió el hombre tendiéndole la mano—. Soy Palladis Novandio y os doy la bienvenida a este templo. A todos vosotros.

Kai le estrechó la mano tendida, tratando de disimular su malestar mientras sentía una fuerte punzada de dolor y culpa proveniente del hombre.

—Es un mausoleo —dijo Tagore.

—¿Porqué habéis reunido a tantos muertos en el mismo lugar?

—Son imágenes de aversión —le explicó Palladis.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Subha.

—Al reunir tantas imágenes de muerte y dolor en un mismo sitio, los libras de su pena —dijo Kai con una intuición repentina.

—Exactamente —declaró Palladis—. Y al honrar a la muerte, la mantenemos a raya.

—Traemos a unos guerreros que han recorrido la Senda Carmesí —dijo Tagore—. Sus restos mortales no son para que el basurero o el buitre carroñero los deshonren. Nos dijeron que aquí teníais un incinerador.

—Así es —dijo Palladis, señalando hacia un arco en la parte trasera de la estructura.

Kai notó la sensación de final que existía más allá de esa puerta, una barrera que casi no podía impedir que el olor a carne quemada impregnara el aire del templo.

—Necesitamos usarlo —dijo Atharva.

—Está a vuestra disposición —ofreció Palladis con un saludo respetuoso.

Kai vio cómo los Muertos Exiliados alzaban a sus hermanos muertos entre ellos como si fueran enormes portadores de féretros. Los devoradores de mundos llevaron a Gythua, y Atharva y Severian elevaron a Argentus Kiron por encima de sus hombros.

—El guerrero muerto debe ser honrado en la muerte por sus compañeros de sangre —dijo Tagore—. Pero estos héroes están muy lejos de sus hermanos de legión y nunca volverán a ver sus mundos natales.

—Éste es ahora su mundo —declaró Atharva.

—Y nosotros somos sus hermanos —añadió Subha.

—Nosotros los honraremos —dijo Asubha—. Como camaradas de batalla, no debemos lealtad a ninguna hermandad más que a la que nosotros mismos formamos.

Kai se sorprendió de escuchar tales palabras de unos guerreros como ellos. En el breve tiempo que habían pasado juntos, no lo había llegado a pensar, pero esas palabras hablaban de un lazo más profundo de lo que él hubiera imaginado, un lazo que sólo se puede forjar en el sangriento caldero de la batalla y la muerte.

—Vamos —dijo Palladis Novandio—. Os lo enseñaré.

Tagore colocó una mano en el pecho de Palladis e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no lo harás —dijo él, enseñando los dientes y con una hostilidad apenas contenida que envolvía sus palabras—. La muerte de un marine espacial es un asunto privado.

—Pido disculpas —dijo Palladis, reconociendo la amenaza—. No quise faltaros al respeto.

Los marines espaciales caminaron por el pasillo central del templo, y todos los sonidos de los dolientes se fueron apagando mientras aquellos que eran testigos del solemne desfile inclinaban sus cabezas en silencio y mudo respeto. El poder de Atharva se encendió como el destello de un rayo, y la puerta de la incineradora se abrió girando sobre las oxidadas bisagras.

Kai los vio pasar y dejó escapar el suspiro que había estado reteniendo.

Sólo le tomó un momento comprender el significado de ese instante, pero cuando se dio cuenta de que se encontraba sólo y libre, todo lo que sintió fue una extraña sensación de vacío. Ya no sabía si era un compañero de huida o un prisionero de los Muertos Exiliados, pero sospechaba que todo giraba en torno a lo que él tenía en el interior de su mente.

Kai se volvió hacia la puerta a través de la cual había entrado junto a los marines espaciales en el templo. Los destellos de luz de las antorchas atravesaban su estructura imperfectamente encajada, y ese suave resplandor era la promesa de todo aquello que le había sido negado: la libertad de la responsabilidad, la elección de vivir o morir y, finalmente, la oportunidad de no ser el esclavo de nadie.

La última idea era la más difícil de admitir, ya que Kai siempre había creído que era el dueño de su propio destino. Allí, sólo y perseguido en un templo dedicado a la muerte, se dio cuenta de lo ingenuo que había sido. El valor intrínseco del individuo fue la mayor de las mentiras que el Imperio había hecho tragarse a su propio pueblo.

Desde los soldados del ejército a los escribas de palacio pasando por los trabajadores de las fábricas, la vida de cada persona estaba al servicio del Emperador. No importaba si ellos se habían dado cuenta o no, la raza humana había estado sometida al único objetivo de la conquista de la galaxia.

Por primera vez en su vida, Kai vio el Imperio como lo que realmente era, una máquina que podía funcionar a una escala tan enorme sólo porque su combustible de vida humana era una fuente inagotable de energía. Él había formado parte de esa máquina, pero sólo era una pieza pequeña que se había desprendido de su engranaje y daba tumbos sin parar a través de sus delicados mecanismos. Kai conocía lo suficiente de esos mecanismos como para saber que no se podía permitir que una pieza cualquiera permaneciera en el interior del cuerpo de la máquina. O la pieza era devuelta al lugar indicado, o era expulsada y desechada.

—La muerte te rodea, amigo mío —le dijo Palladis—. Has hecho bien en venir aquí.

Kai hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—La muerte me ronda por dondequiera que vaya.

—Eso es cierto —asintió Palladis—. ¿Te refieres a quedarte con los Ángeles de la Muerte?

—¿Por qué tengo el presentimiento de que no lo estás usando como un apodo? —preguntó Kai.

—Las Legiones Astartes son la encarnación física de la muerte —dijo Palladis—. Los has visto matar, así que debes de saberlo.

Kai recordó el derramamiento de sangre en su huida de la prisión de los custodios, y reprimió un escalofrío al recordar la feroz matanza.

—Supongo que es apropiado —admitió—. Los Ángeles de la Muerte. Suena bien.

—No has contestado a mi pregunta —señaló Palladis.

Kai pensó por un momento, dividido entre su deseo de dar forma a su propio destino y la insistente voz que lo obligaba a permanecer con los Muertos Exiliados.

—No estoy seguro —aceptó Kai, sorprendiéndose a sí mismo—. Siento que debo abandonarlos, pero no estoy seguro de que deba hacerlo. Lo cual es estúpido, porque creo que ellos tienen la intención de llevarme a… a un lugar al que no creo que esté predestinado a ir.

—¿Adonde crees que estás predestinado a ir?

—No lo sé —respondió Kai con una triste sonrisa—. Ése es el problema, ¿entiendes?

—Entonces, ¿cómo sabes que no estás ya allí? —dijo Palladis, antes de darle un suave apretón en el brazo y encaminarse hacia el hombre y la mujer que lloraban sobre el cuerpo de un anciano a los pies de la estatua sin rostro.

Antes de que Kai pudiera pensar en las últimas palabras del hombre, la puerta del

templo se abrió y entró una muchacha con un aura que le resultaba familiar. Aunque sus sentidos psíquicos le dijeron todo lo que necesitaba, él ya sabía que la mujer tenía un largo cabello rubio bajo la capucha y un pañuelo azul alrededor de la frente. Sonrió, entendiendo finalmente que no había accidentes, ni coincidencias, ni una pieza del rompecabezas del universo que no fuera solamente un eslabón más de una cadena causal que se remontaba al comienzo de todas las cosas.

—Tal vez estoy donde estoy predestinado a estar —dijo él suavemente, mientras la chica lo miraba con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¿Kai? —exclamó—. Por el Trono, ¿qué haces aquí?

—Hola, Roxanne —dijo Kai.

Nagasena observa con irritación los vehículos que se aproximan y tiene la sensación de que los acontecimientos se desarrollan con más rapidez de la que ninguno de los que están allí reunidos es capaz de controlar. Son seis vehículos acorazados, de aspecto cuadrado y que apestan a aceite de motor y metal caliente. Se han visto obligados a esperar a estos tanques por orden de la Ciudad de la Visión. No recibieron ninguna explicación, y durante casi noventa minutos permitieron a su presa poner cada vez más distancia entre ellos.

—No deberíamos haber esperado —le dice Kartono, pero él no contesta.

La respuesta es evidente. No, ellos no deberían haber esperado, pero cada uno de sus sentidos clama contra esta cacería. Se dice a sí mismo que es una tontería poner la fe en los presagios, y que debería haber continuado sin Golovko y Saturnalia.

Sabe hacia dónde ha ido su presa, y que él podría estar ya allí si no fuera por sus compañeros de caza. A pesar de todo, no se ha puesto en camino por su cuenta. Ha esperado. La velocidad y la implacabilidad de la búsqueda son sus mejores armas, y él las ha sacrificado a ambas.

¿Por qué?

Porque esta cacería no sirve a la verdad, está destinada a enterrarla.

Saturnalia se encuentra en un cruce de caminos que lleva hacia el este, ansioso por continuar la cacería pero reacio a desobedecer una orden que viene refrendada por la autoridad de sus propios señores. Golovko se sienta con sus hombres, demostrando una paciencia que Nagasena no sospechaba que poseyera. Es un hombre para quien las órdenes son incuestionables, un hombre que mataría a cientos de inocentes si se lo ordenaran. Ésa clase de hombres son peligrosos, ya que pueden llevar a cabo cualquier acto horrible en la firme creencia de que sirve a un propósito más elevado.

El vehículo que marcha en cabeza se detiene entre una tormenta de escombros y de chirridos de metal. Está pintado de negro y rojo, con el dibujo de la puerta de una fortaleza sobre la que se cruzan una lanza con la cuchilla negra y un rifle láser.

Golovko y Saturnalia se reúnen con él mientras la escotilla lateral se abre y sale un subteniente con coraza y casco negro que tiene aspecto de querer estar en cualquier lugar menos en éste.

El teniente camina hacia Golovko y le entrega una placa sellada de mensaje único, de un solo uso.

Una vara de mando codificada surge del guantelete de Golovko y la placa parpadea al activarse. Un texto que brilla levemente aparece en la superficie pulida, y el rostro del hombre se rasga con una sonrisa de feroz anticipación.

Nagasena había visto esa mirada con anterioridad, y no le gusta nada.

—¿Qué dice el mensaje? —pregunta, aunque teme que ya conoce la respuesta.

Golovko entrega la placa del mensaje a Saturnalia, quien examina su contenido con un gesto que confirma lo que Nagasena ya sospechaba. Se da la vuelta cuando Saturnalia le ofrece la placa.

—Ya no somos cazadores —dice Nagasena—, ¿verdad?

—No —le confirma Saturnalia—. Somos un equipo de eliminación.



VEINTIUNO
CATARSIS
DEBO MATARTE
EL SEÑOR DEL TRUENO

Roxanne se arrojó a los brazos de Kai con la pasión de un amante perdido hacía mucho tiempo. Lo abrazó con tanta fuerza que Kai pensó que lo iba a romper. Él le devolvió el abrazo, saboreando la cercanía de otro cuerpo humano y la visión de alguien familiar. Roxanne y él habían trabajado juntos en la *Argo* durante muchos años, aunque el estricto código de conducta impuesto en las naves de los Ultramarines les había impedido estar verdaderamente unidos.

—Me vas a romper las costillas —dijo Kai, aunque no quería que ella lo soltara.

—Ya se curarán —dijo Roxanne, apretándolo aún más fuerte—. Nunca pensé que volvería a verte.

—Ni yo —dijo él, mientras ella finalmente lo soltaba y daba un paso hacia atrás, aunque siguió agarrándolo por los hombros.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Roxanne—. ¿Qué te ha pasado en los ojos? Después que nos separaran en la placa de Lemuryan nadie me dijo dónde estabas.

—Los guardias de la Casa Castana me recogieron y me llevaron hasta las instalaciones médicas de Kyprios, y luego me dejaron al cuidado de un idiota —dijo Kai con una mueca—. Pero cuando el Patriarca se dio cuenta de que podrían ser considerados culpables de la pérdida de la *Argo*, me mandaron de nuevo a la Ciudad de la Visión.

—Qué cabrones —exclamó Roxanne—. A mí me llevaron de vuelta a nuestras propiedades en Galicia, e intentaron esconderme como si nunca hubiera existido.

—¿Por qué?

—Era una vergüenza para ellos —dijo Roxanne con un gesto despectivo—. Un navegante que ni siquiera puede guiar una nave hasta casa en el mismo sistema

estelar donde se encuentra el Astronomicón no es tan buen navegante.

—Eso es una locura. No puedes guiar una nave cuando está en medio de una tormenta de disformidad.

—Ya se lo dije —contestó ella haciendo aspavientos con los brazos—. Pero no se ve con buenos ojos que una nave se pierda. El navegante es siempre al primero al que la gente quiere culpar.

—O al astrópata —susurró Kai.

Sintió cómo ella lo examinaba concienzudamente, y él hizo lo mismo. La última vez que Kai vio a Roxanne, ella estaba destrozada física y emocionalmente, tan acosada por los interminables gritos de su tripulación muerta como él lo había estado, pero su aura mostraba pocos signos de aquel trauma.

Roxanne lo guió por el pasillo y lo ayudó a encontrar un asiento en los bancos, donde le agarró el brazo como si estuviera ciego o enfermo.

—Puedo ver, ¿lo sabes? Probablemente mejor que tú.

—Típico —le contestó Roxanne—. Se necesita perder los ojos para ver las cosas con claridad.

Kai sonrió mientras Roxanne le agarraba las esqueléticamente delgadas manos. El sintió la calidez de su amistad, y en vez de retirarlas, dejó que las envolviera como un bálsamo curativo. Desde que fue evacuado del naufragio de la *Argo*, Kai había sido tratado como un leproso o un inválido, y ser visto como un igual estaba a punto de ser la cosa más hermosa que nadie había hecho por él.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Kai, esperando alejar la conversación del tema de la *Argo*—. Éste no parece ser tu tipo de lugar.

—Supongo que no, pero se convirtió justamente en mi tipo de lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Yo pertenezco a la Casa Castana —le explicó Roxanne—. Nunca me faltó de nada en la vida, y eso significa que no apreciaba nada de lo que me dieron alguna vez. Si rompía o perdía algo, era inmediatamente reemplazado. Estar con la gente de la XIII Legión me enseñó lo autosuficiente que podía llegar a ser. Cuando regresé a nuestros dominios no pude afrontar volver a ser la persona que había sido. Así que me marché.

—¿Y viniste aquí? —preguntó Kai—. Me parece una reacción un poco radical.

—Lo sé, pero, como ya te he dicho, pertenezco a la Casa Castana, y nosotros no hacemos las cosas a medias. Al principio sólo había pensado huir para enseñarle a mi familia que no podían seguir tratándome como a una niña. Luego, cuando se dieran cuenta de lo mucho que me necesitaban, vendrían a por mí y yo me habría ganado su respeto.

—Pero no vinieron, ¿verdad?

—No, no vinieron —dijo Roxanne, aunque sin mostrar tristeza por la idea de

haber sido abandonada por su familia—. Encontré un lugar donde quedarme, pero todavía tengo pesadillas con la *Argo* que me devoran por dentro. Sé que todo lo que ocurrió allí no fue culpa mía, pero no puedo dejar de pensar en ello. Un día oí hablar de un lugar en la Ciudad de los Suplicantes en el que cualquiera podía dejar a sus muertos para que descansaran y encontraran la paz. Así que vine aquí y ayudo voluntariamente en todo lo que puedo.

—¿Y eso te ayudó? Con las pesadillas, me refiero.

Roxanne hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lo hizo. Pensaba quedarme sólo unos cuantos días, los suficientes para aclarar mi mente, pero cuanto más ayudaba a la gente, más sabía que no podría marcharme. Estar rodeado por la muerte cada día te hace ver las cosas desde otra perspectiva. He oído cientos de historias que te podrían destrozar el corazón, pero eso me enseñó que por lo que yo había pasado no era peor que por lo que pasaban estas personas cada día.

—¿Y qué me dices de Palladis Novandio? ¿Qué es lo que le pasó?

Sintió un poco de reticencia en el aura de Roxanne, e inmediatamente se arrepintió de haber hecho la pregunta.

—Sufrió una gran pérdida. Perdió a gente que amaba, y se culpa a sí mismo por sus muertes.

Kai se volvió a mirar a Palladis Novandio mientras éste hablaba en voz baja con la gente de su templo. Ahora comprendía, en cierta medida, el dolor que envolvía al hombre. Reconoció esa culpa devoradora y ese deseo de castigo como si fuese su propio reflejo en un espejo.

—Entonces somos muy parecidos —susurró Kai.

—Tú te culpas a ti mismo por lo que sucedió en la *Argo*, ¿verdad? —observó Roxanne.

Kai trató de darle una respuesta fácil para esquivar su pregunta, pero no le salieron las palabras. Era capaz de leer las auras o usar sus habilidades psíquicas para comprender las emociones sin ningún esfuerzo, aunque no podía usar ese conocimiento consigo mismo por miedo a lo que podría aprender.

—Fue culpa mía —dijo suavemente—. Estaba en un trance nuncio cuando los escudos se derrumbaron. Yo estaba en medio del camino de los monstruos. Yo fui la grieta en las defensas. Es la única explicación.

—Eso es ridículo —dijo Roxanne—. ¿Cómo puedes pensar así?

—Porque es la verdad.

—No —dijo Roxanne firmemente—. No es verdad. Tú no viste lo que estaba pasando más allá de la nave. Yo vi lo que nos golpeó, y cualquier nave habría sido aplastada por lo que se nos venía encima. Una borrasca de ciclones de disformidad salió de la nada y chocó contra un vórtice de corrientes de tremenda energía

procedente de las tormentas del borde de la galaxia. Nadie pudo verlo venir, ni el gremio de la Nobilites Vigilante, ni los centinelas de las puertas, nadie. Fue un acontecimiento entre un millón, uno entre un billón, una maldita coincidencia. Teniendo en cuenta lo que está sucediendo aquí, en Terra, y fuera, en la galaxia, me sorprende que no se produzcan muchos más. Lo que hay en la disformidad es un desastre, y eres afortunado de no poder verlo.

—Puede que tú lo vieras, pero yo lo oí —dijo Kai—. Los oí morir.

—¿A quiénes?

—A todos ellos. A cada hombre y cada mujer que iba a bordo de la nave. Los oí morir. Todos sus terrores, todos sus sueños perdidos, todos sus últimos pensamientos. Los oí a todos ellos, gritándome. Todavía puedo oírlos siempre que bajo la guardia.

Roxanne agarró con fuerza su mano y Kai sintió el poder de su penetrante mirada, aunque él no tenía ojos con los que devolvérsela. La fuerza de la personalidad de Roxanne ardía como una corona solar, y sólo en ese momento Kai se dio cuenta de lo fuerte que ella era. Roxanne pertenecía a la Casa Castana, y había muy pocos en ese clan que carecieran de seguridad en sí mismos.

—Trataron de culparnos a nosotros dos de la pérdida de la *Argo*. ¿Qué te dice eso acerca de lo poco que sabían sobre quién fue el culpable? Alguien tenía que hacerse responsable. Algo horrible había sucedido, y es parte de la naturaleza humana querer que alguien pague por ello. Ellos me repitieron, día y noche, que todo fue culpa mía, que había hecho algo mal, que tenía que entrenarme de nuevo. Pero yo dije que no, les dije que sabía que yo no había tenido la culpa. Yo sabía que no había nada que yo ni nadie pudiera haber hecho para salvar aquella nave. Estaba perdida sin importar lo que yo hiciese. Estaba perdida sin importar lo que tú o cualquier otro hubiese hecho.

Kai escuchó sus palabras, sintiendo como cada una de ellas se deslizaba más allá de su armadura de certeza como puñales dirigidos a su corazón. Él se había repetido las mismas cosas una y otra vez, pero la mente no tenía un mejor culpable que ella misma. Los miembros de la Casa Castana le dijeron que él había causado la muerte de la *Argo*, y él los había creído porque, en el fondo, quería ser castigado por haber sobrevivido.

Necesitaban un chivo expiatorio, y cuando uno de los suyos no cayó sobre su propia espada, él había sido el siguiente: una víctima voluntaria. Kai sintió cómo se deslizaban las negras cadenas de la culpabilidad de su interior, un pequeño desprendimiento de su implacable dominio. No del todo, ya que nada tan simple como las palabras de un amigo podría hacer que se soltaran tan fácilmente, pero que se aflojaran fue una revelación.

Kai le sonrió y acarició el rostro de Roxanne. Ella se sintió incómoda con el gesto, ya que, como todos los navegantes, no les gustaba que las manos de otras personas estuvieran cerca de su tercer ojo. Su mejilla tenía un tacto suave, y el roce

de su cabello con su piel fue todo un lujo. Esos momentos de contacto humano fueron los primeros que Kai tuvo en varios meses que no implicaran que alguien quería algo de él, y dejó que se demorara, contento de respirar como un hombre libre.

—Eres más inteligente de lo que pareces, ¿sabes? —dijo Kai.

—Como yo misma solía decir, este lugar te da perspectiva, pero ¿cómo lo has sabido? Ni siquiera puedes verme con ese vendaje alrededor de los ojos. Nunca me dijiste lo que les había sucedido a ellos.

Y Kai le contó todo lo que le había sucedido desde su llegada a la Ciudad de la Visión, su reconversión, el horror de la onda de choque psíquica que había matado a Sarashina y colocado algo de tan incalculable valor en el interior de su mente que había gente dispuesta a matarlo con tal de recuperarlo. Le contó todo lo referente a su huida de la prisión de los custodios, el accidente y su vuelo sobre la Ciudad de los Suplicantes, aunque esta última parte de su recuerdo estaba empañada con la incertidumbre y las visiones a medio recordar donde chocaban el miedo y los sueños. Le habló a Roxanne sobre la intención de los Muertos Exiliados de llevarlo ante Horus Lupercal, y el simple hecho de pronunciar el nombre del señor de la guerra hizo que su aura temblara de miedo.

Cuando Kai acabó, esperó a que Roxanne le preguntara por lo que Sarashina había colocado en el interior de su mente, pero esa pregunta nunca llegó, y en aquel momento se sintió un poco enamorado de ella. Ella miró hacia la puerta a través de la cual los marines espaciales habían llevado a sus muertos.

—No puedes dejar que te lleven ante el señor de la guerra —le dijo ella.

—¿Crees que le debo algo al Imperio después de todo lo que me hicieron? —le contestó Kai—. No voy a ponerme en manos de la Legio Custodes de nuevo.

—No estoy diciendo que debas hacerlo —le dijo Roxanne agarrándole las manos otra vez—. Pero incluso después de todo lo que ha pasado, no eres un traidor al Imperio, ¿verdad? Si dejas que te lleven ante Horus, eso es en lo que te convertirás. Sabes que tengo razón.

—Lo sé —suspiró Kai—. Pero ¿cómo puedo impedirles que lo hagan? No soy lo suficientemente fuerte como para luchar contra ellos.

—Podrías salir corriendo.

Kai hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Sólo duraría unos diez minutos fuera de aquí.

El silencio de Roxanne fue todo lo que necesitaba para saber que Roxanne estaba de acuerdo con él.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —preguntó ella finalmente.

—No tengo ni la más mínima idea —respondió Kai—. No quiero ser utilizado nunca más, de eso es de lo único que estoy seguro. Estoy cansado de que me arrastren de un lado para otro. Quiero tomar el control de mi propio destino, pero no sé cómo

hacerlo.

—Bien, entonces será mejor que lo averigües pronto —dijo Roxanne mientras la pesada puerta de la parte trasera del templo se abría—. Ya vuelven.

Los muertos se habían convertido en cenizas, Argentus Kiron y Orhu Gythua ya no estaban, sus cuerpos habían sido consumidos por el fuego. Tagore se sentía aturdido por sus muertes, aunque comprendía que era normal que sintiera como mínimo cierta pena por ellas. Sin embargo, era incapaz de pensar más allá de la emoción por la muerte de su próxima víctima. Desde que tuvo lugar la batalla con los hombres de Babu Dhakal, su cuerpo se había convertido en un alambre tenso que vibraba a un nivel que nadie podía ver pero que estaba a punto de romperse.

Se sentía bien al tener sangre en las manos, y los clavos de carnicero incrustados en su cráneo lo habían recompensado con un torrente de endorfinas. Tagore tenía las manos cerradas con fuerza, e inconscientemente apretó los puños mientras examinaba la estancia en busca de posibles amenazas, vectores de ataques y puntos de estrangulamiento. La gente del lugar era tranquila, emocional e inútil. Derramaron lágrimas que supuso eran de tristeza, pero él no podría conectar con esa emoción nunca más.

Mientras que Atharva y Severian hablaban con el hombre de pelo gris que era el encargado de ese lugar —era incapaz de usar la palabra templo—, Tagore envió a Subha y Asubha a asegurar el perímetro. Su respiración era entrecortada y sabía que sus pupilas estaban dilatadas hasta el punto de ser completamente negras. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión, y Tagore tuvo que utilizar todo su autocontrol para no arremeter contra la primera persona que lo mirara.

Nadie se atrevía a mirar a un hombre que era tan claramente peligroso. Ninguna mirada se cruzaba con la suya, y tomó asiento en un chirriante banco para calmar sus furiosas emociones. Quería luchar. Quería matar. Pero no tenía un objetivo en el que descargar su ira. Sin embargo, su cuerpo ansiaba la liberación y la recompensa prometida por el palpitante dispositivo atornillado al hueso de su cráneo.

Tagore había hablado del honor marcial, pero las palabras sonaban huecas incluso para él. Las pronunciaba de memoria, y aunque quería sentirse decepcionado por lo poco que significaban para él, ni siquiera fue capaz de experimentar esa decepción. Eran palabras en las que solía creer, pero a medida que aumentaba el recuento total de los muertos, menos sentido tenía nada que no fuera la furia del combate.

Sabía exactamente cuántas vidas había quitado, y podía recordar cada golpe asesino de memoria, pero no sentía conexión con ninguno de ellos. No sentía orgullo en una estocada bien colocada, ni alegría en la derrota de un enemigo digno de mención, ni honor en la lucha por algo en lo que creía.

El Emperador lo había convertido en un soldado, pero Angron lo había

transformado en un arma.

Tagore recordó el ritual de la ruptura de las cadenas a bordo del Conquistador, esa poderosa fortaleza arrojada a los cielos como el perro de guerra de un noble caballero. El Ángel Rojo, el mismísimo Angron en persona, había montado en el yunque envuelto en cadenas y colocado su calloso puño sobre el fuerte nudo de hierro. Con un solo golpe había soltado las simbólicas cadenas de su esclavitud, lanzando los eslabones rotos a los miles de devoradores de mundos allí reunidos.

Tagore había peleado y luchado con sus hermanos en el loco y violento cuerpo a cuerpo para obtener uno de esos eslabones. Como sargento de tropas de asalto de la 15.ª Compañía, había sido lo suficientemente feroz como para arrebatar un eslabón a un guerrero llamado Skaraal, uno de los últimos reclutas al que le habían implantado los clavos de carnicero. El guerrero era joven y todavía no dominaba el uso de sus implantes, y Tagore lo había golpeado sin piedad hasta que soltó su botín.

Había colocado ese eslabón en la empuñadura de Rematadora, su hacha de guerra, pero había perdido esa arma. La ira estalló en su interior al pensar en el arma que le había salvado la vida más veces de las que podía contar y que se encontraba en las manos de un enemigo. Tagore oyó el sonido de la madera astillada, y abrió los ojos a la espera de violencia, pero por las gotas de sangre que brotaban de las palmas de sus manos supo que había roto el borde protector del banco.

Tagore cerró los ojos mientras pronunciaba los versos de la Canción del Final de la Batalla.

Levanto el puño que segó la vida de los hombres,
Y saludo a la batalla ganada.
La sangre de mi enemigo me ha bautizado.
En el corazón de la muerte he demostrado mi valía,
Pero ahora el fuego debe enfriarse.
El cuervo carroñero se da un festín,
El recuento de los muertos comienza.
He visto a muchos caer hoy.
Pero incluso cuando mueren, sé
Que nuestra sangre también es bienvenida.
A la guerra no le importa de dónde fluye la sangre.

Tagore dejó escapar un suspiro tembloroso mientras pronunciaba la última palabra, sintiendo la tensión atravesar su cuerpo como si se liberara de una descarga de energía. Aflojó los puños y dejó caer al suelo la madera astillada. Sintió una presencia cercana e inclinó la cabeza para mirar a un joven sentado junto a él. Tagore no tenía ni idea de la edad del chico, no tenía recuerdos de cuando él era joven, y la fisiología de los mortales cambiaba tan rápidamente que era imposible adivinar el

paso de los años en su frágil carne.

—¿Qué es todo eso que acabas de decir? —preguntó el niño, levantando la vista del panfleto que estaba leyendo.

Tagore miró a su alrededor, sólo para asegurarse de que el chico, efectivamente, se estaba dirigiendo a él.

—Son palabras para enfriar los fuegos de la batalla en el corazón de un guerrero cuando la matanza ya se ha llevado a cabo.

—Eres un marine espacial, ¿verdad?

El hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, sin comprender exactamente lo que el niño podía querer de él.

—Soy Arik —dijo el niño ofreciéndole la mano.

Tagore miró la mano con suspicacia y clavó los ojos sobre la delgada figura del niño, calculando inconscientemente por donde podía romperle los huesos para matarlo de la forma más eficaz. Su cuello era delgado como un sauce, no le costaría ningún esfuerzo romperlo. Sus huesos eran visibles en los hombros y la forma de las costillas asomaba bajo su fina camisa.

No necesitaría hacer ningún esfuerzo para acabar con él.

—Tagore, sargento de tropas de asalto de la 15.ª Compañía —dijo finalmente—. Soy un devorador de mundos.

Arik asintió con la cabeza.

—Que bien que estéis aquí. Si los hombres de Babu Dhakal vuelven, entonces tú los matarás, ¿verdad?

Encantado de tener un tema del que poder hablar, Tagore asintió de nuevo.

—Si alguien viene aquí buscándome, lo mataré.

—¿Eres bueno matando gente?

—Muy bueno —le aseguró Tagore—. No hay nadie mejor que yo.

—Bien —dijo Arik—. Lo odio.

—¿A Babu Dhakal?

Arik asintió solemnemente.

—¿Por qué?

—Ha hecho que mataran a mi padre —dijo el niño, señalando a la estatua arrodillada del final del edificio—. Ghota le disparó justamente allí.

Tagore miró hacia donde señalaba el dedo del niño y se fijó en el anillo de plata que llevaba en el pulgar. Era de calidad y caro más allá de sus posibilidades. La estatua estaba hecha de piedra oscura, veteada con finas líneas grises y negras, y aunque no tenía cara, estaba seguro de poder adivinar donde habían estado destinados a figurar sus rasgos, como si el escultor hubiera empezado su trabajo pero lo hubiera dejado sin terminar.

—Ghota mató a uno de mis… amigos, también —dijo Tagore, tropezando con la

palabra, poco familiar para él—. Le debo una muerte, y yo siempre pago una deuda de sangre.

Arik asintió con la cabeza, con el asunto resuelto, y volvió a leer su panfleto.

Tagore se encontraba en un territorio desconocido, ya que sus habilidades de conversación se limitaban a la jerga de batalla y a impartir órdenes. No estaba acostumbrado a tratar con mortales, ya que encontraba sus preocupaciones y razonamientos imposibles de comprender. ¿Se suponía que tenía que seguir hablando con ese chico, o había llegado la conversación a su fin?

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó tras un momento.

—Algo que mi padre solía leer —dijo Arik sin levantar la vista—. No lo comprendo muy bien, pero a él le gustaba mucho. Solía leerlo una y otra vez.

—¿Puedo verlo? —preguntó Tagore.

El chico asintió con la cabeza y le entregó la hoja de papel. Era fina y había sido doblada muchas veces, la tinta empezaba a difuminarse y a borrarse por los pliegues. Tagore estaba acostumbrado a leer mapas tácticos y órdenes de batalla, y este lenguaje era una mezcla de dialectos y palabras con las que él no estaba familiarizado, aunque las conexiones neurales de su cerebro se adaptaban con una rapidez que hubiera dejado atónito a cualquier lingüista de Terra.

—«Los hombres unidos a la causa del Emperador son bendecidos con su visión y ésta vivirá para siempre en su memoria —leyó Tagore, con el ceño fruncido por el extraño sentimiento—. Camino por la senda de la justicia. Aunque estuviera cubierta de cristales rotos, caminaría sobre ella con los pies descalzos; aunque cruzara ríos de fuego, pasaría sobre ellos; aunque me pierda, la luz del Emperador guía mi paso. Sólo existe el Emperador, y él es nuestro escudo y protector».

Tagore levantó la vista de su lectura, sintiendo el latido de su implante cavando profundamente en su cráneo mientras su ira crecía al leer estas palabras de fe y superstición. Arik alargó el brazo y señaló a un punto más abajo del folleto.

—«La fuerza del Emperador es la humanidad, y la fuerza de la humanidad es el Emperador —continuó leyendo Tagore, y su furia aumentaba cuanto más leía—. Si uno se aparta del otro, todos nos convertiremos en los Perdidos y los Condenados. Y cuando sus sirvientes olviden sus obligaciones dejarán de ser humanos y se convertirán en algo menos que bestias. Ellos no tienen lugar en el seno de la humanidad ni en el corazón del Emperador. Dejémoslos que mueran y sean desterrados».

El corazón de Tagore palpitaba a gran velocidad y sus pulmones expulsaban el aire en respiraciones cortas y agitadas. Arrugó el panfleto en su puño y lo dejó caer al suelo.

—Aléjate de mí, niño —dijo él enseñando los dientes.

Arik lo miró, con los ojos abiertos de par en par a causa del miedo mientras

observaba el cambio producido en Tagore.

—¿Qué he hecho? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Te he dicho que te alejes de mí!

—¿Por qué?

—Porque creo que podría matarte —gruñó Tagore.

Nagasena contempla el edificio desde un saliente de roca en la boca del cañón. Sabe que su presa está cerca. En las calles a su espalda, seis vehículos blindados y casi un centenar de soldados esperan sus órdenes. Aunque sólo hay una orden que dar, Nagasena duda si darla o no. Athena Diyos y la adepta Hiriko esperan con ellos, aunque puede que ya no les quede ningún papel que jugar en esta cacería.

Incluso Nagasena reconoce que en las últimas etapas de una cacería hay una cierta emoción, pero él no siente nada de eso ahora. Demasiada incertidumbre ha entrado en su vida desde que dejó su hogar en la montaña para que sienta cualquier cosa menos temor con la idea de enfrentarse a Kai Zulane y los renegados.

A través de la mira telescópica de su rifle ve con claridad que no hay vías de escape desde la estructura del edificio, y que su fachada cubierta de estatuas representa el único camino posible para entrar o salir. Cientos de personas están reunidas delante del edificio, y traen a sus muertos con ellos. Nagasena comprende la necesidad de aferrarse a los perdidos, de honrar su memoria y asegurarse de que no son olvidados, pero la idea de rezar por ellos o esperar que pasen a otro reino de existencia le resulta ajena.

Los sistemas ópticos avanzados de las miras telescópicas de Nagasena, compradas por un precio desorbitado al Mechanicum de Marte, penetran la fachada de mármol y muestran un análisis térmico en color del interior del edificio. A través de un fino alambre con revestimiento de cobre, esa imagen es proyectada en la placa de Kartono.

Hay alrededor de sesenta personas en el interior del templo, y los marines espaciales son inmediatamente detectados por sus firmas de calor además de por su tamaño. Es imposible distinguir cuál de esas personas puede ser Kai Zulane. Como Antioch había dicho, hay cinco de ellos, y todos están reunidos alrededor de un individuo mucho más pequeño. Sus firmas de calor son borrosas. Algo detrás de sus descomunales cuerpos está dispersando las lecturas de sus lentes ópticas, haciendo que toda la imagen se muestre estática y granulosa, lo que hace que a Nagasena le piquen los ojos.

—Menudos biofiltros… —gruñe Kartono, pegando con la palma de la mano contra un lado de la placa. La calidad de la imagen no mejora, pero ellos ya tienen información suficiente para montar un asalto del edificio con muchas posibilidades de éxito.

—Debemos entrar —apremia Golovko—. Ahora mismo contamos con alrededor de cien hombres. No tienen ningún lugar por el que escapar. Podemos acabar con todo esto en una hora.

—Tiene razón —dice Saturnalia con una reticencia evidente a mostrarse de acuerdo con el comandante de los Centinelas Negros—. Tenemos a nuestra presa acorralada.

—Y eso los hace doblemente peligrosos —declara Nagasena—. No hay nada más peligroso que un guerrero acorralado que no tiene nada que perder.

—Igual que los creatix de Kallaikoi —apunta Kartono.

—Exactamente —replica bruscamente Nagasena, deseoso de liberarse al instante de ese recuerdo en particular. Aún lleva cicatrices de aquella cacería que nunca sanarán.

Saturnalia coge la placa de las manos de Kartono y la sostiene frente a Nagasena, como si él todavía no la hubiese visto. Golpea ligeramente la imagen borrosa de los cinco hombres que han venido a matar.

—No hay razón para no entrar —dice el custodio—. Nos han dado unas órdenes, y son bastante claras. Todo el mundo ahí debe morir.

Nagasena ha leído y releído las órdenes, buscando una manera de interpretarlas que no marque sus recuerdos de por vida y tenga como resultado la muerte de tantos inocentes, pero Saturnalia tiene razón: sus órdenes no dejan lugar a la ambigüedad.

—Son ciudadanos del Imperio —dice, aunque sabe que está malgastando el aliento tratando de convencer a Saturnalia de que cambie de opinión—. Los servimos con nuestras obras, y traicionarlos de esta forma no está bien.

—¿Qué no está bien? Ésta gente ha dado la bienvenida a esos traidores y son culpables por asociación —replica Saturnalia—. Soy un guerrero de las Legio Custodes, y mi misión es la seguridad del Emperador, una misión en la que no puede haber duda alguna. ¿Quién sabe qué tipo de traición pueden haber ya extendido estos hombres entre la gente de la Ciudad de los Suplicantes? Si permitimos que aquellos con los que han tenido contacto permanezcan con vida, entonces su traición echará raíces como una hilera de malas hierbas, alimentándose de las tinieblas y creciendo cada vez más y arraigándose más profundamente.

—Eso no puedes saberlo —protesta Nagasena.

—No necesito saberlo, sólo necesito creerlo.

—¿Ésa es tu Verdad Imperial? —pregunta Nagasena, casi escupiéndole las palabras.

—Solamente es la verdad —replica Saturnalia—. Nada más y nada menos.

Los ojos de Nagasena se cruzan con los de Kartono, pero no ve nada en la mirada de su servidor que le dé alguna pista sobre sus emociones. Los maestros del clado Culexus se encargaron de eso. Agarra con fuerza la empuñadura de Shoujiki y sabe

que debe alejarse, pero eso sería lo mismo que firmar su propia sentencia de muerte. Para bien o para mal, está obligado a participar en esta cacería hasta el final.

Hace un gesto de asentimiento con la cabeza, y odia que Saturnalia y Golovko compartan las triunfantes sonrisas de los conspiradores.

—Muy bien. Acabemos de una vez con todo esto.

Antes de que se pueda dar la orden de ataque, Kartono jadea en una expresión de sorpresa. Consulta las imágenes de su placa y levanta la vista confundido.

—Puede que tengamos un problema —dice, señalando al cañón—. Llega más gente.

Atharva observó a Tagore levantarse del banco y caminar con rigidez a través de la nave para dirigirse hacia donde ellos estaban reunidos. El aura del guerrero ardía de ira, un remolino de rabiosos morados y sangre palpitante y caliente. Sólo observar ese fuego inflamó la propia agresividad de Atharva, y se elevó hasta la menor de las Enumeraciones para poder controlarse mejor a sí mismo.

—Quizá hemos encontrado una forma de abandonar Terra —dijo Asubha mientras Tagore se unía a ellos.

El sargento de los Devoradores de Mundos hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, con los dientes aún fuertemente cerrados y su piel sin color.

—¿Cómo? —preguntó.

—Díselo —inquirió Atharva, haciéndole un gesto a Palladis Novandio.

—En la parte más alta de esta escarpadura se encuentra la vivienda de Vadok Singh, uno de los arquitectos de guerra del Emperador —dijo Palladis con tal amargura y repugnancia que casi hizo retroceder a Atharva—. Supervisa todos los aspectos de los trabajos de construcción del palacio, y le gusta ocupar una posición elevada.

—¿Y? —insistió, cubierto de una impaciencia que era como una capa de pinchos.

—Al arquitecto de guerra le gusta observar alguna de sus más grandes construcciones desde la órbita —le aclaró Palladis.

El hombre no quería que ellos se marcharan, y sólo la perspicacia de Atharva había logrado que revelara este último dato.

—¿Lo entiendes ahora? —dijo Severian.

—¿Tiene una nave capaz de entrar en órbita? —preguntó Tagore, transformando su ira en interés.

—Así es —asintió Palladis.

—Podemos salir de este mundo —dijo Subha, golpeando con el puño la palma de la mano.

—Mejor aún —recalcó Asubha—. Si conseguimos llegar a una de las placas orbitales, podemos encontrar una nave capaz de viajar por la disformidad.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó Atharva, mirando de reojo a Palladis Novandio—. ¿Nos dirigimos a Isstvan?

—Isstvan —confirmó Tagore.

—La legión —declararon Asubha y su hermano al mismo tiempo.

—Así es. Isstvan —dijo Severian—. Encontraré una forma de llegar hasta la villa del arquitecto de guerra.

Atharva asintió mientras el guerrero de los Lobos Lunares se escabullía entre la oscuridad de la parte trasera del templo.

—¿Adonde iréis una vez que hayáis abandonado este mundo? —preguntó Palladis Novandio, incapaz de ocultar su decepción—. ¿No habéis considerado la posibilidad de quedaros aquí? ¿Dónde más podrían estar los Ángeles de la Muerte que en un templo dedicado a su nombre?

Tagore se acercó al hombre y lo levantó por los aires.

—Debería matarte ahora mismo sólo por haber insinuado que debemos echar raíces aquí —le gritó violentamente el devorador de mundos—. Llama a un edificio templo y la gente encontrará dioses en su interior.

—¿De qué estás hablando, Tagore? —le preguntó Atharva.

Tagore mantenía a Palladis Novandio a un brazo de distancia, como si el hombre estuviera aquejado de alguna virulenta infección.

—El es un promotor de falsos dioses. Éste no es un lugar para el recuerdo. Se trata de un lugar donde el Emperador es considerado una especie de ser divino. Todo esto, todo, es una mentira, y él es su principal profeta. Lo mataré y proseguiremos nuestro camino.

—¡No! —gritó Palladis—. Eso no es lo que hacemos aquí, lo prometo.

—¡Mentiroso! —bramó Tagore, amenazándolo con el puño.

Antes de que Tagore pudiera desatar todo su poder asesino, las puertas del templo se abrieron de par en par y las siluetas de dos enormes figuras se dibujaron gracias al resplandor de un centenar de lámparas y antorchas desde el exterior. Llevaban con ellos un miedo que entró a la vez que una oleada de viento cargado de cenizas, y Atharva sintió de repente las mentes depredadoras de los cazadores más allá de los muros del templo.

Reconoció a Ghota por la batalla que habían librado en el exterior de la casucha del cirujano de Antioch, pero el segundo guerrero le cortó la respiración por su enorme corpulencia.

Era enorme incluso más allá del monstruoso tamaño de Ghota, más alto que Tagore y más ancho de hombros de lo que había sido el propio Gythua. Iba equipado con una armadura de guerra pulida del color del bronce y la medianoche. Llevaba aquella armadura, creada con un estilo usado por una estirpe de guerreros que murieron mucho tiempo atrás, como si hubiera nacido para ello. En uno de sus

costados destacaba un modelo anticuado de bólter, y a la espalda llevaba envainada una enorme espada de doble filo.

—Soy el Señor del Trueno —dijo Babu Dhakal—. Y vosotros tenéis algo que yo quiero.



VEINTIDOS

HISTORIA VIVA
TEMPLO DE SANGRE
UN DIGNO ENEMIGO

Era imposible que tuviera ante él a aquel guerrero. Todos los de su especie habían muerto y desaparecido, habían fallecido en la última guerra de la Unificación. La heroicidad de su sacrificio radicaba en que todos hubieran muerto para ganar la victoria más impresionante del Emperador, la última. Y sin embargo, allí estaba, imponente, grandioso, terrible e impactante. Tenía la tez grisácea y cadavérica, los ojos inyectados en sangre y el aura demasiado brillante como para poder mirarlo. Su presencia tenía una fuerza de atracción propia, que exigía atención e imponía temor.

—¿Eres Babu Dhakal? —preguntó Atharva, aunque ya sabía la respuesta.

—Por supuesto —contestó el Señor del Trueno.

Como si Babu Dhakal y Ghota proyectaran algún tipo de fuerza ante ellos, todos los hombres, mujeres y niños retrocedieron hasta el final del templo y se apiñaron a la sombra de la estatua sin rostro. Atharva vio a Kai y a una mujer con un pañuelo atado en la frente. La reconoció en seguida, y quiso sonreír por la suerte que le había propiciado un astrópata y una navegante. El misterio cósmico del universo se le estaba desvelando poco a poco.

Tagore se estremeció a su lado, y notó la descarga de rabia que amenazaba con estallar en cualquier momento. Subha y Asubha siguieron a su sargento, aunque su rabia no era de ningún modo tan volátil como la de Tagore. No sintió la presencia de Severian, así que confió en que hubiera podido escapar del templo.

—Tú mataste a un guerrero de las Legiones Astartes —afirmó Tagore ante Ghota, pronunciando las palabras como una especie de ladrido gutural—. Te arrancaré el corazón por eso.

Ghota enseñó los dientes en una sonrisa.

—Te vencí una vez. Y puedo volver a hacerlo, hombrecillo.

Babu Dhakal levantó la mano anticipándose a la rabia de Tagore.

—No he venido aquí para luchar contra las Legiones Astartes —dijo—. Quiero ofrecerte una cosa. ¿Estás dispuesto a escuchar lo que tengo que decir?

Las palabras del guerrero cogieron a Atharva por sorpresa. No tenía intención de negociar con Babu Dhakal, pero temía que si lo atacaba con toda la furia de sus sentidos físicos, Babu Dhakal lo aplastaría.

—¿Qué quieres? —preguntó con un tono de voz que no dejaba entrever su inquietud.

—Detrás de este edificio hay hombres que quieren matarte —aseguró Babu Dhakal.

—Lo sé —repuso Atharva, y desde la garganta destrozada de Babu Dhakal se oyó una risotada que se convirtió en un borboteo húmedo y animal.

—Lo sabes porque yo te permito saberlo —replicó el guerrero.

—En cuanto acabe contigo, terminaré con todos los demás —le prometió Tagore.

—Son cien, por lo menos: un custodio, un clado asesino y un hombre que posee algo tan letal que ningún guerrero puede hacerle frente.

—¿Un arma?

—No, la verdad.

—¿Quién eres? —quiso saber Atharva—. Tu nombre no significa nada. Babu era «padre» en la antigua lengua de Bharat, y Dhakal no es más que una región de esta parte de las montañas. Dime, ¿quién eres?

—He tenido muchos nombres durante todos estos años —reconoció Babu Dhakal—, pero no te refieres a eso, ¿verdad? Tú quieres mi nombre real, como me llamaban en las guerras que libramos para conquistar este planeta.

—Sí —asintió Atharva.

—Muy bien. Ya que he venido para negociar, te diré cuál es mi nombre como un gesto de buena fe. He olvidado mi nombre mortal, pero cuando mi cuerpo renació con esta nueva forma, me llamaba Arik Taranis.

Aquel nombre tenía fuerza en sí mismo, un poder que apagó la rabia de los devoradores de mundos y dejó a Atharva sin habla por su resonancia histórica. No había nadie que no conociera ese nombre, las victorias que había conseguido, los enemigos que había derrotado y los grandes honores que se había ganado.

—¿Tú eres el Portador del Relámpago? —inquirió Tagore.

—Fue un título que se me concedió después de la batalla del monte Ararat, en el reino de Urartu —le explicó Babu Dhakal—. Tuve el honor de enarbolar el estandarte del Relámpago en la declaración de la Unificación.

Atharva no daba crédito a sus ojos. Aquel guerrero era historia viviente: el Vencedor de Gaduaré, el Último Jinete, el Carnicero de Scandia, el Asesino del

Trono…

Centenares de esos títulos, glorias y triunfos le inundaron la memoria, hasta que Atharva recordó la legendaria culminación de la vida del gran guerrero en la cima de una montaña cubierta por una inundación tiempo atrás.

—La historia dice que has muerto —objetó Atharva—. Sucumbiste a las heridas después de izar la bandera. Todos tus guerreros y tú caísteis en aquella batalla.

—Pareces un hombre sensato —replicó Babu Dhakal—. No deberías tomar todo lo que dice la historia al pie de la letra. Todos esos relatos los cuenta el último en resistir, y el Emperador no está dispuesto a compartir la victoria con nadie. ¿Qué mérito tiene conquistar un planeta con el respaldo de un ejército invencible? Para crear una leyenda, lo primero que tienes que hacer es ganar la guerra sin ayuda de nadie, y no puedes permitir que nadie sobreviva para contradecir tu versión de los hechos.

—¿Hay más como tú? —preguntó Subha.

Babu Dhakal se encogió de hombros.

—Puede que algunos escaparan a la masacre, o tal vez no. Pero si lo hicieron, lo más probable es que hayan muerto, víctimas de su propia obsolescencia. Nuestros cuerpos se diseñaron para apoderarse de un planeta, no para conquistar una galaxia, como los vuestros.

Atharva prestaba atención a las palabras de Babu Dhakal, sorprendido por la ausencia de rencor en lo que oía. Si aquello era cierto, el Emperador los había desechado tanto a él como a toda su especie en favor del diseño genético de las Legiones Astartes. Y sin embargo, Babu Dhakal no parecía guardar ningún rencor a su creador por tan monstruosa traición.

—Entonces, ¿cómo es que sigues con vida? —quiso saber Atharva, que ya empezaba a sospechar lo que Babu Dhakal podía querer de ellos.

—Yo soy inteligente —respondió Babu Dhakal—. Durante la guerra, aprendí todo lo que pude de mi creador y llegué a asimilar gran parte de sus conocimientos sobre la ciencia antigua. No lo bastante como para detener mi deterioro, pero sí lo suficiente como para agarrarme a la vida hasta que la fortuna me vuelva a sonreír.

—Habla claro —lo cortó Tagore—. ¿Qué es lo que quieres?

Babu Dhakal levantó el brazo derecho y Atharva vio un dispositivo rectangular sujeto a las placas blindadas del avambrabrazo. No tenía la elegancia de los dispositivos que empleaban los apotecarios de las legiones, pero indudablemente se trataba de un reductor, que, junto con el narthecium, formaba parte del equipo de guerra de cualquier apotecario.

El narthecium curaba las heridas, mientras que el reductor era para los muertos.

Su único fin era extraer la semilla genética de los marines espaciales.

—Quiero que me ayudes a vivir —reveló Babu Dhakal.

Kai advirtió la sorpresa en el aura de Atharva, pero antes de que al marine espacial le diera tiempo a contestar, el techo del templo reventó en una serie de detonaciones que lanzó travesaños de madera y tejas de piedra caliza sobre el suelo como una lluvia de detritos resplandecientes.

—¡Cuidado! —exclamó Kai al tiempo que una viga se desplomaba delante de él y aplastaba a un hombre mayor.

Presas del pánico, Roxanne y él retrocedieron, apartándose de los escombros que caían en picado mientras unos soldados con armaduras negras irrumpían en el templo mediante tirolinas dejando atrás una estela de granadas atronadoras.

Más allá de las puertas del templo se oyó el ronco quejido de varios vehículos pesados y el chasquido de armas automáticas. Los gritos de terror se sumaron al eco ensordecedor de los proyectiles de gran calibre que impactaban contra las paredes del cañón.

—¡Abajo! —gritó Kai cuando uno de los soldados disparó una ráfaga de proyectiles.

Unos agujeros enormes destrozaron los bancos y desgarraron el mármol de las paredes. Kai tiró a Roxanne al suelo y la apartó del soldado, pero la multitud, que no dejaba de chillar, bloqueaba cualquier vía de escape entre los bancos que se habían volcado por el suelo. Delante de Kai cayó un hombre de rodillas. Tenía el pecho reventado y le habían volado la cabeza.

—¿\1ué está pasando? —chilló Roxanne parpadeando después de la explosión de una granada y tapándose la cabeza para protegerse de los fragmentos de mármol que llovían desde el techo.

—Son los Centinelas Negros —le explicó Kai—. Han venido a por mí.

Se arriesgó a proyectar la mente a su alrededor. El fragor de las armas y el desconcertante estrépito de las detonaciones de las granadas lo estremecieron. La humareda y los bancos de humo que se arremolinaban por todas partes no entorpecían la visión de un astrópata como él, de modo que vio a los soldados que se desplegaban por el interior del edificio, disparando a todos los que se encontraban en su camino con sus letales armas de fuego.

Un grupo de soldados perfectamente coordinados avanzaba hacia él. Apenas le había dado tiempo a uno de ellos a lanzar un grito de alarma cuando un robusto guerrero apareció con una lanza guardiana con el asta quebrada. Tagore cortó a tres de un solo tajo y destripó a otros dos antes de que a los demás les diera tiempo a reaccionar. Otros dos murieron con el cráneo aplastado, y uno cayó al suelo con el cuello desencajado.

Subha combatió al lado de su sargento. Mataba con ferocidad, tratando de imitar la furia destructora de Tagore. Kai apartó la mirada y vio a Asubha, moviéndose

como un espectro entre las densas nubes de humo. A diferencia de su hermano, Asubha era un guerrero metódico que sabía escoger su objetivo con gran precisión. El primero en caer fue un centinela negro con un arma de barrena, y luego otro con una pistola de plasma. Asubha mataba siguiendo un orden preciso, un método completamente opuesto a la violencia aparentemente aleatoria de su hermano.

Otras formas se movían entre las confusas llamaradas de luz psíquica. El rojo de la violencia colmó el aire con la eficacia del humo de una granada y se hizo mucho más difícil distinguir a los individuos entre los impulsos de rabia con que funcionaban los soldados en combate.

Unas formas resplandecieron entre la niebla carmesí, las de los que conseguían mantener intacta su energía y vitalidad a pesar de la violencia que se había desencadenado a su alrededor. Sabía que uno era Atharva; y otros dos, Babu Dhakal y su lugarteniente. De Atharva manaban llamaradas cegadoras de energía psíquica. Docenas de soldados murieron en el fuego que hizo surgir del immaterium. Babu Dhakal se movía entre el caos del combate con una rapidez que Kai no había visto jamás en ningún hombre. Era como si sólo necesitara desear deslizarse de un lado a otro. Cuando iban hacia él, los mataba fácilmente, pero si no le hacían caso, les devolvía el favor perdonándoles la vida.

La lluvia de disparos era implacable y la masacre de los suplicantes indiscriminada. Desesperados por escapar, Kai y Roxanne se dirigieron hacia el fondo del templo gateando y trepando por encima de los cuerpos mutilados y los bancos volcados. Kai se dio la vuelta para mirar hacia atrás. Un gigante con una armadura reluciente estaba entrando en el templo. Mientras que los demás iban recubiertos de oro o carmesí, su aura era de plata pura y letal. Kai se sobresaltó cuando reconoció la determinación hostil e implacable de Saturnalia.

El que lo acompañaba no era tan grande como el custodio, pero tampoco menos reluciente ni peligroso. A Kai se le hizo un nudo en el estómago al advertir la presencia de algo abominable, de algo que lo obligaba a pensar en todas las acciones vergonzosas que le corroían la mente. Dejó de gatear y se llevó las manos a la cabeza cuando un terror irracional hizo que se echara a temblar de arriba abajo. No percibía nada que pudiera explicar aquella sensación, pero se acurrucó instintivamente cuando el color y la vida se desvanecieron.

—¡Kai! —oyó gritar a Roxanne, aunque su voz parecía llegar desde muy lejos—. ¿Dónde estás?

Al oír su nombre, el acompañante de Saturnalia se volvió de golpe y desenvainó una espada que relucía con la luz más pura que Kai había visto en su vida.

—¡Kai Zulane! —exclamó Saturnalia—. ¡Acércate!

Dos manchas gemelas de luz feroz y violenta se movieron entre la neblina rojiza. Su resplandor era como el de Saturnalia. Pero la del custodio era una llama

controlada, mientras que aquéllas eran como el fuego que recorría las llanuras de Mérica cuando los veranos eran largos y calurosos. Subha y Asubha atacaron a Saturnalia al mismo tiempo, uniendo el control y la furia de ambos en una perfecta combinación para enfrentarse a un guerrero tan disciplinado.

Kai reprimió las náuseas cuando el acompañante de la espada se adentró en el templo con paso ligero y seguro. No quiso saber nada de la batalla entre los devoradores de mundos y Saturnalia. Iba a por Kai, y quería ser el primero en encontrarlo. Kai tuvo arcadas y se volvió hacia un lado. Tenía que escapar, pero ¿por dónde? Los Centinelas Negros seguían disparando en el templo, luchando contra los Muertos Exiliados. Les había perdido el rastro a sus antiguos protectores y ahora se arrepentía de haber querido librarse de ellos.

Kai respiró hondo y se agazapó. Siguió la luz ámbar de la presencia de Roxanne. Una mano lo agarró del hombro con una fuerza implacable. Intentó soltarse pero no pudo. La mano tiró de él hacia arriba, y Kai se encontró cara a cara con el guerrero de la espada de luz blanca.

Oyó que había otro hombre a su lado, pero era completamente invisible a la sensibilidad visual de Kai. Por la náusea que sintió, Kai supo que tenía que haber algo allí. Pero lo que había sentido no era sólo ausencia de vida, sino una presencia que la repelía activamente. Fuera lo que fuera, vaciaba el color del mundo. Por fin entendió el origen del espantoso terror que sentía cuando la oscuridad le engulló inexorablemente la vista.

—Un paria… —dijo.

El acompañante hizo una breve inclinación, un gesto que resultaba tan ridículo en un asesino como él que a Kai le entraron ganas de reír.

—Soy Yasu Nagasena. Y te vienes conmigo —sentenció con un tono entrecortado.

Una sombra inmensa se movió entre el velo de luz y humo. Aunque su visión ciega se había extinguido casi por completo, Kai reconoció a su lado el sabor metálico del aura de la sombra.

—No —dijo Tagore con un gruñido que sonó como una avalancha—. No se irá.

Roxanne no veía nada. Le dolían los ojos y tenía la garganta en carne viva. Los ácidos bancos de humo ocultaban todo lo que estuviera a un metro de distancia, pero ella siguió gateando porque sabía que sería mejor que quedarse quieta en el mismo sitio. Había perdido a Kai, pero no se atrevía a volver. Por más que la asustaran los disparos, le parecía mucho peor la suavidad de los cadáveres por los que había tenido que trepar mientras intentaba escapar, desesperada.

Tenía las mejillas empapadas de lágrimas, en parte por el humo de las granadas, pero sobre todo por la enorme cantidad de muertos. Eran su gente, y los estaban

masacrando. Fuera del templo se oían más disparos, y sabía que también estaban matando a los que conseguían llegar al cañón.

Una mano la rozó. Después de soltar un grito la cogió, pero la dejó caer al darse cuenta de que era de un hombre muerto. Tenía el pecho y la barriga llenos de sangre, y los dedos le resbalaron cuando se arrastró hacia adelante. El brazo se había movido porque unos escombros se desplomaron del techo y cayó sobre el cadáver.

Nada de aquello tenía sentido, que tuvieran que morir tantos inocentes porque alguien buscaba a un único hombre.

Nunca había entendido a los que estaban dispuestos a matar a los suyos sólo porque formaba parte de una búsqueda indefinida de un bien mayor. ¿Es que no se daban cuenta de que al matar a los suyos también destruían una parte de sí mismos?

Por un instante, a través de una oquedad que se había formado en el humo, Roxanne entrevió el caos frenético que se había apoderado del templo. Los Centinelas Negros, como Kai los había llamado, seguían combatiendo contra los marines espaciales, y lo estaban pagando muy caro. Ya habían muerto veintenas de soldados. Los guerreros de las Legiones Astartes eran muy minuciosos en sus carnicerías.

Un guerrero que estaba en el centro del templo y que llevaba todo el cuerpo recubierto de placas rojizas mató a sus agresores con rayos de fuego azul y arcos de reluciente tracería. Los disparos láser se curvaban en torno a él como una luz refractada, y las descargas de proyectiles sólidos se detenían a un metro de su cuerpo, como si opusiera algún tipo de resistencia invisible.

Los Centinelas Negros que lo atacaban ardían como teas o estallaban en una erupción de sangre hirviendo. Se veía la locura en sus ojos, la necesidad perversa de vengarse de décadas de frustración en las que lo habían obligado a ocultar su verdadera naturaleza. Roxanne no conocía a ningún guerrero de los Mil Hijos, y al ver lo que aquél estaba disfrutando con la venganza, supo que no quería volver a ver a ninguno más.

—¡Roxanne! —gritó una voz entre el caos—. ¡Por aquí! ¡Rápido!

En cuanto se agachó, una ráfaga de rayos láser acribilló el suelo a su lado y dejó un montón de agujeros chamuscados en la piedra. Escudriñando entre la humareda, vislumbró a Maya y a sus dos hijos apiñados en una trinchera hecha de bloques de piedra y travesaños del tejado. Maya la llamó haciéndole señas y Roxanne se le acercó dando resbalones y tropezando con los trozos de baldosas destrozadas.

—Aquí, aquí —la apremió Maya, que ya estaba tirando de ella hacia la relativa seguridad del refugio que habían podido improvisar a los pies del Ángel Ausente.

—Maya —susurró Roxanne mientras la abrazaba.

Arik y su hijo menor, un niño despeinado que Roxanne no sabía cómo se llamaba, estaban con la cabeza metida entre las manos, sollozando por la matanza que se había

desencadenado a su alrededor.

—¿Qué está pasando? —preguntó Maya, intentando tragarse las lágrimas con visible esfuerzo.

—Nos van a matar a todos —dijo Roxanne sin pensar—. Nadie va a poder salir vivo de aquí.

—No digas eso, Roxanne —le suplicó Maya—. Mis hijos son lo único que tengo. ¡No puede ser! No le harán daño a mis hijos.

Roxanne no supo distinguir si era una pregunta, así que se limitó a negar con la cabeza mientras decía:

—No, no les harán nada.

Maya la miró con tanto alivio que Roxanne esperó sinceramente no haber dicho una mentira. Por mucho que estuviera más segura en el refugio, Roxanne sintió las hambrientas miradas que se cernían sobre ella, como si una bestia peligrosa estuviera a punto de saltarle encima.

Se dio la vuelta, aterrorizada. Pero no vio nada.

Aun así, el angustioso terror seguía apoderándose de ella. Al mirar hacia arriba vio el rostro liso del Ángel Ausente, y le dio la impresión de que la cara vacía de la estatua la estaba mirando con curiosidad. Sacudió rápidamente la cabeza para apartar esa sensación, pero luego alargó la mano y le pareció que la estatua se estaba inclinando hacia ella. El estruendo perdió intensidad y sus labios dejaron escapar un suspiro cuando percibió los tenues rasgos de un rostro que se dibujaban en la infinita profundidad de la nefrita.

Roxanne se puso de rodillas, atraída por el cautivador encanto de aquel rostro imposible.

—¿Estás loca? —farfulló Maya a la vez que la cogía de la túnica y tiraba de ella hacia abajo.

El ensordecedor crescendo de la batalla se intensificó, y cuando Roxanne volvió a mirar hacia arriba, el tenue rostro del Ángel Ausente había desaparecido.

—¿Es que quieres que te vuelen la cabeza? —protestó Maya.

Roxanne negó con un gesto y se acurrucó contra ella. Maya era una mujer corpulenta y maternal. A su lado, Roxanne se sintió más segura. Entre tanto, Arik seguía dándole vueltas en los dedos a su anillo de plata brillante.

—Nos van a matar. Por favor, ¡ayúdanos!, ¡ayúdanos! —musitó Arik, y aunque sólo fue un susurro, sus palabras llegaron a los oídos de Roxanne con toda la ansiedad del deseo que expresaban.

Una sombra se movió entre el remolino de humo. Roxanne cogió un trozo de madera de uno de los bancos. Las astillas de la punta parecían afiladas. No era lo que se decía un arma, pero tendría que conformarse con eso.

Se tranquilizó en cuanto distinguió a Palladis Novandio. Tenía la cara llena de

sangre y los ojos rebosantes de lágrimas. Se tambaleaba como un borracho, y Roxanne sintió que la rabia se imponía al miedo al pensar en todo lo que estaba pasando.

—¡Palladis! —gritó, y él miró en su dirección con un gesto de desesperado alivio —. ¡Estamos aquí!

—Roxanne… —dijo sollozando justo antes de tropezar y caer muy cerca de ella.

Al abrazarlo, Roxanne notó los desbocados latidos de su corazón. Palladis sollozó en su hombro y la estrechó entre sus brazos mientras la masacre continuaba.

—He fracasado —susurró Palladis—. Nunca era suficiente… No he podido evitarlo y ahora todos los demás tienen que sufrir.

Roxanne lo empujó hacia la endeble trinchera y miró al Ángel Ausente.

—¿Por qué? —le preguntó Palladis a la estatua sin rostro—. ¡He hecho todo lo que he podido para mantenerte satisfecha! ¿Por qué tenías que llevártelos a ellos? ¿Por qué? Mátame a mí. ¡Mátame a mí y deja que ellos vivan! ¡Volveréis a verme! Hijos míos, ¡volveréis a ver a papá muy pronto!

Palladis se levantó y empezó a gritarle al ángel, acusándolo y amenazándolo.

—¡Mátame a mí, hija de puta!

Roxanne quería decirle que se callara, pero sabía que nada de lo que ella pudiera decir sería capaz de contener el gigantesco torrente de angustia que manaba de las profundidades de su alma.

—¡Mátame a mí! —sollozó Palladis, dejándose caer de rodillas—. ¡Te lo ruego!

—Vete —le dice el guerrero que Nagasena conoce como Tagore.

Kai Zulane se pone de pie. Kartono lo persigue de inmediato, y Nagasena lo deja ir. Necesita concentrarse para la batalla. Tagore es un oponente feroz y despiadado, pero Nagasena sabe que tiene que enfrentarse a él. Es una cuestión de honor, y si eso es lo único que puede hacer, tendrá que bastar.

Tagore lleva una lanza larga de hoja ancha. Al darse cuenta de que es una lanza guardiana quebrada, Nagasena confía en que no tenga la punta activada. Nagasena se coloca en posición de ataque y levanta la espada sobre la cabeza, apuntando directamente al corazón de Tagore.

—¿Crees que puedes luchar conmigo, enano? —profiere Tagore con mirada asesina.

Nagasena no contesta. Está observando el enorme físico del devorador de mundos, buscando algún punto débil, alguna cicatriz que pueda proporcionarle una ventaja: una herida de bala en el costado y la señal amarillenta de una contusión que sobresalga por debajo de las placas de la armadura que le cogió a los muertos del patio de Antioch.

—Primero destrozaré esa aguja que llevas y luego te arrancaré la cabeza —le

promete Tagore, y Nagasena sabe que es capaz de hacerlo.

El astartes lo ataca sin avisar, con una embestida feroz e incluso hábil, dispuesto a rajarlo de un tajo con su cuchilla de carnicero. Nagasena se echa a un lado y asesta un golpe con Shoujiki que roza el antebrazo de Tagore, y luego se tambalea por la increíble fuerza del golpe del arma del marine espacial cuando éste responde al ataque. Ya había luchado antes contra los guerreros de las Legiones Astartes en las jaulas de entrenamiento, pero nunca con armas reales, y tampoco había ganado, así que ya podía considerarse afortunado si lograba sobrevivir unos cuantos segundos más.

Tagore interpreta su titubeo como temor y sonríe con desprecio.

Se mueven, se apartan, se atacan y contraatacan con destreza, demostrándose el uno al otro su habilidad con cada acometida. Pese a la cólera, Tagore es un buen guerrero que sabe combatir con un arma de filo, y todo lo que le falta en habilidad lo compensa más que de sobra con determinación e implacable brutalidad. En cada embestida, de la primera a la última, arremete con la misma fuerza e intensidad. Nagasena esquiva los golpes más peligrosos, detiene otros y ataca siempre que puede. Su método es mejor que el de Tagore, pero se han entrenado en dos formas de combate tan distintas que a ambos les cuesta medir la fuerza de su enemigo.

—No está mal, enano —dice Tagore—. A estas alturas pensé que ya estarías muerto.

—Soy una caja de sorpresas —le replica Nagasena.

—Aun así, te mataré —le promete Tagore.

En ese momento, Nagasena gira sobre sí mismo y le asesta un montón de estocadas resplandecientes y potentes sablazos. Tagore detiene algunas y esquiva otras, y también deja que varias lo alcancen. Tiene la armadura abollada y rota en algunos puntos, pero Nagasena no ha intentado asestar un golpe mortal: ha usado sus ataques con astucia, creando un hueco en la armadura a la altura de la herida del costado.

Cuando el devorador de mundos se inclina a la derecha, Nagasena ve el desgarrón y da un giro al tiempo que se agacha para esquivar un golpe que lo habría decapitado. Esgrime la espada lanzándola hacia adelante con toda su fuerza, insertando la hoja en la costra de la herida. El metal toca carne dura y hueso, pero Nagasena aprovecha su impulso y el de Tagore, que se está arrojando contra él, para clavarle la espada en lo más profundo del cuerpo.

Tagore gruñe cuando la punta de la espada le sale por la espalda. El dolor le hace abrir los ojos de par en par y las placas metálicas del cráneo chasquean con fuerza para contrarrestar la agonía del golpe con inhibidores del dolor. Nagasena gira la espada para arrancarla de la carne del marine espacial, pero está tan incrustada que no tiene fuerza para hacerlo. El intento le lleva demasiado tiempo y Tagore le propina un

puñetazo con el dorso de la mano en el hombro.

Con el golpe, se le escapa la empuñadura de Shoujiki y ésta cae al suelo.

Al tocarse el hombro se da cuenta de que tiene por lo menos un hueso roto. Rueda hacia un lado en el preciso instante en que un pie de Tagore da un pisotón donde él estaba. Se mueve con presteza para esquivar el ansia de matar del devorador de mundos. Pero no ve un trozo de madera que sobresale de un travesaño roto y da un traspié al chocar con él.

Consigue no caerse, pero Tagore aprovecha el momento de distracción. La lanza guardiana se proyecta sobre él y lo apuñala en el hombro, usando la misma táctica que él había usado. La cuchilla le corta la clavícula en dos, además de los tendones que conectan los músculos con el hueso. La precisión de la estocada está reñida con la ira asesina de los ojos de Tagore, por lo que Nagasena vuelve a darse cuenta de que ha subestimado al devorador de mundos.

Tagore lo levanta del suelo y lo deja suspendido en el aire como un gusano en el anzuelo. Sonríe haciendo una mueca y levanta la otra mano hacia el cuello de Nagasena.

—Te dije que te mataría —dice Tagore—. Y lo que digo que voy a matar, lo mato.

Nagasena no contesta. El dolor es tremendo, y sabe que nada de lo que diga podrá salvarle la vida.

Los enormes dedos de Tagore le rodean el cuello sin dificultad. Sólo hace falta un apretón para que le haga polvo la espina dorsal, le reviente la tráquea y se rompa el frágil hilo que lo une a la vida.

Una luz blanco azulada pasa al lado de Nagasena, le abrasa la piel bajo la ropa y lo ciega momentáneamente. Aun así, oye la sangre que gotea de un cuerpo desgarrado y huele la fetidez de la carne quemada. Cuando recupera la vista después del destello, ve que un arma de plasma ha destripado a Tagore.

Tagore cae de rodillas, con un cráter abierto en el cuerpo. La cara se le ha contraído en un retorcido gesto de dolor que ni todo el entrenamiento y la genética de las Legiones Astartes son capaces de soportar. Suelta a Nagasena y se desploma hacia un lado, arqueándose sobre la espalda mientras su cuerpo lucha por mantenerse con vida.

Pero es una pelea que Nagasena sabe que perderá.

Tagore arranca a Shoujiki de su cuerpo con una mueca de dolor. Con la hoja impregnada de sangre, le tiende la espada a Nagasena con respeto.

—Has sido… un digno… enemigo —le dice, jadeando, el devorador moribundo —. Peleas… bien… Para ser un mortal.

Nagasena acepta el cumplido con una inclinación de cabeza y coge la espada.

—Tú también has sido un digno enemigo —le contesta Nagasena con intención de corresponder, aunque sabe que no será un gran consuelo.

—He… recorrido… la Senda Carmesí —dice Tagore a la vez que asiente lentamente con la cabeza; luego cierra los ojos y añade—: Mi guerra… ha… terminado.

Pese a ir en contra de todas sus creencias, Nagasena envaina su espada impregnada de la sangre de su enemigo. Cuando se da media vuelta, ve a Maxim Golovko con un rifle de plasma aún caliente. La bobina de carga sigue brillando débilmente y del cañón todavía gotea líquido humeante.

—Iba a matarte —dice Golovko, encantado—. Puedes darme las gracias más tarde.

Kai se apartó del guerrero de la espada y salió corriendo, al tiempo que se le iba pasando la sensación de calambre en el estómago y su visión ciega convertía el interior del templo en tenues matices de colores apagados. Estaba empapado en sudor por el encuentro con el paria. Se dejó caer sobre una rodilla cuando por fin lo atrapó la oleada de terror que lo acechaba.

Había oído las historias y rumores que corrían sobre los parias en la Ciudad de la Visión, pero nunca había llegado a creer en su existencia hasta ese momento. La abyecta vacuidad de aquel hombre era horripilante. La vida, la memoria y la energía vital con las que cualquier humano trataba de colmar el vacío infinito estaban totalmente ausentes en él.

Kai volvió a sentir náuseas sólo con pensar en el vacío de su presencia.

—Oh, no… —susurró.

Se volvió para buscar la causa de su angustia. No veía nada, pero como ya sabía lo que tenía que buscar, intentó rastrear la vacuidad del paria.

¡Allí, un vacío en la neblina roja de la violencia!

Kai se dio media vuelta y echó a correr, pero el paria fue más rápido. Por más que Kai percibiera el vacío de su presencia, no podía eludirlo. Una mano lo aferró por la nuca y lo levantó con fuerza. Lo estaba agarrando con la firmeza de una máquina sólida y poderosa.

—Hasta aquí has llegado —dijo una voz que lo crispó como unos clavos oxidados clavados en el espinazo.

Kai tenía ganas de vomitar. Le temblaba todo el cuerpo por el horror de la absoluta iniquidad de aquel hombre, un hombre que no debería existir.

—¿Quién eres? —boqueó.

—Me llamo Kartono —dijo el que lo había apresado—. Y te ha llegado la hora de morir.



VEINTITRÉS

LA SENDA CARMESÍ

LA MASCOTA DEL CLADO

ÁNGEL DESENCADENADO

Había pasado más de un siglo desde que Asubha y Subha habían combatido juntos; cien años o más desde que lucharon como hermanos en un campo de batalla ensangrentado contra un enemigo terrible. Vivo o muerto, el custodio era un guerrero que merecía una muerte gloriosa, y a Asubha le habría gustado que sus hermanos de la legión hubieran presenciado la batalla.

Un desafío entre guerreros de su talento contra un único oponente ni siquiera habría dado lugar al combate, pero el pretoriano no era un enemigo cualquiera. Luchaba con precisión, midiendo cada embestida, anticipándose a cada uno de sus movimientos. Los tres se movían como en una elegante danza de ataques, quites, regateos y contraataques.

Subha luchaba como Angron en la arena de los gladiadores, con la misma furia e implacable tenacidad. Era el perfecto contraste para la cuidadosa habilidad de Asubha: mientras que Subha obligaba a sus enemigos a defenderse desesperadamente de toda una ráfaga de ataques terribles, Asubha atacaba con más precisión y frialdad, buscando el golpe definitivo.

Pero esta vez las cosas no iban como habían esperado.

El custodio se defendía de Subha sin esfuerzo aparente, moviendo su lanza guardiana a una velocidad inimaginable. Asubha abrió fuego con su pistola, pero el guerrero, enfundado en su armadura de oro, esquivó el disparo, rotó sobre sí mismo y cortó el cañón de un tajo antes de contraatacar y propinarle un golpe con la empuñadura aguzada en el estómago. El tremendo impacto sorprendió a su hermano, y Asubha aprovechó para sacar el largo cuchillo que le había quitado a uno de los hombres de Babu Dhakal.

La hoja del cuchillo chirrió al caer sobre la protección del hombro del custodio y rebotar en la placa de la mejilla del casco. Su adversario le dio un codazo en la cara, y Asubha se tambaleó por la fuerza del golpe. Dio un paso atrás para recobrar el equilibrio, y al mismo tiempo Subha saltó al lado del custodio.

—Siempre he querido luchar contra un custodio —gruñó Subha.

—Nos preguntábamos quién triunfaría —añadió Asubha—. ¿Uno de vosotros o uno de nosotros?

—Vosotros sois dos —apuntó el custodio.

—Cierto, pero la pregunta sigue en pie. Nuestras luchas siempre terminan en tablas, ya que no puede haber una respuesta de verdad sin una muerte de por medio —dijo Asubha.

—Ya sabes la respuesta. La leo en tus ojos. Sabes que no puedes vencerme.

Asubha se rió e hizo girar su espada.

—Dime tu nombre —le pidió Asubha—, para poder recordar al poderoso guerrero que matamos en Terra.

El custodio colocó su lanza en posición de defensa.

—Yo soy Saturnalia Princeps Carthagina Invictus Cronus…

—¡Suficiente! —voceó Subha y se abalanzó contra Saturnalia.

Su hermano aún tenía la cuchilla con la empuñadura rota que le habían quitado al custodio que habían matado en la Cripta; y aunque no era más que un pálido reflejo de la que poseía Saturnalia, seguía siendo un arma mortal en manos de un devorador de mundos. El custodio dio un paso atrás, se agachó y apuntó directamente a las entrañas de Subha. Su hermano giró, esquivó y le asestó una estocada a Saturnalia en el hombro. Una placa de oro salió despedida, pero la pesada malla que lo protegía por debajo de la armadura hizo que la hoja de la espada resbalara sin herirlo.

Asubha siguió luchando y lanzó una patada dirigida a la parte del cuerpo de Saturnalia que había quedado desprotegida. Una placa brillante quedó abollada por el impacto a la altura de la cadera, y Saturnalia cayó al suelo. Asubha lo atacó, pero el custodio se echó hacia atrás y evitó el golpe, aunque la punta de la hoja le arañó el visor del casco.

Saturnalia arqueó una pierna como si fuera una guadaña y derribó a su oponente con un golpe de barrido. El devorador de mundos consiguió apartarse rodando justo antes de que la lanza guardiana del custodio lo guillotinara. Asubha se levantó y vio cómo su hermano le daba un puñetazo a Saturnalia en el casco de penacho rojo. El custodio se ladeó pesadamente, pero antes de que a Subha le diera tiempo a aprovechar la ventaja, se arrancó el casco y, agarrándolo con fuerza, dibujó un arco en el aire cuyo objetivo era la mandíbula de Subha, que produjo un terrible crujido de huesos rotos.

En cuanto Subha perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, Asubha se precipitó

sobre Saturnalia, que acababa de tirar el casco destrozado. Los dos rodaron por el suelo en un entresijo de brazos y piernas, dándose puñetazos y codazos sin parar. Asubha golpeó con la frente a Saturnalia en la cara y se rió al oír el crujido de la nariz de su oponente. Rápidamente cogió el cuchillo para clavárselo en la mandíbula, pero el custodio levantó el antebrazo y la hoja patinó hacia arriba por el avambrazo. Siguieron rodando, y Saturnalia le asestó un puñetazo en un lado de la cara.

Asubha salió despedido por la fuerza del golpe. Escupió un salivazo de sangre y se puso en cuclillas, listo para abalanzarse otra vez contra Saturnalia. Toda la astucia había desaparecido, la rabia se había impuesto sobre el método, y ambos hermanos luchaban como uno solo. Subha ya estaba de pie de nuevo. Tenía la mandíbula casi colgando, igual que Saturnalia. El custodio había recuperado su lanza guardiana y había dirigido la punta al corazón de Subha.

Un aluvión de proyectiles salió disparado del arma, y Subha se tambaleó hacia atrás cuando la ráfaga explosiva impactó contra su pecho. Los proyectiles se le clavaron en la carne y, uno a uno, detonaron en su interior, abriéndose como setas en la espalda y lanzando al aire brillantes abanicos de sangre y astillas de hueso. Subha se dobló hacia adelante. Cayó de bruces al suelo mientras la vida se desvanecía de sus ojos.

—Ahora ya sabes la respuesta —dijo Saturnalia con una rígida sonrisa sangrienta.

Asubha sintió que la rabia roja se apoderaba de él, y aunque siempre había deseado tener los clavos de carnicero en el cráneo, también supo en ese momento que no los necesitaba para alcanzar la claridad de la rabia en estado puro. Saturnalia se dio cuenta de que algo en Asubha había cambiado y retrocedió, pero Asubha gritó el nombre de su hermano y se abalanzó de nuevo contra él.

El custodio impulsó la lanza guardiana hacia adelante, pero Asubha se agachó y esquivó su arco mortífero. Recogió del suelo la cuchilla de Subha y acompañó el movimiento fluido con el que se incorporó con dos rápidos tajos. La sangre brotó de sendos cortes a través de la fina malla flexible que cubría la parte posterior de las rodillas de Saturnalia. El custodio cayó sobre un charco de sangre, incapaz de mantenerse en pie pero aún con fuerzas para luchar.

Asubha lo rodeó para ponerse frente a él. La rabia más pura lo invadía por dentro.

—Morirás hoy y aquí —farfulló Saturnalia en medio de un dolor agónico.

El custodio levantó la lanza guardiana y Asubha dio un paso adelante, hasta que la punta de la hoja le tocó el pecho.

—Lo sé —respondió Asubha mostrándose de acuerdo—. Y tú también.

Asubha le hincó la cuchilla ensangrentada en el cráneo al mismo tiempo que el custodio le clavaba la lanza con las últimas fuerzas que le quedaban. La hoja del arma de Saturnalia partió por la mitad el corazón del devorador de mundos y le atravesó los dos pulmones, lo que le causó unos daños irreparables en el cuerpo. Los dos

guerreros se derrumbaron uno sobre el otro, como en un abrazo de honor por su lucha hasta la muerte.

Asubha se deslizó hasta quedar al lado de su hermano gemelo.

Mientras se desangraba en el suelo del templo, cogió la cuchilla que había terminado con la vida de Saturnalia y la dejó sobre la mano muerta de su hermano.

—Recorreremos juntos la Senda Carmesí, hermano —dijo Asubha.

Atharva vio que un hombre de aspecto ágil y vestido con un traje amplio de una sola pieza levantaba a Kai del suelo. Dirigió una mano hacia él al mismo tiempo que pronunciaba la canción del fuego de los pyrae. Un chorro de fuego se abrió camino por el templo, prendiendo los trozos de madera y abrasando todos los cuerpos que encontraba a su paso. Las llamas se alzaron, devorando con avidez su banquete de material combustible, pero se extinguieron antes de alcanzar al hombre que tenía a Kai agarrado por el cuello.

El hombre se volvió cuando Atharva corrió hacia él a grandes zancadas, y el comienzo de una manipulación de la carne propia de los pavoni se desvaneció en su mente cuando reconoció al cachorro de clado de Yasu Nagasena. Alargó la mano para coger la espada que llevaba en la cintura mientras intentaba sofocar las arcadas que le producía el encontrarse tan cerca de semejante anatema para sus poderes.

Varias ráfagas zigzagueantes de disparos cruzaron el templo, pero Atharva las detuvo con unos escudos cinéticos de breve duración mientras atravesaba las llamas que él mismo había creado. Sabía que Yasu Nagasena había vencido a Tagore, pero no tenía ni idea de lo que les había pasado a Subha y a Asubha. Sin Severian, que se había escapado o escondido, tendría que enfrentarse él solo a aquel guerrero de clado.

—Oni-ni-kanabo —dijo el hombre de sonrisa espantosa que le producía náuseas —. Da un paso más y Kai Zulane morirá.

Atharva hizo una mueca de repulsión.

—Lo matarás de todas formas, paria.

—¿Cómo te sientes, hechicero? —le preguntó el guerrero de clado—. ¿Cómo es estar ciego?

—Liberador —mintió Atharva, mientras daba un paso más—. Pero puedo matarte sin recurrir a mis poderes.

—Quizá —admitió el paria apretando un poco más el cuello de Kai—. Pero no creo que consigas matarme antes de que yo lo mate a él.

Atharva veía al hombre con sus ojos genéticamente modificados, pero su imagen seguía siendo borrosa. Su visión era mucho mejor que la de los mortales, pero la sombra del paria le impedía fijar la imagen en los ojos de su mente. Para concentrarse, se obligó a recordar las Enumeraciones, y la imagen del paria se volvió nítida: un perfil negro que destacaba sobre una bruma de humo amarillento y llamas

anaranjadas.

Atharva intentó reunir hasta la más mínima partícula del Gran Océano, pero la proximidad de una criatura tan innatural lo hizo fracasar hasta en esa sencilla tarea. El paria era un agujero en el mundo que se tragaba cualquier atisbo de energía.

Kai se retorció con una mirada de dolor entre los dedos del paria y dejó escapar un grito tan desesperado que hasta Atharva sintió compasión. Era espantoso tener a aquel hombre tan cerca, pero Atharva no podía ni imaginarse lo que tenía que ser sentir su contacto. El asesino del clado sacó un cuchillo con una hoja larga de dientes de sierra y rematada por dos puntas.

—Fuera lo que fuera que quisieras de él, lo has perdido —dijo el paria.

Pero antes de que le diera tiempo a apuñalar a Kai, una forma se levantó detrás de él y blandió un largo palo astillado sobre su cabeza. El guerrero de clado sintió la inminencia del ataque en el último momento y se apartó. No pudo esquivar el golpe por completo, pero en lugar de impactarle en la cabeza lo alcanzó en el hombro.

Atharva vio que la mujer navegante volvía a levantar el palo para arremeter de nuevo, pero el guerrero de clado no estaba dispuesto a concederle una segunda oportunidad, de modo que se agachó para eludir su torpe intento y le asestó un manotazo en el pecho. La mujer cayó de espaldas contra la estatua sin rostro. Y se oyó el ruido sordo de la carne al golpear la piedra.

Aprovechando el momento, Atharva se precipitó hacia él con la espada, pero el guerrero clado soltó a Kai y se arqueó completamente hacia atrás con un movimiento lateral mientras lanzaba un golpe cortante que impactó contra la mano de Atharva. Sin embargo, la carne y los huesos del marine espacial estaban genéticamente endurecidos, por lo que podía soportar mucho más que cualquier otro mortal, incluso un ataque de un guerrero de clado.

Atharva arremetió contra el pecho del paria con el dorso de la mano, pero el guerrero aprovechó el impacto para dar un salto en espiral. Aterrizó suavemente entre las llamas, con una pierna doblada y la otra extendida hacia un lado.

—Demasiados psíquicos —se mofó—. Es demasiado fácil.

Antes de que a Atharva le diera tiempo a preguntarse que qué podía significar aquello, un montón de placas metálicas se alzaron desde el cuello del guerrero. Como si crecieran orgánicamente a toda velocidad, toda una serie de secciones curvas de metal se desplegaron para envolver la cabeza del paria con un casco bulboso de oro y plata. Un dispositivo tubular forzó su salida por uno de los lados del flamante casco del paria y unas lentes de colores indescifrables emergieron de una ranura para cubrirle uno de los ojos.

Atharva se sintió terriblemente amenazado por aquel extraño dispositivo, y decidió colocarse entre el guerrero de clado y Kai. Se pasó la espada de una mano a otra, preparándose para un combate frente a frente. A su espalda, Kai refunfuñaba

mientras se le pasaban las náuseas que tenía desde que el guerrero lo había tocado.

—Debería agradecértelo —dijo Atharva—. Hace mucho que no me bato cuerpo a cuerpo. Será estimulante matar sin usar mis poderes.

El paria dio un salto y se mantuvo suspendido en el aire. De las lentes salió un chorro de luz negra, por lo que Atharva levantó el escudo instintivamente, pero el poder del Gran Océano lo había abandonado. Los rayos le alcanzaron el pecho, ya que las placas de hoja metálica que llevaba amarradas al cuerpo no suponían ningún tipo de protección ante un arma tan abominable.

Atharva se sintió invadido por un averno de fuego helado, por un dolor tan paralizador que era como si lo que le corriera por las venas fuese nitrógeno líquido. Unas pulsaciones de energía negra explotaron dentro de él como una supernova. Y al igual que una estrella colapsa en el infierno gravitacional de un agujero negro, Atharva sintió que su vida se contraía en una singularidad mortal de la que no podía escapar.

Pero aquello iba más allá de la muerte. Era un final que no le permitiría liberar su vida hacia el Gran Océano, en el que podría subsistir como potencial primario. El terror a un final tan poco prometedor le dio la fuerza necesaria para resistirse a él, y Atharva rugió al ponerse en pie. El paria aterrizó a su lado, blandiendo el cuchillo sin cesar y asestándole innumerables estocadas. La sangre rezumaba de todas sus heridas, y el terror se adueñaba de él con cada nuevo golpe recibido.

El instinto le exigía que escapara de aquel ser horrendo, de aquella abominación que no tenía derecho a existir en un mundo en el que la vida reclamaba su superioridad. Un pavor irracional lo empujaba a huir y esconderse; cualquier cosa con tal de alejarse de aquella criatura espeluznante. Estaba luchando contra los insidiosos efectos del paria cuando otra cuchillada le abrió la carne y una nueva llamarada de fuego negro salió del casco del guerrero de clado y lo envolvió.

Al sentir la descarga de dolor, la batalla se desplegó ante los ojos de Atharva como si la estuviera viendo a través de una ventana hecha añicos: los soldados de negro se movían como autómatas glaciales por el templo en llamas y sus proyectiles tartamudeaban en su lento movimiento a medida que exterminaban a todos los que se habían apiñado en sus refugios. Vio a Tagore en el lugar en que había caído, con las entrañas humeantes y un agujero en el pecho.

Más allá del guerrero muerto, Atharva vio a Asubha y a Subha. Los gemelos yacían muertos uno al lado del otro, cerca del cadáver de un guerrero de la Legio Custodes. Como el de Tagore, sus pechos también estaban abiertos, y formaban un lago de sangre insoportablemente brillante. El templo estaba perdido, y cualquier esperanza de llevar a Kai Zulane ante el señor de la guerra se había esfumado.

Atharva sabía que sólo le quedaba una opción. Era una solución monstruosamente drástica, pero era lo único que podía hacer para vencer al paria y evitar que lo que

Kai Zulane sabía llegara a oídos de los que ahora eran sus enemigos. Era una alternativa tan amarga como la muerte, pero sin este último sacrificio no podía luchar. Atharva era un marine espacial, un guerrero, y aunque tuviera que renunciar a la parte de él que lo completaba, no tenía elección.

Se sumergió en las profundidades de su ser, hasta el lugar secreto desde el que podía mirar en el Gran Océano y atraer su ilimitado poder. Era muy frágil; el resultado increíblemente valioso de mil millones de mutaciones aleatorias que se habían ido creando una tras otra en un espacio de tiempo inimaginablemente vasto. Por un instante, que le pareció una eternidad de hielo, Atharva se preguntó si no sería preferible morir antes que quedarse ciego para el resto de su vida.

«Sólo son nobles los sacrificios de gran valor», se dijo, al tiempo que acababa con aquella parte secreta de su existencia y cortaba para siempre su conexión con la disformidad.

En su agonía, gritó como ningún guerrero de las Legiones Astartes lo había hecho jamás, con un grito que nadie llegaría a igualar hasta los últimos momentos de aquella guerra, cuando los hombres descubrieran las verdaderas profundidades del sufrimiento que el universo es capaz de infligirles.

Atharva se había quedado solo. Todos los planes que tan cuidadosamente había elaborado se habían desmoronado. Sin nada más que perder, usó las últimas fuerzas que le quedaban para alzar la vista hacia el ángel sin rostro que se alzaba sobre él con la expectación de un buitre. Atharva sintió la acumulación de criaturas nonatas escondidas tras la ausencia de rasgos de la estatua, y descorrió el velo que las tenía encadenadas a él.

—Matadlos a todos —ordenó—. ¡Qué no quede ni uno con vida!

Kai vivió la batalla de Atharva con el paria a través de una neblina de auras borrosas y superpuestas. Tenía el cuerpo destrozado por los espasmos de dolor que le producía su presencia, e intentó mantener la consciencia cuando la repulsión le revolvió el estómago. Impotente ante todo aquel baño de sangre, se acurrucó al abrigo de la estatua sin rostro y acunó a Roxanne entre sus brazos, lo mismo que una mujer desconocida hacía con dos niños.

Oyó a Atharva gritarle a la estatua, y un tremendo escalofrío le recorrió el cuerpo cuando una capa de hielo se formó con un crujido en la oscura superficie de la piedra. Kai se estremeció ante el repentino helor, y miró hacia arriba al notar la inesperada presencia de algo mucho peor e infinitamente más terrible de lo que podía ser ningún paria.

El contorno del Ángel Ausente brilló, como si dos seres lucharan por ocupar el mismo espacio. Como un par de transparencias superpuestas, se empujaron y movieron al unísono. Kai distinguió los ojos, los colmillos y las zarpas que surgían de

una de las imágenes. Como si el universo no pudiera seguir aguantando dos realidades como aquéllas compitiendo, las siluetas se separaron y el templo se agrietó con el agudo chillido de la vida, un aullido mucho más doloroso y feliz del que ningún mortal recién nacido habría sido capaz de lanzar.

Una forma fantasmagórica se elevó desde el Ángel Ausente. Kai no había recuperado su visión ciega, y sin embargo distinguió la forma por completo. Parecía un gigante andrajoso, con una túnica espectral y una capucha que ocultaba el profundo abismo al que las galaxias van a morir, el páramo baldío que sólo puede existir más allá del horizonte de un agujero negro. Al desplegar los brazos esqueléticos, las voluminosas mangas se hincharon con los vientos ululantes de la energía etérea. Dos alas de hielo se encorvaron sobre su espalda, dibujando serpentinas de vapor helado en el aire.

En las paredes de piedra del templo se formaron telarañas crepitantes y los cristales estallaron cuando la temperatura cayó vertiginosamente bajo cero. El aliento de Kai se condensó ante él. No podía dejar de temblar, espantado por la imponente criatura que Atharva había hecho salir de la estatua sin rostro.

El horror lo penetró hasta lo más profundo de su ser. Jamás había sentido tanto pánico, ni en los peores momentos a bordo de la *Argo*. El dolor, el sufrimiento y la aflicción de aquel lugar se habían aliado para conformar aquella criatura de energía inmaterial que ahora se fundía para dar forma a un ángel monstruoso y vengador.

La muerte había emergido de su corazón sin rostro y se le había ordenado que la desatara del modo más directo que se pudiera imaginar. Con los brazos extendidos, el Ángel Ausente bajó de la estatua haciendo un amplio movimiento mientras un aullido de dolor se alzaba desde las profundidades de su capucha. Kai seguía apretándose las manos contra las orejas: aquel sonido le cortaba el corazón como un cuchillo de hielo.

Los guardias de los Centinelas Negros dispararon contra el ángel, pero algo tan insignificante como un disparo físico no podía hacer nada contra una criatura como aquélla. Las balas atravesaron el espectro como si fuera aire, y los rayos láser sólo lo distorsionaron con su luz, sin causarle ningún daño. Los hombres se dejaban caer de rodillas cuando la forma volaba hacia ellos, y enloquecían con sólo vislumbrar la cara encapuchada.

La mirada del ángel era la muerte, y cada vez que volvía la cabeza, los soldados caían al suelo con el corazón congelado en el pecho. Su grito era el lamento eterno de los muertos, el himno solemne y punzante de la futilidad de la vida y la inevitabilidad de la muerte. Oír su grito era como sentir el roce helado de una tumba, y los Centinelas Negros que no habían perecido aún se apuntaban con sus propias armas.

Atharva se tambaleó al abrigo de la estatua, y si bien había soltado a aquel terrible ángel, Kai vio en su aura un inimaginable dolor, como si hubiera perdido lo que más significaba para él. A pesar de la niebla que levantaba la presencia del paria, Kai supo

que eso era exactamente lo que había pasado.

Atharva había dejado de ser un psíquico.

—¿Qué has hecho? —balbuceó Kai, y el aliento volvió a condensarse ante él.

—Lo que tenía que hacer —contestó Atharva.

Kai notó que Roxanne se revolvía en sus brazos. Apartó la horrorizada mirada del guerrero de los Mil Hijos y la clavó en la mujer. Ella levantó la cabeza, pero antes de que pudiera mirar al avatar desatado, Kai le volvió la cabeza hacia otro lado.

—No lo mires —le advirtió.

Roxanne sabía que tenía razón.

—¿Qué es? —preguntó Roxanne con los ojos cerrados.

—Es la muerte —dijo Kai, aunque sabía que ésa no era toda la verdad.

Al notar un movimiento, se dio la vuelta y vio a Palladis Novandio. Estaba adentrándose en el caos destructivo que reinaba en el templo. El santuario que Palladis había creado a partir de las cenizas de su propio dolor se había convertido en un depósito de cadáveres, en una tumba para los vivos y en el distorsionado reflejo de lo que había intentado lograr.

—¡Palladis! ¿Qué estás haciendo? —gritó Kai.

—Lo que tengo que hacer —dijo llorando mientras se dirigía hacia el ángel destructor.

—¡Te dije que me mataras a mí! —le gritó Palladis—. ¡Mátame y desaparece!

El ángel permaneció inmóvil en el aire, debajo de los últimos restos que quedaban del techo del templo. La luz infernal del fuego que ardía en el suelo impregnaba su forma etérea. La oscuridad de su capucha parpadeó, como si el ángel hubiera reconocido algo que formaba parte de su creación en el hombre que se le aproximaba.

La criatura descendió con los brazos abiertos, dejando tras ella un rastro de vaho helado. Su agudo lamento se volvió más penetrante, y Kai vio con horror cómo sus relucientes alas de hielo comenzaban a cerrarse sobre Palladis Novandio en un macabro abrazo.

En cuanto Roxanne vio lo que estaba pasando, gritó:

—¡Palladis! ¡Por favor! ¡Vuelve!

El señor del templo se volvió al oír el sonido de su voz, pero no hizo nada por escapar al abrazo del ángel.

—Tranquila, Roxanne —dijo mientras las alas se cerraban sobre él—. Iré con ellos…

Como habían hecho los soldados antes que él, Palladis Novandio cayó al suelo, fulminado. Y su alma quedó libre para reunirse con la familia que había perdido.

—¡No! —gritó Roxanne.

El ángel miró hacia arriba y fijó la mirada ciega en el grupo de mortales que se habían apiñado a los pies de la estatua que durante tanto tiempo lo tuvo preso. Su

lamento chocó contra las paredes y el eco retumbó como un coro formado por las innumerables almas que habían sido condenadas al olvido durante toda la eternidad. Kai oyó su muerte en aquellas voces.

Roxanne le cogió las manos y lo obligó a volverse hacia ella.

—Kai, esto tiene que terminar —dijo—. ¡Y tiene que terminar ya!

El negó con la cabeza.

—No sé cómo detenerlo. No puedo hacer nada.

—Sí que puedes —replicó Roxanne—. Si de una cosa estoy segura es que tú eres el único que puede detenerlo.

—¿Cómo? —le preguntó Kai, que notaba la inexorable cercanía del ángel demoníaco.

—Ven conmigo —dijo Roxanne cerrando los ojos.

Una sensación de calor se propagó por las manos de la mujer, y de su carne pasó a la de él. La respiración de Roxanne se hizo más profunda y Kai sintió el tacto de su extraña manifestación de energía psíquica. Los navegantes no eran de la misma especie que los astrópatas, y más allá de los confines de la Navis Nobilite, nadie conocía con exactitud la verdadera capacidad de sus poderes. Kai respiró profundamente y sintió como si Roxanne estuviera atrayendo hacia ella toda su esencia.

Quería rebelarse contra aquella entrega de sí mismo, pero la suave voz de Roxanne lo arrastraba hacia ella. La sensación no era muy distinta de la que se advertía en las primeras etapas del trance nuncio, y aunque sus cuerpos físicos estaban en peligro, Kai se dejó envolver por el extraño poder de Roxanne. Si aquello era la muerte, ¿qué mejor lugar para encontrarla que en el abrazo de una amiga?

—¿Adonde vamos? —preguntó Kai.

—A la *Argo* —contestó Roxanne.

Cuando Kai abrió los ojos, se encontró inmerso en un paisaje onírico que le era familiar, el entorno del Rub’ al-Jali: el desierto sin fin que azota los límites del mundo formando volutas de arena áurea. Estaba en el lago celeste, cuyas aguas se mecían arrastradas por insólitas mareas mientras el sol flotaba en el lejano horizonte como un semicírculo de bronce fundido.

La fortaleza de Arzashkun brillaba como una joya a media distancia. Sus torres se volvían de oro con el crepúsculo y sus muros resplandecían por el calor borroso que se levantaba de las arenas. Sabía que lo mejor sería buscar refugio en la fortaleza, pero sin saber por qué, se sentía reacio a encaminarse en aquella dirección, de modo que se dio la vuelta y miró hacia las orillas del lago.

En una mesita había un tablero de regicida. Las piezas debían de estar colocadas al azar, porque se veía que algunas estaban puestas en casillas a las que nunca habrían

podido llegar. Kai recordaba haber jugado con alguien allí, pero aparte de una figura encapuchada de ojos dorados, su memoria se negaba a darle más detalles del recuerdo.

Roxanne estaba a su lado, cogiéndole la mano mientras el sol descendía lentamente hacia el horizonte.

—El sol se está poniendo —apuntó Kai—. Es la primera vez que lo hace.

—Ya no eres el único dueño de este paisaje onírico. Ahora también es mío.

—Lo sé, y no me importa.

—Todo esto es precioso —comentó Roxanne—. No me extraña que vinieras aquí.

—Y es seguro —dijo Kai—. O por lo menos antes lo era.

—¿Antes de la *Argo*?

Kai asintió con un gesto. Estaba empezando a percibir la presencia del horror que lo acechaba bajo la arena. Era como si llevaran allí una eternidad, aunque sabía que no había podido pasar más de un día o dos. En un trance nuncio, el tiempo no tenía ningún significado; un soñador podía vivir una vida entera en una sola quimera.

—Está aquí, ¿verdad? La *Argo*.

—Sí —dijo Kai, mientras la sombra se iba acercando cada vez más bajo la arena.

Ya notaba las garras de la culpa y los garfios del remordimiento. Se estaban abriendo camino hacia la superficie, pero él seguía sin sentir ninguna urgencia por refugiarse en la fortaleza.

Roxanne le había dicho que era él quien tenía que terminar con todo aquello, y huir nunca había servido para resolver nada.

Esta vez estaba dispuesto a hacerle frente a lo que quiera que surgiese de las profundidades de su subconsciente.

Como atraído por el deseo de Kai de afrontarlo, el horror de la *Argo* avanzó por debajo de la arena, rezumando una negra pesadilla de gritos de muerte. Kai intentó detenerlo, pero al darse cuenta de que Roxanne también se había quedado atrapada junto a él sintió una nueva oleada de terror que le impedía respirar.

—No puedo —dijo.

—Sí puedes —replicó Roxanne, mientras lo cogía de la mano y él pensaba que le habría gustado tener tan sólo un ápice de su compostura—. Yo estoy contigo. Y este trance también es mío, no lo olvides.

—No lo olvidaré —asintió Kai, al tiempo que la marea negra los succionaba como arenas movedizas oleaginosas.

—Entonces deja que te enseñe lo que vi yo —dijo Roxanne.



VEINTICUATRO

LA ARGO
LA MUERTE PUEDE PERDONAR
FIN DE LA PARTIDA

La arena negra engulló a Kai, y el pánico afloró de nuevo como una marea que volviera a resurgir. Inspiró lleno de terror, pero en lugar de la líquida textura oleosa que se esperaba, los pulmones se le habían llenado de aire helado. En vez de hundirse en la oscuridad total, Kai se había sumergido en una alucinación caleidoscópica de una miríada de colores y remolinos. Apenas podía soportar el vértigo en la boca del estómago cuando la vorágine de imágenes espectrales lo engulló en un torbellino de alaridos y vacíos de espacio que explotaban a su alrededor.

Y sin embargo, pese al horror que transmitía, todo aquello poseía una extraña belleza, una cualidad etérea que entusiasmaba en la misma medida en que aterraba. El paisaje se desplegaba más allá de lo que la vista podía abarcar, y Kai tardó un momento en advertir que estaba viendo su grandioso entorno con más de dos ojos.

Acababa de darse cuenta cuando sintió el peso inmenso e implacable de la nave bajo sus pies. A su espalda, la gigantesca estructura se extendía como la tajada colosal de una ciudad celeste que alguien hubiera cortado de la piel metálica de un planeta y prosiguiera su rumbo por las estrellas. El conocía la nave, pero nunca había podido contemplarla desde el lugar en que ahora se encontraba.

Aquella maravilla de la tecnología, a sus ojos íntegra de nuevo, era la *Argo*.

La nave se estremeció como un recién nacido, y Kai se maravilló al pensar en cuanta fuerza se necesitaría para soportar tal cantidad de peso. Un latigazo de luz multicolor bajó en espiral y azotó la nave como la brusca variación de una nova de energía negra. Una llamarada de luz actínica brilló al borde de la percepción al golpear el casco, y se disipó acompañada de lo que sonó como un terrible alarido de frustración.

Otra mancha de nubarrones rojos se manifestó en espiral en el extremo curvo de un arco, y Kai sintió la presión de las máquinas que intentaban esquivar la furia desatada. Como si fueran conscientes del intento de la *Argo* de escapar, los nubarrones se hincharon y lanzaron arpones de luz hambrienta que, al chocar contra el casco, reventaron en unas ráfagas que a Kai le parecieron todavía más poderosas y penetrantes.

Estallaron más tormentas, y la nave dio un bandazo como una hoja mecida por el viento. Bajo el brillo de una llamarada estrecha y afilada, Kai distinguió cómo una serie de torres se desvanecían carbonizadas en una breve bola de fuego.

Una parte del casco se desgajó, dejando una herida hueca en el sistema de protección de la *Argo*, y Kai notó que el capitán de la nave variaba el rumbo para alejarse de los monzones más violentos y proteger así el flanco al descubierto.

Kai olvidó al instante la belleza que antes le había parecido reconocer a su alrededor. Estaba en un lugar terriblemente peligroso, al que nadie en su sano juicio querría ir por voluntad propia. Aquella esfera de la existencia era una maldición para la vida. La humanidad no debería alejarse de la plácida existencia de Terra.

Nuevas detonaciones siguieron produciéndose a lo largo de la nave, y más torres colapsaron cuando la tormenta derribó los postes sobre los que se alzaban. Otro trozo del costado de la nave salió despedido, lanzando aire helado como un chorro de sangre blanca.

Kai quiso cerrar los ojos, pero él no estaba allí como participante, sino como observador pasivo. Cuando la nave tembló como una bestia herida, Kai se dio la vuelta. Las explosiones le estaban destrozando el casco, pero él seguía observándola en mitad de un silencio ensordecedor. La destrucción se estaba abriendo camino a lo largo de la nave como el azote de los pasos de una máquina de batalla del Mechanicum.

Se hizo la oscuridad. Los nubarrones rojos se abalanzaron hacia la *Argo* como enormes fauces, y los brazos espirales de un vórtice negro cayeron sobre el casco con mayor ferocidad. Para sus ojos desentrenados, era como si una consciencia gigantesca y maliciosa guiara toda aquella furia. ¿Qué otra cosa podía explicar que percibiera la alegría que el depredador sentía por los horribles destrozos que estaban acabando con la nave?

Quería alejarse de aquel horror, desaparecer de un firmamento inundado de pesadillas, de fugaces visiones de ojos hambrientos y luchas titánicas de cuerpos del tamaño de un continente peleando en los abismos. Pero no había ido hasta allí para desentenderse. Durante mucho tiempo no había querido ver la realidad de la destrucción de la *Argo*, y pasara lo que pasara, no podía seguir dándole la espalda.

Roxanne tenía razón. Aquello tenía que terminar ya.

Vio cómo las aspas protectoras caían una a una, y la disformidad se volcó hacia el

interior como se derrama un mar contaminado a través de diques desintegrados. Energías inmateriales empaparon la nave, y Kai vislumbró unas sombras que nadaban en la existencia, entre los límites de los escudos protectores que aún funcionaban. Eran bestias rojas recubiertas de escamas, como esqueletos de hombres de largos cuernos enroscados y zarpas que relucían como espadas, monstruos engendrados por el terror de la tripulación que surgían como un humo centrífugo al revelar sus nuevas formas.

El casco no suponía ningún tipo de barrera para ellos. Atravesaban metros de adamantio para manifestarse en los compartimentos y pasillos de la nave. La amorfa multiplicación vagaba por el casco, desmantelando los puestos de carga, armas y comando con sólo rozarlos. La nave crujió y siguió perdiendo compartimentos que salían disparados al espacio al ritmo imparable del colapso. Soportes como catedrales implosionaron con los silenciosos chirridos del metal desgarrado, y Kai lloró al ver cómo miles de hombres y mujeres salían despedidos al vacío.

Los gritos le resonaron en el cráneo, pero no había nada que él pudiera hacer por liberar aquel eco, ninguna fortaleza de Arzashkun ni Rub' al-Jali en los que poder resguardarse. Kai estaba obligado a hacer frente a sus demonios, a ser testigo de la destrucción de la *Argo* con el corazón inundado de tristeza, consciente de que ése era su destino, y jurando honrarla en sus últimos momentos.

Y entonces, cuando la nave estaba a punto de despedazarse y caer al vacío, un estrecho rayo de luz dorada penetró la oscuridad. No era más que un hilo en un infierno de color, pero era una cuerda de salvamento, y la *Argo* se lanzó a por ella, desesperada. La nave dirigió la proa hacia la luz, dando bandazos con sus últimas fuerzas como un borracho que intenta aferrarse a la mano que le tienden.

Allí donde brillaba la luz dorada, las tormentas no podían llegar; y cuando destellaba con más intensidad las obligaba a retroceder. Un estrecho túnel de zona muerta se abrió frente a la *Argo*, y el corazón de Kai remontó el vuelo cuando la vio penetrar en el inesperado pasadizo con el último jadeo de las máquinas.

Rota y desgarrada como una sombra andrajosa de lo que había sido, la *Argo* se adentró en la frágil abertura entre las tormentas. A su alrededor, insoportables torbellinos de descargas abrasadoras y ciclones inteligentes embestían aquel túnel de serenidad, pero la luz era inviolable y resistía cualquier acometida del depredador. Kai se quedó boquiabierto cuando su mente se llenó con la visión de la montaña más grande de Terra, una montaña hueca de tristeza y servicio, en la que había nacido el fuego más poderoso y glorioso de la galaxia.

Kai no sabía cómo había conseguido volver la *Argo* al espacio real después del ataque de los monstruos. Nunca se lo había dicho nadie, y él había dado por supuesto que el capitán habría tenido la suerte de encontrar una vía de escape que le hubiera permitido volver al sistema solar, pero ahora se daba cuenta de lo ingenuo que había

sido. El capitán y la tripulación habían muerto. Los únicos supervivientes eran Roxanne y él. ¿Y si Roxanne hubiera descubierto el caprichoso túnel del Astronomicón y los hubiera salvado? No tenía sentido, pero ¿de qué otra forma podía explicarse?

Aunque aquello fuera el recuerdo de otra mente, Kai sintió un gran alivio cuando el túnel de serenidad envolvió la *Argo*. Una telaraña de hilos pegajosos tiraba de la nave para atraerla hacia ellos, pero el poder del Astronomicón era mucho más fuerte en aquel lugar y consiguió arrastrar a la *Argo* hacia el universo material.

A Kai le dio un vuelco el estómago, y se tragó una bocanada de bilis cuando su cuerpo pasó de un plano de existencia a otro. Volver al espacio real nunca era fácil, pero hacerlo mientras se mira al abismo de las tormentas era mucho peor. Se esforzó por no perder la consciencia, y se dejó sacudir por una serie de respiraciones rápidas y entrecortadas al tiempo que se desvanecían los mareantes colores de la disformidad y enfocaba el lejano reflejo de diamante de las estrellas sobre la negrura.

Ahora que volvía a estar sujeta a las principales leyes del universo, la *Argo* cambió el rumbo cuando las celosas garras de la gravedad tiraron de ella. Una parte de la nave se dobló hacia abajo, mientras que algunos trozos se desgarraron por la violencia de la traslación. Qué irritante habría sido sobrevivir a las violentas tormentas sólo para terminar destrozado por las leyes físicas que comienzan tras el velo del Immaterium.

Pero Kai sabía que había sobrevivido.

Se acordaba de cómo la tripulación de rescate lo había arrancado de su cámara de astrópata. Recordaba haberles gritado, arañado y mordido, delirando por su espantosa soledad. Había oído morir a la tripulación, y sus últimos pensamientos y espantosas agonías lo habían llevado al borde de la locura. Aquel sufrimiento había ido mucho más allá de lo que muchas mentes podían soportar, y Kai sabía que un hombre con menos fortaleza mental habría muerto con el resto de la tripulación.

Durante mucho tiempo se había considerado débil y estúpido, y se había dejado obsesionar por su supervivencia, echándose la culpa por todas aquellas muertes, pero ahora sabía que había conseguido sobrevivir gracias a su fuerza, y por haber sido capaz de acallar esa parte de él que le decía que no podría superar un trauma así. Mucha gente le había dicho, con mejores o peores razonamientos, que la destrucción de la *Argo* no era culpa suya, pero ahora sabía que para aceptar la verdad tenía que verla por sí mismo.

Y con la verdad llegó la revelación.

Yo estaba allí el día en que Horus mató al Emperador.

La deliciosa traición. El golpe final que no es lanzado. Palabras de otro tiempo y de otra mente. El guerrero de la nueva luna lo dirá y no parecerá

verdad, pero pronto será como un sabor a ceniza, un amargo recuerdo que deseará borrar. Verdad y mentira a un tiempo. Sangre derramada por la incomprensión.

Kai ve la Cámara Roja.

La luz carmesí se derrama sobre él como el aceite: grasienta, lenta y asfixiante. Lo envuelve hasta que parece que no queda nada más que sangre en el mundo.

Se ha separado de su cuerpo, o se lo han destruido. Imposible saberlo.

La Cámara Roja es como el interior de un ventrículo enfermo que late con luz roja formando un ángulo extraño, como si las leyes fundamentales de la física hubieran dejado de aplicarse. Líneas y curvas se intersectan y divergen, formando mesas, paredes y techos con ángulos imposibles.

Gotea sangre por todos lados, ¿o es su imaginación?

En una pared, extremidades iluminadas de rojo dibujan una órbita espiral de plata y azul, una bruma de fuego ondeando en las capas más bajas de su atmósfera. La guerra abrasa este mundo. A Kai no le sorprende descubrir el familiar contorno de la masa continental de Nordáfrika, que emerge sobre las nubes radiantes de tormenta que se acumulan como un puño nudoso sobre el paisaje.

Es Terra, y está sufriendo un ataque.

Kai no siente su forma, nada que le indique cómo ha llegado a este lugar. ¿Es un fragmento de alma, una fracción de consciencia? ¿Un observador pasivo o lo que definirá los acontecimientos por venir? No importa como cambie su percepción, sigue sin percibir peso ni sustancia.

Una intermitencia. El tiempo salta.

Ve como veta tiempo atrás, con la vista con la que nació, y desearía que no fuera así.

Es el lugar de la masacre, un matadero en el que los cuerpos diseccionados se cuelgan de las pareóles y los cráneos resuenan en ganchos como talismanes de hueso de salvajes primitivos. Estandartes de lonas negras ondean sin viento que las agite, como si se movieran por sí mismas sin querer.

Se ha librado una batalla. O se librará. Ha sido o será una batalla sin igual, y el cosmos no ha entendido aún el desenlace. Éste momento, este paradigma histórico, influye en la galaxia. Tan sólo él lo ve, pero no tardará en resonar a través de los eones como el repique de la campana más poderosa.

Lo que se escribe ante él es la historia, y la historia necesita testigos.

A su alrededor hay cuerpos esparcidos por todas partes, guerreros titánicos con heridas de hacha y de espada, armaduras abolladas por

impactos de misiles y desgarradas por las zarpas de monstruos salvajes. Los estragos de la carne son inimaginables: carne y hueso reducidos a una papilla de tuétano, cuerpos retorcidos y desollados como desechos de un carnicero. Kai está acostumbrado a la muerte y es consciente de lo que un hombre es capaz de hacerle a sus hermanos, pero no es sólo eso.

Ésta carnicería tiene todas las características del odio, y no hay odio más terrible que el que antes fue amor. Estos guerreros se conocían, y lo que ha pasado en esta cámara roja no fue guerra, fue asesinato. Un fratricidio, el más terrible e inolvidable.

Su mirada vaga por los cuerpos, atraída por el punto central de la batalla, una tarima pisoteada en la que lo espera un horror como ningún otro. Quiere mirar hacia otro lado, no tener que enfrentarse a la terrible certeza que lo invadirá al ver lo que ha pasado sobre la tarima. Su instinto de supervivencia le suplica que aparte la mirada consciente de que lo que verá lo arrastrará a la locura.

Kai sabe que mirar hacia otra parte es cobardía. Y le da miedo saberlo. Saber que abrirá una puerta que no podrá cerrar. Cuando el conocimiento pasa de potencial a real, no hay vuelta atrás, las cosas no se pueden desaprender, no se pueden deshacer.

Intermitencia. El tiempo salta otra vez…

Está rodeado de algo enorme, cósmico, amorfo. Formas y sombras invisibles. Pero él sabe que están ahí, se mueven, siente su horror e incredulidad por lo que ha pasado, la rabia galáctica a un nivel sin precedentes. El tiempo salta a su alrededor, gotas de sangre que dan marcha atrás en el aire para volver a las arterias abiertas de las que han salido. Gritos de protesta, chillidos de dolor y estallidos de risas que retumban con el eco, y el eco devuelve eco, en la garganta de los que lo han creado. De repente, el horror de la tarima se desvanece y ve fragmentos de lo que ha ocurrido antes.

Negro y rojo entrelazados, un ojo dorado, como el de un felino. Alas de marfil, un estallido de aire y choque de espadas. Halos y coronas espinosas en conflicto, golpes de pecho. Placas luminosas y monstruosa ambición. Garras enfurecidas. Una lucha de voluntades combatida en una esfera que escapa al entendimiento mortal.

Es una batalla de una perfección sin par. Tan sólo una batalla en la historia de la galaxia podría eclipsar su furia, y está a punto de librarse en ese mismo lugar. Una batalla de estas características es extraordinaria. Dos no las ha habido jamás.

No veía formas, sólo luz y oscuridad. Fugaces impresiones de guerreros

titánicos, avatares inmateriales repletos de la luz de la creación en el corazón del universo. Impresiones moldeadas con formas mortales ideales y liberadas en la galaxia, estrellas resplandecientes que brillan dolorosamente en su breve existencia.

Las voces toman forma, y Kai se siente profundamente aliviado por no entenderlas, porque ¿quién se atreve a escuchar las palabras de los dioses? Estos seres increíbles vuelven a reunirse, y aunque sigue sin entender su lenguaje, el sentido de sus palabras se abre paso en su consciencia.

Puede que los dioses superen el entendimiento, pero se hacen oír.

Hacen ofrecimientos. Proposiciones de poder y vasallaje. Tratos seductores ofrecidos como promesas. El menosprecio celeste cae sobre ellos. Lágrimas de rabia y de rechazo. Lágrimas de sangre sobre rasgos dorados, una muerte necesaria, una grieta infinitesimal en la armadura más impenetrable. Una vida ofrecida voluntariamente, un sacrificio en el altar del futuro.

Una muerte por una muerte. Una muerte que provoca la otra…

El negro y el carmesí colapsan por última vez. Una explosión de luz roja inunda a Kai y el tiempo vuelve a saltar hacia atrás y hacia adelante una vez más. ¿Es el futuro o el pasado? Ve aquel lugar como debió de ser una vez: el interior estéril y funcional de una nave estratégica. Respiraciones de aire reciclado agitan las banderas de honor recién ganadas, la tripulación uniformada espera su deber con orgullo, y el ilimitado poder de la galaxia es polvo de estrellas sobre la bahía.

En un instante cambia y se convierte en el templo de un dios vivo.

Un dios de armadura oscura cuya divinidad llegó de sus propias manos. Una vez fue el avatar de un dios mayor, pero ahora reniega de cualquier noción de sumisión. Hasta los que un día lo elevaron más allá de los límites atacan su existencia sobrenatural. Es un dios que forja su destino con fuerza brutal e implacable voluntad, un dios que moldea el futuro dándole una forma que le agrada a él y a nadie más. No llama dueño a ningún hombre, pero lo hará al final.

Intermitencia. Adelante y atrás. Intermitencia. Intermitencia.

La disformidad se burla de cualquier noción de tiempo lineal.

Kai lo ve muerto. El que una vez fue un mensajero de perfección carmesí, ahora es el sacrificio roto que guió la espada de su ejecutor hacia su propio corazón. Muerto. Impensable. Su mente retrocede ante el horror de la visión, un horror vil y malévolo, un desfile de espantos conjurado con el único afán de quebrarle el espíritu.

Pero la disformidad es capaz de eso y mucho más, y esto no es más que la

pequeña muestra de un horror mayor.

Lo ve desplegarse con todos sus detalles, cada matiz dorado de la armadura, cada juego de luces alrededor de rasgos continuamente cambiantes y desoladores. Ve odio, amor, culpa, terror, resoluciones rotas y renovación en el mismo instante, y un pozo insondable de amargura por un futuro que ve y sabe que ha creado él.

El flujo temporal no tiene eje, se pliega como un espinazo roto. Aunque Kai ve que las intermitencias son saltos aleatorios en el tiempo, sabe que sólo puede estar en el futuro.

Y no es un futuro lejano.

La luz dorada retrocede, y Kai siente su insoportable escrutinio. Lo está mirando fijamente. Lo ve y lo sabe todo de él en un instante tan breve que se puede calcular. La luz ve lo que él ha visto, ahora sabe lo que vio en la tarima, y Kai siente la medida de la aceptación de ese conocimiento.

Las palabras cobran forma en su mente, le hablan quedamente, sin necesidad de algo tan tosco como la voz, y aun así poseen la fuerza de un violento huracán. Ahora las entiende, y también entiende por qué ningún mortal debería oír la voz de un dios vivo.

Ve lo que ocurre a continuación con toda claridad: dorado y negro, amo y siervo, dios y semidiós.

Padre e hijo.

Sólo puede terminar de un modo, y el saber lo que ya ha pasado pero todavía tiene que llegar es suficiente para acabar con la cordura de cualquier mortal, independientemente de la fortaleza de su mente. Pero Kai se ha forjado con la culpa y el horror, y es más fuerte que cualquier otro mortal.

Todavía tiene una misión que cumplir.

La visión se desvaneció en un estallido de luz dorada y Kai salió despedido de la Cámara Roja hacia un lugar cálido, lleno de aromas y aceites perfumados, en el que se oía el gorgoteo de una fuente. Cuando abrió los ojos vio que estaba reclinado en un sofá acolchado, hecho con la piel de algún animal exótico. Se sentía como si todo su cuerpo estuviera flotando en un almohadón invisible. Todo el sufrimiento que había experimentado desde su regreso a Terra se había esfumado.

—Ah, Aniq… —susurró—. Que tuviéramos que ver semejantes cosas…

Recordaba cada uno de los detalles de la Cámara Roja, pero por más que presagiaran un horror inimaginable, Kai se sentía de algún modo ajeno a todo aquello, como si no tuviera importancia.

Al incorporarse se dio cuenta de que estaba en una de las habitaciones principales de Arzashkun, en una habitación tan ostentosa que casi lo avergonzaba. No sólo se

había recuperado su cuerpo físico, sino que además se le había quitado un peso tan grande de encima que ni siquiera se había dado cuenta de lo pesado que era hasta que se deshizo de él. Respiró profundamente y cerró los ojos, oyendo cómo se desvanecía el sonido de miles de voces en su cabeza conforme se retiraban a las cámaras de la memoria.

Cuando se alejaron, sintió que todas se reunían en una muda sensación de alivio. Los muertos no podían regresar, pero él podía perdonar. Kai sabía que no los olvidaría jamás, y que ellos tampoco lo olvidarían a él. Pensar que estarían con él para siempre lo hizo sonreír, porque ahora que entendía que formaban parte de su propia historia habían dejado de ser un peso para él.

Una corriente de aire fresco lo invitó a acercarse a la cortina de seda de una puerta abierta que daba a un balcón. Se levantó y cruzó el suelo de mármol de la habitación, sintiendo que Arzashkun había dejado de ser un refugio para convertirse en un lugar de reposo. Había tallado cada una de sus torres y alcobas en la memoria, pero nunca se había detenido a contemplar su grandeza. Tan sólo ahora lograba apreciar la fantástica habilidad de sus antiguos constructores, el sentido de proporción y alegría que los había guiado a la hora de levantar tanta belleza hacia el cielo.

Salió al balcón, pero en vez del desierto infinito de Rub' al-Jali, lo que se extendía ante él era un frondoso paisaje de exuberantes forestas, verdes prados y ríos de aguas cristalinas. Aquél era el Cuarto Dominio antes de que se lo tragara el desierto, una tierra fértil por la que reyes y emperadores habían luchado desde los albores de la civilización. Era la tierra en la que había nacido su especie, y brillaba con el ilimitado potencial de la humanidad.

No se sorprendió al ver un tablero de regicida esperándolo. Su competidor de la orilla estaba sentado delante de las piezas de ónice, y el recuerdo de aquella conversación le volvió a la memoria con repentina claridad. Y mientras que antes no lograba ver a su oponente, ahora se mostraba ante él con total nitidez, por lo que Kai se inclinó respetuosamente ante un rostro que solía verse esculpido en el mármol.

—Pareces cambiado, Kai —dijo, y los ojos le brillaron como monedas relucientes.

—He cambiado —contestó Kai mientras tomaba asiento ante las piezas de plata del tablero—. Me siento libre.

El hombre sonrió antes de hablar.

—Bien. Eso es lo que siempre he deseado para ti.

—Tú sacaste la *Argo* de la disformidad —dijo Kai a la vez que movía un pieza de plata hacia adelante.

—¿Es una pregunta?

Kai negó con la cabeza.

—No. No quiero saberlo. La verdad sólo estropea las cosas.

—La verdad es un objetivo en movimiento —dijo el hombre mientras movía un templario en el tablero.

—¿Lo viste? —preguntó Kai sin necesidad de respuesta.

—Vi lo que Sarashina escondió en ti, sí.

Kai no dijo nada más y los dos siguieron jugando en silencio. Recordando cómo había sido su último encuentro ante el tablero de regicida, Kai jugó con cautela, protegiendo bien sus piezas y sin arriesgar demasiado.

—¿No quieres jugar? —le preguntó su contrincante.

—No sé qué decirte —replicó Kai, recostándose en la silla—. Con lo que sabes del futuro, ¿todavía quieres jugar?

—Por supuesto. En un momento así, ésta es la mejor forma de mantenerse concentrado en algo —repuso el hombre mientras movía el emperador en una jugada agresiva con la que esperaba que Kai se precipitara en su próximo movimiento—. Si quieres conocer a un hombre, juega una partida con él. En cualquier caso, el futuro es el futuro, y mis sentimientos hacia él no van a cambiar en ningún sentido.

—¿De verdad? ¿Ni siquiera tú puedes cambiarlo? —dijo Kai, mordiendo el anzuelo.

El hombre se encogió de hombros, como si aquella conversación no tuviera la menor importancia.

—Hay cosas que tienen que pasar, Kai. Hasta lo más horroroso que puedas imaginar, a veces tiene que pasar.

—¿Por qué?

Su oponente movió su divinitarca hacia una posición que bloqueaba los movimientos de Kai y luego contestó:

—Porque a veces lo único que puedes hacer es evitar que gane tu enemigo.

Kai observó el tablero y se dio cuenta de que no podía mover ninguna pieza.

—Tablas —dijo.

El hombre abrió los brazos en un gesto de disculpa.

—Sé que mucha gente me considera omnipotente, pero hay una enorme diferencia entre ser todopoderoso y ser omnisciente.

—¿Y cuál es?

—Que no se puede ser ambas cosas a la vez —contestó el hombre con una sonrisa irónica.

—¿Y qué pasará ahora?

—Terminaré la partida.

—¿Ésta? —preguntó Kai, confuso.

—No —dijo el hombre—. Nuestro juego ha terminado, y te lo agradezco.

—¿Volveré a verte?

El hombre se rió.

—¿Quién sabe, Kai? Tu juego me ha enseñado que todo es posible.

—Pero vas a morir.

—Lo sé —dijo el Emperador.

Kai abrió los ojos y no vio más que oscuridad. Tenía frío, y una angustiosa sensación de claustrofobia se apoderó de él. Soltó las manos de Roxanne y las levantó para quitarse las vendas que le cubrían la cabeza. Tiró de ellas con ímpetu, apartando trozos de tela y fajos de gasa pegajosa mientras oía cómo el agudo lamento del Ángel Ausente se acercaba.

En cuanto se arrancó la última venda, Kai clavó la mirada en los ojos iridiscentes de Roxanne. Tenían el maravilloso reflejo del ámbar, y Kai no entendió cómo no se había dado cuenta antes. La respuesta llegó en seguida.

Por muy caros y precisos que pudieran ser sus implantes ópticos, jamás podrían compararse con el ojo humano. Al ver la mirada asustada de Roxanne, se tocó la cara. En vez de la carne quemada e hinchada que le había quedado cuando Asubha le arrancó sus ojos de cristal y metal, notó la suavidad del tejido orgánico.

—Kai —balbució Roxanne—. Tus ojos…

Kai miró hacia arriba y vio el interior del templo con los ojos que había heredado de su padre y de su madre, y aunque eran órganos imperfectos se sintió agradecido por el legado, por muy poco que le durara. No le importaba que lo primero que viera fuese un templo en ruinas que se había convertido en un campo de batalla, porque el hecho de ver ya era todo un milagro.

Había cuerpos por todas partes, hombres y mujeres, soldados y civiles. En medio de tanta destrucción, Kai vio a Golovko y a Yasu Nagasena. Tenían la cara retorcida por el terror que les provocaba la horrible forma del Ángel Ausente, que seguía alimentándose con la energía de la muerte. Kai apartó la mirada del ser infernal y vio cómo su antiguo protector y captor se enfrentaba a su última batalla.

Atharva y el paria estaban luchando a la sombra de la estatua sin rostro: uno, genéticamente preparado para ser el mejor guerrero del Imperio, y el otro, convertido en un asesino de hombres como él. El paria se movía como un acróbata, con movimientos controlados y exactos. Al lado del gigantesco guerrero de las Legiones Astartes parecía una figura frágil e insignificante, pero combatía con la seguridad de su extraordinario poder de confundir y desconcertar a los psíquicos.

No era consciente de lo que Kai sabía del guerrero de los Mil Hijos.

Atharva se tambaleó como si sintiera dolor, y el paria se lanzó sobre él con un golpe asesino, y en ese momento salió una larga cuchilla de energía de la manga de su traje monopieza.

Atharva se enderezó en una fracción de segundo y lo atrapó en el aire.

Aunque el paria llevaba un casco, Kai sintió la conmoción que lo invadió.

—Antes veía, pero ahora estoy ciego —dijo Atharva con la voz cargada de tristeza y rabia.

Kai sabía lo que Atharva había tenido que hacer para enfrentarse al asesino de clado, y dudaba que nadie pudiera darse cuenta mejor que él de la enormidad de ese sacrificio. El paria intentó soltarse, pero no había forma alguna de escaparse de semejante fuerza. La cuchilla de energía se clavó en el pecho de Atharva, y el guerrero gruñó de dolor cuando le atravesó el corazón.

Atharva lanzó al guerrero de clado por los aires, y cuando éste se estampó contra una de las paredes del templo, se oyó un tremendo crujido. El paria cayó al suelo como un saco de huesos rotos y miembros retorcidos en ángulos imposibles para un ser vivo.

Atharva sacó la espada de su cuerpo y miró la capucha negra del Ángel Ausente.

—Quedamos tú y yo —dijo Atharva mientras la forma fantasmagórica del ángel descendía hacia él.

Kai sabía que Atharva no tenía ninguna posibilidad de combatir contra tan terrible aparición. Aun así, el marine espacial se mantuvo firme en su sitio, entre el Ángel Ausente y los mortales que tenía a su espalda. La criatura abrió los brazos, pero antes de que pudiera tragarse a Atharva en su monstruoso abrazo, se estremeció de dolor. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido de agonía cuando varias partes de ella estallaron como llamaradas de la superficie de una estrella.

Kai no llegó a entender la causa de la disolución del ángel mientras veía cómo la forma irregular de la criatura se difuminaba a medida que regresaba al espacio del que había venido. Luego miró hacia la puerta y vio un grupo de figuras ágiles con armaduras de oro y plata que se abrían paso por el templo.

Los cascos les ocultaban la parte interior de la cara. Todas ellas eran albinas, con un único penacho de cabello blanco sobre el cráneo rasurado. También se distinguían unas manchas blancas en los hombros, donde llevaban largas espadas envainadas con amplias guarniciones en la empuñadura.

A juzgar por sus movimientos flexibles, supuso que eran mujeres. Avanzaron por el templo en silencio, manteniendo en posición de ataque sus largas lanzas de hojas de cristal. Y al igual que los cazadores obligan a una bestia peligrosa a volver a su guarida, formaron un semicírculo perfecto alrededor del Ángel Ausente.

Poco a poco, la forma de la criatura se convirtió en una luz sucia y amarillenta; y aunque su grito parecía infinito, su poder fue desapareciendo. Cuando por fin se desvaneció, su agudo lamento enmudeció al perder la fuerza que lo sustentaba.

—Las Hermanas del Silencio —dijo Roxanne.

Kai sabía quiénes eran aquellas mujeres, pero toda su atención se concentró en el gigante de armadura dorada que entró detrás de ellas.

—Lord Dorn —dijo Atharva.



VEINTICINCO

LA ÚNICA VICTORIA
LA ÚLTIMA CAZA
LEGADO

Poder ver a un primarca con sus propios ojos fue rodo un regalo para Kai, que tuvo que reunir toda su compostura para no hincarse de rodillas ante el dueño y señor de los Puños Imperiales. El silencio que había colmado el templo con el fin del Ángel Ausente se mantuvo mientras Rogal Dorn cruzaba la nave. Enfundado en su armadura de guerra de oro rojo, el primarca dominaba el espacio como una gravedad viviente que atraía todas las miradas.

—Ríndete, Atharva de los Mil Hijos —tronó Dorn con la dureza y rigidez de las montañas—. Se ha terminado.

—Nada termina jamás, Rogal Dorn —replicó Atharva—. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Al oír que Atharva había usado su nombre de pila, las hermanas de armadura dorada que acompañaban a Dorn se sobresaltaron, pero, por supuesto, no dijeron nada. También entraron en el templo hombres equipados con uniformes de bandas negras y con una insignia de color amatista en el lado izquierdo del pecho. A la cabeza marchaba una bella mujer a la que él había visto por última vez cuando estaba prisionero bajo las montañas. En aquella ocasión había sido un espejismo, pero ahora sabía que estaba ante la verdadera Aeliana Septmia Verduchina Castana.

Roxanne suspiró al ver a la representante de su familia y miró al niño que estaba en los brazos de las matronas que seguían apiñadas al abrigo de la estatua. Se arrodilló a su lado y el niño abrió el puño para dejar a la vista un anillo de plata con una amatista que centelleaba con brillo púrpura.

El muchacho tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Dijiste que era un anillo mágico —arguyó.

—Y así es —le aseguró Roxanne con mirada triste.

Roxanne tomó de la mano a Kai y los dos se levantaron para encarar a Rogal Dorn y sus aliados. Entre ellos, Kai vio a la adepta Hiriko y a Athena Diyos. Aunque sabía que ella debía de haber ayudado a sus perseguidores, se alegró por haber podido verla por última vez.

—Entréganos al astrópata —ordenó Rogal Dorn, y Kai tuvo que contenerse para no dar un paso al frente.

Atharva negó con la cabeza.

—No está a tus órdenes.

Dorn se rió, aunque Kai notó una cierta inseguridad en su risa.

—Por supuesto que lo está —aseguró Dorn a la vez que sacaba una pistola con incrustaciones de oro y ébano—. Yo soy el delegado del Emperador. En Terra, todo está a mis órdenes.

Atharva miró por encima del hombro y asintió en dirección a Kai con un gesto de respeto.

—No todo —dijo Atharva al tiempo que la pistola de Rogal Dorn disparaba con un ruido atronador.

Kai se enfureció al ver caer a Atharva con la cabeza convertida en un amasijo humeante de restos craneales. El guerrero de los Mil Hijos se derrumbó, muerto antes de tocar el suelo.

Kai apretó la mano de Roxanne con suavidad, intentando que no se notara lo asustado que estaba. Deseó con todas sus fuerzas desaprender lo que sabía, porque al pasar la mirada de lord Dorn a la adepta Hiriko y a Athena Diyos, supo que no podía hacer nada para evitar que ellos también llegaran a saberlo: no podría resistir su interrogatorio.

Lo que él sabía los destruiría. No podrían soportar aquella verdad tan terrible. Por eso comprendió que no podía permitir que se lo llevaran con ellos. Había cosas demasiado oscuras, demasiado insoportables, demasiado terribles para que se supieran. Kai sonrió al recordar las palabras de su competidor ante el tablero de regicida.

«A veces lo único que puedes hacer es evitar que gane tu enemigo».

Kai no sabía exactamente de quién sería la victoria, pero estaba seguro de que el Imperio no podría vencer al ejército de Horus Lupercal si conseguían sacarle la verdad. Atharva había fallado en su intento por llevarlo ante el señor de la guerra, y ahora Kai cargaba con el peso del destino de millones de hombres.

Era su momento, su última oportunidad de ser el dueño de su destino y de servir al Emperador con lo único que podía darle.

—Roxanne —dijo—. Necesito que hagas una cosa.

La batalla ha terminado, pero Nagasena no sabe quién ha ganado. Los marines espaciales renegados han muerto y el edificio está seguro, pero ha perdido demasiado como para considerarlo una victoria. Se arrodilla al lado de Kartono, llorando la muerte de su compañero. Su siervo está destrozado, tiene el cuerpo totalmente despedazado. Nagasena no entiende cómo es posible que haya muerto.

Llevaban mucho tiempo juntos, y nunca había considerado la posibilidad de que un enemigo pudiera terminar con él, ni siquiera uno con el poder de la disformidad. Cómo Atharva ha sido capaz de enfrentarse a Ulis Kartono, por no decir que haya podido vencerlo, es una cuestión que quedará para siempre sin respuesta, y Nagasena es un hombre que odia dejar los misterios sin resolver.

Se enjuga una lágrima y ve que los guardias de la Casa Castana se mueven a una velocidad admirable para proteger el edificio y asegurarse de que no queda ninguno con vida. Una mujer con un vestido de color amatista dirige la operación. En cuanto Nagasena ve la elaborada diadema que le protege la frente, se da cuenta de que tiene que ser Aeliana Castana.

Kai Zulane está cerca de los últimos supervivientes de la masacre: una mujer corpulenta que está abrazando a dos niños pequeños y una joven muy guapa con un pañuelo azul atado alrededor de la frente que se parece a Aeliana Castana. Nagasena reconoce sus rasgos. Es Roxanne Larysa Joyanni Castana, la otra superviviente de la *Argo*. Al verla, siente que todo lo ocurrido refleja la presencia de un orden universal.

Las mujeres guerreras de las Hermanas del Silencio ya se han retirado. Lord Dorn está arrodillado ante los cuerpos de los devoradores de mundos y mira con consternación sus perfectos rasgos patricios. Maxim Golovko también está cerca, participando de la grandiosidad del primarca como un devoto.

Al ver que nadie se ha acercado aún a Kai Zulane, Nagasena se da cuenta de que todos lo temen, incluso lord Dorn. Se sienten aterrorizados porque no entienden cómo ha podido recuperar los ojos. Pero los aterra todavía más lo que Zulane representa. Los asusta llegar a conocer la verdad que él conoce. Desean saberla, pero sospechan que se arrepentirán de aquel saber maldito. La verdad ha sido el pilar de Nagasena, pero hasta él sabe que hay verdades que salen muy caras. La de Kai Zulane es una de ellas, pero no se puede eludir.

Nagasena avanza hacia el hombre que ha perseguido por la Ciudad de los Suplicantes y lleva la mano a la empuñadura de Shoujiki al levantar la mirada hacia el rostro sin rasgos de la estatua genuflexa. Por más que la bestia que Atharva había desencadenado haya desaparecido, la estatua sigue manteniendo un aspecto sombrío. Cualquier otra cosa que pueda ocurrir hoy aquí, será destruida sin duda alguna.

Kai Zulane está hablando animadamente con Roxanne Castana, y aunque Nagasena no llega a oír lo que están diciendo, lo entiende sin dificultad. Roxanne Castana mueve la cabeza, las lágrimas le empapan las mejillas, pero Zulane insiste.

Nagasena se apresura, un horrible temor le retuerce las entrañas.

—¡Kai! —grita.

Todas las miradas se vuelven hacia él.

Como imaginaba, el astrópata no responde. Nagasena lanza un grito cuando Roxanne Castana se quita el pañuelo de la frente.

Kai abre los ojos de par en par al mirar el abismo del tercer ojo de Roxanne, y cae al suelo con una expresión que Nagasena sólo puede interpretar como una mirada de alivio. Nagasena tira de Roxanne Castana hacia él, esperando interrumpir la conexión el tiempo suficiente como para que cualquiera que sea el poder que ella posee se detenga, aunque sabe que es demasiado tarde.

Roxanne se vuelve hacia él, y Nagasena ve por un instante lo que la mujer ocultaba bajo el pañuelo: un blanco lechoso y un negro absoluto, una vorágine de abismos infinitos e impenetrable opacidad que no ve nada y lo ve todo al mismo tiempo. Nagasena siente su contacto en la distancia y a su alrededor, un poder y un horror infinitos que ningún mortal puede afrontar sin enloquecer, y se estremece al darse cuenta de hasta qué punto es frágil la barrera que separa al hombre de la disformidad.

Nagasena ve la horrible pesadilla de la disformidad y su espíritu es atraído por inescrutables abismos. Intenta gritar pero no puede, y en una fracción de segundo ve lo que Kai ha visto en el tercer ojo de Roxanne, pero antes de que Nagasena corra su misma suerte, un párpado desciende sobre la órbita antinatural, ocultándolo de la vista. La terrible conexión entre Nagasena y Roxanne Castana se interrumpe, y mientras él cae de rodillas, la mujer vuelve a cubrirse la frente con el pañuelo.

Nagasena respira profundamente y mira a Kai Zulane.

No hay duda de que está muerto, pero Nagasena percibe tanta paz en él que incluso llega a envidiarlo. La serenidad ha suavizado las líneas de preocupación de su rostro hasta tal punto que Nagasena piensa que aquel hombre debía de ser mucho más joven de lo que decía su información biográfica.

En los ojos abiertos de Kai Zulane Nagasena ve un intenso tono violeta. En las culturas antiguas, aquel matiz indicaba que se trataba de un hombre de enorme grandeza.

—Tu viaje ha terminado, Kai Zulane —dice Nagasena mientras le cierra los párpados con suavidad.

Roxanne Castana se arrodilla a su lado y Nagasena se cubre la cara.

—Mi ojo está cerrado —le dice.

Nagasena la mira.

—¿Por qué? —le pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Era mi amigo —contesta Roxanne entre lágrimas, pero antes de que le dé tiempo a añadir nada más, los guardias de la Casa Castana tiran de ella y la levantan.

—Esperad —dice Nagasena con tanta autoridad que los hombres obedecen—. ¿Tan terrible era lo que sabía? —le pregunta a Roxanne.

—No sé lo que sabía —declara Roxanne.

—Te creo, pero te harán muchas preguntas, y no serán delicados.

Roxanne se encoge de hombros.

—No les puedo decir nada. Lo que él sabía se ha perdido para siempre.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Nagasena.

—Ha dicho que a veces lo único que puedes hacer es evitar que gane tu enemigo.

Nagasena reconoce esas palabras, son las de un antiguo maestro de regicida, y se le encoge el corazón al darse cuenta de que la verdad de Kai Zulane se ha perdido para siempre.

Antes de que se pueda decir nada más, Aeliana Castana se acerca, y Roxanne reúne el valor de afrontar su desaprobación con una mirada altiva y desafiante.

—Eres una vergüenza —dice Aeliana Castana—. El patriarca Verduchina está decepcionado. Has traído la deshonra a nuestra casa.

Roxanne permanece en silencio, y los hombres de la Casa Castana se la llevan. Nagasena la ve marchar con gran pesar, sabiendo que le espera un futuro incierto. Ella es Navis Nobilite, y el Imperio siempre se valdrá de ella.

Rogal Dorn se acerca con Maxim Golovko, y Nagasena aparta la mano de la empuñadura de Shoujiki y se inclina ante el primarca. La expresión de lord Dorn es impenetrable, un abismo de facciones inescrutables que aceptan la masacre con templanza.

—¿Ha sido todo en vano, Yasu Nagasena? —pregunta lord Dorn mirando el cuerpo de Kai Zulane—. ¿Qué ha pasado?

Nagasena sólo tiene una respuesta.

—Ésta noche ha muerto la verdad.

—Tal vez sea lo mejor —contesta Dorn.

Nagasena niega con la cabeza.

—No estoy de acuerdo. ¿No servimos a la Verdad Imperial? Si no conocemos la verdad, ¿qué estamos creando? El Imperio tiene que llevar la verdad en su corazón o no merece la pena crearlo.

—Cuidado con lo que dices, Nagasena —le advierte Dorn.

La amenaza está clara.

—Tiempo atrás hice el voto de la verdad y no mentiré jamás —replica Nagasena —. Ni siquiera a vos, mi señor.

Dorn le pone una enorme mano enguantada en el hombro, y por un momento Nagasena se pregunta si no se enfrentará él también al altar de los cabos sueltos sin resolver. Pero lord Dorn no está pensando en la muerte.

—Eres sincero, Yasu Nagasena, y yo necesito hombres sinceros y honestos.

Nagasena asiente.

—Estoy a vuestras órdenes.

—Entonces necesito que hagas otra cosa.

—Decid, mi señor —contesta Nagasena, que sabe que lord Dorn lo está honrando al presentarle una orden como si fuera una petición.

—El general Golovko me ha dicho que falta un renegado —explica Dorn.

Nagasena sabe a cuál de ellos se refiere.

—El lobo lunar —afirma Golovko—. Su cadáver no está aquí.

—Exacto —dice Dorn—. No estoy dispuesto a dejar que un hombre de Horus Lupercal siga libre en Terra.

—Lo encontraré —asegura Nagasena—. Pero será mi última búsqueda.

El primarca asiente y mira a Kai Zulane.

—¿Qué sabías? —se pregunta en voz alta, y Nagasena nota algo en su voz que jamás se habría esperado de un guerrero como él: incertidumbre—. El primer axioma de la defensa es entender lo que se defiende, Yasu, y me temo que este hombre hubiera podido ayudarme a entender…

—A entender ¿qué? —pregunta Nagasena cuando Dorn deja la frase sin terminar.

—No lo sé —dice Dorn—. Pero este día ha hecho que todos valgamos un poco menos.

Cuando el primarca se aleja, Yasu Nagasena siente que un escalofrío le recorre la espalda, pero es una sensación que no tiene nada que ver con los vientos catabáticos que descienden por las ventanas y los agujeros del techo del templo.

«¿Qué temes? —se pregunta Nagasena—. ¿Qué es lo que temes en realidad?».

El cilindro de plata lanzó un pitido cuando se acercaba la fase final del periodo de incubación. Una multitud de cables y conductos salían del banco de cubetas de proteínas. Cada uno de ellos estaba encajado en un tubo que mantenido a una cierta temperatura borboteaba conforme lo alimentaba el líquido rico en nutrientes. Todo el laboratorio estaba frío y en penumbra, como si se tratara de un experimento secreto con resultados inciertos.

Unos cables reforzados con una protección y un sistema de aislamiento conectaban el cilindro de plata con tres tarros de cristal transparente que contenían un tejido pequeño e irregular de color ciruela. Un montón de agujas y muestras genéticas estaban clavadas en esos extraños órganos, que latían como el corazón de un niño a medida que la información codificada en cada zigoto y en la extremadamente compleja cadena de aminoácidos se descodificaba.

Una instalación aparte monitorizaba el proceso, una operación increíblemente delicada que podía fallar por millones de causas distintas y que debía seguir un número infinito de pasos que tendrían que salir a la perfección antes de que se lograra

algún amago de éxito.

Finalmente, una serie de bulbos como gemas que se encontraban en la parte superior del cilindro de plata cobraron vida, y uno a uno los bulbos se fueron volviendo verdes en rápida sucesión. Sonó una campanilla, y los gases refrigerantes salieron por una rejilla de ventilación lateral cuando los nutrientes fluidos se escurrieron.

La tapa del cilindro se deslizó dejando escapar un silbido neumático, y un vaho de vapor químicamente complejo rezumó del órgano reluciente que contenía. Una miríada de redes de sangre hiperoxigenada envolvían la superficie del órgano, que relucía con sus brillantes colores rojo y púrpura. Creciendo y latiendo con gran potencial, era lo más cercano a la perfección que cabía imaginar.

Sólo había otro laboratorio en Terra que pudiera identificar aquel órgano, pero se encontraba en las profundidades del mundo, más protegido de lo que nadie lo estaba en Terra. Ningún genetista mortal habría podido desenmarañar las complejidades de aquel milagro biológico, y sólo había otro individuo capaz de replicar el proceso de su creación.

—¿Ha funcionado? —preguntó Gotha.

—Sí, hijo mío —dijo Babu Dhakal con un suspiro triunfal—. Ha funcionado.